

EXPLORACIONES Y AVENTURAS EN HONDURAS

CONTENIENDO APUNTES DE VIAJE DE LAS REGIONES AURIFERAS DE OLANCHO
Y UNA REVISION DE LA HISTORIA Y DE LOS RECURSOS DE AMERICA CENTRAL

WILLIAM V. WELLS

4

Chinandega.—Iglesias.—Residencias.—La belleza femenina.
—Vestuario.—Fumando cigarros.—Religión.—Ceremonias.—
Diversiones.—Un paseo nocturno.—Noche.—La tienda.—Co-
mercio.—Educación.—Salida hacia León.—El camino.—Chi-
chigalpa.—El tiste.—El Sr. Manning.—Posoltega.—La posada.
—Una beldad nicaragüense.—Nuevo método de mendigar.
—El aguacero.—Hacienda de “El Paciente”.—Soldados borra-
chos.—Las tortilleras.—Río Quezalaguaque.—En las cercanías
de León.—Campanas.—Ceremonias religiosas.—
El Dr. Livingston.—Vísperas de Independencia.

Se considera a Chinandega como la ciudad más próspera de Nicaragua, y aunque antes tenía una población mayor, cuando la visité contaba con más o menos doce mil habitantes, predominando el porcentaje de mujeres por las causas que antes expresé, en una proporción de cuatro a uno. La ciudad está construída con regularidad, sus calles están trazadas en ángulos rectos, muy bien pavimentadas y con una superficie cóncava, con las cunetas en el ceniro durante la estación de las lluvias se cubren de hierba por ser el tránsito muy escaso. Su primitiva importancia, al juzgar por la descripción que de ella hacen escritores centroamericanos, ha de haber sido considerable. Tiene ahora cinco iglesias: La Parroquia, el Calvario, San Antonio, San Lorenzo (inconclusa) y la Guadalupe. En otro tiempo estaban ricamente adornadas, y se dice que estaban con ornamentos muy valiosos; pero las incursiones de los bucaneros y las devastadoras revoluciones en el país desde 1821, hicieron que los quitaran, por la violencia o para su seguridad. Hoy las iglesias no cuentan sino con oropel y cuadros de personajes bíblicos rústicamente ejecutados. Estos edificios son de adobe, estucados y encalados al estilo español, y a menudo con la peculiar cúpula redonda que revela la arquitectura morisca. Los pisos están primorosamente enladrillados y sus interiores se conservan nítidamente pintados y limpios. Las imágenes de santos y ángeles, ricamente vestidos para impresionar la imaginación de los devotos se hallan colocadas en nichos. Creo que la quietud y la solemnidad de estos santuarios se hallan bien calculadas para inspirar pensamientos devotos. Por lo general son edificios oscuros y espaciosos que hacen reso-

nar las pisadas, a todas horas del día pueden verse hombres y mujeres arrodillados, las últimas con la chillante mantilla que se colocan como capucha, y los primeros, por lo común limpiamente vestidos, sombrero en mano, sin zapatos e hincados sobre un pañuelo. Todas las diferencias de clase se borran dentro del templo y el arrugado y legañoso mendigo se arrodilla muy cerca de la pálida y aristocrática señorita de la mejor sangre de Chinandega. La ciudad parece haber sufrido menos con las frecuentes guerras que ninguna otra en el Estado. Las casas raramente son de más de una planta, no tanto por el miedo a los temblores como por su mayor frescura, así como por la incomodidad de vivir en un segundo piso, y finalmente —lo que creo es la razón principal— porque sus antepasados vivieron en construcciones de la misma arquitectura. Estas casas no se diferencian grandemente de las de Rivas, pero en general son de mejor condición, más amplias y de una construcción más acabada. El interior está dotado de mobiliario de líneas rectas, incómodo, escaso y colocado de cualquier modo en la sala; de hecho las mesas no son para otros propósitos que el de servir en ellas la comida familiar, y muy raramente como escritorio; las damas usan las sillas solamente cuando hay visitas, pues ordinariamente prefieren sentirse en el piso o echarse a descansar en la hamaca familiar, que se cuelga de parte a parte en la sala de las casas de habitación de todas las clases sociales. Completan el arreglo de cada cuarto cuadros religiosos, una cama —algunas veces de hierro y portátil— y comúnmente varios baúles mexicanos, laboriosamente ornamentados y con las iniciales de sus dueños marcadas con estopéroles de bronce. Las ca-

sas, sin embargo, se hallan admirablemente adaptadas al clima y el viandante entra a su obscuro y fresco abrigo con un íntimo: ¡gracias a Dios! al librarse del sofocante calor de la calle, aumentado con el fiero resplandor de las paredes blancas que reflejan con hiriente intensidad los rayos del sol.

Las piezas forman dos o más lados de un cuadro abierto que se llama el patio, por lo general comunicado con la calle por un porción pavimentado, capaz de dar paso a un hombre a caballo o a un carretón con todo y bueyes; y es aquí donde se colocan los productos de la hacienda o cualesquiera artículos o trastos de la casa. El corredor, que se extiende alrededor de la casa en su interior, está por lo común unos pocos pies más alto que el patio y se pavimenta con grandes baldosas. Las casas, muros y todo el conjunto de edificaciones anexas, están entejados y en todo aspecto mejor adaptados al clima que si se empleara tejamanil o pizarra. Una bodega y otros apartamentos de la casa se hallan más allá del corredor. Muchas casas tienen grandes jardines llenos de flores, separados de la calle por elevadas tapias y atestados con el más verde arbolado, donde nunca faltan los mangos florecidos y cargados de fruta todo el año, con sus ramas arrastrándose por el peso de las hojas y racimos de estas deliciosas frutas, que se ofrecen pródigamente a los transeúntes.

Aunque en general me defraudó la belleza de las nicaragüenses, durante mi permanencia en Chinandega y en León encontré varias veces la gracia y la elegancia generalmente características de la señorita española. La costumbre de casarse las personas de distintas razas, práctica observada por los blancos, indios, "mestizos" y hasta negros, han contribuido en mucho a deteriorar la belleza de la mujer centroamericana y vi esto particularmente en Honduras; pero en toda esa república, como en Nicaragua, observé frecuentemente rostros y formas que hubieran hecho "sensación" en cualquiera reunión elegante. La amalgama no ha sido total; y mientras, con mucho, el mayor número se halla sólo teñido con un pringue de sangre india o negra, el extranjero puede encontrarse a cada paso con bellezas castellanas puras, cuyas esbeltas figuras, sus maneras finas, sus ojos negros y lánguidos y expresivos rostros, confirman completamente el elogio que se les ha prodigado. Las facciones son, casi sin excepción, finas, donde no ha habido mezcla de razas en los antepasados, hasta clásicas, preservando mucho del orgullo y el aire distinguido de las castellanas. La tez, siempre pálida, es de aquel rico y clásico color generalmente atractivo de la juventud, cuando va acompañado de facciones finamente cinceladas, pero adquiere apariencia de cera en los años avanzados. En ningún país de los que yo he visitado, la

edad sigue tan de cerca al sexo femenino y en ninguno los encantos juveniles se disipan tan pronto. El clima no deja ningún rastro de lozanía en la vejez adusta; y con pocas excepciones en las tierras bajas de Nicaragua, ser viejo es ser feo. Sin embargo, siempre observé en ambos sexos en todas las clases sociales, que la natural cortesía y gracia en los modales suplen la falta de encantos físicos. La cortesía en las clases educadas llega a lo solemne, y en las más remotas secciones de Honduras esto se observa con tal grado de exageración que se vuelve hasta ridículo. Los jóvenes son, por lo común, reservados, indiferentes y de rostro pálido; casi todos tienen cuerpo delgado y visten a la moda americana o europea.

Se prefieren los colores vivos en los vestidos de las mujeres y en una fiesta o en una misa de domingo, la combinación de los colores del arco iris, indiferente al gusto, provocaría una sonrisa en una bella del Norte. Los chales son en particular llamativos. Pero el efecto no es desagradable en una gran congregación, viéndose el conjunto de rostros bonitos y ojos relucientes, en contraste con los colores alegres. Es una idea equivocada, no obstante, la de creer que la belleza española por lo general finge elegancia. Excepto en las reuniones públicas, viste de colores oscuros, como una compensación al color de su tez; y el estudiado arreglo de sus ornamentos de azabache en los brazos y alrededor del cuello, revela la preocupación por los efectos con contraste. Los dulces hechos con el azúcar del país (1) tienen gran demanda entre las damas, que los comen a toda hora del día, con éstos, el infaltable abanico, el paseo a la caída de la tarde, y tal vez una cita por la noche alrededor de la Plaza, constituyen la diversión, si no la ocupación, de la dama nicaragüense, al menos que con la de alguna función, se apresure a preparar algún aderezo extra. Debo agregar el enrollado de los cigarrillos de papel, llamado cigarro para diferenciarlo del puro, que es el nombre dado por excelencia al verdadero cigarro. Aquellos se fuman dondequiera y en toda ocasión. Si usted entra a la casa de un caballero, él se apresura a ofrecerle la hamaca y un cigarro. El cigarro está en los labios del señor cura antes de entrar a su iglesia; es el símbolo amistoso que se da a las personas que se acaban de conocer; una dama, si desea ser amable con el extraño, le obsequia un cigarro; hace usted una visita al Presidente de la República y antes de entrar en los cumplidos del día selecciona él un cigarro de su tabaquera, y cortesmente se lo obsequia; su sirviente en el camino, deliberadamente, enrolla un cigarro y encendiéndolo con su eslabón se lo presenta a usted en silencio estoico, como cosa corriente; y en una palabra, en todas las escalas sociales, en todo

(1) Panela, o "rapadura", como se le llama en el país

tiempo, en todo lugar, este pequeño emblema de solaz se ofrenda, y creo firmemente que por la fuerza de la costumbre, si una negociación se comienza con este preliminar, debe considerarse, desde luego, como cosa medio terminada.

La religión católica se impone totalmente en Nicaragua como en el resto de Centro América. Está tan profundamente arraigada, que el poder de la Iglesia y del Clero forma el eje sobre el cual giran los movimientos políticos extraordinarios, en los cuales los curas siempre ejercen su influencia de alguna manera. Hay un artículo especial en todas las constituciones políticas de las repúblicas centroamericanas, que estatuye que la religión católica es la del pueblo, con exclusión de toda otra religión (2); y los intentos hasta aquí hechos para que se permita en la costa erigir y asistir a iglesias distintas a la establecida, siempre han encontrado una compacta oposición de todos los partidos políticos. Esto se debe en parte a la veneración religiosa inculcada en las mentes del pueblo pero principalmente al hecho de que las asambleas legislativas están integradas en su mayoría por abogados o licenciados, que se han educado en las universidades católicas de Guatemala y Costa Rica, o, como es frecuente el caso, con los mismos curas.

La forma exagerada con que los sacerdotes del siglo XVI introdujeron el catolicismo en Guatemala pueden todavía observarse, y ceremonias tales como "el ahorcamiento de Judas", la imposición de cruces en las frentes de los feligreses el Miércoles de Ceniza, el paseo de las imágenes de la Virgen y los santos por las calles en procesiones públicas, son cosa acostumbrada en todo el país. Las mujeres, de todos modos, son las más fieles al mandato de la Iglesia y pocas se aventuran a perder la misa o a faltar al servicio mañanero. Las fiestas públicas se combinan artísticamente con las ceremonias religiosas, siendo ambas inseparables; así a la celebración de ciertos días santos, a la observancia de ritos especiales de la Iglesia, se añaden peleas de gallos, corridas de toros, música, festejos, fuegos artificiales y bailes. Puede verse que las únicas diversiones del pueblo, al unirse con sumisión a la fé católica, son instrumento poderoso en manos del Clero, que toma ventaja de la innata superstición de la raza y del monopolio de la educación en manos de los curas o de aquellos que se han formado bajo su influencia directa.

A las procesiones religiosas el pueblo acude con veneración respetuosa. El cura camina bajo un palio extendido sobre su ca-

beza y sostenido por cuatro asistentes, precedido por un campanillero y por la música de violines y violas, que acompaña el canto del padre y del coro. Los ornamentos y símbolos de la Iglesia se llevan entre la muchedumbre. El espectáculo, hasta para un incrédulo, es imponente y nunca dejé de manifestar mi respeto a las formas religiosas del país, descubriéndome mientras lentamente pasaba una procesión; pero ni las más abiertas insinuaciones de mis compañeros nativos me hicieron hincarme, aunque en todas direcciones, y a menudo en todas las calles adyacentes por donde quiera que el coro solenne de los cantores pudiera pasar, las gentes se hincaban devotamente se persignaban mientras el estrépito de una docena de sonoras campanas combinaban su tañido con la escena.

Todo el espectáculo me parecía de una edad semi-bárbara; y todavía encontramos aquí las mismas liturgias llevadas a cabo cuando los guerreros de Alvarado y Cortés, en sus cotas de malla, se quitaban sus yelmos emplumados. La observación de que Centro América ha estado estancada desde la conquista es correcta; pues, en verdad, muchos de los hábitos de los viejos conquistadores aún subsisten.

Chinandega, corrientemente una de las ciudades más alegres de Nicaragua, presentaba durante esta revolución un espectáculo triste. Toda alegría había cesado como por consenso general. Las reuniones, donde a veces el extraño puede formarse una idea de las características sociales y privadas de las personas, eran ahora desconocidas; el lugar estaba desierto porque sus principales habitantes se habían retirado a sus haciendas para escapar a las contribuciones forzosas, y los de las clases humildes que podían vivir aquí huían de la ciudad para evitar su reclutamiento para el ejército. Mis amistades a menudo se condolían de la triste condición en que vivían, y me aseguraban que yo había visto la ciudad en circunstancias desventajosas.

Sin embargo, aún en la época más aburrida, por la noche el observador podía formarse una idea de las costumbres al aire libre. A esa hora el chubasco había cesado, dejando en el horizonte un cúmulus de nubes purpúreas y doradas hacia el Oeste. Los árboles y las calles estaban todavía húmedos por la lluvia y millones de relucientes gotas caían de los cocoteros y los plátanos. Las casas, rivalizando en sus colores rojo, azul y amarillo de acuerdo con el gusto de sus dueños, daban un carácter vívido a la escena. Las calles monopolizadas a la hora del calor por las mulas cargadas o por los chicos desnudos, presentaban ahora un cuadro más animado. En la esquina de más allá, un jinete cabalgaba airosamente ha parado en

(2) La Constitución Federal de 1824 en su artículo 11 y la de Honduras de 1848 en el artículo 16; El Digesto Constitucional de Honduras por Augusto C Coello Tegucigalpa, Tipografía Nacional, 1823, pp 14 y 100

seco su caballo de cola larga y pesado bocado. Es el señor V... (1), bien conocido y reputado ciudadano, que está ahora siguiendo su costumbre inmemorial de pasear a caballo al fresco de la tarde. La silla recamada de plata lo mismo que la cabezada, las riendas primorosamente labradas y las tintineantes espuelas, el espléndido sarape tirado negligentemente sobre el hombro izquierdo, revelan al hombre de buen gusto. Tiene el orgullo español de poseer preciosos avíos de montar. Ve que lo observamos y cortés se quita su sombrero de castor, al mismo tiempo que "accidentalmente" espolea su bien entrenado corcel, que caracolea con evidente satisfacción de su amo; pero habiendo yo recientemente dejado California donde en cinco años de residencia había visto la más perfecta equitación del mundo, el espectáculo de ahora me pareció más bien anticuado.

Luego se le unen otros, igualmente bien montados y equipados, y todos se quitan el sombrero ante una bella de rostro pálido, demostrando que no son parcos en la galantería. Después de un minuto de conversación seria, el grupo sale a paso rápido soltando sus cabalgaduras con aquel paso peculiar por el cual se las llama andadoras. Muchas personas se aventuran ahora a salir de sus casas y vagar sin rumbo por las calles con el paso típico que no se ve sino en las regiones de españoles e italianos o en las de sus descendientes, deteniéndose a conversar un momento con un conocido dispuesto como ellos a comentar el chisme del día o a cambiar noticias sobre la revolución, o con algún viejo decrepito, a través de los barrotes de la ventana de la calle. Grupos de chicos panzones, algunos con solo la camisa y otros en estado de completa desnudez, de piel brillante como lustrosa caoba, saltan en la calle, mientras un grupo de espigadas y bien formadas mujeres encienden sus cigarros y, pausadamente, murmuran con la señora de la posada. De pronto la hora de la oración suena en la campana de la torre de La Párroquia. Al instante se acalla toda voz; los niños cesan en sus juegos como por instinto; un súbito silencio se impone y el movimiento de los labios con el murmullo rápido y mecánico de las formas acostumbres para orar, se oye entre el grupo de las personas descubiertas. Una corta pausa y las campanas resuenan de nuevo en un alegre repicar; las conversaciones y juegos se reanudan donde habían cesado; la noche avanza; una tras otra las puertas y ventanas se cierran y se atrancan; las calles se tornan desiertas y el vigilante, con linterna y mosquete, marcha al compás del tambor, y a las nueve, el silencio reina por la ciudad, salvo cuando, a

intervalos, el agudo grito de "¡alerta!" de los centinelas nos hace recordar que, en medio de todo el esplendor rural con que la Naturaleza ha adornado a Nicaragua, sus hijos parecieran trabajar para anular las bendiciones que les dispensó la Providencia. Los solemnes campanazos del reloj de la iglesia señalan la hora de las diez y, como los relámpagos que de cuando en cuando juegan con caprichosos destellos, en derredor del pico del volcán confundidos con el sordo retumbo de los truenos distantes, anuncian la proximidad de la tormenta nocturna, como de costumbre yo aseguro mi puerta y pronto me entrego en los brazos de Morfeo.

Una costumbre muy encomiable en Nicaragua, y en todo Centro América, es la de tener un pequeño almacén en la casa de habitación: la pulpería (1) que maneja la señora de la casa. De esta manera muchas familias, empobrecidas por las revoluciones, se sostienen parcialmente. Esto se ha puesto de moda por la necesidad y a las muchachas más bonitas del país puede frecuentemente vérselas detrás de los mostradores de estos pequeños establecimientos, vendiendo toda clase de artículos domésticos. La pulpería es frecuentemente el escenario de un coloquio amoroso y aquí, se dice, se venden al menudeo más escándalos y noticias que en ninguna otra parte. La pulpería es en realidad la "bolsa" de todas las clases sociales para el cambio de noticias, como lo es el almacén de abarrotes en los Estados Unidos para la discusión de los sucesos políticos del día. Por las razones antes expuestas, sucede que los tenderos son en su mayoría mujeres o ancianos, aunque hay numerosos casos donde el negocio al menudeo la hacen firmas importadoras.

Hasta 1840 la mayor parte de los artículos manufacturados que se consumían en Nicaragua se importaban de Inglaterra, que por treinta años gozó del monopolio de este comercio lucrativo. Pero con la aparición de los alemanes e italianos que recientemente resultaron poderosos rivales en este negocio, el comercio de California, creció en importancia, y considerables cantidades de artículos manufacturados y provisiones se transportan a Centro América en los barcos empleados en el tráfico.

Como tenía varias cartas de presentación para personas de León, aproveché el ofrecimiento que me hiciera mi anfitrión de usar su macho favorito, recientemente traído de una de sus haciendas cercanas. La señora, con la ayuda de dos o tres hermosas muchachas, se afaná la mañana de mi partida en prepararme golosinas para el camino y, como un gran favor, le ordenó a su sirviente Pablo que me acompañara montando una

(1) Es posible que el autor se refiera a D. Bernardo Venerio, uno de los vecinos principales de Chinandega en la época de la visita de Wells. Fue casado con Doña Ignacia Gasteazoro; de este matrimonio nació Doña Carmen Venerio Gasteazoro, esposa de Don Francisco Morazán Moncada.

(1) Tienda pequeña donde se expenden artículos de consumo diario.

vigorosa mulita. Mis dos amigos, que ya habían llegado de El Realejo y se hallaban instalados en la casa, prefirieron quedarse. En una mañana fresca y radiante, con mi nuevo sirviente, monté a la puerta y a los pocos minutos habíamos salido de los barrios de la ciudad, teniendo el camino hacia León frente a nosotros. La distancia es de unas veinte millas, sobre un llano casi perfecto, aunque algo ondulado cuando uno se aproxima a la capital. Cuando se viaja en Centro América, en la sierra como en el terreno plano, debe hacerse con el frescor de la mañana. La señora me apuró a que saliera a las ocho, afirmando desde entonces, que me vería obligado a quedarme en el camino para evitar el aguacero o para escapar de los ardientes rayos del sol. Mi sirviente era nativo de León y adoraba su lugar natal.

"No hay cosa", me dijo, "que no se encuentre en León, Señor". "Es una ciudad hermosa, aunque en el día muy triste".

La vieja rivalidad entre León y Granada existía todavía en la mente de mi acompañante, quien se burlaba de la idea de que los granadinos pudieran retener la ciudad un mes más ante los asaltos de los leoneses, que estaban sitiándola. Como a una milla de la ciudad me rogó que le permitiera detenerse en una pequeña hacienda en donde él había hecho recientemente una compra de importancia, así, al dar vuelta por un pintoresco pasaje emparrado que sale del camino real dimos con una casa pequeña donde Pablo parecía tener un poco de influencia. Su importante compra resultó ser un vigoroso gallo de pelea, al que preparaba para jugarlo en una próxima festividad. Después de examinar afectuosamente a su campeón, a su pesar reanudó el viaje. El camino entre Chinandega y León es como el ya descrito de El Realejo. Una jornada de más o menos nueve millas nos condujo a la pequeña población de Chichigalpa, pueblo de unos dos mil habitantes. Aquí se halla una de las más antiguas iglesias del país. El lugar mostraba el mismo silencio, el mismo aspecto desértico de los otros pueblos, y con la excepción de unos pocos chiquillos que nos miraban fijamente, desnudos e inmóviles, no había más signo de vida cuando entramos. Las casas son de adobe, sin repello, construidas desordenadamente, sin el menor asomo de simetría.

Proseguimos por la calle principal hasta la casa de mejor aspecto donde desmontamos y al entrar nos encontramos con varias mujeres que estaban haciendo cigarros. Fácilmente entraron en conversación con nosotros y me preguntaron si yo era el Ministro. El Gobierno de los Estados Unidos había enviado tantos de estos honorables emisarios a Nicaragua que todo norteamericano era considerado como si llegara en el desem-

peño de un cargo diplomático. Se me preparó una jicara de fiste inmediatamente, y meciéndome en una hamaca confortable empezaba a olvidar la advertencia que me hiciera la señora Montealegre cuando Pablo me recordó que todavía teníamos varias leguas por delante, así que respondiendo al formal adiós de las comadres de Chichigalpa, continuamos nuestro viaje hacia el Este. El camino —uno de los mejores de Nicaragua— es ancho, parejo y bordeado de señoriales árboles, bajo cuya grata sombra pasa el viajero la mayor parte de la ruta. En esta estación, sin embargo, se habían formado grandes charcos de agua, haciendo que las carretas se desviarán del camino principal para penetrar por los matorrales adyacentes.

Media milla adelante del pueblo divisé un caballero fornido, de aspecto jovial, que se aproximaba montando una hermosa mula. Juzgué bien, por la descripción que se me había dado de él, que era el Cónsul inglés, Sr. Thomas Manning, para quien yo tenía una carta de presentación. Por lo tanto, me dirigí hacia él y pronto estábamos haciendo un intercambio de noticias. Iba "en ruta" hacia El Realejo y, en pocas palabras, me dio detalles de la guerra y de los probables resultados de la lucha. El Sr. Manning era residente en Nicaragua desde hacía muchos años y se había hecho rico mediante las ventajosas concesiones comerciales otorgadas por el Estado, mientras sus paisanos monopolizaron el comercio. Señaló hacia el horizonte obscuro de nubes por el Sur, y me aconsejó que pasara la noche en la aldea de Posoltega, unas pocas millas más adelante, y luego, poniendo a mis órdenes su casa en León, prosiguió su camino. Media hora después llegamos a la aldea y Pablo me condujo a una posada donde desmontamos, ordenando más fiste, única bebida que aparte del aguardiente se podía obtener en el camino.

Después que desmontamos, Pablo recalcó que la muchacha más bonita de Posoltega vivía en la posada y, al entrar, ví a tres jóvenes bien vestidas, una de ellas meciéndose en una hamaca, cuya ocupación no cesó cuando entramos excepto cuando volvió su rostro hacia nosotros para decirme: "¿Cómo está caballero?", las otras dos se hallaban sentadas en la puerta trasera examinándose mutuamente las manos. La madre, una anciana marchita y parlanchina, miró apresuradamente a su progenie y satisfecha de su apariencia, me dió la bienvenida, inquiriendo noticias de Chinandega. Pronto ví que la bella aludida por Pablo era la de la hamaca, y tanto como podía juzgarla a través de la obscuridad, se acercaba lo más íntimamente a la verdadera beldad que yo había visto en el país: dientes finos, morena de color, cabellos en bucles arreglados con buen gusto, tez aceitunada, formas perfectas, gran-

des y brillantes ojos y manos y pies bonitos. Pablo la miraba embelesado y pronto descubrí que este joven leonés era uno de la media docena de pretendientes de su mano. La vieja notó mi admiración por la muchacha y con aire de orgullo me preguntó:

"¿Qué tal le parece a usted mi niña?".

Yo, desde luego, no escatimé encomios y al contestar las preguntas de las muchachas intenté darles una idea sobre las mujeres bellas de mi patria. Para estas legítimas beldades las artes del tocador y los adminículos de la moda eran desconocidos y escuchaban con verdadera sorpresa mis relatos sobre las torturas del corset y de los botines apretados que se usaban en el alegre Nueva York.

Antes de mi partida, se unió al grupo un viejo canoso, que se ofreció para acompañarme en el camino, y al declinar sus servicios, me pidió en compensación un real por sus buenos deseos. Me pareció esto un método modelo de mendigar, más siendo novato en el país preferí darle al viejo la moneda, que él recibió con una plegaria audible de: "Dios le proteja a usted siempre". No tengo la menor duda de que después de mi partida se rió de mí, por ser yo un hereje americano; sin embargo, me sentí complacido al haber terminado el incidente por el bajo precio de un real. Al montar a la puerta, la anciana me dijo que su nombre era Benita Ramírez y que desde hacía tiempos había aprendido a querer a los americanos. Deduje la educación que la familia había recibido en su contacto con los pasajeros en 1851. Nadie en el mundo aprende más pronto que los nicaraguenses a conocer el valor de un dólar y pasan de inmediato de la hospitalidad más franca a la mezquindad más ruin, pero esto se aplica en especial a la clase de personas que se hicieron familiares con los norteamericanos en las vecindades de las rutas del Tránsito. Luisa, la de los ojos negros, me acompañó hasta la puerta y sin duda alguna quedó con el convencimiento íntimo de que en mí había hecho una nueva conquista. En Posoltega está una de las iglesias más antiguas de Nicaragua (La Quesalqueca), ahora en ruinas.

Pocos minutos después de haber salido de Posoltega, la tormenta, que en las dos últimas horas había estado amenazante, se descargó sobre nosotros. Pablo dijo que no había más casas en un trecho de dos leguas, pero que conocía una pequeña finca hacia el Sur, a la que se llegaba por un desvío que inmediatamente seguimos, mas no escapamos de empaparnos con aquella lluvia inmisericorde. Durante el tiempo que tomamos para llegar a la finca de "El Paciente", el aire era todo una cortina de agua. Nos apresuramos a entrar en el patio y bajo una

especie de cobertizo había tres o cuatro mujeres echando tortillas y moliendo maíz. Nos dieron una bienvenida cordial a su fogata. Durante una hora parecía que la lluvia nunca pararía y, como siempre, venía acompañada de fuertes truenos y de vivos relámpagos. Las lluvias más fuertes y más frecuentes caen en Nicaragua durante los meses de Agosto y Septiembre.

Poco después de nuestra llegada, una escolta al mando de un capitán gordo se detuvo en la hacienda. Integraban el pelotón unas veinte personas y llevaban el uniforme característico, blanco con franjas rojas en el pantalón. Borrachos, empapados, insolentes y con el traje sucio, ofrecían un cuadro triste. El capitán cuchicheó con una de las mujeres, y un momento después se me acercó y me pidió la hora. Sin molestarme en sacar mi reloj en la presencia del grupo, repute tan brevemente como fue posible, pero insistió él en su petición. Eché hacia atrás mi poncho lo suficiente para que viera mi revólver, calibre largo, prendido en mi cintura y que yo usualmente trataba de ocultar. El sujeto, que estaba medio ebrio, lo miró fijamente un momento y luego dijo: "Tienes pasaporte?". Le mostré un papel que me dió el Comandante de Chinandega, que pareció satisfacerle, porque después de pedirme braza de mi cigarro, montó y toda la escolta prosiguió su camino en la lluvia, gritando mientras daba vueltas alrededor de la casa y riendo con frenesí alcohólico. Pablo cambió miradas con las mujeres y me aseguró que de no haber visto mi revólver me hubieran robado. Los soldados iban en camino hacia el cuartel de El Realejo. Varios robos se habían cometido en el camino recientemente. Después supe que el capitán creyó que yo era un espía guatemalteco.

Las mujeres prosiguieron en su tarea de echar tortillas que, en verdad, es una tarea interesante. El maíz crudo se mezcla con una cantidad de lejía y se hierve a fuego lento. Luego se lava y se coloca en montones en una piedra ahuecada que se parece a un pequeño banco de estilo viejo. El maíz amontonado en un extremo de la piedra tiene la consistencia del grano hervido. Se echa un puñado poco a poco en la piedra y se muele con una especie de almírez, que también es de piedra. La operación de la molida es algo así como la de hacer hojaldre para pasteles. La masa se adelgaza luego dándole palmaditas y se cuece en un comal de hierro o de barro. Las tortillas cuando están calientes son muy sabrosas y al viajar en el país invariablemente las preferí siempre al pan de trigo, que se fabrica muy mal y es masoso. La tortilla —pan del país— se halla en toda mesa, en todas las clases sociales, y constituye con los frijoles el principal alimento de la pobrería en todo Centro América. El lento proceso de moler el maíz

como lo practican las mujeres hizo que varios extranjeros introdujeran la harina de maíz, particularmente para las haciendas en época de cosechas cuando se les obliga a los trabajadores a esperar la preparación de las tortillas. Pero sea por prejuicio, o por renuncia a desviarse de la costumbre establecida, lo cierto es que dicha harina no fue aceptada y las mujeres afirman abiertamente que es imposible hacer tortillas de otra manera que por el viejo método. No deja de ser interesante ver a una muchacha bien formada, con sus brazos desnudos, su pelo frondoso echado indolentemente atrás de su rostro, inclinada en su labor y a intervalos descansando para cuchichear con sus alegres compañeras, o reír con aquella risa sincera que distingue a las mozas centroamericanas, por su jocosidad y buen carácter.

El panorama alrededor de "El Paciente" es igual al de todas las haciendas de la gran llanura de León: la vista inmediata cerrada por muros con el follaje más verde, el trino de los pájaros, y salpicado con policromas flores. Es solamente cuando se contemplan estas exquisitas bellezas de la naturaleza que el viajero puede olvidarse de la crasa ignorancia que le rodea, una raza rebajada y decadente presenta el más vivo contraste con el despliegue lujurioso de su paisaje, en donde pareciera que se concentran los regalos más preciados de la Providencia. La lluvia todavía caía y el monótono vaivén de la piedra de moler se unía a su ruido. El patio se había convertido en una laguna siseante en la que las muchachas chapoteaban yendo de la casa al cobertizo, levantándose las faldas y mostrando un sorprendente desprecio hacia el lodo y la humedad. Por último, cansado ya de la monotonía del espectáculo y sin que el pesado y plomizo cielo ofreciera una promesa razonable de mostrar su azul, ordené a Pablo que ensillara los animales y, a pesar de sus advertencias del peligro de una fiebre, salimos del fangoso patio.

Envuelto en mi poncho, seguí despacio a Pablo por el camino, ahora casi intransitable por el lodo. Luego llegamos a un lugar donde ví tres cruces de madera que me señaló mi acompañante diciéndome que marcaban las tumbas de tres ladrones que habían sido muertos hacía pocos años por un grupo de leoneses, encabezados por Don Francisco Díaz Zapata, mejor conocido por "Chico Díaz". Al bajar por una empinada cuesta llegamos al Río Quezalguaque, que corre un poco arriba de la población de Tética, cerca de ocho millas al Norte de León. Estaba ahora crecido y turbio, y violentamente corría entre las rocas de su lecho. Lo vadeamos a poco más o menos doscientas yardas abajo de donde llegamos y al alcanzar la orilla opuesta vimos a un muchacho, al parecer no mayor de seis años, con un haz de leña sobre la cabeza, que puso en tierra

para hacerme una reverencia cuando yo pasaba. Su vestido consistía en una camisa hecha andrajos y una sarta de cuentas de vidrio alrededor del cuello. Se paró, me clavó su mirada y al ver que yo también lo miraba me gritó: Deme un "dime"! a cambio, seguramente, de su cortesía.

Empezamos ahora a acercarnos a León cuya proximidad se anunciaba por la gente campesina que encontramos caminando afanosamente hacia la ciudad. El camino, en un trayecto de una legua estaba bordeado de cercas bien cuidadas de cactus y, a menudo, de madera que circundaban campos de caña y otras plantaciones, entremezcladas con el más brillante follaje. Bandadas de pericos se agitaban entre los árboles mientras, a intervalos, a lo largo del camino se veía la solitaria garza blanca en la espera de la aproximación de su reptante presa. La lluvia por fin cesó y, con los rayos del sol que se hundía, el terreno por millas alrededor brillaba como aquellas escenas recargadas de color que vemos pintadas en los cuadros de fantasía en los estudios de artistas. En ninguna parte del mundo que yo haya visitado he presenciado las puestas de sol más esplendorosas que las de la América Central. Parece que hubiera una calidad especial en la atmósfera que imparte un claro y brillante tono al paisaje vespertino, algunas veces visto en las montañas de California, pero a mi entender, en ninguna otra parte. El gran llano por el cual viajábamos desde la montaña es considerado como la tierra más fértil del Estado. Ni una vigésima parte está cultivada y sus capacidades para dar todos los productos tropicales pueden escasamente ser ponderadas, mientras para sus dueños actuales pareciera ser solamente campo para la lucha sin fin y para el consiguiente derramamiento de sangre. Cuando ascendimos a una pequeña colina de la ruta, las torres de la iglesia de Subtiaba (1) y las de la Catedral de León, dominaban desde lo alto los bosques circunvecinos, reflejando los rayos del sol poniente. Descendimos de nuevo y vimos de pronto a varias muchachas zambulléndose en un arroyo y hundiéndose como tortugas cuando nos acercamos, dejando la cabeza fuera del agua. El río tuerce hacia la izquierda y después de cruzarlo alcanzamos a un grupo de aguadoras que entraban a la ciudad con la provisión de la noche. Cansado de mi jira, apronté mi cabalgadura y entramos a través de los barrios en la calle larga y pavimentada que conduce al Este de la Plaza. Un señor ya de edad, de cabellos canos, quien avidentemente acababa de levantarse de su siesta

(1) Quezalguaque, pueblo del Corregimiento de Subtiava. Tenía iglesia de tres naves de cal y piedra cuando el Sr. Obispo Pedro Agustín Morel de Santa Cruz la visitó a mediados del siglo XVIII: V Salvatierra, Contribución a la Historia, t. I, p. 380.

me indicó la casa del Doctor Livingston. (1) Cuando entramos a la Plaza, el tañido de las campanas con el peculiar tono español trajo como relámpago a mi memoria las escenas de la vieja España y La Habana.

El sonido de las campanas españolas difiere enteramente del de otras. Evoca, requiriendo apenas una pequeña dosis de romance, a los orgullosos caballeros del Siglo XVI, con sus cotas de malla y con cuya energía y valor estas regiones fueron conquistadas y pobladas. Entre estas evidencias de su raza, aparentemente descoloridas ante el avance de la civilización, el recuerdo de la legendaria erudición de los viejos libros de caballería, devorados hace años con la ansiedad propia de un niño de escuela, vuelve más vivo ante estas torres gastadas por el tiempo que alzan su exquisito arcaísmo y su mohosa arquitectura por sobre las iglesias.

Al volver una esquina, se ofreció a mi vista la gran Plaza con la gran Catedral de San Pedro, cuya primera piedra fue colocada en 1706. (2) Tomó treinta y siete años para construirse y con justicia está considerada como uno de los edificios más sólidos y espléndidos de América. Se llevaba a cabo una ceremonia religiosa con acompañamiento de música y con el acostumbrado número de sacerdotes, frente a una de las iglesias, y aún en las más distantes aceras y umbrales había gentes hincadas respondiendo fervorosamente al canto monótono de los curas. Pablo se descubrió y desmontando de su mula se arrodilló un momento; de nuevo volvió a montar, enteramente satisfecho de haber cumplido con esta pasajera devoción. Siguiendo la costumbre general, yo me descubrí cuando pasé frente a la procesión. Sonoros acordes de música sagrada llenaban el ambiente, mezclados con las voces de los coros y de los sacerdotes. Mientras observaba la escena, ahora confusa en el ocaso parpadeante, a pesar de mi herejía no pude evitar un estremecimiento de entusiasta devoción. En tres de las calles adyacentes y formando un vasto círculo de adoradores alrededor de la Plaza, se hincaban la envelada señorita, la legañososa beata, el soldado rudo y el delicado niño, cada quien respondiendo con devoción al rezo cantado en alta voz, y solemnemente haciendo la señal de la cruz. Tie-

(1) El Dr Joseph W Livingston ciudadano americano establecido en Nicaragua desde hacía mucho tiempo: V Walker, La Guerra de Nicaragua, pp. 210 y 211.

(2) La actual catedral de León, la misma que Wells conoció, comenzó a construirse a mediados del siglo XVIII, siendo Obispo el Dr Isidoro Marín Bulón y Figueroa; pero el propulsor de la monumental obra fue el Dean, después elevado a la dignidad episcopal, Lic Juan Carlos Vilchez y Cabrera, natural de la Nueva Segovia y pariente consanguíneo del sabio José Cecilio del Valle. El Sr Obispo Esteban Lorenzo de Tristán la bendijo en 1776 sin estar terminada. La consagró el Obispo Fr Bernardo Piñol y Aycinena el 28 de Noviembre de 1860: V. Salvatierra, op cit., II, pp 80 y 81; y Corinto a través de la Historia por "du Lamerrier" Corinto, (s i. n. a), p 35

ne que ser en verdad un espectador impasible quien pueda presenciar sin conmoverse los ritos imponentes de la Iglesia Católica, revestida como está de oropeles y otros medios con los que el Clero gusta de atraer la mirada de las multitudes.

Estaba demasiado cansado de mi incómodo viaje para pensar en otra cosa que no fuera llegar a la casa del Doctor Livingston, a la cual arribamos después de atravesar varias calles silenciosas y cubiertas de hierba, dándoseme una cordial bienvenida. Los viajeros norteamericanos se referían tan a menudo al Doctor que sentía yo una creciente curiosidad por conocerle. Apenas habíamos llegado a su pueria cuando ya él se aproximaba y ante mi asombro, me saludó con mi propio nombre. Al parecer, un señor que salió de Chinandega el día anterior le había informado de mi llegada. Decir que fui sincera y generosamente acogido durante mi permanencia en León sería mucho menos de lo que yo quisiera rendir y merece mi hospitalario y varonil anfitrión. Un paquete de cartas y los últimos periódicos de Nueva York y California absorbieron su atención por un momento, siendo estas las primeras noticias de fuera de Centro América que él recibía en los últimos tres meses. Mientras observaba su rostro inteligente y sus vivos y penetrantes ojos, no podía sino notar que su permanencia por cinco años en Nicaragua no había producido en él ninguno de aquellos hábitos de languidez y enervación característicos del extranjero que vive en las tierras bajas de Centro América. En medio de las muchas revoluciones y sus rivalidades consiguientes, él había escapado hasta aquí de ser objeto del resentimiento tan frecuentemente manifestado hacia los norteamericanos; después averigüé que tenía más amigos y poseía más influencia social y política aquí que cualquier otro de nuestros coterráneos. En pocos minutos una cena espléndida estaba servida en el corredor, haciendo notar el Doctor que, a pesar de la vieja costumbre que le había hecho adoptar las horas y el estilo del país, estaba seguro de que un californiano no podía todavía haber olvidado cómo hacer honor a una comida fuerte. Luego supe que la ceremonia religiosa que acababa de presenciar era propiciatoria al vuelo de las almas hacia la Eternidad, que se esperaba la mañana siguiente, día señalado para el asalto final a Granada por las tropas de Castellón. La circunstancia de ser el trigésimo tercer aniversario de la Independencia de Centro América se esperaba que inyectara animación extraordinaria a las tropas. Mientras conversábamos, las explosiones de las "bombas" y el sonoro repique de las campanas de todas las iglesias de la ciudad anunciaron que las ceremonias habían concluido.

Aniversario de la Independencia.—León.—Revolución de 1854.—Los métodos de un texano para retener sus hombres.—León y Granada hace siglo y medio.—La Catedral.—Iglesias.—Una visita al Presidente Castellón.—Aspecto de los Oficiales del Gobierno.—El ex-Presidente Ramírez.—“Chico Díaz”.—La sociedad.—La Casa de Gobierno.—Una propuesta.—Patriotismo.—Sillas de montar.—Lluvia en Nicaragua.—Salida de León.—Galope mañanero.—Paisaje soberbio.—Chinandega.—Tiste.—Frutas.—Más contribuciones.—Una alarma.—“Cacherula”.—Mujeres nicaragüenses.—Preparativos para la partida.—Separación del grupo.—Partida.—El Viejo.—Muerte de un Mono.—El Tempisque.—Los “Horrores”.—Un Bongo en el Golfo.—El Patrón.—Embarque.—El Estero Real.—Paisaje.—Comodidad.—Playa Grande.—Una aventura.—La Bahía de Fonseca.

La mañana siguiente desperté al oír varias salvas de artillería, que hacían temblar la casa de adobe hasta sus cimientos. Era el aniversario de la independencia de los Estados Centroamericanos de la madre patria. Uno siente curiosidad en estas pequeñas repúblicas por observar la manera cómo celebran su “Día de Independencia”. Aquí no había el entusiasmo ni el general regocijo que se observa en los Estados Unidos. En lugar de ver las vías públicas apiñadas con alegres chiquillos, los edificios decorados con banderas, y las mil demostraciones que proclaman la llegada “del cuatro”, apenas ví una procesión religiosa marchando solemnemente entre gentes contemplativas, de rodillas, y un único despliegue militar: una docena, o algo así, de soldados cuidándola.

Después del desayuno fuimos a la gran plaza, en donde un grupo de hombres bulliciosos, en uniforme blanco, estaban disparando un cañón que, una y otra vez, resonaba en las angostas calles. Habíamos olvidado completamente nuestra proximidad al cañón, y enfrascados en la conversación nos acercamos a unos pocos pasos de su boca, cuando un pillastre le aplicó fuego, envolviendo a nuestro pequeño grupo en una nube de humo y dejándonos sordos por el estallido. El doctor les echó una mirada iracunda, a la que la multitud respondió con un fuerte: “Vival!”.

León en 1854, como las demás ciudades de Nicaragua, presentaba un aspecto lamentable. En realidad, la ciudad decae rápidamente, y desde hace tiempo ya ha cesado todo progreso. Con las revoluciones frenéticas que sucesivamente han barrido el país, las mejores residencias de las viejas familias españolas han sido quemadas o destruidas

al grado que siendo la primera ciudad de la república, no es sino una sombra de lo que fue ayer. Pasé por una calle flanqueada por arcadas y muros derruidos, enteramente cubiertos de maleza y dando el aspecto de unas ruinas precolombinas. En 1823 esta parte de la ciudad tenía cerca de dos mil casas, que fueron destruidas por el fuego. Los jardines que otrora llegaban hasta el fondo de los solares, están ahora invadidos por hierbas y escombros. No conozco nada más triste que el aparente convencimiento con que estas gentes parecieran precipitarse por sí mismas a la ruina política. Sin hacer el recuento de la maraña de revoluciones que desde la declaración de la Independencia en 1821 han tenido lugar en el país, brevemente retrocederé a las causas y principales incidentes de la presente.

En Noviembre de 1853 se llevó a cabo una elección presidencial en Nicaragua, siendo candidatos los señores Fruto Chamorro, en otros tiempos Ministro de la Guerra y perteneciente a la facción de Granada, y Francisco Castellón, un Licenciado de León, sucesivamente Ministro de Nicaragua en Inglaterra y en Francia. Una vieja enemistad ha existido entre estas ciudades rivales, la cual ha distanciado a familias vinculadas por matrimonio, y amargos celos han dado origen a guerras continuas. La elección a que me he referido resultó favorable a Chamorro, aunque, como afirman los leoneses, debido a fraudes. Al reunirse las Cámaras, Chamorro intentó llevar a cabo varias reformas parciales de la Constitución, de tal naturaleza que provocaron las sospechas del pueblo. Se aseguraba que había pruebas de una conspiración de parte de Castellón y sus amigos. Esto fue vehementemente negado

por los demócratas (1). Las circunstancias, sin embargo, eran propicias para dictar medidas rigurosas, así que Castellón y la mayor parte de sus amigos de influencia fueron expulsados del Estado (2). Se marcharon a Honduras en donde, a los pocos meses, con la ayuda del Presidente Cabañas de aquella república formaron un pequeño ejército invasor, y en Mayo del mismo año el General Jerez desembarcó en El Realejo y proclamó a Castellón en ese lugar y en Chinandega, en donde, como también en León, el pueblo se declaró a su favor.

Chamorro salió al campo inmediatamente, pero fue derrotado en dos combates y rechazado a su nativa Granada perseguido por las huestes victoriosas de Castellón, en donde se fortificó reteniendo sus posiciones a despecho de los vigorosos ataques de los sitiadores. El estado entero, con la sola excepción de Granada, estaba al tiempo de mi arribo a León en manos de los demócratas que tenían esperanzas de que Granada sería tomada durante el mes de Septiembre. El ideal envuelto en esta lucha, que duró todo el año de 1854, no era el éxito entre los líderes rivales sino el predominio de los principios liberales o democráticos en Nicaragua; Chamorro, siendo uno de los hacendados más ricos del país, tenía como partidarios suyos a las familias aristocráticas y al Clero. Castellón siempre fue considerado como hombre del pueblo, pero en caso de haber triunfado no se hubiera sostenido por mucho tiempo en el poder porque era débil y vacilante, aunque uno de los políticos más capacitados de la república. Los subsiguientes acontecimientos al arribo de Walker, han dado a las cosas un cariz no previsto por ambos partidos en los primeros días de la revolución. En esta lucha Honduras abogaba por la causa de los liberales, siendo el Presidente Cabañas uno de los más distinguidos dirigentes de ese partido. Costa Rica y El Salvador se constituyeron en espectadores inactivos, la primera, embozadamente al lado de los conservadores a través de su órgano La Gaceta; mientras Guatemala, francamente en favor de Chamorro, no tomó parte activa, excepto para desplazar sus agentes secretos en el teatro de la guerra. Más tarde, sin embargo, el General Guardiola (3), con un considerable contingente de guatemaltecos, abrazó la causa de Chamorro y se enfrascó activamente en la lucha. Tal era la posición relativa de los estados centroamericanos en 1854.

Durante esta revolución el comercio de

(1) El partido demócrata era predominante en León N del E

(2) Sobre estos hechos pueden consultarse las Memorias para la Historia de la Revolución de Nicaragua y de la Guerra Nacional contra los Filibusteros 1854 a 1857, por el Lic. Jerónimo Pérez Managua, 1865, pp 9 y 10; y la Reseña Histórica del Dr. Lorenzo Montúfar, t VII, p 8

(3) El general hondureño Santos Guardiola, más tarde Presidente de Honduras

la república se paralizó por completo. Los pocos barcos que entraban a El Realejo y a San Juan del Sur apenas podían operar, mientras la vigilancia de la flota demócrata cortaba en el lago todo tráfico activo con Granada. Con este panorama no sorprende que un estancamiento general prevaleciera en todo el país. Hasta los pocos esfuerzos agrícolas se desalentaban por el inevitable reclutamiento de cualquier grupo de seis o más campesinos que se encontrara en una hacienda. Los ricos se retiraban a sus fundos para evitar contribuciones forzosas y los pobres sufrían perennemente la amenaza de ser enganchados en el ejército. Ninguna consideración se tenía a la propiedad. Al arriero que era sorprendido por las tropas de cualquiera de los partidos se le privaba de sus animales y él mismo era reclutado a la fuerza y llevado al cuartel más cercano. Pocos días antes de mi arribo a León se había enviado una escolta a la hacienda de un norteamericano de Texas, con el propósito de prender a un grupo de nativos allí congregados para moler caña. Al saber el objeto de la visita, Sam reunió a toda la peonada en su casa de adobe y tomando su rifle, se colocó al frente de la puerta. El jefe llegó y le exigió la entrega de los hombres. Sam le advirtió que al primero que traspasara el patio lo mataría. El oficial reconvinó; Sam permaneció firme y con tal mirada de resolución, que la escolta, finalmente, se retiró; y el capitán al informar a Castellón, le dijo: "Con estos americanos no se bromea!". Y estaba seguro de que Sam hubiera hecho fuego. "En ese caso", dijo gravemente el Presidente, "Ud. hizo bien en retirarse. Son hombres muy violentos estos americanos".

Poco más o menos veinte norteamericanos estaban participando en los dos ejércitos contendientes. A los de la causa de Castellón nunca se les permitió colaborar en una carga o en un ataque; su pericia era tenida tan en alto, y su estimación como rifleros era tanta que no se les exponía en campo abierto. La puntería de tiro adquirida por algunos de estos auxiliares se convirtió en objeto de gran admiración, y hubo sobornos en ambos bandos para asegurar sus servicios. Había también italianos y franceses empleados como artilleros y rifleros. La región allende Granada y la parte Norde de León estaban infestadas de guerrillas y de cuerpos de exploradores que mantenían a los habitantes en constante estado de alarma. Jamás había sufrido Nicaragua tantas desdichas como en este tiempo.

Los cimientos de la presente ciudad de León fueron colocados unos ochenta años después de que se abandonó la vieja capital fundada por Francisco Hernández de Córdoba en 1523. Las ruinas de la vieja ciudad compitiendo en antigüedad con Granada, aún pueden verse cerca del lago de Mana-

gua. La obra de Thomas Gage (1), un fraile inglés, escrita en 1699, en la página 419, dice: "Esta ciudad de León se halla curiosamente construida, porque la satisfacción mayor de los habitantes consiste en sus casas, en el placer de sus tierras adjuntas y la abundancia de todas cosas para la vida del hombre, más que en la riqueza extraordinaria, la que no importa tanto como en otras partes de América. Se contestan con bellos jardines, con una variedad de pájaros cantores y loros, con abundancia de pescado y de carne, que son baratos, y con briosos caballos, y así llevan una vida fácil, ociosa y holgada, no ambicionan mucho el comercio y el transporte, aunque fengan cerca de ellos el lago por el que cada año surcan algunas fragatas para La Habana por el mar del Norte, y de El Realejo por el mar del Sur, lo que podría ser muy cómodo para un rico comercio con el Perú y con México si su espíritu los llevara tan lejos; los caballeros de esta ciudad son casi tan vanos y estrambóticos como los de Chiapas, especialmente el placer de esta ciudad es aquel por el cual la provincia de Nicaragua era llamada por los españoles "El Paraíso de Mahoma". Hablando de la opulencia y del comercio de Granada, el mismo autor dice en la página 421 de su obra: "En aquel año yo estuve allá, antes que acudiera a una ciudad india, en un solo día entraron seis recuas (las cuales eran por lo menos de trescientas mulas de San Salvador y Comayagua solamente, cargadas con añil, cochinilla y pieles; y dos días después llegaron tres más de Guatemala, una cargada con plata (que era el tributo para el Rey), otra con azúcar y la otra con añil".

León tiene ahora cerca de 15.000 habitantes entre los cuales se hallan muchas de las familias más ilustres de Centro América. La ciudad está ubicada en una gran planicie, pero arquitectónicamente no difiere gran cosa de Chinandega. Hay varios edificios públicos con alguna pretensión de elegancia. Sus iglesias son más numerosas y más grandes que las de las demás ciudades centro-americanas, excepto Guatemala; entre ellas la catedral de San Pedro, a que antes me referí. Su techo ha servido de fortaleza en tiempos de sitio y no hay mayor evidencia que revele las luchas horribles que han tenido lugar a su alrededor, que los cientos de impactos que cicatrizan en sus muros venerables. Son éstos de una anchura inmensa y ningún terremoto ha sido capaz de ocasionarle la más pequeña grieta. Una de sus torres fue alcanzada por un rayo hace algunos años, que le destruyó la parte superior. El interior tiene la magnificencia impresio-

nante de las catedrales europeas. Antiguamente era muy rica en ornamentos, pero hace tiempo que estos han desaparecido. Numerosas imágenes barrocas de la Virgen y de santos se custodian en los grandes y viejos nichos, y aquí y allá se ven mamarrachadas de cuadros, como una burla a su antiguo esplendor. Arriba, en una pequeña galería de piedra, está colocado un órgano desvencijado cuyos resuellos y desarticulados acordes llenan el templo de inarmónicos ecos. El piso estaba ocupado por figuras inmóviles, de rodillas, con sus rostros viendo hacia el altar, en donde dos sacerdotes se hallaban leyendo algún libro ritual. Las grandes campanas de la iglesia repicaban a intervalos, y sus notas graves, con un tono apagado y sordo, resonaban en las gruesas paredes. La iglesia de la Merced es otra construcción imponente, pero en modo alguno comparable con la de San Pedro. Aquí nos encontramos con cerca de cincuenta feligreses cuyas plegarias, apenas murmuradas, se oían como el ronroneo de miles de insectos zumbando entre las arcadas. Las iglesias de el Calvario, San Juan de Dios, San Francisco y la de la Guadalupe son, entre otras, dignas de verse. En Subtiaba, aldea indígena aledaña a la ciudad, hay también una iglesia bien construida, y esto comprende todo lo que en la capital y alrededores pueda llamar la atención.

Entre mis cartas de presentación había varias para Castellón, el Director Provisional del Estado. A la mañana siguiente a mi arribo le hice una visita. La Casa de Gobierno estaba situada en una calle angosta, que arranca de la plaza de la Merced. Un guardia presentó armas cuando yo entré, y un edecán bien vestido, respondiendo a mi pregunta, me dijo que el Presidente se hallaba desayunando, y me invitó a que tomara asiento en el corredor. El cuartito estaba obscuro y frío, era de piso de piedra, sin ornamentos y en perfecto silencio. A los diez minutos se abrió una puerta en el lado opuesto del cuartito y se me invitó a que entrara al apartamento contiguo, en donde, habiéndome sentado, a los pocos momentos llegó el Presidente. Me presentó yo mismo y le entregué mis cartas, y luego sacó de su tabaquera un cigarro ofreciéndomelo. Castellón parecía tener más o menos unos cuarenta años, de baja estatura, cuerpo con tendencia a la gordura, cara fina, franca y expresiva, cualidades agradables que se aumentaban con una constante sonrisa, casi femenina por su dulzura. Como una sorpresa, tenía los cabellos rubios y lisos, rostro terso y ojos azules. Vestía pantalones blancos como la nieve, saco azul y botonadura de metal y llevaba pedrería en profusión. Después de media hora de entrevista, lo juzgué como el más cumplido caballero que había encontrado en el país. Como orador no había quien le excediera, y como diplomático su actuación de-

(1) Dominic irlandés; en la última época de su vida apostató del catolicismo. Residió durante doce años en Nueva España y Guatemala. Escribió la Nueva Relación que contiene los viajes de Tomás Gage en la Nueva España, la obra a que se refiere Wells, cuya primera edición debe de haber salido en 1648. V. el prólogo escrito por Sinfórico Aguilar para la edición de este libro incluido en la "Biblioteca Goathemala", vol XVIII Guatemala, 1946

fendiendo los derechos de Nicaragua frente a las pretensiones de Inglaterra, cuando era Ministro en aquel país, lo había hecho prominente. Gentilmente me ofreció cartas de presentación para el Presidente Cabañas, de Honduras, y para otras distinguidas familias de aquella república. El despacho en que nos hallábamos sentados era el cuartel general del actual Gobierno. Había dos mesas cubiertas con damasco rojo, varias sillas y, como es común, una hamaca. Esto constituía todo el mobiliario.

Cuando dejé la sala el Presidente me expresó su simpatía particular y me insinuó que antes de que yo dejara el país podía serle útil. Desde luego, yo me puse "a su disposición". En la sala, conocí al señor Jesús Baca, recién nombrado Ministro de Relaciones Exteriores, a quien entregué mis despachos y cartas. Era un caballero bajo, activo, con la piel apergaminadamente seca y con los ojos más negros y penetrantes que había visto en esta raza de ojos negros. Me prometió un salvoconducto especial, que dijo me serviría día y noche en cualquier parte de la república. Mientras conversábamos se nos reunió otro funcionario del Gobierno, el señor Pablo Carvajal, Ministro de la Guerra y Hacienda. (1) Fue tan pródigo en atenciones como mis otros nuevos amigos y se me puso a la disposición, ofreciéndome al mismo tiempo su casa.

Esto último es cuestión de costumbre en toda Hispano América. Una elogiosa ponderación de un caballo, una silla de montar, una casa o una joya, generalmente obtiene esta respuesta: "Es de usted, señor!".

Los extranjeros algunas veces interpretan literalmente esta cortesía delicada, con la consiguiente mortificación de quien la dice.

Los miembros del nuevo gobierno a quienes fui presentado, en su mayoría, parecían macilentos y agotados por el trabajo. Ellos, al menos, no estaban incluidos en la lista de perezosos que, comúnmente, comprende a los centroamericanos. Esta expresión de agobio me impresionó como rasgo característico de los hombres públicos del país. La cantidad de trabajo y correspondencia, añadida a los efectos debilitantes del clima, parece estereotiparse tanto en los nativos como en los extraños.

Antes de dejar California había recibido de un amigo una bondadosa carta de presentación para el Obispo de León Don Jorge Viteri. Al llegar al país supe que había fallecido hacía algunos meses. Deseando es-

tar en paz con el Jefe de la Iglesia, decidí hacerle una visita a su sucesor. (2)

Una muchachita gorda, descalza y medio asustada al ver un extranjero, me invitó a que pasara a la sala del "padre". Después de unos pocos minutos de espera regresó y dijo que el "padre" estaba dormido, pi-diéndome que dejara la carta y que volviera. A mi regreso, dos horas después, puso en mis manos la carta sin haber sido abierta, diciéndome que su amo nunca abría la correspondencia dirigida a una persona muerta, y que estaba extrañado de que yo no me hubiera enterado en el Norte del deceso del señor Obispo. Comprendí que con mi ignorancia había ofendido las fórmulas eclesiásticas, y salí de ahí más avisado pero sin haber logrado ver al Jefe de la Iglesia. Uno o dos días más tarde, encontré al anciano yendo de la Catedral a su casa, y para mi sorpresa, avanzó y se dirigió a mí ofreciéndome un cigarro como paso preliminar para romper el hielo. Me pareció ver una persona agradable, bien educada y muy lejos del sacerdote fanático que yo me imaginaba. Mi falla consistió en no saber que el dignatario difunto había sido sucedido por personaje tan prominente.

Mientras estuve en León, recibí varias invitaciones y conocí lo más granado de la ciudad. Parece que hay poca diferencia entre la manera de vivir de aquí a la de México. En el hogar del señor Norberto Ramírez, ex-Presidente del Estado (3), supe que este caballero vivía retirado de las inquietudes de la vida pública. Me hizo preguntas particulares en relación con los asuntos políticos de California y mostró tal grado de interés en el progreso del nuevo Estado y una información tan minuciosa, que yo no estaba preparado para satisfacerle. Predijo la separación eventual de California de la Unión, y estaba tan ducho en el tema, que tuve que desistir del argumento. Se mostró extremadamente cauteloso al referirse a los asuntos internos de Nicaragua. Tiene la reputación de haber consagrado toda su vida al arreglo de los disturbios políticos del Estado, y nunca se le ha conocido otras miras que las más liberales y patrióticas a favor de su país. Era alto e imponente, de facciones fuertemente marcadas, de grave aspecto, pensativo y tenía una natural elegancia cuando dirigía la palabra, que no falta sino en muy pocos de los hombres dirigentes de Centro América. La administración de Ramírez, se me dijo, fue la más pacífica desde

(2) El Sr. Obispo Viteri y Ungo falleció el 25 de Julio de 1853 de un ataque de apoplejía fulminante, aunque corrió el rumor de que había sido envenenado. Quedó gobernado en sede vacante el Vicario General D. Hilario Herdócia, el prelado a quien Wells no pudo visitar: V. Levy. Notas geográficas, p. 66

(3) En aquella época el jefe del Poder Ejecutivo de Nicaragua se llamaba Director Supremo. La Constitución Política de Nicaragua de 1858, que derogó la emitida en Noviembre de 1838, establece que el Poder Ejecutivo lo ejercer el Presidente de la República: V. Levy, op. cit., p. 319

(1) Como Ministro del Supremo Director D. Francisco Castellón reformó la primera contrata celebrada por éste con Byron Cole para traer soldados mercenarios a Nicaragua: Walker, op. cit., p. 151.

la independencia. De haber tenido éxito la causa de Castellón indudablemente que Ramírez hubiera reasumido la presidencia al restablecerse la paz.

Entre los amigos más cordiales que hice en León estaba Don Francisco Díaz Zapata, cuya franqueza de carácter le aseguraba la simpatía de todo el mundo a la primera entrevista. Gracias a su gentileza se me dedicó un párrafo en la "Nueva Era", el democrático órgano de publicación del Estado, exponiendo los objetivos de mi viaje, periódico que, como después comprobé, me había precedido a Honduras. En su residencia fui presentado a varias señoritas cuyas prendas y gracia me hicieron recordar el ambiente social de mi patria nativa. Una de ellas ejecutó varios valsos y aires operáticos al piano, con una brillantez y buen gusto no superados, pues en Nicaragua los medios para adquirir una buena instrucción musical son muy escasos.

El tema principal en sociedad parecía ser el resultado probable del sitio de Granada, y en general la revolución. En estas conversaciones las damas casi siempre tomaban parte. Era obvio que les afligía el temor de que las escenas de terror de la vieja guerra pudieran repetirse de un momento a otro, temor no enteramente injustificado de ocurrir un cambio en contrario a la causa de Castellón. Tanto prevalecía esta idea, que la casa del Doctor Livingston fue convertida en depósito de arcas con valores, las que se almacenaban ahí en la creencia de que bajo la bandera norteamericana estarían seguros. Estando sentados en casa del señor Díaz Zapata, llegó la noticia de que una de las principales iglesias de Granada había perdido sus torres en el bombardeo.

Un día, al regresar al alojamiento, me encontré con una nota conteniendo una invitación de Castellón para que fuera a verle a la Casa de Gobierno, a fin de tratar importantes asuntos. Llegué allá y encontré a un licenciado de San Salvador, que me fue presentado como sobresaliente miembro del partido liberal. Varias personas, civiles y militares, se hallaban sentadas alrededor de la mesa, en donde estaban dispersos libros, plumas y papel, mientras uno de los presentes se empeñaba en explicar a los demás algunas cuestiones intrincadas sobre la ciencia de la artillería. Deseaban una estimación del costo en California, de dos morteros, doscientas bombas y los equipos necesarios. Aunque no perfectamente "al corriente" en tales materias, hice el cálculo, y en el curso de la conversación, me sorprendí al saber que nadie en el ejército estaba familiarizado con la técnica del disparo de morteros o con las cuestiones más baladíes en relación con su uso, y ahora veía por qué los servicios de los extranjeros se tenían en tan alta estima.

Antes de dejar el salón se me hizo la oferta de que abandonara mi empresa y me uniera al ejército demócrata. Yo había resuelto, sin embargo, desde hacía tiempo, esquivar cualquier participación en las disensiones del país, al menos hasta que llegara a Tegucigalpa.

Mi permanencia en León fue lo suficientemente larga para poder ver sus aspectos más interesantes y obtener una apreciación correcta de las características de sus habitantes. Los encontré imbuídos en aquella formalidad y cortesía que siempre caracterizan al español, sociales y serviciales, y aunque sensibles a la condición desgraciada de su patria, extremadamente impresionables ante la opinión de los extranjeros. Se me preguntó una docena de veces si me gustaba Nicaragua, y como desde que desembarqué en Centro América decidí conservar mi sangre fría y no encontrar defectos en las gentes, a menudo gratificaba a mi audiencia con alguna alabanza, que parecía no por ser del todo merecida, no menos aceptable. Al juzgar por los numerosos artículos que salían en el periódico y por los varios folletos y hojas sueltas publicados y dejados en las puertas, no faltaba patriotismo. Desde el Presidente al más pobre vagabundo, todo el mundo podía expresar sus ideas sobre la situación del país, y todo el que podía leía lo que se publicaba. La prensa hace sentir su influencia en Centro América.

En casa de un amigo observé que los barrotes de hierro de las ventanas que daban hacia la calle habían sido removidos. Averigué que esto lo hizo el ejército democrático, que convitrió las rejas en postas y enviadas a Jalteva se dispararon contra Granada. Las municiones estaban ahora escasas, y entre las varias propuestas que se me hizo, se hallaba la de que yo regresara a California a comprar varias toneladas de pólvora para el Gobierno. Si hubiera estado dispuesto a convertirme en agente comisionista, mi remuneración probablemente hubiera consistido en las "gracias", juzgando el caso del Capitán Morion, un norteamericano que capitaneaba una goleta el servicio público, que en vano había estado esperando muchos meses por su pago; y también los de otros extranjeros que, aventurándose a poner en peligro su propiedad y sedvicios, se hallaban cansados y disgustados con la sempiterna contestación de: "Vuelva mañana!"

Por consejo de mi amigo el Doctor, decidí comprar en León los artículos necesarios para mi viaje a través de las montañas de Honduras. En California un amigo mío, que había estado en Nicaragua en 1851, me desalentó para llevar conmigo mi excelente "montura" mexicana, asegurándome que todos los arreos para caballo podrían obtenerse en Nicaragua sin inconveniente. Apenas

había arribado a San Juan del Sur, cuando descubrí la falacia de tal consejo y hube de arrepentirme durante ocho meses de no haberme proveído de este artículo tan esencial. No se pueden adquirir en el interior de Centro América buenas sillas de montar. Un remedio de este artículo: la albarda, puede ser habida por seis u ocho dólares, pero en forma, material y comodidad es distinta a la famosa silla de montar mexicana, y para viajar por las sierras es todavía menos conveniente que los modelos inglés o americano. Todo ciudadano en el país tiene su silla de montar, considerando casi una descortesía el intento de pedírsela prestada, aun cuando pocas se tienen para la venta. En Nicaragua, la autorización (por no llamarlo con una palabra dura) para requisar mulas y caballos donde quiera que se encuentren, comprende también las sillas de montar y las albardas; consecuentemente, era con la mayor dificultad que uno podía obtenerlas. Todo un día empleé en conseguir con la ayuda de dos de los sirvientes del Doctor los arreos para un caballo. El forraje era igualmente escaso, y asimismo era peligroso poner los animales en potreros; necesario era darles el forraje en casa, a cuyo efecto había que comprar manojos de zacate a razón de medio el manajo. Entro en tales detalles a fin de que el futuro viajero sepa lo que le espera en Nicaragua.

La víspera de mi partida una de las más fuertes tormentas que yo haya visto cayó en León. Las casas al otro lado de la calle apenas si podían verse a través de la espesa cortina de agua, y las calles se convirtieron en verdaderos arroyos. Fue considerada como la más copiosa del año. La cantidad de lluvia que cae en una estación lluviosa es muy grande. En la hacienda "Polvón", del Doctor Livingston, donde él tenía un hidrómetro, cayeron en 1853, del 9 de Septiembre al 19 de Noviembre, ochenta pulgadas de agua; en un día cayeron dieciocho pulgadas. Se me dijo que en Chinandega hacían caído en siete días tres pies; y el Doctor calculaba que ciento cincuenta pulgadas no era exageración para un período de seis meses. En las regiones montañosas del país algunas veces lluvias repentinas hacían crecer los ríos tanto que por muchas horas impedían el paso a los correos peatones del Gobierno. Con el cese de la tormenta los ríos usualmente bajan de nivel.

En la misma tarde, el señor Baca me visitó con un salvoconducto especial. Apenas se había marchado cuando Chico, el muchacho, entró con su rostro pálido diciendo que mientras él llevaba a abreviar los caballos, los habían agarrado y que pudo él escapar de que lo engancharan ocultándose y corriendo luego hacia la casa. Yo casi daba por perdidas las bestias, cuando el Doctor, al saber lo ocurrido, se llevó a Chico consigo

y después de un largo y serio reclamo al oficial de turno pudo recobrarlas.

A la madrugada siguiente, me despertó alguien que me tomaba de la manga, y al abrir mis ojos ví a Pablo junto a mi hamaca con una vela encendida y una taza de café caliente. A los pocos minutos toda la casa estaba en movimiento; las mulas fueron ensilladas, dije adiós, y en compañía del Doctor y de otro residente de León, salimos a la calle silenciosa, justamente cuando una faja de luz anunciaba el alba. Los únicos sonidos que oíamos cuando despacio salíamos de la ciudad eran las distantes notas de la campana grave y el lánguido grito de "Alerta!" del centinela. El aire estaba suave y delicioso. El zumbido de miles de insectos levantándose entre los oscuros montes por los que pasábamos producían una música somnolienta, de acuerdo con la quietud de la hora. Cuando el Oriente se tiñó con los rayos de la aurora se nos reveló un paisaje como jamás lo había presenciado.

Lentamente fuimos subiendo una cuesta en el camino desde donde se podía mirar la extensión del llano, cubierto con innúmera variedad de árboles presentando todavía a la luz mortecina de la mañana una masa de frondas. Hacia el Poniente contamos cinco volcanes imponentes irguiendo su majestuosa belleza, con sus picos espesamente subiertos de nubes grises. Sus formas cónicas, perfectamente definidas, parecían de un azul intenso, que ya por el resplandor centelleante del cielo al Este o por los tintes rosados de la humedad del follaje que cubría sus faldas chisporroteaban y pestañeaban a la luz matinal como grandes mantos de un azul purpúreo, salpicados de brillantes. Este efecto opalescente no duró sino pocos minutos, pues cuando el sol empezó a iluminar el paisaje allá abajo, el vacilante azul de las montañas dió paso a un verde intenso y todos los picos se destacaron nítidamente en el horizonte. Los ojos no se cansaban de contemplar tanta belleza en el paisaje. La escena entera tenía una suavidad y una delicadeza de perfiles, una rotunda y variante belleza que ninguna descripción sería capaz de pintar. Inadvertidamente nos detuvimos y la contemplamos, como si fuera la transición de una vista que se disipa. La mañana, echando a un lado su manto de aljófara, se confundió con la llamarada de zafiro del día.

Pájaros raros volaban a lo largo del camino; una manada de loros reales de cresta amarilla, sorprendida por la súbita aparición de nuestra cabalgata, se agitaba ruidosamente entre los árboles más altos o nos espiaba a hurtadillas desde las exuberantes hojas con cuyo color esmeraldino se confundían. Las primeras cuatro horas de mi viaje fueron las más deliciosas de mi vida. No podía evitar el sentirme encantado. Hasta

mis compañeros, acostumbrados a estas escenas, admitían que muy pocas veces habían respirado un aire más puro o viajado en una mañana más deliciosa. A las ocho llegamos a Posoltega, donde desayunamos en casa de la señora Ramírez y, de nuevo, cruzamos el pequeño río de Quezalaguaque, pasamos por Chichigalpa a vivo galope y volvimos a Chinandega habiendo encontrado sólo cuatro personas en todo nuestro camino. Mis acompañantes siguieron para la casa de un amigo, mientras Pablo y yo desmontamos a la puerta de la mansión acogedora del señor Montealegre, donde como antes toda la familia salió a recibirme.

Al entrar en la casa, estaba quitándome el sombrero para disfrutar del grato frescor del balcón cuando las damas me dijeron al unísono que un ataque de calentura podía seguir a tamaña imprudencia, así como por mi intento de usar agua fría para lavarme las manos mientras estuvieran calientes por el viaje. Una jícara de tiste delicioso, con la frescura del recipiente de barro donde se guarda, y un estirón en la hamaca fueron suficientes para sentirme totalmente remozado. El tiste se toma en todo Nicaragua y en algunas partes de Honduras. Se prepara en una especie de calabaza alargada, fruto de un árbol que abunda en esta región y cuyo nombre he olvidado (1). Un poco de cacao se mezcla cuidadosamente con azúcar y maíz tostado y molido, llenándose el recipiente hasta los bordes con agua fría. Con un molinillo, curiosa y finalmente labrado, se revuelve todo y la jícara, derramando pequeñas gotas frescas, se coloca sobre una servilleta enrollada de tal modo que pueda mantenerla vertical, y así se brinda al visitante (2). Mientras duró mi viaje nunca me faltó una jícara de tiste. Su delicado sabor y sus cualidades refrescantes son reconocidos por quien lo ha probado.

Las naranjas de Chinandega son famosas en todo Centro América. Tienen un dulzor peculiar que no poseen otras. Las piñas blancas de esta vecindad son, asimismo, famosas; provienen de las piñas de Guayaquil, que fueron introducidas en Nicaragua hace algunos años, pero son superiores a las de aquel país. Las frutas se hallan en la mayor parte de los lugares intertropicales y son universalmente conocidas; pero para un sabor delicioso y una calidad que no ofenda aun en la saciedad, me encomiendo a la naranja de Chinandega (la roja), al níspero, al guineo, a la guayaba y al zapote. La buena señora, conociendo mis gustos, se esmeraba a fin de que una generosa provisión de estas deliciosas frutas estuviera siempre a mi disposición. En realidad, me pareció que mis

bondadosos anfitriones no omitían nada que pudiera contribuir a mi bienestar. Si deseaba yo andar a caballo, no tenía sino que escoger entre varios, los más andadores. Si daba algún paseo bajo los ardientes rayos del sol del mediodía, ahí estaba Pablo siguiéndome con una sombrilla, así como con el consejo de la señora de que el paseo era mejor al fresco de la tarde. El mismo cuidadoso ayudante, por orden de don Mariano, me seguía al baño con toallas limpias y otras comodidades. Durante mi ausencia se había exigido al Sr. Montealegre otra entrega de \$ 5.000.00. Lo encontré muy acongojado y considerando seriamente abandonar el país con los bienes que le quedaban. La firme adhesión que siempre dio a la causa democrática, diariamente se debilitaba frente a los infames atracos de que era víctima. Otras familias sufrían casi lo mismo. Bajo el título y apariencia de una república, en Nicaragua hay actualmente tan pocas garantías para la vida y la propiedad como en la misma Rusia.

Una tranquila y amodorrada tarde descansaba en mi hamaca cuando desperté por una sorprendente conmoción y gritos de: el enemigo!, seguidos del violento cerrar de puertas y ventanas a lo largo de la calle y las carreras de las mujeres. A los pocos minutos la casa estaba a oscuras y fuertemente amurallada. Nuestro grupo salió a la calle, donde fuimos rodeados de varios amigos, unos proponiendo una pronta retirada de la ciudad y otros corriendo sin objetivo aparente. La alarma vino de dos asustados jinetes que entraron a la ciudad con la noticia de que "Cacherula", famoso jefe de guerrillas, partidario de Chamorro, estaba por atacar la ciudad con trescientos hombres. A los diez minutos toda casa y toda tienda estaban atrancadas. Las mujeres permanecían con sus puertas entreabiertas y se hacían señas unas a otras con palmoteos. Las calles quedaron desiertas, sólo se veían unos pocos hombres montados, quienes por estar fuertemente comprometidos con Castellón, estaban listos para escapar al solo confirmarse la noticia. Las respectivas banderas se izaron en cada residencia consular, y desde la plaza venía el rápido redoble del tambor llamando a las armas. Creyéndose protegidos por nuestra apariencia de extranjeros neutrales, pero con el agregado de un formidable despliegue de Colts, nos encaminamos hacia el sitio en que el Doctor Livingston y varios amigos, también extranjeros, habían izado la bandera norteamericana. Una igual, de mi propiedad, flameaba ya a la puerta del hogar de mi anfitrión quien, con las mujeres de la casa, consideraba sus ondeantes pliegues como un escudo protector. Mis amigos rieron de nuestro armamento y dijeron que esta era la alarma número 20 desde el comienzo de la revolución. Mientras hablábamos, un pelotón de soldados, evidentemente

(1) El árbol también es llamado jícara N del E

(2) Banco llaman en Nicaragua al trasto para sostener verticalmente la jícara. Mancebina lo llama la Academia.

con ganas de pelear, pasó ligero al mando de un oficial de aspecto resuelto, que parecía pegado a su caballo. Todo el mundo esperaba un combate, pero después de una hora de incertidumbre, regresaron y las banderas se arriaron, las casas y las tiendas se volvieron a abrir y las calles por la tarde estaban llenas por grupos de políticos conocedores, comentando los sucesos del día. Como en anteriores ocasiones, una gran cantidad de valores había sido transportada a toda velocidad a las casas de los cónsules norteamericano e inglés, pero fueron devueltos la misma noche. La vida en Nicaragua en tiempos de revolución es, en el mejor de los casos, una sucesión de alarmas.

Las visitas en Chinandega se hacen comúnmente después de la caída del sol, cuando se supone que los quehaceres diarios del hogar han terminado. A esas horas la señorita sale de su casa con su negro y lustroso pelo trenzado y elegantemente recogido detrás de la cabeza. (Las españolas son impecables en la manera de arreglar su cabellera). Sobre sus hombros llevan un ligero y vistoso chal con el que alcanzan a envolver su cintura. Las manos y los pies pequeños no son una excepción aún entre las trabajadoras humildes, y es raro encontrar una centroamericana de andar desgarrado. Quien haya viajado por el país no puede haber dejado de observar su porte erecto y su paso fácil y gracioso. En cuanto a las clases humildes esto se debe a la perenne tarea de llevar tinajas de agua sobre la cabeza, postura erguida que les permite mejor equilibrio en el peso. Se adquiere también elasticidad, al andar sobre el pavimento de las calles, que requiere del viandante ejercitar los músculos de pantorrillas y dedos.

Al visitarse, las damas llevan a cabo una pequeña y bonita pantomima, algo así como un abrazo que termina con palmaditas suaves en la espalda. Hecho esto, las visitantes se sientan alrededor de la sala y comienza la charla inmediatamente y sin ninguna limitación. Se fuman cigarros generalmente como una especie de estímulo para la sociabilidad. Hay, no obstante, una tendencia hacia la formalidad y una manera seria y estirada de sentarse en la sala para no perder el estilo de la dama realmente elegante y delicada. Entre las damas hay una muda sinceridad. Uno rara vez es engañado por ellas y la infidelidad es más rara aún que lo que pretenden los difamadores habituales de las mujeres de Centro América. En una ocasión, al llevarse a cabo una reunión en la sala del señor Montealegre, fui presentado a don Francisco Morazán, hijo natural del General. Tenía varios de los rasgos del prominentemente hombre de quien descendía, pero en carácter era tan diferente como la noche del

día. (1) El General Morazán dejó otro hijo, el General Ruiz (2), que reside en Tegucigalpa. Se parece a su padre de acuerdo con los retratos que he visto, pero ahí termina todo parecido. Muy raramente sucede que los descendientes de los grandes hombres heredan las mejores cualidades de éstos.

Mientras llegaba un paquete con cartas de presentación, recorrimos los campos vecinos hasta muchas millas fuera de Chinandega para visitar las haciendas y pueblecitos, y en una ocasión principiamos con un guía a hacer un ascenso a El Viejo, lo que, según varios amigos residentes aseguraban, nunca se había logrado. Circunstancias especiales, sin embargo, nos obligaron a desistir del intento. Al fin llegaron las cartas esperadas, lo que nos permitió proseguir nuestro viaje y, después de dos días de consultas, se llegó a un arreglo final con mis compañeros (3), decidiéndose que yo proseguiría solo hacia Honduras ya que las exploraciones y contratos a efectuarse allá sólo requerían los servicios de una persona. No me separé de mis amigos sin experimental el más profundo pesar. Juntos salimos de California y hasta aquí habíamos compartido penas y alegrías. A las atracciones de su agradable compañía se agregaba la amistad cálida que nos unía y un íntimo trato desde los viejos días en California. No obstante, para mí había encanto en aventurar solo en una región aislada e inexplorada como la que iba a visitar. Reforzado con lisonjeras cartas para los ciudadanos principales de Honduras, bien provisto de doblones y seguro de que mi empresa, de tener éxito, abriría posiblemente un rico distrito mineral a la industria norteamericana, esperé con placer e impaciencia el día de continuar mi viaje.

Los Montealegre se encargaron del manejo de mi equipaje. Hasta la última hora

(1) Don Francisco Morazán, hijo de Doña Francisca Moncada, soltera, nació en Tegucigalpa. Acompañó a su padre en Costa Rica; a él le dió su testamento el General Morazán. Contrajo matrimonio en El Viejo con Doña Carmen Veneño. Se radicó en Chinandega, donde fue Vice-Cónsul de Bélgica. Falleció en 1904: V la nota fol 75 y Montero Barrantes, Elementos de Historia, t. I, p. 266

(2) El General José Antonio Ruiz nació en Tegucigalpa como hijo del matrimonio del Procuador D. Eusebio Ruiz con Doña Rita Zelayandia

(3) Byron Cole, uno de ellos, copropietario del periódico en que Walker trabajó como editor, antes y después de su expedición a Sonora. La primera vez que vino a Nicaragua se embarcó en San Francisco de California el 15 de Agosto de 1854, "acompañado de Mr. William V. Wells, el cual tenía puestos los ojos en Honduras", haciendo juntos el viaje hasta León. Obtuvo de D. Francisco Castellón, Director Supremo de Nicaragua, una contrata "para enganchar trescientos hombres destinados a prestar servicio militar en Nicaragua, debiendo los oficiales y soldados recibir un sueldo mensual especificado y cierto número de acres de tierra terminada la campaña. Con este contrato legóse Cole a California en los primeros días de Noviembre y en el acto fue a ver a Walker para interesarlo en la empresa." Por consejo de éste y para no infringir la llamada ley de neutralidad, Cole obtuvo una nueva contrata de Castellón para colonizar, en virtud de la cual debían introducirse trescientos americanos a Nicaragua." Antes de la llegada a Nicaragua del primer contingente de filibusteros, Cole estuvo en Olancho, atraído por la fama de aquella rica región aurífera. Walker le dió el grado de Coronel, pero su bautismo de fuego tuvo resultados desastrosos para los filibusteros: comandando ciento veinte hombres fue completamente deshecho por el Coronel nicaragüense José Dolores Estrada en la memorable jornada de San Jacinto el 11 de Septiembre de 1856, y muerto dos días después por unos campesinos que lo sorprendieron fugitivo; aunque Walker le atribuye una muerte menos deshonrosa afirmando que murió en el combate mismo: V Walker, op. cit., pp. 15, 16, 55, 254 y 255.

de mi permanencia con esta familia verdaderamente buena, se mostró una solicitud por mi bienestar que nunca creí recibir fuera de mi propio hogar. Consiguieron para mí un centenar de cosas, cuya necesidad nunca hubiera sospechado. Temprano de la mañana siguiente, acompañado de los hijos de don Carlos Dárdano, que ahora regresaban a su hogar en la isla del Tigre después de una ausencia de cuatro años, dejé la casa donde había sido objeto de tanta hospitalidad y, precedido por abrumadores buenos deseos de la familia, tomé el camino hacia el embarcadero de El Tempisque, situado en la boca de una pequeña ensenada que conecta con el Estero Real. Después de andar cuatro millas, llegamos a la antigua ciudad de El Viejo, cuartel general de los lancharos y adonde la noche anterior mi atento anfitrión de Chinandega había despachado un muchacho con el fin de conseguirme un bongo para hacer mi viaje a la isla del Tigre. La ciudad, que es una de las más viejas del país, tiene unos tres mil habitantes. Sus casas están construidas mejor que las de cualquier otro lugar de igual tamaño en Nicaragua y es sede de muchas familias antiguas y ricas. Don Mariano aseguraba que los hombres más acaudalados de Centro América residen allí. La iglesia de la Concepción es el edificio principal y hay una más pequeña, el Calvario.

El camino entre Chinandega y esta ciudad está bordeado de setos de los comunes y compactos cactus, que separan las plantaciones de maíz y frijoles, todas lozanas a la luz tempranera y verdes como una pradera de Nueva Inglaterra en Junio. Desde aquí hacia El Tempisque, en una distancia de catorce millas, vimos tan solo una casa; el camino rápidamente se angosta hasta convertirse en una vereda de mulas, que se dirige a una espesa montaña con árboles hasta de seis pies de diámetro. La selva parecía haber sido quemada recientemente y muchas de las plantas más pequeñas estaban sin hojas y secas. Las más grandes formaban una densa sombra sobre nuestras cabezas y en ellas varios monos colorados se balanceaban colgando de sus colas, y nos hacían horribles muecas. No pude resistir la tentación de examinarlos de cerca y al disparo certero de mi rifle cayó uno en tierra, mientras resonaba el bosque con el aullido de sus compañeros. Una de sus piernas estaba rota y, además de sus lamentos —casi humanos— y de sus lágrimas verdaderas, su mirada era suplicante como reprochando mi crueldad. Lo que me hizo tomar la resolución de que nunca más repetiría esta innecesaria tragedia. Sus acentos trémulos y la manera tragicómica con que ponía sus dedos en la sangrante herida, levantándolos después piadosamente como para que yo los viera, me persiguieron por el resto del día. Pablo, que había venido con nosotros para regresar con los caba-

llos lo despeñó. No tuve corazón para rematar mi propia obra. Toda la costa Norte de Nicaragua que bordea la bahía de Fonseca es un terreno desperdiciado, con algunas maderas y como lo he descrito antes, con la excepción de los pantanos por los cuales se abren los esteros menores, cultivándola es capaz de producir lo suficiente para suplir todo Centro América con productos alimenticios. Con la excepción del gran cabo que forma la "Columna Sur de Hércules" de la bahía de Fonseca y sobre el cual se halla el gran volcán Cosigüina, esta porción del país se hallaba escasamente habitada y nada produce. En la región arriba exceptuada hay varias fincas grandes y se han hecho con éxito varios intentos para cultivarla. Antes del mediodía llegamos a una choza solitaria hecha de varas y paja, montada a poco más o menos veinte pies encima de un lodazal, en el limo negro y rico en el cual, estando la marea baja, varios bongos con la quilla hacia arriba brillaban bajo el sol. Habíamos llegado a El Tempisque. Un negro, tiritando de fiebre sacó la cabeza fuera de su andrajosa cobija, en la puerta de la choza, y débilmente exclamó: "Adiós, caballeros!". Sus ojos rojos y legañosos y rasgos extenuados eran casi fantasmales en su fealdad. A nuestras preguntas repuso que teníamos todavía que esperar cuatro horas para que subiera la marea. No puedo traer a mi memoria un cuadro de miseria más sórdida que el que estaba presenciando. Los cerrados manglares en los que el zopilote cabilaba como el genio maligno del lugar, parecían grandes esqueletos desplegando sus brazos flacos, sus deshojadas ramas y retorcidas raíces, como reptantes víboras. Esta estaba acompañada de un incesante e indescriptible ruido, causado por el movimiento de miríadas de cangrejos escarbando en el negro limo. Ya por haber justamente roto el último eslabón que me asociaba con mi hogar y en parte por el recuerdo de los lamentos de agonía del mono que maté y la desolación de este espantoso lugar, ahora experimentaba el primer tormento de una genuina congoja. Para completar las incomodidades, el mayor de los Dárdano cayó con fiebre y lo habíamos apenas extendido en la cabaña inmunda, cuando el chubasco llegó con sus bifurcados relámpagos y sus truenos rehumbantes. La lúgubre soledad del sitio, la furia de la lluvia, las quejas del enfermo y el presentimiento de que mis papeles y artículos de viaje, que no habían llegado en el carretón, estaban ya empapados, se combinaron para hacer de El Tempisque un punto de horrores y un objeto de maldiciones.

La lluvia cesó y en su lugar se levantaron, como por arte de magia, nubes de mosquitos y de microscópicos jejenes, en cantidad tal que los recursos del Río Grande, del Mississippi o del Sacramento se quedaban pálidos. La rechinante carreta llegó por fin y

en ella media docena de marineros de El Viejo, quienes se quitaron las camisas y los pantalones y, vadeando en el légamo, subieron a borde del bongo más grande y empezaron a achicarlo. En tanto esto ocurría, se formó un pequeño charco de agua en la parte más baja del lodo, anunciando la proximidad de la marea. Mientras el agua subía, el bango, que era un guanacaste ahuecado, fue puesto a flote y nuestro equipaje colocado dentro. Pregunté por el nombre del patrón y un mulato pequeño y hosco, de ojos porcinos, se presentó a sí mismo con aire de gran importancia haciéndonos ver que él no era "marinero de lago" como burlescamente llamaba a los tripulantes del lago de Nicaragua, sino que un verdadero piloto. Presumí que había recibido parte de su sueldo en Chinandega, porque traía consigo dos botellas de aguardiente, que con cuidado colocó en las cámaras del bongo. Dijo llamarse Antonio, nombre desde tiempo inmemorial, de marineros españoles. En el fondo era un individuo bueno y de fiar y, al parecer, ejercía autoridad sobre el resto de sus compañeros. Poco más o menos dos horas antes de la puesta del sol, el "Almirante" fue arrastrado hacia las orillas y todos los tripulantes se embarcaron. Era por lo menos de treinta pies de largo por cerca de cuatro de calado. Sobre la popa se habían colocado unos aros de madera inclinados en forma semicircular, que servían como marco de una suerte de toldo que, como "Tonny" (1) dijo con aire no exento de orgullo, lo había hecho especial consideración para la comodidad de los pasajeros. Esta era la cabina. Al fondo del bongo había un piso hecho de toscas planchas colocadas sobre traviesas para proteger a los pasajeros del agua que pudiera entrar por los costados o caer por la lluvia.

Así las cosas nuestro bajel era un triunfo de los armadores de Centro América, y luego que empujamos hacia afuera del pequeño embarcadero bajo los árboles cuyo follaje casi rozaba el agua, todos dieron un grito de regocijo. Hechos a la mar, Rafael, mi muchacho (olanchano que estaba ansioso por regresar a su hogar bajo mi protección y que me ofreció sus servicios por el privilegio de acompañarme) sacó un par de alforjas dentro de las cuales la mano generosa de la señora de Montealegre había puesto toda clase de comestibles. Las viandas fueron desplegadas en el fondo del bongo y todo estaba completo, faltando solamente el café. Miré a Rafael y le pregunté:

"¿Café?"

"Hay suficiente", me repuso, "pero no se puede preparar a bordo".

"¿Por qué no?"

"Porque no hay cocina". En vano me

empiciné en explicarle que un fuego bien podía hacerse sobre el lastre, y por último acabé por hacerlo lo mismo, calentando el agua en una vieja lata que servía para achicar. La tripulación me miró sorprendida.

"Ocho años tengo de ser marinero", dijo Antonio, "y no es sino hasta ahora que he aprendido de don Guillermo cómo darnos este gran lujo".

Resolvieron no olvidar la lección y no dudo que se ha hecho café en el lastre del "Almirante" desde entonces, a no ser que se halla ido a pique y perdido para siempre.

Igualmente ignorantes eran Antonio y sus compañeros de agua salada acerca de las fluctuaciones de las mareas en el estero. ¿De qué utilidad pudiera haber sido meterse en el meollo tales estadísticas insulsas? Así, en ocho años, nunca se había tomado la molestia de observar. Por las marcas del agua en los árboles juzgué que era de ocho pies. Seguimos la ensenada por cerca de cinco millas, teniendo en aquella distancia una anchura de poco más o menos cuarenta pies y, como me aseguró Antonio, era de suficiente profundidad para que navegara en ella un gran barco, aunque me pareció que la idea de mi patrón sobre dimensiones en la arquitectura naval estaba limitada a la de las diferentes clases de bongos. Las aguas, no obstante, parecían profundas y quietas y fracasé al querer alcanzar fondo con una pértiga de dieciséis pies. Dice la leyenda que hace como diez años una idea brillante se le ocurrió a un comerciante de Chinandega, y fue la de ampliar la entrada al Estero Real, hasta una anchura como para admitir barcos grandes y así contar con una comunicación fácil con la Bahía de Fonseca y mejorar con ello las facilidades comerciales de todo el Norte de Nicaragua. La obra resultaría de un gran beneficio. Reflexionaron acerca del asunto por un año, y entonces, lo comunicaron bajo estricto secreto a varios vecinos y a través de éstos gradualmente se esparció la noticia hasta el extranjero. Hubo una reunión y se nombró una comisión para que examinara las facilidades del lugar, comisión que, después de seis meses de paciente deliberación, emitió dictamen favorable. Los curas decidieron que sería una gran cosa, y desde entonces todos los años tiene lugar una reunión similar para determinar cuándo comenzarán los trabajos. Sin el establecimiento de un nuevo orden de cosas, los tataranietos de los miembros originales seguirán reuniéndose en comisiones para deliberar sobre si se lleva a cabo el proyecto en el próximo siglo.

Una densa maraña de árboles de mangle bordea la ensenada por la cual una goleta de cincuenta toneladas no podría pasar sin recoger los mástiles. Estos árboles se hallan revestidos de largos zarcillos, que cuelgan graciosamente del follaje. Dos horas de remo nos llevaron, exactamente al ponerse

(1) Diminutivo de Antonio —nombre del patrón— en inglés

el sol, a las aguas del gran estero, que aquí corre de Norte a Sur. Salimos de la tortuosa ensenada por cuyos laberintos habíamos estado zigzagueando y entramos a una zona aparentemente de doscientas yandas de anchura y de suficiente profundidad para admitir el paso de barcos de gran tonelaje. Hacia el Sur, el estero sin disminuir de anchura se perdía entre una sólida espesura de verde frondosidad, sobre cuya cresta las azules alturas de El Viejo, aunque a muchas leguas, se destacaban contra el cielo crepuscular. Cuando se puso el sol, un enjambre de mosquitos salió del bosque y nos impidió dormir. La fiebre del señor Dárdano se hizo violenta, y como último recurso le administré píldoras y polvos que me diera mi amigo el Dr S., una hora antes de salir de Chinandega. Hecho esto, lo acosté en el fondo del bongo y encendiendo un cigarro, me tendí en una especie de tarima y entre los ataques de los mosquitos traté de gozar de la quieta belleza del panorama. La vegetación lujuriente colgaba en festones umbrosos a lo largo de ambas orillas del estero, expandiéndose en cortinajes verde oscuro sobre los árboles, impenetrable valla de cuyas hojas las más bajas besaban la superficie de las aguas y las más altas graciosamente enroscadas colgaban a cien pies de altura. A veces, mientras nos deslizábamos silenciosos con la marea, se abrían ante nosotros pequeños claros, revelando emparrados frondosos, ahora obscureciéndose con la proximidad de la noche. Plantas parásitas, orladas de vistosas flores, prendían en las ramas, las que asumían formas fantásticas, ora pareciendo arcos sólidos de algún almenado castillo, ora simulando antros y cavernas.

La noche llegó lentamente anunciada por la amenaza, todavía lejana, de un chubasco. Antonio ajustó más el toldo sobre la cabina y se preparó para el diluvio, fortaleciéndose mientras tanto con un gran sorbo de la botella de aguardiente, tónico que él guardaba cuidadosamente envuelto en una vieja camisa, debajo de una de las tablas del piso. Una tras otra, las brillantes constelaciones en lo alto se obscurecieron por las nubes negras que se acumulaban en el horizonte, de tal modo que al acentuarse la negrura nuestro bongo parecía hallarse en medio de un lago interior, del cual no había salida. Una racha de viento precedió a los truenos terribles y a los cegadores relámpagos, y el drama se abrió con la caída de cortinas de agua haciendo del estero una extensión de siseantes burbujas. La tripulación recogió los remos y se acurrucó temblorosa bajo la choza, el viento fiero echaba la lluvia por entre los intersticios de su calamitoso techo como si fuera a través de una delgada tela. Pronto estábamos empapados, y el enfermo cubriéndose con una miserable capa gemía lastimeramente en la obscuridad. En cuanto al equipaje, ya había yo

abandonado toda esperanza de impedir que se mojara y sólo confiaba en la fuerte envoltura de lona que tuve la precaución de poner a mis baúles. Nadie que intente viajar con Centro América debe descuidar esto, porque prueba ser durante muchos días la única protección para sus ropas y papeles. Como la marea estaba todavía en menguante, llevados por la corriente continuamos pasando por los esteros de Nacascolo y Palo Blanco hasta que a las nueve de la noche nos hallábamos frente a una pequeña y lúgubre estación militar conocida con el nombre de Playa Grande, el puerto más al Norte de Nicaragua. Antonio tenía la esperanza de que podría escabullirse en la obscuridad y escapar de la molestia de ser interrogados y hasta de ser registrados. Cómo pudieron ellos divisarnos, a no ser por la luz de los relámpagos, no podía yo imaginármelo, pero al estar frente al embarcadero oímos una voz fuerte que nos ordenó anclar, por no permitirse el paso de ningún bote durante la noche. Antonio gritó contestando que "un Comisionado americano, con despachos de Castellón para el Gobierno de Honduras" se hallaba a bordo. Aunque empapado y temblando de frío no pude reprimir la risa ante la agudeza de Antonio, mas el embuste de nada sirvió y un momento después llegó la orden que ancláramos. No había remedio; así que el patrón echó fuera de borda el hierro, remedo de ancla, y obediente a la voz cuyo dueño todavía no habíamos visto, subí al bote que Antonio acercó hasta nosotros desde el extremo del embarcadero, llevando conmigo una botella de excelente coñac, que creí serviría para evitar molestias demoras.

La lluvia todavía caía con un encono y violencia verdaderamente tropicales. Un muelle desvencijado, hecho de varas de caña se extendía a la orilla y buscando mi camino en la obscuridad había exactamente ganado apoyo en los palos resbaladizos y me inclinaba para alcanzar la mano de un guerdia que con el mosquete brillante, cuando mi pierna falseó y en un instante estaba yo a diez pies bajo de agua. Este fue el único intento que hice para sondear el Estero Real y, estoy seguro, que no llegué a fondo. Un apagado gorgoteo y una sensación sofocante de obscuridad y frío es todo lo que recuerdo, hasta que entre las fuertes voces del marino y el chapoteo de la lluvia me hallé agarrado al extremo de un palo resbaloso que me tendió el guarda. Un pequeño esfuerzo y héme aquí de nuevo en el muelle, calado hasta los huesos y maldiciendo en alta voz a todos los oficiales nicaragüenses. El soldado profirió un lacónico: ¡caramba! y me condujo por cerca de veinte yardas hasta una pequeña cabaña de adobes rodeada de charcos de agua y con una flamante hoguera en el suelo. Un cuero extendido de través por el lado del viento servía de puertas a esta vivienda miserable, en donde se hallaban de cuclillas

media docena de criaturas semidesnudas, lívidas por las calenturas y amontonadas en derredor de la llama, que brillaba en sus rostros escuálidos dándoles la apariencia de espectros. Contestaron a mi saludo con el universal: "Cómo está, señor!" mientras de un cuarto adyacente apareció un oficial sucio y de aspecto somnoliento, quien se anunció como el Comandante. Primero examinó mi empapado pasaporte del Ministro, y luego, tomando la linterna, detenidamente me inspeccionó de pies a cabeza, profiriendo un gruñido satisfactorio en conclusión.

Bajo otras circunstancias hubiera yo guardado mi coñac escondido, pero necesiéndolo por hallarme empapado, lo pasé después de echarme un sorbo, al Comandante, quien colocando la botella en su boca ingirió cerca de la mitad de un solo trago, devolviéndomela con un suspiro de satisfacción y al mismo tiempo de pesar. Me obsequió un cigarrillo de papel y ordenó al soldado que me escoltara de regreso hasta el bote. Le pregunté su nombre, que él me dió con una sonrisa de agradecimiento, pero como no tenía yo donde escribirlo se me ha olvidado. Innecesario era que me cambiara de ropa mientras lloviera, de manera que envolviéndome en el poncho me deslicé en la cabina, mientras los nativos en silencio levantaron el ancla y el bongo continuó su deriva hacia el golfo.

A las once de la noche cambió la marea y anclamos de nuevo. La tripulación se entró a la cabina, tomó un trago de aguardiente y a los cinco minutos todos, excepto el enfermo y yo, estaban profundamente dormidos, a pesar del ruido de la lluvia en el techo, del retumbo de los truenos y de la atmósfera sofocante del pequeño albergue. Cuando desperté era ya pleno día y nuestra vieja chalupa se deslizaba perezosamente con el naciente reflujo. Una brisa suave soplaba del Suroeste y Antonio prometió subir la vela cuando hubiéramos adelantado una milla más. En este punto el Estero Real se bifurca y descarga en la bahía de Fonseca por dos bocas, siendo la Occidental la más utilizada por segura. El aspecto de la región había cambiado al aproximarnos a la bahía. Los densos bosques que habíamos pasado el día anterior eran ahora terrenos bajos de aluvión, formados de pantanos y cortados en numerosas islas. A lo largo de las márgenes crecían altos y exuberantes pastos; las aguas estaban agitadas por los brincos de los peces que nuestros compañeros dijeron podían cogerse en variedad infinita. Hacia el Este, las distantes montañas de Chontales, envueltas en la neblina mañanera, espiaban arriba del horizonte, y una larga y baja extensión de tierra, cubriendo gradualmente hacia el Oeste se me indicó era el gran volcán Cosigüina que en su última erupción de 1836 (1) se despedazó (2) y se extinguió después de sembrar el terror en todo Centro América y parte de México

La brisa matinal soplaba fresca y grata llevándose consigo a los mosquitos y jejenes. Aquí y allá un cocodrilo movía los junquillos de la orilla y el canto de las aves acuáticas se elevaba claro en el aire, haciéndome recordar las animadas mañanas otoñales de Nueva Inglaterra, cuando rifle en mano pacientemente recorriamos las ciénegas escuchando este mismo y agudo canto con una euforia que el más dulce trovador sería capaz de despertar.

Llegamos "al punto propuesto"; el patrón timoneó hacia una orilla cubierta de yerba donde amarró, y procedió a elevar el mástil, que era una vara que ocupaba todo el largo del bongo. Los obenques fueron fijados y una inmensa vela enarbolada a lo "pierna de jamón" en las poleas. Tan pronto como fue asegurada la vela, la vieja piragua como si estuviera avergonzada de su pachorra del día anterior empezó a cabezear y tirar de sus amarras. Antonio se precipitó a la proa pateando todo lo que encontraba y en su apresuramiento puso su pie sobre el estómago del enfermo, la tripulación corría de un lado a otro, saltando como monos; la vela dio un tremendo tirón; se zafaron las estacas de amarre y con un grito de todos los de la tripulación al cual uní el mío, que no era débil, el viejo "Almirante" se deslizó hacia las aguas revueltas del ancho golfo, como si fuera a remolque de una locomotora. Me quedé asombrado de su velocidad. Animado brevemente por el bullicio, el enfermo asomó su rostro por sobre la borda y vió con desmayo hacia el horizonte de agitadas olas, hacia el cual nos dirigíamos como una flecha. El "Almirante", con viento fresco gobernaba mal y Antonio lanzó miradas recelosas hacia el mar afirmando hallarse arrepentido por no haber seguido en El Tempisque mis consejos de agregar una o dos toneladas de lastre.

Rafael, el olanchano, nunca había visto antes de ahora agua salada. El pobre muchacho se pegó convulsivamente a la borda y clavaba su mirada inquisitiva en mí y en el bongo alternativamente. Yo, ciertamente, me pregunté cómo se comportaría tal despliegue de lonas durante una tempestad; pero el aire confiado de Antonio disipó mis dudas y, satisfecho de que todo estaba correcto, me acosté, pero con el sordo presentimiento de que dormir no sería tan fácil en el golfo si la brisa continuaba. Nos precipitamos hacia adelante y a la media hora nos hallábamos fuera del estero y surcando firmemente la grande y verde expansión de aguas de la Bahía de Fonseca.

(1) Sobre la erupción del Cosigüina que principió el 20 de Enero de 1836 y no en 1836 como dice el autor, puede consultarse: varios partes oficiales dados al Gobierno de Honduras, publicados en la Revista del Archivo y de la Biblioteca Nacional de Honduras, t. IV pp 242 a 254. La obra de Víctor Miguel Díaz titulada Conmociones terrestres en la América Central Guatemala, s. a., pp 131 a 160; y la Biografía de José Trinidad Reyes por Ramón Rosa Tegucigalpa, 1906, pp 17 y 18.

(2) La erupción de tipo convulsivo solo comparable a la del Cracatoa, dio origen a los actuales farallones del Golfo N del E.

EXPLORACIONES Y AVENTURAS EN HONDURAS

CONTENIENDO APUNTES DE VIAJE DE LAS REGIONES AURIFERAS DE OLANCHO
Y UNA REVISION DE LA HISTORIA Y DE LOS RECURSOS DE AMERICA CENTRAL

WILLIAM V. WELLS

6

Bahía de Fonseca.—Partida en bongo.—El agua dulce.—Volcán de Cosigüina.—Erupción de 1835.—Aspecto presente.—Un "chubasco".—Noche en la bahía.—La mañana.—Isla del Tigre.—Puerto de Amapala.—Ventajas comerciales.—Recepción.—"La calentura".—Perspectivas futuras de la isla.—Ferrocarril interoceánico de Honduras.—La caza.—Excursión cinegética.—En el cerro.—Los bucaneros.—Agresiones británicas.—Un venado.—Playa Brava.—Huevos de tortuga.—Las urracas.—Las guacamayas.—Sinsontes.—Productos.—El aserradero.—El Presidente Cabañas.—Clima.—Comercio de Amapala.

El sol surgió sobre las lejanas montañas de Cholufeca, y mientras bogábamos las nubes mañaneras se disiparon rápidamente con el calor creciente. El patrón, en vez de encaminarse directamente a la isla del Tigre, viró hacia el Oeste y bordeó las playas de Cosigüina. Años antes, al examinar el mapa de Centro América, había yo tomado esta bahía (y la mitad de quienes habían oído de ella han hecho lo mismo) como una insignificante entrada de la costa, con unas pocas isletas en su boca. Más tarde, al leer las descripciones hechas por visitantes recientes, y después de examinar el mapa admirable que se hizo bajo la dirección de Sir Edward Belcher, llegué a considerarla como una masa extensa de agua con un buen establecimiento de puerto, mas no es sino ahora, con sus proporciones magníficas ante mí, que me he formado un concepto exacto de su vasta capacidad, de los numerosos lugares de anclaje que presenta, de su navegabilidad, de su ventajosa posición y del interesante escenario que la bordea por todas sus costas. La península de Cosigüina se proyecta muy adentro de la bahía por la izquierda, y el cabo, aunque forma uno de los promontorios de la entrada, se extiende al Noroeste más allá de nuestra vista. A la derecha, la costa, que comienza en Nicaragua, es un mero listón de tierra que se pierde en el Norte, y las montañas de Honduras parecen levantarse del borde de las aguas más bien que de un llano, muchas leguas tierra adentro. Antonio me mostró las islas del Tigre y Zacaite Grande, dos montañas que surgen del seno de la bahía, que apenas parecían azules montículos en la distancia y más allá de

las cuales uno puede navegar en bongo todo el día. Puede decirse con seguridad, que toda la flota mercante de América podría guarecerse en esta gran bahía del Sur, en ningún aspecto inferior a la de San Francisco, y rodeada por tres repúblicas poseedoras contienen los más ricos depósitos minerales de Hispano América.

Impulsados por la fresca brisa, la tripulación diseminada en el bongo y abandonada a la libertad de la hora cantaba algunas tonadas típicas del país, en las cuales, además de los aires peculiares españoles, a menudo hallaba yo un parecido a las salvajes e inarmónicas baladas de los indios. Perseguidos por las largas ondas Antonio daba un grito estridente, algo así como el "hiyah!" de los muchachos del Bowery, y echando un vistazo de confianza al inclinado mástil le pedía a su santo patrono soplar! agregando una irreverencia, que a mi modo de pensar no era la indicada para implorar la protección del celestial personaje. Abrimos una caja que yo traía de Chinandega y de ella sacamos un exquisito surtido de comestibles, gran parte del cual desapareció rápidamente ante el apetito voraz de la tripulación. Gané popularidad al hacer un equitativo reparto de estas viandas. Había nacatamales envueltos en hojas de plátano, salchichas, frijoles y frutas en tal cantidad que nos hubiera bastado para una docena de viajes. Al mediodía nos abandonó la brisa, se recogieron las velas y se sacaron los remos; después de una hora de remar el bongo ancló frente al volcán de Cosigüina.

Como la marea no nos favorecería en

varias horas, tomé mi rifle y escogiendo a dos de los hombres más activos de la tripulación vadeamos hacia la playa y avanzamos rumbo al interior. La costa se dirige hacia el Noroeste presentando una larga extensión de márgenes arenosas por las que seguimos hasta que detuvimos la marcha al llegar a un arroyo fresco llamado El Agua Dulce, cuyas aguas termales se hallan impregnadas de sustancias volcánicas (1). Continuamos por el curso de este arroyo entre zarzas y arbustos, la mayor parte desnudos de hojas, hasta alcanzar una eminencia que se encuentra al Sur de su orilla, la que subimos y allí examinamos los efectos terribles de la gran erupción de 1835, que rompió en pedazos al volcán y por varios días cubrió de humo y cenizas a toda Centro América y países vecinos. Esta erupción se describe como la más violenta y destructora que se conoce en estas regiones.

En Tegucigalpa, muchas leguas adentro, y a miles de pies sobre el nivel del mar, la ciudad se obscureció con la lluvia de cenizas. El rugido del volcán se oyó en Guatemala y la tierra tembló hasta en México. Fue tan extraordinaria esta erupción que los habitantes la usan como referencia cronológica; frecuentemente oí que un hecho, nacimiento o muerte se calculaba haber sucedido tantos años antes o después de la erupción del Cosigüina (2). Antes de aquel suceso su pico era altivo y cónico como el de los otros volcanes de la parte central de Nicaragua. Ahora da la impresión de haber sido violentamente despedazado. El volcán se halla equidistante entre la bahía y el océano sobre una península de poco más o menos doce millas de ancho. Un panorama de desolada grandeza aparece a los ojos del espectador que levanta su mirada hacia el cráter, del cual no hay descripción fidedigna desde la erupción. La altura se estima en dos mil pies sobre el nivel del mar (3), la pendiente gradual de su cima a la bahía está revestida de una espesura impenetrable, interceptada por hondonadas espantosas. Estas soledades muy raramente son visitadas y en ellas abundan los animales salvajes. Mis dos acompañan-

tes atravesaron el sitio contra su gusto y parecían considerar toda la región como peligrosa y maldita. Se encuentran grandes depósitos de lava y cenizas, lanzadas del cráter hasta las mismas orillas del agua.

Un año después al navegar por esta bahía hacia San Juan del Sur, aproximé mi bote a la orilla Oeste, frente a punta Cosiguina, que aquí presenta una superficie rocosa, escarpada y blanca hasta el mar, y comprobé que los depósitos de lava llegan hasta el océano. El Cosigüina no se halla totalmente extinguido aunque no ha habido otra erupción desde 1835. En Diciembre de 1852 una nube de humo salió del cráter, acompañada de leves trepidaciones. Un polvo rojo palpable cayó en Amapala y a lo largo de las costas de Honduras en el Pacífico; pero los moradores no sintieron temor alguno de nuevas erupciones.

Unas pocas garzas blancas permanecían tranquilamente en la playa, casi entre los rizados del agua, y vistas desde nuestro punto eran una nota blanca en el azul de la lejanía. Nuestro bongo se hallaba quieto a pocas brazadas de la orilla y de su proa salía un festón de humo, lo que indicaba que Rafael había aprendido, al fin, a hacer café a la California. Un monótono bramido desde un vecino valle nos indicó la presencia de algún toro padrón vagando en un silencio imperturbado en las montañas y los llanos, pero aparte de esto, el lugar aparecía desierto de todo ser viviente. El panorama comprendía las montañas de Honduras, el brazo meridional de la bahía de Fonseca, tranquila como una alberca, la verde faja de manglares y sauces que bordean la ribera opuesta y los grandes montes pantanosos del Estero Real, de donde acabábamos de salir. Extendiéndose se veía una planicie inclinada hacia el interior, escasamente cubierta con yerba tierna, y más lejos parches de lava y escorias volcánicas, grupos de pequeños montes y lugares desolados y desnudos en las faldas de la montaña distante. Mis compañeros tenían miedo de los tigres que, según decían, abundaban aquí y aunque no me faltaban deseos de perder todo el día para hacer el ascenso al volcán, toda la tripulación se opuso citando las más fidedignas autoridades locales sobre el tema de la existencia de culebras venenosas y animales salvajes.

Al volver a la playa hallamos la marea todavía baja, los miembros de la tripulación se quitaron sus ropas y "arrastraron" el bongo a lo largo de la ribera, algunas veces hundiéndose hasta el cuello al cruzar las pequeñas ensenadas que se forman dentro de la bahía. Sabiendo que los cocodrilos abundan en estas aguas, estaba yo preparado para ver uno de estos monstruos al emerger del lodo, pero el ruido y el chapoteo que hacían los hombres seguramente los ahuyentó. Una

(1) Indudablemente este arroyo es el mencionado por Master Wafer, quien navegó algún tiempo con Dampier y se separó de él en Realejo en 1685, de donde se dirigió al Golfo de Fonseca a bordo del *Bachelor's Delight*. El dice: "Estando extremadamente escaso de provisiones mientras anclamos allí, desembarcamos para suplir nuestras necesidades en un rancho ganadero en el Continente, al Sur del Cabo de la Bahía, el cual se encontraba como a tres millas del lugar de desembarco. En nuestra ruta tuvimos que cruzar un río caliente en una sabana abierta, lo cual hicimos con dificultad a causa de su temperatura. Este río brotaba de la base de una colina pero no era de origen volcánico, aunque en la costa había varios de este tipo. Tuve la curiosidad de adentrarme en la fuente hasta donde me alcanzó la luz del día. El agua era clara y poco profunda, pero los vapores que despedía dentro de la caverna eran como los de un caldero hirviendo, habiéndome mojado el cabello. Al salir al exterior, el agua humeaba en un gran trazo." *A new Voyage and Description of the Isthmus of America*, p. 190. N del A

(2) En Honduras ser una cosa del año del polvo significa que es de tiempo inmemorial o muy antiguo. Todavía llamamos año del polvo al de 1835, refiriéndolo a la gran erupción del Cosigüina, que dispersó cenizas en un círculo de 1,500 millas de diámetro: V Levy, *Notas geográficas*, p. 84

(3) Levy dice que el cono truncado del Cosigüina mide 3,335 pies, ib. Según mapa de la Fuerza Aérea de los E U A la altura es de 2,776 pies

bandada de chorlitos cuyo plumaje era igual, voló sobre nuestras cabezas emitiendo sus notas agudas tan peculiares. Estos se encuentran en la costa del mar en todo Centro América, según creo. En la bahía de Fonseca también abundan, especialmente en los bajíos de Zacate Grande. El agosto pelicano, con su gran pico de bolsa y sus inmensas alas, volaba despaciosamente por la costa; una y otra vez caía pesadamente dentro del agua para atrapar su presa de entre el enjambre de saltones peces. Yo eché mi anzuelo, mas, a pesar de haber probado por espacio de una hora no tuve éxito. Al caer la tarde se levantó una brisa desde el Este trayendo consigo la usual advertencia de tormenta. Se metieron los remos, la tripulación saltó a bordo, se izó de nuevo la gran vela, y proseguimos nuestro viaje. Navegamos por la costa de Cosigüina hasta que la marea empezó a bajar; alejándonos de la costa salimos a plena bahía. Una vez pasado el Cabo Rosario estábamos prácticamente en mar abierto. A sotavento ondeaba el inmenso Pacífico, negro con nubes de tormenta, mientras que a barlovento y enfrente, cerrado el horizonte por la lluvia y niebla, no se veía más que una masa de agua embravecida.

El viento arreció hasta que a la caída del sol una fuerte turbonada apareció amenazante. La vela se amarró y aseguró con nudos al parecer inextricables alrededor de un cepo de bambú. La oscuridad y los fuertes truenos aumentaron; Antonio estaba doblado en la popa como un mandril y no hacía el menor movimiento para acortar la vela. Me había hecho el propósito de no intervenir en su náutica, pero cuando el viento nos agarró con una ráfaga de lluvia y espuma, seguí el ejemplo de todos y me escabullí bajo la batayola, sabiendo que en Centro América el mojarse sin haber hecho ejercicio es agarrar la calentura. La lluvia caía a cántaros, el trueno retumbaba, el bongo se bamboleaba ahogado por la espuma y aún así nuestro patrón desdeñaba reducir una sola puntada de la lona hasta que, con un tremendo bardazo, el agua empezó a meterse por la borda, en pequeñas cascadas. La tripulación y los pasajeros se acuclillaron en silencio en el fondo del bongo, temblando por la humedad. A cada oleada Antonio lo enfilaba al viento y con un grito sonoro respondía a mi reiterado: cuidado! La tormenta se desató con furia creciente, la lluvia no nos dejaba ver a más de treinta yardas. Al enfilarse, Antonio ordenó apresuradamente a uno de los hombres que arriaran la vela, mas, antes de que la orden pudiera ser cumplida casi zozobramos. El bongo estaba ya medio lleno de agua, y viendo yo que mi equipaje nadaba en medio del resto de los arreos del bote, creí que era tiempo de ejercer alguna autoridad, sobre todo porque yo tenía la mayor parte que perder. Estaba a

punto de tomar el timón para que el patrón pudiera atender la escota, cuando ésta saltó lanzándolo fuera de borda y hacia atrás. Intenté agarrarlo, pero desapareció en un instante; ante mi sorpresa, un momento después salió a flote, asido con los dientes y las uñas a un pedazo de cuerda, y el bongo remolcándolo como si fuera un enganchado delfín. Después de un rato, lo llevamos a bordo y luego de vomitar se fortaleció con un buen trago de aguardiente. Para entonces la vela había sido arriada ya; habiendo cesado la tempestad nuestro bote fue achicado. Todo estaba empapado y casi en ruinas.

Cuando aclaró el tiempo observé que habíamos avanzado bastante lejos dentro de la bahía. Hacia el Noroeste estaba la isla de Meanguera apenas visible en la oscuridad, y sus altas orillas escarpadas, cubiertas de espesas frondas, semejaban los contornos de un viejo castillo desvencijado. Directamente hacia el frente, la isla del Tigre levantaba sus elevadas proporciones apareciendo como una mera sombra más. Unas pocas estrellas aparecieron entre las nubes que corrían hacia el mar, presagiando, como Antonio hizo notar, mucho viento en la noche. Poco a poco amainó el viento hasta que nuevamente se restableció la calma frente a Meanguera. Como la marea se hallaba en contra nuestra, se echó el ancla fuera de cubierta y se hicieron los preparativos para poder dormir unas pocas horas. Anclamos entre Meanguera y la isla del Tigre durante la noche, pero como soplaba un fuerte viento del Noroeste el bongo se movía continuamente en las olas. Varias veces desperté e inspeccioné el panorama, que era de especial interés. La bahía abunda en enormes bancos de sardinas y éstas al pasar velozmente por nuestro lado producían una luz fosforescente perceptible cuando el mar estaba en calma. Las grandes líneas iluminadas atravesaban rápidamente en todas direcciones brillando fulgurantes cuando se aproximaban a la superficie y desvaneciéndose en un color verdoso indistinto cuando bajaban hacia mayor profundidad. A veces una marsopa exploraba su camino solitario a contra marea, o el grito lejano de alguna ave acuática venía débil entre la oscuridad. Hacia el Oeste, a lo largo de la costa Conchagüita y Meanguerita, la marejada se mantenía en incesante movimiento. Allá a lo lejos, hacia Nicaragua, el horizonte se veía iluminado con las intermitentes señales de los relámpagos que dibujaban con líneas imprecisas todo el ámbito del cielo, denotando el paso de una tempestad de medianoche por los pinares de Chontales.

La conmoción del día anterior, agregada a la humedad y al apiñamiento en el bongo, no me dejaba otra alternativa que la de envolverme en mi poncho, encender mi pipa y pasar así la noche contemplando el paisaje a través de la brumosa oscuridad, y escu-

char la pesada respiración de los durmientes. La mañana poco a poco clareó las aguas; las nubes grises que coronaban las colinas del Este se volvieron matizadas con la aproximación de la aurora. Despericé a todos los tripulantes; levada el ancla aprovechamos la marea favorable y de nuevo tomamos rumbo hacia la isla del Tigre. Un viento terso que luego se convirtió en brisa llegó sobre la espejeante superficie del mar. Antonio tomó el timón; de nuevo se hizo circular la botella de aguardiente, Rafael repitió su operación de hacer café, las velas se hincharon con el fresco viento, y los jóvenes Dárdano oteaban curiosamente hacia su isla nativa, que no habían visto desde hacía años. Todo era un glorioso contraste con la noche anterior. El grande y peligroso mar se había calmado y trocado en una extensión de aguas azules brillando en la luz solar de la mañana; nuestro viejo y lento bongo se deslizaba sobre las rizadas aguas con la velocidad de un caballo de carrera.

Entre sorbos de café y chupadas de pipa, tuve la excelente oportunidad de apreciar la maravillosa cabida de esta gran bahía. Habíamos dejado el océano más allá de las islas y ahora estábamos cruzando una extensión de aguas tranquilas como las de un lago de truchas, pero suficientemente profundas para permitir la navegación de los más grandes barcos del mundo; no hay una roca oculta ni un banco de arena en dirección alguna; las playas son accesibles por vapores de cualquier calado a la distancia de un tiro de pistola desde las rocas, y hay suficiente espacio para el amarre de mil bajeles, aún en el pequeño rincón que las cuatro islas encierran y en el cual la canoa más frágil puede navegar con toda seguridad.

Navegábamos tan rápidamente que apenas si teníamos tiempo para notar la fugaz sucesión de vistas magníficas y escenas pintorescas, que en cada vuelta nos daban su prístina belleza. Mis acompañantes, entregados a los cigarros y al aguardiente, miraban con indiferencia el panorama y nada decían, circunstancia que me encantaba porque cuando no se tiene con quien compartir estos esplendores de la Naturaleza nada hay mejor que el silencio. Pronto estábamos al amparo de las sombras de El Tigre, que se elevaba a tres mil pies sobre nosotros, con sus empinadas laderas cubiertas de espesa vegetación, en las cuales bien podrían seleccionarse cincuenta variedades de plantas y maderas preciosas, silvestres y sin dueño. Lo mismo podría decirse no sólo de las demás islas del archipiélago sino también de toda la costa de tierra firme.

No fue sino hasta que pasamos cerca de las gigantescas masas de lava, que festonan la isla en toda su circunferencia como un muro de azabache, que pude tener idea de su

extensión, mientras la cumbre, perdida en un gorro de nubes, desde la base aparecía aún más enhiesta. El volcán se eleva en un cono perfecto tan bellamente formado como si fuera una obra de arte. La circunvalé varias veces por tierra y por mar, y en la playa, ni en la cúspide, a la cual ascendí meses más tarde, pude encontrar piedra o roca de clase alguna; la isla, el volcán, todo es de formación ignea; hasta los cimientos de las casas, las cercas y los remedos de muelles son del mismo material.

Rebasamos uno tras otro los promontorios que forman las numerosas playas de la isla, hasta que entramos al puerio de Amapala, que es una bahía dentro de una bahía, el más encerrado, accesible, abrigado y en todos aspectos el más excelente en las costas del Pacífico. Amapala está a treinta y cinco millas de la boca del Estero Real y a ocho del punto más cercano de la tierra firme. Se halla en una entrada al lado Norte de la isla, habiendo de tres a seis brazadas en una distancia de dos millas, en el espacio que rodean las islas de Exposición, Zacate Grande y El Tigre. Cada una de éstas tiene buenos fondeaderos en numerosos lugares, aunque por estar abiertos al Oeste son inseguros cuando soplan vientos fuertes de ese rumbo, mientras que a Amapala, que dá frente a la tierra firme, puede llegarse en canoa aun con el mal tiempo. Las estaciones en esta región son tan regulares y suaves que no se experimentan grandes galernas, como las del Norte; además cualquier marejada levantada por un fuerte viento se aplaca al solo terminar la tormenta.

Al aproximarnos a la pequeña ciudad, mis amigos los Dárdano se pusieron muy animados con la perspectiva de reunirse de nuevo con su madre y su hermana, quienes estaban a la puerta de su limpia quinta, estilo americano, saludándonos con sus pañuelos. Los hombres de la tripulación se acicalaron con sus vestidos de presumir, consistentes en una limpia camisa de algodón y pantalones; la banderita blanca fue izada y los rifles se unieron en una gran descarga en honor de las damas. Las banderas de los Estados Unidos y de Cerdeña se izaron en el asta del cuartel y el cañoncito montado al frente hizo retumbar su bienvenida. Estando ya próxima la marea alta, el bongo echó anclas, a horcajadas sobre las espaldas de dos hombres que vinieron para ayudarnos bajamos a tierra, siendo calurosamente saludados en buen inglés por varios caballeros, entre quienes había italianos, franceses, alemanes y norteamericanos, todos empleados en la isla, unos como tenderos, otros como dependientes de la Casa Dárdano & Müller, y los norteamericanos, dueños de un aserradero en la parte oriental de la ciudad, el que, correspondiendo a una amable invitación de sus propietarios, prometí visitar al día siguiente.

La primera impresión al desembarcar en la isla de El Tigre es ver en ella espléndidas facilidades para una fortificación y para el establecimiento de un depósito central de comercio, desde el cual se podría dominar el comercio de los tres Estados que rodean la bahía de Fonseca. Con sus recursos naturales debidamente desarrollados, Amapala podría ser el más importante puerto al Sur de San Francisco. En 1850 el Sr. E. G. Squier, durante su gestión diplomática, envió una serie de despachos al Gobierno de los Estados Unidos, en los cuales abogaba por las ventajas de negociar con Honduras para el establecimiento de una base naval en Amapala. (1) Si se hubiera adoptado este plan, los cada vez más avanzados medios de comunicación entre California y los Estados del Este, pronto hubieran puesto una escuadra del Pacífico de los Estados a sólo siete días de Washington. Con la construcción del proyectado ferrocarril interoceánico de Honduras y el uso del telégrafo y de los vapores, las órdenes del Gobierno de la más vital importancia para la nación, podrían ser transmitidas a la escuadra del Pacífico en tres días y medio. Amapala es hoy el principal, o mejor dicho, el único puerto verdadero en donde las grandes naves pueden anclar y descargar en la costa del Pacífico de las repúblicas de Honduras, El Salvador y Nicaragua.

A poco caminar entre un grupo de casas semi-americanas, llegamos a la residencia del señor Dárdano, en donde hallamos a las damas y a nuestros acompañantes cambiando noticias. Después de una cordial recepción se me destinaron habitaciones cómodas en la casa de Mr. Müller, ahí cerca. Se esperaba a don Carlos y a dos de sus hijas de Tegucigalpa en un viaje de regreso de los Estados Unidos por la vía de Omoa y Comayagua. Como yo tenía cartas de presentación para él, decidí no continuar mi viaje al interior de Honduras hasta tanto no obtuviera información de este caballero, cuyos treinta años de residencia en el país lo capacitaban para darme valiosos consejos, informes políticos y sobre otros asuntos.

La noche de mi llegada, una sensación de desvanecimiento, pulsaciones rápidas e intenso dolor de cabeza me advirtieron que mis frecuentes mojadas en la bahía de Fonseca a causa de las tormentas y de la marea, no me perdonarían el consabido castigo de la calentura, la que mi buena constitución física había desafiado hasta entonces. Pocos son los que escapan de este flagelo que, en las regiones intertropicales especialmente en

(1) Con violación de los derechos de Honduras y El Salvador el Gobierno de Nicaragua concedió al de los Estados Unidos, por el tratado Bryan-Chamorro suscrito el 5 de Agosto de 1914, el derecho de establecer, explotar y mantener una base naval en el Golfo de Fonseca por el término de noventa y nueve años: V El Golfo de Fonseca y el Tratado Bryan-Chamorro. San Salvador, 1917, pp 61 a 64 Afortunadamente el tratado fue rechazado por el Senado de los E U A

las costas bajas, es casi seguro que pilla a todo extraño. Yo estaba provisto de quinina y de otras medicinas que en Chinandega me entregó mi buen amigo el Doctor, y gracias a ellas y a las finas atenciones de mis anfitriones y de su familia, pronto cesó la enfermedad, dejándome pálido y exhausto con el aspecto cadavérico característico. El ataque es comúnmente de un mismo tipo en todas las costas centroamericanas, pero todos consideran que es mucho menos peligroso y virulento en el Pacífico que en el Atlántico. La fiebre terciana es la que prevalece, sus efectos son en extremo demoledores y la convalecencia es tal que durante algún tiempo persiste una sensación de aturdimiento y languidez como si uno acabara de salir de un desmayo. Los remedios son sencillos, consisten en quinina y purgantes que se obtienen fácilmente. Según varias supersticiones del país la violencia de la fiebre depende de las fases de la luna, de la altura de la marea, de la dirección de los vientos y de la época del ataque. Por lo general se siguen ciertas reglas, como la de abstenerse durante la fiebre de lavarse las manos o la cara, y se replica a los incrédulos con la máxima que "es mejor tierra en cuerpo, que cuerpo en tierra", hecho éste que pocos están dispuestos a discutir; asimismo, las viejas nanas del país siempre repiten que al enfermo debe negársele el uso del agua si no es para que la beba, pero sobriamente. Durante esta mi primera enfermedad en Centro América recibí tantas atenciones de mis anfitriones como nunca lo esperé cuando salí de mi hogar para emprender un viaje entre extraños, y de aquellos semejantes que yo había juzgado con ligereza como gentes semicivilizadas e ignorantes. No tuve ningún médico; y una experiencia postrera me enseñó que cuando menos tenga un extranjero que ver con un médico local, más se le prolongará la vida. Tuve a menudo la ocasión de ver el ciego desatino y la absurda práctica del médico centroamericano, cuya charlatanería es comparable con la del mismísimo empírico norteamericano, suministrando todo lo más peligroso, por carecer del ejemplo de los practicantes mejor capacitados y de la inteligencia que se beneficia de la experiencia.

Una vez fuera de mi lecho de enfermo, donde tuve amplia oportunidad en el silencio de los días para meditar sobre mis futuros planes, salí al pequeño mundo activo de la isla con ansias de saborear la belleza escénica por la cual es célebre. Podría escribirse un libro sobre la situación ventajosa de la isla, sus importantes recursos agrícolas y comerciales; los muchos acres de maderas preciosas y plantas de valor, raíces y arbustos que crecen por toda su gran extensión. La misma isla es suficiente para sostener una población de veinte mil habitantes en las tierras planas que hay entre las playas y la base del volcán que se levanta en su centro.

La ciudad de Amapala, situada en la playa oriental, se extiende sobre un llano quebrado que asciende gradualmente las faldas del volcán y se alarga tres cuartos de milla a lo largo del puerto. Su dominante posición militar, la bondad de su clima y las futuras posibilidades que ofrece, señalan a este lugar como punto clave destinado a convertirse en un emporio.

Las costas adyacentes prestan facilidades para el cultivo de una infinidad de productos de todos los climas, desde los cereales del Norte hasta el cacao, la caña de azúcar y el añil de los trópicos. Es tal la diversidad de tierras, que en un día se puede descender en algunas partes de El Salvador y Honduras de las zonas frías productoras de granos, a las cálidas regiones rebosantes de flora tropical. Castellón se refería, con celo de un entusiasta republicano, a su plan de construir un ferrocarril desde un punto en la costa occidental del lago de Nicaragua, a una cabeza de playa en el Estero Real para conectar con vapores de gran calado con el magnífico puerto de Amapala; proyecto que, aunque menos factible que otras rutas, no es impracticable, y que después que conversé con Castellón sobre el particular, ha sido seriamente meditado por posteriores gobernantes.

Las repúblicas que rodean la bahía de Fonseca integran también uno de los distritos mineros más ricos del mundo, cuyos recursos, salvo exportaciones que se hacen por la costa del Atlántico, vía Trujillo, Omoa y Belice, hasta el descubrimiento de California y la apertura subsiguiente de las varias rutas de viaje estuvieron casi escondidos del mundo. Los productos agrícolas de estas repúblicas son todavía desconocidos salvo para unos pocos extranjeros que han cruzado el continente en estos puntos y para aquellos a quienes el amor de las aventuras los ha traído a Centro América en los últimos doce meses (1). Aquellos son tales que bien podrían servir de base a un gran centro comercial en Amapala, el cual podría abastecer gran parte de la población del interior. Amapala es el único puerto donde pueden con seguridad y ventaja anclar vapores de gran calado. Las otras islas del archipiélago son inhabitables, se hallan rodeadas de tantos arrecifes y rocas que son impropias para fines comerciales. Esta superioridad la vió temprano don Carlos Dárdano, comerciante italiano que, al casarse con una dama de Tegucigalpa, obtuvo todos los privilegios de la ciudadanía (2), y en 1846 el Gobierno de Hondu-

ras le dió una concesión de varias "caballerías" de tierra con la condición de que debía desmontar cierta extensión de terreno, establecer un puesto comercial y fijar allí su residencia. Así comenzó Amapala y el Gobierno lo declaró puerto libre por diez años (3). Gracias a los enérgicos esfuerzos del señor Dárdano, la ciudad se convirtió en rival de La Unión, principal puerto de El Salvador a orillas de la bahía, que ahora es asiento de un tráfico local de consideración, a menudo aumentado con el arribo de barcos extranjeros que descargan en este punto las mercancías que traen para el comercio del interior. En consecuencia se han despertado celos considerables entre los comerciantes de El Salvador y los de la isla de El Tigre, pero las ventajas de Amapala sobre La Unión, puerto encerrado y de poca profundidad, son tan patentes que no necesitan repetirse.

Aquí, también, entre otros lugares, puede ubicarse la terminal del ferrocarril interoceánico de Honduras que, comenzando en el mar Caribe, está diseñado para que cruce por el valle de Comayagua, en una distancia de ciento cuarenta y ocho millas y con una pendiente promedio de sólo veintiocho pies por milla, como lo expresa la exploración hecha por el Sr. E. G. Squier (4). A pesar de que la iniciativa americana comenzó por fijarse en Panamá y Nicaragua, para el establecimiento de una comunicación interoceánica, es algo curioso que no haya prestado mayor atención a esta ruta hacia el Pacífico, que es más corta que cualquiera otra, sin exceptuar la de Tehuantepec, y que ofrece facilidades para la construcción de un ferrocarril interoceánico no superadas ni igualadas por cualquiera otra.

Los términos de la concesión obtenida por el Sr. Squier son la mejor prueba de la liberalidad de Honduras a este respecto y del deseo más ferviente que tiene para que sean explotados sus recursos naturales. Se ofrecen extraordinarios alicientes para llevar adelante esta gran empresa, siendo uno de los principales la existencia de puertos seguros y amplios en ambas terminales (ventaja que no posee la ruta de Tehuantepec), las relativamente pocas pendientes, y construcción de puentes requeridos. No sólo estos hechos, sino hasta la mera existencia de la ruta ha permanecido, hasta recientemente, desconocida en el extranjero, salvo para aquellos interesados en el proyecto. Los más virulentos opositores a la influencia de Norte

(1) Los filibusteros de William Walker. N del E

(2) En enero de 1834, cuando el Sr Dárdano contraía matrimonio (V nota p-8), según la Constitución Federal de 1824, que concedía carta de naturaleza a los extranjeros que contraían matrimonio en la República, teniendo tres años de vecindad en ella (Art 16, 4) La Constitución hondureña de 1848, vigente en la época de la visita de Wells, dispuso que los extranjeros podían naturalizarse "por contraer matrimonio con hondureña y vecindario de un año" (Art 10, 3): V El Digesto Constitucional de Honduras, por Augusto C. Coello Tegucigalpa, 1923, pp 14 y 118

(3) Durante la administración del Vice-Jefe General Francisco Ferrera, el 17 de Octubre de 1833, se creó el "Puerto del Tigre", nombre que conservó hasta 1844, llamándolo entonces "Puerto de depósito de la isla del Tigre"; sustituido éste, a su vez, por el de "Puerto franco de depósitos de la isla del Tigre", hasta el año de 1848 en que se le dio el nombre de "Puerto franco de Amapala en la isla del Tigre". Este puerto había sido declarado franco, sin pagarse derechos marítimos de ninguna especie durante diez años, por decreto de 10 de Noviembre de 1847: V P Rivas, Monografía de la isla del Tigre, pp 106, 113 y 116

(4) V Squier, Honduras, p 303.

América en Honduras y aquellos cuyos prejuicios políticos los ha instigado a atacar el proyecto arriesgando el progreso del país, serían incalculables, mientras Amapala saltaría a una posición de importancia comercial que no tendría rival en ningún otro puerto al Sur de San Francisco.

La isla, con la excepción de los pocos espacios limpios y nivelados cercanos a la costa, está densamente poblada de bosques donde abunda la caza. Con frecuencia se matan venados y otros animales, y los primeros pobladores del puerto a menudo vieron tigres que huían del intruso y se refugiaban en la selva. Estos han sido casi totalmente exterminados, pero en algunas de las playas del Este aún se les encuentra, y muy de cuando en cuando los restos de una vaca destrozada prueban que estos animales no han desaparecido completamente. Cuando el señor Dárdano se instaló en la isla, dice, los venados a menudo se acercaban a solo una distancia de tiro de revólver desde su casa.

Al oír hablar tanto sobre caza, y deseando inspeccionar la parte occidental de la isla, contraté a un nativo de aspecto vivaz y que gozaba de la reputación de ser un cazador afortunado, para que me acompañara en una excursión. Mi objetivo principal era contemplar el panorama y determinar el área de tierra aprovechable que se extiende al pie del volcán. El día anterior a mi partida conseguí una excelente escopeta con un amigo alemán, que entregué a Norberto para que la llevara, reservando mi rifle para mi propio uso. El alba rayaba débilmente el horizonte tiñendo las montañas de Choluteca, cuando sentí que alguien me tocaba el brazo; era Rafael que en voz baja me advirtió que ya el guía se hallaba esperándome. Invariablemente dormía en hamaca, tanto por lo fresco de esta clase de lecho, como para esquivar los regimientos de pulgas, que al parecer persiguen a la raza hispana. Abrí los ojos y ví a mi fiel sirviente esperándome al lado de la hamaca con una taza de café caliente con leche y con mi pipa de espuma de mar. Así que los saboreé nos pusimos el equipo de caza y salimos en un silencio solo interrumpido por el graznido de los animales nocturnos y por el zumbido de incontables insectos. Desde las lejanas playas nos llegaba el apagado ladrido del perro vigilante, y a través del aire matinal oíamos a intervalos el pequeño murmullo del flujo de la marea rompiéndose suavemente en las orillas. Norberto encendió un cigarro y tomó la delantera; luego estuvimos fuera del recinto de la ciudad, metidos en un laberinto de reforcidas sendas abiertas entre las malezas, poniendo el mayor cuidado para no tropezar en las semi-sepultadas masas de lava que, al rodar por las faldas del volcán, habían terminado por enterrarse en el suelo. Para complacerme el guía dirigió primera-

mente sus pasos hacia una colina situada poco más o menos a una milla de la ciudad y que se erguía a una altura de cerca de seiscientos pies arriba del llano circunvecino.

Anduvimos media hora entre intrincadas veredas de ganado hasta alcanzar el pie de la colina, y esforzándonos ganamos la cima exactamente cuando el sol salía de un mar de nubes doradas sobre las montañas del Oriente. La vista desde este punto es forzosamente limitada, pues abarca solamente las porciones Norte y Oeste de la bahía. La que se contempla desde la cumbre del volcán, que alzaba su testa dos mil pies arriba de nosotros, es una de las más espléndidas en el mundo occidental. Meses después, cuando ascendí en compañía de varios amigos, todo el grupo estuvo unánimemente de acuerdo en que este panorama era el más extenso y espléndido que ellos habían visto. No obstante, desde nuestra actual ubicación la escena era interesante y sorprendente, permitiéndonos vislumbrar el paisaje montañoso de El Salvador y Honduras, y hacia el mar, un horizonte de aguas azules confundidas en la distancia con la neblina mañanera, rompiéndose en copos de espumas en los arrecifes allá abajo. A nuestros pies se hallaba una pequeña laguna que ocupaba un espacio de unos pocos acres, cubierta con una espesa capa de musgos y otras parásitas, algunas de las cuales arraigadas en el fondo del lago prendían de los árboles circundantes.

En el pequeño espacio de la planicie formada en la cumbre de la colina hay vestigios de fortificaciones que levantaron los bucaneros del Siglo XVII. (1) No podían éstos haber escogido refugio más propicio: el puerto ofreciendo abrigo a sus bajeles, que así quedaban vigilados y protegidos desde el fuerte. Sin duda aquí, en los viejos días de los filibusteros, los piratas del Pacífico tenían sus reuniones y desde este lugar planeaban muchas de sus invasiones merodeadoras a las costas vecinas. También se dice que los ingleses emplazaron aquí una batería; desde estas alturas su bandera flameó en 1849, cuando tomaron posesión y pretendieron derechos sobre la isla de El Tigre. Don Carlos Dárdano me dió detallada cuenta de las operaciones de los británicos de Amapala, en las cuales aparecía que en mala hora él había aceptado el gobierno de la isla bajo los usurpadores y, en consecuencia,

(1) Es muy improbable que los piratas hayan permanecido en la isla del Tigre por largo tiempo, al grado de hacer fortificaciones cuyos vestigios durasen tantos años.

En los primeros meses de 1683 los capitanes Ambrosio Cowley, Juan Eaton y Eduardo Davis que hacían incursiones en el Pacífico, intentaron saquear a León de Nicaragua; no pudieron cumplir su propósito porque encontraron el puerto de El Realejo en pie de guerra, además de que el estado ruinoso de sus embarcaciones los obligó a entrar en el "Golfo o Bahía de Amapala" para repararlas. Anclaron en la isla del Tigre, pero no cometieron tantos males atroces como golían: V Piraterías en Honduras, por Conrado Bonilla San Pedro Sula, 1956, pp 465 y 8

perdió el apoyo del Gobierno de Honduras, al hacer valer éste sus legítimos derechos.

Una considerable extensión de tierra plana se encuentra abajo de la colina, y un hermoso y fértil valle se forma entre esta elevación y la falda del volcán. En medio del follaje encontramos bajas chozas de adobe o ramas, habitaciones de los isleños que en su mayor parte ganan un escaso sustento cultivando pequeñas parcelas de terreno o como jornaleros en las diversas ocupaciones en el vecino poblado. Después de habernos embellezado con el paisaje romántico que se extendía a nuestros pies, reanudamos nuestra marcha hacia una parte aislada de la montaña en la costa occidental de la isla, donde se nos dijo abundan los venados. Nos abríamos paso a través de las cañadas umbrosas; las lluvias del día anterior daban una saludable frescura a la atmósfera que parecía tener las cualidades vigorizantes de una mañana de primavera en Nueva Inglaterra. El camino nos condujo cerca de la punta Oeste de la isla, después de andar media hora llegamos a un bosque espeso de ceibas, guapiños y palmeras, tan tupido que sólo pudimos avanzar apartando la maleza fétida y densa. Llegamos luego a un espacio abierto y plano; Norberto nos dijo que aquí podríamos encontrar algo que cazar; nos deslizamos cautelosamente hacia el borde de un barranco por el cual fluía quietamente un riachuelo hacia el mar. Las huellas impresas recientemente en el suelo húmedo nos indicaron que había un venado en la proximidad. Nos sentamos en una roca y como el sol se filtraba en los bosques que nos rodeaban, mis compañeros sacaron un atado con comestibles y empezaron a tenderlo. Al volverme hacia un matorral, como a veinte yardas de distancia, mis ojos se encontraron con los de una preciosa venada, que erguida nos contemplaba con sorpresa. Sin decir palabra alguna a mis acompañantes, que no habían advertido la presencia del animal, apunté y les sorprendí con el disparo, desapareciendo el venado en el mismo instante. Olvidando los preparativos de la comida, los hombres corrieron en pos de él y a los pocos momentos sus gritos me anunciaron que la bala había cumplido su misión. Rafael fue a la ciudad por un caballo, mientras nosotros destazamos y alistábamos la pieza, mandándole de vuelta con su carga, Norberto y yo continuamos la cacería.

Como entramos en los pantanos aumentó la caza, tuvimos varias buenas oportunidades, pero nuestra suerte nos había abandonado. Los venados de la isla del Tigre, parecidos a los de tierra firme, son de la especie pequeña de los corzos. En el interior del país se les ve en manadas, son tantos en algunas regiones que los trabajadores prestan sus servicios bajo el especial convenio con el propietario de la hacienda de que la

comida deberá ser carne de res y no de venado.

Se dice que hay abundancia de antílopes, pero su existencia la ponen en duda varios escritores. Lo que llaman antílope de montaña es común en el interior, pero a este animal, sin duda alguna, se le confunde a menudo con el corzo. Un repentino movimiento en una arboleda solitaria del camino cuando se viaja en las montañas es signo de su proximidad. Henderson menciona la gacela como habitante de los montes de Belice, que dice ha sido considerada como la Dorcas o antílope bárbaro de Linneo. Es más o menos de la mitad del tamaño de un venado.

Después de una hora de andar, rodeamos la falda espesamente arbolada del volcán y salimos a un espacio abierto alfombrado por la hierba y de muchas lianas bajas; a través de los montes se percibía débilmente el rugido del mar que se estréllaba en la playa Sur. A la media hora de caminar entre breñales y oscuros matorrales llegamos a la rompiente que se volcaba en largos y constantes tumbos. Desde aquí descubrimos el perfil lejano del volcán de Cosigüina, con sus faldas escabrosas contrastando con el cielo, mientras que en el lado opuesto, hacia el Norte, el gran promontorio del Conchagua, en El Salvador, se erguía, pareciéndose ambos a las dos Columnas de Hércules o, más propiamente aún, a la Puerta de Oro. Desde esta posición uno encuentra inmediatamente la semejanza de panoramas y formación, entre las bahías de Fonseca y San Francisco. Solo falta el espumoso salpicar de los vapores abriéndose paso por entre las aguas para que el símil sea completo.

Cuando nos hallábamos en la playa me llamaron la atención muchos hoyos en la arena, que al ser examinados resultaron ser nidos de tortugas. Le pusimos sitio a uno de éstos y después de escarbar cerca de media tonelada de arena, empezó a aparecer el tesoro cuidadosamente guardado. Los huevos eran más o menos del mismo tamaño que los de gallina, pero de consistencia blanda. Estaban depositados con gran esmero, cada huevo rodeado de una capita de arena tan bien colocada que ninguno de ellos se hallaba en contacto directo con los otros. Después de haber sacado treinta o cuarenta, Norberto tomó mi lugar, arremangándose la camisa los extrajo uno por uno hasta contar ciento diecinueve, que expuso a nuestra vista. Me dijo que nunca se comían en la isla; humanitariamente me rogó que le permitiera colocarlos nuevamente y cubrirlos, tarea que hizo con el mayor cuidado. Sin embargo, al día siguiente, según supe, el grandísimo bribón regresó al sitio y se robó hasta el último huevo del nido. En realidad son excelentes, como lo pude comprobar después por propia experiencia. El nombre de la playa

donde estuvimos es Playa Brava, inaccesible a los botes.

Encontramos huellas de ganado salvaje y de venados que se extendían bastante abajo hacia la bahía, y seguimos las márgenes de un riachuelo por un lugar desolado. Hicimos nuestro regreso por otro camino, rodeando la base del volcán, que siempre nos mostraba su orgullosa testa en medio de las nubes, mientras caminábamos por entre los arbustos. En nuestra marcha fuimos seguidos por una bandada de urracas, de una especie con pico y lengua algo parecidos a los del papagayo. Una de ellas, que yo había herido, emitía un continuo graznido llamando a sus compañeras, que inmediatamente acudieron y nos rodearon. A veces descendían velozmente hacia nosotros a una distancia casi del brazo, nos miraban fieramente por un momento y luego giraban para posarse en la rama más próxima, se sentaban agitando sus alas y con los picos abiertos respondían a los gritos de su compañera herida. No ví este pájaro en las tierras altas del país y presumo por ello que se hallan confinados a la costa. En las montañas de la isla del Tigre pueden verse: la guacamaya con su atavío de plumas policromas, los loros de diferentes variedades, la oropéndola, insolente con su plumaje alegre y bailando en el aire; la garza azul; la paloma gemidora pecho morado; el sinsonte y elruiseñor. La guacamaya, especie de macao, es el gallán de los bosques de Centro América; su librea de oropel siempre se destaca; también es notable por su grito áspero; puede verse desde lejos entre las ramas más altas de los grandes árboles, donde se posa coquetamente a arreglarse las plumas, o entregado a su pasatiempo favorito de colgarse cabeza abajo de alguna rama frágil, gritando a alguna distante conocida, o inspeccionando hacia abajo para ver qué encuentra. El sinsonte es nuestro arrendajo. Nada puede superar sus delicadas notas. En su forma, plumaje, hábitos y aspecto general no puede distinguírsele del pájaro del Norte. El pico es un poquitín más largo y la garganta un poco más llena. Uno que tengo en mi cuarto, donde escribo, me lo obsequiaron con otros dos en Amapala durante mi primera visita a ese puerto. Dos no pudieron sobrevivir al viaje a California. Este que me quedó ha alcanzado la plenitud de voz y plumaje, poseé todas las notas del arrendajo americano amén de aires extraños nunca oídos fuera de los trópicos. Entre todos los cantores de pluma déseme el sinsonte de Centro América, por su riqueza y variedad de trinos. A menudo observé estas graciosas criaturas bañándose en algún quieto arroyuelo en Olancho, en donde particularmente abundan. Se posan delicadamente sobre limpios guijarros y se turban para descender en picada hacia las aguas, salpicando atrevidamente las mismas con el agitar rápido de sus alas y expresan-

do su deleite con chillidos. En un sitio donde yo solía acudir cada mañana a tomar el baño, siempre estaba seguro de tener, sin costo alguno, delicioso concierto de sinsontes entre los follajes vecinos.

No fue sino hasta que recorrí la isla cuando la oportunidad de ver los panoramas desde las varias elevaciones y de comprobar adecuadamente la extensión del amplio y ondulante suelo que contiene, y que se desliza desde la base del volcán para formar llanos fértiles, capaces de proveer el sustento de muchos miles de habitantes. El suelo es extremadamente rico y se halla cubierto durante la mayor parte del año con cientos de variadas hierbas y arbustos. Allí florecen la goma del Perú y otras especies de acacias. Pueden verse en los bosques abandonados y sin dueño: la uva silvestre, la papaya, la lima, el mamey, la lobelia, el fustete, el mango, las palmeras de muchas variedades, el guapinol, la caoba, el ron-ron y otros más. Ni una centésima parte de la tierra arable de la isla se halla cultivada. Con una raza enérgica como nuestros hombres serios y progresistas, podría ser habitada y mejorar las tres ricas repúblicas que la rodean en la bahía de Fonseca, haciendo de la isla del Tigre, el puerto más importante del Pacífico en más de un aspecto.

Amapala difiere de cualquiera otra ciudad centroamericana por la laboriosidad que muestran sus moradores, y en este respecto tiene un parecido más fuerte a un establecimiento norteamericano que cualquiera otra que he visitado. Aquí se halla el único aserradero de la costa del Pacífico de Honduras; sus dueños son dos americanos de empresa que importaron la maquinaria de Nueva York, originalmente con el propósito de establecer una fábrica de hilados en San Miguel, El Salvador. La empresa fracasó por falta de capital y mano de obra, después de lo cual se trasladó a Amapala, donde durante dos años ha hecho un buen servicio al convertir en tablas la madera de construcción que llega de las costas vecinas. El principal mercado es El Callao. Un bergantín peruano estaba cargando en el puerto cuando hice mi primera visita. La madera, cuya mayor parte es de cedro de magnífica calidad, vale de \$ 35.00 a 45.00 el millar de pies. También hay un mercado seguro en los pueblos cercanos a la bahía y en los del interior del país. Un turno del aserrío estaba operando, el cual era suficiente para atender la demanda, según los propietarios. Las trozas se cortan con sierras largas en las desembocaduras de los ríos Choluteca y Goascorán, y de allá se arrastran por medio de bongos hasta el aserradero, que tiene suficiente profundidad de aguas para recibir las en las propias plataformas. De aquí las cadenas de arrastre llevan las trozas hasta el plantel. La principal distracción de los ama-

palinos es ir a ver la máquina y contemplar la potencia titánica de la energía a vapor.

Los propietarios de esta empresa encontraron al principio muchas dificultades: restricciones gubernamentales, prohibiciones, atrasos, sospechas y celos. Cuando recibió la presidencia el General Cabañas inmediatamente fueron aprobados los documentos necesarios. Durante esta visita a Amapala, el termómetro nunca indicaba más de 99° en la sombra y temprano de la mañana bajaba a 78°. La temperatura media durante el día era de 92° F. La ciudad está situada de tal modo que la brisa del mar que comienza a las diez de la mañana y continúa casi hasta el atardecer, cuando la brisa viene de tierra al principio apenas perceptible, aumenta y se convierte antes del anochecer en el infalible chubasco. A esta hora nubes muy espesas soplan rápidamente desde el Sur, y la lluvia cae generalmente con gran violencia. El clima de la isla está considerado como saludable siendo las fiebres de la región menos virulentas que las de las costas vecinas. Sin

embargo, ningún extraño escapa de la fiebre en Centro América, aunque tome las mayores precauciones.

Con la excepción de unas dos o tres casas que tienen madera y teja, las casas de Amapala son iguales a las de otros pueblos centroamericanos. Varias son de adobe, pero la mayoría está hecha de cañas y ramas. El comercio del lugar cuando yo lo visité estaba confinado al pequeño negocio de la Casa Dárdano & Müller. Consistía en driles, ferretería, ropa y artículos generales de manufactura europea, que se recibían a cambio de cueros de res, pieles de venado, cacao, azúcar, vainilla, añil y otros pocos productos de la costa vecina, pero en muy pequeñas cantidades. El tráfico era muy limitado y grande la rivalidad con el puerto adyacente de La Unión, El Salvador. No habrá una transformación notable en la isla del Tigre hasta tanto no haya en el país un Gobierno estable que ponga cese a las constantes revueltas.

7

Caza de un tigre en Zacate Grande.—Isla de Exposición.—Ostras.—Peces.—Cocodrilos.—Baño frustrado.—La vida en Amapala.—Arribo de don Carlos y su familia.—Grandes festejos.—Preparativos para la partida.—Apurando a un botero.—Otra noche en la bahía.—La Brea.—Visitantes nocturnos.—Un paseo por la noche.—Resoluciones para el futuro.—El camino hacia Nacaome.—Agua Caliente.—Iguanas.—Nacaome.—La señora Caret.—Visitas.—Una revista.—Clima.—Un viejo especulador.—Minas de carbón en Honduras.—Pasa-tiempos.—Nuevo método para expulsar perros.—Demanda de servicios médicos.—Un médico extranjero.—Una serenata.

Zacate Grande es el nombre de una isla montañosa que se encuentra a pocas millas al Norte de la del Tigre y separada de tierra firme por un canal, que supongo estará totalmente seco cuando las mareas son bajas en extremo. Una mañana clara y apacible, mi amigo don Julio tocó a la puerta de mi habitación para invitarme a que me uniera a la cacería de un tigre, que se llevaría a cabo ese día. Fue suficiente para hacerme saltar de mi hamaca el convite tentador, que unía a la revelación de un deporte excitante un poquitín de romántica aventura. Me vestí rápidamente, apenas tuve tiempo para tomar el café que Rafael me tenía listo porque una voz de mi acompañante me advirtió que el usual "poco a poco" del español de Centro América tenía que descartarse. Cogiendo mi rifle y avíos sólo tuve tiempo para meterme en el bongo con las cinco personas que inte-

graban la comitiva, se levó el ancla y tendida la enorme vela salimos a toda prisa hacia los verdes bosques que forman las laderas de la isla, en donde los tigres eran feroces y abundantes. En el camino tuve tiempo para fijarme en mis compañeros. Don Julio era un alemán de cara rubicunda, un Nemrod entusiasta que hablaba el inglés como un nativo; el otro era mi incansable guía en la expedición que hiciera a Playa Brava; dos tigreros de las tierras montañosas de Nicaragua completaban el grupo. Desde hacía días habían estado preparando una cacería y estaban entregados a una actividad febril, no acostumbrada, con la noticia recibida la noche anterior de un joven residente de la isla, que acudillado en los arcos del bongo observaba con ojos aientos los preparativos. Este joven habitaba una pequeña choza en una cañada cercana a la playa Oes-

te de Zacate Grande donde prestaba sus servicios a una familia salvadoreña cuidándole el ganado que pastaba libremente en la isla. La noche anterior había sido destrozada una vaquilla y él había seguido las huellas del tigre matador hasta un denso matorral situado a orillas de un riachuelo que desembocaba en la bahía. Todo esto me lo dijo el vobule Norberto, pensando en la caza por venir. Tres perros, feos pero de aspecto inteligente, esperaban la lucha venidera.

Al bordear el extremo occidental de la isla hay una pequeña bahía de poco fondo, a la cual se enfiló la quilla; con la ayuda de los remos pronto llegamos a tierra, seguimos la dirección de nuestro guía, entramos a su rústica choza, en donde nos explicó los detalles de la muerte de la vaquilla y se ofreció para conducirnos al lugar hasta donde él había podido seguir las huellas. El tigre de Centro América es un animal de los más formidables del continente y a menudo mide siete pies de longitud. El vigor de esta criatura es tal, que de un solo salto bien dirigido es capaz de derribar una vaca; si falla en su primer intento, salta sobre el lomo de la víctima, se aferra con los colmillos en su garganta y le chupa la sangre. En Nicaragua las haciendas de ganado sufren mucho a causa de ellos; y en Olancho y Yoro, en Honduras, el gobierno local otorga recompensas por su exterminio. Los cazadores y los vaqueros, a veces son despedazados y muertos por los tigres, por lo que parece que se ha creado una animosidad entre ambos.

Estos relatos, que ya había oído de fuentes más serias, podía creerlos ahora exagerados a causa de la excitación del grupo, y ya se puede imaginar cómo uno, cuyo único deporte se había concretado principalmente al tiro de la codorniz o del becardón, y ocasionalmente al disparo a un coyote o a un antílope en California, estaría temblando frente a la peligrosa empresa que íbamos a acometer. El único rifle en la comitiva era el mío; el resto iba armado de escopetas inglesas, y con excepción de la del alemán eran malas armas para tal menester. Hechos los arreglos, cada quien se terció su arma al hombro y tomando una lodosa vereda de ganado entre arbustos raquínicos, proseguimos en fila india hacia un punto que el guía indicó en una hondonada con arboledas, en un terreno que se elevaba frente a nosotros. Después de andar unos pocos minutos, el muchacho se paró y nos mostró las huellas de la fiera, y pronto llegamos a un claro del bosque, en donde, después de haber matado la vaquilla el tigre había arrasado su cuerpo dentro de la espesura. Las huellas eran de tan formidables dimensiones, que al unir mi propia inexperiencia con la falta de fe en la pericia de mis compañeros, sentí que mi afición por la caza de tigres disminuía aceleradamente,

más y más a medida que la probabilidad de su aparición aumentaba.

Fueron enviados los dos muchachos por la cañada con instrucciones de rastrear las huellas y averiguar si su señoría el tigre había subido por la colina de enfrente, hecho que podrían descubrir inmediatamente por la naturaleza esponjosa de la hondonada. A los pocos minutos regresaron diciéndonos que no había pasado por aquel camino desde la noche anterior; y como las huellas que habíamos visto hasta allí demostraban que se hallaba dentro de la cañada, estábamos ahora seguros de su localización. Cómo sacarlo de allí era nuestro próximo paso. Los dos "tigreros" no mostraban deseos de entrar en el lugar en donde el suelo flojo y suave no ofrecía seguridad para poder escapar de un asalto del enemigo de afelpadas plantas. Hasta ese momento los perros habían estado abozalados. Eran animales pequeños y peludos, sin el entusiasta ladrido canino peculiar cuando se hallan listos para atacar en compañía del hombre a un enemigo común. A una señal y un medio articulado s-s-s, toda su furia latente pareció concentrarse en sus ojos flameantes. Sabían que luego comenzaría su labor. La aparente apatía se tornó en aullidos salvajes y en un rechinar de dientes. Mi respeto para ellos empezó a crecer. Cuando se les quitó el bozal, los tres desaparecieron dentro del monte. Los tigreros esperaron el resultado con sus ojos fijos y en actitud inmóvil. La sensación de un peligro inminente me sobrecogió, a pesar de los esfuerzos que hacía para ocultarla, y aunque pregunté apresuradamente si el animal podría aparecer en nuestra dirección, la respuesta de mi vecino más cercano fue sólo un murmullo ininteligible. El ladrido de los perros dentro del monte cesó por un momento, pero luego oímos un terrible grito de muerte, que nos advirtió claramente la suerte que había corrido uno de ellos, en seguida oímos un gruñido constante y un gemido, mezclados con el ladrido frenético del resto de los perros y el crujir de la maleza rota. Un momento después los cercanos arbustos de la pequeña hondonada se agitaron. Dirigí mis ojos atentamente hacia aquel punto; instintivamente alarmado retrocedí cuando el monte se abrió y dió paso a la fiera que salió del matorral con salto ligero, como de gato, y se paró un momento en salvaje incertidumbre no sabiendo si retraerse hacia el monte o si enfrentarse a los enemigos humanos que le rodeaban. Los perros lo acosaban. Todo sucedió en un abrir y cerrar de ojos. Recuerdo sus bigotudas fauces, los ojos feroces y centellantes, la piel aterciopelada, la contracción nerviosa de su enroscada cola, el palpitar de su abdomen color castaño. La fiera, dirigiendo su mirada hacia el lugar en donde Norberto y yo estábamos parados, dió un salto rápido hacia nosotros. Mi primer impulso fue el de disparar, pero

me lo estorbó una fascinación extraña que no pude explicar.

"Cuidado! Cuidado, por Dios!", gritaron todos, a tiempo que tres disparos resonaron en mis oídos.

Al instante estaba yo echado de bruces, y el tigre tendido en el suelo como a cuatro pies de distancia, remolinando en la hierba y destruyendo el césped en su postrera lucha con la muerte. Cuando él saltó hacia adelante, yo me había apartado de su dirección porque tropecé, cayendo en el lugar a donde él habría llegado si no hubiera sido por las balas que terminaron con su carrera.

No tardé en levantarme y le metí una bala en la cabeza, que casi lo liquidó. Los "tigreros" se aproximaron y cuidadosamente le buscaron el corazón con sus relucientes cuchillos. Con un bostezo ahogado meneó convulsivamente la cola y todo estaba consumado. Limpiaron sus cuchillos en su piel lustrosa; uno de ellos aventurándose dentro del matorral sacó el cuerpo destrozado del perro. No se le encontró a éste ni una sola marca de dientes, pero era evidente que un zarpazo lo había quebrado. El tigre medía seis pies cuatro pulgadas y todos estuvieron de acuerdo en que era uno de los más grandes que se habían cogido en la isla. Los perros no mostraron el deseo natural de despedazar el cuerpo, o de ladrar a su alrededor, sino que olieron sus heridas, dieron vueltas en torno de la presa y miraron a los tigreros. Bastó una hora para despellejarlo, se colocó la piel dentro del bongo; gracias a la previsión de Norberto se sirvió luego un apetitoso almuerzo al cual todos hicimos honor. Esta fue mi primera cacería de un tigre, y aunque mis compañeros estaban seguros de que había una hembra con cachorros en la vecindad y nos propusieron volver al siguiente día, me contenté con hacer de aquella mi primera y última aventura de ese tipo en Zacate Grande.

Algunos de los mejores ganados de la región pacen aquí. La isla es la propiedad de dos familias salvadoreñas, que valoran la tierra y el ganado en \$ 40.000.00. (1) Hay un manantial medicinal al que algunos de los habitantes de los pueblos vecinos de la costa atribuyen propiedades milagrosas. Se dice que esta fuente apareció durante la gran erupción del Cosiguina en 1835. La isla de Zacate Grande se ha mencionado como terminal del proyectado ferrocarril interoceánico de Honduras, pero allí falta un fondeadero como el de Amapala y no servirá para tal propósito. Después de comer gallina asada, tortillas y café volvimos al bongo y re-

(1) Honduras, antes y después de la independencia, siempre ha tenido el dominio eminente sobre la isla de Zacate Grande y demás del Golfo de Fonseca, cuyos derechos están respaldados por documentos expedidos durante el régimen colonial

mamos hasta la cercana isla de Exposición, en donde se encuentran ostras deliciosas en cantidades inagotables. Nuestros hombres comenzaron a sacarlas estando la marea baja, y a la media hora tenían el bongo colmado de estos sabrosos mariscos. El festín que después nos dimos en la isla del Tigre me quitó para siempre la idea de que las buenas ostras sólo podían obtenerse fuera de los trópicos. De tal consistencia y riqueza de sabor nunca las había probado en los Estados Unidos.

Con un viento bonancible y hallándose el bongo cargado de ostras, pusimos rumbo a Amapala; y cuando bajamos las velas y nos preparábamos para desembarcar, el infalible y despiadado chubasco nos mojaba hasta los huesos. La bahía de Fonseca no es solamente rica en mariscos de concha sino que sus aguas literalmente bullen con una diversidad de peces para la cazuela; hay otras clases cuyos nombres ni siquiera son conocidos. Durante las dos visitas de varias semanas que en diferentes ocasiones hice a esta isla, no ví aficiones piscatorias en los amapalinos; los únicos pescados que pude comer cuando permanecí en la isla fueron producto de unas pocas horas con el anzuelo y la caña en una pequeña canoa, en compañía de mi sirviente, que no hacía otra cosa que desenganchar los peces de mi anzuelo y pasarme el cebo. Abundan los esturiones y los tiburones, pero hay, además, muchos peces comestibles: percas, papagayos (fuera de la bahía), eperlanos y, por lo menos, una docena de otros más, cuyos nombres no me fue dable aprender. Un barco provisto de equipo para la saladura podría realizar buenas ganancias en esta bahía. Las almejas y los cangrejos se obtienen con la única molestia de agacharse uno a recogerlos. Abundan las aves de caza en las playas y en los lechos lodosos de la tierra firme; no sé que haya otro lugar más prometedor en América para la caza de becardones, patos, chorlitos y pájaros de toda clase, que el que ofrecen las muchas localidades de la bahía de Fonseca. Los cocodrilos abundan. Al ver de cuando en cuando ejemplares de ellos en las playas desiertas, me convencí de que éstos son los mismísimos reptiles de ríos de agua dulce, cuyos ojos vigilantes y boca horrida mostrando sempiternamente los dientes, han sido blanco de tantos miles de balas a todo lo largo del Mississippi. En la bahía de Fonseca cruzan sin temor por entre los botes anclados en Amapala y, evidentemente, pasan sin dificultad del agua salada a las bocas de los ríos y a las costas pantanosas. No estaba seguro de que los cocodrilos frecuntaran la costa hasta un día en que bañándonos con un amigo, llegamos nadando hasta una barcaza que se hallaba anclada como a unas cien yardas de la playa, y desde allí observé un tronco largo que flotaba cerca de la orilla. Llamé la atención a mi compañero y le pro-

puse nadar hacia dicho tronco, cuando me hizo ver que no era tal tronco sino un cocodrilo. Pero no creí, y pronto desapareció de nuestra vista. Ganamos la playa, y al poco rato, lo que creí ser un tronco apareció y habiendo pedido una escopeta le dejé ir una andanada. Inmediatamente las aguas se agitaron con violencia y el cocodrilo (pues tal era) se sumergió de un colazo, desvaneciéndose toda duda acerca de su identidad. Desde entonces nuestras actividades natatorias se circunscribieron a la orilla de la playa.

Ya estaba empezando a aburrirme en la isla del Tigre. Había recorrido su circunferencia, cazado a todo su largo y ancho, examinado sus curiosidades, con la "calentura" había adquirido mi ciudadanía, cuya certificación llevaba en el rostro amarillento y en mis ojos sin brillo. Ni Robinson Crusoe, una vez que vió todo en la isla de Juan Fernández, se sintió más aburrido que yo en la isla del Tigre. Oí hablar de una región alta y fresca a miles de pies de altura, adonde las fiebres de la costa no llegaban y cuyo clima ideal restauraba el color a las mejillas pálidas y revivía las energías quebrantadas por las miasmas y la malaria de las tierras húmedas y bajas. Esa era mi meta; por esa región yo había dejado California, y aunque me era muy importante esperar la llegada de don Carlos, me parecía que estaba desperdiciando mi tiempo mientras no pudiera llegar a Tegucigalpa, cuya fama era tan renombrada y por la cual suspiraba como suspira el aldeano al dar la primera ojeada a su propio lar nativo; ansiaba ver esa ciudad perdida entre montañas, cuyo nombre era para mí desconocido hasta hacía poco. Por fin, hizo su aparición un bote del embarcadero de Choluteca, echó anclas en las afueras del pequeño puerto y desembarcó su pasaje, que no era otro que el señor Dárdano y sus tres hijas. Su viaje había sido difícil y peligroso. De Nueva Orleans tardaron veintidós días a vela hasta Omoa, en el mar Caribe, y de allí habían hecho el trayecto a lomo de mula, vía Comayagua y Tegucigalpa, cruzando todo el país. Me causó grata sorpresa ver a las tres jóvenes damitas con la gracia y las prendas que acompañan a una educación recibida en Nueva York y conversando en un inglés fluido, tan bien como en francés, italiano y castellano. Tan pronto como se había mitigado la fatiga del viaje con un apropiado descanso, con la formal presentación del caso hice entrega de mis cartas, y pronto llegué a un acuerdo con mi anfitrión.

A la mañana siguiente la isla estaba alborotada. El Comandante de Amapala izó la bandera nacional y abrió de par en par su pequeño comercio de licores, de cuyo negocio tenía el monopolio en la isla del Tigre, pagando al Gobierno por la licencia un impuesto de treinta dólares mensuales. Se dis-

paró una salva desde las puerias del cuartel y la bandera de Cerdeña se izó también en la sede consular y residencia de don Carlos. Jóvenes y viejos todos acudieron al hogar de los recién llegados para darles la bienvenida y para tener noticias del interior. Fue desfilado un novillo que había estado amarrado al poste del matadero desde hacía una semana en espera del arribo de la comitiva, y su carne se distribuyó entre los amigos de la familia; por la noche la pequeña ciudad se hallaba de punto para cantar o para entonar alabanzas a don Carlos. Hasta clarear el alba hubo fuegos artificiales y vivas, salvas de artillería, descorche de champaña, rasguear de guitarras y alegres contradanzas y valsos. Pocas veces había tenido Amapala un día de tanta alegría desde que surgiera su existencia en 1846 (1) bajo los auspicios del patrón cuya fama la población estaba celebrando ahora. El holgorio terminó al fin, y después de varios días de negociaciones y arreglos, en los cuales el mal inglés de don Carlos sólo era comparable al español de mis cartas de presentación para la elite de Tegucigalpa, inclusive para el Presidente Cabañas y varios altos funcionarios del Gobierno. El bongo estaba ya listo para salir hacia La Brea, puerto de Nacaome, y la tripulación escogida y pagada anticipadamente; con desgano dije adiós a las bellezas y expresé en la debida forma mis mejores deseos; y en esa tarde cálida y lluviosa, a las seis ordené que mi equipaje fuera conducido a la playa, donde estaba varado el bongo del famoso "Bachicha". Repetidamente había ordenado a Rafael, mi fiel olanchano, que no abandonara mis cosas en la obscuridad y que no quitara de encima el ojo a los hombres del bongo. El "patrón" me había prometido que estaría listo a las ocho, pero transcurrido el tiempo y desconfiando del infeliz envié a Rafael a que averiguara la razón por qué no había venido por mis baúles. Su respuesta fue que "los hombres de los bongos nunca salen al mar cuando llueve". Era verdad que llovía con furia tropical y que la noche parecía la más impropia para salir, pero yo había dicho mi adiós final y todo estaba listo para la partida; había tomado la resolución de salir aunque fuera por mero capricho, como se lo dije al patrón; pero él sólo dio un chupetazo más fuerte a su cigarrillo y me dijo:

"Es imposible, señor. ¡Yo no puedo salir!".

Me miró, esperando a que me encogiera de hombros y contestara, preparado él para el argumento del caso. Pero apenas había proferido él sus palabras cuando lo agarré a paraguazos. El efecto fue sorprendente.

(1) En 1846, año en que el autor dice que Amapala surgió a la existencia, doce años después desde su creación en 1833, ya debe haber habido un núcleo regular de casas y un vecindario más o menos numeroso V P Rivas, Monografía, p 116

La receta era hasta entonces desconocida en Amapala. Del ente más apático y haragán de la isla, mi patrón adquirió de súbito tal energía que él y yo quedamos asombrados, y en un santiamén ordenó a sus hombres que llevaran mi equipaje a bordo; se echó un trago final en el cuartel y aproximándose con aire servil me pidió que le hiciera el favor de subir sobre sus espaldas para transportarme por las aguas hasta el bongo. Al fin y al cabo nada es imposible; y viendo que las cosas marchaban bien ahora, me encogí en la pequeña cabina de la canoa y pronto estaba dormido, a despecho de la cortina de lluvia y de los cegadores relámpagos que fulminaban las montañas en la noche allá tierra adentro. Todavía estaba oscuro cuando un insólito batir de remos me despertó de mi sueño febril. Al ponerme de pie ví que nos hallábamos subiendo por un brazo de la bahía de Fonseca conocido como "Estero de la Brea". La marcha que había tomado el bongo lo lanzó hacia la orilla occidental que, en la obscuridad y la neblina, me pareció una segunda edición de "El Tempisque" y, posiblemente, aún más desolada. Saltamos a tierra todavía mojados por la lluvia de la noche anterior.

Una choza rústica, pero espaciosa, conocida aquí como la aduana, que se levanta muy cerca del agua y una docena de cabañas escuálidas diseminadas en un acre de tierra constituyen el poblado. Bajo los aleros de la aduana vimos unos pocos infelices semidesnudos, acurrucados, cuyo débil "Adiós, señor!" nos demostraba que aún estaban vivos. Mi equipaje fue sacado a tierra y luego el bongo se aprestó a regresar a la isla del Tigre. Perdido el ruido de los remos, el pequeño pueblo de nuevo quedó sumido en silencio inalterado, salvo por el grito de alguna lechuza o por la ronca voz del alcaraván en las espesuras circundantes. Rafael tomó mis frazadas y con ellas hizo un remedo de cama entre el grupo de personas que roncaban bajo el alero, pero esa delicada y pequeña atención resultó inútil porque el agudo olfato de millones de jejenes no tardó en descubrir la presencia de un norteamericano de piel delgada. Dormir, o siquiera permanecer quieto entre nubes de tal peste, era inconcebible; así que, tomé mi rifle y me fuí por un sendero de ganado hacia una colina cercana y, medio inconscientemente, me hallé vagando en la obscura soledad donde el zumbido de los insectos y el monótono croar de los sapos eran los únicos sonidos. Sólo y contemplando medio en sueños el "paisaje reluciente" que se perdía abajo más allá de las sombras de la noche, empecé a darme cuenta de la magnitud de la empresa que me había propuesto. Con la partida del bongo se rompió el último eslabón que me unía con Nicaragua y California.

Estaba ahora en tierra firme con el con-

tinente frente a mí; su anfractuosa cordillera, que divide la vertiente de los dos océanos, nebulosamente perfilada contra el amanecer gris y la cual tenía que cruzar para descender por ella hacia el Atlántico; y con importantes concesiones que conseguir, de las que dependían las esperanzas de mis amigos que estaban allá tan lejos. Entre mi persona y la meía perseguida, probablemente no habría cinco seres que pudieran entender una sola palabra de inglés; y aunque el interior de Honduras es la parte del país más poblada y más civilizada, me parecía que entraría a una tierra desconocida, cuyo ambiente misterioso aumentaría cuanto más profundamente penetrara en ella. La aurora teñía todo lo largo del horizonte con tintes color rosa. El bramido del ganado, el ladrido de los perros y la incesante increpación de los loros volando entre los montes, impartían un ambiente más vivo a la hasta aquí sombría perspectiva; y al bajar al riachuelo más próximo, llevé a cabo en él mis abluciones matinales, después de lo cual regresé a la choza miserable, alegre y satisfecho. Rafael me había echado de menos y me miró con estúpida sorpresa cuando, contestando a sus preguntas, le dije que había estado cazando. Mientras él ensillaba varias mulas que para el viaje a Nacaome yo había tenido la suerte de alquilar a razón de cuatro dólares cada una, me fuí a la cabaña más cercana y con un real compré un jarro de leche recién ordeñada, que con los bizcochos que había traído de Amapala me sirvió de desayuno. A las siete de la mañana salimos a un terreno llano y en apariencia fértil, interceptado por varios arroyos que desaguan en la bahía. La frescura del aire de la mañana duró hasta cerca de las nueve, hora en que el calor se volvió casi intolerable. Hasta la tribu alada parecía haber huído hacia la arboleda espesa para evadirlo. Con tal temperatura en Octubre, se me ocurrió pensar que en los meses más calurosos la costa del Pacífico de Honduras deberá ser una especie de averno impropio para ser habitado por seres humanos. A media jornada pasamos por la hacienda Agua Caliente, llamada así por haber en ella una fuente termal y sulfurosa. Es de propiedad del señor Mariano Valle, uno de los ganaderos más prósperos del departamento de Choluteca.

El camino estaba aquí bordeado por el primer cerco de piedras que había visto yo en el país y sobre el cual, echadas en las piedras planas, podía verse docenas de repugnantes iguanas mirándonos con sus ojos fijos mientras pasábamos. Estos animales aunque feos son inofensivos y las hembras se estiman por los nativos como alimento sabroso. Los bosques estaban poblados de robles, guanacastes, unas pocas caobas, guapiños, mangles y una infinidad de acacias y de árboles con espinas y hojas lustrosas, cuya belleza la mirada no se cansaba de con-

templar. Bajo las sombras de los más grandes, se hallaban los rebaños de ganado, gordo, todo marcado en igual forma que en California, y aparentemente con los mismos curiosos fierros. A las diez de la mañana llegamos a Nacaome, que es la principal ciudad del departamento. Mis amigos de Nicaragua y Amapala me habían dado gentilmente varias cartas de presentación para las personas más importantes de aquí, sin cuyas cartas mi recepción posiblemente pudo haber sido menos cordial. Nos fuimos hacia la plaza y llegamos a una casa de adobes de un francesito deforme llamado Caret, quien en el colmo de la afabilidad me había dado en Amapala una carta para su esposa recomendándome, según dijo, a su especial afabilidad. Yo había cuidado esta carta de manera especial y se la entregué a la puerta con todo el donaire que demandaba la ocasión. La acogida fue entusiasta y la señora me rogó que desmontara y que considerara su casa como la mía propia. Ocho días estuve hospedado en la casa de Monsieur Caret; siempre obsequié caramelos a sus bulliciosos chiquillos más, al partir hacia el interior, mi anfitriona me cobró un precio tres veces más que el corriente, tasando quizás mi riqueza en función de la profusa liberalidad que había mostrado. Al objetarle y referirme a la carta de su marido recomendándome que me hospedara en la casa.

"Oh", me dijo, "aquí puede usted leer la carta si así lo desea".

En realidad, lo que Monsieur Caret hablaba en ella era de mi bolsa repleta y de la magnanimidad de su dueño! Al tomar yo en cuenta que no había comido sino unas pocas galletas, que había dormido en mi propia hamaca y que para colmo me había visto obligado a alquilar una mula extra desde La Brea para poder transportar varias cajas que el ambicioso jorobado cortésmente me había confiado cuando salí de Amapala, dejé la casa de éste llevándome la convicción de que ésta era la primera vez en Centro América que se había tratado de defraudarme.

Mi llegada a Nacaome fue motivo para que media docena de desnudos rapaces se amontonaran a la puerta y comenzaran a hacer comentarios sobre mi persona. Me ciéndonme en la hamaca que Rafael había colgado en el corredor gozaba de la fresca brisa que venía a través de los emparrados de la ciudad. Al mediodía el calor era insostenible, pero por la tarde salí llevando un paquete de cartas de presentación, visité varias familias, entre las que estaba la del señor Lino Matute (1), la del señor José María Rugama ex-Ministro de Economía del Presidente Lindo (2), y la del General Manuel Es-

cobar, a la sazón Comandante Militar del departamento de Choluteca. Este último caballero ya había recibido de Castellón cartas de León anunciándole mi llegada y pidiéndole que me otorgara toda clase de facilidades para mi empresa. Me dió un paquete de cartas del Presidente Castellón, que esperaban mi arribo, en las que me presentaba favorablemente al General Cabañas y a otros distinguidos hombres públicos de Honduras. Nacaome tiene poco más o menos tres mil habitantes, entre los cuales hay varias familias famosas —en este país de indiscriminadas amalgamas— por la pureza de su sangre castellana. Varias de las mujeres son bonitas y muy blancas, pero con ese aspecto descuidado, amarillento color de cera, que siempre caracteriza a los habitantes de las tierras bajas. En los meses de calor prevalecen las fiebres a menudo fatales, y la ubicación del lugar en relación con las montañas circundantes y de las estribaciones de las cordilleras hacen de él uno de los más calurosos y desagradables de la costa, más aún que la ciudad de Choluteca, que está más alta y más expuesta a los efectos de la brisa. Nacaome está en un anfiteatro de colinas, en atmósfera tan sofocante que para poderla respirar los extraños tienen que hacer un esfuerzo. Aquí se veía el pequeño y sucio cuartel y el puñado de soldados, víctimas de la fiebre, cuyo tambor negro recorría el círculo de la plaza tres veces al día, lo que demostraba que el lugar se hallaba en estado de sitio. El General Escobar me invitó para que pasara revista de las tropas, un día después de mi llegada. El concedió mucha importancia a que un norteamericano le diera su opinión, con el deseo de que cuando yo regresara a mi patria, refiriera la perfección de las maniobras que había presenciado. La verdad es que todo fue una pobre farsa que me hizo recordar mis días de escuela cuando de chiquillos nos poníamos a "jugar a los soldados". Sin embargo, con jefes capacitados y con buenas armas estos hombres combaten con un valor que su apariencia externa no revela.

No había permanecido mucho tiempo en la ciudad cuando la noticia de que mi empresa trataba de "comprar el país" se había regado por todas partes. Entre mis muchos visitantes tuve a un viejo salvadoreño llamado don Lucas Rosales, que después de haberse presentado me dijo que había sido expatriado por el partido servil en razón de la participación importante que tuvo en el partido liberal, después de la expulsión del General Morazán. Se mostró extraordinariamente interesado en saber cuál era el objeto de mi visita a Honduras, había leído el "elogio" que en "Nueva Era" de León había insertado mi amigo Chico Díaz; más, como mi relato no le satisficiera, me ofreció su cajita de rapé y me lisonjeó diciéndome cuán feliz debía sentirme al confarme entre los compa-

(1) Como Consejero se hizo cargo del Poder Ejecutivo a fines de 1838
V A R Valjejo, Historia Social y Política de Honduras, p 406

(2) Fue Ministro General del Presidente Lindo en 1849 Ibidem

triotas de Washington. A la mañana siguiente fuí levantado de mi hamaca por el sirviente de don Lucas, y me entregó una invitación escrita de su amo para que le acompañara a desayunar. Y para colmo de la gentileza, trajo una mula ensillada que me esperaba a la puerta, de manera que por ningún punto podía excusarme. Resultado de mi visita fue el obsequio que el viejo me hizo de una colección completa de antiguos periódicos guatemaltecos y hondureños contentivos de artículos de Valle, Barrundia, Cacho y Marure sobre temas históricos de Centro América, que era lo mejor que podría conseguirme a este respecto desde la independencia.

En dos horas de conversación con este viejo político obtuve muchos datos de gran valor. Pero el principal objeto de sus atenciones para conmigo era obtener opinión sobre unas muestras de carbón de piedra —o de una substancia negrusca que se le parecía— y que dijo provenían de su mina cercana a la desembocadura del río Goascorán, que desagua en la bahía de Fonseca. Las muestras se parecían algo al carbón café inglés, pero sin su aspecto característico. Me hallé perplejo para dictaminar si las muestras eran piedra o carbón; si lo último, debía contener una considerable porción de materias extrañas. Ví que una muestra ardió, dejó una masa de escoria y emitió una llama pequeña y débil. Don Lucas ya había abierto un socavón de tres varas (como lo prescribían las leyes mineras del país para asegurar la posesión) y, aunque se reían de él sus vecinos menos industriosos, estaba completamente seguro de que con el tiempo haría una fortuna. No podía yo contener una sonrisa al ver la atención ansiosa que el viejo daba a mi opinión, emitida tal vez un poquitín demasiado favorable. Evidentemente don Lucas le daba a la opinión de un extranjero más valor que a volúmenes de elogio de uno de sus propios paisanos. Me dijo que tenía un documento firmado por Mr. E. G. Squier en que opinaba que había buena clase de carbón de piedra en las márgenes del Goascorán; y deseaba que yo agregara la mía, pero no habiendo visto aquella sección del país, me era imposible darla. Finalmente transamos con un cambio de firmas, acto de amistad en Centro América. Indudable es que existe carbón en la vertiente del Pacífico de Honduras y El Salvador, pero como pasa con el encontrado en los trópicos, carece de peso y de consistencia, siendo diferente al de la América del Norte. De las ventajas que resultarían del establecimiento de una estación carbonífera en Amapala, con material suplido por estas minas, ya los capitalistas están enterados por otras fuentes.

En Amapala habíamos convenido con un sobrino del General Cabañas, que iba ca-

mino a Tegucigalpa, encontrarnos en Nacame; varios días esperé su llegada, ansioso de contar con su compañía en este mi primer viaje en el país. Durante esta permanencia tuve suficiente tiempo para arreglar mis planes así como para observar el pequeño mundo que me rodeaba. Temprano del amanecer me iba por las márgenes del río y me zambullía en sus linfas claras, resplandeciendo alegres bajo el cielo azul entre el verdor de la arboleda; al regresar me esperaba una taza de chocolate o de café, luego fumaba un par de cigarros en la cómoda hamaca; me ponía mi sombrero de ancha ala y salía en busca de novedades o a corresponder algunas de las numerosas visitas que personas gentiles, aunque curiosas, me habían hecho. A las diez de la mañana las calles solían estar totalmente desiertas a no ser por una o dos veintenas de burros, cerdos y perros, que al parecer eran los únicos ejemplares de vida animal capaces de resistir el sol abrasador. Aquí, como en otros lugares de Centro América, los perros gozan de libertad para andar por la ciudad. Muchos de estos flacos animales, llenos de pústulas y moscas entraban en la casa los dos primeros días y se acomodaban alrededor de mi hamaca, de donde ni la voz de "perro!" de la señora, ni el regaño de las otras mujeres eran capaces de desalojarlos. La agonía de las picadas de las moscas pronto me convencieron de que yo o los perros debíamos abandonar la casa. Armado de un leño les declaré la guerra y abrí la ofensiva inmediatamente, con la sorpresa y el temor retratados en la señora, que desde su niñez había considerado a los perros como un mal necesario e inevitable. Desde mi hamaca dejé mi marca en los canes callejeros que, por fin, vieron que sus antiguos privilegios estaban en entredicho; espían mi llegada y me evitaban como a la peste. Cuando me cansaba de esta ocupación solía ceder el leño a Rafael que, parado pacientemente detrás de la puerta, cual otro Cerbero, estaba listo a descargarlo en la cabeza de los intrusos.

Una sofocante tarde me hallaba reposando, como siempre, contemplando las nubes que ligeras pasaban por los distantes picos de las montañas, cuando un sirviente de la casa del señor Rugama llegó a caballo hasta la puerta de mi pequeña residencia y, desmontando rápidamente, me dijo que fuera a caballo a la casa de su amo, cuya hijita estaba gravemente enferma. A todo extranjero en Centro América se le supone Doctor, y si el viajero tiene éxito alguna vez al llevar a cabo una curación afortunada, su reputación queda hecha en esos mismos instantes. Se le busca desde todas partes, y se reclama su pericia hasta en casos en donde un fracaso podría destruir las esperanzas de los ansiosos padres y de los amigos de la familia. Negarse a ello es casi imposible, y cuando toda la familia se une en el ruego,

respaldándolo con un bonito caballo ensillado que espera a la pueria, usted arriesga la pérdida de la buena voluntad de todo el mundo por rehusarles la pequeña habilidad médica que pueda poseer. En esta ocasión, por consiguiente, me apresuré a ir a la casa del viejo señor, donde la madre de la enferma esperaba ansiosamente mi llegada. La callada incertidumbre con que la señora me miraba mientras tomaba yo el pulso de la pequeña en delirio, se me fue directamente al corazón. Yo tenía que recetar a pesar de mi aseveración de que no era médico. Ellos tomaron lo dicho por mí como prueba de mi modestia y verdadera pericia. Así, recurrí a una pequeña caja de medicinas que se me preparó en California, le dí mis remedios rogando en mi interior por que resultaran eficaces, ya que sabía que al menos eran inocuos. Se siguieron mis indicaciones al pie de la letra; al siguiente día, con gran satisfacción y sorpresa de mi parte, la fiebre había cedido y antes de que yo partiera la enferma estaba totalmente restablecida. Desde entonces mi reputación me precedía a lo largo de mi jira. Era yo un "médico muy grande" de incógnito y mientras más a menudo lo negaba más se aferraban las gentes a pensar lo contrario. No mucho tiempo después cayó enferma la señora Caref mientras me hallaba ausente de la ciudad. "El Doctor don Guillermo" fué llamado apresuradamente. Un gran tumulto en la casa anunció mi regreso y fuí llevado a presencia de la enferma con la debida formalidad. No podría ahora asegurar cuáles fueron las medicinas que le dí, pero la premura con que doña Mercedes se las tragó me infundió tal confianza que hasta los médicos más viejos me hubieran envidiado. La enferma se restableció y yo, a diferencia del Dr. Sangredo, no tengo por qué responder de mis tratamientos erróneos.

Nacaome ha sido escenario de uno o dos agudos conflictos revolucionarios; aquí el General Cabañas perdió algunos de sus más bravos oficiales. El clima del lugar y el de sus alrededores es detestado por los extraños.

Hasta los naturales no sobreviven largo tiempo en su ambiente húmedo y caliente. El calor en el verano ha llegado a ser proverbial.

Cuando ya había resuelto hacer mi viaje solo, al séptimo día de mi arribo llegó por tierra desde San Miguel mi amigo T. (1); al instante hicimos los preparativos para salir. La señora preparó su mejor almuerzo y de una hacienda vecina nos trajeron mulas. El General Escobar y su séquito me visitaron trayéndonos otro paquete de cartas de presentación, que dijo pondrían las mejores casas de Tegucigalpa a mi disposición. Durante la noche me desperté al oír un pobre rasgueo de cuerdas y un melancólico gemido de voces a mi puerta. Era una serenata para el "doctor don Guillermo". El canto consistió en un violento esfuerzo de cuatro voces, en el cual los cantantes aumentaban en rapidez y en ruido en la última línea de cada verso, momento en que el conjunto profería un alto alarido; luego siguió un interludio de guitarra y se cantó después la última canción. Varios perros y un toro bravo que estaba amarrado a un poste en el patio vecino agregaron sus sonidos. Un maníaco que vivía en la casa opuesta a la mía abrió su puerta y los acompañó imitando a una persona a punto de ser estrangulada. Por último, la caída de gruesas gotas de lluvia despachó a sus casas a los músicos trasnochadores. Pronto el pequeño pueblo cayó en su acostumbrado silencio. A la mañana siguiente supe que el conjunto musical de la serenata había sido contratado para festejar un bautizo y, no poco orgullosos de sus habilidades, sus componentes dispusieron dar prueba de ellas al extranjero.

(1) Don Esteban Travieso fue hijo legítimo de don Esteban Travieso Rivera y de doña María Josefa Lastiri Lozano, casada en segundas nupcias con el General Francisco Morazán el 30 de Diciembre de 1825, en Comayagua, según consta al folio 71 v. del Libro de la administración del Sagrario de esta Sta Yga. Cathedral de Comayagua en que se sientan las partidas de los que se casan en esta ciudad y dio principio a los diez y ocho días del mes de Ocho del año del Sor de mil ochocientos catorce por mi el Cura Rector del Sago de esta Sta Yga y lo firme. Josef Ramón Doblado Este documento, descubierto por el anotador de esta obra entre los libros parroquiales de la catedral de Comayagua en Febrero de 1943, prueba que don Esteban Travieso Lastiri fue hijastro, no yerno, del General Morazán

8

Cruzando el Moramulca y el Nacaome.—Viaje por las sierras.—Consejo a los viajeros.—Mulas.—Sillas de montar.—Arrendamiento de servicios.—Placeres del viaje.—Bañaderos.—Cubiertos.—Cómo complacer a don Fulano.—El llano de Nacaome.—Una cascada.—Vista retrospectiva.—Pespire.—Un alcalde gentil.—Mujeres hermosas.—Oración.—"No hay para vender"!—Competencia de natación con las bellas pespireñas.—"Adiós".—Productos naturales.—Pájaros.

Aunque al parecer todo estaba listo para nuestra salida, no fue sino después de las nueve de la mañana siguiente cuando dijimos adiós a nuestros amigos de Nacaome;

precedidos por nuestros dos sirvientes, un arriero y la carga, dejamos la ciudad hacia las elevadas montañas que se erguían grises y solennes ante nosotros. Nuestro rumbo era casi hacia el Norte, buscando el paso de los ríos Moramulca y Nacaome, que juntándose a una milla de la ciudad forman un caudal considerable que desagua en la bahía de Fonseca, cerca de La Brea. Las lluvias de la noche anterior habían hecho crecer los ríos en rápidos remolinos, que formaban en la confluencia una espumante masa, cuyas ondas hacían el paso del desvenizado y viejo cayuco, materia de desconfianza si no de peligro. Hasta el correo peatón del gobierno, para quien se supone nada hay que impida su marcha, rehusó cruzar el río, y el Caronte del lugar nos aconsejó que esperásemos a que bajaran las aguas. Dejé el caso para que lo resolviera T y éste, al instante, opinó por el cruce. El río tiene aquí, más o menos, doscientas yardas de anchura. Varios muchachos se bañaban cerca de la orilla, se zambullían sin miedo y buceaban, formando divertido contraste los copos de espuma con sus figuras brillantes resplandeciendo como marsopas a los rayos del sol. El cayuco era una mera piragua, pero en él nos metimos con todo el equipaje y, dejando las mulas al cuidado de nuestros sirvientes, nos echamos en el río. Con la pértiga nos dirigimos aguas arriba varios centenares de yardas antes de entrar directamente en la corriente. Agarrándonos con fuerza de las raíces y de las ramas suspendidas, después de media hora nos detuvimos en un punto como a doscientas yardas del desembarcadero. Los remeros se sentaron y ajustaron los canales para hacer un fuerte impulso, y cuando todo estaba listo el de adelante dió la señal de "Hoo-pah"! El cayuco se deslizó por el torrente embravecido precipitándose como una flecha. El agua entró por ambos lados, los hombres se empeñaron en su trabajo como demonios, pero a pesar de sus esfuerzos el frágil bote giró como en un vértice. Fuimos arrastrados, impotentes, más abajo hasta una serie de rápidos, en los cuales la destrucción de la canoa parecía inevitable; y, en verdad, estábamos completamente a su merced, cuando un remolino favorable nos lanzó como bala de cañón en medio de un monión de maderos flotantes, y de ahí, poco a poco, ganamos la orilla, completamente empapados y viendo como nuestras cosas nadaban en el agua que había entrado al bote. Las mulas cruzaron el río en un punto más abajo, con las cabezas apenas visibles fuera del agua y resoplando como cochinos, en su esfuerzo excepcional. Mojarse totalmente, sea por los chaparrones o por navegar en bongo, había venido a ser cosa corriente, propia del viajar en la estación lluviosa; así que, sin tratar de cambiarnos la ropa, ensillamos y salimos hacia Fespire, que queda a una distancia de cinco leguas, felicitándonos in-

teriormente de haber escapado de ahogarnos, de lo cual, según opinión de T. habíamos estado muy cerca. Mi acompañante tomó estos pequeños incidentes con estoica indiferencia, creyendo que como él había resultado ileso en las mil y una revoluciones del país, tenía una oportunidad de igual seguridad en sus viajes por las sierras.

Viajar por las montañas como se hace en el interior de Centro América es, en muchos respectos, igual que en los Andes. El camino real es en las cordilleras meramente un trillo para mulas. La única carretera (hecha o mejorada) en el territorio es la de la Compañía del Tránsito, en Nicaragua, que une San Juan del Sur con la bahía de La Virgen. El gran valle de León tiene caminos naturales que son parejos y buenos en el verano, aunque polvorientos. Podrían mejorarse con poco gasto, pero allá falta espíritu de empresa para acometer tales obras. Del camino real en Honduras parten, de cuando en cuando, senderos laterales entre las arboledas, que conducen a pequeñas aldeas cuya población oscila de quinientos a ochocientos habitantes. Estas aldeas se hallan diseminadas en todo el país a distancia de unas diez leguas, de tal manera que es raro que el viajero no pueda llegar a una de ellas después de su jornada diaria

Provisiones de boca tales como carne seca, queso, chicha, aguardiente, tiste, algunas veces carne de venado, gallinas, huevos, leche, tortillas, salchichas, arroz y frijoles, pueden comprarse en estas aldeas y en las pequeñas haciendas durante la estación de abundancia, pero durante los últimos cuatro años, a consecuencia de la langosta y de las revoluciones, escasamente había lo suficiente para sustentar a sus habitantes, y el viajero a menudo tiene que acostarse en su hamaca sin haber cenado y sólo pensando en una mejor perspectiva para el día siguiente.

Pero el viaje a través de las montañas es algo ameno, después de todo, si se cuenta con un compañero agradable, un criado razonablemente honrado y el espíritu despierto para gozar de los paisajes raros y desconocidos, siempre a la vista. Uno salta de la hamaca al rayar el día y ya el ambiente está alegre con el trino de los pájaros, pues para llevar a cabo un día de viaje debe éste principiarse antes de la salida del sol, para descansar durante el calor del mediodía a la sombra de la arboleda más cercana en donde con el agua cristalina de una fuente el sirviente prepara el tiste o el café, mientras reclinado en la hamaca, entre árboles cargados de flores, uno se regodea en el frescor delicioso; o si uno aprecia el lujo de un baño para quitarse el polvo del camino, se sumerge en la linfa plateada de alguna pequeña cascada, de donde sale fresco y listo para continuar la jornada.

El viajero debe resignarse a toda inconveniencia y a toda privación, y como estas regiones se hacen cada día más conocidas en el mundo y están sin duda destinadas a ser cruzadas por muchos norteamericanos, tal vez sea prudente ir preparado para cualquier emergencia. Fuera de las provisiones atrás enumeradas, el viajero, si está acostumbrado a la vida centroamericana puede contar con una comida tolerable, pero si está por "encima" de las costumbres del país, no debe descuidar el proveerse de cuchara, cuchillo y tenedor, y sal y pimienta, empacado todo en una caja convenientemente para viajar y hecha exprefeso, de algunas libras de café tostado y molido, de igual cantidad de azúcar, si es que no está acostumbrado a pasar sin ella, de unos pepinos y de un trasto de hierro que sirva a la vez de marmita, friadera, cafetera y ponchera. Y que no olvide el eslabón, el apagador y la piedra de chispa, y con una provisión de tabaco nativo —que en realidad es excelente— el extranjero puede reírse del hambre y viajar cómoda y tranquilamente a través de cualquiera parte de Honduras, recibiendo cada vez los "buenos días" de los nativos, y una alegre sonrisa de las muchachas morenas en respuesta a cualquier galantería rústica que uno les haga, en forma de un cumplido o de una broma pasajera.

Recurren los hispano-americanos a la finesse y a la lisonja para llevar a cabo sus propósitos, especialmente hacia los extranjeros. Uno debe, por consiguiente, agarrar a don Fulano por el lado flaco y combatirle con sus propias armas. El amor a su país no es menos que el que tienen los norteamericanos por el suyo. Para él los picos pelones de sus montañas y sus cielos azules, el profuso verdor de sus tierras bajas o la vegetación raquílica de sus serranías, son tan queridos como para nosotros las estimadas instituciones de nuestra patria. Aunque la lisonja y el elogio son sus medios más comunes de éxito, debe alabar su país, maravillarse del paisaje, galantear a las señoritas y unirse en sus chistes. Quien pueda viajar un año en Honduras sin sentirse constantemente complacido, debe ser alguien incapaz de apreciar el lado alegre de mil incidencias y escenas. En pocas palabras, una persona con una buena constitución física para sobrellevar privaciones y desgracias ocasionales, con una conciencia limpia y con el espíritu para gozar de la vida en un aspecto enteramente nuevo y pintoresco, puede reírse en su viaje por el continente y hasta referirse después a él haciendo los mejores recuerdos.

En un viaje por las cordilleras todas las cosas las lleva el criado, quien cuida de las mulas de carga y generalmente va media milla delante de uno en el camino. Si el viajero tiene equipaje, debe alquilar una mula extra, recordando siempre que cargar una

bestia consiste en colocar el peso de la carga de tal manera que conserve su equilibrio en los lomos del animal. No hay hotel o fonda que abra sus puertas acogedoras a lo largo de la ruta; en las aldeas a un extraño se le mira con sospecha, en tiempo de guerra como espía del enemigo, o como "el Ministro", título que ahora se concede a casi todo viajero bien vestido y que tenga un pequeño acento extranjero en su pronunciación.

Un sirviente es indispensable y puede conseguirse pronto en los pueblos de la costa por \$ 5.00 (duros) al mes. En el interior las gentes todavía no conocen las necesidades de los extranjeros. Un buen sirviente de viaje se levanta a eso de las cuatro de la madrugada (si es que va de camino) y despierita a su patrón a la hora que éste le indique, llevándole al mismo tiempo una taza de café o chocolate caliente. Esto lo bebe uno con toda comodidad a la luz de una "candela", meciéndose en la hamaca y alternando unas cuantas chupadas de su "pipa digestiva". Mientras tanto, Pedro o Manuel carga y ensilla los animales. Cuando todo está listo, se pone uno las espuelas y al ver los mozos partir monta y echa andar sin molestarse en cuanto al equipaje. Eso sí, cualquier instrumento científico que se lleve, deberá estar siempre bajo la mirada vigilante, porque Manuel es capaz de emplear el barómetro para darle unos cuantos varazos a la mula, o la caja del sextante para un plato de frijoles.

Las mulas son para Honduras lo que los camellos para Arabia. Sin estos animales pacientes y fuertes no habría medio de transportar mercancías a través de las sierras. La mula se considera de más valor que el "macho". Se la enseña un paso suave que no se conoce fuera de Hispano América, que más parece un rápido andar al que ningún otro paso puede compararse. Al animal así adiestrado se le llama una "andadora" y en un día recorre sorprendentes distancias. Raramente se les usa para carga, se les cuida bien y valen de \$ 60.00 a \$ 250.00. El precio corriente es alrededor de \$ 30.00 en plata. Por lo general, es preferible que el viajero las compre de una vez cuando llegue al país aunque pague por ellas una suma mayor, porque a menudo pierde su tiempo buscando animales para alquilar, lo que va acompañado de muchas molestias. Don Fulano, con quien uno ha hecho el trato, sale a ver a don Zutano sobre el asunto y casualidad es si no se entretiene en el camino y olvida su diligencia, poniéndole a uno en estado de incomodarse o de filosofar, como mejor parezca. La primera lección que un extraño debe aprender en Centro América es no darle importancia al tiempo, ya que éste es un artículo sin valor para el español. El apresuramiento de uno se toma como prueba de una mente débil y de un carácter frí-

voló. El "pronto" se oye a menudo, pero escasamente se practica. Si uno es dueño de sus propias mulas, puede salir a cualquiera hora y hay muy poco riesgo de que las pierda por robo. Además, los gastos de alquiler de pueblo en pueblo, al final, exceden su costo original, para no decir que a veces tomándonos como extranjeros ignorantes nos endilgan animales de un trote insoporrible.

La silla de montar o "montura" del país es, en el mejor de los casos, una parodia; que nadie se engañe al ir a Centro América si abriga la esperanza de conseguir una buena. Las únicas sillas de montar que un extranjero puede usar son las importadas de México; las demás son burdas y mal hechas y se conocen con el nombre de "albardas". La silla mexicana, el bocado y la barbada deberán también llevarse consigo al país; el bocado es inaplicable a la mula. Asimismo es indispensable llevar dos pares de arganillas de cuero porque las alforjas de pita del país no son a prueba de agua. Hallé que las pistolas son de poco uso después de desembarcar uno en Honduras. Excepto en tiempos de revolución o de disturbios políticos el país es tan seguro para viajar como es el interior de Nueva York. No obstante, es mejor tener armas y llevarlas en pistoleras de cuero. Más, la carga de un pesado revólver Colt es suficiente para destruir el placer de viajar en cualquier país. Mi rifle, que nunca permití estuviera fuera de mi alcance, probó ser un estorbo excepto para hacer un disparo a alguna iguana que nos observaba o para detener en seco la carrera de un venado. En la estación de las lluvias un capote de hule será de mucha utilidad; pocos viajan sin una sombrilla, protección que es más contra el sol que contra el agua. Los caballos son pequeños pero muy fuertes y descienden del viejo tronco de España. No se les usa, sino ocasionalmente, para largas distancias siendo preferidas las mulas por su resistencia. He dedicado tal vez indebido espacio a la descripción de cómo se debe viajar por las sierras, pero me excuso con la idea de que tal descripción pueda ser de utilidad a algún futuro viajante.

Después de atravesar el río Nacaome seguimos por un camino trillado que va al pie de las regiones montañosas, a las que nos aproximábamos. La superficie del terreno cambiaba gradualmente. Después de andar dos leguas, empezamos a subir más rápidamente por un sendero de montaña conocido como el "camino real" pero con pruebas evidentes de no haber sido reparado nunca. Cruzamos varios arroyos que desembocan en el Nacaome. Algunos de éstos se precipitan en cascadas desde las rocas o corren sobre lechos de piedra. Uno de ellos corría al pie de un cerro cónico; era de apariencia tan atrayente que paramos y preparando nuestras cañas las echamos en las pozas más pro-

fundas y tranquilas, en donde podrían frecuentar las truchas, pero nuestras tentadoras esperanzas se vieron fallidas.

Habiéndose adelantado los arrieros, volvimos a montar y los alcanzamos con las mulas de carga en la cúspide de un cerro, en una densa espesura donde el silencio era sólo perturbado por el sonido lejano como el de una floresta de Nueva Inglaterra. En realidad, el paisaje en muchos lugares, me hizo evocar los de los Estados del centro y del Este de mi patria. El rugido que creímos provenía del viento pasando por los árboles, al doblar el camino vimos que era un afluente del Nacaome que descendía bruscamente desde un precipicio, aventando en su caída las aguas en forma de abanico. Miramos algunos centenares de pies hacia abajo y el ruido de la cascada resonaba en las colinas adyacentes. Este arroyo, como los demás que habíamos pasado, estaba crecido por las lluvias recientes. El curso de casi todos ellos es hacia el suroeste y desembocan en el Nacaome.

El terreno en todas direcciones daba indicios de contener minerales. Se dice que aquí se encuentran ópalos valiosos, pero todos los que después ví eran del departamento de Gracias, en el Occidente de Honduras. Desde el terreno alto sobre el que pasábamos, frecuentemente volvíamos la vista al frondoso llano que íbamos dejando. El sol de la tarde caía de lleno sobre los variados matices de verde que parecían reverberar en el calor intenso. Leguas más adelante se distinguía el océano azul esfumándose desde la bahía de Fonseca, y los volcanes extendiéndose desde El Salvador a Nicaragua, como centinelas atalayando desde sus cúspides los fecundos valles. Mil plantas y árboles raros temblaban a la fiera luz del sol. Aquí notamos cuando pasábamos: el pimentero, el tamarindo, la acacia, el bambú, la caoba, la ceiba, el ébano, el roble, el cactus, el copalchí, el jocote silvestre, la lobelia, la lima de monte, el mástico, el zapote y una docena de otros más silvestres y sin dueño, retoñando, copándose y regalando sus frutos año tras año en el silencio de los bosques tropicales.

Anochece cuando empezamos a bajar por el lado de una empinada cuesta hacia el valle de Pespire. Al pie, de nuevo nos encontramos con el río Nacaome, pero el vado estaba lleno y el río bramaba entre las obstructoras rocas con una fuerza aumentada por la tormenta de la pasada noche. Desde la otra orilla varias personas nos gritaban y hacían señas, pero sus voces se perdían en el ruido de las aguas. Al fin entendimos que nos advertían que estaba impasable, pero al tener ya formada una estimación de las imposibilidades centroamericanas, entramos por donde el vado suponía ser y pasamos al

otro lado sin dificultad, aunque el borboteo y el silbido del torrente hicieron que medio nos arrepintiéramos de nuestra imprudencia antes de que alcanzáramos las aguas bajas de la ribera de Pespire.

Unos granujas completamente desnudos iban delante indicándonos el camino, y a los pocos minutos nos condujeron dentro de la pequeña población con gritos de:

"Miren! Miren! Aquí viene el americano!"

Cuando llegamos a la plaza nos dimos de boca con el señor alcalde, a quien reconocimos por su bastón de mando. Retornó nuestro saludo con una inclinación de cabeza y nos dió la bienvenida.

"Aunque", dijo, "yo estoy obligado por la ley a investigar los asuntos de todos los extranjeros durante el actual disturbio con Guatemala (1) el aspecto de ustedes es su mejor pasaporte. Vayan con Dios!"

Con esta halagüena entrada a Pespire cambiamos el adiós con el amable alcalde y seguimos por una pequeña calle, uno de cuyos lados estaba formado por el muro de adobe de la iglesia de Santa Ursula (2) e hicimos alto a la puerta de la casa de la señora Urmeneta. Tan pronto como nos apeamos fuimos rodeados de una multitud inquisitiva, la mayoría de la cual era de muchachas de mirada viva, que de tiempo en tiempo hacían suaves y ligeros comentarios acerca de nuestra apariencia. Una de ellas, informada por la tropa de chiquillos que nos precedió dijo:

"Todos los americanos siempre traen rifles por el camino".

Cuando ella dijo esto más bien con una mirada de desdén por el cuidado que yo le prestaba a mi arma, le repliqué en castellano con un poco de lisonja para la crítica rural; y dando un fuerte grito, los del grupo huyeron riendo y repitiendo:

"Habla español! Habla español!" no contando ellos, cuando comenzaron su comentario, que no podríamos entenderles.

Dejamos las bestias al cuidado de los criados y entramos en la casa, precisamente cuando la campana de la iglesia anunciaba solemnemente la hora de la "oración". Al instante todo quedó en calma en la ciudad.

(1) El General Carrera, Presidente de Guatemala, hostilizó constantemente la administración del General Cabafías, hasta que logró derrocarlo en Octubre de 1855. V. Compendio de Historia de Honduras por el Lic. Félix Salgado Tegucigalpa, 1928, pp 109 a 111

(2) Es muy improbable que la iglesia parroquial del pueblo de San José de Pespire haya tenido como titular a Santa Ursula, desconocida en la topografía religiosa de Honduras

Esta bella costumbre no se observa en Honduras con la misma reverencia que en Nicaragua donde muchos se arrodillan y casi todos se descubren. Aquí sólo fue un momento de respetuoso silencio, que demostró el reconocimiento general del pueblo hacia esta costumbre.

Tal como se nos había informado previamente, nada podía comprarse con cobres en el camino. "No hay, señor!" era la respuesta a nuestras demandas por comida. La dueña hizo la misma réplica hasta que T sacó unos reales de plata y entonces la memoria de la vieja señora, como por encanto, se refrescó y al instante nos sentábamos a saborear una cena de huevos cocidos, gallina y frijoles, a lo que agregamos nuestro surtido de provisiones: café, galletas, y al final un buen trago de coñac francés. Pespire es el eslabón de enlace entre la ciudad montañosa de Tegucigalpa y los puertos de Amapala y La Unión. Es la base de operaciones en el tráfico de mulas, pues mantiene un comercio activo con Comayagua al Noroeste, con Tegucigalpa al Norte y Choluteca al Este, tres centros comerciales de sus respectivas secciones, en Honduras. Tiene alrededor de dos mil habitantes. Las calles, regularmente trazadas, están nítidamente pavimentadas con las piedras lisas del río. La iglesia aseada, el cabildo y la residencia del cura párroco, todos de adobe, son los únicos edificios que se distinguen de los demás, techados con teja roja, por encima de los cuales como atisbando asoman las altas palmeras y una variedad de árboles frutales con un efecto placentero y pintoresco. Al anochechar salimos de paseo por la Plaza a fin de comprar varios manojos de zacate para nuestras bestias, pero luego nos metimos en nuestras camas de cuero, de tal dureza que nuestros adoloridos huesos lo testimoniaron el siguiente día, y cuya posesión disputamos con las chinches toda la noche.

Salimos al despuntar la aurora y después de mandar a los muchachos al potrero a que trajeran las mulas, nos desnudamos y nos zambullimos en el río para aplacar el calor febril causado por las irritaciones de la noche. Toda el agua que se consume en Pespire es llevada en tinajas de barro sobre la cabeza de las mujeres. Escasamente habíamos salido del río cuando grupos de estas aguadoras, erectas y bien formadas, bajaron a las márgenes y después de llenar sus vasijas imitaron nuestro ejemplo y se entregaron a la costumbre, inmemorial en el trópico, de darse un baño matinal. Algunas de ellas nadaban intrépidamente en medio del torrente y chapaleaban en las espumas como Náyades. Como mostraban una patente y total despreocupación por nuestra presencia nos dimos el crédito de no ser los agresores y estábamos, en consecuencia, libres de temor de que nos calificaran cual otros "pee-

ping Tom", de Coventry (1). Los montes aledaños hacían eco a sus estruendosas carcajadas y hasta se refocilaban a nuestra costa cuando nos marchamos. Le dije a T que este era ejemplo de una naturalidad y simplicidad de maneras como raramente antes había visto igual. "Oh, no", me dijo él sonriendo: "esto es aquí corriente; usted debe acostumbrarse a nuestros usos en Honduras". Luego recordé mi experiencia de baño en Nicaragua y desde entonces respeto a los centroamericanos por ser la raza con menos prejuicios de la tierra.

Después de tomar café con leche, a las siete de la mañana dejamos la ciudad; continuamos nuestro camino después de despedirnos del gentil alcalde y de responder con unción al "Adiós, americano!" de la gente joven. De los alrededores de Pespire entramos a un valle que se extiende frente a las sierras. El camino estaba interceptado con hondonadas y arroyos crecidos por las recientes lluvias. Desde una que otra cresta de roca metálica contemplábamos, tierra adentro, los picachos de aspecto siniestro y los cerros arbolados por los cuales, estando ubicados al Este, era evidente que teníamos que pasar; pero nuestras mulas eran jóvenes y fuertes y seguimos adelante con entera confianza. Mi criado me mostró aquí la "almástiga", que crece en pequeños racimos en todas las laderas de los cerros. Esta droga, que se halla en varios lugares de Centro América, se obtiene mediante incisiones que se hacen en la corteza, pero hasta ahora y con excepción de Guatemala, pocos esfuerzos

(1) La historia de "Lady Godiva" está aderezada con el incidente de "Tomasito el fisgón", un sastre mequetrefe y hurón, quien instantáneamente quedó ciego al asomarse al paso de la dama durante su célebre paseo N del E

se han realizado para su explotación. No se han hecho exportaciones de Honduras ni de Nicaragua. El cactus, en numerosas y bellas variedades, apareció a lo largo de la ruta a veces encaramado con garbo en el pico de una roca escarpada, a veces apretándose cómodamente en los nichos formados por los paredones de granito que bordeaban nuestra ruta, algunos tenían flores escarlatas, pero la mayoría de un amarillo intenso que los asemejaba, vistos desde lejos, a las caléndulas.

Una variedad de preciosos pájaros pasaba revoloteando, pero pocos de ellos eran canoros. Los nombres de algunos de éstos probablemente jamás se han publicado. Muchos que son familiares a los norteamericanos se encuentran en los bosques y en las colinas al pie de las montañas de las sierras y difieren muy poco de las especies del Norte. Aquí se puede ver el gavilán, el mochuelo, la garza blanca, la azul, la púrpura y la gris; la corneja y el mirlo, el ruiseñor, el verderón y la paloma azul o pichón, que se parece algo a nuestra paloma doméstica, el macho con su lomo color añil y su pecho morado. Generalmente se la ve sola en alguna rama retorcida, respondiendo con sus notas ventrílocuas a Jejana compañera. El picamadera o pájaro carpintero de Centro América, a veces se puede oír en los oscuros terrenos pantanosos picoteando atareado el árbol podrido que le sirve de almacén. Están también el cardenal con su bello copete, el tijera, el cola larga y muchos más, desde la vistosa urraca al dorado chupamiel o colibrí, de los que está llena la selva y en matices y descripciones que un ornitólogo medianamente trabajador emplearía más de un año en poder clasificar.

9

Apuntes.—El cerro Pílon de Azúcar.—Cinabrio.—Follaje.—Paisaje agreste.—La manzanita.—Un precipicio vertiginoso.—La Venta.—El alcalde.—"El Ministro americano".—Hambre en los aldeanos.—Ideas del cura Ramírez sobre el protestantismo.—Cómo conseguir una comida.—Plátanos.—Panorama de la cordillera.—Sabanagrande.—El padre Domingo.—Hacienda de La Trinidad.—Una boda en las montañas.—Aventura.—Un cortejo nupcial.—Perdidos en las sierras.—Tormenta de medianoche.—Nueva Arcadia.—Pinares.—El Cerro de Hule.—Otra aventura.—Vadeando el Río Grande.—"Ahorcadoras".—En las cercanías de Tegucigalpa.—La ciudad.—Primeras impresiones.

Al penetrar por primera vez en las umbrosas selvas centroamericanas, el extranjero es poseído por la manía de tomar nota de ca-

da cosa que oye, siente y huele, mas, al encontrar tal cúmulo de hechos con los que él no había contado al principio, gradualmente

descuida su registro y en sus futuras andanzas se inclina a depender de su memoria. De tal colección de notas se le hace a uno difícil escoger qué pueda gustar a los lectores, y un hecho que se hace a un lado como frívolo por algunos de ellos puede tener para otros suma importancia. Así un ornitólogo, por ejemplo, se sorprendería de la torpeza de que entre tal profusión de pájaros de brillantes colores no se hubieran registrado los hábitos y el plumaje de cada uno, e igual observación podría hacer el profesor de cada rama científica. Pero el tiempo gastado en tales investigaciones derrotaría los objetivos que no fueran los de un científico y requerirían, en consecuencia, una prolongada expedición. Un viaje precipitado a través del país, a lomo de mula, no da sino oportunidades limitadas para una observación minuciosa, o para tomar notas en medio de las molestias de un viaje penoso en el cual en lugar de un cuerpo de sabios, uno, viajero incompetente y sin asistencia debe describir y confiar al cuaderno pasajero "cada cosa" de interés. En Centro América nadie puede comprender el objeto de las preguntas que uno hace y la respuesta general para todo es el universal: "Por supuesto!" Muchas veces se ocupa una hora de hábiles preguntas y un mundo de paciencia a fin de averiguar un hecho sencillito tal, por ejemplo, la época en que se debe sembrar la yuca, o la profundidad de un río en determinada estación. Desgraciado aquel que interroga si pierde su paciencia o muestra la menor petulancia ante las respuestas tardías o inesperadas a sus indagaciones. Se le toma entonces como un necio y, decididamente, como persona sin seriedad.

Dejamos el pequeño valle y subimos por las colinas que rodean la montaña chispeando aquí y allá con sulfuros y en varios puntos con muestras visibles de brozas de hierro y cobre. A veces se ofrecían a la vista parcelas de tierra aparentemente fértiles, con cañañas compactamente empajadas y medio escondidas entre los maizales ondulantes, y el platanar confundiendo su rico verdor en la brisa. Desde hacía algún tiempo había abandonado mi plan de tomar nota de cada quebrada que sigue su curso hacia el mar. Entre los puntos culminantes noté un cerro inclinado, en forma de pilón de azúcar, que atisbaba desde arriba conspicuamente entre los demás picos circundantes. A la distancia parecía la torre rota de un castillo, pero por la tarde al pasar cerca de él vimos que estaba integrado de una piedra color rojo que nuestro guía aseguró era cinabrio, comprobado por un viajero alemán, químico de profesión, que anduvo errante por aquí hace varios años.

Al mediodía paramos y los muchachos, ahora prácticos en el trabajo, pronto estuvieron haciendo café. Estábamos a una altura

de mil ochocientos pies sobre el nivel del mar. No se había visto hasta entonces, en nuestra ruta, pinos ni abetos. Las formaciones del suelo eran, por lo general, de piedra arenisca, cuarzo desintegrado y granito. La temperatura subió a 86° Fahr. Desde nuestra atalaya contemplamos hacia atrás los riscos montañosos por los que habíamos pasado. Un montañés más experto que yo se hubiera sentido perplejo para señalar el camino que habíamos recorrido desde las llanuras floridas de Cholulteca hasta este clima templado de que ahora estábamos gozando. Frente a nosotros, contra el cielo del Este, vimos claramente la línea de pinos que alcanzaríamos al siguiente día. Lejos, allá al Oeste, los picos volcánicos de El Tigre, Zacate Grande, Conchagua y San Miguel aparecían azules e indistintos en el horizonte nebuloso, al pie de los cuales en vano traté de distinguir el mar. La falda empinada por la que el camino se extendía nos mostraba la vía, grabada en la blanca piedra por los cascos de las bestias, ondulando como una gran serpiente.

Este punto se llama Paso de El Diablo y es uno de los más peligrosos de la sierra. Es, no obstante, la ruta principal hacia el interior. Picos elevados y salientes riscos de granito gris se elevan contra el cielo. Los árboles, de menor frondosidad, bastante espaciados e inclinados por la fuerza de los vientos, se sostenían en escuadrones dispersos a lo largo de las laderas menos precipitadas.

Resaltando como rasgo prominente entre la escasa arboleda estaba la manzanita, con su tronco rojo, nudoso y torcido, apartado torpemente de la perpendicular, que salía de entre las rocas y del suelo seco y arcilloso, al parecer apenas capaz de sostenerlo. El árbol o arbusto, escasamente es de más de diez pies de altura. Sus ramas y ramillas están cubiertas con una delicada capa blanca de una substancia como el polen que fácilmente cae al restregarla. Las hojas son alternas, ovales, venosas, de un verde tierno en el haz y un poco más pálidas en el envés. Tiene una flor pequeña, blanca y rosada.

Cerca de nuestro campamento había un precipicio desde el cual y sobre una roca desnuda que ofrecía una escasa grieta para colocar el pie, contemplamos un escarpado fajó de varios centenares de pies de profundidad. Aquí me entretuve arrancando las piedras más grandes, arrojándolas, y observando su caída hasta que el retumbo se perdía entre el murmullo de los montes allá abajo. Las dilatadas sombras nos advirtieron, finalmente, que debíamos montar de nuevo y proseguir.

Desde aquí nuestro camino fue una subida gradual, a veces cruzando abismos en

cuyo saliente borde apenas si había espacio para el paso de una mula cargada. Aunque a éste se le nombra el "camino real" no vimos señales de vida en todo el día excepto en las pequeñas parcelas de tierra menos anfractuosas que habían tentado al campesino para hacer su casa y sembrar su escasa cosecha de maíz y frijoles. Estos parches de verdor parecían confundirse con las nubes, lejos de nuestra ruta. Al fin llegamos a un valle completamente cerrado por abruptos cerros en medio del cual se hallaba la pequeña aldea de La Venta, situada a dos mil seiscientos pies sobre el nivel del mar.

Varios plafanares anticipaban al viajero la rústica civilización de por allá. El lugar era una miserable colección de covachas, con cerca de seiscientos habitantes. Llegamos a la Plaza media hora antes de que arribaran las mulas de carga y nos encaminamos directamente hacia el cabildo, que se considera en Honduras como propiedad pública y es la posada en los lugares en donde no las hay. Al desmontarnos, súbitamente cayó la obscuridad sobre las montañas y una fuerte lluvia hizo que nos precipitáramos dentro de la cabaña de adobe que no mostraba piso ni paredes aparte del lodo con que había sido construida. Los mozos llegaron poco después y con ellos un señor descalzo, vestido con una camisa de algodón y anchos pantalones del mismo material y con la insignia de su mando —un bastón— denotando ser el alcalde. Nos pidió le mostráramos los pasaportes y en silencio esperó nuestra respuesta mientras un grupo de aldeanos se paró a respetable distancia a observar nuestros movimientos. T. . le dijo al alcalde que yo era el ministro americano, por lo que el individuo abrió desmesuradamente los ojos y me hizo una reverencia. La búsqueda de alimentos, por espacio de una hora, entre las destaraladas chozas fue infructuosa. A nuestra urgente demanda de tortillas, huevos o carne de venado, la respuesta era siempre la misma: ¡No hay! Hasta el tintineo de la plata falló para conseguir algo.

"Dígame" pregunté al alcalde, que ahora se hallaba envuelto en su manta y acullado cerca de nuestra fogata, "¿cómo se las arreglan ustedes aquí para vivir? Pareciera no haber nada para la subsistencia, o tal vez sea este un tiempo de escasez".

"Señor", me respondió, "vivimos de tortillas y plátanos y cuando esto no se encuentra, pues hambreamos". Y el aspecto enjuto de aquel hombre confirmaba su doloroso aserto. La lluvia caía ahora a torrentes.

"El señor no llegará mañana al Cerro de Hule", me dijo. "Los caminos están intran-sitables".

"Oh", dijo T. . "en cuanto a eso, un

"Americano del Norte" puede ir donde quiera y éste, usted sabe, es un Ministro!".

El alcalde me miró en silencio mientras el fuego iluminaba extrañamente sus facciones morenas. Un señor de nariz ganchuda se anunció ahora como el Padre Ramírez, con quien entré inmediatamente en conversación. Sus ideas sobre la religión en el Norte eran nuevas e interesantes. "He leído", me dijo, "que ustedes en el Norte tienen docenas de diferentes sectas y denominaciones de iglesias, y que cada una de ellas está a cargo de un sacerdote diferente. ¿Es que las gentes de su país creen en más de un Dios?". Su pregunta condujo a una discusión divertida en cuanto a los relativos méritos de las creencias modernas, y era curioso observar el revoltillo de cosas y de absurdos que él había acumulado en su confinamiento; sin embargo, hasta recientemente nuestro saber acerca de Centro América era apenas más claro que el que él tenía sobre el Norte. La conversación condujo a un buen fin. Tuvimos el cuidado de no ofender la dignidad del Padre Ramírez y el resultado fue descubrir, por su medio, algunos huevos y frijoles a los que hicimos honor con voracidad de tigres. Los viajeros en las montañas de Centro América deben cultivar la amistad de los sacerdotes y tal conocimiento espiritual no pocas veces prueba ser útil para hallar satisfacción a nuestras necesidades. Un trago de excelente coñac, con que compensamos el interés del cura en nuestro favor, pagó con creces su molestia.

De los largueros del techo de la choza se colgaron las hamacas y nos echamos a dormir al calor de la fogata. Antes del amanecer, Rafael me despertó y me ofreció la usual taza de café fuerte, y al ver que las mulas estaban cargadas y ensilladas, montamos y dejamos el poblado sin decir adiós a nuestros conocidos de la noche anterior. Cambiamos saludos con varias beldades de la aldea que venían del arroyo cercano de proveerse del agua para el día, y recomenzamos a subir por la sierra. A las diez de la mañana estábamos en la región de los pinares. La faja de pinos que corona todas las montañas de Honduras arriba de más o menos 2.500 pies se halla regularmente bien marcada, y parece formar un fleco a lo largo de esta porción de la vertiente del Pacífico. El aire, hasta cerca del mediodía, era fresco y confortable y el termómetro, al amanecer, marcó una temperatura de 68°

Mientras ascendíamos, con frecuencia nos volvíamos hacia atrás para contemplar el panorama que crecía en grandeza a cada paso que subíamos. Allá abajo, la masa de montañas que habíamos pasado el día anterior. Los volcanes de la costa se veían ahora escondidos en las brumas de las tierras bajas y la vista, limitada por la sucesión de va-

lles y de colinas, en la distancia parecía diluirse en una sola llanura. Riscos y más riscos, corriendo la mayor parte hacia el Suroeste, presentaban un cuadro magnífico y silencioso. Eran interceptados por estribaciones más pequeñas en dirección contraria. Siguiendo nuestra ruta cruzamos varios torrentes vocingleros en su camino hacia algún brazo de ríos más grandes, pero que ahora saltaban en salvaje impetuosidad desde los peñascos a las cañadas, salpicando en rápidos de espuma.

Al mediodía llegamos a una ciudad construida con sus casas bastante juntas, con su iglesia de adobe y su Plaza empedrada, que se llama Sabanagrande. Está a cuatro leguas de La Venta y ocupa como aquel lugar, un pequeño valle rodeado por un seño de colinas pelonas. La región de los pinos se extiende de la parte inferior de este punto hasta más allá de las cordilleras, hacia la vertiente del Atlántico, que es más baja que la del Pacífico. El buen padre Domingo Borjas (1) era viejo amigo de la familia de mi acompañante y, reconociéndole cuando paramos frente a su pequeña residencia, salió y nos dio la bienvenida con calurosa hospitalidad. Un joven estudiante, que parecía dividir su tiempo entre sus estudios religiosos y el cuidado de las necesidades del cura, trajo los restos de la comida de la mañana, que consistía en una o dos tortillas, que desaparecieron en un santiamén. Mientras nuestras bestias pacían en la Plaza, entramos en conversación con nuestro anfitrión quien, como la mayoría de los sacerdotes centroamericanos, era inteligente pero ignorante en disciplinas que no fueran las propias. En un pequeño nicho de su estudio se veía una docena de muy manoseadas ediciones mexicanas y guatemaltecas de autores españoles, y colgando de la pared unos pocos cuadros de santos toscamente ejecutados en acuarela. Fue aquí donde ví las primeras muestras de brasa de plata y también algunos trozos de aluminio que el "padre" me dijo provenían de una mina cercana. Cuando supo que el objeto de mi viaje era estudiar las minas del país y regresar a Honduras con una gran empresa norteamericana para su explotación, se apresuró a salir de la casa para regresar pronto en compañía de varios vecinos algunos de ellos sin más vestuario que una camisa extremadamente corta. Estos beneméritos comenzaron, a una sola voz, a describir ciertas minas de plata de las que decían eran dueños, e insistieron en

que me quedara en Sabanagrande una semana para que las visitara.

La ciudad es la más grande de este distrito y activo centro comercial del "aguardiente", que se fabrica aquí y en los alrededores en grandes cantidades. Los plátanos abundan en la ciudad como en todas las otras secciones de Honduras. El plátano es para Centro América lo que la papa para Europa y los Estados Unidos. Es complemento en cada plato y se sirve cocido, horneado, esofado, frito y crudo. De acuerdo con Humboldt, el plátano tiene cuarenta veces más alimento que la papa, y un acre de ellos es igual a ciento treinta y tres de trigo (2). Es fácil, pues, comprender por qué en un clima tropical, donde la consiguiente latitud del calor no permite los fuertes trabajos, el cultivo de una fruta que crece tan fácilmente como el plátano sea general.

Al viajar por las serranías los encontramos creciendo en cada trecho de tierra. El más pobre de los indios puede gozar de este manjar que alcanza de los racimos dorados con solo estirar la mano, y desde Guatemala a Costa Rica no falta en la mesa de todo el mundo, sin importar su condición social. Como los macarrones del Lazaroni de Nápoles, el plátano es artículo de consumo que a la par que deleita es indispensable como alimento. El Padre Borjas afirma que desde el comienzo de la plaga de la langosta las clases más pobres del Estado hubieran perecido de hambre a no ser por el plátano, y citó el hecho en la reciente invasión a Honduras por los guatemaltecos al mando de Guardiola, cuando los habitantes de Gracias se llevaron los plátanos a las montañas huyendo de las tropas y obligaron a éstas, finalmente, a abandonar el país para no perecer de inedia. Concluya sus observaciones llamando a Honduras "la Rusia de la América Central" por el hecho de que no puede ser invadida con éxito si el pueblo está unánimemente contra el invasor.

Con pesar nos despedimos del buen cura y proseguimos viaje hacia el Cerro de Hule, el pico más elevado de la Cordillera Occidental del país. Pocas millas más allá de la ciudad pasamos por el campo donde se libró la batalla que en 1827 sostuvieron los Coroneles Díaz y Justo Milla, dos de los principales jefes revolucionarios de aquellos tiempos. El lugar fue bien calculado para un combate de guerrilla y mi compañero, con el orgullo del hispano retratado en su rostro, me refirió algunos hechos caballerescos del combate. Fue aquí que Morazán "el Washington de Centro América", se distinguió por

(1) Dice el Dr. Durón que "gozó de renombre como orador. Refiérese que el 28 de Septiembre de 1852 día en que la Municipalidad de Tegucigalpa celebraba la venida de los pliegos que contenían el Acta de Independencia firmada en Guatemala, pronunció un magnífico discurso en conmemoración del 15 de Septiembre de 1821. Algunos han confundido este discurso con el del 15, pronunciado en la iglesia parroquial, atribuyéndole al P. Borjas el pronunciado por el P. Reyes" ante los diputados a la Asamblea Constituyente de Centro América reunida en Tegucigalpa en 1852. V. Oradores sagrados, parlamentarios, políticos y forenses de Honduras por R. E. Durón, en la revista La Lectura, t. I, p. 83, No. 6 publicado el 22 de Diciembre de 1917.

(2) V. Humboldt, Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España Sexta edición castellana. México, D. F., 1941 t. III, pp. 22 a 25; y Vegetales indígenas de América, estudio publicado en El pensamiento económico de José Cecilio del Valle, edición conmemorativa de la inauguración del Banco del Central de Honduras Tegucigalpa, 1958, pp. 64 a 66.

primera vez. Descendimos por una empinada colina y arribamos a la hacienda de La Trinidad. Al ver mi amigo un grupo de muchachas bonitas, una activa preparación de queques, vino de coyol, jarros de aguardiente, vestidos nuevos y caballos enjaezados con lucidez, dedujo que un matrimonio estaba por celebrarse. "Ajá", dijo él con una alegre risa en sus labios, "ahora estaremos contentos, amén de conseguir algo que comer".

Desmontamos con muchos saludos y cumplidos para estas muchachas de ojos brillantes, siguiendo la costumbre del país, pero de repente se abrió una de las puertas del interior de la casa y apareció una vieja arrugada que nos saludó con un frío: "Adiós señores". Respondimos, con todo el calor y presteza de hombres hambrientos, deseándole bienestar, pero pronto nos dimos cuenta que habíamos confundido a nuestra parroquiana. Asperamente ordenó a las muchachas que entraran en la casa y luego contestó a la súplica de que nos vendiera algo que comer con el corriente: "Señor, no hay!". Pero pudimos ver a través de un claro en el breñal cercano que varias personas se ocupaban en destazar un novillo recientemente degollado y, aún más, supimos que otro estaba listo para un destino igual, por lo que, calificando la contestación de la vieja como el colmo de la maldad, entramos en una larga discusión, la que no dejó de incomodarnos.

Más y más perceptible se hacía el palomoteo de las que echaban tortillas adentro, y con cada cambio de la brisa el sabroso olor de su cocimiento y el del asado de carne gorda provocaba nuestro apetito. Cerró la puerta en nuestras narices, y estábamos justamente montando y maldiciendo con cólera la casa y sus moradores inhóspitos, cuando un suave "Shh" desde el rincón más lejano de la habitación atrajo nuestra atención. Dos ojos brillantes y vivos me invitaron, y desmontando me acerqué al lugar preciso a tiempo para recibir de las propias manos de la novia un buen tasajo de carne caliente. Y esto no era todo. Volviéndose regresó en un instante trayendo en una servilleta sabrosos frijoles y fritas de elote con mantequilla. Antes de que pudiera rendirle las gracias desapareció riendo por lo bajo y murmurando "Vaya! Vaya!". En silencioso triunfo blandí el botín frente a T cuyas sombrías facciones se alegraron al verlo.

Renovamos nuestro viaje y a los pocos minutos dimos de boca con una comitiva de amigos que a caballo se encaminaban hacia el lugar de las bodas. Aquí, al menos, no iban viejas celosas de los extraños. Desmontamos y mi compañero me presentó a media docena de jóvenes de Tegucigalpa, todos bien apuestos y qué decir de tres delgadas

pero elegantes señoritas cuyos tupidos velos apenas dejaban adivinar sus negros y brillantes ojos y sus vivaces rostros de españolas. Una hora transcurrió placenteramente bajo los pinos, y como nuestros nuevos conocidos venían bien equipados de coñac y frutas no sentimos deseos de dejar su grata compañía. Por fin todo el mundo montó a caballo y vimos nuestra fiesta nupcial galopar entre los bosques, y enviarnos gritos y alegres carcajadas hasta que desaparecieron de nuestra vista.

Empezamos a subir el Cerro de Hule, en cuyas faldas se halla la aldea de Nueva Arcadia (1). El viento del cerro llegaba pasado y caprichoso anunciando la proximidad de una tormenta. Bregamos penosamente hacia arriba por espacio de una hora, siguiendo por un camino disparejo y en zigzag marcado en las rocas por el paso de las bestias. El sol se hundió en un mar de neblinas y nubes. Casi habíamos llegado a la parte más alta del viaje por este sector de la cordillera. El camino, apenas visible por la aproximación rápida de la obscuridad, se extendía a lo largo de un suelo casi plano con arboledas más espesas que en ninguna otra parte desde que dejamos las tierras calientes, y parecía más bosque que cualquiera de los pinares hasta ahora vistos. Los pinos aparecían más sombríos en la obscuridad de la noche, que se nos vino encima acompañada de una tormenta que arreciaba a cada rato hasta que nos vimos imposibilitados para proseguir. A menudo nos desmontábamos y seguíamos a pie avanzando lenta y penosamente, y mojados por las rachas de viento y lluvia que pasaban aullando en rápida sucesión a través de los árboles, repercutiendo estruendosamente en la montaña. Vividos relámpagos, como raramente se ven fuera de los trópicos, alumbraban los cielos, y el estruendo de los truenos agregaba su voz a lo imponente de la escena.

En los momentos de calma podíamos percibir el tenebroso fragor de algún torrente furioso y espumante en su lecho de rocas. Cuando cayó la noche vimos que la sierra se dividía hacia la izquierda en profundos barrancos, y en nuestra ansiedad por evitarlos nos metimos muy adentro del bosque; después de una hora de luchar sin éxito entre árboles caídos y zarzales llegamos a la molesta conclusión de que nos habíamos perdido. Como no eran todavía las diez de la noche, esperamos, con no placentera anticipación, una noche de tormenta inmisericorde y una completa obscuridad, sin esperanzas de

(1) En las Alturas tomadas en varios lugares de la República, en 1891, por Mr. Cole, que inserta el Dr. Vallejo en la página 1 de su Anuario, figura Nueva Arcadia a 4165 pies sobre el nivel del mar, población que sitúa entre Sabanagrande y el Cerro de Hule (meseta). Debe ser la actual aldea de Arcadia, perteneciente al municipio de Santa Ana, departamento de Francisco Morazán y la División Político-Territorial de Honduras, Tegucigalpa, 1951, p. 36

encontrar refugio. Proseguir en esta lobre-
guez impenetrable era imposible, y los na-
tivos, aunque acostumbrados como estaban
a andar por las sierras, no podían reencon-
trar el camino.

Desmontamos y cortando con los ma-
chetes las ramas más bajas a nuestro alrede-
dor y recogiendo algunas varas y troncos po-
dridos, como pudimos en la obscuridad, im-
provisamos una choza y extendimos en ella
nuestras mantas. Ciegos por la lluvia y los
relámpagos, que una y otra vez ilumina-
ban las oscuras perspectivas de la selva co-
mo un súbito Pandemonio, nos arrastramos,
mojados y friolentos, dentro del miserable
refugio y nos amontonamos después de in-
tentar en vano hacer fuego con las ramas
húmedas que Vicente había recogido. Dor-
mir era imposible y para colmo de nuestras
desdichas, el torpe de Rafael había hecho
añicos la botella de aguardiente al descar-
gar una de las mulas, privándonos hasta de
ese dudoso estímulo. Ahora nos arrepentía-
mos de nuestra larga permanencia en la ha-
cienda de La Trinidad alternando nuestros
refunfuños con injustas maldiciones para la
casa y sus ocupantes. Con ligeros intervalos
la tormenta continuó su maligna furia
hasta cerca del amanecer, y cuando la hu-
medad y el frío se hicieron intolerables nos
decidimos a seguir en cualquiera dirección.
Era preferible cualquier movimiento para
asegurar la circulación de la sangre que el
entumecimiento por la inacción.

Las mulas, que habían sido atadas con
sus reatas a los árboles, fueron cargadas de
nuevo y Vicente tomó la delantera; nos diri-
gimos hacia el Oeste en la esperanza de en-
contrar nuestro camino antes del amanecer.
Mi brújula de bolsillo me permitió seguir un
curso recto y después de una hora de abrir-
nos paso a través de la montaña nos alegra-
mos con el "Hoo-pah! Viva el camino real!"
proferido por el chiflado de Vicente. Había-
mos alcanzado el trillado camino, que toda-
vía seguía hacia arriba por la pelona cumbre
del Cerro de Hule.

A mediodía llegamos al pequeño villo-
rio de Nueva Arcadia, a 4.600 pies sobre el
nivel del mar. Es difícil describir la com-
pleta miseria y escualidez de estas aldeas de
las montañas. Las gentes, aunque en apa-
riencia fuertes y lozanas, no están sino a un
grado arriba de los brutos. Nos paramos
frente a una cabaña de tierra, desierta, y
empujando la puerta entramos con ansiedad
hambrienta con el propósito de prepararnos
un desayuno. De repente T. dió un salto
hacia la puerta exclamando:

"Caramba! Qué pulgas éstas!".

Ya podía perdonársele su precipitación;

en su vestido cundían los pequeños y rabio-
sos insectos, y las picadas de unos pocos que
se me habían metido en el cuello y en las
mangas me convencieron de que yo también
estaba lleno de ellos. Olvidamos el desayu-
no al instante y durante media hora nos con-
vertimos en una especie de bailarines de las
Islas Fiji, con el gran contentamiento de los
pequeños y sucios salvajillos que, como
siempre, se habían acercado a contemplar a
los extranjeros. El termómetro, a la una de
la tarde, marcaba 71° Fahr. Poco después
de nuestro arribo a las montañas, nos vimos
nuevamente envueltos en nubes de una llu-
via perlinaz que duró todo el día. Aunque
bien pudimos haber llegado a Tegucigalpa
antes del anochecer, propuse que hiciéramos
una fogata y nos dedicáramos el resto del
día a secar nuestras ropas y así evitar el ries-
go de un ataque de calentura si continuába-
mos la fatigosa marcha entre los desfilade-
ros rocosos por los que seguía el camino.

La aldea está rodeada de pinares que,
como ya he dicho, comienzan a una altura
de los 2.500 pies y pueblan casi toda la ca-
dena de cordilleras de Centro América. En
los lugares donde no ocurre esto se ven robles
bajos y otros arbustos propios de las tierras
de altura. Los pinos de la sierra no alcan-
zan el tamaño de los del Norte y escasamen-
te pasan de las veinticinco pulgadas de diá-
metro y de cuarenta a ochenta pies de altu-
ra. Son de la especie amarilla y resinosa,
y las muestras de cortezas y madera que
traje de Olancho y de las laderas del Pací-
fico compiten favorablemente con los mejo-
res de los Estados Unidos. La piedra caliza
(1) de las montañas, apenas cubierta con
tierra vegetal, da escaso apoyo a sus raíces.
A menudo pasé por millas de pinos arran-
cados por los vientos norteños, cuyas raíces, al
parecer, se habían extendido lateralmente
más bien que hacia abajo, prendiéndose en-
tre los intersticios de las rocas y presentan-
do en sus extremos una masa blanca de pas-
ta seca, compuesta de piedra caliza, cuarzo
desintegrado y barro.

Estas características se repitieron en las
sierras del departamento de Olancho, en
donde la región de los pinares se extiende
más baja que en la del Pacífico. El pino es,
por lo general, de madera fina y saturada
de trementina, lo que da origen a grandes
incendios en los bosques. A diferencia de
los de Norte América, los bosques de Hondu-
ras son de escaso crecimiento, los árboles se
yerguen varias yardas aparte y, por lo co-
mún, se ahogan entre malezas. No inspiran
al viajero aquella sublime admiración que
uno experimenta al contemplar las grandes
florestas de los Estados Unidos.

(1) Salvo que se refiera a las montañas en general, sorprende esta
afirmación del Sr. Wells, pues el Cerro de Hule está formado principalmente
por masas de andecita y mantos de tobas volcánicas —N del E

Nuestra permanencia en Nueva Arcadia todo ese día con su noche hubiera sido positivamente incómoda con el frío a no ser por el brillante fuego del ocote, que mantuvimos flameante dentro de la choza a fin de fumi-garla y quemar las pulgas. A las diez de la noche mi termómetro marcaba 60°, que era la temperatura más baja que hasta entonces había experimentado en el país. Un viento helado del Este sucedió a la lluvia, que nos hizo envolvernos en nuestras gruesas man-tas. Al amanecer ensillamos y pasando por las faldas del Cerro de Hule, nos detuvimos a contemplar el panorama a nuestros pies que, con las nubes que en despacioso movi-miento colgaban de los picos distantes, pa-recía un océano en plena tempestad.

Dejamos la cima del Cerro de Hule a nuestra izquierda y a varios cientos de pies arriba de nosotros. Estimé su altura en unos 5 000 pies sobre el nivel del mar (1). La cresta del cerro presentaba una sucesión de tierras planas y de mesetas con un suelo se-co pero fértil. Estas tierras evidentemente eran productivas porque se veían pequeñas haciendas diseminadas a todo lo largo de su extensión. Habíamos alcanzado la cumbre de las cordilleras y no pude reprimirme de lanzar una exclamación de alegría cuando ví el curso de los pequeños riachuelos diri-girse aparentemente hacia el Atlántico. Es-tos, sin embargo, desaguan en el Río Grande que pasa por Tegucigalpa y desemboca, co-mo el Moramulca, en el Golfo de Fonseca.

Aquí observamos pequeños árboles de guayabas silvestres, cargados de frutas ama-rillas del tamaño de un albaricoque, que se destacaban entre todos los demás. Su sa-bor, dulce y aromático, es más que grato. La guayaba se come en todo tiempo. Su sa-bor es sabroso y apaga la sed; la pulpa es más bien glutinosa pero firme y cuando está en la boca se deshace; las frutas se abren fá-cilmente presionándolas con los dedos. Se les cultiva en las tierras bajas, donde llega a ser de mejor calidad que cuando crece sil-vestre en las tierras altas. El árbol es des-garbado, achaparrado y con pequeñas ho-jas obtusas.

Nuestro rápido viaje a través de este te-rreno plano e interesante era un agradable contraste con las fatigosas jornadas por las empinadas montañas. El resto del viaje se-ría ahora cuesta abajo hasta Tegucigalpa, por lo que apresuramos nuestras cabalgadu-ras en una alegre anticipación del gozo de las comodidades de una vida civilizada. Los llanos se extienden por varias leguas con bastantes árboles y agua, con los mismos productos de las zonas templadas y todo lo que crece en profusión en las regiones del

Irópico. Aquí ví, por primera vez, que se cultivaban las papas irlandesas; su mercado es Tegucigalpa, donde se compran como una rareza por algunas de las familias ricas. Los cereales se cultivan también en estos llanos de altura. La visía era sorprendente para uno a quien se le había enseñado que Cen-tro América era el lugar de nacimiento de las plagas y de las fiebres.

Toda la extensión era de un verde es-meralda, moteada por las cabezas de gana-do caballar y vacuno que allí pacían. El canto de los gallos y los muchos ruidos de una vida activa nos indicaban que la escena era de industria y de economía. Pasamos por veintidós pequeñas fincas, cada una de las cuales era el centro de un pequeño cam-po cultivado y tenía su hato de semovientes, representado por cerdos y aves de corral, no faltaban los gritos mocosos; todo era un contraste agradable con las chozas desven-cijadas que habíamos visto desde que sali-mos de la costa. El aire era fresco y estimu-lante. Este es uno de los puntos más altos a que habían sido llevados los cultivos en Honduras. Desde aquí el descenso era rápi-do, el camino bordeando un precipicio de va-rios centenares de pies de profundidad y ofreciendo un panorama cerril pero extrema-damente pintoresco. Después de una baja-da abrupta por un camino de herradura rús-ticamente construido, llegamos al Río Gran-de. Ya nos habíamos dado cuenta, por el ruido tumultuoso que se percibía desde allá lejos en la sierra, que sus aguas estaban ex-traordinariamente crecidas. Nos aproxima-mos al río por una senda zigzagueante he-cha en calizas arenosas. Encontramos un profundo río corriendo entre grandes rocas y enormemente acrecentado por las lluvias torrenciales.

Un grupo de porquerizos se hallaba des-cansando en sus márgenes en la espera de que bajaran las aguas, que en Honduras su-ben y bajan con marcada rapidez bajo la influencia de las lluvias. T. . . nos propuso nadar y cruzarlo de parte a parte por uno de los rápidos más suaves para provocar la sorpresa de los nativos y acariciar la posibi-lidad de llegar a la ciudad antes del anoche-cer. Nos sumergimos para conocer su pro-fundidad, pero pronto estábamos de regreso; pero mi compañero, que había entrado más y estaba asido a una roca, por poco se suelta con riesgo de ser arrastrado por la corriente. Luchamos contra ésta sin resultado y regre-samos a las márgenes, cansados y abatidos; los porquerizos reían, y apenas habíamos comenzado a vestirnos cuando una súbita tormenta nos cayó, teniendo que guarecer-nos en una vecina espesura, bajo un acanti-lado. Aquí T. . . en su apresuramiento es-pantó un nido de avispas negras, viéndonos obligados a correr de nuevo hacia una choza

(1) Cole le da una altura de 4 600 pies ingleses. *Ibidem*

que estaba a unos pocos centenares de yardas más abajo; los nativos gritaban carcajeándose, y tenían razón ya que nuestro aspecto no era para menos. T no les dijo a estas gentes que yo era el Ministro, por razones obvias. Los muchachos descargaron las mulas y pronto estábamos riéndonos de nuestra aventura. Dí gracias de que nuestras asaltantes no hubieran sido las temibles "ahorcadoras" de las cuales T me dio una completa descripción. En el trabajo de Conder sobre México y Guatemala, a página 186 se les describe como "una especie de avispa venenosas llamadas "ahorcadoras" porque el singular remedio que se cree único para contrarrestar los fatales efectos de su aguijón es el de sumergir al paciente inmediatamente en el agua, o el de apretarle el cuello como lo haría un ahorcador, hasta dejarlo casi exhausto". La dueña de la choza nos preparó una aceptable comida y pocas horas después, habiendo bajado el río, ensillamos e hicimos nuestra salida final hacia Tegucigalpa, donde el Presidente y funcionarios del Gobierno se habían establecido desde hacía varias semanas (1).

De aquí la distancia a la ciudad es de tres leguas. A cada vuelta del camino encontramos pruebas de la vecindad de un pueblo floreciente. Patachos de mulas cargadas con productos del país pasaban tranquilamente hacia el mercado. Casas de campo bien dispuestas, entechadas con hojas de palma o rústicamente entejadas se veían a lo largo del camino, que ahora era plano y bien construido. Hombres a caballo que regresaban a la ciudad de visitar alguna finca de los alrededores, galopaban alegremente y echaban un segundo vistazo a nuestra pequeña y descolorida cabalgata. Peatones llevando cargas de legumbres y de frutas sobre sus cabezas nos daban el imprescindible "Buenas tardes, caballeros!" mientras pasábamos. La región parecía hallarse próspera y feliz y casi inadvertida de los disturbios políticos que caracterizan su historia. Con la excepción de los hombres a caballo, todos los demás que vimos iban "sin zapatos".

Mientras caminábamos por una pequeña colina, T llamó mi atención hacia un claro en los árboles a través del cual obtuve mi primer vistazo de Tegucigalpa, situada en la extremidad Noroeste del extenso llano, conocido con el nombre de "El Potrero". El sol acababa de salir tras un banco de nubes cargadas y las torres blancas y los campanarios de la ciudad brillaban en la tarde a la luz del sol. Un magnífico arco iris tendía su comba en el valle y el verdor de las montañas adyacentes, mezclado con los tintes purpúreos del declinante día, aumentaba el encanto del paisaje, inseparable de estas re-

(1) El asiento del Gobierno era Comayagua

cónditas reliquias de los mejores tiempos de España. Continuamos nuestro viaje por una sabana adornada de flores y moteada de cactus. A intervalos echábamos un vistazo a la ciudad por entre el follaje; el crecido número de personas nos hacía ver que era día de fiesta y mientras más nos aproximábamos al lugar el tañido de las campanas nos llegaba débil y musical a través de la brisa. El llano por el cual nos acercábamos a la ciudad y seco durante la estación del verano. Aquí el General Cabañas con doscientos hombres fue derrotado en 1838 por ochocientos guatemaltecos (2).

Llegamos ahora al Río Guacerique, que fluye lentamente por un terreno plano y desagua en el Río Grande cerca de la ciudad. Este río lo vadeamos fácilmente y en la ribera opuesta nos encontramos con varios ciudadanos a caballo, quienes al ver a T (yerno del General Morazán) lo rodearon y cambiaron saludos con él. Cuando les fui presentado se volvieron a la pequeña ciudad aledaña a Comayagüela (3). Tiene ésta distinta jurisdicción de la de Tegucigalpa, y hallándose situada románticamente, por las tardes es el punto de reunión de los ciudadanos. Llegamos y cruzamos por el puente de piedra que atraviesa el río a la entrada de la ciudad. El Río Grande aumentado con las aguas del Guacerique y las del río Chiquito, baja del parte-aguas divisorio entre Yoro y Tegucigalpa y cae al río Nacaome (4). El puente tiene diez arcos y los estribos terminan en filo para desviar la fuerza de las aguas; el viejo puente que construyeron los españoles fue arrastrado en 1830 (5) después de lo cual, se me dijo, el actual fue construido por trabajadores de Guatemala. Aquí es donde comienza la ciudad de Tegucigalpa.

Entramos por una calle pavimentada bordeada de casas bonitas de piedra y adobe rebocado, y las paredes pintadas de azul, rojo, crema o blanco según el gusto de sus propietarios. Los balcones con rejas, estrechas y herbosas las aceras, los techos entejados, los patios empedrados, el estilo peculiar y

(2) Se refiere a la acción del Llano del Potrero librada el 31 de Enero de 1839 ganada por el Coronel Manuel Quijano con fuerzas muy superiores a las de Cabañas. V Datos Históricos y Geográficos sobre el Municipio de Comayagüela Tegucigalpa, 1900, p 35

(3) Oficialmente se llamaba Villa de Concepción y gozaba de los privilegios que a esta clase de poblaciones correspondía, según decreto de 23 de Junio de 1849. Elevada a la categoría de ciudad por otro decreto del Congreso de 10 de Abril de 1897 se le restituyó el antiguo nombre de Comayagüela. V Datos Históricos cit., pp 159 y 170

(4) Es una confusión decir que el Río Grande cae al Río Nacaome N del E

(5) La construcción del puente se proyectaba desde el año de 1789, pero no se resolvió definitivamente hasta en 1817, siendo Alcalde Mayor D. Simón Gutiérrez. Sucedió a éste el Lic. D. Narciso Mallol, quien ya encontró acopiados los materiales e impulsó los trabajos a tal grado que en 1819 casi estaba concluida la obra. El 23 de Octubre de 1822 una avenida del Río Grande destruyó dos de los ocho arcos que entonces componían el puente; emprendida su reconstrucción no fue terminada hasta en 1832. Una nueva avenida del río dividió el puente en tres partes el 12 de Octubre de 1906, volviendo a reconstruirse durante la administración del Gral. Miguel R. Dávila. V Revista del Archivo, t III, p 117

sencillo de la arquitectura, el grito de los vendedores ambulantes, el despliegue ecuestre y los rostros de ojos negros, con "mantilla" que contemplan indiferentes desde las residencias frías como prisiones, me hicieron recordar más a La Habana que ninguna otra ciudad que yo hubiese visto en Centro América. La falta del eterno estrépito de las cornetas y los tambores y la ausencia de los volantes de Cuba, sin embargo, pronto destruyeron en mi imaginación el parecido.

Todas las calles de Tegucigalpa tienen nombre, y la ciudad me impresionó a primera vista como una excepción a las consabidas ciudades centroamericanas, arruinadas y de apariencia desierta. Esta es el cuartel general de la moda y de la elegancia de Honduras. Mis cartas de presentación más bien eran fuente de perturbación, porque al primero a quien yo me presentara, en cumplimiento de la costumbre establecida me consideraría como su huésped durante mi permanencia.

Del grupo de ellas, finalmente, seleccioné una del Presidente Castellón para el hospitalario señor José María Lozano (1) uno de los más ricos vecinos de Tegucigalpa. T. , que era sobrino del señor aprobó mi elección y nos encaminamos hacia la Calle

de Morazán (2) contestando mi compañero los atentos saludos que le daban de todos lados. Entramos a la calle pavimentada, y más adelante, por la ventana de la sala, con rejas, vimos por un momento, y desaparecer luego, las cabezas de dos señores ya de edad. Al rato el propietario de la mansión salió a la calle y estrechó afablemente la mano de mi compañero. Tan pronto como fui presentado, la casa con todo su contenido fue puesta "a mi disposición".

¡Cuán grata para nuestras piernas adoloridas y para nuestras sienas ardientes fue la quieta frescura del corredor de la residencia de don José María! Habiéndonos quitado nuestra sucia y húmeda ropa y cambiado por otra presentable, nos echamos placenteramente en las cómodas hamacas a gozar de un liste y de la agradable conversación de la Niña Teresa. Como T. me lo había asegurado, hallé que mi nombre me había precedido y los visitantes que ocuparon mi tiempo hasta por la noche insistían en llamarme "Doctor" y ponían sus casas a mi orden. Desde hacía tiempo que había aprendido el estilo formal que se usa en el país, y con un cambio de cigarros y dejando repetidamente mi hamaca para corresponder los muchos saludos, estábamos sinceramente satisfechos cuando llegó la hora de dormir.

10

Entrevista con el Presidente Cabañas.—Aspecto personal.—Su opinión sobre Olancho.—Pasado y presente de Tegucigalpa.—Iglesias.—"La Parroquia".—Serenata.—Escenas dominigueras.—La plaza del mercado.—La mañana.—Menú.—Licores.—Chocolate.—Pan.—Papas.—Modales en la mesa.—Sirvientes.—Estilo arquitectónico.—Cortesía de las visitas.—Flores y jardines.—Pájaros.—Mezclas.—Celos de los negros.—El Partido Liberal.—La salud de los nativos.—Correos.—Diversiones.—Pereza citadina.

Durante los pocos días que estuve cambiando visitas y entregando cartas de presentación, tuve la oportunidad de estudiar el carácter y los hábitos de este pueblo aislado, en el cual ya había hecho varias valiosas amistades. Decidí ahora exponerle al Presidente Cabañas el objetivo de mi visita a Honduras. Yo tenía noticia de que él comprendía mis puntos de vista, y que había expresado su intención de favorecerlos.

Al saber que el Presidente estaría desocupado a las diez de la mañana, fui con T. a la Casa de Gobierno, situada en la

margen Norte del río, y viendo directamente hacia el puente. Un centinela estaba a la puerta y presentó armas cuando pasábamos hacia el corredor interior, pavimentado con losas cuadradas y al cual daban varios apartamentos ocupados por oficiales militares y civiles. La casa era la más espaciosa y de mejor aspecto que hasta entonces había visto. En el patio de abajo crecían varios hermosos árboles. Unas gradas de piedra conducían de este patio a varios cuartos de la

(1) Don José María Lozano, casado con doña Tomasa Travieso y abuelo paterno de D. Julio Lozano Díaz

(2) "Calle de Jazmín o de Morazán" se le llama en la escritura autorizada por el Juez de 1ª Instancia del Departamento de Tegucigalpa el 31 de Enero de 1878, relativa al traspaso de la casa donde actualmente se halla la Biblioteca Nacional. Probablemente se llamó de Morazán por estar en la misma calle la casa que, estando en construcción, compró D. Eusebio Morazán a D. Antonio Pío Ortiz el 12 de Junio de 1795, la misma donde el Grial Francisco Morazán pasó su niñez y su juventud

segunda planta; la casa era de alto y era cuidada con especial interés, pues había sido antes propiedad y residencia del General Morazán, que era nativo de Tegucigalpa (1).

Yendo por el corredor vino a nuestro encuentro un sirviente, que con especial cortesía nos condujo a un apartamento amplio y agradablemente fresco; el lado occidental de éste se abría, por dos grandes puertas batientes, hacia un balcón, desde donde la esposa del General Morazán (hijo del ex-Presidente de Centro América) contemplaba el paisaje (2). Ella saludó con toda cortesía, y justamente terminaba de darme la bienvenida a Honduras deseando que mi empresa tuviera éxito, cuando un ayudante nos anunció que el señor Presidente tendría placer en recibirnos.

Una cortina de damasco rojo, descolorida, colgaba de lado a lado, y servía para separar la oficina de la sala. Fue recorrida y, cruzando entre sus amplios pliegues, entramos a un pequeño gabinete. El mobiliario consistía en unos pocos escritorios repletos con expedientes, una gran mesa y escaso número de sillas, que mostraban su mucho uso. T... que era pariente de él, se adelantó y me presentó al señor Presidente. Estaba sentado frente a su escritorio y cuando entramos dirigió la vista hacia nosotros. Cabañas en este tiempo tenía cincuenta y dos años, (3) pero las zozobras y penalidades de su vida militar habían arrugado sus facciones. Sus compatriotas siempre han tenido una incommovible confianza en su gestión pública, a la que, aun los peores enemigos de su política liberal, nada le pueden tachar ya que se inspira en los más sanos propósitos. Cuando le agradecí sus gentiles expresiones de bienvenida, tan "antiespañolas" en su evidente sinceridad, sentí que cuando menos estaba frente a un hombre cuya carrera pública no había sido manchada por una sola crueldad o rebajada por un sólo acto traicionero o indigno.

Durante la conversación, tuve la oportunidad de verificar los varios informes que sobre su aspecto personal se me habían dado. Su estatura, más bien diminuta, estaba compensada con su esbeltez extraordinaria, y en la plática sus ademanes armonizaban con el juego inteligente de su fisonomía. Es, en verdad, un noble ejemplo de varón, plétórico de tranquila dignidad. Sus ojos son dulces,

(1) La vieja casa de dos pisos que se alzaba en la esquina suroeste de la manzana donde ahora se yergue el moderno edificio del Banco Central de Honduras, perteneció a D. Dionisio de Herrera; pero no puede descartarse la posibilidad de que el General Morazán residiera en ella alguna temporada.

(2) De los dos hijos varones que se conocen del General Morazán parece que sólo uno contrajo matrimonio; el otro, el General José Antonio Ruiz, debe de haber muerto soltero. El autor se refiere, indudablemente a doña Carmen Venerio Gasteazoto, esposa de D. Francisco Morazán Moncada.

(3) El General José Trinidad Cabañas había nacido en Tegucigalpa el 9 de Junio de 1805.

oscuros e inteligentes. Sus cabellos, otrora color castaño, son ahora blancos y largos, mientras su barba, patriarcal por su longitud y color níveo (la que, de acuerdo con su promesa solemne, no se ha cortado desde la muerte del General Morazán) imparte un interés adicional a la expresión triste de su rostro. Cabañas está cubierto de heridas, que recibió en inúmeros combates, muchos de ellos perdidos en la historia del pequeño teatro de guerra donde ocurrieron, pero casi increíbles por su fiereza salvaje y por la profusión de la sangre derramada.

El Presidente recibió mis cartas y expresó hallarse favorablemente dispuesto a la participación del capital y empresas americanas para el desarrollo de los recursos naturales de Honduras. Se refirió a su determinación reciente de enviar al señor Barrundia a los Estados Unidos con plenos poderes a fin de que negociara una extensión de privilegios especiales para los ciudadanos de la América del Norte, y lamentaba el deceso inesperado de su emisario en los momentos en que el objetivo de su misión estaba casi alcanzado. Habló en particular del departamento de Olancho y del famoso río Guayape, y después aconsejó a T... para que me disuadiera de mi proyectada visita, porque sus habitantes, separados del resto de la república por una formidable barrera de montañas, considerándose desde la Independencia en 1821 como una especie de entidad democrática autónoma, rehusaban contribuir a los gastos públicos y recibían a los extraños con recelo y sospecha. En verdad, durante esta entrevista dos veces se manifestó él decididamente en contra de mi proyecto de ir a esa región desconocida de Centro América, con cuyos habitantes el Supremo Gobierno había estado reiteradamente en pugna en cuanto a los impuestos decretados para el sostenimiento de la seguridad colectiva y quienes, recientemente, habían llegado a levantarse en armas con el fin de rechazar a los oficiales de reclutamiento. El, no obstante, admitió que yo, con cartas amplias y explícitas y un grado razonable de prudencia, podría visitar las propiedades de los Zelaya en Olancho, ser recibido cordialmente, y tal vez hasta suscribir con ellos importantes contratos en relación con las célebres regiones auríferas del Guayape. Esto, sin embargo, siendo desde tiempo inmemorial prerrogativa de los habitantes indígenas civilizados de aquella porción del país, podría provocar celos de su parte. Estos y otros pormenores de información obtuve de Cabañas quien, estoy seguro, habló francamente y con toda sinceridad. Era obvio que su información respecto a aquel punto remoto de Honduras era incompleta. Admitió que nunca había estado allá y vi que este era el caso con todos los jefes militares del Estado, exceptuando el General Morazán, quien pene-

Iró en Lepaguare con unos pocos acompañantes en 1829 y suscribió un pacto con los olanchanos (1).

Como mi primer objetivo era obtener permiso del Supremo Gobierno para hacer exploraciones y comenzar a firmar contratos con los nativos de Honduras, y después el de visitar las regiones auríferas sobre las cuales había oído vagos relatos desde mi llegada al país, no tenía urgencia en dejar Tegucigalpa sin antes hacer el intento de conseguir del Gobierno algunos privilegios esenciales.

Habiendo discutido sobre estos temas, el General se refirió a los Estados Unidos y a la política del gobierno americano hacia Centro América. Sus frecuentes entrevistas con Mr. Squier en Comayagua y Gracias, le habían capacitado para tener un criterio medianamente correcto sobre nuestro país. Yo estaba convencido de que Cabañas haría cualquier sacrificio por estimular el capital norteamericano en Honduras. Además de su mediación para que se aprobara la contrata para la construcción del Ferrocarril Inter-oceánico, él ha hecho todo lo posible, respetando el honor de la nación, por abrir el territorio a la inmigración. Treinta años de incesantes servicios en las contiendas políticas del país, le habían convencido, como también a otros muchos estadistas prominentes de Centro América, que sólo con la superación, energía e inteligencia de los norteamericanos y los europeos será que los recursos de estas repúblicas podrán ser desarrollados plenamente. Se manifestó anuente a dar su apoyo a toda negociación honorable con nuestros compatriotas, pero oponiéndose de modo implacable a todo intento filibustero contra Centro América. Después supe que las noticias del plan colonizador del Coronel Kinney habían llegado recientemente a Tegucigalpa y que personas dispuestas a restar confianza a mis proyectos habían influido para que Cabañas me asociara con tal plan. Esto retardó mis operaciones, especialmente con los opositores más virulentos a los norteamericanos en Centro América.

Era ya tarde cuando me despedí de Cabañas; desde entonces tengo motivos para guardarle un afecto tal que sólo su bondad de corazón y conducta gentil podían haberlo creado.

Tegucigalpa, aunque no es el asiento del gobierno de Honduras, es la ciudad más grande y de más importancia en la república. Su población es hoy de 12.000 habitan-

(1) Marure dice en sus Efemérides que el 21 de Enero de 1830 "se consiguió la completa pacificación del Estado de Honduras por medio de un tratado que ajustó el General Morazán, con los sublevados del departamento de Olancha en el paraje llamado Las Vueltas del Ocote

tes (2) y se halla compuesta de una mitad entre "mestizos" y mulatos y otra mitad entre blancos, negros, cuarterones e indios. Los blancos puros están en pequeña minoría. La ciudad, que está regularmente trazada, tiene alrededor de dos siglos de existencia (3) y fue conocida en los días de los primeros colonizadores españoles con el nombre de Taguzgalpa. Desde la Independencia su población ha disminuído debido a la emigración de las familias aristocráticas españolas, cuya riqueza, acumulada con el producto de las célebres minas de plata del departamento, fue repentinamente trasladada a España y La Habana (4). Con su fuga y el comienzo inmediato de las guerras, que acabaron por menguar las energías del país, la industria minera del departamento terminó. Los negros, que habían trabajado los "minerales" como esclavos, se convirtieron mediante un decreto legislativo en personas libres (5) y los mineros, desanimados con los impuestos, abandonaron sus labores. Los trabajadores de las minas fueron reclutados a la fuerza para las pequeñas luchas entre los Estados. Las minas fueron abandonadas o soterradas a propósito por sus dueños, que, no obstante, han retenido su derecho sobre ellas, año con año. Con la decadencia en esta rama de la industria, que había servido para sustentar al pueblo, la ciudad decayó también viviendo en una quietud somnolente, de la cual aún no se recobra. Tal es el presente estado de Tegucigalpa, otrora la ciudad minera más importante de la América Central. Sus iglesias grandes sólidamente construídas, y sus residencias particulares, son hoy apenas frítes reliquias de su antiguo esplendor, que atestiguan por sí mismas el deterioro que ha sufrido en un cuarto de siglo de indolencia. Varias minas han sido reabiertas en los últimos diez años y se han reanudado las operaciones, pero los due-

(2) Según el censo levantado por el Sr. Obispo Fr. Fernando Cadiñanos el año de 1791, el cuato de Tegucigalpa tenía 5'431 almas. La Matrícula de la población de las Provincias de Honduras, hecha por el Gobernador Intendente D. Ramón de Angutano, figura la Subdelegación de Tegucigalpa con 14.514 almas; y el censo de la Villa de Tegucigalpa, levantado el año de 1821, pocos meses antes de proclamarse la independencia ascendió a unos 8 000 habitantes. De manera que el cálculo consignado por Wells anda muy cerca de la verdad. V. Vallejo, Anuario estadístico, pp. 107 y 128.

(3) El Real de Minas de San Miguel de Tegucigalpa, como primitivamente se llamó esta población, comenzó a poblarse de españoles hacia 1578, con motivo de haberse descubierto ricas minas en su territorio. V. la relación del Gobernador de Honduras Alonso Contreras de Guevara fechada el 20 de Abril de 1582; documento No. 21 de la Réplica de la Representación de Honduras al Alegato de Guatemala. Washington, D. F., 1932, pp. 272 y 274.

(4) En la "Relación de la calidad y cantidad de las minas de la Provincia de Honduras", que hizo a Felipe II el Alcalde Mayor Juan Cisneros de Reynoso a principios de 1581, las actuaciones aparecen fechadas "en el Pueblo de Comayagua Tegucigalpa"; este nombre compuesto debe haber sido el primitivo que tuvo la ciudad capital de Honduras. Archivo India, Guatemala 55.

Diez años después en el título del terreno Supelcapa, aparece escrito el nombre Tegucigalpa exactamente como ahora se usa. Archivo Nacional de Honduras.

(5) Por decreto de la Asamblea Nacional Constituyente de las Provincias Unidas de Centro América emitido el 17 de Abril de 1821 a propuesta del Diputado por Chimaltenango, Piesbo D. Simeón Cañas, declarando que son libres los esclavos de uno y otro sexo, y de cualquiera edad, que existan en cualquier punto de los Estados federados de Centro América. V. Marure, Efemérides, p. 18.

ños no tienen los medios, la información, ni la energía de sus antepasados, y sus métodos no son sino una débil imitación de los que emplearon los viejos españoles.

Durante mis dos visitas a Tegucigalpa y sus alrededores, en las que gasté casi dos meses, hice gran acopio de notas y extractos de las obras españolas y guatemaltecas relacionadas con la historia de las minas de plata y la condición política del pueblo. El país descrito es uno cuyos recursos, unidos a un clima templado, son a propósito para atraer la atención de los norteamericanos; y razonable es suponer que eventualmente llegará a ser poblado por la raza anglosajona, por el hecho de que nuestras gentes pueden vivir ahí todo el año sin preocuparse por su salud.

Los edificios principales de la ciudad son sus pocas iglesias y viejos conventos, ahora despojados de sus antiguas riquezas, pero que todavía preservan el estilo medio morisco de su arquitectura. La mayoría de ellos ha sido tristemente descuidada. El edificio más grande y más venerable es La Parroquia, que ocupa el lado Este de la Plaza del mismo nombre, tan solo superada en las cinco repúblicas por las catedrales de León y Guatemala. La catedral (1) de Tegucigalpa fue construida a expensas de un devoto sacerdote de la gran familia de los Zelaya, (2) cuyas ramas se extienden al presente por todo Centro América. El único reloj público en el Estado es el que se encuentra en el campanario de una de sus torres. El edificio es elevado y abarca una manzana completa. Del cuerpo del templo se levanta una sólida bóveda; sobre la cúpula se levanta una corona, rematada con una gran cruz dorada. El edificio es de ladrillo cocido fabricado en el país, argamasado y encalado. El exterior se halla adornado con nichos en los cuales se ven santos de bulto y en relieve varias escenas bíblicas (3). El interior es amplio y está adornado con burdos cuadros de los apóstoles y de la Sagrada Familia. En el interior se extiende una galería por todo el contorno, en una parte de la cual, el coro, hay un órgano pequeño y maltrecho que emite notas disonantes durante las misas cuando acompaña a los coros.

(1) La iglesia matriz de Tegucigalpa no tuvo la dignidad de catedral sino hasta la erección de la Arquidiócesis de Tegucigalpa el 2 de Febrero de 1916: V. Durón, *Busquejo Histórico*, p. 201

(2) Tegucigalpa debe la construcción de su templo principal a la devoción, celo infatigable y energía de su hijo benemérito Padre José Simón de Zelaya y Cepeda, sin cuyo caudal y consenso decidido no habría podido construirse; pero es justo recordar también que muchos vecinos ayudaron con dinero, materiales o con su trabajo personal: V. Datos biográficos del señor Cura Br. don José Simón de Zelaya por el P. Yanuario Jirón. *Revista del Archivo*, t. IV, pp. 717 a 752

(3) Sobre cada una de las puertas laterales hay dos imágenes, y en el centro las de los siete arcángeles, entre las que se destaca la del patrón San Miguel, colocada en el centro bajo el reloj; los otros arcángeles son: San Gabriel, San Rafael, San Uriel, San Sactiel, San Jehudiel y San Barachiel. No hay noticia de que la fachada haya tenido también "en relieve varias escenas bíblicas"

En la segunda noche, nos despertó un rudo golpear en la ventana de la sala; y al abrirla fuimos saludados con un modesto: "Buenas noches, caballero!" y, al mismo tiempo, una banda de música, compuesta de una guitarra, un violín, una flauta y un violón comenzó a ejecutar selecciones bonitas de una ópera conocida. La noche estaba estrellada y en calma, y la música, aunque mal tocada, producía un efecto romántico, como si suavemente hiciera eco en los muros de los edificios vecinos iluminados por la luna. El grupo ejecutó varios valeses, y, finalmente, me sorprendió oír un remedo del "Old Dan Tucker". El compás estaba adaptado al lento estilo español de la música que generalmente se ejecuta en Honduras, y me quedé boquiabierto. El músico principal de la banda había vivido en la Bahía de la Virgen, Nicaragua, y allá, de los pasajeros de California había cogido la tonada.

El clima de esta región de Honduras no es superado en salubridad por ningún otro de Centro América. Podría escribirse un libro ilustrando la calidad pura y balsámica de esta atmósfera de altura. Durante mi permanencia, la única hora incómoda era temprano de la mañana cuando el aire era siempre demasiado fuerte y cortante. La tabla termométrica que yo llevé en varias partes del país y en varios meses, muestra mejor la uniformidad de la temperatura en esas montañas. En algunos días la lluvia, después de caer con furia tropical, dejaba la atmósfera cristalina y vigorizante, como sólo se ve a veces después de una tormenta en el verano, en Nueva Inglaterra. En los días más ardientes es raro que el calor sea opresivo, y en las épocas más frías apenas si se necesita de calefacción para sentirse cómodo. Es a propósito mencionar aquí una tormenta de nieve y granizo que cayó en Diciembre de 1848. Jamás antes se había visto nieve en las tierras altas del país, ni nunca el mercurio había bajado al punto de congelación; fue, por consiguiente, lo más sorprendente. Se observó un cúmulo de nubes negras formándose lentamente hacia el Noroeste y al centro, a poco más o menos una legua hacia el Suroeste de la ciudad. De pronto se obscureció el ambiente con la "ácida de hielo", como dijeron mis informantes, y la tierra quedó cubierta con la nieve. Fueron destruidos árboles, plantas y pájaros. El hielo quedó diseminado en una área como de dos leguas cuadradas y en tal cantidad, que se conservó en el suelo por espacio de dos semanas. (1)

Este fenómeno, ocurrido en una zona íó

(1) De este prodigioso fenómeno no existe tradición en Tegucigalpa, ni se conoce relación escrita que lo refiera; y aunque Wells invoca el testimonio de personas dignas de fe, debe dudarse de la veracidad de este hecho, que, de haber ocurrido, habría dejado recuerdo perdurable en la memoria de nuestros abuelos, como sucedió con la célebre erupción del Cosigüina

rrida, puede incitar a la investigación de los entendidos en la materia y está corroborado por todos los habitantes de la ciudad, pocos de los cuales habían visto nieve. En algunas zanjas profundas la masa congelada tenía hasta cuatro pies de espesor. Muchos de los granizos pesaban varias onzas. Los señores Vijil, Lozano y Ferrari y muchas otras personas más presenciaron el acontecimiento. Las aguadoras llegaban a la ciudad con pedazos de hielo que pesaban de doce a veinte libras, envueltos en una tela y balanceados en sus cabezas. Se les usaba para enfriar el agua potable. El hielo cayó por espacio de una hora. Se elevaron plegarias en las iglesias, agradeciendo a los santos su intervención para que la ciudad no fuera destruida por el gran chubasco de hielo.

Las ceremonias de la Iglesia Católica se observan con una escrupulosa exactitud. Muchos van a la misa por la mañana y el repique de las campanas es el único sonido capaz de despertar a la gente de un estado letárgico tan profundo como el que envuelve el comercio y el tráfico del país. Las procesiones religiosas son cosa de todos los días. Pasan, por lo general por la Calle de Morazán. Aparecen primeramente veinte o treinta muchachos llevando sendas velas encendidas que, si la procesión es para ayudar a bien morir a alguna enferma, son costeadas por su familia. Los amigos y los parientes de la persona enferma siguen, y después de ellos, cuatro frailes llevan un palio de seda protegiendo al cura, que camina al son de una música de violines y un contrabajo. De los bordes del palio salen cintas de seda roja que llevan muchachos vestidos de blanco. Luego sigue una larga fila de señoritas que van repitiendo las plegarias por el alma del moribundo, con una volubilidad curiosa de oír. El barullo de las muchas voces, el canto monótono de los curas y el discordante rasguear de los instrumentos de cuerda, me parecieron suficientes para poder despachar de este mundo a cualquier alma ordenada y bien dispuesta.

Al paso de tales procesiones, toda la familia de don José María se arrodillaba y se unía fervorosamente en las oraciones por el angustiado vecino. Esta reminiscencia de las viejas y exageradas formas del Catolicismo está tal vez bien adaptada a un pueblo al que necesario es infundirle un temor reverente hacia las formalidades de la doctrina.

Entre las muchas personas con quienes cambié visitas estaba el señor Cacho (1), Mi-

(1) Fue bautizado en la Catedral de Comayagua, ciudad en la que seguramente nació pocos días antes, con los nombres de José María Quintín Onofre el 31 de Octubre de 1800, siendo hijo legítimo de D. Juan Nepomuceno Cacho Gómez, Regidor Perpetuo del Noble Ayuntamiento de aquella ciudad, natural de Santander en los Reinos de España, y de Doña María Morejón, hija legítima de D. Antonio Morejón y de Doña María Orosia Tablada: V el expediente de limpieza de sangre de D. José María Cacho,

nistro de Hacienda, como de sesenta años, bien preparado intelectualmente, patriota y entusiasta liberal. Este señor, químico y político, es además, propietario de varias minas de cinabrio en el departamento de Gracias, que con ansiedad deseó que yo visitara. El señor Cacho se inclina fuertemente a favor de la inmigración norteamericana en Honduras, y así me lo expresó en varias ocasiones.

En los días domingos es cuando uno puede ver cómo transcurre la vida en Tegucigalpa. Se considera ese día más como de recreo que de devoción. Las tiendas permanecen abiertas al público y exhiben el surtido de sus mercaderías con el mejor provecho, ya que a los trabajadores se les ha pagado y todo el mundo tiene dinero. Los comercios están bien abarrotados con artículos de todas clases: vino de jerez importado vía Belice a \$1.00 la botella y champaña a \$1.25. Los establecimientos principales se hallan en la Plaza y en las calles adyacentes. Muchos comerciantes son de La Habana, de donde se trae considerable cantidad de mercaderías. Las tiendas de géneros se hallan repletas de los que me parecieron costosos trajes y en cuanto a los artículos para mujer vi casi todo lo que se podía desear, al igual que la tienda de abarrotes del campo norteamericano, tienen toda cosa de fácil venta.

El mercado está pleiórico de frutas durante la mañana y temprano de la tarde. Estas consisten, en parte, de limas, naranjas, nísperos, papayas, cocos, limones, bananos, jocotes, higos, piñas y melones que se despliegan en tentadora profusión sobre grandes lienzos de tela, en cueros o en canastas, a lo largo del vestíbulo de las barracas que se encuentran a un lado de la Plaza de la Parroquia. Con un medio de plata (seis centavos de oro) se puede comprar toda la fruta que uno es capaz de consumir sin enfermarse. Las mujeres del mercado permanecen alrededor, en grupos, y pasan su tiempo platicando unas con otras, o a menudo riendo a carcajadas con los soldados, o con los holgazanes que siempre se encuentran congregados bajo los aleros.

Para gozar de la vida en estas regiones montañosas, uno debe levantarse temprano a fin de respirar la deliciosa brisa de la ma-

seguido el año de 1816 en la Curia Eclesiástica, Archivo de la Catedral de Comayagua

Dice Squier (Honduras, p. XXXIV) que después de Valle y Marure, "el único nombre que merece ser mencionado, es el de don José María Cacho, como el solo hijo de Centro América que ha hecho un trabajo completo sobre el departamento de Gracias. Sus breves notas acerca de él, son de gran interés, y puede servir como un modelo que deben seguir sus conciudadanos." Precedida de un Compendio elemental de Estadística escrito por D. León Alvarado, su obra Cuadro Estadístico del departamento de Gracias se editó en París el año de 1857, en once cuadernos, en la Imprenta de P. A. Bourdier y Ca., Calle Mazarine, 30: V R. E. Durón, Efemérides, en la Revista de la Universidad, t. VI, p. 112

El señor Cacho fue Secretario General Interino del Gobierno Honduras en 1829 y Secretario General en 1854, año en que también fue Ministro de Hacienda y Guerra: V Valles, Historia social y política, pp. 409 y 410.

ñana, cuando el rocío está todavía fresco en las hojas de los plátanos y los empedrados de la ciudad no han recibido el calor del sol. Nada puede superar a las sensaciones del madrugador cuando sale y se encamina con el aire fresco, hacia la Plaza; o si le agrada la emoción, cuando va a algún sitio recóndito, fuera de la ciudad, y se agrega al grupo alegre que chapotea en las locas aguas del río. De allí se puede ir a la cumbre del Zapusuca. (1) al Noroeste de la ciudad, desde donde se domina Comayagüela y las vegas del Río Grande. Al regresar, una taza de café o de chocolate, y luego dar un paseo o deleitarse con un libro, o con La Gaceta de Guatemala, hasta el desayuno. Este tiene lugar alrededor de las diez de la mañana, aunque a menudo se demora hasta cerca del mediodía.

El almuerzo consiste comúnmente de arroz cocido y frijoles, ensalada, pan, mantequilla y queso, tortillas, café con leche y frutas, y mientras permanecí en el país raramente varió. En la cena se sirve sopa de fideos, carne asada, ensalada y muchas de las legumbres que en los Estados Unidos son comunes. Además de esto, hay "carne de olla", picadillo de carne, con aceite, arroz y plátanos, "hígado", salchichas fritas en manteca y con ajo, nacatamales, carne cocida, caldo y por último, arroz cocido en mantequilla y chiles. Las "verduras" acompañamiento imprescindible, son los plátanos, pedazos de ayote y repollo. Estas son las viandas sólidas y corrientes en el país, pero hay, a menudo, sopa de pan y una mezcla de arroz con legumbres cuyo nombre local se me ha escapado. Este es el menú usual en el interior de Honduras. En la costa, a juzgar por un relato dado por Henderson, Pág. 134, es más variado y quizás igualmente succulento. En una comida se sirvió a un grupo de ingleses: gelatina verde de tortuga, manatí en salsa curry, sopa de galápago, pastel de carne de lora, venado asado, pecari ahumado, conejo cocido a la india, hicoitea estofada y gelatina amarilla en caparacho. El autor agrega más abajo:

"Nec sibi canarum quivis temere arroget
(artem,
Non prius exacta tenui ratione saporum".
(Hor. Sat.

El descontentadizo extranjero hallará pocos licores en cualquier parte de Centro América. Los vinos, por lo general, son una burla a su nombre. En los días de la dominación española, el cultivo de la vid se prohibió y desde esa prohibición dictada por la madre patria, la vid no se ha vuelto a impor-

tar. Los vinos consisten, en su mayoría, de imitaciones baratas traídas de Belice, Trujillo o de la Bahía de Fonseca adonde llegan barcos ingleses e italianos. El St. Julián Medoc, el Jerez, el Champaña y una variedad de mezclas etiquetadas Elixir d'Amour y con otros nombres parecidos se encuentran en las tiendas. El "aguardiente" del país es quizás el licor más inofensivo que se pueda tomar en Centro América. Los médicos, extranjeros y nativos, recomiendan su uso cuando se viaja. Este, generalmente, se pone en la mesa durante las comidas, en una pequeña garrafa de vidrio y sirve como pousse-café.

El chocolate que se prepara en la América Central es algo parecido al que se importa desde México, pero el método de prepararlo es diferente. Después de un viaje en un día caluroso, no conozco nada más confortable y al mismo tiempo más deliciosamente agradable, que una taza de chocolate de Honduras. Ordené que me fabricaran una caja especial para llevarlo fuera del país y tomé debida nota de cómo es que se prepara. Primeramente se pone a secar una libra de cacao en grano; se le tuesta teniendo cuidado de agitarlo de cuando en cuando hasta que la cáscara cruje; después se quita ésta frotando los granos entre las manos. Luego se le muele en el metate, igual como si se prepara maíz para tortillas, reduciendo la sustancia a una pasta oleosa. Poco a poco se agrega a ésta como una taza y media de vainilla, con suficiente canela en polvo al gusto de la persona que lo prepara, y por último se le añade azúcar si se quiere. Cuando, por el continuo movimiento todo queda reducido a una masa espesa, se la derrama haciendo pequeños panes redondos que, después de que se endurecen, cada uno de ellos dá dos tazas ordinarias de chocolate, simplemente disolviéndolo en agua hirviente y crema. La parte superior de la taza se cubre con una espuma fragante. Los vapores que viajan entre San Francisco de California y San Juan del Sur, han traído últimamente excelente calidad de chocolate de Nicaragua, pero nunca había paladeado yo nada igual al que se hace a la medida en el Oriente de Honduras.

El pan blanco, en pequeños bollos, se vende en las esquinas de las calles o se deja a la puerta de las casas por un panadero que en pernetas, anda ambulante con su provisión sobre la cabeza. Las tortillas son preferidas por todos y se encuentran calientes y humeantes en toda mesa. Durante la cuarema los devotos católicos se abastecen de ostras de la Bahía de Fonseca, de donde las traen en sacos a través de las sierras, y se venden por libras. Estas ostras se comen con papas.

(1) Dice el Dr. Membreño que Zapusuca se llama el "cerro situado al norte de la ciudad de Tegucigalpa, y al pie del cual está la población. Significa en mejicano "lugar de tierra de zorros". Se compone de tlalli, tierra, pocotli, zorro, y can, lugar". Nombres geográficos indígenas, p 116

Observé que dos veces a la semana se servían en la mesa papas que don José María, evidentemente, había conseguido como un manjar para mí. Siempre las veía él con orgullo y reiteradamente me invitaba a que colmara mi plato. Eran pequeñas y blancas, pero sabían muy bien con cualquiera de las viandas preparadas. Supe que la patata fue importada en Centro América desde el Perú, pero uno de los curas de Tegucigalpa me aseguró que era indígena y que se le podía ver creciendo en estado silvestre en las montañas. Nunca oí que se confirmara este aserto. La patata sólo puede cultivarse en las tierras altas. En Santa Lucía, poco más o menos a 4 500 pies sobre el nivel del mar, vi un pequeño campo sembrado de patatas del cual en Marzo se suplen varias familias de Tegucigalpa. Se venden a medio (seis centavos). La patata se siembra inmediatamente después que las lluvias han humedecido suficientemente la tierra para podérsela arar. El método de cultivo es una burda imitación del que se emplea en la América del Norte. Los tubérculos crecen rápidamente en los terrenos de bajo. En las montañas de Guatemala también se cultivan y desde muchas leguas de distancia se las transporta a lomo de mula. Un día, en la mesa me aventuré a asegurar, con toda la indiferencia que podía fingir, que las patatas en California pesaban tres libras (que no es un tamaño excepcional). Don José María miró alternativamente los mables vegetales en el plato que estaba ante nosotros, y luego a mí, con una sonrisa incrédula pero recordando inmediatamente la cortesía del anfitrión, la aceptó con un movimiento de la cabeza. Era obvio que él tomó lo que dije como un mero cuento de camino real.

En la mesa, por lo general, se observan maneras tranquilas y siempre corteses. Raramente se produce la hilaridad durante las comidas. Después de comer viene el café, las jaleas o las frutas en conserva y una variedad de confituras azucaradas. Se brinda a la salud del Señor y de la Señora de la casa, como en todas partes, con el primer vaso de vino o de cualquier otra bebida. Es difícil conseguir sirvientes en la democrática Honduras, en donde todo individuo sano está expuesto a que lo agarren para soldado. Los pocos que se pueden conseguir son torpes y necesitan meses de adiestramiento para hacerse útiles. La preparación de los alimentos se lleva a cabo en un pequeño edificio de adobe detrás de la casa de habitación y en una hornilla hecha de barro a la cual se la llama fogón.

La mayoría de los nativos de Honduras viven en la planta baja de la casa. Si uno pregunta la razón de esto en Nicaragua aprende que es por temor a los temblores, pero en Honduras es porque los antepasados

construyeron de esa manera, siendo toda innovación desagradable para el español. El apartamento principal llamado sala sirve como cuarto de recepción y es donde la familia pasa la mayor parte del día "haciendo nada" en la mañana y, como un amigo mío me dijera una vez, se sientan en la ventana por la tarde y por la noche ¡para descansar de las fatigas de la mañana! El corredor, a menudo, se extiende alrededor de la casa y la parte trasera dá hacia un patio empedrado que, por lo general, contiene varios árboles frutales y se halla rodeado por muros altos de adobe protegidos con tejas. La cocina está a un lado y el establo al otro. Todas estas pequeñas construcciones están siempre blanqueadas con esmero. El orgullo del español se traduce en tener una inmensidad de pecheras limpias y su casa recién pintada.

El dueño de casa recibe a sus visitantes cuando éstos entran, y al despedirse les acompaña hasta la puerta llevándoles su bastón y su sombrero. Si uno es especialmente bienvenido, o si la visita se considera como un honor, el anfitrión lo acompaña por todo el corredor hasta la puerta de la calle, y debe uno considerarse feliz si logra hacer el saludo final y dice el último ¡Adiós Señor mío! porque no importa cuántas veces lo repita, Don Fulano considera un baldón a la etiqueta si no dice él la última palabra al despedirse. Yo experimenté esto a menudo y declaro que jamás pude ganar una victoria verbal a mis anfitriones.

Las residencias de las clases más acomodadas son limpias y frescas, tienen preciosos jardines en la parte posterior adornados con bonitas flores y con pájaros en jaulas de madera. La floricultura no es práctica, por lo general, y en las tierras altas uno rara vez se encuentra con flores silvestres del tamaño y belleza que debe esperarse en los trópicos. La Naturaleza parece haber reservado sus colores más espléndidos para el plumaje de las aves y ha compensado así su ausencia en el reino de las flores. Los jacintos, las rosas, los claveles y las madreselvas, blancas y azules, se ven a menudo, y las últimas con frecuencia alcanzan tal frondosidad en estado silvestre, que ahogan e impiden el crecimiento del maíz, por él trepan y florecen.

Entre las aves de Tegucigalpa y sus alrededores, vi guacamayas, cardelinas, verdaderos de pecho moteado, cardenales, tordos amarillos de soberbio plumaje, loros y otras más. Algunas de éstas no son corrientes en las tierras templadas del interior, pero se traen desde sus nativos llanos de la costa. Hay también una muy bonita especie de zorzal anaranjado con pecho negro. (1) El ave del paraíso o una que mucho se le parece, se

(1) La "chorla".

encuentra en Guatemala y en Honduras y se le mata por la maravillosa belleza de sus plumas. Es el quetzal (*Trogon Resplendens*) y que en Honduras se llama a veces "paloma real" por su parecido a la paloma. Todo su cuerpo es de un color rojo pálido, la cabeza tiene un tono más oscuro y las alas de un verde metálico brillante. La cola de este espléndido pájaro tiene siete plumas, que alcanzan una longitud de poco más o menos tres pies. Un ejemplar, según supe, fue exhibido en la Exposición Universal de París en 1855 mas, con esa excepción creo que esta rara criatura no es conocida de los ornitólogos. Lo mismo puede decirse de muchos otros vistosos habitantes de los bosques del interior de la América Central.

El sistema de mezclar las sangres que se ha introducido en Honduras durante los últimos treinta años casi ha borrado la línea divisoria entre los blancos y los negros. Esto es, quizás, la mayor desgracia que ha podido sobrevenirle al país. La mezcla de los vástagos del negro, del blanco y del indio ha perpetuado en esa república una raza que recorre la gama de colores del chocolate al crema. Se puede ver en raras ocasiones un blanco entre los descendientes de las viejas familias aristocráticas de España que, celosamente, han evitado matrimonio con indios o con negros, pero estos casos son excepcionales y con el actual aumento numérico de las otras razas, pareciera que se contempla la exterminación eventual de la raza caucásica con un resignado desaliento.

Después de la Independencia, los blancos puros descubrieron entre los negros y las razas mezcladas un creciente recelo por su inteligencia superior. Estos últimos, sin embargo, vieron con satisfacción la caída del régimen español y el establecimiento de la república, con lo cual anticiparon una influencia inmediata de riqueza y tranquilidad y un cambio hacia lo mejor, no diferente del que perseguían los revolucionarios de Francia en 1848. El cambio repentino dio nacimiento a los partidos Liberal y Conservador; el primero abogaba por el establecimiento de una confederación de Estados Centroamericanos; y el último, compuesto por los restos de las viejas familias españolas, por el mantenimiento de gobiernos separados para los Estados. Tuvieron éstos la ayuda de los pequeños aspirantes al poder en las varias secciones y del Clero que, todopoderoso y confiando con la eficaz arma de la Iglesia, mantuvo en terror a las multitudes supersticiosas, determinado a sostener las pocas familias ricas del país, como el mejor aliado para mantener a la Iglesia en su poderío original. Los liberales, por lo general, han sido seguidos por las masas del pueblo llano, mientras que los conservadores o "serviles" como se les ha llamado, se han esforzado en

ganarse al pueblo, propiciando el aumento de las razas india y negra y excitándolas contra los blancos.

Estos problemas, causa real de las guerras interminables entre los Estados, se han agravado tanto últimamente que, dentro de pocos años, deben decidirse por uno o por otro partido. La serie de acontecimientos en Nicaragua, en donde se han enganchado aventureros norteamericanos en la causa liberal, está tal vez destinada a definir la cuestión de castas más rápidamente de lo que de otro modo podría haberse logrado en muchos años. Han ocurrido hechos en los dos últimos años que materialmente han alterado la situación de las cosas, y las familias que antes eran las más interesadas en reclutar negros e indios para sus feudos de muerte, ahora se hallan atemorizadas de que el creciente número de esos elementos las eclipse y las extermine, a menos que la entrada de gente de la raza más potente de los norteamericanos pueda contrarrestar el número creciente de los negros. Pocas familias han escapado a la mancha de la mezcla. En el Clero cada año se incorporan más negros y éstos ven con recelo no disimulado la inmigración o avance de los norteamericanos en cualquier parte de Centro América. Los sacerdotes de color hostilizan todo esfuerzo hecho por los liberales para estimular la inmigración de extranjeros.

Los grandes liberales del país han muerto, han sido asesinados o se gastaron en una lucha sin esperanza. Valle, Morazán, Bustillo, Barrundia y Molina murieron casi a la vista de la tierra prometida. Quedan ahora Cabañas, Cacho, Mejía y otros pocos más, cuyos esfuerzos por el restablecimiento del viejo partido liberal y la unión de los Estados Centroamericanos sobre la base del ideal morazanico han sido la causa de su persecución y expatriación.

Con la decadencia del partido liberal, la raza negra gradualmente está ganando terreno en Honduras. Ni siquiera se pueden conseguir sirvientes negros, porque su clase rehusa emplearse donde se requiere trabajo manual. En uno o dos casos los extranjeros llevaron sirvientes de color cuando fueron de viaje a aquel país, pero luego cayeron éstos en los hábitos indolentes de los negros que les rodeaban y se convirtieron en "caballeros", abandonando a sus patronos. El extranjero que tiene a su servicio un excelente sirviente de esa raza puede así, de repente, quedarse sin él, porque de simple Bob Long llegó a convertirse en Don Roberto Longorio, que se codea con muchos de los caballeros pardos que le rodean, siendo superior a casi todos ellos en inteligencia y, además, por haber viajado y ser extranjero. Y es más que probable que uno sepa, más tarde, que don

Roberto se refocila en las primeras mansiones de la ciudad. Hay, sin embargo, varias familias negras de gran responsabilidad, miembros de las cuales ocupan asiento en el Congreso Nacional. Precisamente fue uno de éstos el que, cuando el contrato para la construcción del Ferrocarril Interoceánico pasó a conocimiento del Senado, objetó todo el proyecto, aduciendo que la entrada al país de los norteamericanos sería la señal de la caída de la raza de color.

En cuanto a la salud y robustez de las personas, el nativo de Honduras, aunque por lo general de buenas carnes y bien formado, no está físicamente capacitado para soportar los efectos agobiantes del clima, como bajo las mismas circunstancias lo estaría un norteamericano. Esto proviene principalmente de la dieta de frutas y aguachirle de las clases más pobres, imposibilitadas para comprar carne, a excepción de los grandes distritos ganaderos de Olancho, en donde es el principal alimento. No obstante, son los soldados más pacientes y sufridos del mundo que, como en tiempos de Morazán, viajaban veinte leguas al día atravesando montañas y subsistiendo de plátanos cocidos. Los mensajeros y correos del país "trotan", en caites, veinte leguas diarias en todas las épocas. Yo encontré a menudo a estos hombres en los pasos solitarios de las sierras, con un pequeño malefín de cartas atado a sus espaldas moviéndolas rápidamente en una marcha entre paso ligero y carrera abierta. Son siempre robustos y bien desarrollados, debido a su constante ejercicio.

El sistema de correos-peatones data del tiempo de los primeros españoles. Un correo, sea particular o del gobierno, recorre el país sin ningún riesgo de ser aprehendido o de sufrir cualquier otro impedimento. Su oficio es casi sagrado y a quien lo estorbe se le tiene como ofensor del bienestar público. Prácticamente todos son honrados. No existe una sola constancia de que un correo-peatón haya robado a su empleador, o haya entregado a persona extraña las cartas que se le confiaron, a menos de que haya sido asaltado e interceptado por una fuerza del enemigo (1). En tales circunstancias tienen ellos métodos muy diestros para esconder los

despachos y documentos, que sólo ellos saben. Conocí un correo que salió de Tegucigalpa con correspondencia para Cojutepeque, El Salvador, que llevó a cabo su comisión y regresó con una respuesta, en cinco días. Es el único medio de posta en todo Centro América. Pero la mayor parte de la población de Honduras es descuidada e indolente, que no valora el tiempo y no hace ejercicio, a no ser montar a caballo y, en consecuencia, son flojos y débiles de constitución.

A pesar de la tranquilidad de la vida en cualquier ciudad de Honduras, para un extranjero siempre hay algo de que gozar. En la mesa, mi asiento había sido colocado cerca de una ventana enrejada, a nivel de la calle y, de repente, me volvía a oír una conversación formal y un resuello contenido cerca de mí. La ventana estaba bloqueada por rostros morenos, rojos y negros escuchando anhelantes al "extranjero" y comentando entre sí todos mis movimientos. Varias veces reí sin reserva cuando los pequeños gandules celebraban nuestras ocurrencias con un grito de alegría y metiendo sus narices, cual monitos, a través de los barrotes de la ventana. Pero estas escenas se vuelven rutinarias y pierden interés a las pocas semanas. Las brisas ondulantes y balsámicas del campo pronto sacian el apetito de un norteamericano. La eterna calma, las calles vacías que desconocen desde los días de Alvarado el ruido de una carreta, la creciente hierba en las cunetas empedradas, los altos muros de adobe y los tranquilos jardines, el repique lento de las campanas en las iglesias llamando a misa, la mirada cabizbaja de los peatones o la indiferente del tendero sentado indolentemente en su mostrador mientras uno pasa, y la total falta de estímulo, antes de mucho tiempo debía aburrir a un hombre como yo, cuyo ánimo estaba acostumbrado al ímpetu precipitado de los acontecimientos de California y al trajín febril de Broadway.

(1) A fines del siglo pasado los hondureños todavía gozábamos de esta honrosa fama: "Hay numerosos individuos del pueblo, que se dedican a servir de correos libres, sin estar sujetos a matrícula ni inscripción y a quienes puede confiarse cualquier cantidad para transportarla a cualquier distancia, y hasta hoy no se ha dado el caso de que el correo se le haya apropiado o que haya sido robado en el camino, porque aquí no hay salteadores." V. *Breves noticias sobre Honduras, por M. Lemus y H. G. Bourgeois*. Tegucigalpa, 1897, p. 35

Preparativos de viaje.—Caballeros.—El Puente.—Escenas en el río.—Modales en público.—El juego.—Mendicidad.—Sastrería.—Cabañas a caballo.—Una visita al Cuartel.—Academia Literaria de Tegucigalpa.—Un examen.—Baile en la alta sociedad.—Un bautizo.—Una visita al Cuño.—Una guerrilla en Honduras.—Pescando en el Río Grande.—Encuentro con un norteamericano.—Arquitectura.—Mobiliario.—Las mujeres de Honduras.—Cambiano elogios.—Diversiones públicas.—
Juego de gallos.

Los preparativos de un viaje en Honduras se atienden con todas las ceremonias de los viejos tiempos. El asunto se discute por una semana y el novato, después de saber que la proyectada partida será la mañana siguiente, ve al supuesto viajero una semana después vagando todavía por las calles o meciéndose tranquilamente en su hamaca, y al fin se convence que proponer y hacer son cosas enteramente diferentes en Centro América. Una persona que tenga intención de viajar a un lugar distante del país frecuentemente demorará su salida varias semanas por cualquier cuestión insignificante, como un "día de fiesta" o por esperar a un amigo que le acompañe en el camino.

Varios salvadoreños dispusieron salir cierto día para San Miguel y deseando yo enviar allá varias cartas, me apresuré a escribirlas y sellarlas a la hora debida, para entregarlas al animado grupo, cuyos movimientos indicaban que saldrían temprano a la mañana siguiente. Dejé mi paquete y cambié un formal "adiós" con todos ellos; mas, al día siguiente los encontré platicando indiferentes en diversas "tiendas" de la ciudad. Cuatro semanas después decidieron por fin salir, habiendo ocupado el interin en hablar sobre el probable estado del camino, la última revolución y el tiempo.

Una mañana muy temprano, cuando regresaba de tomar un baño refrescante en el río, observé que había un movimiento inusitado en la "Calle de la Concepción", (1) y al aproximarme ví a mis amigos ya montados y listos para emprender su viaje. En la puerta de un tienda estaba el canoso don P ., viendo el cortejo. Un grupo de holgazanes, atraídos por el ruido de las pisadas de las cabalgaduras en los empedrados, se pusieron en todas las actitudes a contemplar la escena de los preparativos. Una docena de mujeres vestidas con trajes ligeros y cubiertas con "mantillas", atisbaban ansiosamente desde las ventanas circunvecinas y cambiaban silenciosos adioses con los amigos

(1) Debe ser la misma que actualmente se conoce con el nombre de Calle Real o segunda avenida de Comayagüela

o novios que partían. Las estrechas aceras se hallaban repletas de personas conocidas, casi todas fumando sus cigarros y en marcado contraste con una escena similar entre franceses, donde el ruido hubiera sido ensordecedor. Aquí todo era sosegado y apacible. Había ocho caballeros, cada uno montando una andadora, que valdría por lo menos \$ 150.00. Los arreos eran de plata y varias bridas y gamarrones tenían de adorno chapas de plata virgen martillada, sostenidas por correas de cuero. Cada quien, al montar, lo que hacía de un solo impulso y con la mayor gracia, se pavoneaba por la calle un momento par demostrar el brío de su animal; inclinarse ante las damitas; luego se colocaba su "sarape" ceñidamente alrededor del cuerpo pero sacando una mano cerca del pecho para permitirse el libre uso del cigarro encendido, uniéndose después al grupo de los demás jinetes.

No hay gente que monte a caballo mejor que los hondureños; obligan a una mula a andar con paso gracioso y agradable, cuando un novato apenas sería capaz de hacer que la bestia lo llevara sin provocar una carajada general. Cada jinete tiene su sirviente de viaje, que monta en un "macho" fuerte y sigue a su amo cual otro Sancho Panza. Cerca de una hora transcurrió en el cambio de saludos y de frases de "buen viaje", cuando a la voz de un joven enérgico y vivaz, al parecer el jefe del grupo, salieron todos despacio fuera de la ciudad, cada uno empeñado en exhibir algún rasgo peculiar de su equitación, en el cual el sable brillante o la funda adornada de plata de la pistola, se veían parcialmente, protegidos en los pliegues del sarape. Bailar y montar bien a caballo es parte de la educación en Centro América; no sobresalir en ambos deportes es la excepción a la regla.

El panorama que se contempla desde el puente que cruza el Río Grande, es interesante para un extranjero. Desde allí se puede ver un poco de la vista de Tegucigalpa. La mayor parte de las frutas y provisiones de las montañas circundantes y de los llanos ba-

jos más allá de Comayagüela, es traída a la ciudad por este puente. El puente tiene diez arcos y sobre él hay una calzada de cuatro varas de ancho y cien de largo. Está construido de arenisca, que se trabaja fácilmente y se endurece cuando se expone al aire. La balaustrada, que tiene cuatro pies de alto, es de piedra tallada (1). Toda la estructura es sólida y decididamente hispana. Se levanta a cuarenta pies sobre el lecho del río y es de suficiente resistencia para admitir el paso de un tren de carretas.

Generalmente sopla una brisa fresca que llega desde las montañas que dominan el valle. Abajo, las aguas están animadas con los bañistas, tanto en la mañana como en la tarde, gritando y sumergiéndose en las ondas; algunos llegan con mulas para bañarlas y darles agua o meten sus caballos a las partes más hondas y nadan montados en los lomos de los animales. Aquí una multitud de chiquillos se tira en la rápida corriente como si fueran de las islas Sandwich; allá un viejo decrepito, que más parece mandríl que un ser humano, acuchillado en una piedra, pausadamente se echa agua con un huacal. En media milla hacia abajo del puente la mirada se encuentra con grupos de bañistas, de ambos sexos, lanzándose en las espumas, combinando sus gritos alegres con el ruido murmurante de las aguas.

La rara presencia de un extranjero en Tegucigalpa hace de éste objeto de especulación y notoriedad mientras cruza por las calles. Contestar los numerosos saludos y los "Buenos días, caballero" es, para un norteamericano, fastidioso y al mismo tiempo entretenido. Costumbres que en cualquiera otra parte del mundo se calificarían como impertinentes, aquí son hábitos corrientes del lugar y deben pasarse por alto. La gente tiene la costumbre de pararse cerca cuando uno está conversando con un amigo a fin de escuchar, de buena fé, sus palabras. En varias ocasiones, cuando yo intentaba mirar fijamente a los entrometidos para advertirles de su impropia actitud y requería de mí mismo todo mi "hauteur" para la ocasión, les veía, más, bien, lisonjeados al notarlo y tal vez sonriéndose con íntima satisfacción. Estaba en su manera de ser, pensaba yo, y de ahí que no intentaba privar a estos holgazanes callejeros de esta su prerrogativa, consagrada por el tiempo. Aislados del mundo y con escasas noticias del exterior, cualquier pequeña información se considera por ellos como de propiedad pública.

Los habitantes, aparte de los miembros dignos y en extremo corteses de las viejas y ricas familias, muestran una extraña combi-

(1) El puente Mallol, tal como Wells lo conoció, se aprecia bastante bien en las magníficas ilustraciones que enriquecen el Primer Anuario Estadístico por el Dr. Antonio R. Vallejo Tegucigalpa, 1893, pp. 41 y 44

nación de urbanidad, sencillez, sutileza y desfachatez y, sobre todo, una indescriptible indiferencia en sus rostros, que confunde al extranjero hasta que a éste, por fuerza de la costumbre, se le hace familiar; se paran a espiar dentro de las ventanas para escudriñar a uno en el acto de vestirse, y al encontrarse con los ojos de uno, se vuelven y hacen una reverencia digna de un Chesterfield; ponen sus hogares y todo lo de ellos a nuestra "disposición", pero están prestos a redondear al siguiente día cualquier negocio leonino a costillas de uno; y así hasta el fin. Como todos los españoles o mestizos españoles, son grandes tahures, y si muchos se han arruinado por este vicio, pocos escapan de su influencia. Esto les viene de sus ancestros; y en relación con los hábitos de pereza en un gran sector de la clase media, debemos estar menos dispuestos para censurarlos, por el hecho de que las frecuentes revoluciones destruyen todo estímulo de mejorar la agricultura y no habiendo entretenimiento público alguno, es verdaderamente natural que caigan en la tahurería, que es uno de los pocos pasatiempos en el país. A menudo ví hombres descamisados quienes me fueron señalados como víctimas de este vicio, hombres que en otros tiempos se hallaban catalogados entre los más ricos de la vecindad. En descargo de Honduras debemos decir que el juego que se lleva a cabo allí no es una pizca más del que se practica en las otras repúblicas de Centro América.

Hay un salón de billares muy bien dispuesto en una de las calles principales de la ciudad, pero no ví que los jugadores desplegaran en ningún caso alguna habilidad o conocimiento.

Abundan los mendigos. Los extranjeros son los principales objetos de su ataque. "Por el amor de Dios" dicen en un tono lastimero en los oídos de uno cuando menos lo espera. Tienen licencia para dedicarse a su oficio los sábados, aunque no limitan sus peticiones a solo ese día. En el "día de pedir limosna", uno se ve constantemente asediado por el cojo, el manco, o el ciego, y en una ocasión me sorprendí al ver entrar dos soldados conduciendo esposado un prisionero, a quien se le había permitido este método para mejorar su condición. Sus guardias, seguramente, dividían con él las ganancias del día.

Otro método es el de la vieja que entra en la casa de alguien y se sienta en una esquina después de haber colocado tranquilamente un paquete de cigarrillos de papel en la mesa. Si alguien tiene inclinación caritativa, toma los cigarrillos y le paga a la peticionaria lo que él guste; si nó, después de esperar cinco o diez minutos en vano, sin proferir palabra alguna, la visitante toma su

paquete y se marcha. Tales son los recursos a que echan mano las mujeres reducidas por la mala suerte a un estado de penuria.

Hay otro método, igualmente ingenioso, pero más pasadero. Mientras me hallaba sentado a la sombra de unos árboles del paseo de Comayagüela conversando con unos amigos, una chica casi desnuda salió corriendo de una casita de la vecindad y me dió un ramo de flores. Complacido por el regalo, le rendí las gracias, mas no teniendo reales para darle en ese momento, no pude retribuirle su gentileza y olvidé el asunto. Al día siguiente mientras caminaba yo por el puente con el señor L , un sujeto adulón se nos aproximó, y tendiendo la mano, al mismo tiempo se inclinaba y murmuraba varios cumplidos. Era tan inoportuno, que L . un poco duramente le ordenó que se retirara.

El hombre se hizo a un lado y advirtió, mientras lo hacía, que él era el padre de la chica que me había obsequiado las flores el día anterior.

Para dar una muestra del poco valor que se le otorga al factor tiempo en Honduras, va ésta: pocos días después de mi arribo a Tegucigalpa, necesitaba de ropa ligera y llamé a un sastre. Llegó un hombre gordo, sonriente, muy cortés, sombrero en mano, y me tomó las medidas prometiéndome que tendría el traje al siguiente día. Me dejaba chico en materia de cortesía, y retrocediendo, saludando y sonriéndose, salió de la casa. Durante una semana lo encontré todos los días en la calle, y una vez, durante ese lapso, vino donde el señor Lozano a tocarnos varios sonos animados en la guitarra. Pasaron diez días y siempre había una excusa para no aparecer con los trajes. Como uno tiene que comprar la tela antes de entregársela al sastre, empecé a sentirme molesto en cuanto al desembolso que había hecho, y me aventuré a consultárselo a don José María. "Oh!, eso no es nada", me dijo, "yo he tenido que esperar a veces un mes por un saco; aquí nunca nos apresuramos en Tegucigalpa; hasta el Presidente se somete a la voluntad del zapatero y del sastre". Al décimo quinto día y ya cuando empezaba yo a desesperar, mandé a mi muchacho a la casa del sastre, quien los prometió fielmente para el día siguiente y habiendo vuelto a mandar por ellos, una semana después, pude al fin usar mis trajes. Naturalmente que estos fueron los últimos que por razones obvias, mandé a hacer en el país.

En una ocasión se me despertó temprano y se me entregó un mensaje de la Casa del Gobierno, mensaje en el cual se me invitaba a que me uniera a un grupo de caballeros entre quienes estaba el señor Presidente, para dar un paseo a caballo. Fui y regresa-

mos después de una hora de andar por los alrededores más interesantes. Entonces tuve la oportunidad de observar la donairosa habilidad ecuestre del General Cabañas. Se sienta firme y cómodamente en la silla, y hay en el venerable soldado un aire de auténtica dignidad que, en un teatro de acción menos remoto, atraería instantáneamente la atención. Entramos en el cuartel, donde el comandante de la plaza se aloja. El centinela, repalingado, asumió una postura erecta y presentó armas cuando pasábamos. En la entrada había varias filas de mosquetes brillantemente pulidos, de fabricación inglesa; estas fueron, en verdad, casi todas las armas que ví en uso público en Centro América. Todas tenían piedras de chispa y bayonetas.

La mayoría de los soldados son hombres fuertes, visten un sencillo uniforme de dril blanco, con rayas rojas en los pantalones. Todos los que ví en esta ocasión estaban descalzos. Algunos se hallaban durmiendo en rústicas bancas de madera en el patio, otros jugaban, bebían, o compraban una especie de dulces de panela y coco a una vieja que los llevaba en una canasta. Se levantaron y corrieron a presentar armas cuando entró el viejo General. En un cuarto interior vimos alrededor de cuarenta mosquetes, la mayoría de desecho, varias cajas de parque y una vieja pieza de artillería calibre de tres pulgadas y montada en una cureña de pesadas ruedas. Se nos mostró con orgullo un obús de los seis vendidos al gobierno por la Compañía del Ferrocarril, y unos pocos rifles. Ninguna de estas armas había sido usada en las batallas del país, porque sólo había un hombre en el ejército que sabía el uso de la artillería y él se negaba a hacer funcionar el obús, debido a su gran calibre y al consiguiente peligro de que estallara! Al regresar a la casa, Cabañas me enseñó un rifle Sharp que le obsequiara Mr. Edwards.

Entre otras invitaciones que recibí, estaba una para presenciar el examen de un estudiante, candidato al Bachillerato, en La Academia Literaria de Tegucigalpa, institución que se organizó hace algunos años bajo los auspicios del General Cabañas (1) Habría también un baile, por la noche, en honor del graduado, en la casa de su padre, uno de los ciudadanos más ricos de la ciudad y que residía en las vecindades de la Plaza de la Parroquia. El nombre del joven aspirante era Juan Venancio Lardizabal.

(1) La Academia Literaria de Tegucigalpa, que había sido fundada el 14 de Diciembre de 1845 con el nombre de Sociedad del Genio Emprendedor y del Buen Gusto por los beneméritos Yanuario Jirón, Máximo Soto, Miguel Antonio Rovelo y Alejandro Flores, bajo la dirección y consejo del P. Reyes, se convirtió en Academia o Universidad del Estado de Honduras gobernando D. Juan Lindo: V. R. Rosa, Biografía de José Trinidad Reyes Tegucigalpa, 1905, pp. 24 a 26; y los "Estatutos de la Academia Literaria o Universidad del Estado de Honduras" decretados por el Gobierno, el 10 de Noviembre de 1849 y aprobados por la Cámara en 2 de Julio de 1850 Tegucigalpa, Imprenta de la Academia, 1850"

A las cinco de la tarde, en unión de varios amigos, todos en traje de etiqueta para la ocasión, llegué a la Universidad, situada en la Plaza de Santo Domingo (1) en donde ya estaban congregados varios amigos de la familia, quienes, al parecer, tenían vivo interés por el éxito del candidato. La muchedumbre era de tantos colores, desde el blanco recorriendo la gama, hasta el negro; todos habían depositado afuera sus sombreros y entrado a la sala de exámenes, local de 50 por 40 pies, lleno de pupitres y adornado con cuadros históricos. En el extremo superior se hallaba instalada una plataforma, en la que había sillas y mesas, estas últimas cubiertas con tapices rojos y con libros y materiales para escribir. Bajo un dosel de seda, o de damasco, se hallaban sentados el Presidente Cabañas, su Ministro de Hacienda Cacho y los Padres Reyes y Matute (2) estos últimos figuras literarias notables del país. Los padres Reyes y Matute eran los réplicas en el examen, pero en realidad, estaba dirigido por varios Bachilleres egresados de la Universidad, cuyo deber, al parecer, era el de confundir al candidato con preguntas abstrusas sobre metafísica, filosofía y religión. En una especie de púlpito se hallaba sentado Don Máximo Soto (3) joven abogado de gran porvenir, que se suponía ser el "padrino" del candidato y quien tenía el privilegio de contestar por él las preguntas más difíciles. El auditorio ocupaba los lados y los pasillos de la sala y los alumnos de la institución, que llegaban a unos treinta, integraban el cuerpo universitario. Detrás de la silla del Presidente se veía un cuadro burdo representando a un estudiante subiéndose las gradas del Templo del Saber y de la Fama, en el cual estaba Minerva ofreciéndole un paquete de libros! El fondo del cuadro era algo indistinto, algo así como nubes de gloria y rayos de luz cayendo sobre la cabeza de la diosa. Era obra de uno de los alumnos de la Universidad. El examen duró cerca de una hora siendo dirigido, por turno, por los graduados. Cuando el Padre Reyes sonaba su campanilla, significaba que estaba satisfecho y que el próximo graduado podía comenzar a hacer sus preguntas. Ninguna se hizo en las ramas comunes de la educación. Si el estudiante estaba satisfactoriamente bien en sus conocimientos religiosos, no era sometido a muchas disciplinas intrincadas. En esta Academia recibían su educación muchos de los futuros sacerdotes de Honduras. Al final de cada serie de pre-

guntas los concurrentes aplaudían y, por último, se distribuyeron papeletas a cada examinador, para que las depositaran en una urna, y después de contarse, el Padre Reyes declaró al joven, graduado de la Universidad, en medio de fuertes "vivas" y aplausos.

Esta Academia (que ocupaba antes una parte del viejo convento de San Francisco, construido en 1574) (1) fue fundada en 1847. Se sostiene con los ingresos de un impuesto especial y con las contribuciones de particulares (2). Es la primera, y con la excepción de una recientemente establecida en Comayagua, la única en la república. Los estudiantes están divididos en seis clases. Se halla bajo la dirección de la iglesia, que ejerce la hegemonía en materia educacional. Casi todos los estudiantes son candidatos al sacerdocio.

Terminado el examen, el acompañamiento formó en procesión y se encaminó hacia la Plaza, donde, a la puerta de la casa del señor Lardizábal, vimos que este caballero se hallaba en la espera de nuestra llegada. Es costumbre en tales ocasiones que el dueño de la casa permanezca en la puerta dando la bienvenida a sus invitados, uno por uno, mientras van llegando. Me aproveché de mi carta de presentación para ver y comprobar a qué extensión los habitantes de esta apartada y pequeña ciudad montañosa habían llevado el arte de las reuniones sociales. Yo tenía conocimiento de que este iba a ser un asunto exclusivo y extraordinario, y prototipo de las maneras más elegantes de Tegucigalpa. Entramos por un corredor amplio y fuimos conducidos a la sala de los Lardizábal, que se hallaba brillantemente iluminada. La sala estaba pavimentada, como es usual, con ladrillo cuadrado, y los cielos y las paredes se hallaban hermosamente pintados como los de las mejores residencias de La Habana. Guirnaldas de cintas y flecos de papelillo de color, como los que se ven en las tiendas de confituras de Nueva York durante el verano, colgaban alrededor del salón, mostrando la habilidad de las damitas de la casa que, evidentemente, se vanagloriaban de su gusto en estas cuestiones. Cuando entramos, al lado izquierdo se hallaban sentadas cerca de doce señoritas de la aristocracia, la mayoría de ellas hermosas, unas pocas bonitas, y todas, al parecer, muy graciosas.

(1) El convento de San Francisco de Tegucigalpa, que por muchísimos años se intituló de San Diego, fue fundado hacia 1592. V. la Crónica del Santísimo Nombre de Jesús de Guatemala, por el P. Fr. Francisco Vázquez Segunda edición, Guatemala, 1937, Lib. segundo, Cap. vigésimo segundo.

(2) El decreto de 19 de Marzo de 1846 declara amigos de la Ilustración del país a "los que sirvan gratis los destinos de Rector y Catedráticos, y a los que contribuyan con dinero u otros recursos al progreso de la Academia Literaria de Tegucigalpa".

Las dos tercias partes del producto del censo territorial se aplicaban al sostenimiento de determinados alumnos que se educaban en la Academia, según decreto de 12 de Abril de 1847. Dos años después se estableció a favor de la Academia una manda forzosa para todas las personas que testasen. V. Estatutos citados.

(1) El autor fue mal informado. Nunca ha habido plaza de Santo Domingo en Tegucigalpa. La Universidad se instaló solemnemente el 19 de Septiembre de 1847 en el antiguo convento de San Francisco, del cual tomó el nombre la plaza que tiene en frente.

(2) Se refiere al Dr. Hipólito Matute, médico. Fue Rector de la naciente Universidad.

(3) Médico y Abogado, natural de Tegucigalpa, uno de los fundadores de nuestra Universidad y padre del Dr. Marco Amelio Soto. Falleció en Guatemala a principios de 1871, donde fue Decano del Cuerpo Diplomático como representante diplomático de Honduras.

Se quedaban sentadas cuando los visitantes entraban, pero correspondían gentilmente a los saludos de todos. T ayudaba en el cumplimiento de las un tanto ridículas formalidades. En el centro de la sala había una mesa con dulces, vinos, chocolates y debidas frías y del cielo raso colgaba una araña de luces, que había sido prestada, especialmente para el acto, de un vecino acomodado que la había traído de Trujillo. Terminada la ceremonia de las presentaciones, los caballeros se agruparon a un lado y las damas a otro, y, desde ese momento hasta que principió el baile, hubo una estricta separación de sexos. Cada grupo mantenía entre sí animada conversación, entremezclada con sonoras carcajadas y el único medio de comunicación entre ambos grupos era por telégrafo ocular, y los instrumentos: los abanicos y los ojos relucientes. Se repartieron cigarrillos y puros, con los cuales se había formado una pirámide en el centro de la mesa. Los cigarrillos de papel eran preferidos por las damas, quienes los sostenían entre los dedos preciosos mientras los fumaban; ni una lan sola vez lo romántico del acto se afeó con una expectoración.

Después de media hora de estar así, el dueño de la casa, actuando como su propio sirviente en unión de varios miembros de su familia, con bandejas de plata llenas de copas de champaña obsequiaba a la concurrencia, costumbre ésta que siempre es preferida a la inconveniencia de emplear sirvientes, cuyos pies descalzos y sus maneras torpes, desdoraban de seguro la brillantez de toda reunión. Como es común cuando de champaña se trata, la detonación al descorchar unida a la charla, convirtió luego la sala en un barullo. La señora R. z fue invitada por numerosos admiradores para que cantara. Un señor barrigón, estrafalaríamente vestido, cogió una guitarra, se sentó frente a la dama y después de unos punteos preliminares, comenzó el canto.

Este era el mejor que hasta entonces había yo oído en el país, pero siempre con el tono lento peculiar de las voces de los cantantes centroamericanos. La tendencia de los hispano-americanos a lo sentimental traspasa los límites de la melancolía, la mirada, el timbre todo es decididamente pesoso, desconsolado y triste. Nunca escuché una canción alegre en Centro América a no ser entre las gentes campesinas. Si esto se debe a la consiguiente depresión en que vive el Estado por los asuntos políticos, nunca pude saberlo. Hacía falta cultivar en todos los intentos musicales que había oído, hasta en los mejores. No faltaba gusto, pero para los extranjeros, el estilo es un tanto desagradable. La canción fue vivamente alabada y aplaudida como si fuera un concierto público, y todo el mundo vitoreó fuerte. Mientras tanto, la

muchedumbre de los descamisados atisbaba, sin cortapisas, a través de las rejas de las ventanas y se unía en los aplausos con requiebros claramente perceptibles, como: "¡Qué hermosa!". "¡Qué voz más pura!" y, de cuando en cuando, se oían gritos de aprobación. Esta actitud de pararse a las puertas y ventanas es aquí prerrogativa de las multitudes.

La esposa del General Morazán (1) tocó una selección de Linda en un piano Coulard & Coulard y cuando cesaron los aplausos, se despejó la sala para el baile. Ya para entonces las aprehensiones del principio empezaron a desaparecer ante los efectos del champaña, y el Padre Ugarte (2) "hombrecillo de Dios, rechoncho, gordo y zalamero", se sentó al piano y toda la concurrencia se dio luego a ese placer que para la raza hispana constituye una segunda naturaleza: la danza.

Si las formalidades de la conversación habían impartido un estiramiento a la escena hasta estos momentos, cierto es que nunca ví una multitud más alegre confundéndose en los remolinos del animado vals. Es muy raro encontrar entre las muchachas centroamericanas alguna que sea indiferente al baile. Por lo general son todas sueltas, naturales y flexibles en sus movimientos, danzan con un garbo augusto, majestuoso pero a la vez animado, sin la menor tendencia al salto. Los hombres, con pocas excepciones, también bailan bien. Siguiéron después los cotillones y, en realidad, todos los demás bailes de moda excepto las polkas, que aún no habían llegado al país.

Durante la noche varias veces fui agradablemente sorprendido al escuchar varios vales del día, brillantemente ejecutados por las damas. El único maestro de música en Tegucigalpa es un alemán, sumamente estimado por sus alumnos. A medianoche, cuando el baile decayó y las formalidades llegaron a demostraciones afectuosas debido al efecto de los refrescos en varios de los caballeros más entusiastas, dejamos a nuestro digno anfitrión, a su señora, y a los dignatarios nacionales allí presentes. Ya lo más granado de la concurrencia se había retirado. Tarde de la noche llegó una banda de músicos, y como el cielo estaba estrellado, anduvo hasta el amanecer por las calles, inquietando a todos los perros de la ciudad

(1) Parece que se refiere a Dña. Carmen Venerio, esposa de D. Francisco Morazán hijo, a quien Wells llama General. Pero no se puede excluir la posibilidad de que por aquellos días se encontrara en Tegucigalpa Dña. María Josefa Lastiri, viuda del General Francisco Morazán, y pariente de los Landizábal.

(2) El Padre Simeón Ugarte pertenecía a una familia de músicos, en la que sobresalieron sus hermanos Miguel y Felipe. Fue Secretario de la Universidad en 1853. Siendo Cura de Ojojona falleció en Tegucigalpa a fines de Abril de 1875. V. Apuntes por D. Manuel Ugarte, inéditos en poder de D. Manuel Díaz Ugarte.

dormida con la estridencia de sus instrumentos de latón.

El bautismo es ceremonia de las más importantes de la iglesia. Varios se llevaron a cabo mientras permanecí en Tegucigalpa, habiendo estado presente en unos pocos. El cura, preparado con uno o dos días de anticipación, hace decorar la iglesia, bajo su dirección, y el día de bautismo aparece la madre rodeada de todos sus amigos. Cuando la comitiva atraviesa los sagrados portales, comienza un canto acompañado de clarinetes, violines y del asmático órgano del templo. Generalmente acude una muchedumbre a observar la procesión, y otros a congratular a la madre. Después de efectuada la ceremonia se echan a vuelo las campanas por espacio de unos cinco minutos, los sacerdotes elevan sus voces, la banda de música redobla sus esfuerzos y varios muchachos, que ansiosamente han estado en espera de la señal, le prenden fuego a una doble carrera de bombas tendida frente al atrio de la iglesia. Mientras el estallido de las bombas así lo pregona la muchedumbre se adelanta, grita y salta incesantemente evadiendo los detonantes torpedos. El gasto en pólvora depende de la riqueza e importancia del chico que recibe las aguas bautismales. El resto del día se dedica a festejos.

El Cuño de Tegucigalpa (1) es una demostración del régimen de terror que en administraciones sucesivas ha esterilizado la prosperidad de Honduras. Mi viejo amigo Don José Ferrari (2) italiano naturalizado, es el Director. A invitación suya visité el establecimiento, el cual ocupa una parte del edificio del cuartel (3). La maquinaria es sencilla y tosca, que consiste en un tornillo fijo el troquel de la moneda que se va a fabricar. Una barra horizontal pasa a través de la parte superior, formando dos brazos como barras de cabrestante. Dos negros operan alternativamente esta pieza del mecanismo, saliendo cada vez una moneda de

cobre, cuyo valor es de un centavo. El cordoncillo de las monedas se hace, igualmente, por un procedimiento sencillo. La sala estaba desaliñada, obscura y silenciosa; las paredes cubiertas con telas de araña y negras de sucio. En una mesa cercana al troquelador había un montón de varios centenares de brillantes piezas de cobre en las cuales, como me informó Don José, había una considerable cantidad de plata, cuyo porcentaje exacto estaba prohibido divulgar.

En un cuarto contiguo se veían los restos de una costosa máquina de amonedar, de fabricación inglesa, pedida durante la administración del General Morazán. En medio de las revueltas del país, el tren de mulas que la conducía de Omoa a Tegucigalpa fue asaltado por el enemigo y la maquinaria quedó tirada en el camino, en donde por varios meses quedó a la intemperie. Varios años después fue traída al lugar de su destino, pero ya totalmente inservible. El material se hallaba amontonado en una inextricable confusión; algunas de las calderas de cobre están llenas con grasa y otras fueron fundidas para hacer monedas. El señor Ferrari lamentaba ésto, pero con prudencia se abstenía de denunciar a ciertas personas en estos días revolucionarios. "¡Ah!, me decía, "¡yo bien recuerdo cuando esta máquina llegó a Omoa, Ud. hubiera podido rasurarse viéndose en ella, porque venía divinamente pulida!". Ahora no es nada más que un montón de hierro viejo y oxidado, tirado en las esquinas oscuras del edificio, cubierto de basura y telas de arañas y propicio nada más que para escondrijo de animales venenosos.

El propósito del General Morazán era acuñar con esta máquina todas las monedas que necesitara el país, y luego comprar todo el cobre en circulación, que en aquel tiempo no se había acumulado en tanta cantidad como ahora. A cada paso el foráneo oye de un acto encomiable de Morazán. Con su muerte en Costa Rica, Centro América ha venido decayendo gradualmente, hasta que se convierta en el futuro próximo en una herencia para los extranjeros. Parte de esta maquinaria está todavía en Omoa. El señor Ferrari me mostró, con gran orgullo, una colección de libros que guardó para sí y para su hijo que, según me dijo, fueron los primeros que se usaron en el establecimiento. Cerca de \$ 10.000.— en cobre se amonedaba anualmente en el Cuño de Tegucigalpa.

Quando estaba ahí, fui presentado al famoso Coronel Rubí, cuyas hazañas de guerrillero le habían convertido en el terror de los guatemaltecos. Vestía uniforme de oficial, su semblante era gentil casi triste, pero su boca tenía una expresión de determinación y valor frío, que no se ve a menudo en

(1) El año de 1822 D Juan Lindo trajo de México a Tegucigalpa un cuño para amonedar reales y medios en moneda cortada; la acuñación se hizo en el convento de San Francisco, pero fue abandonada porque hubo muchas falsificaciones. En 1829 el General Morazán remitió a Tegucigalpa, desde Guatemala, un cuño para amonedar piezas de a dos reales, reales, y medio, en moneda redonda, llevando en el anverso un árbol, y en el reverso el sol. También envió Morazán a un Coronel Florite para que manejara el cuño. V Historia de la moneda en Honduras por D José Esteban Lazo, incluida en el tomo I de Honduras Literaria, por el Dr R E Durón Tegucigalpa, 1896, p 635

(2) D José Ferrari, natural de Ragusa, Italia, casado con Dña Mariana Agüero, de quienes descienden todos los Ferraris de Honduras. Con varios notables de Tegucigalpa, a fines de 1841, contribuyó para la fundación y sostenimiento de un establecimiento de enseñanza que ocupó el convento de San Francisco, donde se enseñaba Geografía, Aritmética, Gramática Castellana y Gramática Latina, escuela cuya inspección estuvo a cargo del Padre José Trinidad Reyes V R E Durón, Efemérides, en la Revista de la Universidad, t VI, p 628

(3) La Real Casa de Moneda, que después fue llamada Casa de Moneda o El Cuño, es el edificio más antiguo de la arquitectura civil de Tegucigalpa. Comenzó a construirse en 1784, pero sólo fue terminada la mitad oriental; la otra parte de la manzana aunque las paredes quedaron a mediana altura, no se concluyó hasta después de más de un siglo, durante la administración del Dr Policarpo Bonilla, el año de 1897. Durón, La Provincia de Tegucigalpa, pp 75 y ss; y Rosa, Biografía de José Trinidad Reyes, p 15

las facciones dulces de los centroamericanos. Era bajo de estatura, sus manos y pies, diminutos, podrían ser envidiados por una dama, y lo que es raro en este país, tenía los ojos azules y los cabellos rubios. Tenía, asimismo, una indescriptible expresión de crueldad en sus labios delgados. Habiendo fracasado una revolución que encabezó él en Guatemala, escapó a Honduras y se alistó bajo las órdenes de Cabañas, considerándolo el viejo General como su mejor oficial. Se le dió carta blanca, y con una especie de comisión ambulante en el país, generalmente hacía repentinas incursiones sobre el enemigo —que no sospechaba su presencia— y en las cuales resultaba victorioso. Su nombre era temido en las fronteras de Gracias. Con sus aventuras, perfectamente auténticas, se podría escribir un libro muy interesante. Se dice que Rubí ha jurado dar muerte a Carretera, el Presidente de Guatemala, por daños que éste le infringió a su familia hace algunos años.

En el mercado de Tegucigalpa a veces se encuentra muy buen pescado traído del Río Grande y de algunos de sus tributarios. Hay varias especies de truchas llamadas "mojarras", albures, y una que se asemeja a la perca y se llama "guapote". A poco más o menos tres leguas de la ciudad hay una laguna artificial, como de cuatrocientas yardas en cuadro y construída por los indígenas de Comayagüela para fines de irrigación (1). Allí fueron echados algunos peces y se multiplicaron tanto, que a los pocos años personas de Tegucigalpa iban allá para pescarlos. Existe una superstición entre los indios y es la de que tanto la laguna como sus habitantes de escamas estaban bajo la divina protección de su santo patrón. Bien contra su voluntad, los peces fueron cogidos y al siguiente verano vino una sequía terrible. Se envió una delegación a Tegucigalpa a pedir que se duplicara el número de peces en la laguna, y se encendieron por cuenta de la ciudad cien velas, a fin de aplacar la cólera del santo. El dinero se reunió por suscripción popular y la laguna fue repoblada con los peces traídos del Río Grande, en medio del regocijo de los comayagüelas. El río da una gran variedad de peces y en una ocasión decidí probar suerte.

En compañía de Santiago, uno de los sirvientes de Don José María, ví un lugar apropiado para la pesca, llamado La Piedra Grande a una milla de la ciudad. El río aquí corre dos grandes cerros arbolados y se empozaba, para salir después por su angosto cañón y lanzarse ruidosamente en una sucesión de espumosos rápidos. Unos trechos más abajo forma una poza profunda y quieta, en la que desde arriba se ven las burbujas produ-

cidas por el tumulto del fondo. La profundidad es de unos treinta pies y se conoce como El Pozo. La operación de pescar se reduce a poner cebo y lanzar el anzuelo, hallándose el pescador sentado en una roca o bajo la sombra acogedora de un frondoso árbol. En verdad, el arte de la pesca es poco conocido aquí y en todo Centro América. Hasta hace poco, los habitantes de la Bahía de La Virgen, Granada y Amapala, se habían casi privado de comer tan delicioso manjar como es el pescado fresco, por no darse la molestia de atraparlo.

A los pocos minutos estábamos en los barrios de la ciudad y llegamos a El Pozo, donde nos subimos sobre el cantil de unas piedras y echamos nuestros anzuelos, pero, por algún motivo desconocido nuestros esfuerzos no fueron compensados por el éxito. Santiago me dijo que los peces "picaban perfectamente en los días de fiesta", exageración religiosa que no intenté contradecir. Después de una hora de ensayar por más de veinte veces, en las cuales la carnada era arrebatada del anzuelo, aumentando con ello nuestra excitación, concluimos creyendo que los santos habían frustrado la pesca los días domingos, y enrollando nuestros hilos seguimos corriente arriba hasta un punto en donde, según se me dijo, ocurrió un milagro. Aquí la Virgen, se asegura, depositó la imagen de un santo, para el que luego se propuso la erección de un santuario.

El panorama era de aquellos que constantemente proporcionan delicia y embeleso al forastero. Una ribera limpia y hermosa a cada lado; el agua pura y clara; las márgenes flanqueadas con árboles de amate, guapinol, guajiniquil y varios otros; un brisa suave colocándose por entre las frondas; una muralla de esmeralda tropical limitando la vista a cada lado, en el cual "muchos seres emplumados se posaban dentro de la quietud" como únicos testigos de nuestra vagancia; luego el centelleo de los rápidos arriba, apenas visibles a través de las hojas, el solemne tañido de las campanas de las iglesias llevando débilmente por los aires, cruzando por los barrancos desde la ciudad y llevando nuestra imaginación hacia las capillas protestantes de Nueva Inglaterra con el tañido de las inquilinas de sus viejos campanarios. Honduras abunda en lugares quietos para la pesca.

Un día estaba yo sentado en mi hamaca leyendo la última "Gaceta de Guatemala", cuando una risa estrepitosa enteramente distinta a la risita sumisa de los centroamericanos acompañada de juramentos en un inglés impecable, me demostró que no era yo el único norteamericano en Tegucigalpa. Apenas tuve tiempo para llegar a la puerta, cuando una persona robusta me dio un fuer-

(1) La Laguna del Pescado? o la del Pedregal?

te apretión de manos y se me presentó como el Dr. W. "¡Santos cielos", dije, "otro Doctor! ¡Que Dios ampare a los enfermos!". Acaba-ba él de llegar de Comayagua y Omoa y es-taba ahora en camino a Nicaragua. Nos hi-cimos amigos inmediatamente y empezamos a cambiar noticias en nuestro idioma, para el deleite de Don José María, que nos miraba a uno y otro mientras conversábamos, ha-ciendo señas afirmativas con la cabeza a nuestras observaciones, de las cuales, natu-ralmente, él no entendía ni "jota", y cándi-damente se unía a nuestras carcajadas.

El Doctor había estado varios meses en el país y cuando se enteró de mi proyectado viaje a Olancho, me ofreció su compañía pa-ra que juntos lo realizáramos si yo lo espe-raba de su pronto regreso de Nicaragua. Desde hacía tiempo tenía él la intención de visitar la región del Guayape, que creía ser una de las más ricas del mundo. Mi amigo era uno de aquellos aventureros trotamun-dos que salía presto del bullicio de las gran-des ciudades para penetrar en tierras desco-nocidas y remotas. De ese modo había vi-sitado la mayor parte de las repúblicas sur-americanas sin otro propósito que el de ver el mundo, sufragando sus gastos con una ca-ja de remedios que, en manos de un extran-jero, es siempre el mejor pasaporte para con-quistar los favores de las buenas gentes. Me hizo desternillar de risa hasta ya noche, cuando me dejó, y nunca más volví a saber de él. Salió antes del amanecer para León, el siguiente día. Su vida entre los señores del país era una rica serie de aventuras risi-bles, en las cuales las mujeres, las reyertas, el "hace las de Doctor", el baile y las vicisi-tudes de la vida en las sierras estaban espon-táneamente entrelazados. Para un doctor americano, un buhonero, un artista del da-guerrotipo, difícil es internarse en un país aislado o llegar a un puerto, aunque sea re-tirado, al cual jamás ha echado ancla un barco comercial de Norte América.

Las ventanas con cristal son casi desco-nocidas en Honduras, y el calor del clima parece innecesario su empleo. En su lugar se usan rejas de hierro. El marco, formado como ironera de un fuerte, está biselado ha-cia el interior y por lo común embaldosado con piedra la parte superior y los lados repe-lados con mezcla y blanqueados. Los pisos de ladrillo cuando se barren y se lavan bien imparten un ambiente de frescura a los obs-curos cuartos, y al entrar uno a estos des-pués de un viaje por caminos polvosos y en medio del calor, siente que se halla encerra-do dentro de los seis lados de una caja de piedra. El maderamen, como las vigas y las tablas que se emplean en las construc-ciones de casas son aserrados a mano. El pino de las regiones montañosas es de grano parejo y se trabaja fácilmente. Los arma-

rios empotrados, los aparadores y demás muebles de esta clase raras veces se ven en las residencias particulares. Una dama ame-ricana que vaya a Honduras, lamentaría la falta de estas comodidades y en los pocos, pero espaciosos cuartos, apenas hay oportu-nidad de hallarse en privado.

El mobiliario excesivo que se emplea en nuestras viviendas estaría fuera de lugar y sin uso en Centro América. Los dormitorios se encuentran, por supuesto, en el piso bajo y en ellos los únicos artículos que se ven son la cama, una o dos sillas y, a veces, un guar-darropa. Pero en las casas de familias ricas donde viven varias mujeres, los cuartos es-tán más profusamente amueblados. La fal-ta de sirvientes activos y de suficiente gusto para conservar el mobiliario en orden, uni-do a la afición natural de la señora a ejecu-tar por sí misma los deberes de casa, con-tribuyen a mantener vigente el primitivo sis-tema de vivir. Se me aseveró que tanto en Honduras como en Nicaragua, el uso del cu-chillo y del tenedor no hace mucho que fue adoptado.

Creo que todo viajero en Centro América atestiguará el carácter generoso y el noble corazón de las mujeres. Hospitalarias, gen-tiles y sufridas, sobre ellas recae una gran parte del trabajo que se hace en los cinco es-tados. Alguien ha observado que bien pue-de decirse de la mujer centroamericana: "Crió, hizo tortillas y murió". Esto desde luego, no se aplica a las mujeres de familias acomodadas. Las mujeres de las clases po-bres son, de hecho, las esclavas en el país. En Tegucigalpa el agua que se emplea en los diarios menesteres es acarreada por ellas desde el río, de una distancia de cien pies, cuesta arriba, donde a menudo observé su afanosa marcha y su fatigada respiración. Con la excepción de la política y de la gue-rra que han arruinado a Centro América, las mujeres soportan la mayor parte de las car-gas de la vida, pero, alegres y felices, se hal-lan siempre conformes con su condición so-cial. No recuerdo jamás haber oído una pa-labra descompuesta o procaz de ninguna mujer en Honduras. Su índole es franca y alegre, y al extraño que llega cansado pron-to se le da la bienvenida en la mesa fami-liar. Yo siempre seguí la política, al llegar a una casa, de congraciarme con su dueña.

El cambio de cumplidos formales, reli-quia de la vieja España, está perdiéndose gradualmente. Todo el mundo es cortés, no sólo entre las más altas sino también entre las más bajas clases sociales. El más sucio vagabundo sin zapatos, emplea un lenguaje comedido cuando se dirige a uno y parece imbuído de un sentido innato de fineza. Los hombres más amanerados que yo he encon-trado en el mundo los ví entre las personas

educadas de Honduras. Sus caracteres más sobresalientes son una buena crianza, la urbanidad, y el deseo de ser agradables en reuniones. Las reyertas y disputas en la sociedad son casi desconocidas, y si una nueva persona llega a una reunión, todo el mundo se pone de pie y lo saluda.

Las anteriores no son observaciones generales basadas en unos pocos casos, sino que se aplican a lo que se conoce como alta sociedad en Honduras o, al menos, en Tegucigalpa. Una "reunión" de caballeros es una escena que se recordará como un contraste con las de turbulentas discusiones que frecuentemente tienen lugar en lo que se denomina sociedad pulida de comunidades que calificarían a sus vecinos tropicales de Honduras como semicivilizados.

Las diversiones públicas son casi desconocidas en Honduras. De oídas se conocen los teatros, los museos, las partidas de juego, las excursiones campestres, las partidas de caza, etc. Las funciones religiosas despiertan un entusiasmo de fervor ocasional, y luego la "cancha de gallos" se convierte en el verdadero centro de distracción. Este pasatiempo es pasión en el pueblo y una fuente de ingresos para el Gobierno (1). El privilegio de establecer una cancha durante ciertas festividades religiosas se otorga por las

autoridades al mejor postor y, llenadas las formalidades requeridas, la cancha se abre al público y un soldado descalzo hace de portero, cobrando dos reales de cobre por cabeza; los menores de edad no son admitidos, y el propietario de la gallera que admita a una persona de esta categoría se expone al pago de multa.

Los juegos de gallos comienzan con la Pascua (25 de Diciembre) y, por lo común, continúan hasta los últimos días de Marzo. Las reglas del juego se fijan en la puerta de la entrada y se designa un juez a "viva voce" para que decida en todas las peleas. Apuestas tan altas como \$ 1.000 se hacen a la pata de un gallo y el pueblo llega al más grande acaloramiento durante estas peleas.

Este deporte no es considerado ofensivo a la dignidad de los más altos funcionarios oficiales, y hasta a los curas en sotana se les puede ver apostando un puñado de pesos a una de las dos aves combatientes, o disputando vigorosamente con los más bulliciosos del grupo sobre los méritos de varios ejemplares en la cancha. Esta costumbre llegó con los primeros españoles y ningún pilluelo de nuestro país espera con tanta ansiedad el Día de Acción de Gracias o la Navidad, como los tegucigalpences el "tiempo de los gallos".

12

**Funcionarios morosos.—Visita a un cañaveral.—El Molino.—
Construcciones.—Destilería.—Ingenio.—La caña. — Frutas.—
Cazabe.—Yuca.—Cómo se fabrica el almidón.—Camotes.—
Chiles.—La Contrayerba.—Productos del departamento.—Una
comida en "El Sitio".—El Comején.—Diario de la Marina.—
Escena nocturna.—"Las tenderas".—Establecimientos comerciales.—
Modas.—Vestidos.—Las mujeres hondureñas.—Belleza
femenina.—Equitación.—Falta de educación. — Atuendo
infantil.—Asuntos políticos.—José Francisco Barrundia.—
Pena de muerte.—Seguridad en los viajes.**

Se nombraron dos comisionados para que consideraran mi petición al Gobierno, el Padre Reyes, sobresaliente político de Honduras, y el señor Vijil, bien conocido como adicto al partido conservador. Una vez entregados, por muchos días no volví a ver mis documentos. Su cometido les hubiera tomado tal vez dos horas, pero se trataba de latinoamericanos. Tenía yo mucha impaciencia por continuar mi viaje hacia Juticalpa.

(1) En acta de 10 de Febrero de 1843 la Municipalidad de Tegucigalpa, considerando "que el juego de gallos debe jugarse sólo en los días festivos; y que sin atender a esto lo permiten los rematantes en días de trabajo, en cuyos días dejan de trabajar los artesanos, acordó: que no se permita dicho juego sino en los días festivos y en los jueves"

Durante varios días visité a estos dos beneméritos para avivar mi gestión y nunca dejé de recordarles sus deberes. Varias veces los encontré holgazaneando ante el mostrador de una tienda, conversando muy serios con el "tendero", o envueltos en sus capas, abstraídos, silenciosos e imperturbables, fumando sendos cigarros. En dos ocasiones hallé al reverendo Padre jugando al "monte" en una pequeña casa de juegos y mostrando en su semblante más avidez de lo que yo le hubiera creído capaz (2). Siempre respondía

(2) Wells, quizás por antipatía, no es justo ni respetuoso con el Padre

a mis insinuaciones con una mirada de sorpresa hacia tal apresuramiento indecente, eminentemente antihispano y fuera de la rutina ordinaria de los negocios. Cada día me convenía más y más de que el tiempo, inestimable para los norteamericanos, era aquí considerado como una institución expresamente creada para pasarlo tan fácilmente como fuera posible, y artículo sin valor. Nunca se le toma en cuenta para ningún negocio o cálculo, y una persona que intente contrariar los lentos movimientos que se acostumbraron desde los buenos tiempos viejos de la colonia, se le consideran como falto de dignidad diplomática.

Sabiendo yo que era inútil apresurar a los comisionados y resolviendo no ir contra la corriente, pasé varias semanas muy agradables visitando las minas de plata del departamento y viajando a caballo por invitación que me hicieron los dueños de varias haciendas de la vecindad.

Mi viejo amigo el señor Ferrari me había presionado a menudo a fin de que visitáramos su hacienda de caña, conocida con el nombre de "El Sitio", a poco más o menos dos leguas de Tegucigalpa y en el camino que va a Cantarranas. Una tarde me llamó y prometió mandarme su macho favorito (bonito animal que le costó \$ 200.00) a la mañana siguiente. Temprano monté, y me dirigí hacia su casa, donde encontré al viejo señor ya con las espuelas puestas, esperándome. Después de tomar el desayuno salimos para Santa Lucía. Don José tomó la delantera en su andadora y, saliendo de la ciudad, seguimos el camino hacia una región montañosa, cruzando a veces fértiles llanuras, y otras yendo a lo largo de las orillas del Río Chiquito, que nace en las montañas de San Juancito, a seis leguas al Sureste (1) de la ciudad. Las viejas crónicas de Tegucigalpa nombran este pequeño río, como "Río de Oro", mas no pude comprobar si en él había oro para justificar ese nombre. Pasamos por numerosos "ranchos" destinados principalmente al cultivo del maíz y de legumbres, y por pequeñas manchas de caña de azúcar en dos o tres lugares. Una brisa acariciaba nuestros rostros cuando avanzábamos rápidamente por el valle. En las faldas de las montañas azuladas que nos rodeaban entre nubes podían verse varias parcelas cultivadas que mi compañero dijo eran trigales.

Luego salimos a una garganta tapizada de verde donde don José me señaló el pri-

mer molino de trigo que yo había visto en el país. Se le hace trabajar activamente después de la cosecha. Lo impulsan las aguas del río Chiquito, que aquí desciende rápido, para unirse después al Río Grande en Tegucigalpa. Al cruzar este valle y bordeando un cerro empinado, mi compañero se paró y me pidió que escuchara un rechinar y gritería distantes que, me dijo, producían los "muchachos" que molían caña en su "hacienda". Un momento después la finca misma apareció a nuestra vista. El viejo señor se tornó doblemente locuaz al hablar de sus posesiones, y a fé mía, que no podía sino estar orgulloso de ellas. Es dueño de ochenta "caballerías" y sus plantaciones se extienden por toda la tierra arable que podía abarcar nuestra mirada. Llegamos al final de una avenida de árboles frutales y fui presentado al mayordomo, que era el hijo mayor del propietario.

Una descripción de esta hacienda valdría para cualquiera otra grande y bien organizada en la república. Los edificios son todos de adobe y consisten en una casa de habitación con seis cuartos en el piso de abajo, cuatro más pequeñas que ocupaban los trabajadores, dos bodegas y una destilería. El edificio principal estaba nítidamente enladrillado, cuidado y rodeado por un corredor empedrado. Todo en el lugar traducía la frugalidad y riqueza de su dueño. La destilería contaba con varias maquinarias inglesas traídas a lomo de mula por las montañas, desde la Bahía de Fonseca. En el ingenio adjunto pude ver un pequeño trapiche hecho en el país. Consistía en una serie de cilindros de caoba que se movían en sentido contrario, por entre los cuales se hacen pasar las cañas para extraerles el jugo. Las calderas eran de cobre. El sistema que aquí se usa para la fabricación de panela no difiere materialmente del que se emplea en Cuba, salvo las modernas mejoras que allá se han introducido. La mayoría de las fábricas, no obstante, son apenas mejores que los burdos inventos de los primeros colonizadores.

En Honduras la caña de azúcar crece sin resiembro por veinte años consecutivos. Es de una calidad excelente, alcanza una altura muy notable y de ella puede fabricarse la mejor azúcar. Ningún proceso de refinamiento se ha llevado a cabo en el país. La hacienda estaba completamente rodeada de árboles frondosos, muchos de ellos cargados de frutas que invitan al hariazgo. Un naranjal cercano a la casa se hallaba, literalmente, abrumado con su dorada carga, mucha caída ya al suelo. Había también varios duraznos que como experimento había plantado el señor Ferrari. En esta hacienda se dan, como en las otras fincas de la sierra,

Reyes El Dr. Rosa, crítico imparcial de las cualidades y flaquezas del fundador de nuestra Universidad, en lugar de vituperarlo lo encomia al decir que "no atesoraba; sostenía el culto a sus expensas, y los pobres formaban parte de su numerosa familia. Reyes era el tipo perfecto del sacerdote evangélico" *Biografía* cit p 17

(1) Noroeste N. del E

piñas, limas dulces, cocos, plátanos, bananos, higos, melones y melocotones.

Cerca de la casa, había una sección cultivada con cazabe (1) (manioc) y sus hojas suaves y oblongas, sus tallos erectos y sus flores de color encendido, formaban un bonito adorno en el pequeño panorama. El cazabe alcanza una altura de tres pies en las tierras altas, pero cerca de seis en las tierras bajas de El Salvador y Nicaragua. Algunas de estas plantas que ví después en el valle de Talanga, tenían más de cinco pies. Hay varias plantas que se parecen mucho al cazabe, cuyas hojas recogen y secan para fines medicinales. Son como las de la papaya, cuyas semillas se guardan para alimento de las aves de corral en tiempos de escasez; pero el cazabe propiamente dicho es la raíz, que no se diferencia casi de un ñame delgado y largo; cuando se le cuece es blanco, insípido y muy parecido a la papa. Se le extrae de la tierra en todo tiempo. El almidón del país se obtiene exclusivamente del cazabe y de la yuca, ambos de la misma especie. La yuca, sin embargo, es una planta más grande y tiene, a menudo, tallos rectos que alcanzan de ocho a diez pies de altura. Florece y fructifica todo el año. La raíz se seca y se ata en manojos de dos o tres libras y se vende en los mercados a "medio" el atado. Convenientemente seca se conserva por muchos años. Es de esta planta que se fabrica la tapioca.

El almidón se obtiene raspando el cazabe, que se desconcha en tiras finas, y se exprime a mano en una tela fuerte. La sustancia glutinosa que escurre se mezcla con agua hervida hasta cierto punto, convirtiéndose en almidón limpio y perlado igual a cualquier otro manufacturado que yo haya visto. El que se obtiene de la yuca se considera el mejor. En las montañas, a donde todavía no han entrado los métodos modernos, simplemente se machaca la raíz, se exprime y se cuece (2) quedando el almidón en el fondo del recipiente. En las ciudades, las lavanderas entregan las camisas nítidamente almidonadas y aplanchadas como lo pudiera exigir la persona más melindrosa, pero el método del lavado de ropa consiste en batir ésta, mojada, contra las piedras, dejando al propietario de ella con pocas esperanzas de volverla a ver, si no es maltratada y sin botones. La planta de la yuca da flores rojas y blancas.

Aquí también ví el camote, alimento que es común en toda Centro América. Se le cul-

(1) Mandioca: arbusto de la familia de las euforbiáceas de las regiones cálidas de América, de 2 a 3 m de altura, raíz muy grande y carnosa, hojas profundamente divinas y flores en racimo. De su raíz se extrae almidón, harina y tapioca.

(2) Es dudoso que se proceda al cocimiento de la yuca; esto se hace cuando se va a aplicar el almidón ya preparado. N del E

tiva mejor en Nicaragua. Se siembra en Abril; en terrenos irrigables puede plantarse en cualquier época del año. El cultivo no difiere del que se sigue en el Sur de los Estados Unidos. La cosecha es frecuentemente muy grande; el tubérculo tiene forma ovalada y de apariencia blanquizca. Los sarmientos crecen frondosos. En los mercados de las ciudades principales los camotes valen alrededor de dos centavos la libra, pero en la mayor parte de los caseríos, especialmente en las montañas, no se consiguen por ningún precio. La escasez de éste como la de otros muchos productos del país se debe a la obra devastadora de la langosta, que yo ví posarse en incontables millones sobre las sementeras y destruir totalmente los mejores cultivos.

Los chiles pimientos se dan en profusión en las cercanías de "El Sitio". También se dan en forma silvestre. El "chile colorado" es conocido en todo el mundo. Se le come por el robusto montañés de Centro América con "tortillas", como se come el queso en el Norte. Yo nunca pude resistir a un nativo masticando chiles bravos con tortilla sin que mis ojos, involuntariamente, derramaran lágrimas. Solo las gargantas españolas pueden adquirir el hábito de comerlos. Estos, con el ajo, son ingredientes indispensables para todos los platos. El chile redondo o dulce también se encuentra silvestre aquí, pero no gusta tanto como el primero. Una raíz fuerte y amarga que se conoce con el nombre de "contrayerba", crece en los alrededores de "El Sitio". Se le atribuyen algunas curiosas propiedades medicinales, por lo que las mujeres la compran en la "Plaza del Mercado" de Tegucigalpa. Las muestras de esta planta, que yo mandé a Nueva York, fueron clasificadas por los botánicos como "Dorstenia" de Linneo.

En el departamento de Tegucigalpa se cultivan casi todas las plantas del trópico, y en las tierras más altas algunas propias de los climas templados. Entre estas puede mencionarse el tabaco, que es de excelente calidad, el arroz, la caña, el cacao, el añil pequeño, todas las frutas tropicales, el maíz, la papa y el café. Juarros menciona a Tegucigalpa como la región más rica en oro y plata de toda Centro América (3).

Entre las plantas silvestres útiles se encuentran, aunque en pequeñas cantidades: la vainilla, goma arábica, fustete, lentisco, ipecacuana, la sangre de dragón, el gengibre, el tamarindo y el árbol del caucho. Como todos estos son también comunes en el Este de Honduras, al describir mis impresio-

(3) "Abunda —dice Juarros refiriéndose al Partido de Tegucigalpa— en toda especie de frutos, maderas y animales; pero sobre todo en minas de oro y plata, en cuyo renglón es el país más rico del Reyno" Historia de Guatemala, tercera edición, p 37

nes sobre el departamento de Olancho, que debe considerarse como una subdivisión independiente en Centro América, me referiré a ellos y otros productos de aquella región. Solo Olancho, en Honduras, es igual en tamaño a la República de El Salvador y siendo aquél el objetivo de mi viaje, puse más atención en estudiar sus recursos agrícolas y mineros que los de cualquiera otra región del Estado que visité.

El Señor Ferrari había estado en Olancho hacía doce años, donde vive un viejo pariente suyo. Me ofreció varias cartas de presentación y rió de las advertencias del General Cabañas. "Es la gente más rica y más hospitalaria de este país", me dijo, "y con una carta mía en sus manos, usted no debe dudar que será bien atendido. Lo único que usted debe procurar es no mezclarse mucho con los indios". Después de un largo paseo por los cerros circunvecinos, durante el cual mi anfitrión me proporcionó exhaustiva información sobre el país, regresamos a la casa donde ya nos esperaba una exquisita comida, adornada por la bella presencia de las cuatro hijas del señor Ferrari, que nos habían seguido de la ciudad para atendernos. La combinación de la esplendente belleza española con la voluptuosidad italiana, realzadas por el carmín del ejercicio y sus bonitos trajes de montar color gris, hacían de ellas una encantadora sorpresa.

Después de la cena tuvimos café, cigarrillos, música de guitarras y una animada conversación sobre la moda femenina de los Estados Unidos. La curiosidad, y tal vez los celos, habían sido despertados en mis bellas amigas por sus primas, las señoritas Dárdano, que hacía poco habían pasado por Tegucigalpa. Todavía no se había disipado el alborozo que en ellas causó el arte del bien vestir y que para estas beldades aisladas se había hecho realidad a través de sus primas. No dudo que mi descripción del espléndido Broadway haya hecho que más de una de las bellas de Tegucigalpa suspirase por que se establezcan cuanto antes comunicaciones por ferrocarril y barcos de vapor entre Honduras y "el Norte".

En Honduras casi todo edificio está expuesto a la acción destructora de un pequeño insecto perforador llamado "comején". Estos animalitos entran por la parte inferior de las maderas de las casas y comiendo hacen un taladro perfecto hasta el otro extremo, de donde regresan por una ruta paralela para continuar su operación hasta que cada viga, cabrio y larguero del edificio queda hecho un panal de abejas. El cedro está particularmente expuesto a estos ataques. En "El Sitio", aunque las maderas estaban sanas según su apariencia externa, Don José me mostró su verdadera condición golpean-

do vigorosamente con una vara los largueros. Se desmoronaron como la piel de una momia y una nube de polvo salió de su interior, feniendo que retirarse las damifas para evitarlo. En el país solo existen unas pocas clases de pino que se libran de los ataques del "comején" y es singular coincidencia que todas, menos estas maderas, llegan a ser devoradas por el insecto y se pudren en contacto con el agua, en un período de doce meses. Un señor inglés, dedicado anteriormente a la minería en Yuscarán cerca de la frontera con Nicaragua, me relató el siguiente caso. Dice que se cortó un gran árbol de pino para hacer el eje de un molino para broza y fué llevado a una distancia como de dos millas. Antes de cortar el árbol varios de los viejos nativos les advirtieron que no cortaran esa clase de pino, porque se les pudriría muy pronto. Los extranjeros, considerando la advertencia como una tonta superstición, no les prestaron atención, y después de ocho meses de uso, el eje, que era costoso y de sana apariencia, estaba perforado por todas partes con pequeños agujeritos y, finalmente, quedó inservible. Iguales "supersticiones" existen en cuanto al corte de las maderas de construcción durante la luna llena. En Honduras nadie derriba un árbol para ese propósito que no sea en ese tiempo, o durante la siguiente semana. Los insectos atacan la madera que se corta antes de la luna llena y los campesinos saben por experiencia, que no sucede tal si se hace ello una semana después. Estos hechos pueden ser de utilidad para los futuros pobladores de Honduras.

En un viejo armario de la sala encontré una colección de "El Diario de La Marina" de La Habana. Este es el único periódico que regularmente llega al interior del país. Puesto que sus ideas, rabiosamente antiamericanas, han venido siendo difundidas entre el pueblo desde la expedición de López, cualquier respeto que aún puedan merecer los Estados Unidos en Honduras no se debe, ciertamente, a este periódico.

Después de holgar perezosamente en las hamacas, fumar cigarrillos de fusa, beber vino de coyol y tiste y recoger toda la fruta que supusimos bastaría para el consumo de una semana, ordenamos que nos trajeran nuestras bestias y dijimos adiós a "El Sitio". Cabalgábamos despacio y hacia la vieja ciudad, mientras las señoritas conversaban alegremente sobre los sucesos del día riendo con aquella naturalidad tan propia de la juventud y de corazones sin penas. "El Sitio", ¡lugar encantador! Jamás se borrará de mi recuerdo las quietas sombras de tus guacacasties y ceibas, la fragancia de tus naranjos y cidras, el murmullo de tu arroyo vocinglero corriente entre las espesas frondas, tus lin-

dos pájaros y el silencio ensoñador en que, al parecer, la Naturaleza se reclinó!

Llegamos a la cima de las colinas que dominan la ciudad precisamente a tiempo para captar los últimos rayos del sol bañando las torres de la Parroquia con su luz purpúrea e iluminándolo todo allá en la quietud del valle. El amortiguado tañido de las viejas campanas españolas llegaba a nosotros flotando en la brisa vespéral. Han llamado a los fieles a oración desde el Siglo XVII (1) cuando los secuaces de Alvarado se quitaban sus sombreros emplumados para escuchar reverentes los solemnes Te Deums. Poco a poco el crepúsculo se hundía en el ocaso; las nubes carmesí distribuían sus colores sobre las montañas que se volvían grises con el mano de la noche; y acelerando nuestras cabalgaduras pronto estuvimos ambulando por las calles empedradas de la ciudad y cambiando "Buenas Noches" con las personas que, desde los portales, nos saludaban.

Los establecimientos comerciales de las ciudades más importantes de Honduras están provistos todos de los mismos artículos; con unas pocas diferencias en cuanto a su tamaño y disposición, es describirlos a todos. Rodean el establecimiento sendos estantes y en el centro, detrás del mostrador, se halla el señor o a menudo la señora, tranquilamente sentados; si es la última, se la vé con su cabeza inclinada sobre su costura y dirigiendo miradas alternativamente al pequeño surtido de mercaderías y a los apartamentos interiores de la casa. Debemos recordar que en las grandes ciudades de la república son raros los principales dueños de casa que no se ayuden con el ingreso de una tienda, ubicándola en la parte más conveniente de la casa. Pocas son las damas que se consideran demasiado elegantes como para actuar de "tenderas" y, en verdad, desde la decadencia del comercio en el país, muchas respetables familias se han visto forzadas a echar mano de estos medios para conservar su posición social y hasta para la propia subsistencia. Varias de las tiendas, atendidas por las bellas de la ciudad, son lugares de cita de los galanes de Tegucigalpa, a los que puede verse rindiendo culto a la beldad de la casa y mostrando oportunamente su precio con la compra de fruslerías, más por ver cómo la damita enrolla un listón con sus finos dedos, que por el valor intrínseco del artículo. Muy al interior de este país casi desconocido, en una ciudad hasta hoy olvidada por los geógrafos y cartógrafos, la coquetería y galanteos son conducidos con todo ardor en el camino, o en el lugar de abastecimiento público de agua, con el gusto y delicadeza que se puede apreciar en los círculos más refinados de la vida moderna.

(1) Léase siglo XVI N del E

Las mercaderías que se exhiben para la venta no son ni suntuosas ni caras y consisten en su mayor parte de ropa para el uso tal como géneros de algodón, "osnaburgs", mantas, calzado y los artículos corrientes manufacturados que se encuentran en los establecimientos dedicados a la venta de una sola clase de artículos. Casi todos combinan mercaderías de boticario, comerciante en géneros, abarrotero, sombrerero, de calzado, tabarbartero, librero, confitero, y artículos de escritorio, pero con una provisión extremadamente limitada de cada una de estas líneas. La mayoría de estos artículos entran al país vía Amapala, o La Unión, El Salvador, en barcos europeos, siendo los ingleses los que predominan. En los almacenes a veces se ven artículos norteamericanos tales como zapatos de charol y botas, unos pocos artículos caseiros, artículos manufacturados por Lowell jабones, velas, encurtidos y licores, pero estos son muy raros, dominando Inglaterra el comercio de cuchillería, artículos manufacturados, zarazas, cerveza, telas y artículos de madera y hojalata; Francia: en vinos ordinarios, coñac, sedas, géneros estampados, plantillas para vestidos de indiana, queso, mostaza, guantes y casimires; Italia: aceitunas, aceite de olivas, sardinias, macarrones, fideos, queso verde, salchichas y algunos artículos de seda. La Habana y Belice también ayudan a suplir a Honduras y, en verdad, a todo Centro América, con una variedad de artículos. La Habana y Guatemala suplen casi todos los libros que entran al país. Belice es un emporio de comercio en la costa atlántica de Centro América, y La Unión y Amapala, los son en la costa del Pacífico.

Los Estados Unidos, con su extenso comercio y grandes intereses manufactureros, parece que todavía no se han preocupado por entrar a estos mercados, aunque pequeña cantidad de artículos viene por Trujillo. Aquel puerto es el punto en donde se surten Yoro y Olancho, y su comercio casi se limita a Boston y Nueva York, siendo los olanchanos los principales consumidores de artículos norteamericanos. Honduras, con sus 350.000 habitantes (2) es un país que consume constantemente y produce muy poco, y una competencia productiva podría fácilmente establecerse en cualquiera de los más importantes puertos de mar, en el Atlántico o en el Pacífico. Unos pocos vapores comerciales han llegado a la Isla del Tigre desde California cargados con parte de los excedentes de aquel mercado, y según se sabe, se han llevado a cabo magníficas transacciones, pero hasta hoy son los barcos europeos los que monopolizan casi todo el tráfico en am-

(2) Esta cifra es la misma que da Squier (Honduras, p 7), autor más documentado que Wells. No obstante, el cálculo parece muy holgado porque el censo levantado en 1881 apenas alcanzó la cifra de 307,289 habitantes V Vallejo, Primer Anuario, p 104.

bas costas del país. La exportación de café y azúcar de Costa Rica está saliéndose de sus viejos cauces hacia California y es razonable suponer que todo el comercio de la costa del Pacífico de Centro América cambiará de manera esencial entre estos países y California.

Durante los últimos cinco años han disminuído los monopolios comerciales en razón de que los países centroamericanos están siendo ya más conocidos. Estos países reclaman mejor calidad de mercaderías para su consumo. Todas las clases sociales visten ahora mejor que antes y ya se están introduciendo las modas de Norte América. Entre las mujeres se han puesto de actualidad los vestidos más costosos. El vestido de la mujer humilde de Honduras es de un material sencillo y ordinario tal como la guinga o la zaraza, pero en las damas refinadas la cosa es distinta, y aquellas a quienes fui presentado se hallaban muy a menudo ataviadas con tal refinamiento como pueda imaginar un extranjero. En toda época del año los vestidos blancos o color rosa pálido, o de gaza diáfana celeste son los que predominan. Los casos de mal gusto son raros. Las modas, por lo general, se importan de La Habana.

La figura de las damas, como pude observar en los bailes y paseos, es más bien alta, erecta y todos sus movimientos son elegantes y sencillos. Pocas excepciones a esta regla hubo en las fiestas a que fuí invitado. Además de las morenas de cabellos de azabache, cuyo número prevalece decididamente, se pueden ver a veces mujeres de tez blanca, ojos azules y mejillas rosadas, especialmente en las tierras altas. La delicada palidez que usualmente se asocia a la belleza española de los trópicos se encuentra muy a menudo; y tales cutis, en frentes blancas y despejadas, de grandes ojos negros o avellanados, de labios delgados y de dientes finos, son más que atractivos, unido todo, como es frecuente, a un carácter jovial y vivaz. El estilo lánguido que en la mayoría de los casos acompaña a las mujeres morenas, es para un norteamericano, acostumbrado a la desenvoltura de sus compatriotas, un poco cansado. Las bellezas soñadoras de este delicioso clima serán admirables tipos para el novelista o para el pintor, pero uno busca en vano aquellos atractivos que olienta la dama refinada de nuestra tierra. Por lo general reúnen las cualidades de dulzura, buen carácter y sinceridad, rasgos que son en todas partes placenteros.

Las manos y brazos bonitos son demasiado comunes para ser tomados como marcas distintivas de la elegancia. Sin embargo, en varias ocasiones observé que las damitas se tomaban un trabajo especial para exhibir estas ventajas. La cabellera se lleva

preferentemente en moño trenzado. Muy raro es ver bucles. En las fiestas o reuniones el vestido es generalmente blanco y muy delgado. Se usan pocas joyas. En la calle se lleva siempre la "mantilla" y no es sino reciente el uso de la "sombrija". Es muy raro ver a una dama fuera de casa, a no ser por las mañanas y a la caída de la tarde, y más raro aún verla acompañada de un caballero.

Muchas son graciosas e intrépidas amazonas. Las sillas de montar que usan son hechas en Guatemala, aunque hay algunas importadas de Inglaterra. La moda de montar de lado prevalece todavía (1). El traje de montar no difiere del que se usa en los Estados Unidos; algunas veces la parte inferior de la falda va adornada con pequeñas monedas de plata. Usan un sombrero (cien por ciento masculino) sobre el cual ponen un espeso velo. Los guantes, adornados en el puño con hilos de plata, y un pequeño fuete italiano completan el atavío. La época preferida para la equitación es cuando termina la estación de lluvias y antes de que el polvo de los meses de sequía empañe la verde brillantez del follaje. Es entonces cuando los arroyos corren por entre las peñas hacia los valles, los caminos están buenos, y las señoritas rara vez dejan de aprovechar estas ventajosas circunstancias.

En el país falta educación para la mujer, a la que poco se le enseña y cuando una damita puede tocar el piano o la guitarra, bailar bien y aparecer "a la mode" en sociedad, es segura candidata al altar; es entonces cuando comienzan sus deberes como matrona. Son pocas las muchachas que han sido enviadas a los Estados Unidos para su educación. A éstas se les tiene por sus compañeras como prodigios del saber. Pero aún con las pocas o ninguna ventajas que otorgan los países instruídos, las mujeres centroamericanas nunca dejan de interesar al viajero, por su gentileza característica y la dignidad de su porte tanto como por su talento innato y por su receptividad a la cultura.

Los caballeros hondureños visten a la usanza norteamericana. Pero de vez en cuando aparecen modas anticuadas que lo hacen a uno sonreír ante los esfuerzos de imitadores de Beau Brummel de las ciudades grandes; estilos que originados en París se filtraron a través de los Estados Unidos y La Habana y eventualmente hallaron curso hacia el interior de Honduras: sombreros ingleses de copa alta, polainas de gamuza para pantalones, redingotes de la vieja usanza con cuello alto y otras prendas demuestran que los comerciantes en ropa vieja de Euro-

(1) En Honduras la silla especial en que las mujeres no montan a horcajadas se llama galápagos. V Membreño, Hondureñismos

pa tienen mercado seguro para sus saldos. En cuanto a vestuario, los hombres están a nivel inferior de las mujeres. El viejo emblema español de la dignidad, holgada capa azul, todavía se conserva con afecto por los anticuados señores, y hasta a los niños se les ve vestidos con trajes azules. Una de las cosas que primero atrae la atención del extraño en cualquiera de las ciudades más grandes de Honduras es el aspecto de los niños "como pequeños hombres o mujeres". Niños de cinco a seis años de edad se pavonean tiesos con sombrero negro, cuello alto y corbata, capa, bastón, en fin, con el completo vestuario de una persona mayor. Las facciones frescas de estos infantes aminoran en algo lo absurdo de sus vestidos. Se ve, asimismo, a niñas de la misma edad con cabellera frondosa, trajes largos y ornamentos propios de una señorita. Una niña que frecuentaba la casa de don José María, usaba grandes pendientes, collar, anillos en los dedos y tenía su pelo en trenzas y arreglado con elegancia, más como una novia que como una chiquilla. El vestido, indudablemente, da al niño apariencia de más edad. Todas las mujeres en Centro América se vuelven prematuramente viejas. Pasaría lo mismo si aquí vivieran las mujeres norteamericanas.

Por muchos años después de la independencia se oyeron elocuentes discursos en los Congresos de Honduras. Pero entre los liberales se cree que desaparecidas las grandes luminarias del partido, no quedaba ninguno que representara el poder oratorio de antaño. Barrundia, el último de los viejos revolucionarios, había fallecido y se afirmaba que nadie entre los vivientes podía reemplazarle (1).

Al adoptarse la presente Constitución Política quedó abolida la pena de muerte (2). El castigo más severo que ahora puede aplicarse por un crimen es el de quinientos azotes. El castigo es más o menos pavoroso, de acuerdo con la severidad con que se aplique.

(1) Aunque guatemalteco, Barrundia fue diputado en Honduras

(2) El artículo 87 de la Constitución Política de 4 de Febrero de 1848, entonces vigente, establecía que "la pena de muerte queda abolida en materia política; y solamente se establece por los delitos de asesinato, homicidio premeditado y seguro asalto o incendio si se sigue muerte, y por Parricidio en los casos que determine la ley" V El Digesto Constitucional, p 128

El salteador de caminos Umanzor que recientemente había escapado del Castillo de Omoa y estaba sentenciado, se dijo, por ocho asesinatos, recibió cuatrocientos azotes en dos ocasiones, y pudo restablecerse. A menudo bastan doscientos para acabar definitivamente con los sufrimientos de los culpables, cuando se aplican con tal propósito. Si la intención del gobierno es la de que el ofensor deba morir, la pena se administra de tal modo que el prisionero deja de respirar antes de que termine el castigo.

Se coloca al hombre abrazado a un árbol del diámetro justo para que las muñecas se encuentren en el lado opuesto y puedan ser sujetadas firmemente. Los pies se aseguran con lazos cerca de la raíz. Entonces se desnuda al culpable hasta la cintura. El instrumento de castigo consiste en una vara pesada, flexible y resistente. El verdugo, también desnudo hasta la cintura, se coloca a tal distancia del prisionero y en tal posición que le permitan descargar toda su fuerza en cada golpe. Dada la señal, la vara descende sobre la espalda del condenado. El efecto es apenas menos terrible que el resultante de la aplicación del "knout" ruso. Se descarga golpe tras golpe hasta que la víctima, que al principio lanza alaridos de agonía y trata de solfarse de sus ataduras, cae en silencio. Su espalda se convierte en una masa sanguinolenta y a menudo se extingue la vida del culpable antes de que se haya cumplido la sentencia. La apaleada se hace entre dos o tres verdugos, los cuales se releven entre sí al quedar agotados con el esfuerzo.

Al venir de Tegucigalpa oí del caso de un sirviente que había robado a su amo en el departamento de Comayagua. Lo atacó mientras dormía, cortándolo en pedazos con su machete y, apoderándose de su dinero y de varias mulas, escapó con rumbo a Omoa. Fué perseguido por un piquete de soldados que lo capturó y, por órdenes del oficial que los mandaba, le dieron trescientos palos. No vivió para recibir todo el castigo. Pero los casos de asesinatos brutales, como este, son raros. En ninguna parte del mundo se respeta tanto la propiedad y la vida como en Honduras, como tampoco hay en el confinante pueblo más pacífico ni hospitalario como el de estas regiones montañosas.

**La gran erupción del Cosigüina.—Fenómenos en el interior de Honduras.—Los volcanes de Centro América.—Erupción del "San Miguel".—"Minerales de Plata".—Preparativos de viaje a Olancho.—La región aurífera del Guayape; su accesibilidad.—Obscuridad.—Cuentos fabulosos.—Resultados favorables con el Gobierno.—Ho! por el Guayape.—Partida.—Cabalgata.—Reclutando soldados.—Río Abajo.—Otra vez el Dr. don Guillermo.—Cofradía.—Camino a Talanga.—Una fiesta en Talanga.—San Diego intoxicado.—Las Cuevas.—
El árbol de la pimienta.**

Entre los muchos e interesantes informes que obtuve de mi amigo Lozano estaba su relato de la famosa gran erupción del Cosigüina en 1835. En toda esta sección del país, aunque a muchas leguas del volcán, las montañas temblaron hasta sus cimientos, y se sintieron fuertes sacudidas ocasionales; las gentes repentinamente sufrieron náuseas mientras el aire se cubría de cenizas finas, tantas, que parcialmente obscurecieron el sol, y los lejanos rugidos y explosiones en la gran cadena que costea el Pacífico. Muchos creyeron que había llegado el Juicio Final. En las partes altas de Honduras, sin embargo, las sacudidas no se sintieron como en las otras secciones de Centro América. Anteriormente, al cruzar por las montañas se me había mostrado un río que corría hacia la bahía de Fonseca por un campo otrora fértil y ahora desolado a causa de los enormes montones de ceniza arrojados por el volcán. Las explosiones se oyeron de parte a parte en el continente y las cenizas llegaron a una distancia de varios cientos de millas.

El Señor Lozano me dijo que por tres días consecutivos el aire estuvo lleno de un polvo impalpable que entraba por todas las hendiduras y grietas de las casas produciendo una sensación sofocante. A las tres de la tarde de los días del 20 al 22 de Enero de 1835, la obscuridad cubrió todo el interior de Honduras (1) y era tal que las luces de las velas que estaban en mesas arrimadas a la pared, apenas podían ser distinguidas por una persona colocada en el centro del cuarto. Las comidas se servían a la luz de candelabros. Los pájaros, atemorizados por la obscuridad, volaban alocados hacia las ciudades y se lanzaban contra los muros de las casas encontrando la muerte. En las aldeas los venados y otros animales salvajes corrían en las tinieblas cerca de las viviendas de los hombres. La más grande consternación se apoderó de la gente. Los estruendos del vol-

cán se oyeron claramente en Guatemala y las vibraciones alcanzaron hasta México. En las secciones más apartadas del país, las detonaciones intermitentes del volcán se tomaron como descargas entre ejércitos contendientes.

"¿Cree usted, —le dije al narrador— que el Cosigüina vuelva a hacer erupción?"

"¡Quién sabe!", me respondió don José María encogiendo sus hombros y dando un chupetazo a su "cigarro". "El volcán no podrá aguantar una nueva erupción sin deshacerse completamente en pedazos, pero aquí creemos que en su gran esfuerzo quedó agotado para siempre".

Los ruidos más fuertes, jamás oídos antes por el hombre, fueron los rugidos del Cosigüina durante dos días y sus noches!

Los centroamericanos todavía ven con desconfianza al Cosigüina y abrigan menos temor de viejos, familiares, mejor portados y más pequeños volcanes, como los de San Miguel, Conchagua y Ometepe. Durante los últimos diez años solo ha habido unas pocas erupciones en Centro América. Los volcanes, que en larga fila se yerguen contra el cielo y son mojones para todo viajero en toda la extensión de la costa del Pacífico, parecen estar definitivamente extinguidos. Con la excepción del terremoto que en Abril de 1854 destruyó la ciudad de San Salvador, y de unas pocas sacudidas de menor cuantía experimentadas en otros lugares, la actividad volcánica ha dado poco o ningún motivo de alarma. Las erupciones casuales en Guatemala y El Salvador pocas veces han sido de serias consecuencias. Los volcanes conocidos como Volcán de Agua y Volcán de Fuego se hallan entre los más elevados en Centro América, el último, al Sur de la ciudad de Guatemala, todavía emite llamas y humo. Algunos bien conocidos surgieron repentinamente de superficies planas, hecho que aún recuerdan en El Salvador varias personas.

(1) Con relación a este fenómeno puede consultarse la obra de Víctor Miguel Díaz titulada *Comociones terrestres en la América Central*, pp 131 a 160.

Siguiendo la costa Sur del Pacífico aparece una casi continuada cadena de picos volcánicos que termina en el Conchagua, entre los que se ve el enhiesto cono del San Miguel. Este lanza a veces copos de humo blanco que pueden verse a diez leguas de distancia, ensortijándose graciosamente en el cielo. En 1845 hubo una erupción parcial de este volcán, por su lado Oeste que es el opuesto a la ciudad. Dos días antes, el volcán anunció con rugidos la convulsión que se aproximaba. Tembló la tierra en muchas leguas alrededor y la obscuridad se adueñó de toda la región. El pánico, como no se había sentido desde la catástrofe del Cosigüina, se apoderó de las personas. Se ofrecieron plegarias en todas las iglesias y se dice que los ladrones, inquietos con las espantosas advertencias, acudían voluntariamente ante sus víctimas a reintegrarles su propiedad. Muchas familias huyeron de San Miguel a la Isla del Tigre y a otros lugares más distantes. La lava que salió por un pequeño cráter en la falda occidental del volcán, en dos días se regó en un espacio de ocho millas cuadradas, pero sin ocasionar grandes daños.

La finca de un viejo nativo donde éste vivía con su familia a dos mil pies de altura en la falda del volcán, fue rodeada por la corriente de lava hirviendo, pero por milagro se bifurcó pocas yardas antes de llegar a sus habitaciones para unirse más abajo y continuar su fiero curso (1). La rapidez con que se elevaron del volcán las exhalaciones sulfurosas les salvó de ahogarse. Desde entonces se tuvo a esta familia como especialmente protegida de los santos.

Los fenómenos que acompañan las numerosas erupciones de los volcanes que se extienden desde Guatemala hasta Costa Rica, presentan los caracteres geológicos más interesantes y mucho hay que agregar a los hechos ya reunidos por los exploradores científicos. Desde que los españoles fundaron las primeras poblaciones, las erupciones y terremotos han destruido varias ciudades y han desolado el territorio en muchas leguas. Escasamente hay en Centro América una ciudad que haya escapado de una devastación por estas causas, y muchas de las más grandes han sido repetidamente destruidas. La destrucción de San Salvador por un terremoto en la noche del 16 de Abril de 1854, es una de las más espantosas narraciones de que se tiene memoria, y fue tan completa la ruina que se operó en pocos minutos que

(1) "El 16 de Abril de 1854 será siempre para los salvadoreños un recuerdo lúgubre. Los temblores comenzaron el Vieñes Santo en la mañana acompañados de horribles ruidos subterráneos; el Domingo de Pascuas hacia las once de la noche y sin fenómenos precursores, la tierra se conmovió fuertemente y en diez segundos convirtió en ruinas las ciudades de San Salvador. El número de muertos fue como de cien, los heridos y contusos llegaron a 200 próximamente": V Apuntes sobre la topografía física de la República de El Salvador, por David J Guzmán. Editorial San Salvador, 1883, p 44

aquellos habitantes que pudieron escapar huyeron para siempre. El asiento del Gobierno fue trasladado a la vecina ciudad de Cojutepeque, abandonándose el sitio de la ciudad destruida.

Los efectos de los terremotos rara vez se han extendido por todo el continente. En muy raras ocasiones se han registrado temblores a lo largo de la costa Norte de Honduras. El más fuerte que se conoce ocurrió del 5 al 14 de Agosto de 1856 cuando todo el litoral del Caribe fue violentamente sacudido. Estos temblores se percibieron distintamente en Jamaica, y fueron violentos y continuos en Belice, Omoa y Trujillo. En esta última ciudad se sintieron no menos de mil sacudidas en el término de ocho días. Honduras, sin embargo, hasta hoy ha estado singularmente libre de las conmociones que han afligido a las demás repúblicas vecinas. No hay historia de que haya sufrido esta República inundaciones, pestilencias, tormentas destructoras o huracanes, aunque las largas filas de pinos caídos en los "llanos" de las sierras muestran los efectos de los fuertes vientos del Norte que azotan el continente.

Una descripción de las pequeñas aldeas que visité en el departamento de Tegucigalpa, durante mi permanencia en esa ciudad, no sería sino repetición de la que ya he hecho de las serranas. Mi principal objetivo al visitar Villanueva, San Buenaventura, Cedros, Cantarranas y Güinope, que son los principales "minerales" de esta región, fue hacer una inspección ocular y tener conocimiento correcto de las minas de plata y cobre que en épocas pasadas fueron célebres en todo el Estado. Las páginas relacionadas con la parte central de Honduras quizás se han extendido más allá de lo que fue mi intención original, y como yo volví a visitarla a mi regreso de Olancho, reservo mis impresiones hasta que mi relato me traiga de aquel departamento que se halla comprendido en la parte oriental del país.

La meta de mis aspiraciones fue desde un principio la región aurífera de Olancho, y las vagas referencias que de ella tenía se aumentaron y confirmaron mientras más y más me acercaba al Guayape. Tegucigalpa no está sino a una semana de viaje a lomo de mula de las cabeceras de este río y no tuve dificultad en obtener una variada información la cual, no obstante, no era sino de oídas

El señor Ugarte puso a mi disposición viejas obras, que tenía en su poder, relacionadas con el Guayape y la fama de sus ricos "placeres". Mientras hacía apuntes tuve la oportunidad de reflexionar sobre las circunstancias singulares que habían originado y traído esta empresa a su presente estado, y

sobre las posibilidades de publicar mis impresiones en un libro o informe que incluyera todos los hechos que vinieran a mi conocimiento. Todos los días me encontraba con personas respetables que, al saber el objeto de mi visita al país, inmediatamente entraban en conversación sobre él y repetían las tradiciones de la riqueza del famoso "río de oro" lo que, si no hubiera sido por la frecuente verificación de tales asertos en la tierra del oro, que yo había dejado recientemente, me hubiera hecho dudar de la sinceridad de mis informantes. ¿Por qué tales "placeres", si como se me informaba, existían en el Guayape y sus afluentes, no se trabajaban? ¿Por qué no eran conocidos en el mundo? ¿Por qué los mismos narradores, con el conocimiento de tales hechos no se dedicaban a ellos? ¿Por qué los cortadores de caoba que se comunicaban con la costa Norte nunca los hicieron públicos? y ¿Por qué el país no era invadido como California por los aventureros buscadores de oro? Eran preguntas que entonces, como lo había hecho antes, me hacía a mí mismo. A estas muy naturales preguntas, la respuesta es que nunca han existido entre los olanchanos, medios ni capacidad ni inclinación para buscar la riqueza en los suelos que se hallan bajo sus pies, igual que los de California bajo las huellas de los indios, no desarrollados desde épocas remotas hasta tanto la mano de la industria no los hiciera provechosos; y también porque durante dos siglos desde la conquista del país, Olancho, que es una continuación norteña de la costa de La Mosquitia, ha estado apartada de las rutas del comercio. Igual que las regiones aisladas de La Mosquitia, sus sierras y llanos ganaderos han permanecido en la misma condición primitiva que ocuparon cincuenta años después de las primeras colonizaciones. Todavía se encuentran los rastros de los trabajos de los viejos españoles en las márgenes de los ríos, consistentes en burdos instrumentos y socavones profundos. El país, salvo por unas pocas leyendas deformadas, ha sido tierra desconocida para el mundo.

Pocas personas saben actualmente de su existencia y ni uno entre diez de los geógrafos mejor informados ha oído de "Olancho" o de su capital Juticalpa. Aún Tegucigalpa, que es ciudad de consideración y situada en la parte mejor conocida de Honduras, hasta hace poco no aparecía en los mapas de Centro América. Menos aún han tenido interés en penetrar de la costa del Mar Caribe al interior del país, lejano y desconocido; y en el litoral del Pacífico los escasos barcos extranjeros que visitaban la costa con propósitos comerciales, antes de los descubrimientos de oro en California, meramente tocaban y salían. Olancho, hasta hace pocos años, ha sido en verdad "un libro sellado"; los habitantes del resto de Honduras parecen estar

tan ignorantes de su valor como lo están los extranjeros, y nadie da sino confusos relatos del Guayape y sus "placeres". A lo anterior hay que agregar que existe una aversión general para visitar Olancho debido a la supuesta celosa actitud de sus indios y su egoísmo en cuanto a la explotación del oro, y el carácter indolente por naturaleza de los hondureños; y se explica fácilmente por qué los ciudadanos de otras secciones del Estado no han intentado el desarrollo de sus minas

Los cortes de caoba en las márgenes de los ríos Guayape, Wanks y, claro está, de todos los demás ríos que riegan la parte oriental de Honduras, datan de pocos años. El primero que se organizó en los ríos Guayape, Guayambre y Jalán, que forman en conjunto el río Patuca que desemboca en el mar Caribe, fue en 1848 y el trabajo se llevó a cabo con negros jamaïqueños y centroamericanos, gentes que no estaban capacitadas para desarrollar las minas de oro ni para hacer circular las noticias de la existencia de éstas. Y los pocos traficantes en tortugas y caoba que hacían viajes por los cayos entre el Cabo Gracias a Dios y Belice escasamente eran idóneos como medios de información al respecto o en cualquier otro, y tampoco hubieran sido creídas sus aseveraciones. Así se comprende por qué la riqueza mineral de la parte oriental de Honduras ha permanecido confinada al conocimiento de muy pocas personas, por cuyo medio vino al mío. La fama del río Guayape, no obstante, no era desconocida para Inglaterra y el deseo de posesionarse de este país, en unión de los intereses madereros de numerosas firmas ricas de Londres, puede ayudar a explicar la pertinacia con que la Gran Bretaña se ha aferrado a la aparentemente inservible costa de Honduras.

Que uno de los mejores países mineros del mundo, situado en la vía natural de nuestra ruta comercial, haya quedado sin ocupar por los norteamericanos es inexplicable a no ser como un paralelo de aquella misma negligencia que los dejó sin descubrir hasta hace poco los ricos yacimientos auríferos de California y Australia. Al presente, los proyectos colonizadores de los anglo-sajones están regulados o al menos grandemente influenciados por los descubrimientos de metales preciosos. Estos proyectos son a veces imprudentes y desafortunados, que han costado inmensas sumas de dinero y vidas de muchos aventureros cuyo entusiasmo excedió a su sagacidad. Las condiciones para un rápido y completo éxito en el establecimiento de una colonia minera son tres: que los habitantes de la región que se va a colonizar sean demasiado pocos en número para que no incomoden a los mineros, como fue el caso de California, o que tengan buena inclinación de ánimo hacia ellos a su arri-

bo; que el clima sea templado si es en tierras bajas o moderadamente cálido si es tropical; y, finalmente, que sea accesible por mar, y será más fácilmente colonizado si está más cerca aún de alguna de las grandes rutas del comercio.

Supongamos, por ejemplo, que se descubrieran minas de oro similares a las de California a orillas del Lago de Nicaragua, que está a solo diez días de navegación de Nueva York. El clima, aunque en "tierra caliente" no es mortal; el suelo, lo barato de todo lo necesario para la vida, y su seguro y fácil acceso naturalmente atraería, a miles de mineros y colonos pacíficos e industrioses, que sin ninguna lucha y sólo por el mero irresistible curso de las cosas, crearán un nuevo estado republicano en aquella región de Centro América, enteramente ajeno a las vicisitudes que allí están ahora ocurriendo desde hace doce meses.

Pero desgraciadamente para Nicaragua, los depósitos auríferos se encuentran en el interior del país, lejos de la línea del tráfico norteamericano, en el distrito de las Segovias cerca de la frontera de Honduras, que son para Centro América lo que el centro de la región minera de California para los distritos agrícolas circunvecinos. La región de los lagos no es aurífera.

Aquellos, por otra parte, que han vivido por algún tiempo en Nicaragua, o que han conversado con los viajeros y nativos de aquel país, habrán seguramente oído sobre el "oro del Guayape", llevado por los indios y comerciantes locales a la costa de Honduras y que es reputado como el mejor oro del mundo. Desde tiempos inmemoriales este oro fue empleado por los naturales de Centro América para propósitos de ornamentación, pero los depósitos de los cuales se extrae son totalmente desconocidos para el mundo entero. Esta región aurífera está cercana a una de las rutas de nuestro comercio, ya explorada para el tránsito por una organización de capitalistas norteamericanos. Me refiero a la empresa del ferrocarril interoceánico de Honduras. La región aurífera de Olancho se encuentra al Este de esta proyectada línea de tránsito y con fácil acceso. Muchos depósitos auríferos se han encontrado en el Guayape y sus tributarios, y las pequeñas partículas del metal se hallan en todo suelo, en las arenas de cada arroyo y en los cañones de esa región.

Estos hechos, sorprendentes como pueden parecer, y a los cuales ya me he referido en mi propia revista y en folletos, son ya del conocimiento de los mineros norteamericanos, y no pasarán muchos meses sin que Olancho, con su clima salubre, sus valiosos productos vegetales y grandes regiones auri-

feras, sea poblado por gran número de nuestros compatriotas.

Con estos datos, completados en la conversación que tuve con los nativos mejor informados que pude encontrar, hice los preparativos para dejar la ciudad, en donde, en las pocas semanas que en ella estuve, hice muchas cordiales amistades, que me expresaron sus mejores deseos y me dieron atinados consejos a fin de que mi misión tuviera el mejor éxito. Después de los acostumbrados atrasos, sin los cuales no hay empresa que pueda llevarse a cabo en Centro América, obtuve del Supremo Gobierno algunas valiosas concesiones, entre ellas el derecho de suscribir con los naturales de la región toda clase de contratos para fines mineros o comerciales, los que después deberían ser sometidos al estudio y aprobación del Gobierno; la introducción, libre de derechos, de toda clase de maquinaria, implementos, instrumentos científicos y artículos para el cumplimiento de tales contratos, y la libre navegación de barcos por los ríos, sin restricciones. Este acuerdo fue publicado en la "Gaceta", órgano gubernamental; y mi buen amigo el General Cabañas dándole importancia adicional a mi empresa, me envió nombramiento como "Cónsul General de Honduras en los Estados Unidos"; un pasaporte especial para poder viajar a través de Honduras, firmado por el Ministro de Hacienda; un paquete de cartas de presentación para las personas más importantes de Olancho y en especial para la "familia Zelaya" y un guía y sirviente de confianza. La noche anterior a mi partida me visitó para decirme "adiós!".

Otros amigos también vinieron a expresarme sus buenos deseos y entregarme más cartas de presentación.

Hechos todos los preparativos, a la mañana siguiente, al despuntar el alba se trajeron las mulas al "patio", donde mi "muchacho" Roberto las ensilló y cargó. Había hecho una nueva amistad: la del señor L. de Tegucigalpa (1) quien me acompañaría como dibujante, por su propia cuenta, y cuyos dibujos que me mostró antes encontré muy buenos. Pronto hallé en él un agradable compañero, siéndome de gran utilidad por su conocimiento de las gentes. Nuestra pequeña cabalgata consistía de cinco mulas que trotaron alegremente fuera de la ciudad, habiendo dejado ésta antes de que el sol emergiera sobre el filo de las cordilleras del Este.

Fue con un sentimiento de euforia que

(1) Don José Sotero Lazo, de quien se dan algunos datos en otra página 1889 desempeñaba las funciones de intérprete del Cuerpo de Policía de Tegucigalpa y Vallejo, Primer Anuario, p. 211

me vi subiendo de nuevo las estribaciones ásperas de las montañas, inhalando otra vez las brisas suaves y estimulantes de las tierras altas, con "mis apuntes y mi bolsa" bien repletos, en mulas de buena clase, con compañeros alegres, un paquete de excelentes cartas de presentación para los principales "olanchanos", y el favor del Gobierno y de las principales familias para ayudarme en la empresa. Nuestro "equipaje" estaba dividido entre dos mulas de carga, una llevando las provisiones y la otra nuestra ropa, instrumentos y avíos de viaje. A una milla de la "Parroquia" cruzamos el Río Grande y de ahí subimos hasta mil pies sobre el nivel de la ciudad. Desde esta cumbre partimos hacia la aldea de Río Abajo, situada como a dos leguas al Noroeste de Tegucigalpa. Por habernos detenido en dos ocasiones para hacer unos bocetos, nuestros muchachos se adelantaron bastante con las mulas de carga, y reanudando nuestro camino los hallamos disputando con una escolta de reclutamiento. Las mulas habían sido ya descargadas y un gran pelotón de soldados rodearon la desconsolada comitiva, ahora aumentada con el padre de Roberto, y todos gritando a pleno pulmón. Los mosquetes se manejaban furiosamente y en medio se encontraba mi sirviente refiriéndose las manos, personificando la aflicción misma. Fue cuando salimos de una curva del camino que súbitamente apareció esta escena pintoresca. Galopamos hacia el lugar, mientras Roberto y su padre corrieron a nuestro encuentro, salpicando saliva y gesticulando como locos. Mientras escuchaba yo su relato, un oficial, algo mejor vestido que el resto, se me aproximó.

"Señor", —le dije— ¿de qué crimen se acusa a mi sirviente para que le defengan?

"De ningún crimen, caballero", repuso el oficial, "pero el Gobierno me ha dado la comisión de enganchar soldados para el ejército, como también para requisar todas las mulas que encuentre en los caminos, y no hago otra cosa que cumplir con mis instrucciones".

"Pero", agregué yo, "¿no está usted enterado de que yo viajo por el país bajo la protección del Gobierno? Mire, aquí está mi pasaporte como Cónsul de Honduras y aquí tiene usted cartas del propio Señor Presidente".

"En ese caso, caballero, yo lo pongo en libertad, pero aquí viene mi jefe superior el Coronel Rubí".

Y en verdad, por un ramal del camino apareció en aquel momento, con una comitiva como de doscientos hombres en filas de dos en dos, sucios y en harapos, y por todo las criaturas más desharrapadas que hasta

entonces había vislo en el país. Al reconocerme, el coronel Rubí aceleró su caballo y al ver, rápidamente, el estado de las cosas, llamó fuertemente la atención a su oficial por su estupidez y luego, obsequiándome un puro, me suplicó que no le diera importancia al asunto. Mientras tanto los hombres volvían a cargar las mulas y tuve tiempo para preguntarle a mi amigo el Coronel el objeto de estar engancharlo, como había oído

"Esta es una triste anomalía en su decantada democracia", le dije.

"Oh, en cuanto a eso" me repuso, "esto se hace en todo Centro América; el país tiene que defenderse, y además nosotros pagamos. El General Cabañas se convierte en padre de estos pobres muchachos, pero a pesar de todo lo que él hace por ellos, aprovechan la primera oportunidad para huír y volver a sus hogares. Puede usted creerlo, que hace sólo dos semanas que el Coronel venía de Yoro con cien reclutas para el ejército y éstos se le sublevaron en el camino y tomaron las de Villadiego, huyendo a los montes y dejando a mi Coronel enteramente solo".

Yo no podía culparles de esta natural resistencia, pero le pregunté: "¿Han penetrado ustedes en Olancho con el fin de coger soldados?".

"Caramba, Nó!", replicó el Coronel con su sonrisa torva. "Esos olanchanos son unos diablos! Portan grandes machetes y fusiles, y cuando son muy pocos pelean y se esconden en las montañas con los indios. No, no; nunca nos atrevemos a engancharlos; son muy "bravos" y están totalmente fuera de nuestro dominio. Hace muchos años el Gobierno invadió Olancho, pero fue "la primera" y "la última vez", añadió con un movimiento significativo. "El Gobierno tiene miedo a los "olanchanos", dijo después de un momento de silencio, "se consideran a sí mismos como una pequeña república independiente" (1).

El Coronel rió de mi proyecto de suscribir varios contratos con los Zelaya y me repitió el viejo refrán centroamericano: "Olancho ancho para entrar, angosto para salir", advertencia que, si era aplicable a la fascinación de sus mujeres o a los peligros ocultos de la región, yo estaba poco dispuesto a tomarla para mí mismo.

Los hombres engancharos se pusieron de nuevo en movimiento, el Coronel los vió pasar en su camino hacia Tegucigalpa y lue-

(1) Lo que pasaba, y sigue pasando para desgracia de Honduras, es que la falta de buenos caminos de fácil acceso, de hecho pone fuera del directo e inmediato control de las autoridades centrales a lugares donde imperan funcionarios arbitrarios y déspotas que, algunas veces con la tolerancia o el beneplácito de aquellas, se crigen en caciques, señores de vidas y haciendas

go con un alegre "adiós" espoleó su caballo para seguirnos. Pronto lo perdimos de vista.

Habiéndose lisiado una de nuestras mulas, resolví mandar por otra a la ciudad, lo que nos atrasó hasta por la tarde. Como el próximo poblado, San Diego de Talanga, estaba ocho leguas adelante, consideramos prudente pasar la noche en Río Abajo. Fueron descargadas las mulas pero las dejamos dentro del corral de nuestra posada, la casa del Señor Laínez, padre de Roberto, donde nos preparamos a pasarlo cómodamente entre niños chillones, pulgas, ruidos indescriptibles y la quintaesencia de la suciedad. Hay once casas en Río Abajo. En un montículo cercano a la casa, Don Domingo Fulano, estaba fabricando jabón de la carne de un cabro, dándole vueltas a la mezcla con un palo mienras se cocía en un fuego crepitante. El fogón era de adobes unidos por dentro y colocados en un bronco marco de ladrillos. Este es el único jabón que se usa en las ciudades del país y, en verdad, es una cosa malísima. Poco empeño se pone en quitarle las impurezas.

Al entrar en la casa hallé a uno de los chicos quejándose del dolor que le producía una pierna enferma y que probablemente se le había tullido y deformado por descuido. Mi fama de médico no se había escapado a Roberto quien me pidió viera al paciente. Yo había aprendido desde hacía mucho tiempo cómo satisfacer tales ruegos con la mejor buena voluntad y después de una debida inspección, receté de mi caja de medicinas, una mezcla de alcanfor, sal y pimienta de Cayena, que disolví en agua caliente y la apliqué a la pierna del enfermo. Sea por fé en el médico o por efectos del frotamiento, lo cierto es que el dolor desapareció con gran sorpresa y así, contra mi deseo, me di cuenta de que mi reputación crecía.

A mis esfuerzos en la ciencia médica se debió sin duda la excelente comida que nos dió la agradecida madre. Entre los platos había una salsera llena de mantequilla, dentro de la cual metíamos pedazos de tortillas recién echadas. Después de la comida mi sirviente tendió la hamaca, y apenas me había subido a ella para echar un sueño, cuando, de nuevo, el clamor del niño me despertó. Habíamos nueve personas durmiendo en un solo cuarto de la casa. Cuando le pedí luz a la señora, entró ésta con un hachón de ocote y la pequeña choza así iluminada presentaba un espectáculo al que yo no estaba acostumbrado, pero que, de aquí en adelante, me sería familiar de tanto verlo repetido. En las dos camas de cuero se hallaban varios chicos completamente desnudos, con los ojos parpadeando molestos por el reflejo de la antorcha. La señora misma estaba apenas cubierta con un ralo camisón, so-

bre el cual caía su larga y crespa cabellera con un aspecto salvaje y antinatural, realzado por sus negros ojos y su moreno rostro. Las facciones del Señor Laínez fuera de la colcha en harapos, me hizo recordar a un oso sacando su cabeza peluda desde un montón de malezas. L. . . envuelto en una sábana descansaba debajo de mi hamaca; los sirvientes estaban hechos un rollo sobre las sillas de montar y mantillones; en el centro de la casa estaban echados varios perros que parecían poco dispuestos a moverse a la voz chillona de su ama. En una percha para su acomodo especial, se veía una fila de gallos de pelea, cuyo disgusto por la repentina iluminación lo expresaban con profundos cacareos de rabia y agresivos picotazos. De las vigas colgaban varias sarias de chorizos, chiles, plátanos y diversas verduras, todo apenas discernible a través de las telas de arañas, cuyos ágiles propietarios también se aprestaron para una pronta vigilancia, a causa de la antorcha, moviéndose ligeros en asustadora proximidad a mis narices.

Se le hizo al enfermo una nueva aplicación de cápsico, sal y alcanfor y con tal éxito esta vez que el pequeño paciente se durmió. La noche estaba fría, tanto que eché mano de todas mis mantas. A la mañana siguiente, temprano estábamos activos. Mientras los muchachos ensillaban las bestias, tuve oportunidad de observar los alrededores. El sol se levantó sobre la cresta azul de las montañas, sin nubes, que se conocen con el nombre de Montes de Jutiapa. La pequeña aldea está en un extenso valle rodeado de numerosos cerros, que tenían en el amanecer aquel singular color jaspeado que sólo se vé en las regiones montañosas. Los cantos de una diversidad de pájaros llegaban desde los montes vecinos y así sucia, escuálida y miserable como era la choza, sentí el infinito placer de contemplar fuera de ella el prodigio de la belleza natural. Pronto nos alejamos del ruido de los cerdos, perros y aves de corral, y otra vez estábamos a campo abierto, con nuestras mulas jadeantes al subir y bajar de "cuestas", mientras Roberto, alegre, de cuando en cuando cantaba una canción trágicómica, al parecer el lamento de una señorita burlada frente a un cura picaresco:

"Oh, que estáis haciendo Fraile Pedro,
(Fraile Pedro,

"Oh, que estáis haciendo, Fraile Pedro,

Y al terminar el estribillo, agarraba a varazos la mula más cercana, haciéndola salir de estampida con una tremenda sacudida de la carga.

A las nueve de la mañana llegamos a un pequeño grupo de cabañas, que se llama Cofradía. Nuestra ruta desde Río Abajo era casi hacia el N. E., y siempre en un ascenso

gradual. Desde Cofradía el panorama es excelente: la Montaña de Las Moras rodea el horizonte hacia el N. N. E., y la de "Cantoral" hacia el N. O. La primera se denomina así por la gran cantidad de moras que hay en ella durante la época de cosecha. Antes de trepar por la montaña e inmediatamente después de que salimos de Río Abajo, vadeamos el Río en el paso "Hernando López", punto donde, según se me informó, se habían ahogado muchas personas al tratar de cruzarlo.

Llegamos a la casa de la señora Soto, que es la mejor del lugar, y al ofrecerle unos pocos "reales" la señora mandó por leche y pollos, que comimos con deleite. Aquí ví la planta de "chichicaste", una especie de leguminosa, el *Mocuna pruriens*. Cerca de la casa había unos pocos arados rústicos y otros instrumentos de labranza, pero todo estaba ocioso y, al parecer abandonado. Allá lejos en una colina desierta pude divisar dos formas humanas, pero con estas excepciones no había señal de vida, salvo unos pocos niños enflaquecidos. Los espesos y susurrantes pinares cerraban la vista hacia el Este y el Norte. La sensación con que uno se mueve a través de estas monótonas soledades es de tristeza indescriptible. La hierba es baja y el contraste entre la florida riqueza de las tierras calientes de Nicaragua y estas elevadas regiones es bien marcado y sorprendente.

Al dejar la pequeña aldea continuamos nuestro camino rumbo al Noroeste y después de viajar dos leguas, a través de un aparentemente interminable laberinto de montañas empinadas, llegamos al Río Grande. Lo cruzamos y arribamos al pie de una interesante colina de piedra caliza que, irguiéndose como los escalones de una cadena de montañas en miniatura, formaba una bella fortificación natural. El camino la circunvala gradualmente, siendo del color y de la consistencia del yeso brillaba a los candentes rayos del sol como si recientemente hubiera sido pintada de blanco; era difícil verla fijamente por un momento. El paso de las mulas ha hecho una serie de gradas tan regularmente marcadas, como si hubieran sido cortadas artísticamente. Desde su cima contemplamos más allá las "Montañas de los Ranchitos", hacia el Este, con sus cumbres distantes delineadas perfectamente contra el éter azul.

Hay una bajada suave en la colina antes de subir a los arrogantes picos. L... hizo un bosquejo de esto, como también de una interesante roca que corona el Cerro de Teustericque, por el cual pasamos a una legua de andar. Aquí hay una cueva construida, al parecer, por una raza ya extinta. Las piedras de granito se hallan colocadas regular-

mente como si fuera por manos de arquitectos. Dentro de éstas hay bloques cuadrados y todo está cubierto de musgo. La parte exterior se halla densamente cubierta por lianas y arbustos. Ninguno de mis muchachos sabía de su origen ni si se había hecho investigaciones al respecto. La dificultad del ascenso y la falta de tiempo me impidieron darle la debida atención. El interior está frecuentado por numerosos murciélagos que han mordido gravemente a algunas de las mejores mulas de la región. Una legua adelante cruzamos una corriente rápida y cristalina llamada "Río Zorrillo". Las aguas rutilantes dan un mentís a su nombre; fluye del noroeste y desagua en el Río Grande". Las montañas de "El Ranchito" todavía se dejaban ver. Al otro lado de ellas se extiende el llano de Talanga, en el que se asienta la población de ese nombre. El terreno intermedio es de formación granítica y piedra caliza, intercalada con una piedra color rojo que fácilmente se desmorona en pequeños trozos cuadrados. Lo abrupto de la colina, sin embargo, en muchos lugares las ha expuesto a la acción de las lluvias que, desprendiendo las substancias blancas, forma franjas grandes y secas que brillan desde lejos sobre el caliente y silencioso suelo. La serranía está escasamente poblada con pinos y robles.

Una vez que atravesamos estas serranías del "Ranchito" vimos en frente el gran valle de Talanga. El descenso es abrupto y escarpado. En todas direcciones vimos muchos pinos caídos cuyas raíces todavía con terrones de arena y caliza penetran apenas un pie en el suelo, que es poco profundo. El camino, alrededor de un promontorio o espolón de la montaña, ofrecía una vista bella del valle extenso y fértil, todavía húmeda por las recientes lluvias. Seguimos por una fangosa senda a lo largo de la Quebrada de Talanga, llamada también Río Salado. Es uno de los afluentes del Sulaco, que desemboca en el Humaya.

El camino que hasta entonces era por "cuestas", duro y árido, era ahora lodoso, pesado y obstruido por raíces y plantas rásfreras. La vegetación toma una apariencia exuberante y el limo negro alimenta a miles de plantas de verdor brillante e infinidad de atractivas flores. A la izquierda bordeando el camino, pantanos impenetrables por sus densos matorrales, y a la derecha ásperos bosques. Nos cogió la noche en estos lodazales desesperantes a pesar de haber acelerado nuestras cabalgaduras. El zumbido de miríadas de insectos y el ruido de los reptiles nocturnos llegaban claramente a través del aire. Por último, empezamos a ver lo que en la obscuridad no parecía ser un claro y nuestras mulas resbalaban y caían en el lodo y resoplaban ansiosas ante la perspectiva de

un próximo descanso. Salimos a una gran planicie cubierta de árboles bajos y apiñados y, aunque muy fértil, supe era insalubre. Está poco cultivado.

Después de haber pasado los pantanos por dos lugares, seguimos una vereda de mulas por oscuros matorrales y cruzando a menudo pequeñas quebradas hasta que, al dar una vuelta súbita, vimos un resplandor de luces rojas que con la explosión de bombas y gritos de una muchedumbre animada nos hizo vacilar por un momento y defenestros prudentes antes de entrar en la población.

"Una revolución, con toda seguridad", dijo L...

Pero cuando nos acercamos, el sonido de violines y guitarras nos desengañó y espoleando nuestras jadeantes bestias entramos a pasotrote en la pequeña población de San Diego de Talanga. Vimos la plaza y las calles iluminadas como en el día, con sendas fogatas, y las casas resonaban con las explosiones de cohetillos, torpedos y "bombas", en medio de una multitud juvenil que gritaba y saltaba alrededor de las llamas como una encarnación de verdaderos duendecillos. A primera vista la escena era pintoresca, pero observándola se disipó todo romance.

Cuando entramos, una muchedumbre avanzó hacia nosotros haciendo que las mulas de carga galoparan locas en la obscuridad seguidas de Diego y Roberto que exclamaban: "¡Caramba!" "¡Que muchachos éstos!" a lo que los de la comparsa contestaban con alaridos. Mientras los criados hacían regresar las bestias, fuimos rodeados por un grupo de viejas odiosas, cuyas pieles coriáceas, ojos nublados y facciones marchitas nos hicieron evocar las fantasmagóricas hermanas de los malditos aquelarres (1). A mis preguntas me dijeron que éste era el gran "día de fiesta" de Talanga cuando todo el mundo, del cura para abajo, tenía permiso para emborracharse, bailar y gritar a como les diera la gana, hecho que no podía contradeír viendo las grotescas figuras que nos rodeaban. La aparición de estas brujas medio desnudas y arrugadas se hacía todavía más horripilante al resplandor de las fogatas.

Dejamos este repugnante espectáculo y nos encaminamos hacia el "cabildo" donde otra muchedumbre, algo mejor alaviada que la de la "Plaza", nos encaminó hacia la casa de un conocido de L..., el señor Gregorio Moncada, quien vivía cerca de la iglesia. Cabalgamos hasta la casa de adobe que se

nos señaló, desmontamos y fuimos recibidos con una ruidosa bienvenida. Era una pareja joven; la señora había casado recientemente y antes de contraer matrimonio, se me dijo, era una de las muchachas más bonitas de Cedros, ciudad que queda como a diez leguas hacia el Norte. La conversación de la señora poco a poco fue aminorando la impresión desfavorable que primeramente me había formado de Talanga. No le gustaba el lugar, dijo, y suspiraba por vivir algún día en Tegucigalpa, para ella el centro de la elegancia y de la moda del mundo. En realidad, Honduras era su mundo porque no conocía otro. Después de la cena oímos banda de músicos tocando en el lado opuesto de la "Plaza" y hacia allá nos dirigimos. Era el último día de la fiesta y los habitantes estaban decididos a ponerle fin con las debidas demostraciones de júbilo. Permanecimos con la multitud a la puerta de la casa y miramos hacia el interior, donde los bailarines se remolinaban al compás del rasguear de las cuerdas y del chirriar de los instrumentos. De pronto el dueño de la casa divisó mi rostro, que no era el de un centroamericano, y el momento estaba en la puerta para verme de más cerca. Un cuchicheo con Roberto le reveló que yo era un "norteamericano" y funcionario del gobierno; tal oportunidad no podía desperdiciarla él para su baile así que, abriéndose paso autoritariamente, llegó hasta mí y cortésmente me invitó a que pasara adelante y escogiera compañera. Decirle que no aceptaba su invitación para unirme a las parejas que bailaban hubiera sido un desaire a tan generoso anfitrión, quien me señaló las mejores danzantes de la sala. El piso era de tierra y las paredes de "adobes" en bruto. Así que el lector bien puede fácilmente imaginarse al grupo y juzgar el estilo del salón de recepciones.

Al regresar a la casa de don Gregorio nos encontramos con una crepitante fogata en la esquina de una de las piezas que constituían el interior de la casa. La mía era la única hamaca, la que colgada de las viejas vigas servía mil veces mejor que los míseros lechos arreglados abajo con cueros de res extendidos en el piso. Con la excepción de la consabida peste de pulgas y del enloquecedor balido de unas cabras, nada alteraba nuestro tranquilo y reparador sueño, y temprano de la mañana siguiente nos levantamos bastante remozados. Mientras se cargaban las mulas dí una vuelta por la Plaza para echar un vistazo a la aldea. Era ésta una miserable colección de chozas de adobe, siendo la iglesia el único edificio regular. Una procesión religiosa integrada por todas las mujeres de la aldea, encabezada por el cura, pasaba frente a la casa en los momentos en que montábamos. Llevaban en hombros una ridícula imagen del santo patrón

(1) Aquelarre es palabra vascongada, que equivale a Prado del Cabrón V. Historia de los Heterodoxos Españoles, por el Dr. Marcelino Menéndez y Pelayo. Primera edición, p. 667.

del lugar (San Diego) y a pesar de toda mi acostumbrada seriedad en tales ocasiones, tuve que hacer un esfuerzo para no reirme. Al viejo santo, con una barba de un pie de largo y revestido con los baratos adornos de las aldeas, lo llevaban sentado en una silla, con la frente coronada de hojas de palmera y portando un cacharro de hojalata en la mano. Por un descuido de parte de sus cargadores, la cabeza iba ladeada y el movimiento con que se le conducía era precisamente como el de un violinista borracho saludando estúpidamente a la multitud. El cacharro, emblema de la bebida, y la corona de hojas de palmera que a la distancia parecían de parra, completaban el parecido báquico. Nos descubrimos reverentes ante este augusto grupo y salimos de ahí; pero al salir de la aldea y cuando ya no se nos podía oír, nos desgañitamos de risa.

La señora Nicolasa Moncada bondadosamente nos había llevado mantequilla en un bote que fue de pepinos, pero el torpe de Diego, a quien se le había confiado, lo dejó caer —a propósito según creo— y no pudimos paladear este dudoso manjar. Una hora de rápido trotar nos llevó a un valle al pie de las Montañas de Vindel. Mientras subíamos volvimos la vista hacia el pueblo que, como todos los españoles, tiene una apariencia atractiva, pero desde lejos.

En nuestra ruta, al subir por las ásperas cuevas nos encontramos con una recua de mulas "en rula" hacia San Miguel. Adelante iban dos mujeres llevando sendas canastas con un hueco en la parte superior por donde emergían las rojas crestas de media docena de gallos de pelea. Uno de los "arrieros" llevaba atado a sus espaldas un animal de buena estampa. Esperaban llegar a San Miguel a tiempo para que sus gallos tomaran parte en la próxima feria de Noviembre.

Al mediodía paramos en "Las Cuevas", mitad del camino entre Talanga y Guaimaca. Bajo la protectora ceja de un farallón hay un profundo corte en la colina, ennegrecido por el humo de las muchas fogatas de los viajeros que paran allí para cocinar. Una fuente corre cerca de este lugar y ahí desmontamos para hacer un poco de café. Mientras éste era preparado pasó una partida de ganado de Olancho, en su camino hacia San Miguel. Eran animales sanos y gordos y ello dio lugar a que se contaran varias historias espeluznantes en relación con el peligroso oficio de "arriero" de ganado. Partidas hasta de dos mil cabezas se llevan a veces de Olancho a Guatemala y en el camino los "vaqueros" son, a menudo, embesitados por animales furiosos, y empitonados hasta causarles la muerte. A estos hombres los han encontrado, dijeron, hechos pedazos

y mutilados, en las ramas de los árboles, a la vera del camino en donde, después de haber sido muertos, los animales con sus cuernos los han aventado hacia arriba.

Desde donde nos hallábamos sentados me llamó la atención un árbol de espeso follaje y de un verde profundo, de unos veinte pies de altura, y aparte de varios otros árboles, que mucho se parece a los sicomoros. De sus ramas, Diego cogió unas bayas secas, de la pasada estación, que inmediatamente reconocí como igual a las que yo había visto en venta en la "Plaza" del mercado de Tegucigalpa, en pequeñas canastas con el nombre "pimienta gorda". Era el verdadero pimentero como lo averigué poniéndolas en mi lengua. Vale poco más o menos diez centavos la libra en los mercados. Después supe que florece con marcado vigor y esbeltez en todas partes de Olancho. En una docena de viajes siempre los ví con su alto y bien proporcionado tronco, su corteza pardo obscura y suave como la del abedul. El follaje se asemeja al del laurel. Su presencia puede, a menudo, ser localizada por el olor aromático con que embalsama el aire. Aunque al pimentero se le cultiva en gran escala en las islas occidentales, ningún intento similar parece que se haya hecho en la tierra firme adyacente. Los nativos recogen las frutitas verdes del árbol silvestre en la estación florida (julio). Las traen en sacos a las pequeñas poblaciones de Olancho y se las pone al sol, se entresacan y cuando están completamente secas se venden a los comerciantes que, después de recoger suficiente cantidad, las empacan para llevarlas a la feria de San Miguel. Las semillas, se dice, son arrojadas en los terrenos por los pájaros que así se encargan de propagarlas indefinidamente.

El árbol del pimienta no se encuentra en suficientes cantidades para garantizar el establecimiento de un comercio en firme, pero la excelente calidad de la pimienta que recogen los nativos muestra que bien puede cultivarse con gran éxito. Su nombre de "allspice" le viene de una supuesta combinación que tiene de nuez moscada, clavo de olor y canela. Se la emplea en todo Honduras para sazonar y se le conoce generalmente por "pimienta gorda". En Olancho florece en Julio y Agosto. En Tegucigalpa en dos jardines particulares ví este árbol. Se le aprecia en varios lugares, especialmente por su aromática fragancia que, después de una llovizna, es muy agradable, cuando las hojas y los frutos se agitan y se estrujan.

Terminada nuestra comida montamos una vez más y seguimos por un camino hacia el Noroeste. La región de los pinares todavía continuaba intercalada con grupos de otros árboles que eran notorios por su rare-

za. Pero la tierra poco a poco se despeja y se inclinaba buscando las Montañas de Vin-del, hacia el Valle de Guaimaca, descubriendo a veces extensos llanos de pastizales cruzados por riachuelos. Algunos de aquellos se extendían por dos o tres leguas y, al expresar mi admiración, Diego, mi muchacho, me aconsejó seriamente que reservara

mi asombro para cuando llegáramos a Olancho, en donde él siempre había sabido que estaban los valles más bellos de Honduras. El rancho "Ojo de Agua", es lo único habitable que hay entre Talanga y Guaimaca. Lo pasamos sin visitarlo porque queda a una milla al Norte del camino real.

14

Noche en la Sierra.—Un Norte en las montañas.—Un paso. Peligros.—Guaimaca.—Recepción a medianoche.—"Dulce restaurador para una naturaleza cansada".—Preparativos para la "Función".—A caza de un desayuno.—Atroz miseria. Panorama de montaña.—El volcán de Guaimaca.—El salto. Río Redondo.—Fuentes del Guayape.—Ceremonias inaugurales.—Campamento.—María de la Santa Cruz.—Meditaciones de medianoche.—Un temblor.—Aspecto de la Sierra de Campamento.—Una helada.—Vehementes relatos de "Las Lavadoras".—Pesares.—Búsqueda del saber.—Lavaderos de oro en el Río de Concordia.—Visiones.—El río Guayapito.—Río Almendares.—Valle de Lepaguare.—Ganado.— Paisajes en el valle.

Llegó la noche y la débil luz que aún nos permitía distinguir el camino, se convirtió en impenetrable oscuridad. La selva se agitaba siniestramente y el silencio que mediaba entre nosotros hacía aún más triste la soledad en que nos hallábamos. Empezaron a caer gruesas gotas de lluvia y de lejos llegaba hasta nosotros, a través de las tinieblas, el aullido prolongado de algún hambriento habitante de la selva que me pareció ser un puma, ya que el rugido del tigre centroamericano rara vez tiene eco.

Nuestros fieles animales tanteaban con toda cautela el camino que recorrían, lleno de piedras que se deslizaban a cada paso ahora por cuevas inadvertidas para el jinete pero perfectamente claras para ellos, para luego subir a medio trote por sobre los fragmentos de algún canto rodado que obstruía la ruta; y de cuando en cuando se detenían para olfatear, con las orejas rectas, el tronco de algún árbol caído, atravesado en el camino. En tales circunstancias, locura es pretender dirigir estos sagaces camellos de las sierras. Con las riendas sueltas, seguros de su paso, dejábamos que ellos escogieran su marcha y su camino, y siendo incapaces para discernir, nos resignábamos, con toda la fe que podíamos poner en la discreción de nuestras bestias. Es en estas ocasiones que resalta el valor de la mula, porque el caballo, noble cual es, se iría guiando abajo con todo

y jinete, por carecer de esa seguridad que la mula posee.

A nuestro lado las ramas nudosas y goteantes inclinaban sus brazos ante el viento norteño, que gradualmente iba convirtiéndose en tormenta, mientras más y más aumentaba la oscuridad en la selva. A veces, cuando en las vueltas del camino una ráfaga nos azotaba desde atrás, las mulas se apresuraban a bajar sus orejas largas y sensibles para evitar el golpe de la lluvia, pero cuando aquella nos venía de frente, se apartaban hacia un lado y se paraban abruptamente, y entonces ni el acicate de la espuela, ni los anatemas, ni los golpes las hacían moverse.

El rugido de la tormenta entre los pinares, combinado con el estrépito de la caída de los árboles, el tremendo fragor del viento en la oscuridad, y lo escabroso del camino, hacían de ésta la más tenebrosa noche que habíamos pasado y yo, en mi interior, maldecía la hora en que decidí hacer este viaje en pleno invierno, en un país apenas conocido y con un objetivo cuyo alcance sólo intuía a través de leyendas exageradas y de oscuros relatos. L bajó las alas de su sombrero sobre su cara y con la cabeza inclinada sobre el pescuezo de la mula, espoleaba y pateaba al animal para que siguiera. Yo le gritaba, y él también gritaba en res-

puesta, pero el ruido de las cegadoras ráfagas de lluvia borraba nuestras palabras y en el mismo instante un enorme pino cuyas ramas más altas silbaban como el aparejo de un barco, se inclinó tanto con la fuerza del vendaval que cayó estrepitosamente a tierra en el punto en que tan solo un momento antes habíamos estado. El estruendo de sus ramas resonó en el bosque más que la tormenta.

"Caramba!" dijo Roberio, escupiendo la lluvia de su boca y persignándose, "qué noche tan espantosa!".

Recordaba yo en esos momentos la larga fila de pinos caídos a tierra que había visto por leguas en la montaña allá por "Las Cuevas" y podía comprender ahora la causa de su caída. Los norfes que violentamente azotaban las costas de México y a lo largo del Caribe, penetran en las cordilleras de Centro América donde, encerrados entre las barreras de las montañas, escapan con furia irresistible a través de las gargantas y cañones, a menudo volcando mulas y jinetes y arrasando leguas de bosques.

La vertiente atlántica de las cordilleras que corren hacia Olancho, está interceptada por desfiladeros estrechos que forman como embudos para los vientos de invierno. Desfiladeros similares se encuentran en las montañas del departamento de Gracias, fronterizo con Guatemala, en donde hay un lugar que se ha hecho famoso por el hecho de que, al pasar por él, el jinete tiene que apearse y andar a gatas para no correr el riesgo de salir aventado con su animal a los precipicios, desde donde los zopilotes y las fieras podrían agradecer al viento su festín. Seguimos el viaje pasando ahora por cuevas cuyo curso zigzagueante a menudo se veía cortado por corrientadas que se habían formado con la tormenta y que, saltando en sus lechos de piedra, apenas dejaban un espacio estrecho en que pudieran afirmar las patas los animales, o bien éstos se echaban hacia atrás, deslizándose por el camino hasta encontrar apoyo en planos más bajos.

Con el corriente frío se requería una exagerada imaginación para creer que nos hallábamos en una región del trópico, en un lugar que comúnmente se le asocia con miasmas mortales, pantanos productores de malaria y con los rostros cadavéricos de sus habitantes, víctimas de un paludismo endémico. La diferencia entre las tierras calientes de la costa de La Mosquitia y las heladas mesetas del interior, es el más marcado contraste que observa un extranjero.

Hacia la medianoche, nos aproximamos a la aldea de Guaimaca situada en el valle del mismo nombre. La tormenta todavía

azotaba las barrancas mientras descendíamos. Apartadas de las rutas ordinarias de viaje estas aldeas montañosas presentan cuadros de sórdida pobreza, ya que por la falta de comunicación con el pequeño mundo que les rodea no pueden ser asistidas, siendo Honduras una celda de ermitaños si se le compara con las demás secciones de Centro América. Me he esforzado en dar a conocer las condiciones de estos poblados —entre los pocos que ya he descrito— para que el viajero se forme una idea de lo que encontrará. Se los halla a grandes trechos de ocho o diez leguas, mediando entre ellas una completa desolación.

Los aldeanos, al parecer, no tienen qué comer o, si tienen, es tan poco que no están dispuestos a compartir o vender su alimento. Unas pocas fortillas, una manada de gallinas flacas y tal vez un cerdo enclenque, constituyen los únicos medios visibles de subsistencia en cada familia. Dejamos que el lector se imagine una senda por montañas desoladas desenvolviéndose en un escenario como el que ya he descrito. Estamos en la estación seca; un viento frío nocturno silba a través de los montes llevando consigo nubes de polvo y casi lo sacaba a uno de la silla de montar. Sin comer desde la salida del sol, la mente, predispuesta al desaliento debido al cansancio y al hambre resistida en silencio durante largo tiempo, se deja llevar por vagos y fristes presentimientos. De repente el ladrido lejano de un perro pone alerta a las sensitivas mulas. Apresuran éstas el paso y se deslizan rápidamente por las fuertes pendientes. Si es en la época de las lluvias, probablemente usted estará empapado de agua y cegado por los fogonazos de los relámpagos incesantes que casi le inflaman los ojos con su intensidad. De pronto usted se ve avanzando por un terreno parejo y en medio del pequeño llano de un octavo de milla de extensión, y puede ver la silueta de algunas chozas de indios. Una tropa de perros de pésima ralea salen ladrando y el avance de usted se anuncia con un gran coro de cerdos, mulas, caballos y gallináceas, pero hasta ahí no hay señal o voz de un ser humano, ni luces en el villorrio, todo a oscuras, silencioso y dormido. Las fantasmales siluetas de los cerros circundantes pregonan un murmullo solemne y escalofriante desde los pinares que festonan sus cumbres.

Fastidiado de andar a caballo, desfallecido por el agotamiento y el hambre, usted desmonta y después de saltar charcos y zanjias, busca a tientas la entrada de la choza más grande entre una colección de ahumadas barracas de adobe, que más parecen moradas de hotentotes que de seres semicivilizados. Usted se contiene para no abrir la puerta a la fuerza, recordando los perros, ante cuyos brillantes colmillos ni las botas ni

las sobrebotas son suficientes. Entonces usted grita en un argentino castellano, rogando ser admitido y la respuesta es un gruñido. Si usted agrega un aliciente pecuniario en un castellano más elocuente, la respuesta es una algarazara de chiquillos que chillan en coro y el regaño de la señora despertando a su compañero dormilón, a quien ordena abrir la puerta a los extraños. Don Fulano, Alcalde Primero del centenar de nativos, se levanta medio desnudo de su cama de cuero, abre la puerta de un golpe, espía en la húmeda noche y dice monosilábicamente: "¿Quién?".

Sigue luego una conversación en la que los principales argumentos, de parte de él, son:

"No hay nada de comer", "muy pobres", ni víveres ni camas hay"; y de parte de usted:

"Oficial del Gobierno", "el Presidente Cabañas", "Don Francisco Zelaya", "Cristianos" y lo que es mejor de todo, el retintín indolente de unos pocos "reales", los que usted deja relucir en la claridad que sale por las rendijas.

Por fin, la puerta se abre y usted obtiene permiso para poder ocupar el suelo por la noche o quizás para colgar su hamaca de las vigas.

Sin embargo, dormir es imposible; el ronquido del señor que responde con un gruñido invariable al regaño frecuente de la señora que le invita a que atienda las necesidades naturales de una media docena de necios chiquillos; el canto, la nerviosidad y el batir de las alas de los gallos de cuya ubicación, encima, usted inmediatamente se da cuenta por las leyes de la gravitación; el rebuzno de los burros, el ladrido de los perros, todo esto agregado a los ataques de ese indomable caballo de guerra de la tribu de los insectos, la pulga, todo esto le dá a usted una noche más miserable que el día y hace que salude el amanecer con un fervor que no es para descrito. Usted se levanta al alba, chupa su pipa con placer, bebe un sorbo de café o de chocolate, hace sus abluciones a la carrera en la quebrada más cercana, monta y sale de nuevo, con renovado valor, a cruzar los interminables y tristes pasos de la montaña.

Así fuimos recibidos en Guaimaca y pasamos una noche tan terrible como sólo pueden apreciarlo quienes lo han experimentado. Pero en la mañana, así que salimos de la choza, encontramos una escena totalmente distinta. El día estaba despejado y tranquilo. Las nubes cargadas de lluvia se habían disipado hacia el Oeste y un cielo azul cubría de lado a lado el pequeño anfiteatro de Guaimaca. Una atmósfera pura y suave

lo vigoriza todo y parecía imbuirnos nuevas energías para continuar nuestra ruta por la montaña. Una muchacha de unos diecisiete años entró en la choza mientras nos desayunábamos. Llegó luego un buhonero ambulante vendiendo vestidos, cintas y dijes para mujeres y se trabó una discusión entre ambos por cuatro reales en cuanto al precio de un vestido que la bella campesina deseaba comprar para estrenarlo en la función, que ya estaba cercana. Calculando yo una recepción hospitalaria a nuestro regreso de Olancho, lo compré y se lo obsequié a la madre, que inmediatamente salió y después de explorar la pequeña población regresó con una docena de huevos, una gallina, una pirámide de tortillas, aumentando así grandemente nuestras provisiones. La fiesta de San Diego, dijeron, se debió haber celebrado hacía una semana pero el cura cayó enfermo y no hubo quien dirigiera apropiadamente las ceremonias.

Antes de mi golpe de suerte con la señora Hipólita y de hacerle mi obsequio a la niña Alvina, su hija, había hecho un recorrido en busca de alimentos por la aldea, que consistía en catorce chozas de adobe, pero sin éxito.

"Esta es una tierra de abundancia, Señor", dijo una negra que, con su chico a horcajadas en la cadera, se paró a contestar, mi petición por algo de comer, "pero la langosta lo há devorado todo este año".

Pregunté en la choza de una anciana descalza, con el pelo revuelto cayéndole sobre la cara, que se hallaba barriando el piso con una escoba de monte.

"Señor", me dijo, "aquí tenemos poco qué comer para nosotros, este es tiempo de escasez. Vaya con Dios!" y cerró la puerta, siendo ella misma una estampa de penuria y miseria.

Encontré al Alcalde durmiendo a todo lo largo sobre un banco, con el pelo parado como nido de urracas y los pies desnudos embarrados con un lodo rosado.

"Amigo", le dije con el debido respeto a su cargo, "ayúdeme a conseguir algunas tortillas y frijoles para mi viaje".

"Señor", repuso cuando despertó ante mi repetida demanda, "aquí no tenemos absolutamente nada qué comer. Esta es época de terrible escasez. Me temo que tendremos que abandonar este lugar y buscar los valles de allá abajo para poder sobrevivir".

"Pero", le dije señalando unos tasajos de carne seca ennegrecida por el sol que colgaba de un palo atravesado entre dos pos-

tes, "aquí hay un poco de carne salada. ¿No me venderá usted un bocado?".

"Es imposible", contestó el Alcalde, "nos moriríamos de hambre. Mejor es que se apresure usted a llegar a Campamento en donde creo hay un poco de maíz y frijoles". Precisamente había regresado de este infeliz intento, cuando llegó el buhonero, y la señora compensó mi generosidad de la manera que dije antes.

Salimos de Guaimaca y media hora después nos hallábamos cruzando otra vez los solitarios pasos de la sierra. El sol, ya alto en las montañas, brillaba de lleno sobre las banderolas oropeladas del musgo colgante de los árboles. Los troncos de éstos, cubiertos con líquenes plateados, fulgían entre el sombrío follaje o se enroscaban en figuras fantásticas para esquivar las rocas que entre ellos se elevaban como castillos en ruinas. En las alturas había una gran quietud que parecía no haber sido jamás interrumpida. Cruzamos estas impresionantes soledades recreándonos con las flores diminutas de la tierra alta, que emergían de las hojas húmedas extendidas en el suelo, o mirando arriba el vuelo lento de los gavilanes, perturbados en sus dominios solitarios, chillando agudamente y yéndose a parar en las rocas distantes.

No creo que descripción alguna pueda transmitir la idea completa de la influencia vigorizante del aire fresco mañanero en estas tierras de altura. Gozándolo mientras se cabalga, el efecto se nota especialmente después de una noche de lluvia, que en estas regiones no destruye los caminos excepto en los pocos llanos. Es una positiva bendición el respirarlo. El aire puro se adentra en los pulmones como un chorro de agua fresca, pero el efecto en el cuerpo es como el del gas hilarante. Después de las diez de la mañana el calor aumenta y por una hora, antes y después del mediodía, uno se ve precisado a buscar sombra en algún monte espeso o bajo una saliente roca, para descansar.

Hacia el Noroeste hay una serranía conocida con el nombre de Montañas de Galán, de un perfil aguzado a lo largo del horizonte cuya tonalidad, de un azul intenso, se prendió a mis ojos en silenciosa admiración, insistiendo en contemplarla cada vez que me lo permitía un claro en el bosque o una subida en el camino.

Toda la serranía brillaba con la lluvia de la noche anterior, tan vivazmente que más parecía la fantasía del lápiz de un artista que una viva realidad. Justamente de su ceniro emergía el cono del Guaimaca, evidentemente un volcán extinto a juzgar por su forma piramidal y el pico tronchado por algún

cataclismo de hace muchísimo tiempo, pareciéndose ahora a un pan de azúcar cuya cresta ha sido arrancada a una o dos pulgadas de su vértice. Se reporta que hace pocos años se oían retumbos en esta sección del país y los guaimacas repiten la tradición de que la montaña ha despedido mucho humo, fuego y cenizas, pero tal tradición es poco digna de confianza. El pico se levanta a 2.000 pies sobre el nivel del llano y a unos 4.000 del nivel del mar. Las montañas de Galán son continuación de la cadena que corre hacia el Noroeste y forma una gran curva de algunas veinte millas al Noroeste de Guaimaca. Esta cadena montañosa es conocida como Montañas de El Salto por el hecho de que desde su cúspide comienza el descenso hasta alcanzar las grandes sabanas costeras del mar Caribe. Esta cordillera se divide en dos ramas, siendo la oriental la de Campamento, donde comienzan los dominios de la gran familia de los Zelaya, descendientes de los exploradores que fundaron Olancho, que en el Siglo XVII entraron a estas remotísimas selváticas con sus corajudos subalternos gozando de una concesión de la corona de España, y sometieron a los indígenas, introdujeron el primer ganado y descubrieron la naturaleza aurífera del suelo (1)

A mediodía llegamos a un lugar que se llama "El Rancho", donde hay dos chozas construídas por el Gobierno en beneficio de los transeúntes, que allí pueden pasar la noche; y una legua más lejos llegamos a una choza miserable del punto llamado "El Salto". Los habitantes de esta cabaña, hasta donde pude juzgarlo, eran un gallo enlodado, dos gallinas, varios cerdos flacos y agresivos, dos o tres chicos desnudos, que jugaban detrás de la choza cuando desmontamos, y una mujer ya vieja. Comenzamos con los sempiternos preliminares de preguntar si tenía plátanos o huevos que comer, pero la vieja, temblorosa, repeña siempre la misma cantinela "no hay" echando al mismo tiempo una mirada de aprensión a su pequeño acervo de aves de corral y cerdos. Este era el lugar más desgraciado que hasta entonces había visto.

Al preguntarle dónde estaba el resto de los aldeanos, me replicó que unos habían sido cogidos por los soldados, que otros habían muerto y los demás habían ido a Olancho a buscar víveres. Le dí un puñado de monedas de cobre, que ella agradeció diciéndome: "Que Dios lo conserve, Señor!" y proseguimos nuestro camino descendiendo por una senda cuya gradería escabrosa sería di-

(1) Olancho fue conocido por los españoles desde sus primeras exploraciones en nuestro territorio. Parece que la primera población fundada en aquella región fue la Villa de la Frontera de Cáceres, el año de 1526, que tuvo vida efímera. En Olancho murió oscuramente a manos de los indios, el 21 de Enero de 1527, el Capitán Juan de Grijalva, jefe de la segunda expedición enviada por Diego de Velásquez, Gobernador de Cuba, al descubrimiento de México. V El descubrimiento de México. Una gloria ignorada: Juan de Grijalva, por Angel Bozal. Madrid, 1927, p. 90.

fácil de describir, y llegamos a las aguas del Río Redondo que corre hacia el Noroeste abriéndose paso por una garganta a varias leguas al Este, para unir sus brillantes aguas con otro de iguales dimensiones en una serie de cascadas hasta desembocar en el Guayape. Estos ríos nacen en las montañas de El Salto y Campamento.

No podré olvidar fácilmente lo que sentí cuando por primera vez ví estos pequeños afluentes del famoso río que con tanta ansia deseaba contemplar. El calor se había vuelto excesivo y ordenamos un paro general para desmontar y bañarnos en las tentadoras linfas. Después del baño hicimos circular la botella de aguardiente para brindar por la primera prueba tangible del Guayape.

Yo llevé de California una bandera americana, que regalé en Chinandega a mi amigo Don Mariano, y la Señora... de Tegucigalpa me la reemplazó con una de su propia manufactura. El rojo y el azul estaban cosidos sobre una base de dril blanco y las estrellas regularmente colocadas, como lo hubiera deseado el patriota más exigente.

Roberto sacó esa bandera de sus alforjas y gritó: "Viva la bandera americana!" cuando vió sus pliegues arrugados ondeando al viento.

"Bien", pensé yo mientras la tela brillante ondeaba, ¿quién sabe si en el curso de los acontecimientos esta bandera no pueda flotar sobre los extensos valles de Centro América?"

Pensamiento profético, cuando vino a mi mente, porque mis compañeros que quedaron en Nicaragua, mediante contrato estaban ya en camino de California con el fin de traer de allá elementos anglosajones para que tomaran parte en las guerras intestinas de aquella república infeliz. Desde el contrato con Byron Cole qué serie de acontecimientos políticos se han desarrollado! El "Vival" de Roberto era, más que una cavilación, el primer grito de la joven América en su nueva cuna tropical.

Después de haber cruzado el Río Redondo ascendimos de nuevo unos 1.500 pies y salimos a una extensa planicie que gradualmente se extiende hacia el Noroeste. Estábamos ahora en Olancho. La cordillera de El Salto forma la línea fronteriza que separa aquel departamento del resto de Honduras. Seguimos nuestro camino que, por la falta de tránsito, estaba casi cerrado, yendo paralelamente a una quebrada que serpenteaba a través de la espesa montaña y alcanzamos un pequeño valle rodeado de cerros en cuyo centro estaba la aldea de Campamento. La

elevación de este lugar es de 2.500 pies sobre el nivel del mar.

Nos apeamos a la puerta de la choza más grande. Su propietaria llevaba el divertido nombre de María de la Santa Cruz, quien apareció al instante y nos invitó a que entráramos, en el nombre de Dios. Ese inesperado buen recibimiento aseguraba una plétora de tortillas y otros comestibles; y en efecto, pocos minutos después, desensilladas nuestras mulas, se nos sirvió una opípara cena por la señora de la casa.

La población de Campamento consiste en una mezcla de negros e indios, poco más o menos doscientos en número, que residen en terrenos que legalmente pertenecen a la familia Zelaya, pero están bajo la autoridad del Supremo Gobierno de Honduras. Pronto averigüé, sin embargo, que todo el mundo considera a los Zelaya como los soberanos locales de toda esta región del país, de quienes depende para la adquisición de su vestuario y de los artículos ordinarios de subsistencia, reconociendo al General don Chico como cariñosamente llaman a don Francisco, como su padre y patrón.

La señora Santa Cruz me informó que la quebrada que habíamos seguido durante la tarde se llamaba a veces Río Concordia y desemboca en el Guayape; que de allí se había extraído mucho oro y que a la mañana siguiente me enseñaría un lugar en donde unas lavadoras estaban trabajando. Me contenté con este ofrecimiento y volví a mi hamaca, colgada, como de ordinario, de viga a viga. Como no podía dormir, me puse a observar el paisaje que se diluía en la obscuridad que ya cubría las montañas. L estaba muy cansado y apenas contestaba a mis preguntas con un débil murmullo, mostrando su deseo de dormir. En cuanto a mí, me hallaba en estado de agitación. Había pasado casi todo el día por una región que, gracias a los varios años de mi experiencia minera en California, sabía que contenía oro. Me había fijado cuidadosamente en el aspecto de las rocas y en la naturaleza de los suelos.

Las vetas de cuarzo aurífero se ven frecuentemente en otras partes de Centro América, como en Olancho, pero en ninguna parte del continente, excepto en California y en Oregón, se han descubierto placeres de oro superiores a los que después ví en la región del Río Guayape. Las formaciones rocosas que había observado durante el día eran análogas, pero no idénticas, a las del Stanislaus y otros ríos. La diferencia de suelo se hace evidente en la vegetación más densa y más rica de esta región. Me inclino a considerar que las serranías de El Salto y Campamento son de formación más reciente y más cam-

biadas por interferencias volcánicas, que las de la Sierra Nevada. Las cumbres por las que habíamos pasado estaban integradas con una roca porosa de sílice, impropia para la vegetación, pero al descender las cuestas noté la formación de pizarra en estratos verticales, iguales a los que forman el lecho rocoso del Río Mokelumne, en California. Veía a menudo grandes lugares descubiertos, con una especie de piedra caliza en grandes capas y estratos, pero por lo general, quebradas en guijas y mezcladas con millones de pequeños pedazos de cuarzo, formando todo una masa como la llamada "pudding stone" (piedra budin).

En la ruta, a menudo se cruza por entre estas capas, donde un arroyo fluye desde las montañas y pasa a través de ellas; los lechos de los riachuelos están empedrados con guijas veteadas, en las que predomina el cuarzo blanco. Toda la vertiente de la serranía divisoria se halla formada por una mezcla de piedra caliza, cuarzo y pizarra. Cuando descendían nuestras bestias, con frecuencia se resbalaban sobre partículas lustrosas. Pero más sencillos informantes muy pronto me dijeron que no sólo el Guayape era el único río que arrastraba oro en Olancho. Cada tributario montañoso, cada quebrada, cada cañón, decían, contiene depósitos del metal.

En Olancho todo era "silencio" según me dijeron mis informantes al referirse a la quietud física y política que reinaba en las soledades que íbamos cruzando.

Los mozos hicieron una fogata con ocote cerca de la puerta y acuclillándose a su alrededor, se envolvieron en sus sarapes y conversaban en voz baja mientras fumaban sendos cigarrillos de tuza. Yo me adormecí por intervalos durante la noche, despertándome a cada momento y observando las sombras humanas reflejadas en la pared y escuchando el monótono canturreo de sus voces graves. El fuego poco a poco iba extinguiéndose, y cuando cayó la noche se echaron en el suelo para dormir, con machetes al lado, y su respiración pesada se combinaba curiosamente con el piar de los polluelos bajo las alas de una gallina que estaba en una esquina. Cerca de medianoche pasó una partida de ganado y después todo quedó en silencio, a no ser el crepitar de las brasas moribundas.

A pesar de haber andado a caballo a través de las gargantas de las montañas, desde la mañana, en un trayecto cansado, el sueño se disipó de mis pestañas. Estuve con los ojos abiertos y mil agitados pensamientos dieron vuelta en mi cerebro: el panorama extraño que había visto; la región misteriosa cuyo portal había cruzado; las historias sobre el oro que habían contado los hombres

cabe la fogata; la certidumbre de que, al fin, había llegado a la meta de mis esperanzas y los relatos crudos de los nativos que me rodeaban de que el Guayape, rico como era, no era el único río de oro en Olancho; tales eran los pensamientos que me tenían despierto y dando vueltas en mi hamaca. Poco a poco el tic-tac de mi reloj se unió con las suaves notas de las gallinitas y me dormí soñando en California y mis amigos allá lejos entre hondonadas profundas y montañas frondosas.

De pronto un bajo retumbo, como la descarga de una lejana artillería, me despertó. El perro saltó sobre sus patas. Cuando el ruido se repitió acompañado de una sacudida de mi hamaca, recordé que estábamos en la región de los temblores, aunque éstos son casi tan raros en Olancho como en los Estados Unidos. Roberto se volvió perezosamente en su cama de cuero murmurando: "Terremoto!" y tornó a dormirse en el momento. Al ver yo lo despreocupado que estaban mis compañeros, concluí que no había ningún peligro, pero poco después la casa se balanceaba y sacudía en sus cimientos. Todo el mundo saltó durante esta segunda trepidación, diciendo: "Dios mío, ¿qué es ésto?" y el perro lanzó un prolongado y triste aullido, pero la oscilación, que parecía horizontal, no se repitió. Los temblores que se sienten en Honduras a intervalos raros son más bien ondulatorios y no convulsivos, como sucede en las repúblicas vecinas. No hay prueba de erupciones volcánicas entre Tegucigalpa y la costa Norte.

Una neblina fría, más de Terranova que de climas tropicales, cayó como un paño mortuorio sobre la montaña y los bosques, cuando salimos de la choza en la mañana. Me envolví en mi poncho y fuimos con L a un cerro vecino para hacer un dibujo del lugar. "¿Es éste el clima de Olancho de que tanto se precian?", le pregunté. Se rió, mientras se abotonaba el saco y me dijo: "¡Cuidado no caiga una de nuestras granizadas en la sierra antes de su regreso!", observación que entonces disimulé con una sonrisa, pero que se convirtió en una realidad que experimenté. El termómetro señalaba 58° Fahrenheit.

Mientras se nos preparaba un magro desayuno, se había reunido a mi alrededor un grupo de aldeanos, estimulados con unos pocos traguitos de aguardiente y con unas pocas palabras de lisonja y poco a poco los induje a que me narraran algo sobre los lugares principales en que hay oro en la región. Se adelantó una vieja para decirme que en un día ella había lavado "ocho libras de oro!", otra, que ella había contribuido para la construcción de la iglesia de Juticalpa con "cuatro libras" del precioso metal. Un

individuo de voz fuerte empujó hacia adelante a una muchacha de ojos vivos que dijo que hacía pocos meses había desenterrado, y vendido en Lepaguare, una pepita sólida de oro que pesaba tres onzas. Varias viejas, con aspecto de brujas, de ojos legañosos y pelo canoso y revuelto, contaban solemnemente las tradiciones consagradas por el tiempo sobre la región, mezclados con viejos recuerdos de sus propios golpes de suerte. Unos fumaban tabaco silvestre o, acucillados en sus corvas, me observaban con ojos penetrantes, volviéndose de cuando en cuando entre sí para cambiar alguna observación en voz baja. Me cubrí con mi sarape, miré hacia el grupo de montañas hacia el Sur y traté de grabar la escena en mi mente. ¿Sería que estas pobres criaturas, aparentemente desprovistas de inventiva, estaban tratando de embaucarme con la esperanza de que les diera recompensa proporcionada a la exageración de sus cuentos? Escuché sus extrañas narraciones y miré fijamente sus rostros inexpresivos como si de repente despertara yo de un sueño, a la realidad de una escena de "Las Mil y Una Noches".

L . observaba mi mirada de asombro. "Estos", me dijo, "son los cavadores de oro. —¿No lo cree Ud., señor?"

"Nó", le repuse, "su historia, si no es enteramente fábula, lo cual no debo suponer, debe estar fundada en la experiencia, y sólo estaré complacido al verlo por mí mismo".

"Espere, entonces, a que lleguemos al pie de las montañas de Olancho".

Sin embargo, todavía tenía curiosidad para aprovecharme todo cuanto fuera posible de la presente oportunidad, y de nuevo me dirigí a las mujeres que parecían indiferentes, pero no renuentes a contestar a mis preguntas. Toqué despreciativamente los burdos trapos que parcialmente le cubrían las espaldas huesudas, y pregunté a una de ellas: "¿Por qué no compras, tú que sacas este oro?"

"Yo soy una vieja, señor; mis manos ya no son fuertes. No voy sino rara vez a las cañadas y a los ríos".

"Los viejos tiempos de la colonia se fueron para siempre", dijo otra, en apariencia la más vieja del grupo.

"¿Pero qué fué del oro que se extrajo en aquellos tiempos?"

"¿Es que acaso tenemos hijos a quienes mantener?", exclamó otra.

"La Iglesia", "La Santa Virgen", "Los Padres", dijeron de común acuerdo media do-

cena de ellas, y persignándose apresuradamente, reasumieron su fumado como satisfechas de haber cumplido un gran deber.

Una vieja que estaba sentada un poco aparte, se volvió hacia mí cuando el resto calló y me dijo con una mirada socarrona: "Nosotros no enseñamos todo nuestro oro, señor!"

"¿Y por qué?", le pregunté.

Ella rió. "Nos lo roba el Gobierno!"

Aquí estábamos en presencia de algo parecido a los mendigos de Nueva York. Haciendo presión sobre el asunto un poco más, la pregunté: "¿Entierran ustedes su oro?"

Dió una larga chupada a su cigarrillo, y no dijo más.

"Es inútil", dijo L . "nunca divulgarán tal secreto, al menos que usted llevara a cabo alguna cura maravillosa entre sus enfermos. En tal caso no habría límite para demostrar su gratitud. Pero esté usted seguro de una cosa, mi amigo, nos hallamos en estos momentos en la región aurífera del Guayape".

Le pregunté a L . si él creía a estas mujeres.

"He vivido en Honduras", me contestó, "hasta la edad de treinta años y siempre oí tales relatos sobre esta región, mas nunca había estado aquí antes de ahora, pero al estar aquí con usted, cuyo propósito es abrir estos recursos al espíritu de empresa de sus compatriotas, yo me doy cuenta del entusiasmo que el General Morazán siempre mostró al hablar de Olancho. El detestaba a los ingleses, pero fue partidario de las empresas norteamericanas y francesas".

De lo que pude averiguar juzgué que los depósitos principales de oro no estaban en las sierras, sino abajo, al pie de las montañas de Campamento, hacia el Noroeste. Tranquilo, como el río Concordia que pasa allí cerca, persuadí a mis nuevas conocidas a que juntos fuéramos allá y laváramos unas pocas "bateas". La búsqueda de oro se contrae ahora principalmente a separar las finas partículas del metal de las arenas del río.

Anduvimos poco más o menos media milla hacia el río, habiéndonos precedido dos mujeres para llenar sus bateas con arenas que no tomaron del fondo de la hoya, como en California (donde el metal se encuentra por gravitación dentro de la masa superyacente, sino raspándolo todo sin cuidado y sin inteligencia). A los pocos minutos, el contenido había sido reducido por el

proceso californiano de la cazuela, a cerca de dos cucharadas de arena negruzca, entre la que pude ver diminutas partículas de oro valor probablemente no ascendía a más de dos centavos.

Pero hasta estas pruebas infinitesimales de la riqueza que se esconde en las sólidas rocas, cerca y lejos, me impresionó más de lo que había anticipado. Me senté y atolondrado por la presencia del pequeño grupo en derredor, dí rienda suelta a la fantasía, conjurando visiones arcoirizadas con las cuales dos veces en mi vida había osado entretenerme. Mi pensamiento se empeñó en ver pobladas todas estas grises alturas y en imaginar estas remotidades que nos rodeaban haciendo eco al estrépito de la labor empeñosa y al traquetear de las máquinas. Involuntariamente me levanté y casi me sentí decepcionado al convencerme de nuevo que me hallaba en presencia de criaturas indiferentes. Pero no era ocasión para romances. Al regresar a la aldea, montamos en nuestras mulas y diciendo un caluroso "Adiós" a los nativos, comenzamos a subir las grandes mesetas del valle de Lepaguare.

Cada paso nos conducía rápidamente hacia abajo desde las estériles montañas cubiertas de pinares que habíamos atravesado durante la semana, y nos acercaba a un valle de verdor brillante que, contemplado desde nuestra posición elevada, poseía todos los encantos de una belleza virgiliana. Seguimos el curso del burbujeante Guayapito, que sabíamos desaguaba más abajo en el río más grande. Exaltados con los bellos panoramas que una y otra vez se abrían hacia el Este seguimos, ahora deslizándonos por piedras rodadizas, ya agarrándonos de las ramas salientes para retardar nuestro descenso. Las mulas, tan cansadas como nosotros de la región inhóspita que habíamos atravesado, parecían contemplar con avidez la perspectiva encantadora, parándose repentinamente a ramonear las hojitas del zacate que bordeaban el camino y dejando deliberadamente la vía a pesar de nuestros gritos y latigazos.

En el paisaje apareció un claro cielo azul en el que el viento balsámico del Sur soplaba suavemente entre los árboles, impartien-

do hálitos de vida y alternando la quietud de la perspectiva. Sabiendo que antes del anochecer llegaríamos a Lepaguare, en varias ocasiones paramos para hacer bosquejos de las pequeñas y bonitas vistas, y de los raros árboles. Por fin llegamos a la orilla de un rápido río que nace en las montañas de Teupacenti y fluye hacia el Noroeste desembocando en el Guayape a doce leguas de Juticalpa. Este, como supimos después, era el río Almendares, en cuyas cabeceras se han sacado las pepitas de oro puro más grandes de Olancho.

Dispuesto como me hallaba para llegar a la meta de mis aspiraciones, no podía dejar de pararme y tomar un apunte del río. Fue aquí que vimos por primera vez los ganados de Olancho: gordos, lustrosos, comiendo la grama y el orégano florecido que les llegaba hasta las rodillas, con movimientos lentos, apenas visibles en la orilla opuesta, y vistos a través de los intersticios de los setos de carbón, cuyas hojas glutinosas y oscuras contrastaban con el follaje de las palmeras que se veían en lontananza.

El paisaje, mientras avanzábamos, excedía a todo lo que hasta entonces había visto, tanto en la suavidad de los perfiles como en el esplendor del colorido. En el valle me hallé cruzando por una pradera, variada con ondulaciones anchas y cubierta con apretados pastizales y flores. Rebaños de ganado vacuno, recuas de caballos y de las tan célebres mulas de Olancho daban vida y variedad al panorama. Señalaban la fuente de aquella primitiva riqueza y prosperidad que ha dado predominio perenne en este rincón de tierra a la aristocrática sangre española. A intervalos, el grito distante, pero familiar, del vaquero rompía la tranquilidad. Todo a mi alrededor, el horizonte azul de montañas abrazando un paisaje amplio refrescado por el aire de la tarde y retraído con la más rica verdura en los matices del otoño, me hizo evocar vívidamente el panorama de California, donde las colinas al pie de las sierras se inclinan hacia el Oeste, como lo hacen éstas hacia el Norie. Un océano de oro y verde ondulaba en los tintes purpúreos del ocaso.

EXPLORACIONES Y AVENTURAS EN HONDURAS

CONTENIENDO APUNTES DE VIAJE DE LAS REGIONES AURIFERAS DE OLANCHO
Y UNA REVISIÓN DE LA HISTORIA Y DE LOS RECURSOS DE AMÉRICA CENTRAL

WILLIAM V. WELLS

15

La Sensitiva.—Helechos.—Flor de Lis.—Laurel.—Río Almendares.—La Lima.—Río Guayape.—Hacienda de San Juan.—Valle de Lepaguare.—Una hacienda de ganado en Olancho.—Lepaguare.—El General Zelaya.—Nuestro recibimiento.—Charlas.—Situación política de Olancho.—Topografía del departamento.—Elaboración de mapas.—Excursiones a caballo.—El clima.—Consejas populares.—Un paisaje.—Ruta hacia el Guayape.—Aspecto de la región.—Valle del Guayape.—“El Murciélago”.—“Las Lavadoras”.—Lavaderos de oro.—La primera cuna en Olancho.—Ricas excavaciones.—Gran agitación entre los nativos.—Evidencias de viejas minas y trabajos aborígenes.—Los bucaneros.—Galope hacia Barrozas.—Los cinco hermanos Zelaya.—Escribiendo la historia.

Mientras L. . . preparaba su cuaderno de apuntes y Roberio y Víctor fumaban cigarrós a la vera de una sombra cercana, desmonté y examiné unas enredaderas y arbus-tos que al principio creí eran de la especie de los helechos. La reciente crecida del río había sepultado los tallos bajo la arena, de la cual, con un tirón vigoroso, traté de arrancarlas. Al momento, toda la enredadera presentó un aspecto tan extraordinario que yo, involuntariamente, dí un salto hacia atrás medio alarmado por lo que había visto. Las hojas, que se extienden como barbitas al lado del tallo, se contrajeron lentamente y se plegaron juntándose como si se hubieran ofendido por mi procedimiento rudo. L. . . que se hallaba sentado sobre su mula, se volvió al oír mi exclamación, y muerto de risa, probablemente deleitado con mi actitud meticulosa, me gritó: “es la planta sensitiva!” (1).

La maravilla se me explicó, y ahora he sabido por la primera vez que esta planta abunda en las mesetas y las tierras bajas de todo Centro América, pero como L. . . observó, raramente se le veía en tan grandes cantidades como aquí. Las enredaderas formaban un colchón en buen trecho a lo largo de las márgenes del río. A intervalos podían verse también árboles de sensitiva, erectos como de doce a dieciséis pies de altura y pa-

recidos en sus hojas y en su disposición irritable a las plantas ya descritas. Recogí un palo con el cual dí un golpe seco en el tronco, inmediatamente no sólo las hojas se encogieron sino que hasta las últimas ramitas se inclinaron visiblemente hacia el tronco padre.

Después seguimos por espesos colchones de sensitivas, que formaban una capa compacta que se extendía un pie sobre el suelo y que nuestras mulas trituraban al pasar. El suelo parecía retorcerse al paso de las cabalgaduras, dando al engaño un asomo de verdad.

En la parte más umbrosa del bosque por donde íbamos aparecían los helechos, de las especies pequeñas, con sus hojas oscuras, espesamente adornados con hojas aserradas, casi como el verdadero helecho de los Estados Unidos. Crecen en penachos y se mezclan libremente con el musgo y las plantas espinosas que por doquiera se encuentran bajo los árboles.

Aquí observamos también ejemplares de la “flor de lis” a orillas de los pequeños arroyos. La flor, según creo, poco difiere de la de Europa y Norté América. Ví varias a una elevación de más de 1.500 pies sobre el nivel del mar. El laurel también se ve aquí frecuentemente y alcanza una altura mayor que en el Norte, pues llega a veces a cuarenta pies. El tronco es nudoso y en los bosques

(1) Conocida popularmente como “dormidera”

a menudo se halla cubierto con un liquen fino, pero suave y limpio. La corteza tiene media pulgada de grueso, es blanca y lisa y de una contextura como la del corcho, con el sabor ligeramente picante y el olor parecido al de la "sal volátil". El laurel se emplea a menudo para ejes de ruedas para carretas, por ser maderas que a la par de duras son fáciles de trabajar. Ouema con llama brillante. El laurel de Olancho es un árbol vistoso, de hojas brillantes, que da una sombra compacta y resiste todas las inclemencias del tiempo. El árbol aparece en los lugares húmedos y lluviosos, donde crece exuberante. No ví flores ni botones en ellos pero, sin duda, son iguales a los del "bay-tree" de los Estados Unidos.

En el departamento, el río Almendares se cuenta entre los que arrastran oro, pero las grandes pepitas a que me he referido antes se hallaron muy cerca de sus cabeceras. No supe que la buena suerte haya acompañado a las "lavadoras" en el lugar por donde habíamos pasado o cerca, el cual queda poco más o menos a dos leguas de Campamento. Aquí equivocamos el camino y habíamos llegado a la pequeña hacienda de La Lima, cuyo dueño es uno de los Zelaya, cuando una pareja de rollizos nativos nos alcanzó y comprendiendo que éramos visitantes de Don Chico, como se le llamaba cariñosamente al General, inmediatamente nos orientaron hacia Lepaguare, donde su viejo patrón residía al presente. Volvimos sobre nuestros pasos hasta La Lima y siguiendo el camino recto, anduvimos a paso-trote a través de los lugares ya descritos. Después de una hora de camino arribamos al ancho y tranquilo Guayape, que corre silenciosamente hacia el mar y presenta, hasta en este punto tan interior, la apariencia de un río formidable, de no menos de treinta yardas de anchura.

En esta época tiene tres y medio pies de profundidad en el vado, y arriba de este lugar recibe las aguas de varias quebradas, como lo indico en mi mapa. Nos metimos y lo cruzamos, mojando nuestros mantillones arriba de las barrigas de los animales. Siguiendo el río por un llano ondulado, comprobamos que no forma rápidos en estas vecindades. El río estaba sumamente limpio y las amarillas arenas del fondo impartían a las aguas un color ambarino muy bello. Su curso es hacia el Este y más abajo del vado hace un extenso semicírculo, que casi rodea las propiedades de los Zelaya y de ahí se dirige al Noreste, donde, después de recibir las aguas del Guayambre, río casi tan caudaloso como el Guayape, toma el nombre de Patuca con que se le conoce en la costa.

Del vado seguimos nuestra ruta al Noreste y pasando por la hacienda San Juan, tam-

bién propiedad de los Zelaya, encontramos un extenso llano rodeado por una serranía de montañas y conocido como valle de Lepaguare. Es como un parque que florece de un suelo muy rico, suficientemente amplio para sustentar la población de un Estado comercial y agrícola. Hacia el Norte está situada la gran hacienda de ganado de Lepaguare (1), una de las varias que pertenecen a Don Francisco Zelaya, General de Brigada y "Comandante Militar" del departamento de Olancho, como mis cartas de presentación lo indicaban. La hacienda estaba enzacatada pero dejaba de frente un extenso espacio abierto, por donde avanzaba nuestra pequeña cabalgata. El sol poniente lanzaba sombras largas a lo largo de los pastizales y el llano se extendía por millas, moteado con incontables cabezas de ganado. Por relatos anteriores estaba preparado para presenciar una escena de raro encanto. ¡Esta era la realidad!

Grupos de árboles se sucedían a corta distancia, diseminados en el valle; el bramido del ganado llegaba débil con el viento de la tarde; voces, casi perdidas en la lejanía, venían de la hacienda; y en el llano los hombres a caballo aparecían como pequeñas manchas. Apresuramos las mulas y Víctor dio un grito de alegría; en cuanto a mí, sólo pude contemplar y admirar. Una muchedumbre de chiquillos, riendo y gritando, se apretujaban a la puerta de golpe, pero cuando nos aproximamos corrieron apresuradamente. Yeguas chúcaras y mulas a medio domar, atadas con zogas de cuero (2) a troncos, resoplaban y se encabritaban cuando pasamos; un hermoso caballo negro, con la cola y la crin ondeando al viento, saltó sobre la suave alfombra del césped al cascabeleo de nuestras espuelas; varias vacas de aspecto cerril mugieron cuando nos acercamos. Cruzamos el patio al frente de la casa y llegamos a la puerta. La hacienda, aunque la más grande y la mejor cuidada del departamento, no es un ejemplar excepcional si se la compara con cualquiera de las demás propiedades de ganado de Olancho.

Las indias, de plácida apariencia, empeñadas en sus quehaceres, nos observaban curiosamente cuando nos paramos, y un caballo espléndidamente enjaezado, con pistolerías y mochilas de plata y con mantillón carmesí, se apartó orgullosamente de nuestras mulas peludas. Se abrió la puerta y varios hombres, vestidos con pantalones anchos de algodón y camisa, se asomaron así que desmontábamos.

(1) Lepaguare significa en lenca "río del tigre". Se compone de *lepa*, tigre, y *guara*, río. V. Membreno, *Nombres geográficos indígenas de la República de Honduras*, p. 57.

(2) En Honduras las zogas de cuero crudo se llaman *piñeras*. V. Membreno, *Hondureñismos*.

"¿Qué tal, amigos?", dijo L. . .

"Buenos días, caballeros!" respondieron una medio docena de voces. El amo de la casa, el venerable Don Francisco Zelaya apareció entonces, salió despacio con el porte peculiar de las personas de categoría, avanzó para encontrarnos, y un momento después estrechaba cordialmente mis manos y las de L. . . y ponía a nuestra disposición su casa con todo lo que había.

Encontramos en nuestro anfitrión al perfecto tipo descendiente de los viejos hidalgos de España, amante de la sana alegría, de la compañía jovial y de los buenos caballos. En su hospitalidad no muesira orgullo; es para él a la vez un deber y un placer, y las rústicas comodidades de su residencia siempre están abiertas para el viandante. Puede bien imaginarse que con las recomendaciones de las partes más lejanas del globo, hasta California, y trayendo yo cartas del Gobernador y de otros dignatarios, para no decir de aquellas de los Presidentes de Honduras y Nicaragua, mi recepción tomó el calor de una cordialidad que jamás se puede olvidar.

Los escasos conocimientos del General sobre estos asuntos le hacían difícil marcar las distinciones geográficas o políticas de las tierras extranjeras, y mis cartas del Gobernador Bigler de California, las tomó él como credenciales con poderes diplomáticos. Para él, California sin duda era una república independiente y su Gobernador un emperador demócrata, ataviado con mantos regios y nadando en oro!

Don Chico es "monarca de todo lo que explora". Es alto y bien parecido, con un porte y aspecto dominantes, ojos azules, frente amplia, y de cabellos rizados, vigorosos y de color de acero. En los asuntos de su propio país no carece de sagacidad o talento. Son cinco hermanos, cuyas familias, que residen y ocupan por concesión real esta porción de Olancho, son conocidas a todo lo largo y a todo lo ancho como los Zelaya. La primitiva colonización de este departamento por su antepasado Don Jerónimo Zelaya, y la condición política de algunos problemas subsistentes en la región desde su primera ocupación por los españoles, serán objeto de un futuro bosquejo.

Entramos en la casa y fuimos presentados a la señora, quien se levantó de su lecho de enferma para recibirnos, y a la única hija del general, muchacha alta, de pelo en drino y que era, evidentemente, el ama de la casa. El hijo mayor, Don Toribio, estaba en camino desde Trujillo con un tren de mulas cargadas con mercaderías, cuya venta a los habitantes de esta sección era monopolio del General.

Toda la hacienda se halló pronto en movimiento con el importante acontecimiento de nuestro arribo. Si hubiera sido yo un embajador oficial más bien que un simple ciudadano, no hubiera sido recibido con mayores demostraciones de respeto. Se había puesto a asar un cuarto de cabrito para nosotros, un novillo gordo fue sacrificado en el poste, se trajeron legumbres de la huerta cercana. Encurtidos de la marca Underwood llegados vía Trujillo desde Boston, café caliente, tortillas, pan de trigo y de maíz, y miel silvestre estaban entre las viandas dispuestas sobre la mesa.

Terminado ésto, el General leyó mis cartas de presentación con todo interés. Mientras el viejo hidalgo las examinaba escrupulosamente con aire de satisfacción, L. . . y yo notamos su gran parecido a un distinguido miembro del Gabinete del Presidente Pierce, de los Estados Unidos. Don Chico es un gran lunante con las mujeres, y el notable parecido a él que se percibe en las facciones de los muchos pilluelos morenos que jugaban en la hacienda me hizo sospechar que éstos podían reclamar un íntimo parentesco con nuestro anfitrión. Todavía goza bailando valeses y cotillones con las más guapas jóvenes de la ciudad, en las funciones de Juticalpa.

Ya de noche observé que los muchachos de la hacienda, cuyo número llegaba, según creo, a unos veinte, habían traído gavillas de leña, zacate seco y ramas, que depositaron en montones en el extenso patio. Cuando obscureció, todo esto se cubrió con rajas de ocote y se le prendió fuego. Inmediatamente toda la hacienda resplandeció con el fuego. Era una iluminación en honor a Don Guillermo. Sencillo y rústico testimonio, como era, en él reconoció la gentileza de Don Francisco y ví un anticipo de su futura hospitalidad. Parecía verdaderamente contento de que el silencio de su vida fuera ahora interrumpido con las "últimas noticias" del mundo.

Parecía que tomaba peculiar interés en mis relatos sobre el progreso de California, e inquiría sobre los más pequeños detalles en cuanto a los métodos de trabajo de las minas, las leyes mineras, el gobierno, el clima y las gentes.

"Ah, mi amigo", me dijo, "que Dios permita a algunos de los hombres fuertes e inteligentes, que usted describe, venir a este aislado lugar a mostrarnos cómo extraer el oro sobre el cual en nuestra ignorancia caminamos a diario". Tal observación, venida del hombre principal del departamento, era para mí una prueba rotunda de su deseo de que se permitiera el ingreso de los norteamericanos a Olancho para el desarrollo de los placeres auríferos. La influencia de los Ze-

laya era todo lo que se necesitaba para llevar a feliz término mi proyecto, e inmediatamente me concreté a asegurar su cooperación.

Aunque Olancho es parte integrante de la República de Honduras, su posición geográfica es tal que se le tiene como una región ajena a la participación de las guerras que han tenido lugar desde la Independencia. Sus intereses distintos y su ubicación apartada, han hecho que sus pobladores eviten cuanto les ha sido posible el más pequeño contacto con el Supremo Gobierno, actitud política que en más de una ocasión ha conducido a la hostilidad entre Olancho y el resto de la República. Estas contiendas, nunca muy graves o sangrientas, además de resultar favorables a los olanchanos, les ha dado habilidad para repeler ataques y una independencia efectiva del Gobierno Nacional. La proposición de formar una república separada se ha hecho repetidamente, pero al ceder el Gobierno a todas sus demandas y al darles la promesa de no agravarlos con impuestos y conscripciones para el ejército, sus habitantes, a lo mejor demasiado indolentes, amodorrados por su vida fácil para intentar un sacudimiento revolucionario, han consentido en seguir bajo la égida del Gobierno. (1)

Así, aunque el General Zelaya es el Gobernador del departamento, por nombramiento supremo, en verdad encabeza una democracia local y está colocado ahí por la voluntad espontánea de sus paisanos, y de cuyo cargo, si fuera lo suficientemente audaz para acometer la separación del departamento, el Gobierno Nacional no se atrevería a removerle. Su gobierno es, consecuentemente, un despotismo sólido y bien establecido, una pequeña república dentro de otra república, con unas pocas elecciones locales para complacer a las clases medias o dependientes de los grandes latifundistas.

Esta clase media, especialmente en las vecindades y al Sur de Juticalpa, consiste principalmente en los familiares de los Zelaya, por consanguinidad o por afinidad, grande y poderosa familia, dueña de haciendas, algunas de las cuales contienen los más valiosos minerales y las más feraces tierras de Olancho y, como agregado, que eclipsan a los demás terratenientes del departamento. Un vistazo a mi mapa ilustrará la extensión

(1) Tal vez con la mira de que en un futuro cercano se formara una colonia esclavista en Olancho, siempre que tiene oportunidad Wells propaga el aislamiento administrativo y geográfico de aquel departamento, insistiendo en que podría formar un territorio separado del control del Gobierno de Honduras. Debe recordarse que el autor de este libro había publicado otro sobre la guerra de Nicaragua, obra en la que se muestra admirador incondicional de William Walker y de sus campañas en Nicaragua (Walker's expedition to Nicaragua New York, 1856) Tampoco debe olvidarse que Wells fue compañero de viaje de Mr. Byron Cole, amigo íntimo de Walker, cuyos proyectos debe de haberle transmitido aquel en el largo viaje que anduvieron juntos, desde San Francisco de California hasta León Cole, mientras llegaba la aprobación del contrato para traer soldados mercenarios a Nicaragua, anduvo por Olancho

de territorio que abarcan sus concesiones, en el cual hay placeres auríferos que rivalizan con los de California y tierras que dan espontáneamente muchos de los más valiosos productos tropicales.

La suscripción de un contrato entre los propietarios de estas ricas zonas minerales y una empresa norteamericana resultaría en la explotación de las minas con un beneficio para todo el mundo.

Con sorpresa mía, el General escuchó mis propuestas con agrado, pero no quiso entrar de inmediato en negociaciones. Quiiso que primeramente yo recorriera con él y sus vaqueros la región y me familiarizara con sus características y recursos. Estando de acuerdo, me dediqué a la tarea de llevar a cabo una inspección, levantar un mapa, recoger información y salir de cuando en vez de Juticalpa, la cabecera departamental, a los muchos lugares más o menos famosos de su vecindad y a las grandes sabanas costaneras.

Mi principal objetivo, después de mi ansiado contrato, era hacer un mapa correcto del departamento, cuya topografía es desconocida, los autores de los que existen los han llenado con montañas, pueblos y ríos que no existen ni siquiera en la imaginación, colocándolos ad libitum para llenar los vacíos y regiones inexploradas. Con este propósito, antes de mi partida de California había preparado, consultando las cartas geográficas del Almirantazgo, un delineamiento exacto de la costa, desde Guatemala hasta Costa Rica, dejando el interior desconocido para mis futuras exploraciones.

Fue mi costumbre, en Olancho, desplegar mi mapa sobre una mesa rústica y, con la brújula y compás en la mano, inquirir con los viejos nativos, la dirección y las distancias de ciertos lugares. Yo los anotaba con lápiz y los alteraba consultando la opinión de los integrantes de los grupos, a quienes yo dejaba que disputaran y se contradijeran en cuanto a distancias y rutas, y, en silencio, tomaba en cuenta cada palabra, y poco a poco iba llenando mi mapa. Siempre mantuve éste protegido en un tubo de hojalata. Los residentes más viejos, muchos que nunca habían salido de Olancho, conocían con gran exactitud los nombres de cada población, hacienda y cadena de montañas del departamento; cambiando y borrando, comparando y haciendo preguntas hábiles, pronto estuve capacitado para hacer un mapa bastante detallado de las regiones auríferas. Desde luego que era necesario hacer ajustes por la incorrección de las distancias, ya que una milla en el concepto de alguno era una legua para otro; pero al observar correctamente desde todas partes del departamento los pi-

cos más prominentes, tales como los de Teupasenti, Monterrosa, Aguacate, El Boquerón y Guaimaca, muy separados los unos de los otros, y que son mojones visibles desde todas partes, pude comparar las varias opiniones y corregir con bastante aproximación los errores que son propios en un reconocimiento tan rudimentario. Más aún, viajaba con mi "libro de apuntes" en la mano y nunca dejé de anotar todo aquello que me pareció interesante.

Mi primera visita con el General a los lugares mineros fue a la "barra" en el Guayape, pocas leguas al Sur de Lepaguare y conocida generalmente con el nombre de "El Murciélago". Mi gentil amigo, siempre pendiente de mi comodidad, ordenó se ensillara para mí un magnífico caballo guatemalteco, que era su favorito, y descartando mi dura albarda, la reemplazó con una silla mexicana de lujo. L y un vaquero de confianza llamado Julio, complementaban la comitiva de cuatro. La mañana estaba fría, aunque arriba la bóveda azul parecía apacible y suave como el cielo de Italia. El General insistió en que yo probara la calidad de un aguardiente del que se ufana. Lo había llevado de Tegucigalpa. Ibamos a medio galope por las llanuras de Lepaguare, en donde el aire confortante y la extensión de pastos ponían nuestros corazones a tono con la influencia alborozante de la hora.

Que ningún geógrafo con ideas vagas sobre "los terribles trópicos" seleccione los distritos de la meseta de Olancho como objeto de anatemas contra climas pestilentes. Nada hay más absurdo y más alejado de la verdad que nuestro miedo común a las desconocidas "regiones de los trópicos". Los horrores de las arenas del Sahara o del Colorado no se ven aquí. Aquí el sol ni mata al viajero errante ni reseca su sangre; aquí la tierra es cálida pero nunca infecta. En todos nuestros territorios de los Estados Unidos del Oeste prevalece una insalubridad local que apenas puede resistirse, pero es muy raro que las fiebres prevalezcan en el interior de Honduras. La fiebre biliosa, tan a menudo fatal para los extranjeros, está confinada a las tierras bajas y pantanos de las costas.

La estación húmeda no es lo que muchos suponen: una continua caída de chubascos. Una serie de aguaceros rápidos y tormentas con truenos, con intervalos de un sol brillante, caracterizan la estación. La lluvia caerá toda la noche a torrentes, con relámpagos, con truenos y vientos —alarmanes pero no destructivos— y hará crecer los ríos y sus lodosos afluentes de la montaña, pero pronto bajan a sus límites naturales en cuanto el sol, atravesando las nubes de la montaña, brilla sobre un paisaje rico y delicada-

mente diversificado con verde y oro. Un aire cálido embelesa los sentidos; los ojos se solazan pero no se deslumbran con los tintes vistosos reflejados por la humedad centelleante, y la cortina de nubes plateadas y purpúreas se decolora gradualmente a medida que el día avanza, haciendo que estos encantadores panoramas parezcan más cercanos y más familiares al espectador. Dice el proverbio: "Olancho, ancho para entrar, angostio para salir!". ¿No son acaso estas escenas las que dieron nacimiento al proverbio?

Recuerdo como, cansado con el gris y sobrio manto con que la naturaleza vistió las montañas solitarias de nuestra ruta a Tegucigalpa, nosotros con ansias nos precipitábamos hacia el paisaje invitante de allá abajo; también recuerdo el tiempo, meses después, cuando echando un vistazo hacia atrás, de mala gana dejaba para siempre el bello y tranquilo valle de Lepaguare.

Pasamos, en nuestro trayecto hacia El Murciélago, por las haciendas de Don Manuel Zelaya, el mayor de los hermanos y también la de Don Carlos Zelaya un hijo, casado, del General. Aquí encontramos a varios vaqueros bien montados, reuniendo unos caballos y mulas. Hay un camino plano en todo el trecho de Lepaguare al pie de la cadena de cerros que bordean el valle, a través del cual corre el río Guayape. De aquí el camino se transforma en una vía muy buena para el paso de mulas y por la cual con un poco de cuidado cualquier clase de maquinaria puede ser transportada hasta El Murciélago. La ruta va por pinares, muchos de sus troncos de más de tres pies de diámetro. Son pinos de la variedad amarilla y blanca.

Durante este viaje observé, por la centésima vez, la regularidad que da a estas colinas su gracia inigualada en la forma. La línea de belleza, como el de las colinas redondas de California en la región aurífera, era aquí tan perceptible que yo repetía la observación a cada nueva perspectiva. Coronadas de arboledas y parajes, en una graduación casi imperceptible, serranía tras serranía por el Oeste, Norte y Sur levantan un anfiteatro de elevaciones engramadas, de colinas ascendentes, y de imponentes cordilleras, y todavía más lejos, picos tan azules que parecen de sólido éter, como si la atmósfera líquida se hubiera mezclado con la luz y cristalizara en glaciares vaporosos.

Los pinares que cubren las colinas en la extensión que puede alcanzar la vista, parecían estar plantados a propósito en espera de aserraderos. Cuando pasamos por entre ellos el viento susurrada con majestuosidad entre sus copas, reviviendo encantadoras escenas de California; pero los pinos de estas tierras altas no se comparan en tamaño con

los de Norte América, si bien los cedros gigantes de las tierras bajas son la admiración de propios y extraños.

En un pequeño afluente de la "Quebrada de García" que se me mostró, varias mujeres se hallaban lavando arenas con éxito considerable. Aquí el terreno comenzaba a quebrarse en cañones y barrancos como los de los alrededores del Grass Valley y del French Corral, de California. En el fondo de estos lugares aparecían formaciones de cuarzo y de pizarra, entre las que advertimos dónde los buscadores de oro habían "raspado" dejando marcas que parecían hechas más bien por las gallinas en un patio de granja y no por mineros. Nunca se ha hecho excavación alguna aquí y el oro es en su mayor parte de la clase que se obtiene por el lavado hecho en corrientes de agua. El General me prometió regresar con unas cuantas "lavadoras" para que trabajaran el lugar de manera apropiada, bajo mi dirección.

Después de pasar por un número de quebradas y arroyos iguales a los de California, todos con reputación de auríferos, llegamos a un cerro majestuoso cubierto de pinos, que mira hacia el valle de Guayape, río que oímos rugir allá abajo, pero oculto a nuestras miradas por la densa arboleda que bordea su curso. Esto quedaba como a cinco leguas abajo del lugar donde lo cruzamos al penetrar en Olancho.

Avanzamos impacientes, el General hablando y explicando por todo el camino. Seguimos la serranía hacia el Sur, buscando un claro a través del cual descendimos. Desde nuestro puesto noté el rumbo y distancia de los picos principales de la montaña en un radio de más o menos treinta leguas. El camino gradualmente seguía por un pequeño y bonito llano como a veinte pies arriba del río y conocido como El Murciélago. En este lugar hay una cabaña perteneciente a don Chico, y aquí el señor José María Cacho se había propuesto levantar una pequeña ciudad minera bajo los auspicios de una compañía nacional, que se desintegró a causa de una de tantas revoluciones. El lugar era ahora solo escombros de adobes y ramas. Varias ayoterías y calabaceras, mostrando sus frutos, trepaban por entre las viejas vigas y entre la maleza. Una manada de ganado se hallaba triscando perezosamente a la sombra y, con el perceptible murmullo del río y la frescura del follaje, me hizo recordar el escenario estival en Nueva Inglaterra. De aquí bajamos hasta el río, que apareció mientras descendíamos por una alameda de pinos fragantes que proyectaban su oscura imagen de lleno en las aguas, abajo.

El eco de voces entre las rocas, río arriba, indicaba la presencia de "lavadoras",

aunque esta no era la mejor época para sus trabajos. Seguimos por la margen unos pocos centenares de yardas y, por último, hallamos a un grupo de mujeres buscadoras de oro chapaleando en las aguas y riendo estrepitosamente en su labor, algunas cantando y otras fumando los indispensables "cigarros". Todas estaban de pie, dentro del agua hasta las rodillas y cada quien inclinada sobre la gran "batea" circular acostumbra, en la que el precioso metal era lavado. Trabajaban lentamente y sin inteligencia, parándose a cada momento a platicar sobre asuntos de su pequeño mundo y ejecutando quizás una tercera parte de la labor que haría un minero norteamericano. Un ofrecimiento del General, que yo respaldé, de comprarles el oro que pudieran extraer ese día y el siguiente, no aumentó la rapidez de sus operaciones. Las mujeres obtienen permiso de los Zelaya antes de comenzar su trabajo en los places; esta formalidad, que ellas escrupulosamente observan, se debe al celo de la familia por sus posesiones antiguas y por el temor de que cualquier infracción en ellas podría, eventualmente, conducir a la invasión de sus terrenos por ocupantes abusivos. Tales intrusos podrían en verdad ser echados fuera rápidamente, pero el General, no sin razón, cumple aquel proverbio que dice: "Una onza de precaución, etc.". Cualquiera mujer a la que se encuentre lavando sin el respectivo permiso es invariablemente expulsada y nunca más se le permite trabajar en las haciendas. Este procedimiento sumario ha dado lugar a que se diga entre los malquerientes de los Zelaya, que ellos obligan a las lavadoras a pagarles como tributo una parte de sus ganancias, lo que es enteramente falso.

Una india muy gorda y afable le preguntó en voz baja a Julio quiénes éramos nosotros, a lo cual respondió que yo tenía la intención de comprar todas las propiedades de los Zelaya y que había llegado de California para ver los lavaderos de oro. Todas ellas sabían de la famosa tierra del oro y yo, fácilmente, las induje a que conversaran sobre el particular. A mi ruego continuaron sus labores que habían interrumpido así que nos aproximamos, se enderezaron y, tirando hacia atrás su frondoso pelo, gritaron: "Buenos días, don Francisco!"; el General les respondió alegremente desde su gran silla mexicana con una sonrisita peculiar que me hizo pensar de que era favorito de ellas. La operación del lavado es precisamente igual a la que practicaban los "chilenos" y los "sonorenses" que en los primeros días vinieron en gran número de Hispano América a California. En varias de las bateas no había partícula de oro y si las había eran tan diminutas que se hacían invisibles; en otras podría haberlas con un valor de dos o tres centavos y, finalmente, en otras, las menos, tal vez el

doble de esa cantidad. Las partículas de oro no tenían la forma escamosa sino que eran redondas e irregulares, más o menos del tamaño de una cabeza de alfiler y, por el desgaste, de aspecto lustroso. Se sacó una pepita que valdría alrededor de medio dólar. (1)

Esta época no era la más favorable para lavar oro. Cuando las aguas están bajas en extremo, se han sacado del fondo en este lugar, pepitas que pesaban cinco y hasta ocho onzas. Después compré en Juticalpa algunas que pesaban cerca de una onza y que llevé a California. Estas las hube de los tenderos, que las aceptaban de las mujeres en cambio comercial. No tenían razón alguna para engañarme en cuanto al lugar en donde estas "chispas" se habían hallado y siempre me manifestaron que venían del Guayape y de sus tributarios, pero especialmente del pie de las colinas en la cordillera de Campamento al Almacigueras, lugar famoso en todo Olancho como el más rico en el departamento.

Pregunté al General si alguna vez se había importado maquinaria en Olancho. "No", me replicó, "con la excepción de una caja que ha estado en la hacienda desde hace diez años, que fue importada por el agente del señor Vélez, de Guatemala, quien una vez suscribió un contrato conmigo para tomar posesión de estas minas, "mediante testamento". La maquinaria fue construida en Boston, hecha a la orden, embarcada a Trujillo y traída desde allá sobre las montañas hasta aquí, pero las instrucciones estaban en inglés, que no pude traducir. El señor Vélez murió, algunas partes de hierro se perdieron y confieso que no he pensado en ella desde entonces". Esta pequeña información me sorprendió y resolví examinar la máquina a mi regreso. Había visto lo suficiente para convencerme que en Olancho hay otra California, pero que, como en aquella región, los tesoros del suelo se quedarán como han estado desde la creación, hasta que una raza superior en energía y actividad reciba la herencia.

También ví que ninguna estimación podría hacerse en cuanto a las minas bajo el sistema con que se las trabajaba al presente y que alguna maquinaria, aunque fuera la "cuna" de los primeros días después descartada en California, era necesaria para hacer experimentos dignos de confianza. Con este propósito, decidí construir una "cuna" (rock-er) al regresar a la hacienda, toda vez que pudiera obtener instrumentos y materiales, lo que era en extremo dudoso, y en el caso de fracasar con tal mecanismo burdo, vería lo que podría hacerse con la máquina del

aventurero guatemalteco mencionado anteriormente.

Permanecemos algunas horas en El Murciélago examinando y consultando sus facilidades como sitio para una futura población minera, igual que la de Alemán. Una succulenta comida y una sabrosa pipa bajo la sombra acogedora de los árboles sin duda contribuyeron a nuestro goce del escenario que nos rodeaba. La comida la despachamos en un punto situado como a quinientas yardas de la cabaña de adobe, en donde la orilla se acerca a un arrecife de piedras negras, disminuye hacia el borde del agua y se extiende por una playa suave, donde el reflejo oleaje de la corriente brillaba con reflejos de plata, quebrándose entre la grama que cubría las orillas del río. El Guayape es aquí profundo y quieto, aunque rápido, y a lo largo de sus márgenes se ven, a intervalos, grandes árboles, hay pequeñas isletas de rocas y de arbustos en ambos lados, bajo la corriente se ven capas de pizarra caliza y los rayos del sol poniente doraban el agua, realzando el fondo las manchas de bosques iluminados por el sol. Todo esto estaba todavía como "hace mil años".

El curso general del río es hacia el Noroeste. Julio, que había vivido en la vecindad más de treinta años, me dió la distancia por las vueltas de aquel desde Las Marías a Catacamas. Estaba familiarizado con ella porque a menudo recorrió en canoa toda esa distancia. Apunté sus cálculos con gran interés y me divertí al hallar que sumando las leguas que Julio me había indicado, estaba yo muy dentro del Mar Caribe, lejos de la desembocadura del Patuca! Menciono este hecho, que es una muestra clara del concepto sobre las distancias que tienen los nativos, para hacer ver la dificultad que uno tiene para levantar un mapa guiándose con los datos que proporcionan los habitantes. El explorador debe depender únicamente de sus propias observaciones. Como antes he dicho, bien puede construirse un ancho camino carretero de El Murciélago y de otros lugares ricos del Guayape a Lepaguare, desde cuyo punto los vehículos podrían seguir hasta Juticalpa, tal como está la vía ahora y hasta muchas millas más abajo. Pero en cuanto a la topografía, así como el clima, la población, la historia y los recursos naturales de Olancho, aunque tratados someramente en estas páginas, me referiré a ellos en capítulos especiales.

El sol estaba ya cerca del ocaso cuando arrendamos nuestros caballos hacia Lepaguare, y después de una lenta caminata en la obscuridad, por un terreno aparentemente familiar para mis acompañantes, pero para mí un dedalo confuso de colinas y de bosques, observamos las distantes luces de la ha-

(1) Debe ser Cartagena de Indias en la Nueva Granada, como antes se llamó Colombia

cienda. Así que nos aproximamos oímos el ruido de espuelas y un casqueteo y también vimos una fogata encendida en el patio proyectando las sombras de las personas que frente a ella pasaban, indicándonos todo que algo no acostumbrado estaba sucediendo. Don Chico apresuró su cabalgadura hacia el lugar en donde ya estaban montados varios vaqueros listos para ir en busca de su patrón que, según pensaron, se había perdido en las montañas. Al aparecer él, todos desmontaron y la hacienda volvió a su quietud acostumbrada.

A la mañana siguiente, después del desayuno, insinué al General mi deseo de ver la "máquina" que me había mencionado. Llamó él a varios de sus muchachos, que por lo común haraganeaban cerca de la puerta, y les ordenó que sacaran de su escondite la vieja caja, que tenía casi el tamaño de una para piano. Estaba cubierta de telas de araña y sus hendiduras hervían de cucarachas y de un montón de otros animaluchos que salieron apresuradamente al ver que su refugio era bruscamente invadido.

Uno de los muchachos levantó la tapa y se reveló a mi mirada ansiosa una complicada mesa de ruedas, cribas, rodillos, coladores, pedazos de madera acanalada y cilindros, suficientes para poner en jaque al genio inventivo de cualquiera que no fuera un maquinista experto para armar todo aquello.

Toda la familia se agrupó en silencio alrededor, viéndome ansiosamente, cuchicheando a intervalos unos con otros, y, sin duda alguna, admirando la cara de sabio que para la ocasión debía yo forzosamente tener. En vano traté de ajustar las piezas, arreglarlas, clasificarlas, reajustarlas. Ya podía haber tratado de hacer con ellas un reloj, pero, como mi reputación estaba a prueba, tomé el cuidado de disimular mi fracaso y meneando despreciativamente la cabeza, ordené a los muchachos que volvieran a poner la maquinaria donde estaba porque era totalmente inservible para el objeto que había sido traída. El General me miró tristemente desilusionado y se sorprendió de que el señor Vélez hubiera pedido al exterior tal revoltillo de ese inútil rompecabezas para lavar oro. Más, aunque mis conocimientos de mecánica no eran aptos para la "máquina del guatemalteco", hallé en la caja lo que había estado buscando en vano en la hacienda: tablas y clavos suficientes para construir una "cuna" a la California.

La máquina mencionada era una de tantas sin nombre que habían salido del cerebro de los inventores, ignorantes de los requerimientos de los aparatos necesarios en la minería. California en los primitivos tiempos estuvo llena de ellas. Parecía que no

había nada dentro del campo de la posibilidad que los mecánicos de los Estados del Este e Inglaterra no nos enviaran a California. Los caminos de mulas a los lugares más distantes estaban sembrados de estos aparatos. El revoltillo de ruedas y rodillos en Lepaguare estaba hecho para cernir arenas y en apariencia tan ineficaz para la separación de las preciosas partículas de la tierra, como sería una mantequillera o una máquina para trillar. La experiencia enseñó últimamente a los californianos que el gran desideratum en la maquinaria minera para lavar el oro, construir acequias y moler cuarzo, es la sencillez. Ese mismo sistema introducido en Olancho, no puede fallar para revelar los brillantes tesoros que se almacenan en sus suelos, en sus rocas y en los lechos de sus ríos.

El General puso a mi disposición el contenido de la casa y comencé a fabricar una bronca máquina tal como las que se usaron en California en los primeros días. Una batea, crudamente desbastada de un palo de nispero y que servía de pesebre a los potros de la hacienda, me sirvió como cuerpo para la "cuna". Hube de desbastarla y la "máquina" del Señor Vélez me suplió el cernidor. Así que el extraño aparato gradualmente tomó forma y significado bajo mis manos, las miradas del grupo silencioso, inquisitivas al principio, dieron paso a las de asombro y satisfacción. Las mujeres, en particular, alabaron mi habilidad y se maravillaron de que un "caballero" como yo pudiera manejar tan bien la sierra y la hachita de mano. Antes de anochecer mi creatura estaba terminada y, después de grabarle en grandes caracteres: "CUNA No. 1.—OLANCHO, 1854", con mis iniciales abajo, llevamos el armatoste al arroyo, cerca de la hacienda, donde comenzamos a hacer un experimento de lavado. Se colocaron las piezas del fondo y varios muchachos de la hacienda corrieron por orden del General a llevar agua y arena. Este arroyo no lleva oro y a la media hora de trabajo no hubo, por consiguiente, señal alguna del metal, pero les fue debidamente explicado el "modus operandi".

"¡Caramba!" exclamó regocijado el viejo, "¡qué maravilla! ¡obtendremos el oro por libras!".

Yo sonreí ante su entusiasmo y le recordé que este no era sino un método primitivo, ahora casi abandonado en toda California y que en su lugar existe un sistema gigante de laboreo de minas, por el cual cerros enteros se fundían bajo el empuje de la industria norteamericana, lavándose toneladas de tierra donde cinco años antes se lavaban pailadas. Mi auditorio escuchaba en silencio y el General observó:

"Ah! don Guillermo, sus compatriotas están, sin duda alguna, destinados a gobernar el mundo; tales progresos en las artes útiles son asombrosos y ninguna de las viejas razas puede esperar competir con ustedes. Lo único que temo es que sus amigos no le den crédito a lo que les cuente de Olancho y que los hombres de empresa de el Norte rehusen visitarlos. Si usted no regresa con su gran compañía, creeré que mi querido Olancho nunca será conocido en el mundo".

Le aseguré al buen viejo que no pasarían muchos años sin que los norteamericanos visitaran el país.

Dejamos la máquina para que se hinchara en el agua y a la mañana siguiente, al amanecer, un tren de mulas llevando la "cuna", provisiones e instrumentos, salió hacia un punto cercano a El Murciélago, mientras nos quedamos para el desayuno, esperando poder alcanzarlos antes de que ellos llegaran a la barra. En nuestro camino conversamos sobre las numerosas zonas auríferas del departamento. El General estuvo de acuerdo conmigo en que ni una centésima parte de los depósitos más ricos habían sido todavía descubiertos y que la búsqueda de ellos los desarrollaría gradualmente. Llegamos a la barra y nos hallamos con que la "cuna" ya estaba colocada cuidadosamente conforme mis instrucciones en la orilla y los nativos en su acostumbrado vestido de camisa, pantalones de algodón y una faja, se hallaban a todo lo largo, medio dormidos, debajo de los árboles. A los pocos minutos la máquina estaba instalada y comenzaron las operaciones. Durante media hora los hombres trajeron grandes cubetas de tierra desde un lugar indicado por una lavadora que nos acompañó. Julio mecía la "cuna", Víctor echaba el agua, el General regañaba o amenazaba según sus sentimientos excitados se lo dictaban, y todos conversaban, disputaban y observaban cada movimiento, mientras que yo, descalzo y con los pantalones enrollados, chapaleaba en el río espionando una y otra vez dentro de la máquina para ver si había algún indicio del metal. Una o dos veces solamente ví una chispa diminuta brillando allá en el fondo, y estaba precisamente llegando a la decepción, cuando descubrí que el "cuidadoso" de Víctor había zafado el tapón y que a través del hueco se había escapado lo recogido, cualquier cosa que hubiese sido. El General pateaba y refunfuñaba. Mientras se taponeaba el hueco de la "cuna" y después de media hora de labor, ordené una inspección. En el fondo de la ranura de la gamella observé unas pocas "chispas" brillando entre las negras arenas. Se sacó el tapón y la "lavadora" colocó su paila abajo para recoger el contenido del aparato mientras éste se lavaba. La reducción se hizo por el proceso de rotación ya

descrito y cuando nos inclinamos sobre el aparato, no pude reprimir una exclamación de regocijo al ver que el pequeño espacio hueco del fondo estaba amarillo con partículas de oro. Estimé su valor en casi un dólar cincuenta centavos.

Don Chico estaba ya demasiado agitado para proferir sino exclamaciones. La sonrisa de triunfo que él observó en mi rostro le hizo avanzar hacia mí y apretar mi mano, mientras los nativos miraban mi persona y la "cuna", alternativamente, con silencioso asombro.

"Espere, mi querido General", le dije, "hasta que introduzcamos la minería hidráulica que se emplea hoy día en California en estas minas y en lugar de pailadas de tierra usted verá que las propias colinas desaparecerán y cada partícula de oro se recogerá por medio del azogue, y en lugar de una plumilla de polvo de oro por día de trabajo, usted calculará en libras lo recogido".

El experimento me convenció y resolví no abandonar Olancho hasta tanto no suscribiera un contrato con el General a fin de introducir capital y brazos norteamericanos en el país. Debe tenerse en cuenta que la tierra que se utilizó en esta ocasión no se tomó del fondo de alguna excavación hecha en la capa rocosa como se hace en California, hasta cuyo lugar por el transcurso de los siglos el pesado metal se abre paso, sino de cerca de la superficie, donde un minero californiano difícilmente buscaría oro, sino es por el reciente descubrimiento del lavado de las tierras mediante acequias. El General me llevó a una excavación poco profunda en la barra, a la que por el río solo se puede llegar durante una creciente, en donde, a veinte pies arriba de las aguas bajas, las "lavadoras" sacaron varias libras de oro en seis días de labor. Esto fue en una época cuando se necesitaba una gran suma para la construcción de la nueva iglesia de Juticalpa, a la cual contribuyeron las mujeres tanto con su propio trabajo como dando oro para la obra.

Nuestra conversación cambió ahora a los "tiempos viejos" cuando, se dice, grandes cantidades de oro se extrajeron del valle del Guayape y fue enviado para enriquecer la nobleza de la madre patria. El viejo cronista español, Herrera (1), menciona al Guayape y sus depósitos auríferos. El General había oído estas narraciones, pero sus escasas lecturas nunca habían ido más allá de escudriñar los folletos políticos y los periódicos del país. Mencioné a los filibusteros y aludí a mis investigaciones en los vetustos volúmenes de la biblioteca perteneciente a

(1) D. Antonio de Herrera, autor de la Historia General de los hechos de los castellanos en las Islas y Tierra firme del Mar Océano

mi amigo don Manuel Ugarte, en Tegucigalpa. Mi acompañante escuchaba con atención y cuidado.

"Sígame y le enseñaré a usted", me dijo, "las viejas minas donde los españoles sacaban el oro". Viró su caballo saltando por sobre un árbol en forma que yo no me atreví a imitar. Así que tuve que hacer un rodeo con mucha dificultad, obligando a que mi caballo subiera por la orilla, después de él.

En una falda a más de sesenta pies hacia arriba, lo encontré parado cerca de unas anchas y profundas oquedades, parcialmente llenas con tierra. Eran cuatro en total. Montones de piedra y tierra, cubiertos de maleza, se hallaban cerca de sus entradas, y árboles de cerca de un siglo se arraigaban al pie, indicando la gran antigüedad de los hoyos. Estas viejas excavaciones me hicieron recordar lugares similares a orillas del Stanislaus y del South Yuba, en California.

"Hace veinte años", dijo el General. "extrajimos de aquí instrumentos herrumbrados y barras de hierro de manufactura española, que fueron usados hace cien años". "Varias leyendas", continuó, "se cuentan todavía entre los indígenas de Catacamas, de que instrumentos antiguos, hechos por los aborígenes que trabajaron aquí antes de que Colón descubriera la América, fueron a su vez hallados por los viejos españoles. El oro que se usó para adornar los espléndidos palacios de Palenque, Copán y Chichen, sin duda venía del valle del Guayape y de otras partes de Olancho. De esta clase de hoyos, en la época antigua cuando Honduras era una provincia hispana, se sacaba el oro que se enviaba en los galeones para España. Si ésta hubiera estado más pendiente de estos países, no estaría tan pobre como ahora. Toda la costa, desde Belice, en Yucatán, a San Juan del Norte, en Nicaragua, se convirtió en lugar de reunión de ladrones: los bucaneros. Las islas inglesas de las Indias Occidentales les permitían sostener la guerra en contra de las colonias de España. Ningún barco podía zarpar, se me ha dicho, de Trujillo o de Omoa sin que cayera en sus manos. Se aliaron con los Mosquitos o zambos de la costa, les suplieron armas, presionaron a sus jefes y los estimularon para que hicieran una perenne guerra a Nicaragua. Estas circunstancias impedían que el laboreo de nuestras minas de oro continuara".

En este tono siguió el General, señalando mientras caminábamos, los claros en los árboles o la floresta nueva por donde antes los primeros aventureros habían abierto los caminos desde su trabajo hasta el río, o las señales de excavaciones aún más viejas todavía. Estas últimas se hallan en varias localidades en el Guayape y sus tributarios, co-

mo a lo largo del curso de la Quebrada del Oro, el Mangulile, el Mirajoco, el Sulaco y el Silaca (1) tributarios del Aguán y de otros ríos que desembocan a través del departamento de Yoro, en el Mar Caribe.

A nuestro regreso de El Murciélago a Lepaguare, llevamos la "cuna", bien aparejada, a lomo de mula, para que se usara en futuras operaciones, pero como aparecerá de aquí en adelante, me fue imposible hacer los experimentos que me había propuesto, salvo de una manera imperfecta e inaceptable. Mi "cuna" para este tiempo ha terminado probablemente hecha pedazos o, lo que parece aún más viable, ha pasado a manos de alguno de los aventureros que desde entonces han visitado las regiones auríferas de Olancho.

Cuando nos aproximábamos a la hacienda de Barroza, residencia del hermano menor, Don Lorenzo Zelaya, Alcalde Primero de Juticalpa, encontramos una comitiva espléndidamente montada, que corveteaba sus caballos libremente sobre el césped hacia nosotros. Estos eran Don Lorenzo en persona, acompañado de Don Carlos Zelaya, el hijo mayor del General, y de sus ayudantes de siempre. Al saber por unos de los vaqueros, de nuestra visita a El Murciélago y del probable regreso por el camino de Barroza, habían preparado una gran comida para recibirnos. La pequeña cabalgata paró inmediatamente cerca de nosotros y la ceremonia de presentación se llevó a cabo rápidamente. Don Lorenzo tenía las facciones del viejo General, pero sin su nobleza de expresión. Se decía que era el favorito de la familia y el afecto recíproco que se manifestaban entre sí estos aristócratas de Olancho, rústicos y sencillos, me impresionó más profundamente de lo que yo quisiera admitir.

La hacienda de Barroza no es ni mucho menos el lugar pintoresco que desde lejos parecía, pero dentro de ella encontramos toda la hospitalidad que es tan famosa entre los olanchanos. Decidimos pasar allí la noche. Aquí conocí a los venerables Don José Manuel, Don Santiago y Don José María Zelaya, quienes con el General (Francisco) y Don Lorenzo, el menor del quinteto, constituían la familia. El recuento fiel de las historias y leyendas que se dijeron aquí sobre los placeres de oro en los cerros circundantes, entremezcladas con hechos históricos e interesantes, sería suficiente para escribir un libro ameno e instructivo. Era, no obstante, difícil gozar y apreciar esta generosa hospitalidad y seguir siendo al mismo tiempo, un "chico amante de tomar notas". Después de la medianoche, cuando todos se habían retirado a dormir, me senté a fumar con Don San-

(1) ¿Silca? ¿Siale? ¿Telica?

tiago, "Juez de Primera Instancia de Olancho", que en su capacidad oficial durante muchos años, había captado una valiosa información en cuanto a la historia y a la topografía del departamento. A él le debo poder dar ahora una relación de Olancho, de sus primitivos colonizadores y del progreso de los Zelaya y de otras familias "precursores", desde su ingreso al país hasta el presente. Don Santiago era el "hermano ilustrado" y el oráculo del resto de la familia en todo problema legal, científico o histórico.

La expresión grave, el aspecto distinguido, la amplia frente sombreada con sus cabellos rizados y negros, patentizaban al hombre capaz y quien en cualquier otra parte del mundo hubiera podido hacerse famoso. Era bastante después de medianoche cuando terminé, con mis dedos acalambrados y mis ojos adoloridos por los efectos de la pobre luz de una vela de cebo, un largo resumen histórico, después del cual dije buenas noches y me uní a los demás, que ya estaban durmiendo.

16

Por el valle de Lepaguare.—Un "Buen Jinete" de Olancho.—La Vainilla: cómo crece; su cultivo; su comercio.—Productos olanchanos.—Bayas silvestres.—Otra excursión.—Hacienda de Galeras.—Caballos salvajes.—"Vaqueros".—El camino hacia el Río Morán.—Venados y antílopes.—La temperatura.—Fiebres de la costa.—Juticalpa.—Otra vez Galeras.—Una cena de cumpleaños.—Mesa gigantesca.—Ovejas.—Los coyotes.—Valle paradisiaco.—Vistas desvanecientes.—Doradas rapsodias.—Un baño con los sinsontes.—Partida de Galeras.—La bondad de los Zelaya.—Salida hacia Juticalpa.

A la mañana siguiente, después del desayuno regresamos a Lepaguare. Saqué mi escritorio portátil y comencé a anotar los datos que había obtenido. El General y su familia guardaban silencio respetuoso mientras yo estaba ocupado y las mujeres regañaban a los chicos que hacían bulla en sus juegos. Cuando hube terminado mi trabajo y hecho al mapa las adiciones que Don Santiago me había sugerido, Don Francisco propuso que fuéramos a la vecindad del Cerro Gordo, donde estaba cultivando varias plantas de vainilla que yo deseaba ver. También pensó que era posible que su segundo hijo, Don Toribio, pudiera llegar de Trujillo, donde había estado por dos meses con el fin de comprar "mantos" y un surtido general de mercaderías. Llevó un tren de veinte mulas a la costa con un cargamento de quesos, que es uno de los grandes productos de Olancho.

Montábamos los briosos caballos de Ulúa, que es la más fina raza de Olancho, y marchamos a través del llano esmeraldino hacia el pintoresco lugar del Cerro Gordo. El paso adquirido por estos caballos es la quinta esencia del movimiento suave y delicioso, y en una cómoda silla mexicana parece ir el jinete con un movimiento tan apenas perceptible como el de un bote en las quietas ondas de un lago. Fue exquisita galantería del General el ordenar que se ensillara para mí su favorito, un caballo negro de gran alzada que sólo usaba él en ocasiones muy especiales.

La bella criatura tenía ojos casi humanos, y su inteligencia y pelo lustroso comprobaban el cuidado cariñoso de que lo hacía objeto su amo. El era el único animal en la caballeriza que había sido herrado, pero las herraduras fueron puestas tan descuidadamente que al poco tiempo las había perdido.

No hay palabras para expresar la alegría y la sensación de libertad que se experimenta en un viaje por los grandes valles de Olancho, cuando el jinete inhala salud en cada aspiración y cuando cada uno de sus sentidos se exalta hasta la euforia. Cuando hice mi visita las lluvias habían cesado dejando todo el ambiente rebosante de un verde intenso cuyo igual solamente puede verse en los panoramas rurales de Inglaterra. Las tierras altas del departamento estaban revestidas con un traje más alegre que el corriente, mientras que los pantanos y las llanuras, por doquier arbolados, brillaban a la luz del sol con un verde más claro y más fresco.

A Don Francisco se le consideraba como el mejor jinete de Olancho, lo que se debía en parte, tal vez, a su aspecto digno y patriarcal cuando iba a caballo. Pero, además de esto, así que su cabalgadura (un bayo finísimo) cabriolaba frente a la pequeña comitiva yo no podía sino admirar la desenvoltura del jinete que con sus acostumbrados músculos lograba que el animal hiciera los movimientos más graciosos y más flexibles mien-

tras se asentaba firmemente en la silla y sus facciones se sombreaban con su sombrero de Guayaquil de anchas alas. A veces, en el curso de la conversación que fluía rápidamente, estimulado por la belleza del panorama y los movimientos vivos del caballo, se volvía parcialmente para dirigirse hacia mí, gesticulando con la animada dignidad que es inseparable del caballero bien nacido.

En realidad, si el viejo tenía un punto débil era el de su reputación como jinete, respecto de la cual fácilmente se sentía adulado. Su hermano, Don Santiago, gozó en un tiempo del calificativo de "el mejor jinete de Olancho", reputación justa; pero desde que sufrió una caída hace varios años mientras domaba una yegua cerril, Don Francisco le había ganado en fama. Ser un buen jinete en Olancho no sólo implica la mera habilidad para montar y retenerse en el asiento en un potro chúcaro acabado de sacar de la manada bravía, treta que es lo más familiar para la mitad de los vagabundos rapaces de las haciendas. El término de "buen jinete" usualmente se le da al que sabe manejar con gracia y con destreza su caballo, combinando un porte suelto con las numerosas proezas que hace con la más ligera presión de las riendas, encaminadas a exhibir los mejores valores del animal.

Yo no sé de un cuadro más admirable que un "olanchano de familia distinguida" cuando monta en uno de estos fuertes y bien enjaezados caballos, domados por el duro bocado del freno español, con su cuerpo erguido en la silla como si fuera una estatua, la punta de sus pies descansando ligeramente en los estribos, su "sarape" a colores echado correctamente sobre sus hombros, su rostro bronceado chispeando orgullo bajo su sombrero alón colocado vistosamente, y el "tout ensemble" del hombre y del caballo, cuadro que es raro presenciar si no es en las pampas de la Argentina o en los ranchos ganaderos de California.

Como a dos leguas de Lepaguare cruzamos un pequeño río y, subiendo por la margen opuesta, llegamos a una meseta cubierta de espesa vegetación donde nos paramos a examinar la vainilla, que aquí sube por los troncos de los árboles algunas veces a una altura de cuarenta pies. Los olanchanos ignoran totalmente el método como se la cultiva en México. Don José Manuel Zelaya había estado en México cuando era joven, pero había olvidado la manera de prepararla. En la pequeña población de Pespire, cerca de Nacaome, se hizo un ensayo del cultivo de la vainilla con un éxito alentador. El lugar queda en la vertiente del Pacífico, pero a poca elevación sobre el nivel del mar. Se insertan estacas de cerca de un pie de longitud en la corteza del árbol en el cual desea que

trepe el bejuco, donde pronto comienza a crecer.

Solamente como veinte arrobas se recogen en las montañas de Olancho, la mayor parte de las cuales se lleva a Tegucigalpa, donde se le prepara para el mercado. Una pequeña cantidad también sale hacia Belice, Trujillo y Ormoa. Negocio muy lucrativo puede hacerse en todas partes de Honduras ofreciendo una bagatela por sobre el precio corriente, lo que acapararía la mayor parte de la que se recogiera. Las flores son de un amarillo verdoso combinado con blanco, Pero de las tres variedades de vainilla que hay en Honduras, la más estimada es la conocida como la fina. La vainilla que tiene las vainas más largas y más angostas es la de más valor. El señor Lozano, de Tegucigalpa, me mostró poco más o menos cincuenta libras de las tres clases que estaba preparando para enviarlas a la feria de San Miguel. Mucha de esta fue recogida en Olancho y Yoro. Pagó por ella de medio (6¼ centavos) a un real (12½ centavos) la libra, de acuerdo con su calidad. Siendo el principal comerciante de aquella ciudad, a él se vendía toda la que se llevaba a Tegucigalpa desde considerable distancia, prefiriendo los "poquiteros" venderla a los precios locales, que enviarla por su cuenta a los mercados externos.

En la feria de San Miguel la vainilla de Honduras se vende de dos a cuatro pesos plata. Cerca de treinta quintales se escogen anualmente en Honduras y El Salvador. La planta tiene predilección por dos árboles en Olancho: el indio desnudo y el guachipilín. La vainilla de Olancho es probablemente la que clasifica el botánico Miller como Vainilla Axillans, y es descrita como la que se encuentra en Cartagena, Nueva España, donde crece naturalmente. Tiene un tallo trepador que echa raíces de sus nudillos y sube hasta una gran altura. Las hojas, que nacen de una en una, son oblongas, suaves y articuladas. Las flores emergen del lado de los sarmientos; tiene la misma forma que las de la gran orquídea abejera pero son más largas. El capuchón es de un rosado pálido y el labio es púrpura. La vainilla se encuentra desde México, por todo Centro América, hasta el Darién. Las vainas crecen en pares, tienen generalmente el grosor del dedo de un niño y más o menos de cinco a seis pulgadas de largo. Al principio son de color verde, después se tornan amarillentas y por último de un tono achocolatado cuando están maduras. El tallo es moderadamente delgado y echa un zarcillo en espiral opuesto a cada una de las hojas más bajas, con el cual se adhiere a las ramas o a la corteza de los árboles; pero después que llegan a la cúspide se vuelven inútiles y son reemplazados por hojas adicionales. Los pájaros del país co-

men con voracidad las vainas maduras. El método para curar las vainas es muy sencillo. Cuando empiezan a madurar se las recoge y amontona por varios días para que fermenten. Después de secarlas al sol, por igual tiempo, durante lo cual a menudo se las soba con aceite de palma (aceite del senegal) se secan por segunda vez, y después se las empaca para enviarlas al mercado más cercano. Su calidad depende mucho de la delicadeza con que se las sobe, del proceso del secamiento y, también, de la clase de las vainas cuando se las recoge. El fruto mejora si se cultiva la planta y se la cuida.

En las buenas localidades un nativo diligente puede recoger de dos a cuatro libras por día. Un pequeño capital, digamos \$ 3,000.00 en efectivo, monopolizaría el negocio de la vainilla en todo Honduras. El valor de la buena vainilla en los mercados de Europa y los Estados Unidos es demasiado bien conocido para comentarlo aquí. No se dispone de estadísticas para precisar qué cantidad es la que se cosecha en Centro América. Cerca de la ciudad de Cojutepeque, El Salvador, se llevó a cabo con el mejor de los éxitos el cultivo de una finca de vainilla. Esta planta es de gran cultivo en México y las tierras de Honduras parecen ser igualmente propicias para su cultivo. Don Francisco escuchaba con toda atención mi propósito de tener una parcela de tierra limpia para hacer en ella el experimento, y desde entonces he sabido por él que varios bejucos de vainilla que había trasplantado habían colmado sus más locas esperanzas.

Pero no era solamente la vainilla con sus hojas lanceoladas y brillantes lo que absorbía mi atención. Varias formas de vegetación, la más fuerte y la más tierna, daban vida y animación al paisaje circundante. Los arbustos y los árboles se veían henchidos de savia y listos para reventar en lozanía con el calor estimulante del ambiente. El marfil vegetal y el corcho; el coco y la banana; el limón silvestre y la deliciosa guayaba; la goma arábica y, en las tierras altas, la cebada; plantas de delicado perfume, y el hule mal oliente, de todo había aquí. Don Chico ignoraba hasta el nombre regional de muchas plantas, pero los vaqueros que se han pasado la vida, desde su niñez vagabundeando entre las montañas en busca de los ganados perdidos o cazando conejos en los llanos y colinas, estaban familiarizados con casi todas y contestaban prestamente cada pregunta. Así, en una ocasión fui advertido de evitar contacto con la mortal manzanilla, el antiaro de Olancho; y en otra, mi atención fue llamada hacia un arbusto cargado de frutas negras y brillantes que se parecían mucho a las guayabas de los pantanos, pero más grandes y de un sabor dulce como la uva y que se llaman sarsiles. Las recogí a

puñados, desgajándolas de sus ramas y comiéndolas con verdadera apreciación de su buena calidad. El follaje de este arbusto es casi el mismo del serbal de Nueva Inglaterra.

En otra oportunidad anduve a caballo con el General y L... por el Río Morán, uno de los afluentes del Guayape. Nace este río por Teupasenti, en el Sur, y desciende por dos espléndidas cascadas que saltan en un remolino de espumas hasta unirse al río más abajo.

Como siempre, salimos al amanecer y, viajando por los llanos de Lepaguare y Galerías, paramos en la hacienda de este último nombre, por muchos años residencia de Don Santiago Zelaya. Apenas habíamos entrado por el portón cuando la tierra empezó a trepidar con el golpeteo de muchos cascos y, al poco rato, por una vuelta de la montaña apareció un gran tropel de caballos y de mulas cuyo número era tal vez de doscientos. Iban a carrera abierta y directamente hacia el corral seguidos por cuatro o cinco vaqueros quienes, como por instinto, iban detrás dando quiebros hacia la derecha o hacia la izquierda en cuanto uno de los animales quería salirse y escapar rápidamente del grupo. Este era para mí un nuevo espectáculo y no supe que admirar más, si las figuras enhiestas y ágiles de los animales semisalvajes, o la increíble holgura y gracia con que estos pintorescos centauros se sentaban en sus albardas y guiaban sus corceles impetuosos. No había nada de forzado o de torpe ni en sus arreos ni en el vestido ligero de los jinetes. Parados o a horcadas en los caballos cerriles de los llanos, se mueven con el animal y como si fueran parte de la bestia, cuyos músculos parecieran estar movidos por la voluntad del jinete.

Todo el hato se lanzó pateando y precipitándose atropelladamente dentro del corral; permanecimos lo suficiente para presenciar la operación de la doma de una mula endiablada, cuya piel reluciente y apretada como terciopelo en su cuerpo tembloroso hacía resaltar cada músculo mientras saltaba loca frente al manipuleo del lazo. Don Santiago y un grupo de seis personas más se nos unieron poco después y galopamos hacia el Río Morán. Los "saltos" eran solo visitados de cuando en cuando por los nativos, para agarrar algún toro ermitaño o un caballo cuyos gustos lo inducían a este solitario lugar a fin de escapar de la rutina mensual del corraleo. Cruzamos varias quebradas hasta que llegamos al Guayape, que vadeamos en un paso rocoso donde el terreno se extiende en una planada. Aquí vimos una pequeña choza hecha de ramas, donde los vaqueros acostumbraban pasar la noche cuando se demoran. Durante los meses de lluvia este vado es impasable. Dejamos el río y subi-

mos por una serie de cerros coronados de pinos y robles, con capas de cuarzo a lo largo de sus inclinadas faldas. Ahora la senda se perdía entre las ramas y el puesto alto, cuya exuberancia demostraba lo poco trajinado que era. Nuestro guía en este viaje era un individuo alto y moreno cuyas piernas musculosas acusaban sus largos viajes por las montañas. El General le llamaba Marcos. Desde la cumbre de esta cerranía noté otra vez la presencia de los picos principales, entre los cuales el de Teupasenti se destacaba de manera conspicua. El sitio por el que pasábamos era montañoso y pintoresco, pero no tenía el aspecto invitante de los valles de abajo; estas serranías forman los límites naturales de los grandes llanos ganaderos del Bajo Olancho. Los "saltos" del Morán se hallan a tres leguas del vado del Guayape. La distancia total de Lepaguare por las vueltas del camino era, poco más o menos, de veinte millas. Descendimos al próximo valle cruzando un pequeño tributario del Guayape y seguimos la próxima serranía por su cresta. Nos aproximábamos a una pendiente de un bosque de pinos cuando, de repente, oímos el ruido de las cascadas cuyo sonido llegaba solemne y penetrante de la montaña. Descansamos un poco y luego comenzamos a descender por una serie de mesetas herbosas hacia donde el salto superior aparecía a la vista e inmediatamente después el de más abajo. El chorro, lanzándose locamente sobre las rocas las empapaba y abrillantaba a la luz del sol, haciéndolas perceptibles desde larga distancia. Nos apeamos y atando nuestras bestias comenzamos a bajar hacia los "saltos". Estos no impresionaban por su grandeza sino más bien por su belleza de proporción, gracia de movimiento, color y adaptación al ambiente escénico. Concentrando su fuerza arriba en la turbulencia, las aguas se precipitan pronto desde el seno de una roca inclinada y, gradualmente, se aquietan dentro del río allá abajo, mientras los riscos circundantes hacen eco a la ronca música de su voz.

Con la ayuda de unas ramas colgantes me abrí paso hacia un borde estrecho y resbaloso que había debajo de las cascadas, desde cuyo punto nuevas facetas se desvelizaron en el panorama. Varias ramas de árboles se retorcieron desde arriba y descansaban a lo largo del borde de las aguas, colgantes pero no marchitas, denotando con ello la reciente caída de una tormenta y la consiguiente crecida de las aguas. Montones de rocas que habían rodado desde lo alto se hallaban con salientes atrevidos en el lecho del río. Desde una de éstas, un aguilucho como si se sintiera molesto con nuestra presencia en los dominios de los cuales él era el único señor, se levantó pesadamente y voló hacia la cumbre de la montaña. Algunos

de los intersticios del peñón estaban repletos de flores, y las acacias, o algo que se parecía a ellas, inclinaban sus bucles amarillos y tristes que bellamente se reflejaban en el arroyo.

Desde donde estábamos pude apreciar toda la profundidad de la caída y seguir al río en una serie de cascadas hacia el Guayape. En panoramas como éste, el azul del cielo y del agua, y el verde del follaje no son los tintes predominantes. El gris de las rocas desnudas; el carmesí, el amarillo y el blanco de las que están cubiertas de musgos, el pardo y el olivo de la vegetación podrida; el resplandor del rocío formado por la caída de las aguas; las profundidades casi negras del bosque silencioso, todo esto prevalece en la claridad de la atmósfera penetrante, retocando con tintes etéreos las cumbres de la cordillera, al grado que hay que apelar a la paleta de un pintor para reproducir cada gama de color.

Era ya avanzada la tarde cuando trepamos por la escarpada cuesta y volviendo a montar en nuestras cabalgaduras regresamos a nuestra residencia, adonde llegamos tarde de la noche.

En varias ocasiones salimos en excursiones de cacería, pero hasta nuestro regreso del Este tuvimos mala suerte. Los venados de Olancho son iguales a los de todo Centro América, de un color pardo claro y se matan no tanto para beneficiar su carne como para adquirir sus pieles, que constituyen importante artículo para la exportación.

Son tan abundantes los venados y los antílopes en algunas de las montañas de Honduras, que es corriente viajar con un rifle al hombro para cazarlos. En Olancho, donde el cuidado del ganado y la obtención de cueros es la principal actividad de las gentes que se ocupan del pastoreo, éstas siempre llevan un cuchillo de carnicero prendido a la cintura, lo que ha dado pábulo para que se diga en todo el resto del país que los olanchanos son bandidos temerarios.

Recuerdo que mientras me preparaba para partir de Tegucigalpa, mis amigos frecuentemente me advertían de que era en extremo peligroso viajar por Olancho, pero desde mi llegada hasta mi regreso, sólo hospitalidad calurosa encontré en los sencillos y generosos habitantes olanchanos. La hacienda de Lepaguare está casi mil pies más alta que Juticalpa, lo que le da una altura de 1.800 pies sobre el nivel del mar. Los lugares mineros probablemente estén a la misma altura sobre el océano. Mis observaciones sobre temperatura y estados atmosféricos las seguí sin interrupción tres veces al día desde septiembre a febrero. A las seis de la ma-

ñana, del 16 de diciembre al 15 de enero, muestran una variación extrema de sólo nueve grados: 52° a 61°. A mediodía en el mismo lapso, las mismas variaciones: de 72° a 80°. En la tarde, a las seis, dieron solamente seis grados de variación: de 69° a 75°. La temperatura en Lepaguare por la mañana era poco más o menos 59° y al mediodía 78°; en la tarde era alrededor de 74° en invierno. En Juticalpa raramente hace calor que sea como el que se siente en Nueva York durante el verano. Las razones para esto son geográficas y no se aplican generalmente al trópico. En Trujillo, en la costa, el calor es mayor y allá son comunes la fiebre biliosa y la disentería, aunque a menudo no fatales. Mis viajes por Olancho no me condujeron hasta la costa pero, por el dicho de numerosas personas, aquella zona debe ser por lo general insalubre. El terreno bajo que está contiguo al Caribe, se conoce entre los olanchanos como tierra caliente y de los que la visitan pocos escapan a un ramalazo de fiebre. El señor Ocampo, con quien hice estrecha amistad estuvo por dos veces, me dijo, al borde de la tumba cuando por sus actividades en los cortes de caoba se vió obligado a permanecer en las sabanas y lagunas bajas de la costa. Con la excepción de las referencias ocasionales sobre el panorama y el clima mientras cruce el país, reservaré un capítulo especial para hacer una descripción más completa sobre estos particulares. El interior de Olancho y, en realidad, de la mayor parte de Honduras, ofrece uno de los climas más agradables y sanos del mundo. Muchos nativos han vivido hasta una edad muy avanzada sin haber ido nunca a las tierras bajas y sin haberse convencido de que debían hacerlo.

Después de pasar varias semanas en Lepaguare y en las haciendas vecinas, donde gocé de continuas y alegres recepciones y de todo el calor de la rústica cordialidad de sus gentes, insinué al General mi deseo de proseguir hacia el Este, a la famosa ciudad de Juticalpa, de la que había oído decir frecuentemente que era una de las metrópolis del pequeño mundo de Olancho, del interés sobresaliente que ofrecía a los extranjeros por la arquitectura de sus edificios y de las costumbres sencillas de sus habitantes, propias de las primitivas colonias españolas.

Aunque mi maleta estaba bien repleta de muchas cartas de presentación para las principales familias del lugar, Don Francisco insistió en darme cerca de media docena más que, según me dijo, despertarían la rivalidad de sus amigos para atenderme. Me aconsejó que me hospedara en la casa de los señores Gardela o Garay, ciudadanos circunspectos y ricos, que tendrían caballos siempre listos para mí y estaban más capacitados para darme informes valiosos que

cualquiera otra persona en la ciudad. La Función de la Virgen comenzaría el 8 de diciembre y como este es el principal día de fiesta en Olancho, mi anfitrión tenía ansiedad porque yo estuviera en la cabecera durante la semana que dicha fiesta duraría. La enfermedad de la señora le impidió salir de casa y las muchachas, por supuesto, deberían quedarse para cuidarla. El General me prometió ir a Juticalpa y arreglar allá conmigo el contrato tantas veces mencionado y cuyos términos desde mi llegada había yo meditado varias veces. El objeto de mi huésped con esta dilación, era el de conferenciar con sus cuatro hermanos restantes, sin cuya aquiescencia él habría rehusado a entrar en arreglo alguno.

Al mediodía salimos de Lepaguare entre las exclamaciones de: "¡Adiós don Guillermo!" de los vaqueros y de la multitud perteneciente a la hacienda. Conspicuo entre todos, su cabeza más alta que la de los demás, se destacaba el General con su rostro radiante expresando todo el calor de su generoso corazón. El es el ídolo del pueblo y este tiene razón para quererle. Nuestro camino a Juticalpa iba por la llanura. Habíamos dado justamente vuelta a un ángulo distante en el camino, desde donde se perdía gradualmente la vista de la hacienda, cuando oímos un galope: eran el General, Don Toribio (que había llegado de Trujillo) y Julio que venían hacia nosotros. Habían resuelto aumentar sus gentilezas, encaminándonos. Esto se considera como una de las más grandes cortesías que se puedan mostrar a un extranjero en Olancho. Esta costumbre ha sido heredada de los conquistadores.

A galope tendido llegamos a la hacienda de Galeras, en donde el General me expresó su deseo de que nos quedáramos aquella noche para salir al día siguiente muy temprano. Una de las primeras cosas que me llamó la atención al desmontarnos fue una canasta de las verdaderas papas irlandesas, traídas de las montañas de Tegucigalpa, adonde Don Santiago había enviado por ellas. Eran pequeñas, blancas, jugosas, orgullo de su dueño, que se sentía ufano de que crecieran en sus terrenos. Yo me empeñé en describirle el método cómo se las cultivaba en Norie América. Al pasar por la hacienda, dos meses después, ví que habían echado manojos de hojas fuertes, dando indicios de tener un éxito total. El señor Zelaya me aseguró que las papas se habían cultivado en Olancho siempre, pero éstas fueron las únicas que pude ver en el departamento.

La comida que se nos sirvió era un banquete de delicias. Fue dispuesta en una gran mesa de cedro por dos rollizas mucha-

chás de sonrosadas mejillas, hijas de Don Santiago, y consistía en: miel de abejas, tortillas, carne de res frita, carne asada de tasajo, pan fresco, legumbres, mantequilla, queso, café, crema, arroz, plátanos fritos, un cabrito horneado, leche hervida de cabra y huevos cocidos y estrellados. Con tal menú y el reciente galope que había despertado nuestro apetito, no tardamos en demostrar que éramos hombres de buen diente. Era el día del cumpleaños de Don Santiago, razón de la alegría extraordinaria. El viejo caballero pronto estuvo satisfecho y, reclinándose en su silla, se ató un gran pañuelo azul alrededor de la cabeza, encendió un cigarro y observó complaciente como le hicimos honor a su cena.

La casa es una de las más grandes y mejores de Olancho. Se halla pavimentada con ladrillos grandes y dividida por macizos muros de cal y canto, en cuatro apartamentos que se comunican por puertas de cedro. El tamaño de los cedros de Olancho nunca lo había visto igual antes, fuera de California y Oregón. Se les encuentra por lo general a lo largo de la orilla de los ríos, alcanzando a menudo cien pies de altura y de seis a diez de diámetro. Crecen en medio de los bosques y eclipsan en proporciones, en su majestuosa belleza, a todos los demás árboles, excepto los de caoba. En varias de las haciendas ví meşas de once pies de largo por siete de ancho, sin el menor desperfecto o rajadura. La madera se trabaja fácilmente y puede emplearse en todos los usos comunes. La meşa de la hacienda de Don Santiago era la más grande que hasta entonces había visto. Por la noche, cuatro o cinco de los nativos bien podrían extender sus sarapes a través de su anchura y hacer de ella un cómodo lugar de descanso.

Después de la cena el viejo señor nos llevó a su corral de ovejas en donde contamos unos cincuenta carneros de magnífica estampa y de cuya lana era hecha la tela tejida en la casa. Se quejaba él de los daños que le hacían los coyotes y los lobos cuyos aullidos, en coro salvaje, a menudo oíamos durante la noche allá lejos del llano, contestado por el concierto más cercano y unánime de los perros cuidadores de la hacienda. El ganado prospera maravillosamente en Olancho, en donde los extensos pastizales dan excelente oportunidad para la cría. Ninguna de las enfermedades que lo afligen es conocida aquí; los propietarios de las haciendas declaran que los coyotes son la única peste que tienen que combatir. Pequeñas cantidades de lana van a la feria y a los puertos del mar Caribe. Nos enseñaron un árbol de gran follaje, cerca de la casa, famoso por sus propiedades catárticas, llamado aria, también el piñón, que tiene propiedades similares, y formando parte del cerco

del corral de ovejas el friega plato, cuyas raíces son valiosas como medicamento. Todas estas plantas son de uso común en Olancho.

De pie en la puerta de la hacienda estuve contemplando la intensidad maravillosa con que la Naturaleza trabaja, produciendo tantas y tan cercanas formas de vegetación. Cada arbusto y árbol útil que crece parece haber hecho su hogar en este jardín de Centro América. No hay un trabajo para las manos del hombre que no se pueda ejecutar aquí con los materiales que se encuentran en la superficie; no hay un mes en el año que el trabajo no pueda llevarse a cabo; no hay una mancha en la atmósfera, ni peste indígena o importada. Don Santiago me hablaba de grandes y ricas haciendas de ganado y de mulas al Norte y Este, donde podían verse valles igualmente pinoscos y encantadores, tal vez aún más aislados del mundo que los que nos rodeaban. "Usted debe viajar", me decía, "muchos meses a través de estas montañas antes de que pueda conocer Olancho"; y mientras elevaba la vista hacia las distantes serranías del Norte y el Este cuyos débiles perfiles casi se esfumaban en el azul de los cielos, podía imaginarme fácilmente los valles escondidos y ricos, con sus praderas verdeantes tranquilamente a sus pies. Entre nosotros y la cordillera más cercana, formando un anfiteatro natural, los llanos verdes y matizados, descansaban ondulantes como un mar pintado sobre el cual miles de cabezas de ganado vacuno pacían pacíficamente, y los pocos árboles lanzaban sombras largas y vacilantes, mientras que sus hojas brillantes a la luz del sol temblaban con la brisa de las tierras altas.

A la mañana siguiente despertamos temprano entre el canto de los gallos y el bramido de la vacada. Nuestro huésped describió el camino que seguiríamos y nos aseguró que, a paso moderado pero continuo, podíamos llegar a Juticalpa a la caída de la noche. Mientras se nos preparaba el desayuno, salimos a gozar del aire fresco de la mañana. Uno de los muchachos señaló un arroyo próximo a la casa, donde una mujer extrajo ocho onzas de oro en un sólo día. Don Santiago confirmó lo dicho y me dijo que él se lo había comprado a razón de \$ 12.50 la onza.

"Todo el suelo de aquí, tan lejos como puede usted verlo", dijo, "contiene oro. ¿Vé usted aquella garganta más allá de aquella cadena de colinas? Allí fue donde las dos hijas de María Sáenz encontraron su famosa ganancia inesperada de cuatro libras de oro en dos días! En todo lo largo de aquella cadena de cerros con las dos altas palmeras a la derecha, usted puede excavar y lavar una pailada de tierra sin dejar de encontrar

chispas de oro hasta en la superficie. Más allá, en aquellas serranías de las que sólo pueden verse las cimas azuladas quedan vestigios de viejos laboreos y aún ahora las mujeres van y tienen mediano éxito. Bajo sus pies, donde usted está parado, puede encontrar oro, sencillamente lavando. Arranque una mata de maíz de aquella plantación y nueve veces de diez hallará polvo amarillo, y mire los adobes con los cuales aquella casa está construida: usted puede hacer polvo cualquiera de esos bloques de lodo y raramente fallará en encontrar, después de lavarlo, unas pocas chispas de oro en el fondo". "Oro"! continuó mi amigo agarrando nerviosamente el cigarro que tenía firme entre sus dedos, "¡oro!". "Hay tanto aquí, Don Guillermo, como en California. Nosotros sólo necesitamos la energía, la empresa y el trabajo de la gran raza norteamericana para extraerlo. Hasta los muros de nuestras casas están impregnados del metal!"

Dejé a mi bondadoso amigo y me escabullí a una poza de la quebrada para bañarme. Aquí observé sinsontes chapaleando con el mismo objeto y agitándose locamente aquí y allá ahora zambulléndose de cabeza en el plácido elemento o apartándose un momento para llevar a cabo un pleito jovial en algún árbol cercano, desde el cual descendían otra vez, aparentemente con un deleite mayor, hacia el baño. Varios de ellos, posados entre el follaje amenizaban el tedioso proceso de secar sus alitas con su conciergo matutino, cuyos arpegios la ganchuda y torpe guacamaya interrumpía con su áspera voz y, luego, como insatisfecha de su competencia infeliz, se componía su plumaje vistoso y volaba hasta que sus colores radiantes se desvanecían en el obscuro azul del cielo.

En mi ansiedad por llegar a Juticalpa rehusé la tentadora invitación que me hicieron para que me quedara en Galeras, y tem-

prano todavía salimos del patio en compañía de los tres hermanos mayores y varios miembros jóvenes de la familia Zelaya. Deseaban acompañarme unas pocas millas en el camino. Mientras pasábamos rápidamente en la brisa fresca de la mañana, los tres viejos caballeros se aportaron un momento para conversar gravemente. Una mirada ocasional me decía que estaban hablando sobre mis propuestas a fin de que suscribiéramos un contrato y estaban tal vez discutiendo mis puntos de vista. Después de un rato, dándole rienda a sus caballos iban a trote largo, se acercaron y Don José Manuel, el mayor de ellos, me dijo:

"Don Guillermo, hemos observado que algo le molesta a usted, tal vez sea el temor de que no estemos dispuestos a entrar en un arreglo con usted. Usted ha venido desde lejos y está sin duda, asociado con personas ricas y pudientes del Norte. Ellas esperan que usted tenga todo éxito, y lo tendrá. Vaya a Juticalpa y pase la función festejando y bailando, y cuando haya visto el departamento, venga a donde nosotros y el General firmará un contrato con usted para que empiece la explotación de sus minas de oro. Todos estamos de acuerdo en que éste es el único modo de mostrar al mundo entero lo que es Olancho, y si pudiéramos volver a ser jóvenes iríamos personalmente allá para conocer sus grandes progresos con el objeto de hacer por nuestra tierra lo que creo que los norteamericanos eventualmente llevarían a cabo".

En este respecto estos hermanos de noble corazón me alentaron. Después de andar unas pocas millas a mi lado, frenaron y deseándome buen viaje, dieron vuelta y se alejaron por el llano. Quedé inmóvil contemplándoles hasta que se perdieron de vista en el bosque. Entonces, con una sensación casi de nostalgia, volví hacia el Este y con L..., y los dos sirvientes proseguimos hacia Juticalpa.

17

Lavadoras de oro en el Juticalpa.—El camino.—Arboles de "Lignum Vitae".—Monte del Aguacate.—Quebradas secas. Mamisaca.—Más lavadoras.—Comprando oro en polvo.—El Monte Encantado.—La Campanilla.—Paisaje en el camino. Sembradores alados.—Juticalpa.—Vista desde la montaña. Primeras inspecciones.—La iglesia.—Presentaciones.—Don Francisco Garay.—Uno de los hidalgos de Olancho.—Los Padres Cubas y Buenaventura.—Ofrecimientos liberales.—Dibujo de mapas.—El clima.—Juticalpa en los viejos tiempos.—Don Apolonio Ocampo.—Una aventura con los "chanchos de

**Monte".—Más lavaderos de oro.—El árbol del Liquidámbar.
Preparativos para la función.—Pedigüños.—Un patriarca
olancho.—"La Plaza".**

A poco de despedirnos de los Zelaya llegamos a una falda cerca del río Juticalpa, donde el suelo parecía haber sido escarbado en buen trecho dejando desnudo el lecho de roca a una profundidad de unas catorce pulgadas y con un aspecto similar al que queda en California después de la operación llamada "ground-slucing" (lavado de la tierra). Después supe que aquí fue encontrado un depósito aurífero de mucho valor, indicado por la abundancia de una roca roja, ferruginosa, que parecía cinabrio, que en Olancho es considerada como indicio cierto de la existencia de oro. Las mujeres habían llevado de esta tierra al río en sus bateas (réplica de la excavación en seco que se hace en California) y en una semana habían obtenido varias libras de oro fino. Sea porque el depósito se hubiera agotado o porque el oro restante era tan fino y escaso, no valía la pena continuar la operación lenta de acarrear la tierra al río en pequeñas cantidades. Yo estoy casi seguro que con un juego de mangueras y buen aparato hidráulico, como los usados en el distrito de Nevada, podría hacerse que toda la colina pagara buenos dividendos. El trabajo de estas mujeres había sido hecho con varas puntiagudas y no con barras, zapapicos o palas, que nunca han sido usados en la vecindad.

De Lepaguare a Juticalpa hay una distancia de más o menos treinta millas. Bajo la impresión de que este camino debía ser transitado por carretas llevando maquinaria, iba yo tomando nota cuidadosa de las facilidades que prestaba y aunque el desnivel entre el valle de Lepaguare y la ciudad es como de un millar de pies, no hay lugar donde no pueda pasar una carreta, y con algunas pequeñas mejoras en algunos pasos del río Juticalpa el camino podría responder a cualquier uso. Así como está, uno puede caminar de prisa a caballo entre los dos lugares porque va por llanos parejos, muy bien arbolados, que se parecen en mucho a las regiones planas de Nueva Inglaterra. En algunos lugares el camino está bordeado por apretadas malezas, donde flores y plantas raras se agrupan y dan abrigo a una variedad de pájaros y otros animales.

Entre los árboles ví el lignum vitae, (o guaiacum) que aquí se conoce con el nombre de guayacán. Debido a su extrema dureza solo los cortadores de caoba se atreven a cortar esta valiosa madera. Creo es idéntica a la madera de que oí hablar frecuentemente como quebracho (quiebrahacha) y que crece silvestre en todas las montañas del Este de Honduras, junto con el palo rosa y la

caoba. El árbol generalmente alcanza una altura de cuarenta pies. El follaje es peculiar, se parece al del ciprés y está cargado de flores pequeñas y blanquecinas. Entre los indios payas la corteza y la goma se usan como medicina. El guayacán, por lo general, forma parte de los cargamentos de caoba que se transportan por las aguas del Guayape o Patuca.

Al mediodía habíamos llegado a una montaña cónica al Noreste de nuestra ruta, llamada Pico del Aguacate, al pie de la cual, la "Quebrada", arroyo de este nombre, corre vocinglero y se precipita más abajo en el río Juticalpa. Aquí también vimos señales de lavaderos de oro. El mercurio en mi termómetro circular marcaba 80° al sol. Nubes blancas, aborregadas, pasaban a prisa impelidas por el fresco viento que susurraba entre las frondas, y por eso durante nuestro viaje nunca experimentamos incomodidad a causa del calor. Mientras L... hacía esbozos del Pico del Aguacate, los muchachos descargaron las mulas y tendieron en la grama la comida que llevábamos. Pequeños y delicadas flores, como las que vimos en la zonas templadas, nos saludaban alegremente al paso del viento y adornaban las laderas de las colinas adyacentes.

Hay muchas quebradas secas bordeadas de pinos en toda esta sección del departamento, parecidas en todos los aspectos a las de California. Mis sirvientes, que habían vivido siempre en el escenario sobrio del departamento de Tegucigalpa y nunca habían visto paisajes tan bellos como éstos, expresaban su admiración con exclamaciones sencillas y me rogaban que les recordara y les empleara cuando yo volviera con la empresa de El Norte.

Después de dejar El Aguacate, nos encontramos con varias personas en el camino, la mayor parte a caballo, las que contentas de la oportunidad de enterarse de las últimas noticias del mundo se regresaban y caminaban con nosotros algún trecho. Yo procuraba impresionarles con la importancia de los americanos del Norte y con los beneficios inestimables que ellos podrían darle a Olancho como agricultores y mineros. En nuestra ruta hacia la ciudad, ocho veces cruzamos el río Juticalpa. En varios lugares hallamos señas recientes de lavaderos de oro. En esta época y, en verdad, varias semanas antes de la Función de la Virgen, las mujeres con un celo religioso se consagraban a trabajar empeñosamente en los lechos de los ríos para extraer de ellos los gastos para

las ceremonias, el decorado de la iglesia y para sus propios vestidos con los adornos que podrían hallar en las tiendas. Entre las pequeñas quebradas que desembocan en el río estaba la Tilapa, también conocida por algunos como el lugar en donde unas mujeres encontraron mucho oro hace varios años. De este lugar la distancia a la hacienda y caserío de Mamisaca, es de dos leguas, otra por las curvas del camino a la hacienda del Nance y de ahí dos más hasta Juficalpa.

En Mamisaca alcanzamos a dos muchachas que vadeaban el Río. L. las abordó afablemente y les preguntó qué distancia había a la ciudad. "¡Aquí no más!", respondieron. "¿Ve usted cómo están de arrugados sus vestidos?", me dijo L... "Eso es señal de que han estado lavando oro, que han tenido sus enaguas recogidas en su cintura mientras trabajaban metidas en el agua". Intenté trabar conversación, pero ellas sólo se miraban la una a la otra estúpidamente y sonreían, parecían tener miedo de responder y hasta de mirarnos de frente. Después de repetidos intentos, sin embargo, vencimos su falta de confianza y ví que L... tenía razón en su conjetura en cuanto a su reciente ocupación. Les ofrecí comprarles su oro si ellas me buscaban en Juficalpa, por lo cual inmediatamente me mostraron lo que habían recogido. Según dijeron habían dejado sus varas y sus bateas allá en la Quebrada, adonde pensaban regresar al día siguiente. La mayor de ellas sacó del pecho un trapo que cuidadosamente desplegó, descubriendo que estaba lleno con finísimas escamas de aquellas partículas color amarillo canario que distingue al oro del Guayape y de sus tributarios, del de otras porciones de Olancho y Segovia en donde su aspecto blanco indica una mezcla parcial con otros metales o substancias. El trapo estaba húmedo todavía y el polvo más fino se adhería por dentro lo que impedía que saliera todo su contenido; pero al pesarlo después en Juficalpa había más o menos un cuarto de onza, que yo compré por la bagatela de un poco más de dos pesos plata.

Aquí nos despedimos de las lavadoras y subiendo por una loma desde el río vimos un pico muy bonito al que llamaban Monte Encantado porque dice la tradición que su cima, donde se ven llamas pálidas y suenan las campanas, está frecuentada por los espíritus de los aborígenes. Los nativos pasan por los alrededores de El Encantado con un temor reverente y rezan rosarios con doble unción cuando se aproximan a sus misteriosos recintos.

El inofensivo y pequeño meteoro de la floresta, probablemente el insecto llamado Lámpara Fulgora, es el que suple las luces espectrales, y el autor de los solemnes tañi-

dos no es otro que el pájaro campana o campanero. El viajero en su iráfico por los bosques queda a veces sorprendido al oír de repente el sonido distante de una campana, flotando en las ondas del viento con las modulaciones peculiares de los templos. Se detienen a escuchar y, después de un pequeño intervalo, oye nuevamente el tañido pene-irando en las soledades y exactamente igual al de alguna campana conventual de boca ancha. El "campanero" emite su voz poco más o menos una hora antes del anochecer, es un pájaro modesto, sin el ropaje vistoso de otros pájaros y tiene predilección por las más oscuras reconditeces de los bosques. Raramente se le ve y, se dice, al emitir sus sonidos se le para una cresta que de tamaño extraordinario lleva en la cabeza.

Todo el camino hacia Juficalpa abunda en panoramas espléndidos y yo, con una avidez de judío, sentía el deseo de atraparlos todos para conservarlos en mi recuerdo. Algunas veces nos llevaba por un emparrado natural como los que se ven en Hartford y New Haven o dentro de un bosque de aspecto gótico, vestido de lianas y adornado con múltiples florescencias; en otras, a un valle-cito en que la casa rústica de la pequeña hacienda nos espiaba entre grupos de árboles frutales, frijolares, arrozales, ayoterías y naranjos agrupados apretadamente, en medio del cual las niñas bronceadas (cuyo adorno sencillo era una sarta de cuentas y una mata de pelo frondoso y desaliñado) nos miraban medio amedrentadas y tan inmóviles que parecían formar parte del follaje; o bien nos hacía pasar por campos abiertos donde nos colábamos a través de los jicarales, cuyas ramas mostraban al viajero sus pequeños frutos, que sirven al campesino como indispensables vasos para beber en las moniañas.

Los pájaros de Olancho son los sembradores más perseverantes del departamento. Como por un designio de la Providencia, llevan ellos las semillas de una diversidad de frutas en sus picos, o las dejan caer sin digerir en las colinas y en los valles en donde, acunadas con las copiosas lluvias y el calor de la luz del sol pronto germinan. Muchas frutas son propagandas de esta manera por los campos. Por eso se ven con frecuencia en las rutas solitarias los limoneros, los naranjos, las limas dulces. Los deliciosos sarsiles, ya descritos, han sido distribuidos de este modo por todo Olancho y la vainilla se disemina, no hay duda, de manera igual.

Pero yo tenía ansiedad por llegar a la meta de mis esperanzas, Juficalpa, para denerme mucho en estas cosas. El botánico tiene aquí un amplio campo de investigación y muchas drogas de valor, plantas y flores magníficas tienen aún que darse a conocer

cuando el departamento esté abierto a las investigaciones de los sabios.

Al dejar Lepaguare, el General había insistido en que dejáramos nuestras mulas peludas para que se recuperaran en la hacienda y nos dio, en su lugar, caballos finos y fuertes, tanto a nuestros sirvientes como a nosotros. El mío —que el amigo generoso me obsequiara después— era un fordillo brioso y de fina estampa. Nos condujeron con paso infatigable por las pendientes de los cerros hasta que los frecuentes patachos de mulas y varios nativos caminando hacia el Este, nos indicaron que se acercaba el término de nuestra jornada. Apresuramos la subida suave de la cordillera que da hacia el valle de Juticalpa y descansando un poco en la cúspide contemplamos allá abajo por primera vez y en medio de la luz mortecina de la tarde, la cabecera de Olancho.

Difícil es describir el placer con que contemplé en silencio el rico panorama brillando con los últimos rayos del sol poniente, y el aspecto singular de la vieja ciudad española extendida ante mis ojos. Hacía tiempo que la tenía retratada en mi imaginación y ahora, después de varios meses de expectación, aquí me hallaba participando del sonido de sus campanas y del ruido ciudadano. Construída lejos de las rutas ordinarias para el viajero y el comercio, siendo casi un mito hasta en la aislada Centro América, gozando de vieja reputación como ceniro de las regiones auríferas que hace dos siglos, antes de que la civilización hubiera comenzado a subyugar las soledades de Nueva Inglaterra, atrajo a Alvarado y a sus acompañantes a su conquista (1) Juticalpa ofrece un gran interés para el moderno aventurero, sólo igualado al atribuído a las misteriosas ruinas aborígenes de Chichen, Uxmal o Palenque.

El vasto llano se pierde en el horizonte aunque está limitado por montañas boscosas que apenas alcanzamos a divisar; se extiende hacia el Este y el Norte y en él las nubes purpúreas del Oeste arrojan brillo radiante, coloreando débilmente las colinas e indicando por una fajita de luz el curso ondulado del río Juticalpa, que pasa al Norte de la ciudad y desemboca en el Guayape algunas millas más abajo. El distante toque de un tambor nos recordaba la persistencia de la costumbre inmemorial de patrullar la Plaza a la caída de la noche, y el toque de la campana de oración nos decía que aquí también se observaba aquel bello ritual a que he hecho mención en páginas anteriores. L... me despertó de mi embelesamiento y pronto descendimos y entramos a las calles empedradas de la ciudad. El lugar no es dife-

rente a Tegucigalpa en cuanto a arquitectura, aunque tres veces más pequeña, teniendo la iglesia de estilo, la plaza, el cabildo, las casas particulares y las calles que se cruzan en ángulo recto. Algunas de las residencias son hermosas y hay varias de dos pisos, nítidamente encajadas, enladrilladas y con grandes jardines y frutales en el interior. La iglesia, que es reciente, ocupa el sitio del viejo edificio y fue construída parcialmente con las contribuciones piadosas de las lavadoras.

Paramos frente a una pequeña tienda que estaba en la intersección de dos calles y preguntamos por la casa del señor Gardela. La residencia de éste, que es una de las mejores de la ciudad, forma parte del lado sur de la plaza. El señor Gardela estaba ausente en una de sus haciendas, pero uno de sus sirvientes nos dijo que la casa, aunque cerrada, estaba a nuestra disposición. Preferimos, no obstante, seguir adelante hacia la casa del venerable Don Francisco Garay, de quien habíamos sabido era un rico ciudadano que vivía en una finca solitaria en los alrededores de la cabecera y era compadre del General Zelaya.

Como nos demoráramos un poco, pronto se reunió un grupo de personas ofreciéndose para guiarnos. Cruzamos la plaza, seguimos la dirección que se nos indicó y pronto llegamos frente a un gran edificio blanco, con ventanas enrejadas y aparentemente cerrado por todos lados. Tocamos a la puerta varias veces sin obtener respuesta, por lo que Víctor, siguiendo mis instrucciones, se fue hacia un gran portón de la derecha que comunicaba con el patio interior. Inmediatamente fue zafado el pesado pasador de madera de la ventana y una figura vestida de blanco según podíamos discernir en la obscuridad, nos miró y gritó: "¿Quién?"

L... contestó que traíamos cartas de presentación para el señor Garay y que deseábamos pasar la noche en su casa. Este mensaje fue entregado e inmediatamente una voz cascada, evidentemente de una persona de edad avanzada, salió de la ventana y preguntó por nuestros nombres.

Al saber quienes éramos, se disculpó por la tardanza en abrirnos y nos invitó, "en el nombre de Dios", a que pasáramos adelante. Al mismo tiempo el portón se abrió de par en par y todos entramos al patio.

Dejamos a Víctor y a Roberto que atendieran nuestras bestias y seguimos a un indito hacia la sala, donde nos presentamos a un anciano de cabellos blancos, que de una gran hamaca que estaba tendida de lado a lado del apartamento se levantó con dificultad a recibirnos. Tenía él una contextura

(1) Juarros dice que a San Jorge Olancho la fundó Diego de Alvarado, por orden de su hermano D. Pedro, el año de 1530. V. Historia de la Ciudad de Guatemala, tercera edición, p. 35

hercúlea y debe haber sido, medio siglo antes, un hombre muy bien parecido. Recibí nuestras cartas con dignidad, las vió y a través de sus anteojos repitió su cordial bienvenida, al mismo tiempo que gritó con voz estentórea que se sirviera muy pronto una cena para sus visitantes. La casa se puso rápidamente en movimiento y en media hora estábamos sentados alrededor de una gran mesa, donde se veían tantas viandas exquisitas que yo no tuve tiempo ni inclinación para tomar nota de ellas.

Esta era el famoso Don Francisco Garay, el Creso del departamento de Olancho, el propietario de diez mil cabezas de ganado y de seis haciendas entre las cuales figuraba la bella y extensa de "La Herradura". Nuestro anfitrión, después de volver a su hamaca, encendió un cigarro y yo, brevemente, le informé acerca del objeto de mi visita y de los sucesos mundiales en general. Aquí estaba un hombre de corazón sencillo, hospitalario, de cabellos blancos y de un aspecto gentil, que nunca había salido más allá de las fronteras de Olancho en su larga vida de ochenta años. Solo su ganado, si se estimara su valor en la medida que lo pudiera hacer un propietario de haciendas después de los descubrimientos de oro en California, se contaría como una fortuna principesca y ésto sin incluir los incontables hatos de mulas y caballos y las leguas de la más rica tierra en una de las regiones más sanas y más pintorescas del mundo!

Había procreado una familia de catorce hijos; muerta su esposa, sin ocupación o entretenimiento dedicó su vida a mejorar sus propiedades, y enviando frecuentemente a Trujillo recuas de mulas cargadas con quesos, pieles de venado y cueros de res, o grandes partidas de ganado, de caballos y de bestias mulares a Gualemala o a la feria de San Miguel. Hace como veinte años fue arrojado de su silla por un caballo chúcaro y se quebró una pierna en la caída. Esta le fue atendida por un chapucero ambulante y quedó renco para siempre. Con la excepción de cortos viajes en una mula mansa, cuidadosamente seleccionada y domada para su uso especial, renunció a sus labores activas y la supervisión de las haciendas pasó a sus hijos. Ahora vive meciéndose en su hamaca y fumando todo el tiempo.

Entre su progenie había una hija que casó hacía varios años con el señor Zelaya, Alcalde Primero de Tegucigalpa(1). Me dijo el viejo, como algo de sumo interés, que había enviado por ella a fin de que pasara la función en Olancho. Los otros hijos, ausentes en distantes secciones del departamento, también eran esperados para que es-

luvieran presentes todos durante la fiesta próxima y reunidos en el hogar. "Usted no puede llegar más a tiempo", me dijo nuestro anfitrión después de habernos dado, entre chupadas de su cigarro, los detalles arriba asentados; "la ciudad ahora se parecerá a los tiempos de fiesta y de holgorio de antaño, cuando los placeres de oro producían tan vasta riqueza bajo la dominación de los españoles".

Era casi medianoche cuando habíamos cambiado protestas de amistad con el viejo olanchano, y supe de sus elocuentes labios los detalles de su vida, de su familia y de sus dominios. Nosotros, en cambio, le pormenorizamos los sucesos políticos y sociales del año pasado, de los cuales en su confín sólo había oído referencias vagas o exageradas. Escuchaba atentamente nuestros comentarios sobre la guerra europea, destinada, según su opinión, a causar más derramamientos de sangre y cambios que las de Napoleón. Luego hicimos colgar nuestras hamacas, meciéndonos en ellas y cansados de nuestro viaje de treinta millas pronto nos dormimos.

La llegada de un americano de El Norte produjo una sensación extraordinaria en la pequeña sociedad de Juticalpa. Al siguiente día la sala del señor Garay estaba llena de bote en bote. Entre mis visitantes se hallaban los Padres Francisco Cubas y Buenaventura Colindres, el señor Felipe Bustillos (2), don Mateo Pavón y otros numerosos elementos prominentes de la ciudad. La ceremonia de la presentación a éstos era de una formalidad casi ridícula, que en cualquier otra parte hubiera provocado mi risa, pero ya estaba yo acostumbrado a observarla. El Padre Colindres, o Padre Buenaventura como se le llamaba familiarmente, pronto se interesó en mis proyectos. Era en extremo popular entre todas las clases sociales, con un gran cerebro repleto de conocimientos campesinos, pues no leía otra cosa que su Misal, su libro de oraciones y, ocasionalmente, los periódicos de Tegucigalpa. Examinó con gran curiosidad los mapas que había traído conmigo de los Estados Unidos y, especialmente, los de California. Copió los nombres de los Estados y estuvo por algún tiempo estudiando una breve traducción que le hice sobre la forma del gobierno local en cada Estado y sobre asuntos generales, relacionados con el país de El Norte. El Padre Cura de Juticalpa, Francisco Cubas, tenía un cargo superior al del Padre Buenaventura. Cada quien tenía asignada su jurisdicción en el departamento, adonde hacían una visita semianual para el bienestar espiritual de los feligreses. Pagué la visita de ambos y tuve la suerte de ganarme su buena volun-

(1) Se refiere a D. José María Zelaya, casado Dña. Justa Garay

(2) D. Felipe Bustillo ejerció el Poder Ejecutivo en calidad de Vice-Presidente el año de 1848. Fue abuelo del General Manuel Bonilla

tad. Como antes he dicho, el apoyo y protección del clero es un poderoso auxiliar para el éxito de cualquier empresa en Hispano América.

Mientras me hallaba en la casa del cura y durante el término de la función tuve la oportunidad de ver el poder que tiene el clero sobre el pueblo y la facilidad con que éste contribuye a su sostenimiento. Varios jóvenes fuertes llegaron sucesivamente durante nuestra entrevista, y haciendo un saludo reverente en la pueria, entregaban a su consejero espiritual varias sumas de dinero, desde uno a cuatro pesos, para que los encomendara a la protección de la Santa Virgen. Estas eran, me dijo el Padre, parte de las ganancias de ellos al monte, juego favorito entre los españoles en todo el mundo. La procesión de mujeres y viejos era continua y cada quien deseaba atenuar algún pecadillo dando una bagafela a la Virgen. Creo que el Padre, de no más de treinta años, es el hombre más inteligente que yo había encontrado en Olancho. Era un autodidacto en latín y francés y su biblioteca, de unos doscientos volúmenes sobre teología, metafísica e historia, demostraba que no era un lector superficial.

Apenas había estado una hora en la casa del señor Garay y ya había hecho una o media docena de citas con igual número de personas para ir en excursión a varias partes del departamento, entre ellas una a la famosa y comercial ciudad indígena de Cutacamas, otra de pocos días a la costa, cerca de donde el río Guayambre se une al río Guayape, cuyo lugar se llama La Confluencia de los Ríos. Cada quien parecía imbuído del deseo de traerme noticias sobre alguna localidad otrora célebre como placer aurífero, las cuales, si sus aseveraciones fueran tomadas al pie de la letra, con una cantidad apropiada de eficiencia y de empresa podrían producir millones.

Como siempre lo hacía, extendí mi mapa de Olancho que luego se convirtió en objeto de general interés tanto en esta ocasión como en todo Juticalpa. Muchas personas vinieron a verlo y cada quien tenía una hacienda que insertar, o sugerir que se incluyera en él alguna cadena de montañas o algún río. Hasta el más ignorante comprendía la naturaleza del trabajo, pero hallé que su estimación sobre distancias no era digna de confianza en casos donde un norteamericano de las regiones más apartadas podría ser claro y exacto. Para obtener la dirección de cualquier lugar preguntaba a media docena de personas sucesivamente para señalar lo que ellos consideraban el curso exacto, y en este particular invariablemente encontraba que todos estaban de acuerdo. Nada sabían sobre los puntos cardinales de la brújula o

sobre la posición de la Estrella del Norte, pero su sentido de dirección era casi infalible y tan seguro entre ellos mismos como el viejo sistema de navegar guiándose por las estrellas. Al determinar la exacta situación de un lugar con mi brújula, la incluía en mi mapa y luego hacía una serie de preguntas en cuanto a las quebradas, las montañas y los valles que debían cruzarse para llegar hasta ese punto. La aseveración de que una brújula de nada sirve en las montañas de Honduras debido a los depósitos minerales, es sencillamente absurda y no merece la menor consideración siquiera.

Quizás he dado demasiado espacio a la descripción del clima de Olancho. Ello es debido a que las tradicionales opiniones que comúnmente se reciben en cuanto a los "terribles trópicos" han tomado posesión de la mente del público, y que yo me he propuesto desbaratar para demostrar que estas mesetas elevadas, abanicadas por los vigorizantes vientos del mar, son tan sanas como las regiones deliciosas de Puebla, de Jalapa o de México, lugares todavía frescos en la memoria de los compatriotas norteamericanos que las visitaron durante la guerra con México.

No concibo que los norteamericanos que visiten Olancho, o cualquier otra parte del interior de la República de Honduras, pudieran degenerar en razón de su clima o de los hábitos indolentes de sus habitantes, provenientes de la asociación con las gastadas razas de Hispano América. En los suelos abundantes en oro, el yankee no puede resistir la tentación del trabajo, y es mi convicción que en Olancho sólo, en la América Tropical, el problema de la colonización por ciudadanos industriosos del Norte, será pacífica y felizmente resuelto. Las colinas siempre arboladas y los llanos siempre herbosos, preservan la humedad de la tierra durante nueve meses del año (junio a febrero inclusive) y los vientos alisios que soplan en todas las épocas moderan la temperatura y la hacen deliciosa. Juticalpa, Lepaguare, La Concepción, Catacamas, Las Flores, son todos lugares salubres, pero particularmente los dos primeros, en donde pueden establecerse estaciones para un tráfico activo, las cuales, bajo la dirección de empresarios norteamericanos y bajo la garantía de un gobierno estable y discreto, podrían prosperar hasta convertirse en ciudades florecientes que dependerían de una inagotable provisión de oro, de ganados sin límite, caballos, mulas, una población pacífica y una de las más fértiles regiones del mundo.

La ciudad de Juticalpa, aunque construida en el sitio que ocupó una antigua aldea indígena de ese nombre, no es tan antigua como la vieja capital de esa sección

centroamericana, Olancho, y que ahora se conoce con el nombre de Olancho Viejo o Antigua, de la cual solo las ruinas existen para denotar su anterior importancia. Estas ruinas están situadas al pie del Monte Boquerón (1) en el río de Olancho, hacia Catacamas y su descripción la reservo para después. Antes de la destrucción de Olancho Viejo, Juticalpa era una aldea insignificante. Aunque es el centro comercial del Este de Honduras y cabecera de un departamento que comprende en su extensión más territorio que todo El Salvador y Costa Rica juntos, hasta hace poco la ciudad no tenía lugar en ningún mapa de Centro América. Su misma existencia parece haber sido ignorada como la de las otras ciudades de Olancho. Ha sido muy poco visitada aún por los escasos aventureros de los cortes de caoba que penetraron en el interior durante la última centuria, de los establecimientos de Belice y a lo largo de la costa oriental. Es ahora el centro comercial del tráfico del departamento. La ciudad, se me dio, tuvo antes arriba de ocho mil habitantes pero la disminución de su comercio, el decaimiento de las empresas mineras bajo el cambio de los gobiernos nacionales en la república y, últimamente, por los estragos causados por la langosta que barre todos los cultivos en una sola noche, todo se ha combinado para disminuir la población de Juticalpa a poco más o menos cuatro mil almas que, en tiempo de celebraciones públicas, se triplicaba temporalmente.

Existe una red de caminos, que son más bien veredas para mulas, que arranca de Juticalpa y se extiende por todo el departamento. Casi todos los ricos en haciendas de ganado tienen residencias en la cabecera departamental.

Recogiendo datos relativos a Olancho fui presentado a un costarricense, el señor Apolonio Ocampo (2), quien, por varios años había estado ocupado en los cortes de caoba en el Guayape, el Guayambre y el Jalán. Le conocí en casa del señor Garay, y el mutuo conocimiento se convirtió luego en una íntima amistad que duró hasta mi despedida de Olancho. Inteligente, con educación liberal y con una sagacidad agudizada por el trato con los negociantes de caoba londinen-

(1) El anotador conjetura que la historia de la erupción del Boquerón no pasa de ser una leyenda sin fundamento real, recogida por el Br Juan Francisco Márquez, Cura Propio de Tegucigalpa. Refiere que la ciudad de Olancho el Viejo fue destruida "por haber llegado a tanta la corrupción de las gentes, que el oro se empleaba hasta en las herraduras de los caballos, con mayor soberbia que los Petubianos o Cusquillos, por falta de hierro, cuando se encontraban de cuero las Coronas de los Santos" (Revista del Archivo, t I p 309). Pero según la carta dirigida al Rey por el Obispo de Comayagua Fr. Gaspar de Andrada y Quintanilla, el 12 de octubre de 1598, "los vecinos de la villa de Olancho sin orden ni licencia desampararon, algunos años ha, el pueblo donde vivían, y poblaron en un sitio muchas leguas distante del" (Archivo de Indias, Guatemala, 164). De manera que en 1611, año en que se afirma que hizo erupción el Boquerón, hacía ya muchos años que Olancho estaba des poblada.

(2) Parece que fue casado con Dña Mariana Arbízú, padres de Dña Trinidad Ocampo, esposa del jurisconsulto hondureño D Pedro J. Bustillo

ses en Belice, estaba peculiarmente calificado para proporcionarme una información veraz, ya que sus hábitos de observación le habían capacitado para darla sobre sus viajes constantes al interior del país y en sus transportes en balsa por los ríos Guayape y Patuca. Tenía a veces varios cientos de hombres trabajando en sus benques del Guayape y sus tributarios. En particular, debo a don Apolonio los detalles minuciosos que me diera sobre el curso de los ríos principales, más allá del punto donde yo los cruzara.

Durante varios días, anteriores a la función, con el señor Ocampo visitamos a caballo la región. Generalmente llevábamos armas, más por mi iniciativa que por alguna advertencia que él me hiciera al respecto. Una vez íbamos hacia la aldea de Jutiquile, que queda más o menos dieciocho millas al noroeste de Juticalpa, vimos en el camino un pequeño cerdo salvaje de ojos malignos, y estaba a punto de recetarle una de mis píldoras de plomo, cuando don Apolonio me aconsejó que me abstuviera de hacerlo porque donde había uno de estos animales, seguro que cerca estaba toda la manada, cuyo número y ferocidad no eran para despreciarse. Así, dejé que el animalito entrara trotando a uno de los matorrales; pero más adelante, como a distancia de cien yardas, el camino estaba lleno de ellos. En la costa norte este animal se conoce con el nombre de "Warey". No pude resistir la tentación de bajarme del caballo, llevarme el rifle a la cara y disparé, no obstante el consejo que me diera el señor Ocampo; con el estallido, el más grande que pude seleccionar describió una serie de vueltas, gruñendo con furia salvaje y, por último, rodó pataleando hasta que quedó tendido. Curioso era observar el resto de la manada viendo sus contorsiones. Don Apolonio, mientras tanto, prudentemente se había retirado colocándose a una distancia respetable entre él y los jabalíes.

Como la manada no hacía sino gruñir, dar chillidos agudos, dar vueltas enderredor y hocicar el cuerpo de su compañero muerto, hice la misma operación a otro, desde un lado de mi caballo. En el momento que con sus pequeños ojos me divisaron, salieron velozmente hacia mí, trepé a la silla y volviendo grupas a la legión que avanzaba, ví luego que con Apolonio era cuestión de competencia a quien interponía más terreno en el más corto tiempo. Nos siguieron por varios cientos de yardas y sintiendo quizás que su poder de locomoción era desigual a sus propósitos, regresaron hacia donde estaban los cuerpos de sus compañeros muertos y recomenzaron su hociqueo. Los seguimos y matamos cuatro más, y cuando la manada tomó esto como una lucha desigual, corrió

hacia el bosque dejándonos en posesión del campo.

Estas son criaturas bravías, de patas delgadas, vivas, como un cruce de cerdo común y un puercoespin, tienen ojos pequeños y malignos, formidables colmillos y, generalmente, un color moreno sucio. Corren en las montañas siempre en grupo, donde el viajero solitario que los encuentra, a veces se ve obligado a subirse al árbol más cercano en busca de refugio, especialmente si ha tenido la temeridad de dispararles. En tales ocasiones él puede tirarles desde allí con perfecta seguridad, y aunque con su rifle logre ultimar la mitad de ellos, continuarán lanzándose alrededor del árbol entre los cuerpos yertos de sus compañeros, rechinando los dientes y emitiendo un gruñido bajo y colérico hasta que el jefe de ellos, generalmente el más grande, es muerto, ocurrido lo cual, se escabullen a toda velocidad, pues la pérdida de su guía, desalienta su ferocidad porcina.

En estado doméstico andan de puerta en puerta en las aldeas, devorando los desperdicios que pueden arrojárseles y disputando con los zopilotes el oficio de agentes de salubridad, comiendo carroñas. Los muchachos descalzos aprenden pronto lo que significan los brillantes dientes del "warey". Este animal raramente se caza en Honduras o en Costa Rica, en donde particularmente abundan y se le confunde, erróneamente, con el pecarí. Como una ilustración de la variedad de nombres que en una sola localidad de Honduras se da a muchos animales y pájaros por cuya razón si los extranjeros no están familiarizados con el lenguaje caen en absurdas conclusiones, el nombre de este animal servirá de muestra. En un círculo de unas cien millas se le llama: "Waree", chanchito de monte, jabalí, pecarí, saíno, "warey", y chanchito bravo, amén de tener también su nombre en latín.

En los alrededores de Juticalpa hay numerosas minas o placeres. No son, sin embargo, muy productivas y sólo se conocen como sitios en donde de tiempo en tiempo se han encontrado algunas chispas del precioso metal. Cerca de Monte Rosa, hacia el suroeste, hay lugares en los cuales las lavadoras van después de las crecidas y coleccionan cantidades considerables. Pero la labor de los viejos españoles, como de las mujeres del tiempo presente, parece haber sido dirigida principalmente a las arenas de las quebradas, más bien que a cambiar el curso de los ríos o a excavar profundamente en los secos barrancos y cañadas, que es donde más se le encuentra en California.

Mientras andábamos por Monte Rosa con el Padre Buenaventura examinando es-

tos placeres encontramos a dos muchachas que estaban lavando oro en el río. Habían traído la tierra en burdas canastas de palma, desde una distancia de media milla y las partículas de oro se distinguían bien después de la operación del lavado. Esperamos hasta que terminaran su labor y a ruego del padre regresaron con nosotros al lugar desde donde habían traído la tierra. Estaba éste en la ladera de una pequeña colina, donde la tierra roja indicaba la presencia del oro. El lecho de roca aquí era bastante superficial cubriendo la tierra poco más o menos un pie de profundidad. Esto es lo que las pequeñas trabajadoras habían raspado y recogido de la sustancia arcillosa, dejando la roca enteramente limpia. Así habían barrido un espacio como de una yarda cuadrada y de allí obtuvieron como quince centavos de un oro puro, escamado, de color amarillo brillante y de una calidad sólo productiva si se le trabajara por medio del azogue. La operación del "lavado del suelo" pagaría aquí buenas ganancias.

Fue en este viaje cuando por primera vez vi el árbol de donde se extrae el liquidambar (Liquid-amber. Ambar líquido). Es natural de varias secciones de Centro América, pero especialmente de las mesetas de Olancho, donde se le ve creciendo exuberante entre los muchos árboles de brillantes hojas que integran el paisaje del departamento. Después me lo mostraron en el camino entre Lepaguare y Galeras y, también, en las vecindades de Catacamas. La mayor parte de estos árboles, sin embargo, han sido horadados y, por consiguiente, dañados. Su altura media es de unos treinta pies, pero el General Zelaya me aseguró que en las montañas, como a veinte millas al Norte de Juticalpa, se les encuentra de treinta a ochenta pies de altura y de unos tres pies de diámetro en la base. El tronco es suave y desnudo de ramas hasta la altura de veinte pies desde donde salen hacia la parte superior, muy parecidas a las del pino norteño y formando un cono de viva esmeralda.

Las hojas tienen siete puntas y están profundamente marcadas, muy arrugadas y cuelgan de tallos finos. La florescencia es a principios de febrero; en este tiempo el árbol se destaca entre el follaje que le rodea. Las flores son de color rosado, grandes y puntiagudas, salen de los extremos de las ramas y revientan en ricos corimbos globulares. El haz de las hojas es glutinoso y brillante y se parece al del arce de hojas plateadas. La madera es dura y cuando se la trabaja muestra un grano fino jaspeado, capaz de coger un alto brillo, pero raramente se la corta y usa en esta tierra donde abundan las maderas preciosas para construcción, las maderas de tinte y las plantas medicinales.

Los propietarios de las haciendas de ganado envían a sus mayordomos a las montañas a recoger la resina que exuda a través de los poros del árbol y, a menudo, como la del durazno, se concentra en algún nudo a lo largo de la superficie lisa. La goma o resina gotea de la incisión en lágrimas transparentes hacia los conductos hechos por los nativos hasta que, de una espinita insertada en un punto conveniente, puede recogerse una botella o más de líquido. Según supe, de las ramas más altas se obtiene un producto de mejor calidad.

La pestaña hecha de hojas de plátano y que se ata apretadamente alrededor del tronco, se deja por varios días para encontrarla después llena de la preciosa destilación. Con Julio, el mayordomo de Lepaguare fuí a ver uno de estos árboles como a dos leguas, donde él recogió por lo menos una botella, de las pestañas hechas de hojas. El tronco del liquidámbar es pegajoso al tacto, donde numerosas abejas quedan atrapadas cuando, atraídas por la substancia glutinosa que exuda de los poros, acuden a la corteza. La goma cuando se embotella adopta la consistencia de la miel. En la caballeriza del General Zelaya había por lo menos dos galones de liquidámbar, que no usaba sino con el propósito de curar las heridas de los caballos, las mulas y el ganado. Mientras estuve ahí ví un patacho de yeguas y potros que se encorralaban por haber sido mordidos por los campiros o heridos por las bestias salvajes. Las heridas se limpiaban primero con un cocimiento de plantas medicinales recogidas por uno de los muchachos, y después se las cubría con liquidámbar. Se me aseguró que nunca fallaba para una cura rápida de las heridas en la piel de los caballos, y que en las montañas cuando los cortadores de caoba o los cazadores se hieren, inmediatamente se aplican de este árbol el remedio consiguiente. Los indios, con el objeto de preservar su dentadura la mastican, pero si la goma está muy espesa le mezclan algunas veces otras substancias. No ví liquidámbar sino en Olancho, e investigando en otras partes de Centro América supe que señalaban esta sección del istmo centroamericano como particularmente abundante en dicho árbol.

Desde el día de nuestro arribo a la ciudad de Juticalpa la población aumentaba constantemente. Todo era alegría y entusiasmo con los preparativos para la función, largamente esperada. Se reunieron las autoridades y dieron licencia a los habitantes para que pudieran disparar armas de fuego y bombas; la pequeña guarnición del cabildo se atavió lo mejor que pudo, desfiló por las calles y a intervalos despertaban a los habitantes con el eco de su cañón de montaña, viejo y destartado armatoste espa-

ñol del calibre de las escopetas que sirven para cazar patos. En Centro América se estiman los cañones por el ruido que puedan hacer. Un grupo de señoritas se reunió en casa de Doña Teresa, al otro lado de la calle. El interior, como pude ver desde mi ventana, estaba alegre con la policromía de los estampados, cintas y mantones que llevaban. La gente llegó de todas partes. Venían a diario desde lugares a cincuenta millas de distancia. La plaza de toros estaba recibiendo los toques finales de los trabajadores que durante varios días habían estado trayendo a la ciudad con bueyes y mulas cargas de ramas y palos para completar las barreras. Varios músicos, que tocarían durante la semana de festejos, habían visitado al señor Garay para la acostumbrada contribución; los pudientes de la ciudad habían estado en solemne cónclave en nuestra casa con los curas, discutiendo los gastos del decorado de la iglesia en una manera que concordara con la importancia de la ocasión; los toros (siempre suplidos gratuitamente por el señor Garay) ya estaban en camino desde sus haciendas; los cohetes y buscapies (también los llaman escarba-niguas) anuncian la función chisporroteando y explotando alrededor del cabildo, y la dormida ciudad de Juticalpa, comúnmente tranquila, presenta ahora una admirable escena de ruido y excitación.

Durante todo este bullicio, tocado con sus vestiduras de fiesta, con su pierna coja sostenida entre cojines y su hamaca arreglada de tal modo que halando una cuerda suspendida del techo pudiera mecerse de aquí para allá, el viejo caballero abrió su casa y distribuyó monedas y consejos a las varias personas que diariamente le visitaban. Alguna vez, a hurtadillas, un sujeto entraba a su cuarto, sombrero en mano, y se sentaba respetuosamente sobre un baúl y quedaba mudo, con sus ojos fijos y lánguidos hacia el piso. Cuando el señor Garay había terminado sus asuntos con el sujeto que había venido antes, miraba con bondad hacia su nuevo visitante, prendía un cigarro y le decía:

"Ahora, amigo, ¿qué tienes?"

A esto el sujeto (ahora seguro de su éxito) levantaba los ojos, decía que él trabajaba duro para sostener a su madre ciega o a sus pequeñas hermanas, pero que debido a los destrozos de la langosta le había sido imposible conseguir un medio para poder celebrar la fiesta a la gloria de Dios, y después de un largo cuento bajaba otra vez los ojos y permanecía en silencio. El viejo golpeaba con su bastón el piso, llamaba a un indito que tenía de criado, quien procedía a abrir un baúl antiguo de roble y sacaba de él una caja llena de monedas de cobre. Estas eran contadas cuidadosamente y dándose las al peticionario, le decía: "Vamos! Sin duda

sois buen muchacho", y cuando le obsequiaba las monedas agregaba con aire paternal para guardar su talante patriarcal: "Acuérdate, Antonio, que un peso en el bolsillo es el mejor amigo en este mundo".

El sujeto que, se quiera o no, era algún pelagatos o vagabundo, invocaba a Dios para que derramara sus bendiciones sobre su venerable benefactor y, saliendo de prisa hacia la plaza, rápidamente gastaba los cobres apostándolos al "monte" en la primera mesa de juego.

Uno de los pasatiempos favoritos del señor Garay, y que él compartía con toda la

población de Olancho, era el de las corridas de toros, entretenimiento en el que, allá en sus días de juventud, no desdeñaba tomar parte pero ahora solo se contentaba con presenciar desde el alto andamiaje levantado, tantas veces como se celebraba la fiesta expresamente para él, fuera de la gran barrera y desde donde se dominaba todo el redondel. Conociendo esta debilidad suya, los toreros siempre le sacaban al rico Don Francisco fuertes contribuciones. Nunca rehusaba él las peticiones de sus favoritos, quienes, en su concepto, ofrendaban la vida para alegrar al público y celebrar como se merecía la Función de la Virgen.

18

Las calles.—La iglesia.—En la plaza.—Mantos de plumas. Población.—Espectáculo festivo.—"El Bolero" y "El Fandango".—Poesía olanchana.—Un "Feu de Joie".—Cena con el Padre.—Visitantes.—Mermelada de naranja.—Ambrosía de tamarindo.—El primer Día de Función.—Cómo montan las muchachas y los galanes.—El encierro de los toros.—Una carrera loca.—Ceremonias religiosas.—Procesiones.—Lidia de toros.—Montando un toro.—Una "Chispa de oro".—Aire puro. Campanas de plata y oro.—Reunión social.—"Poco a Poco". Doña Isabel.—Comprando polvo de oro.—Valle de la Concepción.—Panorama irisado.—A caballo con un cura.—Sitio para una ciudad norteamericana.

Las calles de Juticalpa, como las de todas las poblaciones hispanoamericanas, son estrechas, mal empedradas y calientes debido al resplandor del sol en las paredes eternamente encaladas; por lo genral no huelen muy bien. La mayor parte de las casas son de un solo piso, los interiores frecuentemente están sin pavimento y el suelo desnudo sirve como piso. Los techos son todos entejados lo que, a distancia, da la impresión de estar la ciudad regularmente construida, no siendo ello así. De los aleros de las casas las gentes habían estado colgando por varios días ramas y hojas de palmas y cedro, mientras que, de lado a lado de las calles principales y de techo a techo, se tendían cuerdas hechas de algún bejuco resistente, a los cuales se ataban haces de ocote que servirían como antorchas. La iglesia se hallaba igualmente adornada y los portales de los edificios se veían cubiertos con ramas de pino y cedro. Los interiores de las casas se hallaban también adornados y el aspecto de la ciudad me hacía recordar en algo la decoración de las iglesias en el Norte, en época de Navidad.

Por invitación del Padre Buenaventura

fuí a ver los preparativos que hacían las mujeres de la ciudad, a cuyas manos la iglesia había sido confiada. El altar estaba rodeado y cubierto con velas de sebo y colocadas en pequeños sostenes de madera. Estas luces se veían, asimismo, profusamente colocadas alrededor de los muros en los nichos, frente a figuras de santos adornados con oropel y ante los execrables remedos de pinturas con que la iglesia estaba decorada. La galería se veía abarrotada con velas a su alrededor. Todo el edificio por dentro estaba guarnecido con tablas de cedro bien cepilladas para cuyo trabajo se importaron carpinteros de Jamaica, vía Trujillo. En conjunto es un edificio muy aceptable y estuvo diez años en proceso de construcción.

Cuando entramos hallamos como dos docenas de mujeres caminando silenciosamente, con sus pies descalzos, sobre el pavimento enladrillado; con el esmero de sus manos el recinto había ya tomado una apariencia imponente. El Padre dijo que habría una iluminación parcial aquella noche, cuando se llevarían a cabo varias ceremonias importantes. Cada vez que pasaban frente al altar las mujeres se persignaban fervorosamen-

te, de cuando en cuando se hincaban y repetían, con verbosidad de loras, selecciones del Misal, o se inclinaban devotamente hacia la figura de la Virgen, cuyo ropaje brillante y holgado y sus ojos de abalorio la hacían decididamente lo más prominente en esta ocasión. Mas que otra cosa me hizo recordar las figuras de los mandarines con sus cabezas rizadas. Desde luego que yo permanecí descubierto e hice mi mejor reverencia ante ella.

Al anochecer toda la ciudad estaba alborozada. Los cohetes y las fogatas se disputaban el dominio del aire y alrededor de la plaza se podía ver cómo las llamas iban de aquí para allá enviando su luz contra los muros de la iglesia. Todo el que pasaba frente al edificio sagrado se descubría y varios se hincaban al hallarse ante sus puertas. Se erigieron sendos chinamos y mesas de juego, como se hace en los Estados Unidos durante los días públicos. En los primeros se vendía chicha, tiste, chocolate, ponche de aguardiente, huevos, caramelos, queques, fuegos artificiales, frutas, y estampas de la Virgen; en las mesas de juego se congregaba la multitud de vaqueros, fuertes y bien conformados, los contadores de caoba, los recogedores de zarzaparrilla, los cazadores de venados y muleros, cada quien con su muchacha vistosamente ataviada para la ocasión y compartiendo las cordiales risas estruendosas y las exclamaciones de desencanto. Entre la muchedumbre, los indios de los establecimientos de Los Indígenas del Este del departamento se movían discretos pero igualmente vivaces y amables. Algunos de ellos habían llegado desde La Conquista, San Esteban y de El Dulce Nombre, se hallaban bien vestidos, eran de buen parecer y en gran cantidad los de Catacamas. En ellos podían verse ejemplares del arte exclusivo de las razas indígenas americanas: los mantos de plumas. Muchos estaban confeccionados con rara habilidad, haciendo patente el gusto en la disposición y el contraste de colores, que en vano podían haber intentado artistas más cultivados.

Las aves de los plumajes más vistosos de la floresta tropical prestan su contribución para la manufactura de estos mantos. Uno de los indios, descendiente según creo de la tribu de los xicaques, descritos por Juarros, prometió hacerme una descripción del método cómo se fabrican, pero mi nuevo conocido, a quien en razón de su promesa le había dado varios puñados de monedas de cobre para que los jugara al monte, perdió parcialmente su memoria bajo el efecto demasiado fuerte de la botella de aguardiente, y cuando terminaba la función, desapareció súbitamente con sus demás compañeros. El manto que yo compré al individuo se perdió después, de mi alforja.

Era ahora que empezaba yo a darme cuenta de la extensa población de Olancho y de sus capacidades de defensa. Cientos de hombres a caballo se movían alrededor de la plaza, desplegando una gracia ecuestre que, en una carga, los haría contingente valioso en cualquier regimiento de caballería en Hispano América. Las calles de la ciudad estaban abigarradas. Es esta facilidad con que se congregan en la ciudad las gentes de las aldeas cercanas de San Francisco, Jutiquire, Mamisaca, Las Dorillas, San Nicolás, La Concepción, y El Plomo, lo que ha inducido a error en cuanto a la población de Juticalpa. Las ciudades de Manto, Silca, Culmí, Yocón, Talgua, Danlí, Gualaco y otras, también envían numerosas delegaciones a Juticalpa durante la fiesta patronal; éstas, con los indios del bajo Guayape, aumentan la población a tres veces su número corriente. Los nativos de lugares distantes de Honduras se confunden con los de las aldeas adyacentes. Nosotros calculamos que durante la función había en Juticalpa arriba de doce mil almas.

Las calles ofrecían el espectáculo más alegre que se pueda imaginar, realzado por la afición de las mujeres en tales ocasiones a los colores brillantes, en lo que las hallé diferentes de las de Nicaragua. Cintas y mantones vistosos flotaban en la brisa, en todas direcciones. Voces alegres se combinaban con el rasgueo de las guitarras; la multitud se movía de aquí para allá entre los caballos, las mulas y las procesiones, ora riendo con diferente regocijo, ora confundiendo se en la conversación ruidosa con la voz nasal del cantante y formando círculo para presenciar el "fandango" o el bolero, en los cuales las figuras finas y las actitudes airoas compensaban la falta de técnica.

Allá por las diez de la noche la alegría creció de manera loca. Los festejos son una mezcla de deporte y de religión, en los cuales a los participantes constantemente se les recuerda la supremacía de la iglesia por el tañido de las campanas llamando a los ejercicios santos, el paso de las procesiones y el cántico de los sacerdotes. Fue brillante la idea de los viejos sacerdotes al introducir la fé católica en estos países, de hacer que cada día festivo concordara con algún evento religioso, así que los ritos del catolicismo predominan aún en los momentos más alegres.

Durante el día se dejó una hoja suelta en la puerta del señor Garay, de la cual lo siguiente es una copia, autorizando al pueblo para que disparara mosquetes, pistolas o cohetes según le plugiera:

Al Sr. Don Francisco Garay
"Décima,
Deseando que haya alegría,

Al principiar la función
Hoy el gremio de La Unión
Viene a pedirle a porfía.
Que al punto de medio día
En vuestra casa estaréis
Y que de allí tiraréis
La bomba, fusil o cohete.
Que pago tendrá el juguete
De María no dudéis
Pues, el Gremio de la Unión
Lo festeja con porfía".

Acatando esta petición hicimos continuas descargas y salvas con pistolas, rifles y mosquetes hasta entrada la noche. Don Francisco, cuya satisfacción por tantos visitantes aumentaba proporcionalmente a las filas que se formaban a su puerta, tenía dos muchachos indios especialmente desmenuzando papel para hacer los tacos, y para que atendiera a todas nuestras necesidades. Estábamos todavía disparando cuando mi buen amigo el Padre Buenaventura llegó y, tomándome por el brazo, me dijo que deseaba que yo le acompañara a dar un vistazo por la ciudad.

Esta noche se llama "Vísperas de la Virgen". Anduvimos en medio de la multitud, cambiamos saludos, y vi mi importancia aumentada considerablemente por mi intimidad con el Padre. En todas partes era recibido con demostraciones de respeto y afecto. Pero el Padre me llevó hacia las afueras, a la parte occidental de la ciudad, donde entramos en una casita muy cómoda y me mostró a dos de sus muchachitos! "Ah, Padre Buenaventura", le dije, "yo creía que los clérigos católicos no se casaban".

"Bueno, hijo, así es", replicó negligentemente, y cambiando la conversación me presentó a una muchacha morena, cuyo parecido con los chicos me reveló que ella era la madre. "Ahora", siguió diciendo el cura, "le mostraré a usted cómo vivo. Esta no es mi casa, pero mi familia aquí reside".

La mesa estaba ya servida y nos sentamos a comer una gallina asada, con miel, pan indio, café y mantequilla. Desde mi llegada a Honduras siempre tuve un apetito de tigre. Los manjares del cura pronto desaparecieron. Después de éstos abrió él una botella y me sirvió un poco de aguardiente del cual, según juzgué, él ya había catado. De aquí nos fuimos a la "plaza" y hasta cerca de la media noche anduvimos vagando entre los grupos de gentes, cuyos rostros se iluminaban con los resplandores de las bombas y de las fogatas.

Al día siguiente, la hija del señor Garay llegó de Tegucigalpa y grandes fueron los festejos que en su honor se hicieron en la casa. Un rebaño de ovejas fue traído al patio desde la hacienda de La Concepción y seis fue-

ron seleccionados por el propio viejo para la semana de fiesta. Una bonita vaquilla, que se estaba engordando exprofeso, fue sacrificada; se hicieron pasteles y el júbilo fue mayor todavía. Como la mayor parte de los viejos olanchanos, mi huésped era un epicúreo. Variedad de guisos y sabrosos platos le fueron puestos en la mesa que, por regla general, él deseaba que yo compartiera.

También poseía el arte, por larga práctica, de preparar ciertas bebidas que eran deliciosas. Entre ellas había una a la cual, invariablemente, yo le hacía honor. Era hecha de tamarindo y comúnmente se servía por el mediodía, directamente de los picheles de barro, envueltos en varios lienzos húmedos y expuestos a la corriente de aire para su enfriamiento. La preparación de esta bebida es sencilla. De un tonel con la fruta, que parecía haber sido convertida en pulpa y liberalmente mezclada con el jarabe ordinario del país, se extraía una cantidad de licor espeso, un poco fermentado, que se diluía para poderlo beber, y lo que se asentaba en el pichel se volvía a meter en el tonel. A esto se le agregaba canela en polvo, pimienta gorda y hierbas aromáticas (recogidas en las colinas vecinas) para darle mejor sabor. El licor, sin las especias, se utilizaba a menudo durante y después de las fiebres.

El señor Garay era muy aficionado también a una mermelada de naranja que él se servía en platillos cada noche antes de acostarse. Esta preparación contenía un infusión ligera de vainilla y una substancia aromática de propiedades narcóticas, razón por la cual, sin duda, el viejo caballero la comía y gentilmente deseaba que sus huéspedes participaran, a fin de que pudieran dormir a pierna suelta durante toda la noche.

Varios hermosos árboles de tamarindo, conspicuos por su frondosidad y sus hojas verde pálido, tronco recto y ramas irregulares, crecían en las calles y en los solares de Juticalpa. La fruta contiene de cuatro a siete semillas; las vainas, agrupadas en abundancia entre las hojas, aparecen en Noviembre y en Enero ya están listas para su recolección.

Este era el primer día de la "función". Temprano de la mañana nos llegó la noticia de que el General Zelaya, con su familia y hermanos, llegarían a la ciudad antes de la noche. Don Toribio, el segundo hijo de don Chico, llegó anticipadamente con varias mujeres a fin de poner orden en la casa. L... y yo montamos y salimos hacia Mamisaca al encuentro de la cabalgata. Diez millas afuera de la ciudad la encontramos pero, con pesar mío, el General no venía en ella. La señora estaba todavía gravemente enferma y

él no podía dejarla. Sin embargo, recibí una amable carta del viejo hidalgo en la que me prometía estar en la ciudad durante la "función".

Regresamos con la familia y llegamos al galope cerca del mediodía. Las muchachas montaban en sillas hechas en Guatemala. Las dos hijas de Don Santiago, nombradas antes, me hicieron recordar las vigorosas doncellas de Green Mountain, prototipo de la salud rubicundo y de la afabilidad. Tenían, respectivamente, diecisiete y diecinueve años de edad y estaban tan rozagantes y tan encantadoras que parecían gatitas. ¡Qué manera de montar a caballo! Después de verlas, mi único deseo era el de apartarme del camino para ocultar mi torpe equitación, por más que alardeara de que estaba matizada con el estilo ranchero de California. Desde su niñez estas jóvenes han vivido entre jinetes y todos los días han cabalgado por las llanuras herbosas, hasta que el bien montar se ha hecho en ellas segunda naturaleza. Ahora eran atendidas por media docena de galanes campesinos de las haciendas vecinas, varios de los cuales, al oír los requiebros que yo les hacía, fruncían el entrecejo. Pero, independientemente de otras consideraciones, si yo hubiera deseado tomar alguna decisión al respecto, lo único que ellos hubieran necesitado era darle un pequeño toque con sus espuelas a sus briosos caballos y con unas cuantas cabriolas habrían sellado mi destino como rival. Ser un buen "jinete" en Olancho tiene muchísimas ventajas!

Al volver a la ciudad encontramos a varios caballeros que corrían de arriba abajo en las calles con el más grande entusiasmo, cuyo significado nos apresuramos a averiguar. Don Toribio pronto me dijo que una partida de toros de una de las haciendas del señor Garay había llegado y que estaba a una milla fuera de la ciudad, de acuerdo con una costumbre inmemorial, todo hombre a caballo en la población tenía que salir al encuentro y conducirlos hasta el "corral" preparado para su recepción en la plaza. Sólo esperaban nuestro regreso para salir al tope de los toros.

A una señal, no menos de trescientos jinetes salieron por la parte Este de la ciudad, por un llano sin límites, bellamente cubierto con flores y pastos e interceptado con montículos y alamedas de árboles frondosos. Era una cabalgata loca, sin orden ni concierto, con el recocijado "Hoo-pah!" saliendo de centenares de gargantas; algunos iban montados en caballos medio chúcaros de los llanos, todavía con la mirada salvaje en sus ojos; otros confiando en la superioridad de sus animales, se desprendían del grupo principal describiendo grandes círculos a nuestro alrededor, para luego reunirse a la mar-

cha progresiva de la muchedumbre; aquí un muchacho iba montado en su caballo trotón, como un mono, allá se veía un indio en pernetas a horcajadas sobre un potro igualmente cerril, sin silla y sin freno y tan solo con una banda que pasaba alrededor de sus muslos y de la barriga del animal y un utensilio a manera de gamarrón, llamado "jáquima" con la cual lo guiaba. El terreno materialmente temblaba con el golpeteo de los cascos.

A los pocos minutos frenamos al pie de un cerro bajo, donde el ruido de muchas voces y el bramido del ganado indicaba el objeto de nuestra expedición. Sin esperar el concierto de algún plan de acción, todo el mundo, ahora medio loco con la excitación, se metía entre los árboles, desde donde al poco tiempo salían varios toros bravos de los llanos y doblemente salvajes por el aguijoneamiento y otros maltratos de que habían sido objeto en el camino. Con las cabezas bajas y los rabos al aire, saltaban en opuesta dirección de la ciudad y después de ellos iba la multitud que metía espuelas llenando el aire con gritos y carcajadas.

De cuando en cuando uno de los toros cargaba con sus pitones a sus perseguidores y entonces tenía lugar una estampida general para librarse de su alcance. Gradualmente la partida se dirigía hacia Juticalpa y después de media hora de andar, con numerosas desviaciones para interceptar a los desertores, los monarcas del rebaño fueron conducidos a la ciudad, donde miles de personas salieron a verlos desde lugares seguros. Aquí el señor Garay, montado en una mula mansa y de paso suave, se unió a nosotros y ayudó en la ceremonia del encierro de los toros, consistiendo su aporte en gritar con los pulmones de un contramaestre de acorazado y respondiendo con sonrisas radiantes a los saludos de todo el mundo. Era universalmente conocido y desde hacía medio siglo se había irrogado el privilegio de obsequiar los toros para las funciones; sus antepasados hicieron lo mismo antes de él, por derecho hereditario.

Para este tiempo las ceremonias de la iglesia habían comenzado y todo el que no podía entrar al templo se quedaba en la plaza con la cabeza descubierta, respondiendo con fervor y persignándose a intervalos. Don Toribio nos metió de contrabando por una entrada lateral, desde donde ascendimos al coro. Toda la luz del día se había eliminado del edificio y un millar de velas derramaba su luz pálida en los oropeles y dorados del altar. Esta gente me parecía a mí menos camandulera que las otras secciones de Centro América que había visto, fieles observadores de los ritos, pero no esclavos de los mandatos de la iglesia.

Las mujeres, limpiamente vestidas, con chales de colores chillantes, se hincaban dando el rostro hacia el altar y murmurando muy quedo sus rezos, produciendo ese roncoteo peculiar que se oye en las muchedumbres. El sermón fue dicho por el talentoso y joven Padre Cubas y fue atentamente escuchado por todos. Como Olancho es una aristocracia democrática, todas las divisiones sociales se olvidan a la puerta de la iglesia y ricos y pobres se arrodillan lado a lado.

El incienso que se usa en las iglesias es producto de un pequeño árbol que crece en las sabanas de Olancho y por lo común se encuentra cerca de los arbustos de la goma arábica. Se recoge crudo, en pedazos de color amarillo pálido, se parece al maíz tostado y se expone para la venta en Tegucigalpa y Juticalpa. Su perfume es muy grato y se usa para fumigar los cuartos de los enfermos en las grandes ciudades de Centro América (1). El estoraque, o resina del *Styrax Officinalis*, también se quema en las iglesias. Varias clases de estas resinas se encuentran en Olancho. Todas son conocidas con el nombre genérico de "incienso". La iglesia de Juticalpa no tiene sino una cosa de valor, cual es una cadena de oro sólido, recamada de pedrería y que, según supe, fue el regalo hecho por el salteador de caminos Quijano, en su lecho de muerte, a fin de que se dijeran oraciones por la salvación de su alma.

Concluídos los servicios religiosos el resto del día se dedicaba al placer y al holgorio. Al volver a la plaza me encontré con veinte jinetes, varios de ellos hijos de ricos hacendados. La corrida de toros no se llevaría a cabo sino hasta el siguiente día, así que, juntándome a ellos, cabalgamos por la pequeña ciudad, mis acompañantes que raramente visitaban Juticalpa, aprovechaban su tiempo para ver todos los deportes posibles. Hubo carreras a caballo, en las que los participantes, enlazando sus manos y a toda velocidad, corrían de lado a lado y de cuatro a seis de frente. Una procesión de máscaras puso a la ciudad en apuros con sus bromas locales y nuestra comitiva cambiaba agudas bromas con todo grupo de caras bonitas que encontraba. Las mujeres iban en procesión, llevando en hombros a la Virgen, vestida con el ropaje vistoso de una bella campesina, por cuyo servicio esperaban recibir su especial ayuda y protección en eventuales dificultades.

Al atardecer, la escena de las noches anteriores se renovaba pero con un triple entusiasmo. Una transparente iluminación representaba a un toro de tamaño natural, llevado a través de las calles con acompañamiento de instrumentos de cuerda y de vien-

to y de una multitud de gente. Más tarde este toro se colocó en una de las numerosas fogatas donde desapareció en un remolino de humo y llamas (1).

Al día siguiente el toque del tambor y el ruido de los jinetes nos despertaron a temprana hora. A las diez de la mañana el primer toro fue soltado en la plaza, donde estaban dos picadores e igual número de hombres a caballo con lanzas. Todo Juticalpa se hizo presente en la plaza. El balcón del segundo piso de la casa del señor Gardela estaba lleno de damitas de las mejores familias, ataviadas con alarde de lujo y el balcón de abajo se hallaba repleto de mujeres del pueblo, no menos lucidas. La fuerte barreira de roble construida para la ocasión estaba abarrotada de gente, que se encaramaba en todo lugar concebible para poder ver desde allí el desarrollo de los eventos.

Los toros habían estado vendados y sin alimento desde el día anterior y se hallaban ahora bramando de furia. El primero, así que se le quitó la venda y ya libre de las barreras, salió rápidamente y trotó imperioso y desafiante por toda la plaza. Los toreros estaban en guardia. De súbito el animal dio una rápida vuelta hacia el hombre que se hallaba más cercano, que lo esquivó; quiso refugiarse en un triángulo de postes gruesos que había en el centro de la arena, pero antes de que pudiera llegar a ellos el toro lo había derribado pesadamente contra el suelo. El animal, enfurecido, le insertó los cuernos debajo del cuerpo, lo balanceó un momento y lo lanzó al aire como un cohete. Los otros lidiadores corrieron a distraer la atención del animal, mientras el herido era conducido fuera. Tenía rotas varias costillas y un brazo, además de algunas lesiones internas, murió al día siguiente.

Este comienzo infortunado enfrió momentáneamente el entusiasmo, pero el hecho fue olvidado luego y el tormento de los animales continuó. El entretenimiento de una corrida de toros, a menos que se conduzca en la escala de las grandes exhibiciones de Cádiz o Madrid, pronto empalaga el gusto de los extranjeros. La ceremonia de ensillar y montar el toro exhibe una temeridad y un derroche de valor para los que uno no está preparado. Un jinete arroja su lazo a los cuernos del toro y, pasando el extremo de aquel a través de las barreras, el animal es halado mientras muge y lucha, hacia el cerco, en donde se le tiene firmemente cabeza abajo mientras se le coloca encima la "albarda"; se acortan los estribos y se monta un "vaquero" atolondrado, que no vacila ni un momento. Se suelta entonces la gaza y allá salta la bestia loca, retrocediendo, corcovan-

(1) Se refiere al Copal.

(1) Es el llamado Toro-Fuego

do y bramando con rabia. Sus contorsiones y sus grandes brincos no logran desalojar al diablo a horcajadas sobre sus lomos, cuya vida depende de su propia agilidad y sangre fría. Exitita el aplauso de los espectadores acostándose a todo lo largo en el lomo de la bestia, o golpeándole en la cabeza y en los cuernos con un pequeño leño que para ese efecto lleva. Cuando está cansado, el cornúpeto es llevado como antes al cerco, el muchacho se apea, otros toman su lugar, o el animal es atacado como se acostumbra en las "corridas de toros".

Por la noche el aire estaba en llamas con los cohetes, buscapies y petardos. Durante siete días las festividades continuaron con carreras a caballo, procesiones, el banqueteo durante el día y las danzas y reuniones sociales durante la noche. Mis muchachos, Víctor y Roberto, estuvieron locos de alegría durante este tiempo. En la sobria Tegucigalpa ellos nunca habían visto nada igual al alboroto y al estilo sin ceremonias de Juticalpa. Ambos hubieran sacrificado sus sueldos ante la fascinación del "monte" si yo les hubiera adelantado dinero. Al rehusarme, los bribones apelaron al ardid y me pidieron dinero para comprar una medicina. Pronto vi a mis caballeros apostando sus monedas en las irresistibles mesas. Los españoles y sus descendientes son tahures de nacimiento. Heredan la pasión del espíritu aventurero de los viejos "hidalgos".

Mientras observaba las caras excitadas de los jugadores durante la fiesta, vi que uno de la multitud sacó un pedazo de oro y lo apostó en la mesa, ganando un puñado de monedas. Este hecho me hizo recordar tanto el "49" y el "50" en California, que casi me imaginé estar en el famoso El Dorado de San Francisco o en el Round Tent de Sacramento. Observé al muchacho hasta que terminó su juego, y luego, llevándole aparte, le pregunté dónde había obtenido el ejemplar que yo había visto. "Cerca del Río España", me confesó. "Yo a menudo voy allá cuando no tengo dinero, cavo un día o dos, pero eso de escarbar oro es un negocio propio de mujeres", añadió con desdén. Le pedí que me enseñara el pedazo de oro que había apostado en la mesa de juego, a lo cual él lo sacó con otros pedazos más pequeños. El más grande tenía poco más o menos el tamaño de una nuez de nogal y pesó más de media onza en la balanza de la tienda del señor Mateo Pavón. Ya había él vendido otros pedazos a los comerciantes pequeños de Juticalpa y con todo gusto me cambió los que aún le quedaban por monedas de plata.

Este oro, que yo llevé junto con otras muestras a California, y que desde entonces ha seguido enviándose a Nueva York, era de

una extrema pureza. Lo mismo puede decirse del que se encontró en todo el valle del Guayape. Su color es amarillo canario y sólo las más pequeñas partículas están brillantes por el desgaste. Los fragmentos más grandes se obtuvieron evidentemente de excavaciones en seco, porque exhiben un exterior áspero y solo están gastados en pocos lugares por la acción de las lluvias o de las arenas húmedas. Algunos de los fragmentos sacados del lecho de los ríos tienen la forma de las semillas de melón, más, la mayoría de ellos son irregulares, brillantes como monedas nuevas por haber descansado, al parecer, en algún hueco o remolino donde la rotación del agua y las arenas los han bruñido por años y años. Estas muestras tenían 910 milésimos de fino, igual a un valor de \$ 18.81 por onza, lo que es considerablemente más alto que el promedio del oro de California. El ensayo de Mr. Heston, de la Sucursal de la Casa de Moneda de los Estados Unidos, se hallará más adelante, en las páginas que dedico a asuntos mineros.

Durante mi permanencia en Olancho a menudo encontré la temperatura incómodamente fría, tanto que la ropa de cama con que había pasado a través de las tierras bajas de Nicaragua y del Sur de Honduras era insuficiente, viéndome obligado a echar mano de abrigos y otras prendas para poder calentarme durante la noche. Hubo lluvias a intervalos, pero por regla general había un cielo claro y frío por la mañana que, al ascender el sol, suavizaba la fresca atmósfera para hacerla tibia y balsámica, poseyendo una influencia peculiarmente sedante sobre la mente y dejando en la piel un efecto como el de un chorro de agua de lluvia. Tal clima prevaleció durante la función. La barahunda de los celebradores tempraneros siempre me sacaba del lecho a un aire escalofriante y había por lo general una media docena de muchachos medio desnudos atizando el fuego en el patio. En las noches, las fogatas de la plaza servían el doble propósito de iluminar y calentar a los grupos circundantes. Hasta los vestidos que usaban las clases más altas eran exactamente lo opuesto a los que deberían llevar en el trópico. En lugar de los trajes blancos, de tela delgada, con mucha pechera en el jubón de gaza abierto para recibir cada soplo del aire caliente, las clases altas de Olancho, en cuanto se refiere a los varones, vestían con trajes de paño, chalecos del mismo material y los sombreros "tubo de chimenea", ya fuera de uso. En una palabra, los trajes de moda eran más bien para usarse en un clima templado.

Las campanas de la iglesia de Juticalpa fueron fundidas hace muchos años y todavía se repiten las leyendas de las piadosas contribuciones de las mujeres, quienes, para

propiciarse a la Virgen enriquecían el metal líquido durante el proceso de la fundición, arrojando en ella polvo y chispas de oro. Cada hacendado en aquella sección del departamento daba algo. Hay más de 1 quintal de cobre y plata en las cuatro campanas, y sin duda alguna, una considerable cantidad de oro. El cobre fue obtenido en las minas cercanas del valle de Ulúa, pertenecientes al General Zelaya. Fue extraído bajo su dirección y enviado a la ciudad con gran ceremonia durante la fundición. El tono de las campanas es dulce y profundo, denunciando con ello la presencia de oro y plata.

Aburrido sería que yo enumerara aquí las varias diversiones, reuniones sociales y aventuras de todas clases para ilustrar el carácter y las costumbres del pueblo, ya que no sería sino repetición de escenas ya descritas. La rutina de mi vida entre estas gentes hospitalarias consistía en cambiar visitas formales, hacer largas excursiones a caballo por las regiones contiguas a los ríos Guayape y Jalán, escribir, buscar los viejos infolios del departamento, trazar mi mapa, tomar notas, negociar con los Zelaya y hablar sobre la empresa e industria de los americanos del Norte en todo tiempo y en todo lugar. Personas inteligentes se interesaban en mis proyectos y me insinuaban más de un camino para llevarlos a una feliz realización. Dondequiera, la hospitalidad bondadosa y sencilla me esperaba y me siento incapacitado en este momento para recordar un acto de rudeza o un insulto durante mi visita a Olancho. Solo exceptúo un caso y fue cuando un indito que servía en la residencia del General Zelaya en la ciudad, se sintió incapaz de resistir a la tentación de coger una navaja de bolsillo que había dejado yo sobre una mesa. El hurto llegó luego a oídos de Don Francisco; hizo traer al culpable, que llegó temblando, y dándole azotes hizo que le revelara el lugar dónde tenía escondido el objeto que había hurtado. Mi intercesión fue en vano. La hospitalidad del viejo hidalgo había sido violada por uno de su casa y nada podría salvar al ofensor de recibir su castigo.

Ya para terminar la función, el General Zelaya arribó a Juticalpa, dejando a su señora en Lepaguare todavía bastante enferma. Al saber que venía en camino, una pequeña comitiva fue a su encuentro. Cuando regresábamos todos a la ciudad, la plaza estaba llena de gente y al verlo se oyó el grito de: "Viva el General Zelaya!", hecho que patentizaba su popularidad. Montaba él un espléndido caballo color negro y recibía las felicitaciones de sus amigos, con orgullo y placer.

En su casa se dió un gran baile la noche siguiente. Todas las personas que pudieron

estuvieron presentes; y después del baile, cuando los invitados se habían ido, el General suplicó a unos pocos de sus amigos que se quedaran, y yo tuve la buena fortuna de hallarme incluido entre ese número. Se confeccionó un gran tazón de ponche de aguadiente, los vapores del cual pronto subieron a las cabezas de los invitados y la noche transcurrió entre canciones, música de guitarras, relatos de cuentos y holgorios. Una canción ocasional en "bárbaro inglés" combinada con el más fluído y argentino español, servirá para demostrar con cuan poco puede ser complacida una audiencia gentil y amante de la alegría. Entonces, cualquier error en las palabras de Tom Moore o la menos clásica froya de los negros, están en estas circunstancias exentas de toda crítica. Esté seguro el lector que si visita el florido Olancho, en Honduras, y canta una canción mantiene una cara de confianza y rasguea una o dos cuerdas en la guitarra, tendrá éxito y una amable recepción.

El General Zelaya no era una excepción a la regla del poco a poco de los Hispano Americanos. En Lepaguare había prometido traer consigo a Juticalpa los papeles necesarios; en Juticalpa insistió que el plácido Lepaguare era el único lugar para concluir un contrato. Cualquier intento para apresurar a un olanchano sería el paso preliminar para destruir cualquier empresa que se tenga en proyecto. Una exhibición del apresuramiento yankee o el hacer algo a la carrera, acredita frivolidad. Así que, tragué mi impaciencia, me uní a la diversión y descarté toda ansiedad en cuanto a la espera de mis amigos de los Estados Unidos, y resolví permanecer en Olancho hasta tanto no tuviera mi contrato firmado, sellado y entregado.

No estaba del todo apesarado por la dilación, pues echando a un lado el placer actual de hallarme en estas encantadoras tierras de altura, yo tenía ansiedad por hacer un viaje a la ciudad indígena de Catacamas, así como por visitar las ruinas de "Olancho Viejo", la primera capital del departamento, y por hacer una inspección personal de los "rápidos" que, se decía, existen abajo de la unión de los ríos Guayape y Guayambre (1). Tenía yo deseo de comprobar si éstos podían ser surcados por vapores de poco calado. Un día, al oír a una vieja de La Concepción (pequeña aldea a ocho millas al Suroeste de Juticalpa) que tenía algunos "pocos" de oro, salí con el Padre Buenaventura hacia el valle de aquel nombre, esperando ver el famoso llano a través del cual corre el Guayape y, también para comprar las muestras del metal.

Un lento viaje de dos horas nos condujo

(1) En el Portal del Infierno

a la villa de La Concepción, donde desmontamos a la puerta de la casa de la señora Isabel. La venerable señora salió y le dio la bienvenida al Padre con una voz que parecía el graznido de un cuervo moribundo, y luego poniendo su mano sobre los ojos, arrugó sus facciones y echó una mirada escrutadora al extranjero. Yo le hice una ligera reverencia y le dije los cumplidos de rigor, a lo que ella, imaginándose que reconocía en mí al Señor P de Tegucigalpa, vino hacia mí y si no hago un hábil movimiento hacia atrás, me hubiera abrazado con un ardiente afecto que yo no tenía deseos de recibir.

Desengañada en este respecto, nos invitó a que pasásemos adelante y como teníamos que andar alguna distancia antes de regresar, el Padre no dilató en decirle cuál era el objeto de nuestra visita. Ella bajó de una obscura esquina una caja de roble, de la cual sacó otra más pequeña que, pensé, alguna vez contuvo píldoras. De ésta vació en la mesa un montoncito de oro, consistente en fragmentos de un polvo impalpable, cuyo valor era de un dólar. En la forma y en el color se parecía al ya descrito que se extrae del Guayape y sus tributarios.

Sus hijas, dijo, habían sido "lavadoras" por muchos años y se hallaban ahora ausentes en uno de los afluentes del Jalán. Después de un pequeño regateo compré el lote, que ascendía a dos onzas, al precio de \$ 12.50 onza. Cuando pasábamos por la aldea, el Padre cambió varias miradas de soslayo no muy clericales con más de una de las hembras de su grey.

El panorama de cualquier parte del valle de La Concepción es sencillamente encantador. Una gama de colores se combina en las colinas, que forman un anfiteatro, con un llano primaveral de exuberancia no igualada. La cadena de las montañas del Carbonal corre hacia el Suroeste, a lo largo del Jalán; su pico más alto, llamado Montaña de las Rosas, por la abundancia de estas flores que, silvestres, adornan sus laderas, se levanta al Este de la aldea y el río Jalán fluye plácidamente más allá a unirse con el Guayape, abajo de Juticalpa.

Subimos al trote por un montículo frondoso de verdes árboles, a unos diez pies más arriba que el llano. Desde allí la vista era tan exquisita que decidí quedarme hasta presenciar el ocaso. El valle en todo lo lejos que podía alcanzar la mirada, era una ondeante alfombra de esmeralda, con los cerros azules y purpúreos que se vuelcan desde la lejana extremidad a una altura de 1.200 pies y cubiertos con árboles densamente frondosos. En esta alfombra esmeraldina pacían

unas tres mil cabezas de ganado, innumerables caballos y mulas, mientras los rebaños de ovejas y cabras que regresaban de su pastura diaria se movían lentamente hacia el corral para protegerse contra los coyotes y los lobos que pasan asisbando a los miembros descarriados. Todo el cuadro era la quintaesencia de la belleza pastoril.

El sol poniente derramaba sus últimos rayos de dorada luz a través de las vistas y las avenidas formadas por los árboles, y un viento apacible del Oeste suavizaba el ambiente y jugaba perezosamente entre las hojas. Nuestros caballos, que el Padre había proveído (sin consentir que usara el mío propio), parecían gozar del paisaje tanto como nosotros. Dejando nuestro pequeño "oasis", si es que tal término puede ser aplicado a un lugar situado en un valle que en sí lo es, dimos rienda suelta a nuestros animales y salimos, yo en un caballo bayo oscuro, de fuertes remos, y el Padre, que sabía montar muy bien, en un bonito tordillo que a nadie prestaba. Nuestra senda no tenía el menor estorbo de roca o barranco y el Padre, que no estaba satisfecho con mis ejecutorias ecuestres, miró hacia atrás así que me pasó veloz para ver cómo me conducía yo como competidor. Su sombrero de teja, su vestidura sobria y la suelta tranquilidad de su porte en la silla, me hicieron recordar inmediatamente las descripciones de los frailes combatientes durante la guerra de México. Parecía un verdadero Padre Jaurafa. Su caballo tenía decididamente la ventaja, y hubiera continuado en su paso rápido hasta el Guayape, de no haberse puesto el sol y que la palidez del Monte Rosa en las sombras de la noche oscura, no nos avisara que teníamos aún alguna distancia que recorrer hasta alcanzar Juticalpa, de regreso.

Paramos en una pequeña hacienda para comprar limas dulces, trotamos hacia la casa y cruzando el río Juticalpa otra vez, luego entramos a la ciudad. El valle de La Concepción es principalmente propiedad del señor Garay, y él expresó su voluntad de que este llano fuera el sitio donde se fundara una futura ciudad norteamericana. Juticalpa, dijo, no sería del agrado de los americanos, y él, repetidamente, ofreció darme el valle entero cuando regresara con una colonia. Supe que hay un camino carretero que corre toda la distancia entre La Concepción y La Confluencia, cruza unas pocas quebradas sin importancia y sigue la orilla occidental del Guayape. El llano alrededor de La Concepción está a poco más o menos noventa pies más alto que el de Juticalpa y se dice que es más frío, pero yo no pude notar la diferencia. El valle se reconoce como uno de los mejores empastados que existen en todo Olancho.

Maderas preciosas.—Los "Cortes".—El retiro.—Un molino de broza.—Un maquinista de Olancho.—Monte Rosa.—Boj.—Valle del Guayape.—San Francisco.—Río Jalán.—Panorama del bosque.—El comercio de caoba.—"Corte Sara".—Preparando un corte.—Las tortilleras.—Localización para los cortes.—Caminos.—Derribo.—Aserraderos.—El arrastre.—Las balsas.—Los "Pipantes".—Navegando en el Río Patuca.—El Jalán.—Sus placeres auríferos.—Americanos en Olancho.—La región aurífera del Guayape.—Ruta sobre el Jalán.—Quebracho.—Un "Fandango".—Laguna del Quebracho.—Don Gabriel.—Viaje incómodo.—Armadillo horneado.—Una leyenda dorada.—Cacería.—El Tucán.—El Tapir.—La Cerceta de alas azules.—El pavo silvestre.—Pájaros de Olancho.—El Tepezcuinte.—Animales familiares.

Varias semanas después de mi llegada a Juticalpa recibí una invitación de mi amigo el señor Ocampo para que visitara el corte de caoba, o benque, en el Río Jalán, conocido con el nombre de "Corte Sara". En varias conversaciones que con él había tenido supe de los lugares donde los hombres estaban trabajando. Estos eran: el corte de Mezcales (cerca de la desembocadura del río de Catacamas); el corte Frío, en el río de ese nombre que desagua en el Guayape, y el corte Sara, en el Río Jalán. El nombre del cuarto, cerca de la pequeña aldea de Alaiagua, olvidé anotarlo como también la localización de dicha aldea. El señor Ocampo es también propietario de un corte en el Bajo Guayape, conocido con el nombre de Los Guapinoles.

Estimando los recursos de la región que riegan los ríos Patuca, Pavas y Aguán, las maderas preciosas merecen una particular consideración (aún mayor que los minerales por su vasta cantidad, calidad y accesibilidad). Además de las maderas muy conocidas como la caoba, el palo-rosa, el guayacán, el brasil, el palo de Campeche, el cedro, el roble y el ébano, hay una variedad de otras muy valiosas desconocidas por el comercio y la industria y que, cuando Honduras sea más conocida, se sacarán a luz para uso general. Algunas de estas maderas tienen nombres locales y serán, en lo sucesivo, enumeradas entre los productos exportables del país. El corte y la exportación de la caoba son tal vez de las ramas más importantes de la industria y el comercio. En un país tan favorecido por la naturaleza como es Olancho, regado por ríos que conectan las partes más lejanas del interior con el mar y atravesado por las zonas forestales más vastas y de más valor que se conocen, el negocio que se puede derivar de tales ventajas

no puede sino tener preferencia a cualesquier otros. Se han dado estímulos extraordinarios de parte del Gobierno a las empresas extranjeras, y una mirada al territorio tan extenso que comprende Olancho indica que el corte de la caoba apenas si se halla en su infancia.

Sabiendo yo que no tendría tiempo sino para visitar uno de los cortes, pronto acepté la invitación que me hiciera el señor Ocampo para ir a "Corte Sara". Obligado, como siempre, a dejar mi caballo, se me dio una mula fuerte, y acompañado de mi sirviente Roberto y de dos cortadores de Don Apolonia, salimos al amanecer por el camino que va por la cordillera que arranca de Monte Rosa.

A poco andar llegamos al pintoresco valle de La Concepción y, después de cruzar como diez millas por hatos de ganado y de dar vueltas entre arboledas de acacias y de una variedad de árboles resinosos y arbustos, llegamos al vado más cercano y al lugar famoso por sus minas llamado El Retiro. Aquí un señor Morano había construido un burdo molino, o arrastre, que consistía en dos grandes piedras unidas a los extremos de un eje vertical, que giraban alrededor de una gammella, movida por las aguas de un riachuelo que desemboca en el Guayape. El empresario (así se llamaba a sí mismo) miraba su loco artefacto con una sonrisa de satisfacción y me preguntó si el arte de la minería había llegado hasta tal punto en el Norte. Yo le aseguré que todavía no y, como siempre, lisonjeé su trabajo con alabanzas; éstas lo satisficieron tanto que trajo para nosotros una jícara de fiste desde su cabaña de ramas. El Guayape es aquí una corriente despaciosa y magnífica, y durante las fuertes lluvias debe acarrear un inmenso caudal de

aguas. Cuando nosotros lo visitamos había aguaceros ocasionales, los últimos de la estación de lluvias. La orilla opuesta del punto donde estábamos todavía estaba cubierta con los residuos secos de las últimas crecidas y marcaban una elevación de veinticinco pies arriba del nivel presente del río, es decir, una profundidad capaz de permitir el paso de vapores como los que surcan el Mississippi.

El señor Morano había abierto un hoyo en el cerro, junto al río, del cual había extraído con la ayuda de dos trabajadores, una especie de piedra roja y suave en la que estaban contenidas partículas de oro. Yo admiré tal muestra de energía, pero rápidamente me dijo: "¡Yo soy guatemalteco, señor, los olanchanos escasamente podrían construir, creo, una máquina como ésta!". Yo no hubiera cambiado su perorata por el producto de una semana de trabajo con su miserable armatoste de rocas, tiras de cuero y troncos. El podía, dijo, moler poco más o menos, cinco quintales de rocas por día, de lo cual a veces sacaba de dos a cinco dólares de oro, y, a veces, nada, nada. Nunca había usado el azogue y, por lo general, reducía las rocas pulverizadas por el proceso corriente del lavado en bateas. Tenía muchos deseos de que me quedara y examinara la región de aquella vecindad y "sobre todo", me dijo, "no deje de traer su gran empresa aquí para que trabaje esta veta". Después partimos y oí maravillosas historias acerca de El Retiro y de su antigua riqueza.

Pero ví lo suficiente, sin embargo, para convencerme de que, con un molino de cuarzo de California, capaz de moler de treinta a cuarenta toneladas de roca por día en reemplazo del primitivo artefacto del señor Morano, a éste, entre otros lugares, un minero emprendedor podría hacérselo producir una fortuna.

Mi nuevo conocido me prometió tenerme algunas muestras para mi regreso. Después de un cambio de cigarros y de un cordial "adiós" del señor, entramos en el río y lo vadeamos, con el agua tan profunda que nuestros animales nadaron. De la orilla Este empezamos a subir suavemente por la serranía a Monte Rosa, cuyas laderas están arboladas con pinos, cedros, caobas y la variedad corriente de los bosques de Olancho. Fue aquí donde por primera vez vi el boj, que se emplea para grabados. El árbol es alto, con una corteza brillante, suave y de color amarillo. Se me dijo que en Comayagua un norteamericano había hecho el retrato del Presidente Cabañas en boj que encontró en los valles del Occidente de Honduras.

Monte Rosa se halla a 1.600 pies sobre

el llano de Juticalpa, y desde su cima se obtiene la más soberbia vista que se pueda imaginar: cadena tras cadena de azules montañas interceptadas con fajas argentinas que denotan el curso de los principales ríos, y los llanos de ganado regados como jardines floridos entre ellas. Abajo de nosotros, a derecha e izquierda, fluyen los ríos Guayape y Jalán, y allá lejos, los quebrados riscos muestran dónde aquéllos y el Guayape unen sus aguas hacia el Noreste formando el gran Patuca, bien pasando a través de extensos valles o colándose entre las gargantas rocosas de las serranías divisorias.

Descendimos por un camino tortuoso, tomamos por el Noreste hacia la hacienda de San Francisco, distante ocho millas, a donde llegamos cerca de la puesta del sol, habiendo recorrido desde la mañana, vía El Retiro, una distancia de unas veintidós millas. San Francisco pertenece al señor Bustillo y es una de sus varias haciendas. Era ya bastante obscuro cuando llegamos; después de una cena apresurada, me fue grato echarme, medio dormido, en la hamaca, sin molestarme por tomar nota de la belleza y rarezas del lugar.

Roberto me despertó temprano de la mañana y después de tomar un baño en el arroyo que desemboca en el Jalán salimos al "corie". La hacienda queda en la entrada de una densa arboleda tropical, en la que la caoba era el árbol que más abundaba. Las montañas vecinas, densamente pobladas, eran, como nos informó el mayordomo, lugar famoso por la vainilla. Estas montañas consisten de una baja serranía semicircular que nace de las de Monte Rosa y Carbonales. Don Apolonio negoció unas pocas cabezas de ganado, lo que compensó su desviación al Norte del camino a Corte Sara.

El río Jalán, en el Corte Sara, es de volumen considerable. Corre tranquilo y profundo hacia el Norte, a través de un terreno ondulado y de colinas, y se cruza en "pipantes". El ganado bordea el río adonde acude para abrevar. Por varias millas al Norte y al Oeste, y por una distancia desconocida al Este hacia el Guayambre, la región es un denso bosque, de donde se obtienen las grandes balsas con caoba y otras maderas preciosas, que se transportan por ese río y el Jalán al Guayape.

Imposible es dar una idea adecuada de la solemne grandeza de estos bosques: la obscuridad los envuelve, aún al mediodía ningún templo erigido por el arte puede igualar la sublimidad inspiradora de sus arcos catedralicios ni órgano alguno que pudiera competir con los himnos graves del viento vibrando y susurrando entre sus árboles añosos. Lianas largas como lazos cuel-

gan de las ramas robustas hasta el suelo, presentando un encaje de verdes hojas y enredaderas entremezcladas con manchas rojas y violeta que indican la presencia de flores raras y sin nombre. El cactus, que florece de noche, y el pasalte moteado como el ala de una bella mariposa, combinaban sus colores con la exuberante hoja de aire, viéndose todo el panorama como si fuera a través de un cristal ahumado. Las ceibas, de proporciones gigantescas, con los jardines colgantes de las parásitas en sus ramas, mostrando en lo alto mantos de verdor muy arriba del alcance del hombre. Entre las raíces, a largos trechos, notaba, mientras los cruzábamos, las huellas de caminos que conducían a cortes ahora abandonados y en cuya vecindad toda la madera útil ya había sido aprovechada. Hasta el mismo Corte Sara, según me expresó el señor Ocampo, estaba ya terminándose y, sin duda, al momento de escribir, ha sido ya abandonado. En el departamento hay doce cortes.

Sin duda alguna, Olancho es, entre las regiones productivas de caoba en Centro América, la más importante, porque sus tierras de aluvión y las márgenes de todos sus ríos tienen bosques inagotables. Este árbol crece con una exuberancia majestuosa por sobre todos los demás y, con excepción de las palmeras, es el más alto del reino vegetal en Honduras. Sus ramas se extienden a lo ancho y a lo alto, revestidas con follaje perenne y, además de ser un artículo importante de exportación, su madera sirve para muchos usos en la vida, tales como material de construcción y para la fabricación de muebles para el hogar. (1)

A todo lo largo de la costa desde el río Motagua hasta el Cabo Gracias a Dios, los ríos están bordeados por bosques de caoba y, aunque no en iguales cantidades, los que desaguan en el Pacífico también abundan en bosques de esta madera preciosa. El Ulúa, el Chamelecón y sus afluentes, el Limón, el Aguán o Romano, el Tinto o Negro, el Guayape o Patuca, y el Wanks, que desembocan en el mar Caribe, son todos campos de operación en el corte de la caoba que, aumentados en los últimos treinta años, apenas han dejado una marca en la selva ilimitada productora de ésta y otras maderas de valor. Algunos de los lugares más asequibles son

todavía bosques vírgenes, intactos, y sin duda así seguirán por muchos años. En el Ulúa, Mr. Follen, Cónsul Americano, ha llevado a cabo, según supe, los más grandes cortes en el país, en razón de que el Gobierno le ha dado concesiones valiosas, por ciertas consideraciones especiales. Mucha de la madera se embarca directamente a los Estados Unidos, aunque también va en cantidades considerables a Belice, en Yucatán, y ayudan a completar los grandes cargamentos que por muchos años han ido desde aquel puerto hacia Europa. Desde hace cinco años, en conexión con el señor Fernández, dos ingleses han establecido cortes de caoba en el Aguán, siendo transportados los productos en balsas a la barra del río, de donde son cargados, según se dice, en barcos de docenas toneladas.

También hay establecimientos en el río Negro, los del Wanks han sido obstruidos en los últimos años por las balsas llevadas por la corriente, que se han acumulado en la boca del río. El comercio de la caoba en el Wanks fue primitivamente de tanta importancia que se abrió un canal navegable desde el río principal al pequeño atracadero de Gracias a Dios, a través del cual las balsas eran conducidas para su embarque. El canal, se dice, ha sido rellenado con los depósitos de aluvión del río.

En la costa del Pacífico de Centro América, que rodea la bahía de Fonseca, el tráfico de la caoba ha sido ensayado con éxito regular desde el establecimiento del comercio con California. Balsas de caoba se traen desde las tierras bajas por los ríos Goascorán y Choluteca, se llevan remolcadas a la isla del Tigre por bongos a través de la bahía hasta el aserradero del puerto libre de Amapala, donde son aserradas, pero en cantidades limitadas. Cerca de Acajutla, puerto de mar de El Salvador, hay bosques de caoba y de otras maderas preciosas, que en este tiempo están llamando la atención de los capitalistas de San Francisco, pero el tráfico de la caoba en el lado del Pacífico de Centro América requerirá todavía muchos años para convertirse en remunerativo y permanente, no habiendo mercado seguro para la madera y no se han hecho intentos, como los de Costa Rica y Nicaragua, para embarcar a Europa maderas de brasil y de campeche.

En la costa del Caribe constituye el negocio más lucrativo, y es la fuente principal de ingresos de la República de Honduras. Los derechos de exportación son insignificantes y se cobran por empleados que fácilmente se dejan sobornar, así que ni la décima parte de los impuestos se recauda. Necesarios son para el éxito de este negocio, capital, una gran inteligencia e industria. Un corte o benque, a menudo emplea durante

(1) "Es uno de los árboles más bellos y majestuosos. Su tronco alcanza con frecuencia una longitud de 40 pies y un diámetro de 6, y se divide en tantos brazos fornidos, y arroja la sombra de su brillante follaje sobre una extensión tan amplia, que pocos son los monarcas del mundo vegetal que pueden superarlo en magnificencia. La caoba hondureña sale en trozas de dos a cuatro pies por lado y de 12 a 14 pies de largo, pero algunas de las trozas son mayores aún. Al igual que el pino, crece mejor en un suelo seco y rocoso, en lugares abiertos. La más accesible que se encuentra en Honduras crece en tierras bajas y húmedas, siendo inferior a la que sale de Haití y de Cuba. Pero la caoba hondureña tiene la ventaja de asimilar mejor el pegamento y, por esta razón, sirve de mejor base para un enchapado más fino. En una ocasión, un solo árbol dio tres trozos de 15 pies de largo y 38 pulgadas por lado". Lib. Ent. Knowl., vol. on Timber, Trees and Fruits.

la estación de treinta a cincuenta hombres, a quienes se les paga semanalmente y se les suple con provisiones en conserva y transportadas sobre caminos que al efecto se hacen, o llevadas en canoas a muchas leguas en el interior.

En tiempo de escasez, estos suministros se traen en pipantes desde los puertos marítimos, o río arriba, en barcos anclados en las barras, viaje que, frecuentemente, toma un mes de ida y regreso. La mayoría de los cortes que se han hecho en Honduras están bajo los auspicios de firmas inglesas y europeas. La manera de cortar y enviar la caoba a los mercados es casi la misma en toda la zona del Caribe. En Belice, Tabasco y otras estaciones más frecuentadas se han introducido procedimientos modernos, pero el método que ahora se sigue en el Guayape, Jalán y Guayambre tal vez servirá para ilustrar el que se emplea en Honduras, o al menos en su parte oriental que es hasta hoy tan solo un campo de operaciones limitadas.

La rutina de las estaciones permite sólo seis meses del año para el negocio. En los primeros días de diciembre el dueño de un corte comienza a reunir sus trabajadores, muchos de los cuales son negros de Jamaica, cuyas costumbres y proporciones físicas los adaptan peculiarmente para tales trabajos. Para entonces han gastado las ganancias de la anterior temporada en camisas vistosas, en bandas rojas y en los demás artículos de vestuario para ellos y para sus mujeres, o a menudo las han dejado en las mesas de juego de monte. Todo lo que no les servirá en el benque se queda en casa ya que los trabajadores laboran casi desnudos.

Los cortes son conjuntos temporales de cabañas techadas con paja y colocadas tan cerca de un río como mejor lo permita el lugar. La mayoría de los cortadores se adquieren en Juticalpa y el bullicio de los preparativos anima aquel lugar por unos pocos días antes de su partida, cuando acompañados de varias mujeres (tortilleras), los grupos se marchan a sus respectivos benques, bajo la guía de un maderero o un buscador, quien es en general seleccionado entre los de más experiencia e inteligencia entre los jamaiqueños.

Las cuadrillas del señor Ocampo se subdividían en grupos de ocho a diez individuos cada uno, con un jefe; las mujeres trabajan como cocineras, reciben sus raciones semanalmente del mayordomo del corte y se les paga un pequeño salario por sus ocupaciones. Se han hecho intentos para importar máquinas moledoras de maíz para así eliminar las mujeres, que, según parece, no limitan sus talentos a las labores culinarias, siendo fuente inagotable de peleas y celos entre

los bravos y los negros, que rivalizan por conseguir el favor de las tortilleras. En Galeras vi cerca de unas doce de estas máquinas, arrinconadas como chalarra inútil: habían sido sumariamente expelidas de los cortes de caoba por una protesta unánime, siendo las más exaltadas las propias mujeres contra este ataque a sus privilegios de tiempo inmemorial; y la tortilla, con su procedimiento laborioso y a paso de tortuga, se volvió a establecer entre el regocijo triunfante de sus defensores.

Cuando la cuadrilla llega al corte procede de inmediato a construir nuevas chozas o a reparar las viejas, mientras los buscadores, que se convierten en hombres importantes, van a los bosques y después de una larga discusión seleccionan el lugar más apropiado para los benques. De su opinión depende, en alto grado, el éxito de una temporada. El lugar debe combinar, tan bien como fuere posible, la proximidad a un río, con la facilidad para construir caminos; los árboles deberán ser numerosos para evitar una segunda construcción de vías durante la temporada y estar situado de tal manera que evite el descambo de mucho árbol. Un lugar así, que reúna todas estas facilidades, es raro encontrarlo y la apertura de caminos para la salida de la madera después de botada, es generalmente una parte considerable de la labor. Los buscadores van provistos de un caracol que tocan de cuando en cuando para que sus compañeros lo contesten. Los caminos se construyen directamente al río, el caracol les sirve como guía, porque entre estos bosques enormes y silenciosos, la densa maleza presenta una barrera impenetrable al paso del hombre o del animal. Creo que el señor Ocampo goza del privilegio exclusivo de cortar caoba en esta región y, por consiguiente, no tiene competidores o rivales, como pasa en Belice y en otros lugares de la zona del Caribe. Para botar un árbol se construye un andamiaje (1) alrededor del tronco y como a ocho pies del suelo y se designan dos hombres para cada árbol. La madera del tronco se prefiere a la de cualquier otra parte, pero las ramas, generalmente, dan la clase más apropiada para la confección de los trabajos más finos. El espectáculo de la caída de un árbol de caoba es uno que no se puede olvidar. Al desplomarse de su sólida base, el gigante de los bosques tropicales cae con estrépito sobre los árboles vecinos quebrándolo todo con sus brazos extendidos, abriendo un inmenso claro en la espesura. Diferente a los pinos, este árbol raramente se raja o quiebra, ya que su gran resistencia le permite arrollar todo obstáculo cuando cae.

Común es la aseveración de que la vida

(1) En la Costa Norte le llamaban balichú al andamiaje.

en los trópicos no tiene las ventajas de las regiones más templadas y que la labor en ellos, en la acepción norteamericana del término, es casi imposible. Esta aseveración es absurda como lo demuestran los cortes de caoba. No solamente esta labor requiere, a través de todas sus fases el esfuerzo muscular más severo, igualando al de los almaderos y cortadores de Penobscot, sino que en todo Centro América la fama de los cortadores de caoba, por su fuerza y resistencia, se han divulgado y es reconocida por todos. En realidad yo dudo si, en iguales circunstancias, los mejores leñadores del Norte pueden competir con éxito con los de Honduras.

Cuando se han derribado suficientes árboles para ocupar el resto de la temporada en la aserrada y el corte, se separan en trozas de ocho a dieciséis pies de largo; muchos árboles dan cinco, otros no más de dos trozas. Estas se asierran a través de su circunferencia y cuando hay muchas trozas del mismo tamaño, toda la cuadrilla usa sus fuerzas a fin de colocarlas en las rastras. Las sierras que se emplean para los cortes transversales, como todos los implementos industriales que se usan en Honduras, son importados de Inglaterra. Después de haberse escuadrado para quitarles todo peso superfluo, las trozas se levantan por medio de palancas de madera, a un plano inclinado que está a nivel de la rastra, que es muy resistente y permanece a lo largo de las trozas. Cuando ya está arriba, la carga es fácilmente rodada y ahora comienza la parte más laboriosa del trabajo. Muy a menudo no se necesita la rastra y las trozas por separado se echan atadas con cadenas en el lecho del río. Deben ser llevadas al embarcadero antes de que comience la estación de las lluvias, en el mes de Mayo, y si las operaciones del corte y aserrío han tomado más tiempo del normal, el arrasre se lleva a cabo con gran actividad.

Después de las primeras lluvias, que duran por lo común una semana, los caminos, no importando lo bien que hayan sido construidos, se vuelven intransitables. La advertencia de las neblinas espesas y la presencia de grandes nubes cargadas son seguras indicaciones, para los cortadores de caoba, de que una tormenta se aproxima. El trabajo es ahora continuo, noche y día. Los domingos y "días de fiesta", durante los cuales su credo católico no les permite laborar, se sacrifican por la urgencia del caso y se ofrece aguardiente, raciones y pago dobles, y cualesquiera otros estímulos que parezca tentar a los trabajadores. El calor del mediodía en las partes bajas de los ríos no permite el trabajo de juntar las trozas, excepto de noche. Las rastras son, por consiguiente, cargadas y puestas en marcha a una hora que permite llegar al río temprano por la mañana.

En tales ocasiones el grito de los conductores y el pesado roce de las rastras, hacen eco al moverse lentamente a través de la mañana de la selva. Los bueyes van precedidos de muchachos que llevan en la mano hachones de ocoite para alumbrar los caminos que, de otro modo, serían de una obscuridad de tumba; porque hasta al mediodía, los rayos del sol apenas si penetran en estas espesuras silenciosas por las cuales los conductores a veces gastan todo un día para recorrer una milla y el terreno es casi impenetrable por la alfombra que lo cubre de enredaderas y apretadas malezas. Mientras la procesión avanza lentamente, los bueyes, ocho yuntas para una rastra, a menudo caen al suelo, o se fracturan en los huecos profundos del camino.

Cuando las puyas, que a cada chuzazo le sacan sangre, no logran levantar al animal cansado, se desenyuga éste y se le reemplaza por otro del corral y el animal incapacitado es destinado a dar su carne para el consumo del siguiente día. La vacilante llama de las antorchas arroja un extraño resplandor sobre la escena, alumbrando las atezadas y macilentas caras de los hombres, penetrando por los pasadizos góticos de los oscuros bosques y derramando una luz rojiza sobre los rudos implementos, pechos y brazos desnudos y vestidos grotescos de los trabajadores.

Una vez que llegan al río, las trozas son arrojadas en éste y si el embarcadero está en cualquiera de los tributarios del Guayape se las deja que las lleve la corriente a un punto cerca de una legua arriba de su unión con el Guayape. Se colocan tapones de cedro o de pino a cada extremo de las trozas, antes de ser arrojadas al río, para que las ayude a flotar. Las primeras lluvias hacen crecer los ríos, a tal grado que pareciera haber escasa salida para las aguas turbias que caen en ellos de los bramadores afluentes de la montaña.

La tarea de dirigir con seguridad las trozas hasta el mar comienza ahora. Como se advierte en todas partes, hay varios "Chiflones" o rápidos en el Guayape, abajo de la boca del Guayambre. En época de las aguas crecidas éstos se salvan con seguridad por las balsas de caoba, y me aseguró el señor Ocampo que raramente ha perdido una troza entre las miles que ha confiado a la corriente. Son atendidas por algunos de las cuadrillas en pipantes, generalmente de árboles de cedro o de "ceiba" ahuecados.

Esta embarcación de río varía entre veinte y cuarenta pies de longitud por cuatro o cinco de anchura, poco más o menos. Los extremos son levantados y puntiagudos. En la popa se extienden varias costillas semicir-

culares, que se cubren con un lienzo y sirve para la "choza" o cabina, en la cual se depositan las provisiones de boca. Se emplean remos para navegar por las corrientes más rápidas, y así preparados, el último acto del negocio de la caoba se lleva a cabo al descender por el ancho Patuca hasta el mar. Durante el viaje, que generalmente emplea de seis a ocho días, los "pipanteros" saltan a tierra entre las soledades selváticas, en cualquier lado, para cubrir sus necesidades cazando o pescando los forcejeantes cuyameles en los remolinos del río. Algunas veces se paran a regatear con los indios que habitan la región del Bajo Guayape y el Patuca. Estos indios son grupos aislados de las tribus de los Guacos y Payas.

El señor Ocampo, que hizo muchos viajes bajando por el Guayape hasta la desembocadura del Patuca, califica a los indios abajo del río Tabaco, como enteramente incivilizados y salvajes. Varias veces, al descender por el río al salir de una curva abrupta, se encontró con pequeñas canoas, con indias que andaban en expediciones de pesca que, a la vista de la embarcación que se aproximaba remaban a toda velocidad buscando la orilla, tomaban el pipante y desaparecían prestamente en la espesura de los bosques.

Estos pipantes son poco profundos, se construyen livianos y tienen una considerable longitud. Una curva muy suave en cada extremo les facilita el paso entre los rápidos y sobre la madera y trozas que bajan por el río en ciertas estaciones. Cuando se aproximan a estos obstáculos flotantes, los indios redoblan su esfuerzo con los remos hasta que la canoa sale con la corriente velozmente casi encima de las trozas, entre las cuales las aguas silban como una caldera hirviendo. A una señal, saltan a la popa levantando la proa de la ligera embarcación fuera del agua y aquella, con la velocidad de un venado medroso, salva el obstáculo llevada por la corriente y por sus propios impulsos. Al saltar, la tripulación reasume sus asientos con presteza y quedan sin movimiento como estatuas, excepto cuando cogen el remo y tocando apenas el agua, al igual que el juego nervioso de la cola de un delfín, guían su descenso con rapidez.

Los bajeles que llevan la caoba a lo largo de la costa Este de Honduras son en su mayoría pequeñas goletas y se usan como "arrastradoras" hasta Belice, donde sus cargamentos se embarcan en grandes vapores hacia Europa y los Estados Unidos. El señor Ocampo había enviado a aquel puerto pequeñas cantidades de trozas. Me informó que en sus benques tenía arriba de tres mil trozas listas, cuya preparación le había costado más de \$ 100.000.00. En empresas de esta clase la ley hondureña obliga a los ex-

tranjeros a asociarse con los naturales del país o con centroamericanos; así la casa de Londres daba su capital a la empresa y Don Apolonio se encargaba de todo el manejo interior. Aunque era del partido conservador o servil, casó con una hermana del famoso General Santos Guardiola (1) y gozaba de la confianza y respeto de todas las clases sociales, sin consideraciones partidistas.

Permanecimos dos días en el Corte Sara haciendo pequeñas salidas a los bosques para examinar las labores y las costumbres de los trabajadores, y haciendo de cuando en cuando paseos ocasionales aguas arriba o aguas abajo del Jalán, en pipantes. El pequeño torrente conocido como Río Sara, que nace cerca de la Hacienda del Quebracho, corre al Este del Corte y desagua en el Jalán unas pocas millas más abajo. Todos los arroyos que desembocan en el Jalán, arriba del Corte Sara, según supe, contienen oro y su riqueza aumenta cuanto más se aproxima uno a las cabeceiras.

Los lavaderos de oro del río Jalán son menos populares y no tan bien conocidos como los del Guayape. Están a alguna distancia, a medio camino entre los dos centros de población, y no se acude a ellos como a las quebradas y arroyos más cercanos a dichos lugares. El oro del Jalán es de inferior calidad que el del Guayape, que es el más famoso de todo Centro América siendo conocido como el "oro más apreciable". El oro del Jalán se presenta en escamas delgadas, mientras que el del Guayape, aunque mezclado con esta clase descrita, viene principalmente en partículas pequeñas redondeadas, que promedian el tamaño de una semilla de rábano o el de una cabeza de alfiler. No supe que hubiera excavaciones cerca del Corte Sara. La región aurífera del Guayape puede incluirse en las latitudes de 14° y 15° N., y las longitudes 85° 30, Oeste y 86° 30, Este. Abarca un territorio de sesenta millas en cuadro o sean 3.600 millas cuadradas. Los ríos que corren paralelos o adyacentes al Guayape y sus tributarios están comprendidos entre los límites antes dichos y que designo en mi mapa como la "Región Aurífera del Guayape".

Entre los árboles que florecen en las márgenes del Jalán, observé uno que tiene racimos de flores color rojo pálido y un olor que se parece al de la reseda. El árbol tiene cerca de dieciséis pies de altura, hojas grandes, oblongas y nervios salientes. Algunas de estas flores se recogen antes de la fiesta de la Virgen de Juticalpa para colo-

(1) D. Apolonio Ocampo era con cuñado del General Santos Guardiola, por estar casados con dos hermanas: el primero con Doña Mariana Arbizú, y el segundo con Doña Ana Arbizú, ambas hijas de D. Calixto Arbizú, de Yuseatán.

carlas como ofrenda en el altar y a los pies de la Virgen. Un amigo botánico, cuando se la describí, supone que se trata de la "Red Plumera" (Plumeria Roja).

En este viaje vi el árbol que da seda y algodón (ceiba) de un tamaño tan grande que nunca antes lo había visto, aunque se le encuentra en todo Centro América. Hay también una seda indígena que crece silvestre entre árboles de Olancho, producto de una especie de gusano, que construye una bolsa como de dos pies de profundidad y que cuelga de los árboles en las sabanas abiertas. De lejos el nido parece una telaraña compactamente acolchonada. El animal no hace capullo, pero teje la seda en capas y madejas, alrededor del interior del nido. Sólo un caso se sabe de algún uso aprovechable de esta seda por los nativos. El señor José Ferrari, de Tegucigalpa, me dijo que en 1844 había enviado seis libras de este material crudo a Inglaterra, donde se le convirtió en pañuelos, que no se distinguían de los de la seda corriente, de igual fortaleza y de tejido delicado. Un comercio ventajoso en esto podría establecerse ya que se puede adquirir la cantidad necesaria a cambio de la molestia y gastos de recogerla.

Un viejo autor mexicano, al referirse a los recursos del Istmo de Tehuantepec, habla de la seda silvestre como un importante y valioso producto de Tabasco y Oaxaca, agregando que en determinada época los nativos estaban acostumbrados a recogerla y exportarla a España. El artículo, conforme a su descripción, es sin duda idéntico al de Olancho. Existe también una curiosa araña que da seda y se la llama por eso "araña de seda" y existe en Olancho y en varias partes de Nicaragua. Se la ve a menudo en los corredores con una carga de fina seda en el lomo, de la cual extrae numerosos y delicados filamentos. Este animal es enteramente inofensivo, tanto que la señora Montealegre, de Chinandega, permitió que uno de ellos anduviera holgadamente en su mano. En Olancho son muy comunes. Hay asimismo en estas cercanías una araña llamada "Araña pica caballo" porque ataca los cascos de los animales provocando su descomposición, separación y caída. Los caballos se arruinan, a menudo, de esta manera.

En vez de hacer nuestro regreso por la Hacienda de San Francisco, lo hicimos por el Sur, dejando el Corte Sara y siguiendo por el valle del Jalán, cabalgamos hacia la hacienda del Quebracho, así llamada por un árbol de valor, famoso por su dureza de pederal. Aunque la distancia a la hacienda del Quebracho no es más de diez millas en línea recta, creo viajamos el doble por tener que bordear los pantanos que se encuentran por orilla Este. Don Apolonio me aseguró

que tendríamos un buen deporte en la hacienda, en donde hay una laguna en que desaguan los varios arroyuelos que estábamos ahora cruzando. La pesca y la caza eran abundantes y aunque no había traído conmigo el rifle, supe que en la hacienda podrían conseguirse tanto armas de fuego como cañas para pescar. De las ocho de la mañana hasta tarde de la noche habíamos andado a través de sabanas ondulantes y de tierras negras de aluvión, hasta que llegamos a una faja tupida de árboles entre los cuales descubrimos un valle ancho con una gran hacienda, más allá del bosque. Apresuramos nuestros animales y saliendo de una cuesta herbosa llegamos a la hacienda.

Un sonido de música y el acompasado palmoreo de manos, combinados con voces alegres y sonoras, nos hicieron ver que los pocos habitantes de ella estaban ocupados en bailar un "fandango", exhibición que raramente había yo presenciado en el país. Cuando llegamos, el aplauso había cesado y se recomenzaba la danza. Nuestro arribo no interrumpió la escena; nos acercamos y nos unimos a los espectadores quienes se volvieron un instante para decirle "¡Cómo está señor!" a Don Apolonio. Era ya casi la puesta del sol. Encerrado por las alturas arboledas del Este y del Oeste, el pequeño villorrio era la única señal de civilización a la vista. Hacia el Sur había una bonita laguna, como de una milla de largo por unos pocos centenares de yardas de ancho, que en la tranquilidad de sus aguas, reflejaba los árboles y las colinas circundantes. Los caballos y el ganado, como siempre, vagaban libremente por el llano, y desde los bosques, que ocultaban de nuestra vista parte del lago, llegaban las notas lejanas de los pájaros marjales, de las garzas y de las espátulas. La brisa sobre el lago levantaba menudas olas que morían en una pequeña playa casi a nuestros pies.

Sin tener temor alguno por el sonido de la guitarra y acostumbrados a la proximidad de los danzantes, los pájaros volaban entre los árboles y se hacían partícipes de la escena; el "nazareno" de color café, especialmente, se unía con sus notas saltarinas, no como las de las castañuelas, desconocidas de estas gentes primitivas y acompañamiento necesario para el fandango en España. El baile me era desde hacía tiempo familiar en La Habana y en las repúblicas suramericanas y tenía yo curiosidad de ver qué influencias de situación, clima y mezcla de razas podía modificar esta entretención tan española.

El número de danzantes, entre hombres y mujeres jóvenes, era de diez o de doce. Unas pocas personas ya de edad, niños y perros se hallaban debajo de los árboles. Una

muchacha delgada y bonita de brillantes ojos y con el rostro encendido por el ejercicio era por el momento la heroína principal en este pequeño ballet de la vida real. Dos jóvenes, el preferido y el rival aspirante, con caras serias representaban en la variedad de sus movimientos y actitudes las pasiones del amor, de los celos, de las esperanzas y de la desesperación; se encontraban con la "coqueta", ya fríamente o de manera exaltada, con desdén o ternura sosegada, terminando con un gran final, en un remolino de embriagadora alegría. Todos los danzantes, en turno, tomaban la precedencia llenando los otros la pantomima con detalles menores. En el conjunto, si es menos atractivo que el bolero de movimientos tan refinados, el fandango de Olancho es tan agradable y vivo como aquel.

Antes de que el baile terminara se nos unió un hombre bonachón, alegre, de unos treinta años de edad, quien, después de darnos la bienvenida a la hacienda, le llamó la atención familiarmente a su viejo amigo Don Apolonio, por sorprenderle tan inesperadamente cuando su despena no estaba tan generosamente repleta como era usual. El había sabido, desde hacía varios días, de mi llegada a Julicalpa, y ahora, por la primera vez, supe que ese joven que hablaba era uno de los hijos del señor Garay, y que El Quebracho era una de las tantas haciendas del viejo Creso.

Nuestro apetito, algo aguzado por la caminata, no estaba para escrúpulos en cuanto a la calidad de la comida que se nos podía dar. Era bastante ordinaria y consistía en una sopa chapucera, en la que sus ingredientes parecían ser: un balde de agua, media docena de plátanos y un gran pedazo de carne de res. Don Gabriel Garay no era, como su viejo padre, un epicúreo. Antes de retirarnos a descansar por la noche, vi un par de rapazuuelos devorando lentamente algo que ellos extraían a puñadas de una vieja sacerola en una esquina del patio. Era una masa de carne cocida, cuyo olor me fue excepcionalmente agradable. Al inquirir, hallé que era la carne de un armadillo que habían matado en la vecindad el día anterior. No tardó en haber un tercer comensal del delicado plato. La carne era muy gustosa y tan delicada como la de gallina.

Es corriente en algunas partes de Olancho, especialmente hacia la costa, cocinar estos animales enteros, sin separar la carne del caparazón con que la Naturaleza los ha provisto. El proceso consiste en cavar un hueco en la tierra poniendo una capa de piedras calientes en el fondo. El animal se coloca sobre éstas y se cubre con otra capa de piedras planas sobre las cuales se enciende el fuego. Estofado y laqueado con pedazos de grasa, como un bistec a la italiana y sa-

zonado con hierbas aromáticas, el gastrónomo más exigente lo calificaría como un plato exquisito. El armadillo de Olancho comúnmente es como de veinte pulgadas de largo, de un color castaño oscuro y corre precipitadamente a esconderse cuando se ve en peligro. Los indios lo cazan frecuentemente para alimento.

A la mañana siguiente me encontré con un viejo vaquero de Culmí, aldea poco más o menos a veinticinco millas al Norte de Julicalpa, que ocupó mi atención por una hora hablándome rápida y casi ininteligiblemente de los días antiguos de Olancho, como se lo contó a él su padre, que había muerto a una avanzada edad hacía varios años. Si me hablara en Table Mountain, o en Carson's Flat, o en Moimon Island, o en Bidwell's o en cualquier otro lugar de California célebre por el oro, donde el valor de lo extraído se contó por millones, no hubiera vacilado en hacer públicas las aseveraciones de este viejo olanchano, pero por razones obvias yo prefiero que ellas queden, al menos por el presente, entre mis breves notas. Los "hechos" son suficientemente interesantes sin tener que recurrir a las leyendas exageradas de un indio jubilado y gárrulo.

Cumpliendo una promesa hecha la noche anterior, Don Gabriel nos proporcionó dos viejos rifles ingleses con las municiones para cazar aves; equipados en esa forma, salimos hacia la laguna en busca de caza. Apenas habíamos entrado en las malezas cuando una bella ave llamada "Pico Navaja" voló pesadamente y, bajando inmediatamente, corrió con la velocidad de una gallinita de agua por entre las cañas. El tucán de Olancho (que también se le llama "feliz") tiene un pico aguzado con el que recoje insectos y gusanos de los pantanos. Los movimientos de este vistoso personaje fueron demasiado rápidos para permitirnos que lo tiráramos.

Seguimos adelante y al separarnos para después aproximarnos desde dos diferentes puntos, vimos una manada de aves acuáticas que nadaban en la laguna. Don Apolonio me advirtió que tuviera cuidado con los lagartos, como se llaman aquí los cocodrilos. Estuve atento para verlos, pero aunque las cañas se movían mucho a veces no tuve una demostración ocular de su presencia. En la parte arriba del lago oí decir que se ve a menudo el tapir o danto, como aquí se le nombra. Este animal me fue descrito a menudo y lo considero de gran tamaño. Dicen que arrasa todo a su paso por los bosques cuando se ve perseguido, que nunca pelea, que es totalmente inofensivo y que le encantan los lugares umbrosos y apartados. En el Bajo Guayape se me mostraron huellas de un tapir, donde este animal había bajado a

abreviar, pero en todas mis peregrinaciones a través de Centro América nunca tuve la fortuna de encontrarme con uno de estos seres, aunque tenía en ello especial interés.

Dimos la vuelta en contorno de la laguna y llegamos al lado occidental, sin haber visto cosa de interés para cazar, pero cuando nos preparábamos para regresar a la hacienda, una bandada de gallinitas de agua reapareció detrás de un grupo de cañas y ambos disparamos al centro del grupo con nuestros mosquetes. Cuatro quedaron luchando en el agua. La que pudimos coger eran ejemplares de las bellas cercetas de alas azules, o patos de montaña como se les llama en el Norte. Yo a menudo las había visto en el aire y cuando bajaba de las Montañas del Salto una bandada de ellas se alzó de una pradera pantanosa al pie de las colinas. El macho es de brillante plumaje, tiene alas blancas y negras y de un verde cambiante; son un poquito más pequeñas que el ave de los Estados Unidos, con un copete de plumas negras en la cabeza que eleva o baja a su gusto. Las patas son color amarillo y al volar produce un ruido singular, chirriante, como el de una máquina en miniatura a la que le faltara aceite.

El pavo silvestre, pava, puede verse con frecuencia en Olancho en las laderas de las montañas, particularmente a orillas de los arroyos donde busca refugio durante el calor del mediodía. Los deportistas que exploran sus huellas a través de la espesura se sorprenden con su pesado aleteo; y si proceden cautelosamente, podrán tal vez contemplar al macho, con su pescuezo estirado y ojos curiosos, espiando sus movimientos desde alguna rama. Es algo más pesado que el pavo común o doméstico; de un color negro lustroso, con un copete colocado vistosamente sobre la cabeza. Este ornamento forma una cresta como la de un gallo, pero difiere respecto al material, pues está compuesto de una docena de plumas negras penachudas, de dos pulgadas de alto y graciosamente salpicadas de amarillo. Se le do-

mestica frecuentemente y en este estado se le conoce con el nombre de "paujil". El guaco, la codorniz, la golondrina, el "aldeano" (famoso por sus colonias en nidos colgantes), la garzota blanca, azul y gris; la chorcha de pecho amarillo, (cantor de alas negras, del tamaño de un tordo y que se oye sólo en la mañana y en la noche), el ibis y dos aves del orden gallinae de Linneo, descritas por Henderson como frecuentes en la colonia de Belice (Penelope Cristata), todas éstas se hallan en las tierras bajas y en los lechos de los ríos olanchanos. El macho del "crax", como un contraste al orden común de la naturaleza, es más pequeño y de plumaje menos vistoso que la hembra, se posa orgulloso entre los secos brezos y muestra un plumaje color chocolate brillante con pintitas blanco y negras en su cuello y alones. La paloma corriente, la torcaz y varias otras aves ya mencionadas son comunes en todas partes de la América Central.

Hay también un animal que se parece a una marmota y se llama tepezcuinte, cubierto con un pelo color café fino y del tamaño de una ardilla gris. Esta pequeña criatura hace estragos en los campos cultivados de yuca y frijoles, donde cava como el topo de California haciendo galerías horizontales que se extienden por muchas varas, haciendo aquí y allá respiraderos por los cuales saca su cómico hocico y sus ojos alertas pero escondiéndose al más pequeño ruido. El tepezcuinte frecuenta la hacienda del Quebracho, donde tiene una reputación nada envidiable. Con él también se cuenta el armadillo (de tres, ocho y nueve bandas), el "gibeonite" (cavia paca?) pequeño animal brincador que parece una mezcla de ardilla y de cerdo de Guinea y que, frecuentemente, se confunde con el agutí indio; la curiosa mangosta, la zarigüeya, el pizote, el puercospín, la ardilla colorada y el oso hormiguero. Estos animales son, más o menos, abundantes en las tierras bajas de Honduras y probablemente se les encuentre en las costas del Atlántico desde Panamá hasta Guatemala.

Pescando en El Quebracho.—Plantas y flores.—Callamuela.—El Canelo.—Lobelia.—Sasafrás.—Añil silvestre.—Zarzaparrilla.—Manera de recogerla.—Linaza.—Planes para lo futuro.—Un viaje a Palo Verde.—Minas de plata y cobre.—Mármol.—Piedra imán.—Cinabrio.—Preparativos de un viaje a Catacamas.—Montañas de Jutiquile.—Soledad.—Truchas.—Arbol de hule.—Comercio.—El Jipa.—Música ornitológica.—Pájaro clarinete.—Telica.—La Concepción.—San Roque.—Mulas y caballos.—Doma de un potro.—Palmeras.—Vino de coyol.—La hacienda de La Herradura.—Leyendas.—Contrapesos y herraduras de oro.—Un curioso testamento.—“Los buenos viejos tiempos de la colonia”.—Olancho viejo.—Separación de la comitiva.—El Boquerón.

Tres días permanecimos en la hacienda de El Quebracho y durante ese lapso me inicié en los misterios de la caza y de la pesca. La laguna es abundante en pequeños y sabrosos peces, que se parecen al albur de Nueva Inglaterra, y en una variedad de truchas de buen tamaño, conocida aquí con el nombre de “guapotes”. Se les coge fácilmente con la caña y el anzuelo cuando con ansiedad muerden el cebo de insectos y gusanos. En cuanto a árboles, arbustos y flores, por fin renuncié a tomar nota de su variedad. En medio de tal profusión sólo con la paciencia y el saber de un profesor de botánica podría distinguirlos y apreciarlos. “No sé, señor”, era la respuesta casi invariable a mis preguntas, cuando no y con un encogimiento de hombros el indiferente “¡Quién sabe!”. En cualquier momento podría estar pisando descuidadamente alguna planta medicinal inestimable, o rozando un árbol cuyos productos preciosos recogidos o preparados convenientemente pagarían la molestia de obtenerlos, para no decir nada del placer de indagar en la naturaleza los tesoros más selváticos de la botánica o gemas del reino vegetal.

Don Gabriel me describió una planta llamada “Callamuela”, común en Olancho y que posee la singular cualidad de provocar la salivación. Obtuve detalles escritos de la misma, en que se la pinta como un tallo flexible y jugoso que crece a la altura de tres pies y soporta una flor única, del tamaño de un lirio común, de color amarillo pálido y que florece de marzo a mayo. El olor de esta flor, cuando se inhala, inflama la cara y el jugo del tallo o de las hojas de la flor afloja los dientes. El ganado evita esta planta por instinto y se me dijo que varios experimentos hechos en perros han producido precisamente efectos similares al de la salivación. Después supe que la callamuela no es desconocida en Nicaragua.

Roberto había notado el placer que me daba examinar plantas, flores y aves para mí extrañas, y nunca dejaba pasar una oportunidad para satisfacer ese gusto. Un día trajo y dejó en mi hamaca un atado de cortezas que, dijo, podían obtenerse en cualquier cantidad en el monte. Tenían esas cortezas la forma y el sabor picante peculiar de la canela, pero eran de un color más oscuro. El la llamó canela y me prometió mostrarme el árbol de donde procedían. Luego recordé haber probado esta corteza en el ponche de aguardiente que se nos obsequiara en Juticalpa durante la función. Aunque se parece a la canela, no estoy seguro de clasificarla como tal. Puede ser alguna corteza aún no clasificada.

Hay también aquí una especie de lobelia, a la que se atribuyen propiedades medicinales por el hecho de que los caballos revientan después que la ingieren; es por ello que se la conoce comúnmente con el nombre de Reventa Caballos. Se la encuentra en lugares recónditos y frescos donde el ganado busca refugio durante el calor del día. La planta, sin duda alguna, es un veneno sutil y por existir a lo largo de los ríos Jalán y Guayape, es que se le atribuye la muerte de tantos caballos y ganado. Se ven también en estas vecindades el sasafrás y el añil silvestre, como en todo Olancho.

La zarzaparrilla (un bejuco espinoso) que crece silvestre casi en todas partes de Honduras, constituye uno de los renglones de la industria indígena y se envía a Trujillo en cantidades considerables por los nativos que, en ciertas épocas, hacen excursiones regulares con ese fin. El bejuco está dotado de pequeñas espinas y se le reconoce fácilmente. Cuando crece fuera de la vecindad de los árboles a los cuales trepa, se desarrolla entre las rocas y los arbustos a los que se prende fuertemente. La raíz se extiende al-

go y es de un color pardo grisáceo, pero algunas veces se la encuentra de colores escaleta y rojo. La mayor parte de la que se recoge se vende en pequeños atados a los compradores de las ciudades del interior del país, quienes la separan en dos clases. Se forman mazos que pesan de dos y media a cuatro libras cada uno, doblando las raíces al tamaño de un pie y luego se aseguran con fibras del mismo bejuco. Estos mazos se arreglan en bultos de tres a cinco arrobas y, por lo común, se despachan al puerto de mar más cercano. Las propiedades medicinales de la zarzaparrilla apenas si se conocen en Olancho. En las plazas pueden verse a la venta los pequeños atados, pero sus virtudes se dan por sentadas en razón de la demanda de los extraños.

La linaza se cultiva con gran éxito pero también se la encuentra en estado silvestre. Se vende al por menor por las mujeres de Juticalpa por un puñado de cobres, y parece que se la usa exclusivamente como medicina.

Al regresar a Juticalpa, adonde llegamos cruzando el Jalán y el Guayape en El Retiro, volví a encontrarme con el señor Morano y supe que el General Zelaya se había ido repentinamente a Lepaguare, llamado por haberse agravado su esposa. Ir a otra casa que no fuera la de mi viejo amigo el señor Garay hubiera sido una imperdonable afrenta para aquel distinguido señor y, por consiguiente, opté por ir nuevamente a su amplia casa, dejándome don Apolonio a la puerta y saliendo él al galope hacia su residencia.

El viejo hidalgo, después de oír mis aventuras con gran placer, me aseguró que treinta años antes El Quebracho fue famoso lugar de diversiones, en donde la costumbre era de reunirse allí cada verano varios amigos; se levantaban pabellones a orillas de la laguna y todo el mundo se entregaba hasta saciarse a sus pasatiempos favoritos de la caza y la pesca. El no había ido allá desde hacía muchos años y parecía encantado de que yo le diera pormenores. Este fue otro de los lugares que prometió obsequiarme si regresaba al país con una colonia de norteamericanos. Cuando le pedí que suscribiera la donación respectiva me contestó:

"No, no, hijo", ustedes los americanos son muy propensos según sé a lisonjearnos pero nunca cumplen todo lo que prometen. Regrese usted con una colonia industrial y, si todavía vivo, no necesitará de documentos para tener ustedes esas tierras".

"Pero", le dije, "si usted suscribe un documento condicional conmigo ahora, él servirá para inducir más fácilmente a las personas buenas e industriales de que hablo

para que vengan a Olancho". El viejo sólo repitió su frecuente expresión:

"Déjeme ver a Olancho próspero una vez más, antes de que yo muera, y después me reuniré con mis antepasados contento y feliz".

Al ver yo que durante la enfermedad de la señora no habría probabilidad de asegurarme la atención del General Zelaya en Lepaguare, resolví quedarme unos pocos días más en Juticalpa a fin de preparar el viaje, y entonces con el Padre, que me lo había propuesto varias veces, salí hacia la famosa ciudad india de Catacamas situada poco más o menos treinta y cinco millas al noroeste de Juticalpa, aunque por la ruta que pensábamos tomar sería no menos del doble de esa distancia.

Mientras el cura concluía sus arreglos hice varias excursiones cortas a los varios caseríos que rodean Juticalpa. Don Sebastián Ayala, el Jefe Político o Prefecto del Departamento, quiso que le acompañara a su mina de plata Palo Verde, a unas diez millas hacia el oeste. Este señor fue antes empresario y me declaró que tenía un conocimiento total de las posibilidades mineras de Olancho. Dejamos el río Juticalpa a nuestra izquierda y tomamos hacia el gran Valle Arriba, que limita por el norte y el este con las pintorescas montañas de Jutiquire.

Se sabe que la mina, que por muchos años ha estado abandonada, en otros tiempos daba vastas cantidades de plata que la familia dueña enviaba, cuatro veces al año, a Trujillo de donde se embarcaba a España para inversiones. Yo obtuve muestras del mineral de este lugar y dan testimonio de contener plata virgen. El señor Francisco Verde me proporcionó después tres muestras de broza encontradas en este lugar, en Yocón cincuenta millas al noroeste de Juticalpa, y en Junquillo entre Juticalpa y la aldea comercial de Jano. En Junquillo también se han hallado muestras de brozas de cobre y se sabe que existen allí en tales cantidades que tiñen la tierra de verde, lo que muestra su riqueza interior. El conjunto, cobre, broza y piedras, contiene oro. El señor Verde me aseguró que "toda la región alrededor de Yocón está saturada de plata y que es rara la piedra que se recoja en cualquier dirección que no tenga algo de ella". Cerca de El Quebracho hay también una mina de plata pero no tengo medio para aseverar su riqueza. Me propuso visitar con mis informantes los varios lugares que me indicaron pero, por su falta de puntualidad y en la imposibilidad de poder cumplir con cada compromiso hecho, me ví obligado a aceptar cum grano salis las afirmaciones de mis amigos.

Sin duda que las afirmaciones fueron exageradas como son, probablemente, todas las que legaron a mi conocimiento en cuanto a los placeres auríferos, pero después de despojarlas de la bruma de las viejas leyendas y de la natural tendencia en Centro América a aumentarlo todo, queda algo de naturaleza cierta para calificar a Olancho como una región mineral solo inferior a California y Australia.

No puedo valorar las minas de plata de Olancho con exactitud porque todas mis referencias son de oídas, pero tengo la convicción de que vale la pena que los capitalistas le presten su atención ya que puede hacerse que rindan ganancias remunerativas.

Sobre las minas de cobre puedo hablar con más seguridad porque se hallan en todas las partes centrales de Olancho y han sido laboradas públicamente durante un siglo. Las del Valle de Ulúa, al noroeste de Lepaguare, han producido enormes cantidades. Ya en 1712, trenes de mulas cargadas con cobre se enviaban de Juticalpa a Tegucigalpa, en donde la broza y el metal se fundían "por el oro que contenían" (1). Cerca de Yocón se encuentran pedazos de puro cobre como los del Lago Superior, en los cuales el porcentaje de oro es notablemente grande.

Hay también minas de jaspe cerca de la aldea de Silva, más bien una especie de cuarzo amarillo, pardo y verde que los nativos lo llaman jaspe y que yo me inclino a decir que es el mineral verdadero de ese nombre. Yo no ví ejemplares de él, pero muy frecuentemente oí mencionarlo cuando conversé con los nativos sobre los recursos naturales de Olancho. El mármol azul y blanco, de una calidad muy fina, existe en las montañas de Yoro, en el departamento de este mismo nombre. Estas canteras nunca han sido trabajadas y, probablemente, permanecerán vírgenes por edades a menos que se desarrollen bajo los auspicios de una raza superior en diligencia e industria que la que ahora puebla Olancho. En Lepaguare hay, asimismo, indicios prometedores de la existencia de un mármol de magnífica calidad.

Mientras estuve en Juticalpa supe de un gran pedazo de piedra imán que se halló en las cercanas montañas de Jano en donde se aseveró podía obtenerse en cualquier cantidad. Supe que esta piedra imán tiene la sorprendente propiedad de repeler tanto como atraer al acero cuando está en su contacto; lo primero emana de un lado y lo segundo del otro. Una aguja suspendida por un hilo en un vaso de agua se aproxima o se retira mientras el imán se vuelve en las

(1) Casa de fundición no hubo en la Villa de Tegucigalpa hasta en el último cuarto del siglo XVIII. V Durón, La Provincia de Tegucigalpa, p 76

manos del operador. Muchas personas me aseguraron ser esto verdad y yo lo anoto para futuras referencias.

Se dice que en Olancho se ha descubierto hierro y que el cinabrio existe en varios lugares. Tengo razones para creer esto por las descripciones que se me hicieron en largas conversaciones durante las cuales me empeñé en preguntar a mis informantes y las aseveraciones siempre fueron las mismas. Todavía me inclino más a creer en la indisputable autoridad del caballero de más ciencia en Honduras, Don José María Cacho, ex-Ministro de Hacienda de la República. En una carta que él me envió desde los Llanos de Santa Rosa (2) el 23 de Febrero de 1854, me pedía una descripción del método de trabajo que se usaba en la mina de azogue de New Almaden, California, porque él había localizado varias minas de cinabrio en el Departamento de Comayagua.

La mina de Palo Verde está ahora soterrada con piedras y tierra. Grandes y añosos árboles rodean los viejos trabajos, y durante la época de las lluvias la fúrida maleza posiblemente esconda a la vista todo el lugar.

De lo que pude saber en relación con la riqueza mineral de Olancho, gradualmente llegué al convencimiento de que, con el comienzo de una minería "legal", tal como se practica ahora en California, el país enviaría cantidades de oro en tal proporción que crearía una conmoción igual a la que despertó el furor minero en California durante los últimos diez años.

Los Zelaya me aseguraron que para cuando yo regresara ellos estarían listos para escuchar mis propuestas.

El cura había hecho ya sus arreglos y con mi viejo criado, Víctor, tomamos el camino de Catacamas. Se trajeron los caballos y dejando el patio salinos al trote, recibiendo los corteses saludos de Don Francisco cuando pasamos frente a su casa. Hicimos una parada en el camino para tomar un poco de chocolate ricamente preparado y, por último, viramos hacia el pequeño poblado de Telica, situado bajo las faldas norteñas de las montañas de Jutiquile.

Entre las plantas silvestres que me mostró mi acucioso acompañante estaba la "rubia" cuyos tallos, como ví después, atraviesan el camino en muchos lugares. Los indios del Bajo Guayape venden esta planta y la de xiquilite para fines tintóreos. Esta "rubia", creo es igual a la de Holanda y Nueva Zelandia de la cual se importa anual-

(2) Así se llamó antiguamente la actual ciudad de Sta Rosa de Copán.

mente en los Estados Unidos un valor cercano a los \$2 000.000 00 de dólares. Cantidades ilimitadas podrían cultivarse en Honduras con gastos ridículos. La raíz, que es larga, trepadora, de un color rojo oscuro, y con ramas laterales, sirve a veces como alimento de los cerdos monteses; las hojas son de forma oblonga o lanceolada.

Del llano subimos por las faldas engramadas de la cordillera y al alcanzar la cima, al mediodía, llegamos a un tranquilo bosque de pinos que se extiende por una gran meseta por la cual corre un río de aguas mansas. Aquí acampamos por espacio de una hora mientras los muchachos se ocuparon en preparar café. La perspectiva desde estos cerros de Juticalpa era muy extensa y acogedora. Solamente las torres de la iglesia atisbaban por encima de la arboleda. El Padre había agotado el tema del catolicismo y, volviéndose sibarítico, colgó su hamaca entre dos árboles y por ciertos inconfundibles sonidos pronto me dí cuenta de que estaba dormido.

Mientras Víctor se hallaba inclinado recogiendo agua para hacer el café, me recliné en una piedra musgosa que forma parte de una pequeña represa que recibe las aguas del arroyo. Era profunda, con fondo de grava y transparente como un cristal. Quieta, en el lado opuesto, entre la superficie y el fondo como si estuviera suspendida en el aire, se hallaba una hermosa trucha moteada. Por varios minutos estuve sentado, sin moverme, en la roca, fumando y contemplando a este tirano de los arroyos. Por fin sus aletas se movieron hacia adelante y atrás y con premeditación se deslizó hacia el lado del estanque donde yo estaba, y desapareció en el hueco de una piedra para aparecer de nuevo ya en compañía de la señora Trucha y, juntos, circularon por sus pequeños dominios. Mi sombra, extraña a esas horas del día, seguramente había provocado sus sospechas y se hallaban ahora conferenciando sobre su causa. Un pequeño movimiento de mi mano hizo que ambos salieron veloces a esconderse en una depresión de la roca, de donde no volvieron a salir más.

Este pequeño incidente me hizo pensar en la soledad y condición desértica de la región. Escasamente había un objeto, dentro del extenso radio que alcanzaba nuestra vista, que indicara laboriosidad o civilización. No se escuchaba la voz del hombre o el ladrido distante del perro, sino que imperaba un silencio total que me hizo recordar las escenas de una vida febril allá a lo lejos como se recuerda un sueño confuso y vago. Hasta los comunes signos de la soledad: el suspiro del viento entre las frondas, el zumbido de los insectos, el chillido de las

ardillas, hacían falta. Un ermitaño podría encontrar aquí un lugar ideal para vivir. Roberto y su acompañante disiparon la ilusión al quebrar ruidosamente una rama seca para avivar el fuego.

El Padre se despertó al sentir el fragante olor del café y proseguimos nuestra jornada hacia el noroeste. De manera conspicua, cuando serpenteábamos por un camino, apareció el árbol de hule, (*Siphonia elastica*), de extraño aspecto. Se le reconoce por su tronco redondo y liso, protegido por una corteza de color pálido, y que a veces alcanza una altura de cincuenta pies. Las hojas se agrupan de tres en tres, de una delgada y delicada textura y de forma oval, generalmente de un pie de largo, siendo la hoja central un poco más larga que las otras. El fruto es una cosa extraña, algo que se parece a un melocotón y es comido ansiosamente por varios animales y pájaros. No tiene sabor y se divide en tres lóbulos, cada uno conteniendo una pequeña nuez de color negro.

A los árboles —que se les llama "caucho"— se les hace una incisión exactamente en la misma forma en que el campesino de Vermont obtiene la savia del arce. La incisión exuda un líquido amarillento que parece nata (goma elástica) y que en Honduras se deja que caiga en huecos hechos en la arena formando una sustancia sucia y floja muy diferente a la que se beneficia en Pará. Un papel burdo se obtiene de la corteza del árbol. Que yo sepa, no se ha hecho un uso práctico del hule en el país, pero algunos pequeños lotes de inferior calidad fueron despachados de Trujillo por el Sr. Prudot para la Casa Nickerson, de Boston, donde aún permanecen sin venderse. Este artículo, tratado apropiadamente, podría rendir utilidades, pero hacen falta la técnica y la industria necesarias.

Debo mencionar un curioso pájaro cuyo extraño canto oímos pasando por una espesura de jicarales. Un riachuelo cruzaba el camino y mientras nos parábamos a aguardar nuestros caballos, nos llamó la atención la música de un alado compositor que se posaba en una rama baja, a la derecha del camino. Por su forma se parece a la paloma silvestre del este de los Estados Unidos. Sus movimientos son vivos y graciosos mientras se yergue sobre su percha como lo hace el palomo en el corral. Su color es café claro y el pecho, al parecer, color de azafrán o anaranjado. Sólo se le encuentra en Olancho y en la Segovia, donde se le conoce con el nombre de jipa. Las notas de este pájaro se repiten con gran distinción a intervalos regulares y casi recorren la escala de cinco a siete notas. El canto, que es admirablemente nítido, lo emite fuertemente y al hacerlo

el pájaro dilata su garganta de manera notable. No tuve pormenores de sus hábitos y debo agregar que no era ésta la primera vez que había oído el canto peculiar del jipa.

Este puede ser el pájaro que Byam describe en la página 168 de su obra como "el pájaro clarinete" que emite una serie de notas como las de la octava baja de un clarinete, descendiendo la escala de la lónica a la tercera, quinta y octava, despacio, pero rica y poderosamente. Estas están correctas en los semitonos.

También describe él otro pájaro y da enseguida una ilustración de su canto, que es tan notable, que dio las notas en una guitarra al regresar a su choza en un bosque de la Segovia.

La rareza de este último canto es su propia recomendación. El primero, sin embargo y duda algunos, es del jipa, cuyo nombre él no menciona. Varios viajeros centroamericanos atestiguan la existencia de este pájaro, algunos de los cuales me han asegurado verbalmente que han oído las notas en el silencio del bosque, pero nunca han tenido la fortuna de poder ver al pájaro-músico. Creo que ningún ornitólogo lo ha descrito, como no ha sido descrito un sin número más, de los peculiares de Centro América.

Al llegar al pie de las serranías de la cordillera de Jutiquile encontramos un laberinto de trillos de ganado, siendo difícil distinguir el camino real. Arribamos por último a una espesa montaña y perdimos el camino. Nos abrimos paso a través de una maraña de bejucos que colgaban como estalactitas desde las ramas musgosas. Teníamos que agacharnos sobre el cuello de los caballos para poder esquivar las ramas que nos estorbaban en la ruta. Después de saltar varios troncos nudosos, ramas podridas y palos, salimos a un camino en mejores condiciones y oímos el ladrido de un perro distante. Siguiendo el sonido salimos de la montaña a los alrededores del aislado caserío de Telica.

La primera casa era la de la señora Méndez quien, con sus niños, estaba acudida en derredor de un fuego, tomando su cena de tortillas, miel silvestre y crema. Se levantaron de un salto y parecían asustados por nuestra súbita presencia, pero el Padre, que había andado a medio galope por ahí, salió en esos momentos de un claro en el lado opuesto, con su cara bonachona y fue inmediatamente reconocido dándonos todos una ruidosa bienvenida. Se abrió la puerta y un tullido, arrastrándose sobre sus cuatro extremidades, salió para vernos; él, también, dio su bienvenida al cura, quien se la retornó cordialmente.

Mientras conversábamos con estas personas y compartíamos su cena ví en un árbol cercano unas grandes flores color carmesí, como de catorce pulgadas de circunferencia y le pregunté al inválido cómo se llamaban, contestándome que eran: "flores de La Concepción, señor". Recibe este nombre por el hecho de que florece durante el tiempo en que se celebra la fiesta en honor de la Virgen de la Concepción. De lejos, el árbol, cubierto con estas flores tan vistosas y en forma de escudos, es una de las vistas más bellas que se pueda imaginar; su olor es más bien repulsivo.

Dejamos esta casa y nos fuimos hacia la pequeña casa cural del Padre de Telica, señor Fiallos, quien nos brindó hospedaje como se lo permitían sus medios, hasta la mañana siguiente cuando salimos para la hacienda de San Roque, como a dos leguas hacia el noroeste. San Roque es propiedad de la rica familia de los Bustillo y tiene varios miles de cabezas de ganado, mulas y caballos. Sentado en la pueria y cerca del fuego se hallaba un vaquero, con una antorcha encendida chamuscando en sus sobrebotas cientos de unos pequeños animalitos, llamados garrapatas, que se le habían prendido cuando andaba montado por los matorrales. Estos animalitos son más pequeños que los ácaros del norte, pero irritan la piel con su picada y son, en verdad, una seria amenaza en ciertas épocas cuando uno anda de viaje. Parecía que aquí nos hallábamos fuera de la región aurífera. Las mismas leyendas y los mismos cuentos de maravilla estaban listos para quien quisiera oírlos, pero el escenario de las excavaciones auríferas se hallaba hacia el suroeste, en los grandes dominios de los Zelaya.

Algunas de las más finas mulas de Olancho se encuentran en las haciendas de estas cercanías. Las mulas de Olancho, por lo general, y aunque de cascos suaves por sus continuas caminatas en las planicies son los mejores animales que se producen en Centro América. Las mulas peludas y pequeñas, de montaña, son más fuertes y sufridas y por estas razones se las prefiere a las de las tierras bajas.

No hay estadísticas de las mulas y los caballos de Olancho. Hay varias haciendas de ganado que tienen de frescitas a mil cabezas cada una, y otras exceden en mucho ese número. Los animales, por lo común, son pequeños, delgados, briosos y de gran resistencia. Grandes patachos se envían anualmente a El Salvador y Guatemala. El precio de un caballo, tomado ad-libitum del corral, es de diez a catorce pesos; si está domado para paso y trote vale de cuarenta a ochenta pesos. A las yeguas raramente se las doma o monta. Las mulas tienen un va-

lor más alto que el de los caballos debido a su mayor resistencia y su capacidad como bestias de carga. El valor de una mula corriente es de cuarenta pesos, pero ha habido andadoras por las que no se han aceptado doscientos ni trescientos pesos. A algunas de estas últimas se las almohaza según la costumbre del país y durante la época lluviosa se las guarda en caballeriza.

El método para amanzar una mula y hacerla coger el paso es atándole las dos patas derechas y las dos izquierdas con correas de cuero, lo que obliga al animal a hacer un movimiento torpe, a limitar los pasos hasta cierta longitud y levantar las patas dos veces más alto que lo corriente. Después de un mes de adiestramiento, si el proceso ha sido a una edad temprana, el animal adquiere un paso delicioso y libre, que se considera como la perfección del movimiento ecuestre.

En Honduras el hacendado rico aspira a tener la reputación de ser un completo veterinario, y en un lugar apartado tiene una vieja caja con varios instrumentos rústicos con los que le encanta operar sus animales cuando éstos le precisan.

Mientras estábamos en San Roque (1), una manada de potros cimarrones, siguiendo a sus yeguas, fueron reunidos en el corral principal. El objeto era coger y domar estos animales jóvenes, que indicaba el mayordomo mientras el grupo de caballos saltaba por las trancas bajas y corría alrededor del corral con miradas salvajes y malignas. Se apartaron primero los potros que iban a ser domados y rápidamente se les aseguró con un lazo. De aquí, asustados y temblando, se condujeron al patio como cebras cerriles. Se les echó al suelo, se les vendó con las orejas recogidas debajo de las vendas para impedirles la vista y el oído lo más posible, y con un joven candidato a los honores de la equitación sentado en la cabeza del animal para evitar su forcejeo. Habiéndole sido puesta firmemente la jáquima, el muchacho saltó de un solo, y el caballo con un resoplido terrible se levantó pero, sintiendo la tensión de la reata apretada en su nariz, saltó ciego por el patio, algunas veces golpeándose fuertemente contra el cerco o saltando súbitamente entre el grupo de espectadores.

Por último, cansado de sus esfuerzos, se paró jadeante y tembloroso, entonces el mozo, agarrando cuidadosamente la sogá extendida fue poco a poco aproximándose al animal para acostumbrarlo al toque de su mano. La operación de la ensillada comenzó luego; requiere mucho mayor cuidado. Arranques convulsivos y coces acompañaron

el acto hasta que la silla fue colocada firmemente y uno de los muchachos se subió a ella. Una vez allí, toda resistencia era inútil. Poniendo sus pies descalzos firmemente en los estribos, el jinete se inclinó hacia adelante y con cuidado quitó la venda, y el caballo, llevado por la desesperación, con miedo y rabia salió precipitadamente por la puerta "de golpe" y se lanzó en carrera loca por el llano. Cada contorsión de su cuerpo, saltos y embestidas solo parecían dar la más grande alegría al monito broncíneo que lo jineteaba. Su hoo-pah! (2) seguido de un grito sereno se entremezcló con el salvaje resoplido de la noble bestia que montaba, pero ni él ni el grupo indiferente de los espectadores manifestaron la mayor ansiedad.

Después de media hora de corcovear, el caballo mostró síntomas de fatiga y entonces su jinete, teniéndolo más en mano, lo corrió a galope tendido en círculos de media milla, sobre el césped, y no regresó a la casa sino cuando el animal, completamente exhausto y con los flancos llenos de espuma, se había rendido a la destreza del chalán. Media docena de estos ejercicios y el caballo queda amansado.

Varios días permanecimos en San Roque, en donde tuve la oportunidad de observar muchas de las plantas y árboles raros que había examinado en otras partes. También aquí se cultivaba el camote. Los palmeras, del follaje más exuberante, se erguían por sobre el llano. Se necesita un botánico profesional para que pueda clasificar la variedad de palmeras que hay en Centro América. Además de las que comúnmente se ven aquí, hay muchas otras variedades que son desconocidas más allá de la tierra aislada que las nutre, excepto con el nombre local que les dan los habitantes ignorante tal vez derivado de los usados por los indios aborígenes. Sus usos son numerosos. De acuerdo con Humboldt y Van Martens, el nativo obtiene de las numerosas variedades de palmeras: azúcar, harina, sal, aceite, vino, armas, fibras, cera, utensilios, alimentos y morada! El árbol es el rasgo característico del paisaje tropical y en Olancho su exuberancia excede, según supe, a la de otras partes de Centro América.

De la lista de los productos de estas plantas ya mencionadas, a menudo probé el vino que se obtiene de la especie llamada coyol y que se conoce en Honduras como vino de coyol. La palmera del corozo, que produce una nuez gustosa, que no difiere en sabor del pistacho, se parece a la del coyol en tamaño y en follaje pero no produce nueces, mientras que la savia conocida como

(1) La hacienda de San Roque fue heredada por Doña Amelia Zelaya de Suárez, y hoy, es de Clementina, Rosa, Lola y Graciela Suárez.

(2) ¡Upa! o ¡Epa!

vino de palmera producida por el último, causa náuseas y erupciones cutáneas.

El coyol se aprecia principalmente por el vino delicioso que de él se obtiene, célebre en los trópicos por su dulzura y por la cantidad que da cada árbol. Entre los indígenas es costumbre treparse a esta palmera y horadando inmediatamente debajo de las hojas del ápice, insertan un pequeño tubo de caña hueca o una hoja acarrizada a través de la cual la savia fluye dentro de una calabaza suspendida en el extremo.

En las haciendas, el árbol se corta y después de ser removida su copa se le arrastra a la casa y se le practica una incisión, tal vez de un pie cuadrado, hacia el extremo. Esta se cubre y a los pocos días está llena de vino o jugo del árbol. Como tres botellas a la semana se obtienen regularmente de la fuente. Tiene una apariencia blanzuca, viscoso cuando nuevo y es muy refrescante. Después de dos días empieza la fermentación, cuando adquiere poder intoxicante y se vuelve una bebida fuerte y sabrosa. Una botella de vino de coyol nuevo que se tape herméticamente con un corcho reventará al segundo día de haber sido extraído del árbol. La mayor parte de las familias olanchanas tienen su coyol cerca de la casa. El gasto del corte y de la preparación no va más allá de un real. Un árbol, por lo general, da cinco a seis galones antes de agotarse. A veces se le combina con miel silvestre y se obsequia el visitante como una gran golosina. A diferencia del vino de corozo, el que se obtiene de esta palmera es benéfico para varias enfermedades y se le considera, en particular, eficaz para las fiebres. En San Roque siempre fuimos obsequiados con esta bebida.

Al siguiente día, a mediodía, dejamos la hacienda y atravesamos una región ondulante y muy arbolada. Muertos de sed llegamos por la noche a la hacienda de La Herradura. Esta hacienda difiere poco de las otras principales de la región. Los edificios son pequeños y de mal aspecto. Aquí residen algunas treinta personas y su dueño don Ignacio Meza, un joven olanchano que hacía poco se había casado, salió y nos recibió, apresurando su paso al reconocer al Padre Buenaventura.

Entramos a la casa y fuimos presentados a su señora, una muchacha que se ruborizó cuando la saludamos y nos recibió cordialmente y con gracia natural. El pequeño Arroyo de los Zopilotes corre cerca de la hacienda y desagua, según se nos dijo en el Guayape, a unas diez millas al Este. Durante buena parte del año este arroyo permanece seco.

Entre las leyendas de Olancho está la

del origen del nombre de esta hacienda. En cuanto a que sea verdad eso lo dejamos al lector. Don Ignacio relató que en tiempos de sus antepasados el oro quizás era más abundante que el hierro y prueba de ello es que se halló una herradura de oro en la hacienda "y, en consecuencia", dijo él "ha de haber sido más barato en aquellos días usar oro que hierro".

"Y ¿qué hubo de la herradura, señor?", le dije, "¿por qué fue ésa la única que se encontró? Me parece que más de un caballo debió haber botado una herradura".

"Ah! Es que nuestros libertinos antepasados probablemente hicieron que se fundieran las herraduras de oro para monedas después de la destrucción de Olancho Viejo. Pero eso no es todo. Usted sabe que el oro es muy pesado"

"Si señor, ¿qué hay de ello?"

"Bien, en los primeros días de Olancho, los pescadores ponían pepitas de oro en sus redes para que se hundieran mejor en los ríos. Estas piezas han sido encontradas en los lechos de los ríos con agujeros a propósito para insertar en ellos las redes".

"¿En dónde se encontraron esas piezas, señor?"

"En Alemán, en El Murciélagos y en otros lugares arriba del río, cerca de las propiedades de los Zelaya".

El Padre corroboró esta declaración y dijo que él recordaba bien cuando circulaban esas historias de tales descubrimientos. Temeroso de poner yo un punto final a estos detalles al exponer una duda, continué:

"¿Qué más recuerda usted, Don Ignacio, de las viejas crónicas?"

"¿Ha oído usted sobre el testamento de la señora de Manio?"

Yo había sabido de este documento en Juticalpa, pero deseaba que mi anfitrión me repitiera la narración, que era, en síntesis, la siguiente:

"Hace más de doscientos años, el oro fue descubierto en Olancho y todo el mundo tenía acaparado el metal hasta donde podía cuidarlo. Era tanto, que con una vara se podía extraer hasta "una libra" al día".

"¿Una libra, señor?", le dije, incrédulo.

"Sí, señor, y más de una libra. El antepasado del señor Ayala, en Juticalpa, tuvo una vez cincuenta libras de oro en su poder,

que obtuvo por compra que de ellas hizo a los indios".

"Es verdad, Don Guillermo", agregó el Padre. "El fue uno de los hombres más ricos. Pero eso no sorprende a nadie. Si usted examina los escritos de los viejos autores españoles, podrá leer en ellos, sobre las célebres montañas de oro de San Andrés (1) en el Departamento de Comayagua, allí encontraron ellos iguales cantidades".

"Bien", continuó Don Ignacio, "en aquellos tiempos, señor, había demasiado oro. Buques cargados de oro —millones— iban a España a engrosar el tesoro del rey; él tenía derecho al quinto de todo lo que se extrajera. En aquellos tiempos una señora anciana, que por mucho tiempo había estado ausente de Olancho, murió y dejó por testamento siete cabezas de ganado y cinco caballos, medio "celemine" (un gran montón) de "chispas", pepitas y oro en polvo, pero con la condición de que aunque los herederos podrían disponer como mejor les plugiera del oro, deberían en cambio conservar el ganado y los caballos en la familia".

"¿Y por qué eso?"

"Sencillamente porque en aquellos días apenas había comenzado la crianza de ganado, era por consiguiente muy escaso y de mucho valor, pero el oro cualquiera podía obtenerlo con solo tener la intención de extraerlo".

"Pero cuénteme de Olancho Viejo, señor, que se lo oí mencionar".

Aquí el Padre Buenaventura recogió la hebra del discurso y me dijo:

"Usted me ha oído hablar de aquella ciudad maldita antes de ahora, mi amigo. Ese es un tema que a los olanchanos no les gusta tocar, pero le diré a usted, no obstante, que fue designio de Dios el destruirla para castigo de las gentes perversas y sacrílegas".

Era evidente que el Padre no tenía deseos de hablar de Olancho Viejo en presencia de nuestro anfitrión, pero ya había oído lo suficiente para excitar mi curiosidad y me hice el propósito de visitar las ruinas en mi trayecto.

El testamento arriba mencionado, se di-

(1) Dice el P. Juarnos que "entre las minas que se han descubierto en la jurisdicción de Gracias a Dios, son sin duda las más famosas las del Real de minas de S. Andrés de la Nueva Zaragoza: hállanse éstas en un monte situado en el Valle de Sensenti al O. de Gracias a Dios y al E. del Valle de Copán, 60 leguas al NE. de la ciudad de Guatemala". Después de citar al Cronista Fuentes y Guzmán, agrega que comprueba la riqueza de aquel mineral el hecho de "que para biomover las labores de sus minas, y cobrar los Reales quintos se creó un Alcalde Mayor, que se intitulaba del Real de Minas de S. Andrés de la Nueva Zaragoza" Historia de Guatemala, pp. 126 y 127

jo, había sido depositado en el viejo archivo parroquial de Manto, poco más o menos a cuarenta millas de Juticalpa y antiguamente la capital del departamento, después de la destrucción de Olancho Viejo. Juticalpa la reemplazó debido a su localización más conveniente.

Temprano de la mañana siguiente Don Ignacio había preparado para nosotros un succulento desayuno, y después de repetidos "adioses" y del requerimiento de que pasáramos otra vez la noche allí contestó con una inclinación mi saludo a la Niña Benita, y nuestra pequeña cabalgata salió rápidamente de la hacienda.

A una distancia de diez a doce millas del camino aparecía en la cordillera de montañas el pico más elevado de la misma conocido como "El Boquerón" que, de acuerdo con la tradición, había hecho erupción destruyendo la antigua capital. Era visible una grieta, parecida al lugar donde ha ocurrido un derrumbe, y cuando un claro del bosque espeso lo permitía podían verse las inmensas rocas arrojadas en horrenda confusión como por una gran convulsión de la naturaleza. El misterio que siempre había acompañado al lugar y la superstición de los nativos de ser esta la causa probable de su destrucción despertaron mi curiosidad cuando nos aproximábamos y, por primera vez le confié íntimamente al Padre mi intención de visitar Olancho Viejo.

"Es ese un lugar del cual huyen las personas virtuosas y de ánimo recto, mi amigo", me dijo, "y yo no tengo el menor deseo de sufrir la suerte de numerosas personas que, según se dicen, han perecido llevadas por una curiosidad malsana. Permítame, "hijo", informarle que seguiremos directamente a Catacamas y que no molestaremos nuestra mente al pensar en ese lugar maldito. Además, los criados no le acompañarán a usted por ningún motivo".

Todas mis súplicas fueron en vano y como ya habíamos llegado a un punto del cual seguir hacia el este implicaría alejarnos mucho de las ruinas, paré mi caballo y de nuevo rogué al Padre que me acompañara; pero, sea por superstición o por aversión a apartarse del camino, lo cierto es que él rehusó terminantemente. Al ver que yo insistía, él le aseguró a Víctor que no había peligro y que debía acompañarme en la excursión. Alentado con esto mi muchacho, de mala gana, se preparó para acompañarme

"Mientras tanto", concluyó el Padre, "yo seguiré para El Real, que está como a veinte millas por camino plano, y usted me alcanzará mañana. La hacienda de Punuare es-

tá apenas a unas pocas millas al este de la falda de las colinas y la encontrará fácilmente por el rastro que dejan los ganados. Puesto que Ud. ha decidido ver las ruinas anote toda cosa de importancia y me la hace

saber. Adios amigo". Y el buen cura arrendó su caballo y siguió con su sirviente por el camino hacia El Real hasta que ambos se perdieron de vista.

21

La leyenda de Olancho Viejo.—La corona de cuero.—Una estatua de oro.—Destrucción de la ciudad.—Desolación.—Las ruinas.—La hacienda de Punuare.—La Chachalaca.—Abejas y miel.—El Real.—El Padre Murillo.—Esqueletos de ganado.—Un olanchano en su hogar.—El toque de la calentura.—La Higadera.—Empresas inglesas.—Historia de un matrimonio.—Cocodrilos.—El camino a Catacamas.—Panorama al amanecer.—Aventura con un jaguar.—Fieras de Olancho.—Catacamas.—Aspecto de la ciudad.—Comercio.—Indígenas.—Un paseo al Guayape.—Convención de guacamayas.—Mantos de plumas.—Escena en el río.—Santa Clara.—Caza del venado.—El Quebrantahuesos.—Martil vegetal.—Escena de muerte.

Víctor cargó mis mantas sobre su caballo y me precedió en la ruta hacia las ruinas. De su relato, obtenido de otras personas, aparece que, exceptuando los vaqueros que algunas veces se aventuran por ahí cerca en busca de ganado o mulas extraviadas, pocas personas han tenido la audacia de aproximarse al sitio de la ciudad que fue destruida por algún cataclismo de la naturaleza. La historia que me relató era la misma que yo había oído antes y estaba acorde con la natural superstición de un pueblo católico, aislado y primitivo.

La gran riqueza de Olancho en la antigüedad se había concentrado en la vieja población que otrora fue una especie de emporio local de la moda y del lujo. Los dueños de las haciendas de ganado residían en ella y acapararon un inmenso tesoro en el laboreo de las minas del alto Guayape y de la compra del oro a los indios. Los habitantes, sin embargo, eran avaros y aunque tenían grandes cantidades de oro, tanto que las mujeres usaban polvo de él en sus cabellos, retenían sus tesoros escondidos hasta de la Iglesia y, en consecuencia, fueron castigados por la cólera divina. La autoridad eclesiástica encargó una estatua en oro de la Virgen para una de las iglesias, pero el pueblo estuvo remiso a dar las contribuciones necesarias. El cuerpo de la estatua estaba ya terminado, pero faltaba el aporte requerido para la corona, y las sienes santas fueron adornadas con una corona de cuero! El cura de la iglesia elevó su protesta, pero los miserables enfatuados, haciendo caso omiso de la riqueza de que gozaban por el favor

de la Santa Madre de Dios, chasquearon sus dedos en pleno rostro del santo sacerdote!

La infame profanación de la Santa Virgen fue rápidamente vengada. Mientras el pueblo se congregaba en la iglesia, la montaña se hizo pedazos por un terrible cataclismo y en una hora toda la población fue destruida con una lluvia de rocas, piedras y cenizas. Muchos perecieron y el resto buscó refugio, aterrizado, fuera del lugar. Después de la destrucción, varias personas se aventuraron a regresar, pero fueron víctimas de enfermedades súbitas y al punto murieron. Los que pudieron escapar tomaron rumbo hacia el Norte y viajaron a la costa en busca de otro sitio, pero llevando consigo la corona de cuero, que fue lo único que pudo salvarse de la destrucción total. Acamparon en el lugar llamado hoy Olanchito, la principal ciudad del departamento de Yoro, después de Trujillo. Aquí erigieron una iglesia, en donde (dice la leyenda) aún puede verse la auténtica corona de cuero descansando a los pies de la Virgen, como un símbolo de la cólera del Todopoderoso y de cómo él castiga la impiedad.

Esta narración, no obstante tan católica, no concuerda con Juarros, que dice que el fundador de San Jorge de Olanchito fue Diego de Alvarado, en 1630 (1). Pero los propósitos de la iglesia se cumplieron, y como es el caso con algunas de las viejas crónicas, la verdad de la historia es de importancia secundaria frente al empuje de la fe.

(1) Que Diego de Alvarado fundara una población en 1630, en Yoro, no descarta que los de San Jorge de Olancho fueran a Olanchito

Comparando todas las aseveraciones, tradicionales y no tradicionales, estaba yo en la duda de si en realidad Olancho Viejo había sido abrumado por un volcán o por un derrumbe. Y aunque no hay pruebas de erupciones volcánicas en el litoral atlántico de Honduras, yo me inclino por lo primero en razón de haber observado desde las colinas cercanas de Juticalpa los arrecifes de la montaña que dan inmediatamente a ese lugar, y en los días claros percibí distintamente una grieta que posiblemente pudiera indicar un cráter antiguo por donde ocurriera la erupción.

A la distancia de una milla de las ruinas llegamos a una maraña, interrumpida con huecos profundos, árboles caídos y parásitas trepadoras, cruzando la cual con cuidado y esfuerzos llegamos al objetivo de mi búsqueda. La ciudad nunca pudo haber sido de gran tamaño; probablemente no contenía más de unos tres o cuatro mil habitantes. No puedo imaginarme un punto más desolado que este. Allí no había ruinas importantes o notables, tampoco columnas derribadas, ni estatuas destrozadas, ni fragmentos de construcciones arquitectónicas rotas, ni monumento alguno de arte o de lujo. El viento soplaba ominosamente entre las hojas y parecía cuchichear sobre leyendas añejas y sobre proezas de los antiguos aventureros. El ambiente era todo agreste, solemne y propicio para imponer un miedo reverente en las mentes supersticiosas.

Solo pude percibir trazas, de cuando en cuando, de casas de adobe, otrora agrupadas en una vecindad fraternal, pero los vientos esparcieron a lo largo y a lo ancho el polvo de lo que antes fuera su material de construcción. Unas pocas piedras cuadradas, parecidas a las que se usan en los hogares, sugerían pensamientos tristes sobre deudos dispersados y los rotos lazos de un hogar común. Una vegetación escasa crecía entre estas ruinas desoladas. Víctor las atravesó haciendo la señal de la cruz y profiriendo la universal exclamación de: ¡caramba!

Atamos los animales a un árbol y penetramos a pie a lo que parecía haber sido la plaza; un montón de adobes acumulados mostraban el sitio donde estuvo la iglesia.

"Bueno, Víctor", le dije, "aquí tenemos el castigo para los sacrílegos, pero como nosotros somos buenos cristianos, no hay por qué temer que seamos castigados".

"Yo no sé, Don Guillermo", me repuso, "pero a mí no me gusta mucho ver estas cosas. Vámonos ya a la casa del señor Ordóñez, que está al otro lado del río".

Pero yo no estaba satisfecho todavía, y

proseguimos con cuidado hacia el pie de la montaña. Así que avanzábamos la escena aumentaba en misterio. Aquí y allá crecían aún los jicarales ofreciendo en vano los vasos familiares y la más desarrollada calabacera brindando sus huacales, o tinas de lavar, donde la voz de la lavadora hacía tiempo había sido silenciada. Una arrogante ceiba, a la cual subían las lianas trepadoras mostrando sus flores blancas y rojas, permanecía como una reina orgullosa y compungida en el campo en donde su raza había caído. Los otros árboles, enclenques y feos, parecían atisbarse descolladamente y allá en una rama deshojada y saliente se veía sentado un viejo mono, nativo errante de la montaña y solitario viajero como nosotros. Una expresión de dolorosa soledad arrugaba sus facciones seniles mientras quieto, alternativamente se rascaba y miraba nuestros movimientos con cómica insistencia.

No había evidencias de escoria o de substancias volcánicas, o si existían, estaban cubiertas con la arcilla formada por la acumulación de hojas y los deslaves de arriba. Las faldas empinadas de la montaña ante nosotros, en donde no había rastros de camino entre la maleza acolchonada, impedían nuestro ascenso a la cumbre, pero desde abajo pareciera haber habido un derrumbe repentino y terrible (conjetura que apoya la vista de la superficie desnuda de la roca en la grieta) o que un viejo cráter existió en la cima. Las cenizas mencionadas en la narración tantas veces repetida, consistían probablemente en el polvo levantado por el desmenuzamiento de los adobes secos de las casas destruidas.

Cómo fue la destrucción de Olancho Viejo es materia de conjeturas, pero que una vez existió aquí una ciudad bien localizada y activa, de eso no hay duda. Se cree, generalmente, que hay mucho oro enterrado bajo las ruinas, pero nadie tiene el valor suficiente para ir a buscarlo. El olvido ha tendido su manto sobre este lugar y sólo quedan exageradas leyendas monásticas que hablan de su existencia.

El sol se hallaba en el Oeste cuando volvimos a montar y dejamos los precintos prohibidos de Olancho Viejo. La hacienda más cercana era la Punuare, y para llegar allá nos vimos obligados a cruzar el Río de Olancho (nombrado así, supongo, por la vieja ciudad) y recorrer unas diez millas por montes tupidos, por un camino incierto y con la probabilidad de pasar la noche teniendo como techo el cielo. Entonces agradecí a Víctor la precaución que tuvo de empacarme las mantas. El Río de Olancho, que serpentea románticamente alrededor de la base de El Boquerón, nace allá por Manto y desemboca en el Guayape a medio camino entre

Catacamas y Julicalpa. Lo vadeamos sin dificultad y entramos por la montaña, siguiendo lo que parecía un trillo de ganado hasta que toda luz, excepto por la de los intersticios del follaje arriba, quedó completamente velada.

Imaginé que esto era una guarida conveniente para el tigre merodeador, y después que llegamos a la hacienda supimos que en estos bosques habían sido destruidas recientemente varias cabezas de ganado. Antes de nuestro regreso tuvimos una demostración ocular de la existencia del tigre. Era de noche cuando el brillo de una lejana antorcha y el ladrido de un perro nos anunciaron que habíamos seguido el camino apropiado.

Punuare es propiedad de los herederos del señor Jesús Ordóñez, de Santa María del Real, o El Real, como se dice abreviadamente, cabecera del Municipio de ese mismo nombre. Los tres hermanos residían en la hacienda y nos dieron la acogida de costumbre. Yo era el primer norteamericano que habían visto y me observaban con gran interés y curiosidad. Aquí encontramos al Padre Buenaventura, que había abandonado su propósito de hacer una jornada hasta El Real y se deleitaba con una buena taza de café y un cigarro.

Después de relatar nuestras aventuras en Olancho Viejo, a la sola mención de cuyo nombre los hermanos se persignaban, nos metimos en nuestra hamaca y despertamos al canto de los hermosos gallos de lidia que, para protegerlos contra los gatos monteses, se guardaban adentro, en una esquina, en sendas perchas.

En el patio de la hacienda de Punuare vi una ave montés, curiosa y domesticada, llamada chachalaca o nodriza de pollos por el empleo que de ella hacen los nativos, en su doble capacidad de nodriza y protectora de los pollitos. Se dice que cuida la nidada mejor que las propias gallinas, tanto que a menudo se las separa después de haber incubado los huevos, para dar el lugar a la entrometida chachalaca.

Lionel Wafer describe este animal en 1699 como lo vio en el Darién. Dice: "Es una ave imponente que los indios llaman "Chicalu-chicaly". Su grito es algo parecido al del cuculillo, pero más agudo y más rápido. Es una ave grande, con una larga cola que la pone hacia arriba como hace el gallo Dung-hill. Sus plumas son de una gran variedad de finos y vivos colores: rojo, azul, etc.". Su descripción, aunque hecha hace más de siglo y medio, presenta a esta ave de manera muy apropiada. La chachalaca pelea con bravura en defensa de los po-

luelos, con gavilanes y otros animales pequeños.

Los acostumbrados pariales o colmenas se ven colgando en los corredores de las haciendas. Entre los muchos productos de valor de Olancho, se encuentran la miel de abeja y la cera, y en estos dos renglones el departamento excede a cualquier otra sección de Centro América. La colmena consiste en un tronco (generalmente un pedazo de la rama donde el enjambre inició sus labores en estado silvestre). Este tronco se cuelga, sostenido por tiras de cuero crudo, bajo el alero y hay en él un pequeño agujero que sirve de entrada y salida para sus ocupantes. Punuare produce una gran cantidad de miel de abeja y de cera, que envía a la costa Norte por varias rutas. La miel se deposita en pequeñas celdas, de dos pulgadas de longitud, que se ven alineadas dentro de la colmena. Las celdas para las larvas ocupan el centro del panal.

Para formarse una somera idea de lo próspero que podría ser este negocio, basta conocer las catorce clases de abejas meleras que existen en Olancho. Sus nombres locales son los que siguen: El Prieto, o abeja negra; el Blanco o abeja blanca; el Aluva (casi la misma); el Jimerito; El chichigua (cuya picada causa escozor como el zancudo); El Zopilote; El Talnete; El suculile; El Panta; El Panal; El Quema; El Sunteco Blanco; El Sunteco Prieto; el Joverito y El Mirís. Este último deposita un pequeño nido de cápsulas con una cubierta cerosa como la pez. Estas cápsulas se llenan de un líquido delicioso que se emplea, principalmente, con propósitos medicinales. La miel de abejas se vende en casi toda tienda de Olancho, y aún en Tegucigalpa yo pagué solo diez centavos por una botella. Las abejas son pequeñas y la mayor parte sin agujón. Durante el día, cuando uno viaja por el país, se pueden ver enjambres de ellas revoloteando en los troncos podridos, y poco trabajo cuesta llevar toda la colmena a la hacienda más cercana. Uno de los dueños dijo que desde que adquirió su predio, él había vendido suficiente miel y cera para comprar todos los géneros, mantas y artículos de esa clase que se necesitaban en su hacienda.

Dejamos Punuare temprano de la mañana siguiente. Arribamos a El Real a eso del mediodía. Teníamos cartas de presentación para el señor Francisco Mencía, Alcalde Primero, para el señor Marcelino Urbina y para don Nazario Vega, este último Síndico Municipal de la población. Proseguimos, sin embargo, directamente hacia la casa del Padre Murillo, viejo amigo del Padre Buenaventura, en donde nos sentimos tan confortables como las numerosas pulgas de la casa

de adobe y el piso de tierra lo podían permitir.

La población se halla no lejos de la unión de los ríos Real y Guayape, que aquí tiene una corriente formidable capaz de permitir el paso de grandes barcos de río. No vi obstáculo alguno para la navegación en esta vecindad. El Real tiene unos doscientos habitantes, la mayoría descendiente de los indios xicaques, que los historiadores españoles mencionan como ocupantes de esta parte de Taguzgalpa en la época de la conquista. La tribu de los Payas es quizás la más numerosa de todas. Esta, como las demás poblaciones de Olancho, tiene su iglesia, su cabildo y su plaza, todo bajo la guía espiritual del buen Padre Murillo. Es el centro de un pequeño comercio de pieles de venado, bálsamo, zarparrilla y cueros de res. Aquí residen varios de los ricos indios hacendados.

Nuestro anfitrión era una mezcla de indio y español, hermoso ejemplar de la tribu industriosa y agrícola de los payas. Vestía un par de pantalones dril de algodón y una camisa del mismo material. Encendimos nuestros cigarros y comenzamos a intercambiar noticias. El estuvo de acuerdo con el informe general de que éste era un año de gran escasez y encogió los hombros ante mis insinuaciones de que habría durante el siguiente año un probable cambio en la política, en los asuntos nacionales.

"Tenemos más que suficiente, señor, con el pastoreo de nuestros ganados y con la preparación del rodeo o arreo a Guatemala para meternos con la política. Estamos al margen de las luchas electorales, y apenas nos importa emitir nuestro voto. Aquí todo está siempre quieto".

"¿Cuánto ganado", le pregunté, "sale de Olancho anualmente hacia Guatemala?"

"Quién sabe señor! Debemos enviar varios miles, sin embargo, porque cuando las grandes partidas salen de las vecindades de Juticalpa, nosotros mandamos de aquí y de Catacamas, cada año, dos mil cabezas con nuestros fierros, amén de los Garay, Zelaya, Bustillo, Gardela y de otras familias ricas que envían más que nosotros. Deben ser unas cien mil cabezas al año las que van a Guatemala, señor".

"¡Cien mil cabezas!", exclamé, "no, me parece, señor, que usted está equivocado. En cuántas cabezas estima usted todo el ganado de Olancho?"

"En algunos millones, señor!"

Vi que la información estadística del vie-

jo era apenas más digna de confianza que las leyendas sobre la Edad de Oro de Olancho, y decidí desde entonces renunciar a las estimaciones numéricas de las gentes.

Se puede, sin embargo, establecer que el número de ganado vacuno en Olancho solamente, es arriba de cien mil cabezas y que el número del que se exporta a El Salvador y Guatemala no es menos de dos a tres mil cabezas. El crecimiento es muy grande, pero debido a la desidia de las gentes, cientos de terneros tanto como de ganado ya desarrollado perecen de sed o resultan atascados en el fango al querer vadear los ríos en épocas de sequía. Se encuentran los esqueletos del ganado a todo lo largo de las orillas de los ríos, donde con la construcción de un camino que sólo costaría una semana de trabajo, los animales se acostumbrarían a transitar por él salvándose gran número de ellos. Una de las vistas más patéticas en las riveras del Guayape es la de los cueros de ganado muerto, aplastados o arrugados, colgando como pergaminos en los esqueletos y un parsimonioso zopilote posado arriba, jaciéndose deliberadamente al calor del sol o emitiendo su grito peculiar antes de dormir en la noche silenciosa alumbrada por la luna. Sólo las pérdidas de la familia Bustillo, por ignorancia y haraganería, llegan a varios centenares de dólares cada año.

Los hábitos desidiosos del olanchano han pasado a ser proverbio muy conocido en Honduras. Imagínese un nativo echado en su hamaca, que cuelga de las vigas de una choza, a través de cuyos espacios se cuele el viento fresco de esas regiones paradisíacas. Arriba y a su alcance cuelga un exuberante racimo de plátanos o bananos maduros. El se mece despaciosamente de un lado a otro, contemplando las espirales del humo de su cigarro ensortijándose en figuras fantásticas que tienen por fondo los picos azules de las montañas que forman el verde valle de su lar nativo. Frente a las grandes decisiones y los resonantes eventos del ruidoso mundo más allá de su país, él ha permanecido toda su vida en una ignorancia feliz. Cuando el apetito le viene, desprende un plátano, lo ensarta en una vara e inclinándose un poco desde su lujoso nido, pausadamente lo asa en el rescoldo que arde cerca de la puerta. Cuando esta sencilla operación ha terminado, don Fulano atrae la fruta hacia su hamaca y la come estirado a todo lo largo en su atalaya.

Este relato me lo dio, como lo he consignado, un amigo en Tegucigalpa, como una ilustración de las costumbres perezosas de los olanchanos. "Es tan haragán como un olanchano!". "Qué olanchano!" son frases corrientes en Honduras cuando se regaña a un sirviente que es indolente. Pero,

como he dicho, el cuidado de las haciendas de ganado mantiene una especie de actividad pastoril, y las gentes, en general, son más bien industriales.

En El Real tuve el segundo ataque de calentura, a la cual los llanos bajos de esta vecindad no escapan. Los síntomas los dejé descritos en las páginas relativas a la isla del Tigre. Mi sirviente Víctor montó guardia por dos días a fin de defenderme de los asaltos de varias viejas curanderas que querían que yo siguiera sus prescripciones, no obstante mi inevitable reputación de "gran médico".

Uno de los remedios que se emplean para combatir las fiebres y las enfermedades del hígado, en Olancho, es tan extraordinario en su clase, que su descripción será leída como un hecho entomológico curioso. Consiste en una bebida que se hace con caldo de caña mezclado con un polvo que se obtiene de insectos quemados, y que se conoce como la higadera, debido a su aplicación particular para los males del hígado. Al animalillo que con su vida contribuye a la preparación de esta medicina se le describe como un descendiente de la especie de la langosta que, debido a los varios cambios naturales que sufre, se le llama el variable. Durante la primavera, este insecto se introduce a una profundidad de varias pulgadas dentro de la tierra, donde muere después de haber depositado varios huevos en una cápsula. Al reventar ésta, los hijos nacen alados y, a su vez, dejan una cantidad considerable de huevos como los de las hormigas, bajo la corteza de los árboles. De esta pequeña producción los nativos recogen innumerables pequeños insectos blancos que se fuestan vivos para los propósitos arriba indicados. Del nuevo cambio en la vida eventual de la higadera no pude obtener una descripción definitiva. La bebida que probé en El Real la encontré más bien agradable.

Unas pocas dosis de quinina me permitieron levantarme otra vez para gozar de la luz del sol y del aire, y del uso del agua para lavarme, la que, a pesar de mis amenazas de venganza, no podía inducir a mi fiel Víctor a que me la trajera. Los dos curas le habían prohibido que me permitiera cometer el suicidio de lavarme la cara con agua fría mientras estuviera enfermo!

El Real tiene su leyenda relativa a los días cuando el oro era tan abundante en Olancho que no tenerlo almacenado era una excepción a la regla. Pero estas, sin embargo, no son sino variaciones, sin mayor interés, de las que ya mencioné anteriormente.

El Padre Murillo también refirió el tiempo, según su propia memoria, cuando el Rey

Mosco subió por el Patuca con varios ciudadanos ingleses e intentó ejercer su autoridad en todas las poblaciones a lo largo del Guayape, inclusive Juticalpa (1). El protectorado en aquel tiempo (1847) era reclamado por la Gran Bretaña y comprendía todo Olancho y dos terceras partes de Nicaragua y de Costa Rica! Entre los que entonces leñían en mente establecer una colonia británica en la unión de los ríos Guayape y Guayambre, estaba un Mr. B. quien, con el tiempo, figuró mucho en Juticalpa con el consiguiente escándalo de los Garay y los Zelaya.

El Padre, que fue festigo ocular, dijo que dos de estas notabilidades estuvieron en Juticalpa en 1847. Uno de ellos puso sitio para conquistar la mano de la señorita Teresa, hija del señor Garay, bajo la impresión de que la muerte próxima del viejo lo dejaría dueño de la propiedad de la familia, que se dividiría entre dos. La petición tuvo éxito. Una noche, bajo la influencia inspiradora del aguardiente, el galán se jactó en claro inglés de su próxima fortuna y confesó ciertos planes deshonestos en cuanto a la dote de la novia, frases que, desafortunadamente para él, fueron escuchadas por un negro de Jamaica que había sufrido las brutidades del "Mister". El negro divulgó todo el plan a la muchacha, quien despidió al pérfido pretendiente. Por la noche los dos aventureros hicieron un asalto a la casa del señor Garay. Siguiendo el plan de los bucaneros, desafiaron a la ciudad a media noche, armados de pistolas y de sables. Injuriar en aquellos tiempos a un inglés, justa o injustamente, bajo la famosa política de Mr. Chaffield, era equivalente a exponer cualquier lugar al bombardeo de la flota inglesa; y aunque el pueblo estaba bastante exasperado, se abstuvo de matar o de herir a los agresores.

Casi a la medianoche, el Comandante Militar Don Francisco Zelaya llegó a la ciudad desde una de sus haciendas. Al saber del alboroto, se presentó en el lugar y sin vacilación alguna desmontó y desarmó a la pareja jactanciosa; en vista de sus amenazas, y por encontrarles armas, los encerró en el cuartel hasta por la mañana. Al siguiente día fueron echados de la ciudad y la linda Niña Teresa casó pocos meses después con un caballero de Tegucigalpa, donde es una de las damas más atractivas. Las marcas de los sables de los asaltantes están todavía visibles en las ventanas de la casa del señor Garay. El hecho produjo una gran conmoción en Juticalpa y tuvo trascendencia por-

(1) Por el Tratado Clayton-Bulwer, suscrito en Washington el 19 de Abril de 1850 entre los Estados Unidos y la Gran Bretaña, se estipuló entre otras cosas, que los Gobiernos de los países contratantes "no ejercerán dominio alguno sobre Nicaragua, Costa Rica, la Costa Mosquitia o parte alguna de Centro América" V Montúfar, *Reseña histórica*, t VII, p 87

que rompió las negociaciones a fin de establecer en el Llano de las Flores una colonia inglesa.

Nuestra visita de tres días a El Real era más que suficiente para ver todo lo que ofrecía, inclusive un enorme cocodrilo en el Guayape que había sido muerto por un nativo en el momento en que irataba de arrastrar un cerdo vagabundo desde la orilla donde estaba hociqueando. Estos animales llamados lagartos en Olancho, abundan en el río Guayape desde este lugar hasta el mar. En el Lago de Mezcales, al Sur de Catacamas, también se les encuentra, lo mismo que en las ciénagas de aquella vecindad. Este de El Real fue el único cocodrilo que vi en Honduras.

No tuve pesar, en la mañana del cuarto día, después de tomar café y de oír el adormecido adiós de mis amigos, de montar y lrotar fuera de este sucio lugar de El Real. El Padre Buenaventura me había acompañado en el viaje, parte para atender asuntos de negocios allí y prefirió quedarse un día o dos más. Yo tuve temor de prolongar mi viaje más allá del tiempo que me había propuesto para verme con el General Zelaya en Leaguare y resolví salir hacia Catacamas inmediatamente.

El camino lleva una dirección casi hacia el Este y va sobre dos o tres serranías sucesivas, de cerros altos —casi montañas— cuyos nombres descuidé anotar. Salimos antes del amanecer para pasar el extenso llano que bordea el Guayape, al otro lado de las montañas, antes del calor del mediodía, que aquí se siente con una intensidad casi igual al de la misma costa. Después de galopar por media hora a través de silenciosas ciénagas llegamos al pie de las colinas de la cordillera, las que subimos a trote con el objeto de presenciar desde la cumbre la salida del sol, que prometía ser magnífica.

El sol estaba dorando el horizonte, hacia el Este, justamente cuando llegamos a la meseta que habíamos estado tratando de alcanzar desde hacía una hora. La vista era un océano de bosques —un vaso llano interseplado por serranías regulares— en el cual serpenteaban el Guayape y sus tributarios como hilos de plata. Una mancha de nubes rutilantes colgaba sobre el arco de montañas, pero momentos después se había derretido, así que el día irrumpió en el paisaje.

El cielo estaba tan puro que los ojos casi dolían buscando en la bóveda una nube para romper la monotonía. Un aire fresco que bajaba de las faldas de Santa Cruz del Oro movía suavemente las hojas en derredor nuestro; pero más allá todo estaba quieto y en silencio. Desmonté y desde una roca con-

templé las luces vivas subiendo ligeras por las colinas hasta que el sol salió y produjo un efecto mágico que todo viajero en los trópicos recordará, tiñendo las cumbres con un esplendor que ningún artista puede imitar, y dando vida al mar de esmeralda.

Ante nosotros había una hondonada por la cual una pequeña quebrada vaciaba sus tesoros gorgoteantes. Una barba venerable de musgo verde y gris colgaba allá abajo, chorreando el líquido elemento y moviéndose ligeramente al impulso del torrente, de tal manera, que daba la idea de un alegre viejo báquico entregado a un rapto de alegre humor, solo que el puro elemento que él echaba a chorros de su boca borraba la sonrisa.

El panorama era tan vasto y encantador que yo me había abstraído en su contemplación y pensaba si estas grandes sabanas algún día estarían pobladas, cuando Víctor dio un grito y señaló la presencia de un animal de presa, sentado en un alto peñasco cercano y que, como si estuviera inconsciente de los intrusos en sus dominios, se hallaba, como nosotros, viendo hacia el Este y quizás pensando en las oportunidades de un desayuno.

Me llevé el rifle a la cara, pero Víctor, patentemente alarmado me pidió que no disparara, consejo que acaté felicitándome de ello. Dijo que era un jaguar y recogiendo apresuradamente su manía se retiró a la falda opuesta, en donde los caballos pacían tranquilamente. El susto de Víctor fue contagioso y yo me preparaba a seguirlo cuando el animal, después de lamerse la piel aterciopelada, se puso en pie y volviéndose hacia nosotros caminó como veinte yardas hacia donde estábamos, y con sus orejas erguidas y moviendo su cola nerviosamente sobre sus ancas nos hizo el honor de echarnos una mirada en extremo aristocrática.

"¡Caramba!", musitó Víctor, "de veras que es el jaguar; se está paseando temprano, y mire!, camina hacia a cá otra vez!". El animal, al ver que nos retirábamos hacia donde se hallaban los caballos, se movía despaciosamente hacia nosotros y a muy corta distancia, mostrando claramente su disgusto por nuestra presencia con un arrugamiento de su labio, y con una exhibición de su sistema muscular que satisfizo ampliamente mi curiosidad en tal respecto.

Víctor llevó las manos a su boca y profirió un grito que hizo al animal detenerse un momento y examinarnos más atentamente. Aprovechamos este intervalo para montar nuestros caballos, que ahora miraban al jaguar con las narices dilatadas y con las orejas erectas. Nuestro nuevo conocido empu-

fió un sonido largo entre gruñido y rugido, y sea por desagradarle el brillo de mi rifle, o influenciado por aquel misterioso instinto que a veces disuade al bruto de asaltar al hombre, se fue despaciosamente y desapareció en la espesura que bordeaba la colina.

El jaguar es cobarde por naturaleza y muy rara vez se le vé, excepto en lugares no frecuentados, de donde hace incursiones nocturnas a las haciendas causando daños a los ganaderos. Media docena de balas no siempre bastan para matarlo.

Una de estas fieras, que tenía la reputación de haber sacrificado un centenar de ganado durante su vida, fue muerta hace algunos años cerca de la Hacienda del Ulúa. Su piel estaba colgada en la sala del señor Garay, quien me la obsequió cuando dejé Olancho. Esta, como otros muchos artículos, me fueron robados de mi albarda, en Nicaragua.

Víctor atribuyó la feliz escapada de esta aventura a la invocación que él hizo a su santo patrón y a la Virgen, quienes, nunca permiten que un jaguar destruya a los cristianos o buenos católicos.

Este animal está provisto de uñas formidables que usa con una rapidez y fuerza sorprendentes. El ágil salto del jaguar es lo que da terrible poder a su ataque. Como el leopardo, se agarra de un brinco al lomo de sus víctimas y con su impacto quiebra la columna vertebral de una vaca. Dunn cree que hay poca duda de que el tigre y el jaguar, que se parece tanto a la onza, son el mismo animal en Centro América. Está, sin embargo, muy equivocado en esta opinión. La onza es un animal mucho más pequeño. El tigre centroamericano, como lo asegura Byam, quien vivió dos años en los bosques más despoblados de ese país, es la pantera y el jaguar es el puma o león de Sur y Centro América (1). El Capitán Henderson divide las fieras de Honduras en el felis onza o tigre del Brasil, y el felis discolor o tigre negro. El Sr. Squier describe al tigre negro, al jaguar (felis onza), al puma y al ocelote, como cuatro distintos animales. Estos, creo, son las dos únicas autoridades que hacen mención del tigre negro como un habitante de Honduras. "Ningún animal", continúa Byam, "salta más rápidamente y ninguna bestia salvaje ataca al hombre de manera más audaz que la pantera o tigre, pero no tiene la peculiaridad o vicio que distingue al puma, que es el de que ni sigue ni esquiva las pisadas del hombre". Frecuenta las montañas más solitarias y los bosques de la costa del Pacífico. Honduras está llena de historias espeluznantes sobre el tigre".

(1) Parece que en esto no acierta Wells; el puma es el león americano; el jaguar es distinto

El jaguar es una criatura que obra con bajeza, igualmente fiero en sus hábitos, pero menos valiente que el tigre. Cuando se viaja a través de los pasos solitarios, el rugido de este merodeador de medianoche llega con una distinción que espanta y previene al viajero rezagado a buscar las viviendas del hombre. No conozco un grito sino el del mono colorado o mono barba-roja, como a veces se le llama, que produzca tan aterrador efecto, como el prolongado grito del jaguar. La huella de este animal se puede reconocer por un montoncito de arena o tierra que deja donde ha puesto la pata. Es más pequeño que la pantera y no tan atrevido, pero sigue el rastro del hombre a la caída del sol y hay relatos de personas que han sido muertas por ellos en el bosque. Byam describe el rugido del jaguar como "lo que una persona pueda concebir que salga de un enorme gato macho, pero con varios pares de pulmones adicionales".

En Olancho abunda una variedad de tigres, algunos bellamente adornados con franjas y manchas. El autor mencionado arriba describe uno que él mató en la Segovia, diciendo que tenía el vientre y el fondo de la piel de un color amarillo pálido, el lomo casi negro y una serie de manchas negras de distintas formas desde la espalda hasta el vientre, pero las manchas disminuyen en tamaño cuando se aproximan al abdomen. Esta fiera tenía el tamaño de un perro de muestra.

Los abundantes coyotes y lobos pequeños son incansables cazadores de venados. A veces llegan a asediar en manadas al tigre obligándolo a subir a algún árbol y le ponen sitio hasta que, hambriento, le compelen a bajar al suelo donde es hecho pedazos no sin antes haber destruido a varios de sus enemigos.

En Olancho nunca falta la caza, desde el tigre hasta la ardilla, y entre tanta variedad, la joven América, en sus generaciones futuras, hallará oportunidad para su rifle, y la caza del tigre en Olancho podrá ser tema para algún colaborador del "Knickerbocker" o del "Spirit of the Times".

Después de esta aventura con el puma o jaguar, proseguimos nuestro viaje a lo largo de una cadena de cerros y descendimos al llano y de ahí en adelante seguimos por un camino firme.

La ciudad indígena de Catacamas tiene poco más o menos mil habitantes y está ubicada en la margen oriental del río de ese nombre y no lejos de la unión de éste con el Guayape. Posee una iglesia que es casi una copia de la de Julicalpa, y un gobierno municipal del cual un indio venerable, el señor

Vicente Sánchez, es el Alcalde Primero. La mayoría de las casas tienen techos de teja y varias de ellas están sólidamente construidas. Su población consiste principalmente de indios conversos y civilizados quienes, desde tiempo inmemorial, gozan de la reputación de ser ciudadanos industriosos y frugales. Ocupando una parte de uno de los lados de la plaza se halla el pequeño cuartel, con un cañoncito de balas de cuatro libras y un centinela de aspecto desgarrado. Unos doce soldados al mando del Capitán Pedro Muñoz integraban la guarnición. Yo llevaba una carta de presentación del Padre Buenaventura para el señor Vicente Salgado, uno de los Regidores del pueblo, quien me recibió en su casa, cercana a la plaza, con la tradicional hospitalidad. Es este el último establecimiento que se halla hacia la boca del Patuca. Las aldeas del Dulce Nombre, Río Tinto y La Conquista son meros villorrios, como los que acabamos de describir.

La casa del señor Salgado, que era la más grande del lugar, había sido recientemente entejada y se estaba blanqueando con esmero. Entramos a un patio empedrado y desmontamos recibiéndonos una india de grave aspecto, esposa del Regidor, quien me ofreció una merienda de queso y chocolate y daba órdenes a Víctor con toda la verbosidad con que lo hiciera una ama de casa del Norte. La noche pasó en la discusión sobre temas del día con mi anfitrión, que era un ejemplar de indio casi puro. Se rió de buena gana cuando le conté la aventura con el puma y dijo que con una piedra o un leño yo fácilmente hubiera podido hacer que el animal peleara, tarea que, como yo le observé, preferí dejarla para otros. El viejo me ofreció una cama de cuero brillante, y con un "pase buenas noches" y un saludo cortés, me dejó para que yo pudiera descansar.

Durante el día me fuí de paseo por la ciudad, que los indios consideran mejor en todos respectos que Juticalpa. Yo no estaba preparado para una escena de tanta prosperidad. En el mercado había expuesta una gran variedad de legumbres y de frutas, y todas las operaciones comerciales necesarias al sostenimiento de la población se conducían activamente.

Aquí y allá aparecía uno de los miembros de las tribus menos civilizadas, que emplean su tiempo en el gran río pescando o navegando en sus frágiles pipantes hasta el Mar Caribe. Varios senderos conducen al Guayape y a los puntos donde ello ocurre se les llama "embarcaderos". Pequeñas plantaciones de yuca, maíz, tabaco, arroz, plátanos y frijoles se ven diseminadas en profusión por varias millas alrededor de la ciudad, que es el centro de un comercio considerable.

Hay quizás seis mil habitantes en el círculo de veinte millas alrededor de la ciudad de Catacamas, que en Juticalpa adquieren la mayor parte de sus artículos extranjeros, pero ahora están estableciendo un comercio creciente con el mar, vía Río Patuca. Pocos descendientes de los españoles viven aquí. Las autoridades, en su mayoría, son indios que ejercen y aparentemente mantienen una supervisión de los asuntos locales, siguiendo en cierto modo las primitivas formas empleadas por las tribus más civilizadas pero, en realidad, Catacamas abrazó el cristianismo hace muchos años y tiene decorado el interior de la pequeña iglesia con estampas y esculturas de santos bastante burdas.

Difícil es imaginar una raza más pacífica y más hospitalaria. El rumor de que un americano del Norte se hallaba en el pueblo indujo a varios de los más inquisitivos a entrar en la casa, en donde pasé varias horas meciéndome en una hamaca de cabuya, fumando cigarros y platicando con estas gentes sencillas. Ninguno tenía la más remota idea de los Estados Unidos, excepto de que estaba en el Norte, y que sus gentes eran muy bravas. Mi rifle les despertó gran curiosidad y cuando hice varios disparos a un blanco, a petición suya, dieron gritos de aprobación, aunque la puntería no fue de lo mejor. Muy pocos habían visto antes a un americano del Norte.

Por la noche el Padre Buenaventura llegó de El Real por haber terminado el asunto que lo llevó allá más pronto de lo que él esperaba. Me trajo una carta de L. que permanecía en Juticalpa, en que me daba pormenores de una revolución que había estallado en Yoro, y de la invasión de Honduras por los guatemaltecos al mando de Guardiola. Los rumores, exagerados, me indujeron a renunciar mi propuesta visita a la confluencia del Guayape con el Guayambre.

A la mañana siguiente nos dirigimos al Guayape. Después de ir a medio galope, durante pocas horas, sobre un llano muy arbolado llegamos al río, que aquí sigue las curvas de una cadena de montañas en lado Norte. El Guayape, ahora enriquecido por aguas del Jalán y varios otros tributarios, sigue su curso hacia el mar con la quieta majestad de un cauce profundo y navegable. En el denso follaje de una islita, que aquí lo divide en dos brazos, estaban posados centenares de pericos en ruidoso concejo, sin perturbarse lo más mínimo por nuestra súbita salida de la maleza a la orilla del río. Les di un sonoro saludo y entonces todo el grupo levantó vuelo gritando coléricamente por la interrupción y varias guacamayas agregaron sus roncadas voces a la confusión. Las bandadas de pericos luego dejaron rezagadas a

estas espléndidas criaturas que flotando en el azul del cielo parecían cometas.

El nombre regional del macao en Honduras es guacamaya; en Nicaragua lapa. Esta ave no difiere de la de México, excepto en que tiene un pico más pequeño y más agudo. Sus colores son espléndidos y bellamente distribuidos; el pecho, la cabeza y el lomo son de un rojo brillante, las alas con plumas amarillas, azules y rojas, seis de las cuales son fuertes y cortas y las cinco restantes débiles pero anchas y cuando están en pleno crecimiento tienen catorce pulgadas de largo. Cuando vuelan las juntan apretadamente. Una gran convención de guacamayas, que a veces se ve en los bosques, imparte un singular aspecto al follaje de los grandes guanacastes, en cuyas ramas llevan a cabo sus reuniones generalmente. Pasan gritando incesantemente, subiendo de un lado a otro, colgándose de su pico ganchudo hasta que el árbol parece adornado con gallardetes vivisimos como en un día de gala. En la costa existe la especie de un hermoso color verde, según supe; son más elegantes que sus sobrinas irisadas, pero ambas son pálidas ante la magnífica guacamaya azul, una de las aves más raras en el país. Supe que en Manto había varias domesticadas, pero nunca pude ver una. Se sabe que éstas evitan contacto con los demás miembros de la familia de las guacamayas y que les encanta vivir en la vecindad costera del río León, que se encuentra entre Trujillo y Omoa.

De las plumas de las diferentes variedades de guacamayas, del soberbio "quetzal" (pájaro de una extrema rareza), del verdorón, del pavo real, del papagayo, de la urraca, del pájaro colorado, del ruiseñor, de la oropéndola y de varias otras aves, entre las que debo mencionar las varias clases de los colibríes, los indios de Olancho, especialmente los de la tribu de los Payas, hacen artículos de vestir, tales como birretes, capas, fajas y chales para los hombros y el cuello, además de adornar con ellas sus carcajes y otros artículos hechos de pieles. El único ejemplar que pude obtener de este trabajo fue el que compré a un indio en Juticalpa durante la "función". En otras épocas estos artículos se traían a Juticalpa para su venta, pero últimamente ya no se observa esta costumbre.

El Guayape, en la vuelta donde estábamos, presentaba la apariencia de no tener rocas en su lecho. El fondo, hasta donde podíamos alcanzar a verlo, era de arena totalmente. Se habían acumulado varios leños y ramas de árboles, dando vueltas y balanceándose por su propio peso contra la fuerza de la corriente. El Padre Buenaventura los empujó con el pie y todo el montón se fue despacio flotando en la corriente del

río. Los lugares tranquilos del río abundan en ricos peces. El panorama era de soledad selvática y de tranquilidad. Desde la cumbre de las montañas hasta las profundidades umbrosas de los bosques vecinos no oímos más sonido que el borboteo del río, o el grito lejano de los pájaros en la orilla opuesta. Como a cien yardas arriba de nosotros, vimos una bandada de patos nadando cerca de la orilla y contra la corriente para estar quizás a distancia segura de nuestro grupo. Varias espátulas (*Platalea Ajaja*) y garzas azules y blancas permanecían silenciosamente contemplando las aguas y, a veces, emitiendo un grito ronco, aislado, como si estuvieran furiosas por nuestra inromisión. Un remolino, circulando por un momento en la corriente profunda, nos mostró un gran barbo, o quizás un cocodrilo, que exploraba su camino río arriba.

Estuve en contemplación hasta que las sombras alargadas nos advirtieron que debíamos partir. Regresamos por un camino que cruzaba el bonito Valle de Santa Clara, hacia Lepaguare, igual a los antes descritos. Su alfombra verde era ahora un horizonte obscuro con las formas del ganado apenas discernibles a la luz mortecina de Occidente.

El estado turbulento de las cosas en Tegucigalpa hizo que apresuráramos nuestra partida de Catacamas. Tuve tiempo, sin embargo, para hacer un viaje a las fuentes de un pequeño arroyo que desagua en el río de Catacamas, donde hice varios disparos a unos venados, hiriendo a uno y llevando a casa los cuartos fraseros de otro. El método de cazar venados en esta sección de Olancho es "acechándolos" por medio de un buey amaestrado. El cazador camina hacia la manada de venados yendo al lado opuesto del buey, y así se aproxima éste a los animales hasta que están a distancia de tiro. En el camino, de regreso a Catacamas, cuando dimos vuelta a un ángulo del camino, hallé mi camino interceptado por una bandada de grandes y pesadas aves, parecidas un poco a los pavos silvestres, con los que las confundí al principio. Se levantaron y volaron lentamente cuando nos acercamos y, si no hubiera sido por un fulminante defectuoso, hubiera agregado a mi colección algo de su plumaje. Los nativos las llaman "quebrantahuesos" por la fortaleza de sus alas que, como las del cisne, según se dice, tienen potencia suficiente para quebrar el brazo de un hombre.

En este viaje observé, también por primera vez, el marfil vegetal que, sin embargo, crece en todo Olancho. El fruto del árbol es un montón de substancia áspera y dura, cubierta con cientos de pirámides puntiudas, de la cual las nueces de marfil vegetal salen como las ciruelas de un budín. Estas nueces

son de color y de la consistencia del marfil. Nunca supe que se las recogiera en Honduras.

A media milla fuera de la población fui parado por un muchacho que salió de una cabaña hecha de cañas y corrió a toda velocidad detrás de mí, rogándome en el nombre de Dios que regresara y le curara a su madre. Yo casi había terminado con mi pequeña provisión de medicinas, pero, sabiendo de la pertinacia de tales súplicas, regresé

al punto y desmonté. La mujer estaba ya en la agonía cuando entré y, tanto, que pocos minutos después expiró. Jamás olvidaré los frenéticos ademanes y las miradas suplicantes del muchachito que me había pedido regresar, y cuando vio que hasta el americano del Norte nada podía hacer ya para salvarla, corrió gritando por el padre y se internó en el platanar cercano, donde su llanto y sus gemidos eran dolorosamente lastimeros. Inútil era tratar de consolarlo.

22

El Platanar.—Plátanos y su cultivo.—Viejas ideas al respecto.—Ruta hacia el hogar.—Pita.—Piel de venado.—Quemadura del Bolpochi.—Serpientes venenosas.—Después de las ceremonias.—Merodeador nocturno.—Corteza del Perú.—Arroz.—El rifle de aire.—Tabaco.—Regreso a Juticalpa.—Leyendas del oro.—Una reunión musical.—Comisiones.—Partida.—Otra vez Lepaguare.—Una visita a El Espumoso.—Aventuras de minas.—Suscribiendo un contrato.—“Besando a la viuda”.—Temperatura fría.—Granizo.—Jatijagua.—El oro de El Panal.—El Retiro.—Oro en Alajagua.—Río de España.—Un nuevo método de pesca.—De nuevo Juticalpa.—Malas noticias.—Documentos mohosos.—Primeros pobladores.—Una caminata matinal.—Adiós a Olancho.

Una de las plantas más bellas de los valles de Olancho y de todos los de Centro América es el plátano, que adorna cada predio. El plátano, como la palmera, es peculiar del país. Forma un seto cerrado y protector alrededor de toda hacienda. Sus anchas hojas ondean y saludan en la brisa a lo largo del camino real en muchos lugares del país. En las tierras bajas de Nicaragua y El Salvador crece con una exuberancia digna de admirarse y lejos, en los picos áridos de las sierras de Honduras, a miles de pies sobre el mar puede verse el pequeño platanar, apiñado, verde y floreciente en algún vallecito, junto a la rústica cabaña campesina asomando entre sus hojas. En Amapala, las olas del Pacífico lamen las raíces de las plantas cargadas con dorados racimos, y muy lejos, en las corrientes aguas del solitario Patuca o Tinto, estas plantas se hallan en medio de las soledades más agrestes donde las semillas, llevadas por la corriente hacia el Caribe desde el interior de Honduras, se han depositado en el rico aluvión, ofrendando anualmente sus racimos a la vera de los ríos.

Un viejo botánico asegura que es originaria de las Indias Orientales y de otras partes del continente asiático y, probablemente, de Africa. Originalmente fué transportada

a las Indias Occidentales desde las Islas Canarias a las que, se cree, fué llevada hace muchos siglos desde Guinea. Parece que emigró con la humanidad, del Asia a las numerosas islas del Pacífico Sur en donde, como en Centro América, ha originado diversas variedades. No era conocida en América antes de la llegada de los españoles.

Se le cultiva sin esmero alguno. Logra su más grande desarrollo en los suelos ricos y húmedos. En las grandes plantaciones se le siembra en filas de ocho pies de separación. Se reproduce por vástagos, que maduran y producen fruta poco después del primer año. Pero como la raíz primaria da nuevos vástagos cada año, se deja suficiente espacio para su crecimiento. El tallo se pudre gradualmente después de haber madurado el fruto, cuando los nuevos vástagos empiezan a salir. Así el plátano se reproduce hasta el infinito; la flor y los racimos a medio madurar y los maduros, todo combinado con el rico verdor de las hojas forman un bonito contraste. No hay época especial para ellos; están en perpetua producción y cada semana del año sus racimos tendidos se inclinan hacia abajo al alcance de quien quiera cogerlos.

En otras épocas mucho misterio rodeaba al plátano y muchas personas de Europa lo ignoraban totalmente. Hasta mediados del presente siglo, cuando los medios de comunicación pusieron hasta los países más remotos al alcance de todo el mundo, muy poco se sabía de ésta como de muchas otras frutas tropicales, excepto a través de las narraciones de los antiguos viajeros

En 1633 un racimo de plátanos fue enviado desde Bermuda al Sr. Argent, Presidente del Colegio de Médicos de Londres. Lo colgó en su casa donde maduró a principios de Mayo y duró hasta Junio. La pulpa era muy suave y delicada y su sabor parecido al del melón. Gerarde y otros viejos autores creen que el plátano es el manzano de Adán, bajo la impresión de que era esta la fruta prohibida del Edén. Otros suponen fueron las uvas traídas de la tierra prometida a Moisés. Esta última idea es una espléndida representación de un gigante racimo de uvas que requiere dos hombres para ser llevado colgante en una vara. Dampier, el viejo explorador, lo llama "el rey de todas las frutas. "Dice: "la fruta no es más dura que la mantequilla en el invierno y es del mismo color. Tiene un gusto delicado y se deshace en la boca como mermelada". Los plátanos y los bananos no han sido artículos de exportación y se les cultiva no más que para llenar las necesidades del país. Desde un cerro en las vecindades de Catacamas pueden verse cientos de pequeños plataneros que requieren poco o ningún cuidado para su mantenimiento.

Mi corta permanencia en Catacamas no me permitió recoger sino pocos datos de valor, verbales o documentales. Con la excepción de los rostros bronceados de sus habitantes indígenas, un poquito menos de comodidad y forma de vida, no hay sino una pequeña diferencia entre esta ciudad y Juticalpa. Salimos de regreso, como de costumbre, muy temprano de la mañana y arribamos al mediodía a El Real, yendo al trote por casi todo el camino.

A mitad de la ruta desmontamos para examinar la planta de la cual se beneficia la pita que sirve para manufactura de hamacas, tan comunes en todos los trópicos. La planta es probablemente el sosquil, del cual se hace el sisal. Es un cactus, no diferente del maguey o agave de México que produce el pulque de aquel país. No es la misma planta, sin embargo, pues no tiene las flores del "pulque" (1) y solo se parece en las grandes hojas que terminan en punta de lanza y están llenas con un jugo que fácilmente fluye. La pita crece silvestre en todas par-

tes, de ella se hacen: el cordel del país, cordelería para barcos, mecales, hilo para zapateros, toda la jarcia, lazos y la universal hamaca. Las pencas se cortan cerca de la raíz, se las colora en una piedra plana y se machucan con un pedazo de madera que tiene la forma de rodillo de panadero. Extraída así la pulpa de las fibras, éstas se secan en hilachas llamadas pita y queda ya lista para manufacturarse. El procedimiento de frotación no se continúa después de la salida del sol debido al efecto de éste en la piel produciendo irritación.

Cuando entrábamos a El Real, un cazador con una mula cargada de pieles de venado se nos unió en un encuentro del camino que conducía a las montañas. Estas pieles valen de 10 a 12½ centavos cada una y es uno de los artículos de exportación de esta sección del país. En lugar de enviarlas por el Guayape, que es la ruta más directa hacia el mar, los llevan en mulas a Trujillo o, más a menudo, a Juticalpa, de donde se llevan en mulas a la costa, anualmente.

Al cruzar la pequeña plaza vi varios muchachos cargando una cantidad de gavillas de leña para encender una hoguera. Uno de ellos se paró a conversar con Víctor y contestando a sus preguntas le dijo que un bolpochi o tamagás sería quemado durante la noche. El tamagás, pronto supe, es una de las víboras más venenosas del país y objeto de una venganza especial cada vez que se la captura viva. En este rito reconocí una continuación de las costumbres idólatras atribuidas a estos indios por los historiadores españoles y cuya conversión al catolicismo no ha anaigado enteramente.

Cerca de las ocho de la noche vi que las gentes de los alrededores de la población se pusieron en movimiento hacia el lugar y uniéndome a ellos vi una procesión de diez o quince muchachos y una vieja cantando en una jerga aborigen, lo que, con los vestidos fantásticos que llevaban puestos para la ocasión y el baile de la vieja legañosa, me trajo a la mente una horrible escena de encantamiento, de trágica meditación. La palabra "bolpochi", otro nombre para el tamagás, se reconocía en el canto. La vibora, cuya mordida se cree es necesariamente mortal y más terrible que la del coral, se encuentra en esta sección del país. Quien ha sido "mordido de bolpochi" es colocado de espaldas instantáneamente y se le dan copiosos tragos de aguardiente o de otro estimulante a fin de que conserve la vida hasta tanto pueda llegar el sacerdote, quien deja cualquier otra ocupación, de día o de noche, para correr al lugar, pues el veneno, inexorablemente, da escaso tiempo a la víctima para poder confesarse.

(1) Aquí parece haber una equivocación del autor; no hay flores de pulque. N. del E.

Se me dijo que el cuerpo de la víctima de bolpochi se inflama rápidamente y le aparece una gran mancha que se le riega por las partes afectadas, que gradualmente se tornan rígidas. El paciente se vuelve insensible y expira en un espectáculo horrendo. No hay remedio, ni siquiera el cedrón o el guaco que se suponen infalibles contra el veneno de los reptiles ponzoñosos, que evite en estos casos una muerte segura.

Tales fueron los datos que me dio el señor Mencía quien, con los pies descalzos y su bastón de mando, condescendió a acompañarme a la plaza para observar el desarrollo de la ceremonia.

Fue encendida la fogata a que antes aludí, en la cual el bolpochi tenía que ser quemado vivo, y que merecía tal fin. En la procesión iban dos muchachos cargando una vara sobre los hombros, en mitad de la cual, atada firmemente de la cola y con la boca cosida para impedir que abriera sus terribles quijadas, colgaba la víbora. No tenía más de tres pies de largo, cerca de tres pulgadas de grueso en la parte más larga y era de un color negro con manchas amarillas. Con los gestos exaltados de la multitud, los relatos espeluznantes sobre los efectos venenosos del animal y las rabiosas ondulaciones y colazos del bolpochi mismo, estaba yo igual que los olanchanos: lleno de miedo!

El Padre Murillo se aproximó y después de pronunciar una imprecación contra su majestad la víbora, en el nombre de la Virgen y de todos los santos del cielo, el objeto de la cólera general fué lanzado a las llamas y si algún veneno todavía le quedaba, fue puesto a prueba de tal calor que solo una salamandra podría resistir.

Dos nativos habían capturado la víbora; uno de ellos le tiró su poncho mientras aquella se hallaba calentándose al sol y el otro la sujetó de la cabeza con un palo de horqueta hasta que se le cosió bien la boca. Ambos recibieron la bendición del cura y después de la ordalía de fuego se hizo una colecta para premiarles. Aseguré la amistad eterna del señor cura al echar yo un peso de plata en la bolsa. Sospeché, y con buena razón, que su reverencia retuvo, conforme convenio privado con los indios, buena parte de lo recolectado.

Uno de estos nativos se había hecho famoso por capturar y matar bolpochis, corales, tigres y otros bichos y era para Olancho lo que San Patricio para Irlanda. El bolpochi es conocido en Yucatán donde mora en las ruinas aborígenes. El "barber's pole" que menciona Henderson entre las culebras venenosas de Belice, es, probablemente, el coral con otro nombre.

Del coral dice Byam que si un hombre sufre su mordida, cae inmediatamente, su sangre se coagula en una masa espesa y cuando muere se pudre en muy corto tiempo. El coral es de color rojo cobrizo, con anillos amarillos, blancos y negros alrededor del cuerpo. Es diferente a las otras víboras y, a menudo, alcanza tres pies de longitud. El tamagás es apenas menos terrible. Se le reconoce por su cabeza achatada y porque lleva una prominencia, no muy visible, debajo de su nuca. El saikán se supone es el coral con el nombre indígena; éste, no obstante, es una víbora distinta y su mordida es a menudo fatal. La toboba es otra culebra venenosa, tenida por muchos como más peligrosa todavía que las antes mencionadas. Su picada es necesariamente mortal. Es común en Nicaragua y Honduras. Tengo entre mis notas cinco historias auténticas de muertes súbitas que ocurrieron por la mordedura de este animal. No es sino de dieciocho pulgadas de largo, pero muy gruesa para su longitud, de un color negro brillante, y muy traicionera. Tiene la cabeza grande y emite un sonido como el chirrido de un grillo; esta es la señal que hace huir a cualquiera. La toboba, se me dijo, es muy perezosa y casi torpe durante el día, y se la pinta como muy solapada, ya que solamente se arrastra entre la caída y la salida del sol y luego se posa en inactividad temporal. Un dedo mordido, en el campo o en la selva, es instantáneamente amputado por los compañeros de la víctima.

Con tan aterradora lista de culebras venenosas, para no mencionar la tamaulipas, la tarántula, el escorpión y el ciempiés, se inferiría que Olancho es el nido universal de reptiles venenosos; sin embargo, aunque todos estos animales existen, como en la mayoría de los países intertropicales, no se les encuentra en tal número como para constituir un serio peligro. Existen la boa, y otras grandes pero inofensivas serpientes, pero para mi conocimiento sólo pude ver una en la hacienda de Santa Ursula, en Nicaragua.

El espacio que he dado a las serpientes venenosas merece terminar con la descripción del antídoto más conocido, con el cual me familiaricé, y que tiene la forma de un bejuco que se adhiere a los árboles con sus delicados zarcillos. Thompson (Pág. 66) refiérese al maravilloso poder antitóxico de los polvos de "guaco". Prueba ser, dice, una cura rápida para el veneno de víboras cuya mordedura asegura la muerte en veinte minutos. La víctima muerde un pequeño trozo de guaco, del cual la raíz o las ramas son igualmente eficaces y se aplica la saliva a la herida, y también traga la saliva que ha producido por la masticación de varias horas, cuando todos los efectos deletéreos desaparecen. Las aves que se sabe se alimentan

de reptiles y culebras, y los animales que han sufrido su mordedura, se dice, para salvarse buscan el bejuco del guaco. El cedrón es descubrimiento más reciente. Es una nuez de corte parecido al del pino suave y, se dice, es igual al guaco. Las semillas de okro, o almizcle vegetal, hechas una pasta y aplicada como cataplasma o tragadas, y la planta conocida como "eryngo", se tienen también como eficaces antídotos para la mordedura de serpientes.

Me temo que los Padres Buenaventura y Murillo no siempre fueron ejemplos brillantes para sus feligreses; a lo menos en la noche del bolpochi en El Real ambos dieron lugar a que surgiera tal sospecha. Un gran jarro de aguardiente fue llevado a la casa después de las ceremonias, supongo que comprado con el dinero de la colecta, y amanecía ya cuando los dos sanios hombres se retiraron a descansar, lo que hicieron con aparente descuido enrollándose cada uno, en una postura nada clerical, en una esquina de la casa de adobe. Cerca del mediodía se despertaron y comieron en silencio una pirámide de tortillas que una indita sucia les llevó.

Después de este tardío desayuno, Víctor y el muchacho del cura ensillaron los animales y salimos hacia Punuare. Cuando dejábamos el poblado nos alcanzó un indio que, desde luego, en el nombre del Santísimo Sacramento del Altar nos pidió una limosna. El Padre me detuvo la mano cuando iba a sacar una moneda y le dio al individuo un poco de menudo diciéndole: "Hijo, aquí van dos reales". El indio apretó el regalo en su puño y prosiguió su camino. Íbamos subiendo una empinada cuesta, cuando fuimos de nuevo saludados desde lejos con dos escandalosos gritos de nuestro amigo el indio. Casi sin respiración, se acercó al Padre y le dijo: "Oh, Señor Padre, usted sólo me dió un real" "Déjeme ver" replicó tranquilamente el Padre contando el cambio y como si nada se lo echó en el bolsillo, diciéndole: "Hijo, a caballo regalado no hay que buscarle colmillo".

Llegamos a la hacienda después de una muda caminata porque el Padre aparecía meditabundo, con un aire de decaimiento, después de la pasada noche de alegría. Al llegar desmontamos, tomamos una taza de café, nos fumamos un cigarro y nos echamos a dormir. Temprano del siguiente día despertó él, contento como una alondra y más hablador que nunca. Continuamos nuestra jornada hasta La Herradura, donde arribamos a la caída de la noche.

De nuevo fuimos recibidos por el señor Meza y la Niña Benita, y después de una plática amena y una pipa, me retiré a dor-

mir con la mira de madrugar hacia Telica. Cerca de la medianoche, un bullicio tremendo en el gallinero nos despertó y don Ignacio con sus dos indios salió presto con hachones encendidos a ver qué pasaba, y desde ahí comenzó vigorosa gritería, contestaba a intervalos con los alaridos de la Niña Benita que estaba sentada como un fanasma en su cama. La noche estaba fría y la demora en encontrar mi sarape y mi rifle apenas me dio lugar a ver de soslayo un animal de presa que iba despacio subiendo una colina con un gallo en la boca. Era un ocelote que se había abierto paso bajo la choza. Un disparo nada logró para detenerlo y pronto desapareció de vista. Mientras Don Ignacio pasaba el resto de las gallinas al interior de la casa, me dijo que esta era la tercera visita de este animal y que al deslizarse por el boquete le había dado dos tremendos golpes en el lomo, por lo que su marcha era lenta al escapar.

En la mañana salimos para Telica y al pasar por San Roque, paramos un poco para que descansaran nuestros caballos, y llegamos a la aldea a tiempo de acompañar al Padre Fiallos en su comida. Un niño a la puerta tiraba flechas con una cerbatana, que averigüé era el instrumento común para matar pájaros que usan los indios, costumbre que viene de sus antepasados. La caña hueca es generalmente como de cuatro pies de longitud y se pule por dentro mediante un curioso proceso. Se la carga con una flecha envenenada, lo que asegura la muerte instantánea del pájaro que hiere.

En Telica había un pequeño campo cultivado de arroz, que en Olancho crece sin irrigación alguna. Apenas hay máquinas para su beneficio; y así, con todo y la forma empírica de su cultivo, es uno de los principales artículos alimenticios. Los granos son blancos y pequeños y, según creo, de la mejor calidad. Se cree que el arroz fue introducido por primera vez y cultivado en Olancho por el Señor Garay en 1829. Una especie de la corteza del Perú (copalchí) es también abundante en todas partes, y en Juficalpa, donde se la conoce como "quina", se la mastica por sus supuestas virtudes como febrífugo. Es probablemente la misma droga que se exportaba de otros países tropicales bajo el nombre de "kimo" y del cual se fabrica el sulfato de quinina.

El tabaco se cultiva tanto en Telica como en los principales fundos de Olancho. Se le siembra solo para el consumo local, estando confinado su uso al fumado de cigarrillos. Es indígena de Centro América y crece en algunos lugares casi rivalizando con la planta cultivada. El tabaco silvestre, que recoge los indios más allá de Calacamas, probablemente se usó por un período inmemorial an-

tes del descubrimiento de América. Colón halló que su uso era común entre los indios de Cuba en 1492, y en 1565 Hernández de Toledo envió una planta de tabaco a España, como "una planta del Nuevo Mundo que posee extraordinarias virtudes". Las semillas se siembran por lo general bajo la sombra de un árbol y se las trasplanta cuando ya están un poco fuertes. El cultivo comienza en Noviembre. El método del corte y de la cura de la hoja es una burda imitación del que se emplea en las Indias Occidentales.

El tabaco de Santa Rosa, en el departamento de Gracias, es el más apreciado en Centro América, excepto el de Sonsonate, El Salvador. Es fuente de ingresos para el Gobierno, que tiene el derecho de venderlo al mejor postor y, por supuesto, goza del monopolio de su comercio. Con un cultivo apropiado, el tabaco de Honduras podría alcanzar una reputación que nunca logrará bajo el presente orden de cosas. De aquí que ha permanecido casi desconocido para el mundo, pero a últimas fechas los puros de Santa Rosa ya son célebres en toda la costa de Centro América. En la Ruta del Tránsito se impone a un alto precio, y un cargamento fue embarcado a San Francisco desde la bahía de Fonseca. Desde la invasión del departamento de Gracias por los guatemaltecos, el cultivo del tabaco, como el de otros productos, ha decaído grandemente.

Entramos en Juticalpa la tarde siguiente, algo cansados del trajín, pero encantados por las nuevas facetas de la vida centroamericana, costumbres y panoramas que se revelaron en nuestra inspección.

Y estuve otra semana en Juticalpa. Es innecesario dar detalles de la rutina de las pequeñas fiestas a que fui invitado cuando se supo mi determinación de partir, y de las visitas de cortesía que se me hicieron por tantos buenos amigos. Uno de éstos me rogó que vinieran los americanos del Norte a Olancho antes de que lo tomaran los ingleses; otro prometió revelar los placeres más ricos del departamento cuando yo regresara con una colonia; otro expresó sus deseos por que me quedara por unas pocas semanas más para examinar una veta de oro cerca de la aldea de Agalta a unas cuarenta millas al Noroeste de Juticalpa, en donde el oro podía verse al romper los pedazos de cuarzo; y uno más a quien, por haberle prestado ayuda médica en las serranías de El Salto, una vieja mujer en compensación le había ofrecido indicarle un lugar en donde el oro podía "rasparse", lo averiguaría y me escribiría al Norte sobre el particular. Innecesario es decir que jamás volví a saber del "empresario" o de su mina.

En la noche previa a mi partida, un gran

baile y cena fueron dados en el hogar del señor Garay, en honor de mi visita. A las ocho de la noche no menos de cincuenta juticalpenses se habían reunido. La casa estaba alumbrada con candelas de sebo. Un conjunto de guitarras e instrumentos de viento ocupaba la esquina del salón; rompió el baile la Niña Teresa (la heroína de la historia de amor a que antes me he referido) con un joven calavera de Juticalpa llamado Alejo Urmeneta. Siguieron canciones y solos de guitarra. Después de cada canto, la alegre esposa de Don Santiago Zelaya venía hacia mí, se inclinaba y me decía:

"Ahora, ¿cómo le parece a Ud la música?" a lo cual, desde luego, replicaba siempre con mi mayor encomio.

Una reunión con gentes de corazón sano y de sencillos deseos fácilmente anima a reír, y así lo hacía al oír las cómicas canciones de Urmeneta. Un vivo aprecio por lo humorístico y el amor a la alegría es ciertamente un distintivo de los olanchanos.

Después del baile se quedaron varios amigos y, seriamente, se pusieron a discutir las perspectivas de Olancho; y al partir recibí la especial comisión de traer, a mi regreso del Norte, varias figuras esculpidas y cuadros para la iglesia, un reloj para el templo, una bomba, varios relojes de plata, un paquete de píldoras y otras medicinas, semillas, fuegos artificiales para la próxima función, varias casacas azules, armas de fuego, cuchillería, unos diez candelabros para colocar velas en la iglesia, y una infinidad de abanicos, cintas, moldes, y miriñaques para las damas, con todo lo cual, se me aseguró, haría un gran negocio conviniendo que desde ahora comenzarían a comprar cueros, zarzaparrilla, cuernos, sebo, vainilla, oro en polvo y productos valiosos de toda clase.

"Esperaremos", dijeron todos, "la llegada del buque de vapor que venga por el Guayape, Don Guillermo, y cuando usted llegue demostraremos a todos sus amigos cómo se les recibe en Olancho".

A la mañana siguiente cabalgué por las calles y después de cambiar calurosamente el "Adiós!" con todos, nuestra comitiva salió hacia Lepaguare. Roberto estaba loco de contento de volver a su querida Tegucigalpa, y cuando a la vuelta de Zacate Verde se perdió de vista la ciudad, dirigió apóstrofes a las bellezas de su ciudad nativa con un canto bien conocido, del cual son estas dos estrofas:

"Si me muero, que me entierren
Junto al sol del mediodía,
Donde nacen las morenas
De la hermosa Andalucía.

Si me pierdo que me busquen
Junto al sol del mediodía,
Donde nacen las morenas
De la hermosa Andalucía".

La letra cantada con el lloriqueo nasal tan peculiar en los cantantes hispanos, era coreada por Víctor, cuya alegría por el regreso era exactamente igual a la de Roberto. Antes de recuperarse de su entusiasmo musical, varias veces cantaron una canción muy conocida y casi nacional llamada "Mañanita, Mañanita".

En Lepaguare, el General esperaba nuestro regreso. Aquí permanecimos por unas semanas. La señora estaba mejorando poco a poco y, para mi satisfacción, atribuyó su convalecencia a los "remedios" que le había dejado en mi última visita. Yo tenía mi criterio sobre este asunto, pero por razones obvias no lo manifesté. Otra vez, acompañado por el General o sus hermanos, anduve visitando todas las propiedades de los Zelaya y todos los placeres de oro más conocidos, y tomando notas al finalizar cada viaje. Me falta espacio para describir cada lugar, con oro, que visitamos. Exploramos Almaciguerras, San Nicolás, Barros y otros, todos famosos lugares en Olancho. Dar relatos de estos lugares sería repeler lo que ya he escrito sobre otros. Lo más interesante de estas excursiones fue la visita que hicimos a El Espumoso, un rápido y remolino de El Guayape, que está a medio camino entre El Murciélagos y la aldea de Alemán. En los viejos tiempos se vieron las excavaciones más ricas de todo Olancho. Todavía existen señas de viejos trabajos y aún se puede extraer oro fino de la tierra y de la arena en cada pie cuadrado. Sin maquinaria, o con los métodos que ahora se emplean en California y Australia, este oro no puede recogerse con ganancia, al menos que, como supongo, existan vastos depósitos abajo de donde se han hecho varios intentos últimamente. Los viejos han sido agotados con estas excavaciones.

El señor Cacho, Ministro de Hacienda de Honduras, organizó una vez una compañía para que trabajara en El Espumoso, que suponía ser el depósito más rico del mundo. Se cree que el oro arrastrado desde arriba en finas partículas se ha depositado debajo de la caída de agua por el hecho de que, aunque se han encontrado considerables cantidades en las márgenes de arriba, nada se ha obtenido más abajo. La empresa del señor Cacho, lo mismo que las de otros cuya atención se ha enfocado hacia este lugar, se han disuelto, como siempre, debido a las revoluciones. En 1849 se le otorgó una concesión al Sr. A. J. Marié, cuyo plazo para comenzar había expirado mientras intentaba organizar una compañía en los Estados Uni-

dos; el General juró que no habría inconveniente en lo futuro. No obstante, posteriormente encontró razones para cambiar su opinión.

Las vías de acceso a El Espumoso desde Alemán o desde la barra de El Murciélagos, arriba, son pintorescas y variadas. La soledad es completa. No hay señales de actividad humana o de habitaciones, ni siquiera el humo de algún campamento que indique la presencia de un ser humano. Marchamos sobre cerros que me recordaron las sierras de Massachusetts, pobladas con una gran variedad de árboles y de arbustos, separados por faldas y llanos engramados. Un escollo bajo, coronado de cedros, caobas, hule y robles impide el curso del Guayape, que corre aquí entre muros de roca, doscientos pies arrojándose dentro de una profunda hoya, que pareciera excavada por el mismo torrente, a semejanza del Merrimac, en las vecindades de Franconia.

Nos paramos cerca de la orilla a contemplar en silencio la caída de las aguas espumosas. Para un californiano no era difícil imaginarse una compañía de hombres barbados y fuertes construyendo, como lo están haciendo ahora, un canal para desviar las aguas del Guayape muy arriba de El Espumoso y dejar en seco y accesible el tesoro de abajo. "Estancar el río" se llama en California el procedimiento que a menudo se aplica al río y todo lo que con él se relaciona después de una temporada infructuosa, pero que, si la tradición dice verdad, no sería el caso de aplicar a El Espumoso. Las dificultades, de desviar el río o de conducir las aguas por canales de descarga arriba de la caída, son muy grandes y probablemente jamás se intentarán. Las riquezas de El Espumoso, pueden ser materia sólo de conjeturas, y se podría hacer la prueba con buceadores experimentados y de manera más económica que por una desviación.

Después de varios días por la acostumbrada demora española, una mañana, después del desayuno nos sentamos alrededor de la gran mesa de cedro de la sala, y comenzamos a estructurar nuestro tan discutido contrato. En la cabecera de la mesa se sentó Don Francisco, bien rasurado, con sus grises y bucleros cabellos peinados para la ocasión. También se puso su mejor traje. Sus hermanos José Manuel, Santiago y José María ocuparon dos lados de la mesa, L. y yo el otro lado. Era evidente que los términos del contrato habían sido pacientemente discutidos durante mi ausencia en Catacamas, porque no era una consideración trivial sino grave la de disponer de las propiedades de los Zelaya, que venían desde tiempos inmemoriales. Las cosas marcharon lentamente.

Mostrar el más pequeño apresuramiento sobre algún punto importante era provocar la sospecha y de ahí resultaba una demora adicional. Se pesaba el valor de cada palabra. Entre las cualidades que deben tenerse para entrar en un arreglo con los hispano-americanos, está antes que todo, la paciencia. Luego no mostrar ansiedad o apresuramiento; dejar el asunto, reclinarse en el asiento, encender el cigarro y platicar sobre temas generales; tomar un fraguillo de cuando en cuando, contar una anécdota que ilustre el rápido ritmo de la vida y del comercio en el Norte, y entonces los asuntos marcharán bien, pero nunca trate de apresurar a un centroamericano.

Allá por las dos de la tarde, después de frecuentes intervalos, habíamos discutido tres artículos, que habían sido releídos y rescritos, al punto que con las alteraciones en español e inglés las letras bailaban frente a nuestros ojos. Aquella noche me acosté pensando en el progreso que habíamos hecho durante el día, y en las revisiones que haría a la mañana siguiente. Recordé varias botellas de coñac enviadas desde Belice, que había el señor Ocampo colocado en las alforjas la mañana en que salí de Juticalpa.

La mañana siguiente, muy temprano, saqué una de las botellas y descorchándola invité al General a que probara su contenido. Siendo de aguardiente del país sus tragos diarios, pronto descubrió la superior calidad del coñac. Antes del almuerzo por tres veces más había vuelto a presentar sus respetos a la botella oscura.

Apenas habíamos recommenzado la revisión del contrato cuando a la mitad del cuarto artículo, el General se paró y dirigiéndose a mí con una sonrisa dulce me dijo: "Vamos a besar la viuda!". El resto del grupo deseaba saber a qué viuda se refería el General, en eso la viuda fue introducida y colocada en el centro de la mesa. No pasó mucho tiempo sin que todos los presentes le rindieran sus respetos a la viuda, que quedó exhausta de tanto otorgar sus favores.

De aquí en adelante la viuda fue el árbitro en todos los puntos de discusión, y fue tal su calmante influencia que en tres días el contrato había sido escrito, copiado y remitido a Juticalpa para su registro. L . . . salió para Tegucigalpa con Víctor porque los rumores de revolución le pusieron nervioso. No obstante, la famosa viuda no limitó su influencia a la terminación del contrato sino que la extendió a poner de buen humor a todos los hermanos hasta que el regalo de Don Apolonio se agotó por completo.

Durante estas pocas semanas en Lepaguaré, que fueron en los meses de Diciembre

y Enero (meses que se suponen que quedan en medio de la época seca en Centro América) tuvimos aguaceros frecuentes, noche y día, con truenos y relámpagos. Los vaqueros llegaban temblando alrededor de las fogatas hechas en el patio, quejándose de lo cortante del frío. Con los vientos del Norte, era indispensable el fuego para la comodidad. Se me aseguró que hacía poco en las montañas habían caído piedras de granizo, y que era raro que pasara un año sin que cayeran granizos en las altas serranías.

El General hacía compras anuales, en Trujillo y Omoa, de paños y driles, los cuales traía en sus trenes de mulas desde la costa y con los que suplía a todas las haciendas de los alrededores. Los días domingos el patio se llenaba de gente de todos rumbos que, por turno, entraban a la casa y cuidadosamente examinaban las mercaderías. De estos visitantes obtuve numerosas noticias sobre las minas de oro y muchos de ellos hablaban de su propia experiencia, por lo que parecían merecer crédito.

Cerro Gordo está en el valle de Lepaguaré frente a la hacienda y aquí una mujer, que fue lavadora, me señaló desde donde estábamos un cerro de roca de cuarzo que, dijo, contenía oro. En la quebrada que pasa por su base, grandes cantidades de oro, agregó, han sido lavadas. Otra sabía de veinte lugares en donde ha sido encontrado oro seco. El mayordomo de Ulúa, que fue un buscador de oro en sus tiempos, me aseguró que los depósitos de oro en el Guayape eran nada en comparación con los de Mangulile y Mirajoco, en las cabeceras del Río Aguán o Romano. Allá, me dijo, se han hallado cerca de la superficie pedazos de oro que pesan más de una libra. Estas minas, dijo, pueden ser alcanzadas por la vía del río Aguán. A lo largo de las lomas se han hallado masas de barro con pedazos de oro que pesan de dos a tres libras y en la misma masa más de media de puro oro". Los descubrimientos recientes en la costa Norte de Honduras, en el Río Papaloteca, corroboran parcialmente las historias sobre el oro en aquella región.

El señor Bustillo, de Juticalpa, había recibido del Presidente Cabañas el nombramiento de Superintendente de las Tribus Indias de Olancho, siendo el objeto de esa oficina el de protegerlos, tanto como fuera posible, en sus relaciones con las otras razas. Este caballero, para quien tenía una carta de presentación de Cabañas, en una larga conversación que con él tuve sobre el tema del oro me aseguró que tenía averiguado muchos hechos espeluznantes en relación con la producción rendida por las minas de oro. Libras de oro puro se traían en los viejos tiempos y se vendían por los indios de Olancho Viejo y especialmente de la población

de Culmí, hacia el Norte. Los curas en aquellos días sabían de los escondites de oro. Todavía, me dijo, tienen minas de oro escondidas que ningún ruego los hará descubrir. Hay una mina de oro cerca de Juticalpa, continuó mi informante, con su nombre aborigen de Jotejiagua, en la montaña de Zapote Verde. Esta mina, como los datos más veraces lo aseguran, fue antes inmensamente productiva. Ha sido objeto de búsqueda por muchos años y se han encontrado evidencias de viejos trabajos e implementos pero no la mina.

No omitiré dar cuenta aquí de lo que me dijo mi viejo amigo el señor Garay, en Juticalpa, sobre los depósitos auríferos de su hacienda El Panal, al Norte de Lepaguare y cerca de la frontera con Yoro. En 1836, estaba mi informante ocupado en herrar ganado en su hacienda y allí se encontró con el señor Leveri, un médico español que, habiendo fracasado en unas empresas de explotación de minas de plata en México, había venido a Honduras a resarcirse de sus pérdidas. El doctor estaba ocupado en trabajar una mina de oro no lejos de la hacienda. Por mina de oro se quería decir que en uno de los arroyos de aquella vecindad se había descubierto un depósito del metal precioso y él tenía unas pocas máquinas rudimentarias trabajando para separar el oro de la tierra y la arena.

El señor Garay visitó los trabajos y al hallar que el empresario era un hombre sincero le ofreció los fondos necesarios por adelantado, y también ubicarlo donde, si él tenía más interés por el trabajo en las minas que por el de la ganadería, podría hacerse rico en una temporada. Lo llevó a la Quebrada de El Panal y un día de lavado con bateas produjo dos onzas de oro. Después el doctor pasó toda su maquinaria a este lugar y aprovechó los servicios de otro español llamado Butanzos, que era su capataz. Pasados muchos días se logró completar las instalaciones y el resultado de pocas horas de molienda, filtrado o lo que hacía la máquina, fueron dos onzas de oro fino.

Pero este éxito tan halagüeño estaba destinado a terminar porque la maquinaria se había colocado en un lecho de arenas movedizas y a la semana se había hundido. Las operaciones gradualmente cesaron y el Doctor Lavari se fué al río Mangulile en donde después de trabajar por dos años regresó a España llevando consigo muchas libras de oro. Pero en la semana antes mencionada se había sacado cerca de una libra de oro fino de la maquinaria, oro que el narrador afirma ayudó a pesar. Los restos de la maquinaria todavía pueden verse en El Panal, en donde como lo asevera el viejo Don Fran-

cisco le ofrece adelantarle el capital necesario.

El Retiro, ya descrito como situado en el Guayape, se dice había sido antiguamente trabajado por un hondureño nativo llamado Pedro Herrera. Para impedir que los trabajadores le defraudaran, además de pagar sus salarios les permitió el uso de sus instrumentos y el privilegio de trabajar por sí mismos dos días por semana. Los cuatro días restantes se los reservaba él para sí mismo, y se asegura que él había recibido de dieciséis a veinte onzas de oro cada sábado por la noche. Pero, agregó mi informante, por su lavado negligente, ellos siempre perdían cantidades en la arena.

Otro lugar del Guayape, llamado Alajagua, fue una vez propiedad de una anciana viuda, quien empleaba muchos trabajadores en el lavado de oro. Se dice que se sacó de este lugar una libra de oro por hombre por muchos días sucesivos, pero un día, siguiendo el filón de abajo de un risco de rocas y tierra, éste se hundió pereciendo cinco hombres. Vino el cura y después de la exhumación de los cadáveres maldijo el lugar, que se distingue por dos rocas picudas, y desde entonces nadie se atrevió a trabajar allí.

Se informa que hay muchas y muy ricas minas en las márgenes del Río España que vacía sus aguas en el Guayape. Estos lugares fueron trabajados antiguamente por los españoles, de lo cual deriva su nombre el río. El oro está muy profundo razón por la que no se trabaja ese sitio excepto en las antiguas excavaciones.

Todo un volumen de narraciones similares podría escribirse para ilustrar la antigua y la presente riqueza mineral de Olancho. Las aquí apuntadas son exageradas y las he repetido al pie de la letra para que el lector pueda formar su propia opinión sobre su veracidad. Las mejores veñas de Olancho se agotaron hace siglos, pero no puede dudarse de que existen depósitos que explotados convenientemente darían gran lucro.

Pocos días después de mi arribo a Lepaguare, con don Toribio fuimos a un lugar que queda cerca de la junta de los ríos Almendares y Guayape, donde tenía lugar una pesca con chilpate. Al llegar al río hallamos un pequeño grupo de nativos reunidos en las márgenes del pequeño arroyo, ocupados en extender juncos y una red de ramas en una serie de caídas y rápidos arriba de los cuales se sabía que existían gran cantidad de peces, especialmente cuyamel, que pesan hasta quince libras cuando están completamente desarrollados.

Terminados los preparativos, unas po-

cas mujeres entraron en el río como a cincuenta yardas arriba de los rápidos, llevando consigo una batea corriente conteniendo una infusión de un bejuco machacado hasta hacerlo pulpa y conocido como "chilpate", (posiblemente el *Sapindus saponaria*), y el cual puede recogerse en la cantidad que se quiera en los llanos y a lo largo de las márgenes de los arroyos. Este bejuco tiene la singular cualidad de atolondrar los peces cuando se le mezcla machacado con las aguas corrientes de un río, haciendo que aquellos floten impotentes en la superficie. Cuando son llevados hacia abajo de la corriente se les recoge con la mano de las redes colocadas abajo. A la señal dada, este nuevo aparato de pesca fue dirigido contra los habitantes del Almendares.

Así que la infusión extendía su efecto en la corriente, mi compañero me gritó que observara los resultados. Todas las miradas se concentraron en el agua. A los pocos minutos hubo una conmoción bajo la superficie con frecuentes colazos de los peces intoxicados bajo la influencia de la droga.

Los nativos ahora corrían a las caídas para coger las víctimas que venían flotando hacia abajo, algunos sacudiendo las aletas o las colas por sobre del agua, otros de medio lado, otros boca arriba y otros como si estuvieran borrachos, luchando contra los efectos del enervante y aparentemente determinados a permanecer firmes hasta el último aliento. Había pescado de todos tamaños, desde el cuyamel hasta olominas. Fue la más risible y al mismo tiempo la más extraña escena que yo había presenciado en Olancho, y me pareció una corrupción imperdonable en los pobres peces, que normalmente son abstemios.

Abajo de los rápidos las maniobras no eran menos curiosas. Con la rápida acumulación de peces, todos nos metimos al agua a tirarlos fuera, a las orillas. Hubo como cinco docenas en total, entre las cuales, además de los ya mencionados, había guapotes, machacas y unos pescados bonitos como la trucha moteada. A los más pequeños de los prisioneros se les tiraba de nuevo a las aguas y después de flotar un poco gradualmente volvían en sí y empezaban a nadar de nuevo.

El deportista genuino llamaría a esto un crimen y los discípulos de Sir Isaac harían un gesto de desprecio a tal profanación de los regalos de la Naturaleza, pero es que ellos no han vivido por unos pocos meses en Honduras porque si tal hicieran sus escrúpulos se echarían a un lado frente al apetito que se adquiere en Olancho. Al menos yo me consolé de esta manera, paladeando a la mañana siguiente una gloriosa fritanga de nuestras víctimas.

Estaba felicitándome de haber suscrito al fin mi contrato con los Zelaya cuando un correo llegó de Juticalpa con la noticia de que los hermanos que estaban allá no quisieron firmar bajo condición alguna. Los guatemaltecos habían invadido Gracias con Guardiola, enemigo jurado de todos los americanos. Temían su venganza y como consecuencia una guerra entre Olancho y el resto de Honduras. La famosa Expedición Kinney, con sus pretensiones sobre la Costa de La Mosquitia (que posiblemente podría extenderse a Olancho mismo) había llegado ya a San Juan del Sur. La noticia acababa de recibirse de Trujillo y había un cese en las negociaciones. En Lepaguare los hermanos rehusaron firmar el contrato, a menos que todos lo hicieran y ahora veía todo mi castillo de sueños derrumbarse por los suelos, sin gloria.

No gasté mucho tiempo para convencer al General que fuéramos a Juticalpa, a donde llegamos ya de noche, siendo recibidos con la cordialidad de siempre. Otra semana más hube de pasar aquí alegando, persuadiendo y arreglando, por último logré que los hermanos disidentes convinieran en dar su asentimiento al contrato. Este fue firmado, sellado y autenticado por las autoridades respectivas.

En la última noche mi viejo amigo el señor Francisco Ayala, Jefe Político, me permitió examinar los registros del departamento de Olancho. No llegan hasta los primeros establecimientos de los españoles. En Manto, la antigua capital después de la destrucción de Olancho Viejo, están depositados los registros anteriores a 1671, que fue probablemente el año en que el asiento del gobierno departamental fue trasladado a Juticalpa.

El papel era áspero, pero fuerte, mostrando el sello del Gobierno. Los documentos estaban escritos en español antiguo y abreviado y casi borrados por el tiempo y las incursiones de los insectos. Varios de ellos eran ininteligibles. Los títulos de la corona española, cediendo las tierras actuales de los Zelaya al señor Jerónimo Zelaya en 1540, se dice, se hallan bien preservados en Manto. Este caballero, como Don Santiago, su descendiente afirma, vino con Don Pedro de Alvarado y fue el primer colonizador que hubo en el valle del Guayape. Como la historia de los primeros colonos en Centro América está detalladamente descrita por los historiadores españoles, el hecho, si es verdadero, bien puede ser verificado. Don Santiago me dio un detallado recuento de la expedición de su valeroso ancestro en Olancho, los ataques y el robo de ganado por los salvajes, el descubrimiento del oro y la rápida población de estos valles ubérrimos por los extasiados españoles, que por lo menos hicie-

ron de Olancho lo que es ahora, el sector ganadero más grande de Centro América.

Otro adiós caluroso y salí definitivamente de Juticalpa y de Lepaguare dos días después; toda la familia me encaminó a través de las llanuras hasta el Cerro Gordo, donde desmontamos y, a mi vez, les di un abrazo a la manera acostumbrada en el país. El grupo, exceptuando a Don Toribio, regresó entonces agitando sus pañuelos hasta que un monte cercano los ocultó de mi vista. Mi compañero me dio un encargo particular para Tegucigalpa y luego, estrechando mi mano por la última vez, volvió su caballo hacia la hacienda y lo espoleó rumbo a su hogar.

Confieso que un sentimiento de profunda nostalgia me invadió así que desde el cerro contemplé por vez postrera el valle encantador extendiéndose a lo lejos como un mar y resplandeciendo con su belleza en la fresca mañana. Los rayos oblicuos del sol se mezclaban con el rocío de las nieblas de los llanos. Allá lejos apareció una porción del aún más bello valle de Galeras, lleno de

ganado y verde como la esmeralda. Vi a Don Toribio siguiendo su camino hacia la hacienda y las manadas de ganado y de caballos corriendo mientras los osados vaqueros las encaminaban. Era un panorama peculiar de Olancho. Me paré precisamente en el propio lugar desde donde, hacía algunos meses después de un viaje cansado a lomo de mula entre montañas, tuve de pronto el primer vistazo de este paisaje florido y de montañas azules y purpúreas. La misma ruta tenía de nuevo que recorrer, pero la perspectiva del viaje solitario estaba ahora desnuda del encanto y de la novedad y en mi fantasía vi más allá de las playas de Centro América, donde la agitación y la vida civilizada invitaban con un encanto más poderoso que los climas suaves y el escenario fantástico de los trópicos. El americano, para apreciar de lleno su tierra natal, debe primero aprender, por amargas privaciones y contraste, sus bendiciones incomparables. Regresé con tales reflexiones hacia la empinada cuesta, para subir la cual Roberto había acicateado ya las mulas; yo, mientras, daba vueltas en la senda y contemplaba a Olancho por última vez.

23

**Guaimaca.—La Niña Albina.—Talanga.—Una noche en la casa de don Gregorio Moncada.—Cofradía.—Doña Tomasa.—Tegucigalpa.—Hospitalaria recepción.—Los Minerales de Tegucigalpa.—Un viaje a Santa Lucía.—Mina Grande.—Un molino de plata.—El camino.—Descenso a la mina de San Martín.—Método para extraer brozas.—Mina de Gatal.—Falta de conocimiento y de maquinaria.—Antigua productividad.—Rendimiento actual.—Especulaciones sobre el origen de la plata.—Un taladro.—Campana.—Mineros ambulantes.—Ascenso al monte de Santa Lucía.—Villanueva.—Mina de la Peña.—Mina de El Zopilote.—Primitivo procedimiento de fundición. El cerro de cobre del Chimbo.—El Capitán Moore.—Leyendas sobre minas.—Mina de Guayabillas.—Historia de su descubrimiento.—La familia Argeñal.—Empresa inglesa.—“La fatalidad del país”.—Últimos días de la mina de Guayabillas. Salida para los Estados Unidos.—Otra vez Amapala.—La guerra.—El “Contrato de Walker”.—La bahía de Fonseca a la luz de la luna.—En el mar sobre una lancha.—El Realejo.—San Juan del Sur.—Un vapor norteamericano.—
De nuevo en la patria!**

La ruta a través de las montañas de Campamento ha sido descrita antes. Habiendo pasado la noche allí, emprendimos nuestro viaje muy temprano de la mañana y al atardecer renovamos nuestra amistad

con la señora Hipólita y su bonita hija, en Guaimaca. Esta última desapareció por unos pocos minutos después de mi arribo para regresar pronto con el obsequio que le hiciera en mi viaje de ida, convertido en un vestido

que le sentaba muy bien. Como siempre había poco que comer en Guaimaca, más, el proverbio bíblico quedó demostrado una vez más ya que la Niña Albina regresó después de hacer una expedición exploratoria por la aldea, con una gallina viva, algunos frijolitos y huevos. Después de la cena la joven tuvo la fineza de picar un excelente tabaco para mi pipa y por la mañana estaba preparando un sólido desayuno para antes de que emprendiéramos la jornada.

De Guaimaca a Talanga hay un día de camino. Llegamos a esta última aldea a la caída del sol y nos fuimos directamente a la casa de nuestro anterior anfitrión, don Gregorio. Lo hallamos en medio de sus gallos de pelea, ocho en total, cada uno amarrado de la pata a un trozo de madera cuadrado, y varios de ellos cantando retadores a pesar de lo avanzado de la tarde.

Se excusó de que su señora no venía a darnos la bienvenida porque, insinuó con aire de importancia, pronto le daría a la familia Moncada un nuevo retoño. Cuando vino la noche las campanas de la iglesia tocaron a oración. Las mujeres de la casa —había cinco— se hincaron a rezar con tal devoción que imaginé que el importante evento estaba ya muy próximo.

A las ocho de la noche se apagó la vela y la familia se retiró a dormir, menos yo que me acosté sobre un banco, del que tomé posesión a falta de un cuarto donde colgar mi hamaca. Dormir era imposible. Varios "chanchos", víctimas del frío, se habían arrimado cerca de la puerta, y sus continuas reyertas por un espacio donde echarse o por alcanzar el puesto interior, acompañadas de un quejumbroso chillido, persistieron hasta después de la medianoche, hora en que tuve que levantarme, abrir la puerta y darles de golpes con un garrote, haciéndolos ir a gruñir a la plaza. La noche helada y nebulosa y la aldea quieta como una tumba. Habiendo cerrado la puerta, probé dormir otra vez, pero ahí no más, los cerdos en mayor número regresaron al mismo punto. Una cabra que estaba encerrada en la cocina comenzó a balar desesperadamente a intervalos regulares por el resto de la noche, mientras las llamadas frecuentes de la progenie de don Gregorio, de vez en cuando daban pábulo a interesantes debates de familia, ocurriendo todo en la más negra obscuridad.

En la madrugada, la fatiga de la jornada del día anterior por cerros escabrosos, se impuso sobre todas las demás sensaciones y, a pesar del asalto de las pulgas, que hervían en la choza, había caído ya en un adormecimiento, cuando los gallos amarrados dentro de la casa para su seguridad, comenzaron sus cantos matinales hasta clarear el

día; y entonces febril, agotado y medio loco, salí a la calle y ordené a Roberto que buscara los animales para salir inmediatamente de Talanga.

A pesar de las pulgas y del ruido infernal, don Gregorio dormitaba tranquilamente en su esquina y refunfuñó somnoliento cuando las mujeres invadieron la casa para sacarlo a la calle con todo y sus gallos. Roberto tardó dos horas en buscar las mulas, y cuando yo había renunciado a esperarlo y resuelto comprar una para proseguir solo, apareció de repente con ellas desde un punto insospechado. En otra media hora más ensillamos, cargamos y, desde mi bestia, dije adiós a la San Diego.

Desde entonces he pensado que mi apresuramiento para salir y que el haber omitido los corrientes cumplidos al despedirme, dejaron en el ánimo de don Gregorio la duda sobre si yo era agradecido y bien nacido. Sea lo que fuere, creí que otra hora más en Talanga (cuyos horrores apenas he descrito) me haría de seguro un candidato para el asilo. ¡Qué las nuevas responsabilidades de don Gregorio Moncada perduren, son mis deseos para su orgullo y honor! aunque lo dudo mucho, si como padre se limita a su ocupación de fumar cigarrillos de papel y jugar gallos.

Impaciente por terminar mi viaje, máxime por sufrir un intenso dolor en un pie que me herí y sin poder usar bota, dejé atrás a Roberto y seguí sólo mi camino. El sol deslumbraba tanto al reflejarse en las montañas de caliza que tuve que proteger mis ojos con un pañuelo.

Al anoecer, las chozas de Cofradía aparecieron inesperadamente y era tal el dolor que me obligó a desmontar en la primera cabaña. La buena suerte hizo que me dirigiera a la casa de la principal persona del poblado, una señora ya de edad, sorda, que hacía poco había llegado de Tegucigalpa. Al solicitarle hospedaje me contestó moviendo la cabeza y diciéndome: Soy sorda, señor! al mismo tiempo se ponía una mano en la oreja. Levanté mi voz, pero sin resultado, hasta que llegó una muchacha morena a la puerta y con sus señas le tradujo mis deseos.

Después de varias preguntas sobre el lugar adonde yo iba y de sentirse satisfecha de que yo no tuviera nexa alguno con la revolución, me otorgó el permiso, aunque la vieja abrigaba sospechas por mi traje y por mi aspecto extranjero, y más que todo, porque no andaba con criado, sin el cual ningún caballero viaja en Honduras. Pero sus temores pronto se desvanecieron con mis explicaciones, y al ofrecerle varias monedas de

cobre me preparó una comida con carne salada y tortillas.

Al saber que yo era americano, la señora empezó a ponerme sitio a fin de que le diera remedios para su sordera, y no deseando defraudarla y, al mismo tiempo sabiendo lo inocuo de mis recetas, le recomendé baños diarios de agua caliente (que mucho los necesitaba) y abluciones de aguardiente con sal aplicadas a los pies! Estoy seguro de que si ella hubiera recobrado su oído, lo hubiera atribuido a mi receta, y si nó, ¡a que hasta los más célebres doctores no siempre son infalibles! Pero doña Tomasa —que así se llamaba— ya no necesitaba de remedios. El tiempo, ese inflexible destructor de todas nuestras facultades la habrá alcanzado inexorablemente.

En la madrugada un viento del Norte soplaba acompañado de lluvia. Roberto aún no había llegado. En Río Abajo, sin embargo, me alcanzó y me dio la terrible noticia de que se extravió del camino y cayó en un barranco en la tremenda obscuridad de la noche. El caballo estaba tan malherido que hubo necesidad de matarlo, y las abundantes manchas de sangre en el cuerpo de Roberto demostraban que había escapado por milagro. Los demás animales fueron sueltos para que pacieran libremente y, entonces montando en nuevas mulas, salimos hacia Tegucigalpa, en donde mi viejo amigo el señor Lozano, me dio la bienvenida con su acostumbrada cordialidad.

En relato de mis impresiones sobre Olancho ocupó toda la tarde. El viejo señor examinó mi contrato, y con verdadero entusiasmo hispano, ya veía él la restauración de los buenos tiempos de la colonia, tal como él alcanzó a verlos cuando niño. Empleó todo el siguiente día en circular la noticia sobre el brillante futuro de Olancho bajo los auspicios de los americanos del Norte, y antes de una semana se formaron dos grupos en Tegucigalpa, uno opuesto a la entrada de los americanos en Olancho y otro, con expresiones entusiastas, en favor de la "regeneración futura del país".

La invasión de los guatemaltecos había hecho que el Gobierno se trasladara al departamento de Gracias, donde el Presidente Cabañas estaba preparándose para atacar al enemigo. La firma del Secretario de Relaciones Exteriores, que era necesaria para la validez de mi contrato con las autoridades de Olancho, fue solicitada, enviándose el documento a los Llanos de Santa Rosa, en donde, habiendo sido puesto a la consideración del Ejecutivo por varias semanas, al fin se le pusieron las firmas con el sello oficial.

Durante este lapso hice varias excursio-

nes a los lugares vecinos, tanto como mi derrengadura lo permitía, a fin de continuar el examen de las minas de plata del departamento. En un capítulo separado doy todos los datos a este respecto tal como pude recogerlos, los cuales, aunque incompletos y presentando sólo una consideración superficial de su valor, pueden servir para demostrar la inmensa riqueza que se oculta en las montañas de Honduras y que está en espera de una empresa de trabajo y de inteligencia que la explote.

Los modernos descubrimientos de oro han ampliado la esfera de nuestro comercio y, como objetivo de una industria productiva, ha dado nacimiento a dos nuevos centros comerciales, que se dividirán entre ellos la riqueza del Pacífico. Estos acontecimientos son más importantes que las revoluciones.

Pero si el oro ha establecido de por sí una nueva dignidad y poder como causa instigadora del progreso, no menos lo puede la plata, cuando su producción, como metal hermano, caiga una vez para siempre en manos de la industria anglosajona y bajo la férula de su inteligencia profética.

La región de Honduras, al Oeste del departamento de Olancho, está cruzada por vetas de plata que, en las dos últimas centurias, han vertido millones sobre Europa y hasta han competido con el Perú y México. Su posición aislada, apartada de las rutas del comercio, hasta hace poco ha impedido que reciba la atención de los capitalistas para que se dé un impulso poderoso a sus minas, como a las de otras repúblicas hispano-americanas. En los departamentos de Gracias, Comayagua, Choluteca y Tegucigalpa existen cientos de vetas de plata que, trabajadas económicamente y con aparatos científicos, seguramente enriquecerían a quienes llevaran a cabo esa empresa. Mis propias observaciones se limitaron a las minas del último de los departamentos nombrados, en donde se me dieron todas las facilidades para su inspección.

Tegucigalpa cuenta dentro de sus límites con diez minerales, o distritos mineros, teniendo cada uno su grupo de minas importantes, muchas de ellas abiertas hace largo tiempo y muchas en magníficas condiciones de trabajo. En compañía del señor José Ferrari visité el mineral de Santa Lucía, cerca de Tegucigalpa. Después de unas horas a caballo alcanzamos la cima de la serranía montañosa de Santa Lucía, aunque a nuestra derecha se alzaba un pico verde, cerca de mil pies más arriba de nosotros. Desde nuestro puesto tuvimos una espléndida vista de Santa Lucía, aldea pequeña pero graciosamente construida, emparrada con arbo-

ledas y adornada con una iglesia nítidamente blanca. Las milpas y trigales se destacaban en las faldas de esta serranía, y el señor me mencionó un molino harinero que trabaja con fuerza animal en una de las aldeas de más abajo.

Al descender al Valle nos desviamos para examinar la Mina Grande, célebre por la anchura de sus vetas. Es propiedad conjunta del señor Ferrari y de los herederos de don Francisco Lozano. La veta principal tiene once varas (33 pies) de espesor y produce un buen porcentaje de metal por tonelada de broza. Hasta ahora, sólo se han hecho cuatro escaleras, aunque la mina fue antes propiedad de los Rosas, una familia rica española. Ellos emprendieron los trabajos durante dos años hasta que, por la Independencia de 1821, se cortaron todas las relaciones políticas con España; por esa y otras causas, abandonaron la mina, como también las de Gañal y San Martín, dejándolas perderse. La entrada a la veta principal se halla en una meseta arbolada de pinos, cerca de la cumbre de la montaña de piedra caliza en la ruta hacia Santa Lucía y a más de 4.100 pies sobre el nivel del mar.

Cuando llegamos, dos indios viejos trituraban la rica broza entre grandes piedras, y hasta con este procedimiento primitivo e ineficaz lograban su sustento y obtenían una ganancia para su propietario. Los trabajos mejor organizados emplean una maquinaria sencilla de trituración, que consiste en dos piedras de molino rastreadas alrededor de una piedra circular, movidas por mulas o bueyes, que tiran de una larga viga que da vueltas en un poste central, lo mismo que un antiguo molino de sidra. A esto se le llama a veces trapiche pero más a menudo rastra. Las que vi en otras partes se movían muy despacio e imperfectamente. La broza molida se trata con fuego o con azogue, o con ambos, de acuerdo con el tipo de mineral. Una buena máquina moderna para triturar, como las que usan los mineros del cuarzo en California y Australia, haría veinte veces el trabajo de estos molinos destartados y con un costo casi igual. Un solo molino prepararía broza suficiente en la Mina Grande como para producir inmensas sumas, si uno juzga por los beneficios que se consiguen con el presente método tan rústico.

El mayordomo me dijo con una emoción muy hispana, que ellos perdían la mitad de la plata debido a la mala maquinaria y a la mala administración. Como prueba de la extensión de los viejos trabajos y de los métodos tan ineficaces que se empleaban, noté muchos montones de broza desperdiciada y roca (respalde) los cuales serían una fortuna para un minero yankee, con sus modernos trituradores y su experiencia.

De la Mina Grande descendimos, teniendo un magnífico panorama frente a nosotros, a través de arbustos y de pinos muy resinosos. Un mar de colinas, arboladas hasta la cima se extendía en nuestro derredor. Llegamos al pie de estas eminencias y empezamos a subir por otra, cerca de cuya cima se asienta la aldea minera de Santa Lucía.

Supe que en el invierno esta aldea es abandonada por la gente muy pobre, debido a su clima inclemente y a sus frecuentes granizadas. Durante el verano es lugar de recreo de los tegucigalpenses que van allá por las cualidades curativas atribuidas a su atmósfera y por los millares de rosas (1) que crecen en las faldas de sus montañas.

Nuestras fuertes mulitas se esforzaban subiendo la cuesta y a las once de la mañana llegamos al punto más elevado, a 4.320 pies sobre el nivel del mar. La temperatura no subió de 72° Fahr. a mediodía. Hicimos alto en una pequeña propiedad de adobe del señor Fiallos, y el sirviente, que llevaba las provisiones, pronto sirvió una excelente comida, que compartimos después de la fatiga de la mañana. Después de comer y de saborear mi pipa, proseguimos nuestro viaje por varias millas sobre un camino fragoso, en una densa floresta y llegamos a eso de las dos de la tarde a un pequeño caserío de chozas de adobe, propiedad del señor Ferrari, una de las cuales protegía la entrada de la gran Mina de San Martín, que, según supe, es la más rica de todo el distrito.

La cabaña más grande del pequeño grupo, según nos dijo nuestro conductor, estaba destinada a la bodega, en donde guardaban la broza de más valor hasta que pudiera ser conducida al molino, a tres millas de distancia. Otra de las chozas servía de residencia al mayordomo y una tercera a los trabajadores. La entrada de la mina está en una cresta de la montaña, que mira hacia el Noroeste, frente a una cadena de cordilleras llamada montañas de Lepaterique, divisoria entre los departamentos de Comayagua y Tegucigalpa. Algunos de sus picos se cuentan entre los más elevados del país. A través de un portillo de esta estribación vimos el distante pico de Comayagua, cercano a la ciudad del mismo nombre, que se yergue como una pirámide azul en aire claro de la tarde. El follaje de los grandes valles y laderas que nos circundaban reflejaban varios tintes: los tonos suaves de los robles y los arbustos, contrastando con el verde obscuro de los pinos.

Nos preparamos para descender a la Mina de San Martín, tomando cada quien un buen trago de aguardiente para protegernos contra el frío subterráneo. Luego precedién-

(1) Los claveles también han dado fama a Santa Lucía

donos un indio desnudo con una vela de sebo y yendo otro, en igual traje, a la retaguardia, comenzamos el descenso dentro de la "Cueva".

Antes de entrar a la mina anoté el vocabulario que usan los mineros, el que incluye muchas expresiones técnicas. La veta misma la llaman ellos broza, que es una mezcla de minerales cristalizados: piedra caliza, cuarzo, sulfuro de plomo, antimonio, hierro y cobre, que llenan las grietas irregulares o entran en la masa de respalde o roca viva. Una vena de broza o veta puede yacer entre dos estratos de roca plana como una sábana entre dos colchas y penetrar dentro de la montaña; o puede ser simplemente el contenido de una grieta o hendidura, que descien- de hacia las regiones más bajas de la tierra a una profundidad incalculable.

El metal a veces descubre hilo de plata pura y penetra las hendiduras de las rocas como las raíces fibrosas de una planta; pero la cantidad de éste nunca es grande, y las mejores minas son las que dan una producción estable de broza. Es probable que los sulfuros de plata, antimonio, cobre, mercurio, plomo y hierro, que se hallan en estas hendiduras, hayan subido, ya en forma de vapor o de lava (roca líquida) desde el horno volcánico de las cámaras profundas de la tierra.

Entramos primeramente por lo que se llama un frontón, cámara horizontal, o socavón, que terminaba en la boca de una cavidad perpendicular que en la jerga es conocida como pozo. Precedidos por nuestro guía descendimos por un tronco de roble colocado verticalmente al cual se había hecho incisiones para poner en ellas las manos y los pies. A esto se les llama escaleras y, por lo general, son de cuatro varas de largo cada una. Son exactamente iguales al llamado "Sansón post" que en los barcos conducen de la escotilla a la bodega de abajo.

Al pie de cada escalera hay una pequeña plataforma de tierra, apenas lo suficiente para servir como lugar de descanso; desde allí el socavón sigue horizontalmente por unos pocos pies y luego comienza una segunda escalera. El descenso en la silenciosa lobre- guez de una de estas minas no es nada agradable. La reflexión de que otros las han bajado antes y las recorren todos los días sin peligro, no es lo suficiente como para que uno se sienta seguro. Al pie de la segunda escalera la obscuridad se había hecho impenetrable y aquí fue el comienzo de un frontón, con galerías divergentes y con techo sostenido en ambos lados con muros sólidos de respalde, cortados con gran regularidad y apuntalado, además, con pilares gruesos de madera de roble, en los cuales brillaba la

broza cristalizada. El aire de esta caverna tenía la humedad pegajosa de un calabozo descuidado. A medio camino hacia abajo, oímos un tenue y continuo sonido, como el eco de pisadas en una bóveda vacía. Este surgía de los golpes de los mineros abajo, lejos de nosotros.

Después de un fatigoso descenso, nos encontramos en el fondo de la mina, a una profundidad de 164 pies, la temperatura en este punto era de 68° Fahr. De la base de la escalera más baja, la veta había tomado una dirección más horizontal y la excavación se hacía en forma de cavernas de techos arqueados, que volvían a hacer eco a los golpes que los mineros daban contra la roca con puntiagudas barras de hierro, rompiendo porciones de broza y emitiendo cada golpe un quejido hueco, molesto para uno no acostumbrado a ese sonido, pero como me lo aseguró un individuo de complejión hercúlea, necesario para el barroteo porque materialmente facilita su labor.

La fría humedad, la expresión macilenta que comunicaba a nuestros rostros la luz de la vela reflejada en las brozas brillantes, el aspecto bárbaro y antinatural de estos trabajadores subterráneos, las brechas oscuras que conducían a profundidades y distancias desconocidas en el sólido corazón de la tierra, la idea de que la montaña colgante sobre nuestras cabezas pudiera en cualquier momento desplomarse para privarnos de la luz del día —accidente para el cual en la jerigonza minera existe la palabra campana— era suficiente para esta mi primera exploración de una mina de plata en Honduras.

Uno de los trabajadores introdujo su barra en el saliente de una veta, y, después de hincarla y de darle un tirón, sacó una especie de arcilla suave, que caía en pedazos como de diez a treinta libras de peso. Tomé de ella cuanto podía aguantar en la subida. Después de trepar por abismos abiertos, que parecían pozos de noche líquida, llegamos jadeantes y sudorosos a la luz del día.

Cada quien repitió su dosis de aguardiente, que el viejo patrón parecía considerar como una panacea a la cual echar mano en toda ocasión. Mientras estábamos descansando, el cortés e inteligente mayordomo me dio cuenta y razón claras de los métodos que se usan en la extracción de la plata y cuya descripción doy en otra parte. Las muestras de broza de Santa Lucía y de las otras minas del departamento, en total siete lotes, promediaron cuando fueron examinadas por los químicos norteamericanos \$72.00 por tonelada; el más bajo de \$17.97 y el más alto de \$218.58 por tonelada, pero los trabajadores del señor Ferrari no se dan cuenta, ni aproximada, de tales cifras.

El mayordomo se quejaba amargamente de la falta de maquinaria y de técnica en el laboreo de la mina, con lo cual su dueño estuvo de acuerdo y me ofreció la cuarta parte de la producción si yo, con mis propios conocimientos en la materia o con la asistencia de un buen químico, salvaba las grandes pérdidas de plata y de azogue con la introducción de un buen procedimiento moderno.

La naturaleza ha hecho todo en Honduras; el hombre, al menos el de la época actual, no ha hecho casi nada. Una mina de plata en Connecticut o en Delaware, que rinda \$20.00 de plata por tonelada, sería una propiedad valiosa. Los alemanes trabajan brozas de galena argentífera que rinden solamente de \$5.00 a \$10.00 por tonelada y a pesar de este valor tan bajo no son improductivas. En los Estados Unidos se hacen grandes inversiones de capital en minas de una calidad inferior y se construyen caminos para llegar a ellas que cuestan el doble de lo que probablemente se requeriría para controlar el acceso a la mina de Santa Lucía. Nuestra ignorancia sobre Honduras es la que nos ha privado de explotar sus tesoros escondidos e inútiles. No pueden trascurrir muchos años sin que esta ignorancia sea disipada por los relatos de los exploradores y que una nueva fuente de riqueza se abra para el mundo.

Aunque bajo el dominio español salieron millones de la riqueza de las minas de Honduras, no debemos suponer que los métodos de trabajo en aquellos días eran mejores o que las artes de la metalurgia estaban más avanzadas. El secreto de la gran producción se hallaba en el número de trabajadores que se emplean para sacar y moler las brozas. Ha hecho falta desde un principio, maquinaria para extraer y pericia para amalgamar y refinar, como se tiene ahora en Alemania. Las ganancias de la minería de la plata en Honduras bajo el sistema colonial de España aparecen en un informe rendido por el Director del Cuño de Tegucigalpa y publicado en 1828 por Henry Dunn en su obra sobre Guatemala, en la página 223. Este informe supone presentar la cantidad de plata y de oro amonedada en el Cuño en los quince años inmediatamente antes y después de 1810. Niega que todo esto sea lo que las minas han producido en ese período ya que grandes cantidades fueron exportadas, "así que de acuerdo con los cálculos de personas entendidas, apenas si una décima parte de los metales obtenidos durante los anteriores seis años habrán pasado por el Cuño "La cantidad de plata acuñada en treinta años se fija en 677.441 marcos, y la cantidad de oro amonedada en 1 808 marcos. El valor total del oro y de la plata acuñada de 1795 a 1825, es de \$ 6,004.214.00. Mr. Dunn, sin embar-

go, no le da crédito a este informe. El admirable sistema de los viejos españoles en la compilación y registro de estadísticas de las producciones y asuntos políticos de las colonias, parece que desapareció con la cesación del dominio hispano en América y que una falta total de datos dignos de confianza impide hoy que se obtenga una información veraz en cada ramo de la industria y, particularmente, en el de la minería.

El método para extraer la broza de las minas es el de los tanateros, trabajadores cuya labor de toda la vida ha desarrollado maravillosamente su sistema muscular. Estos hombres, por lo general, son indios de bellas formas, apacibles, industriosos y sumisos. La misma labor sería mucho más económica si se realizara con una pequeña máquina de vapor. Más de dos millones, se afirma, se obtuvieron de la mina de San Martín, mucho tiempo antes de la revolución, lo que corresponde a más de treinta mil toneladas de buena broza, tomando en cuenta las pérdidas corrientes, y de una mina que apenas si tiene ciento setenta pies de profundidad. Este es sólo uno de los centenares de informes que se les da a los extranjeros que visitan las minas argentíferas de Honduras. El Sr. Squier describe la nueva mina Coloal, en el departamento de Gracias, como productora "de la sorprendente proporción del 23.63%, u 8.475 onzas por tonelada de 2.000 libras!". Una descripción oral de la misma mina se me dio en Tegucigalpa estableciendo la producción de Coloal mucho mayor que aquella. Tales informes aparecen casi fabulosos, pero realmente son verosímiles en Honduras, si a los asertos de cientos de testigos presenciales debe dársele crédito.

De San Martín nos fuimos el mismo día a El Gatal, que apenas si queda a una milla de distancia, mina célebre que también es propiedad del señor Ferrari. A lo largo del camino vimos pinos de dieciséis a dieciocho pulgadas de diámetro y enteramente rectos. Parecían ser inmejorables para el maderamen de las minas, pero no se les usa para ese fin, preferible el roble, que se puede obtener fácilmente. A pesar de mi previa resolución de no hacer un segundo descenso dentro de la tierra, bajé y hallé en la mina del Gatal que las excavaciones eran más extensas y más imponentes que las comparativamente modernas de San Martín. En un gran trecho se apartan ramales de galerías hacia la derecha y hacia la izquierda siguiendo el curso de un lecho secundario de broza, el que atraviesa la vena más grande o perpendicular. Una de estas, llamada veta azul, está aparentemente conformada con la estratificación, como un lecho interpuesto entre dos capas de arenisca, mientras la otra, la veta principal es perpendicular. Todas las grietas de las montañas y, en consecuencia

los mantos de broza en este mineral, corren de Norte a Sur, excepto la veta azul.

Explicar las causas de estas grietas, a través de las cuales los metales preciosos se han escurrido hacia la superficie desde los lagos de lava metálica del interior de la tierra, es labor para los geólogos profesionales. ¿Se elevaron en forma de vapor para condensarse luego en las paredes de las grietas? ¿Se disolvieron en agua hirviendo más allá de la temperatura del calor-blanco del hierro y que la presión de las sólidas millas de roca encima impidió que se evaporara? ¿Fueron hechas las grietas por antiguos terremotos causados por la comba de la tierra mientras ésta se enfriaba? ¿Se elevaron los metales derretidos en forma de lava? Una cosa está fuera de duda y es que las causas, cualesquiera que hayan sido, penetraron en una ancha extensión de territorio y quedaron profundamente asentadas en la tierra. En esta región es muy raro que las minas de plata se agoten. El trabajo en ellas se suspende por largos períodos, por razones políticas o por otras, pero las vetas, cuando se vuelven a explotar, rinden en proporción a la energía y a los medios pecuniarios del dueño. Varían de anchura, pero continúan indefinidamente. Su producto es inextinguible.

Mientras examinaba el interior de la mina del Gatal, observé más cuidadosamente cómo se apuntala el techo de las excavaciones. Dondequiera que la superficie superior es movediza o de piedra suelta, se ponen gruesas piezas de madera sin desbistar —se prefiere el roble— como soportes. Estos no se colocan con la regularidad ni con la precisión con que se hace en las minas europeas donde este trabajo es científico. Ciertas regulaciones, sin embargo, se establecieron en las Ordenanzas de Minería, observadas durante el predominio de España en toda Hispano América, y que todavía se observan rigidamente en Honduras, en los cuales hay provisiones sobre el amaderamiento para los socavones y las galerías anchas y altas

El peso del techo, presionando insensiblemente y lentamente hacia abajo, algunas veces dobla estas columnas como si fueran cañas. Continúan caen fragmentos de los techos de las galerías, pero los mineros están acostumbrados a estos peligros. Mientras se hallaba parado en una de las cuevas que dejan las excavaciones, vi sobre mi cabeza un montón de varias toneladas de peso colgando en la grieta y listo para caer de un momento a otro. Aparentemente, la vibración de la voz o el sonido de un martillazo puede hacerlo caer. Uno de los mineros me tocó en el hombro sin hablar y me señaló la roca. Salí calladamente de donde estaba con una sensación de vértigo.

Una campana no es asunto de tanto peligro como pueda imaginarse. Antes de venirse abajo el techo, más particularmente cuando los estratos de arriba son horizontales, o moderadamente inclinados, la mina emite un sonido tremulante y quejumbroso; cada puntal de madera se acerca a su compañero y empieza a quejarse y a luchar contra el techo como un hércules fatigado. El derrumbe ocurre lentamente. Un viento sale de la mina; los mineros corren a refugiarse a la galería principal, que siempre es segura, y el sonido se oye por unos pocos minutos, no fuerte, pero sí pregonando claramente la magnitud de las fuerzas puestas en juego.

Después de la salida de la familia de los Rosas en 1823, el Gatal fue descuidado y las galerías decayeron; pero recientemente han sido limpiadas y se está trabajando con bastante buenos resultados. La boca de la mina está a varios cientos de pies sobre la meseta de la región. Mucho más abajo y penetrando en el flanco de la montaña hay un conducto subterráneo o desagüe, llamado taladro. Por él escurren las aguas propias de la mina y las que han caído durante la estación de las lluvias. El desagüe penetra horizontalmente y hacia arriba hasta las galerías, con las cuales se comunica por medio de pozos perforados en el remoteo interior. Se estima este taladro costó a los Rosas... \$ 30.000.00 cuando la mano de obra, bajo un gobierno arbitrario, era mucho menos costosa que al presente. Los mineros norteamericanos hubieran incurrido en un gasto mucho más grande para hacer este túnel, y sin él, el Gatal casi no tendría valor, pues el drenaje se efectuaría por el único medio conocido de los viejos españoles y por los del presente, es decir, llevando el agua en tanques de cuero lenta y laboriosamente hasta la superficie. Solo hay tres minas en el mineral de Santa Lucía que tienen taladros, que en los viejos tiempos eran el gasto mayor en la explotación de las minas de plata y, con vista a su construcción, después de descubrirse una veta se abrían en una altura, si posible para dar oportunidad al drenaje subterráneo. Más lejos al Norte, en la cumbre de la colina está una lumbrera o agujero de ventilación, que ha de haber sido igualmente costosa, porque penetra hasta las más bajas galerías.

Mientras andábamos por la región, vi muchos lugares donde se habían descubierto vetas de plata; hay sin duda alguna una red de metal que penetra por todas las montañas de este distrito. Será siempre imposible estimar la cantidad de plata que existe en estas colinas, pero no es exagerar si se afirma que el desperdicio y desgaste actuales de la plata en el arte y el comercio podría ser sacados de ellas.

Habiendo llenado un saco con la broza del Gatal, regresamos a casa. A los lados del camino y en un declive vi donde habían sido echadas no menos de mil toneladas de desperdicio de broza mezclada con respalde, considerada pobre para ser transportada a lomo de mula hasta el molino. Esta broza desperdiciada podría producir un ingreso remunerativo si se la beneficiara con buena maquinaria y puede conseguirse gratis con solo pedirla. El señor Ferrari me aseguró que él no levantaba del Gatal más de una tonelada de broza al día, empleando varios trabajadores. Esta tonelada diaria da empleo ocasional a su molino, y produce un promedio de doce y medio marcos, igual a cien onzas de plata. Un marco vale nueve dólares de la buena moneda acuñada en Tegucigalpa. Escasamente hay una mina en el distrito de Santa Lucía que no prometa un marco por quintal de cien libras, aún con el burdo método de trabajo que ahora se emplea.

Los mineros activos que no tienen empleo rondan las viejas minas, y con un procedimiento burdo de fundición en vasijas de barro, obtienen tejos de plata cruda, que valen intrínsecamente un poco menos de un dólar la onza. Estos tejos son traídos todos los días a Tegucigalpa donde se cambian con un gran descuento en las tiendas por artículos de primera necesidad. Esta es una de las fuentes de la plata que se exporta de Belice y de San Miguel hacia Londres. El mayordomo del Gatal me dijo que él estimaba el rendimiento de la broza de esta mina y la de San Marín en un promedio de diez onzas de plata por arroba. Esto creo que es una exageración porque equivaldría a una producción por tonelada que, aunque algunas pocas minas de Honduras la exceden, ni la de Santa Lucía ni las de cualquier otra sección de aquella vecindad se acercan a ella.

Después de cargar mis muestras en una mula que llevé para ese efecto, dijimos adiós al mayordomo y a su pequeña grey de desnudos trabajadores y regresamos a Santa Lucía. Poco más o menos a una milla hacia el Sur se destacaban los dos picos de Santa Lucía sobre las serranías vecinas y, teniendo aún tiempo para una caminata, le propuse a don José que subiéramos y coronáramos las aventuras del día con un vistazo desde la cima. Rió de mi idea y dijo que nadie, a no ser los salvajes de los viejos tiempos habían ido allá, pero pronto lo convencí y aceptó, y volviendo nuestras mulas hacia la cuesta las aprontamos a subir.

El camino nos condujo entre pinares, pero pronto se perdió en una maraña de arbus-tos y malezas y tuvimos que mandar un hombre adelante para que con su machete hiciera una abra y, dejando al otro para que

cuidara de las bestias, seguimos a pie. El viejo gruñía por este modo de proceder pero luchando y a intervalos apelando a la bote-llita del estimulante usual en Centro Améri-ca, pronto llegamos a la cumbre.

Difícil es describir el magnífico panorama que se ofreció ante nosotros. A una altura no menor de 5.000 pies y no muy por debajo del pico más alto de la cordillera de Lepaterique, permanecemos gozando de la más extensa perspectiva. La vista estaba limitada por el Sur y Oeste por la cordillera de Lepaterique, que forma el lado Este del valle de Comayagua. Más lejos aún, el horizonte aparecía tras una depresión en estas montañas, precisamente el pico de Comayagua antes mencionado. Al Este, desde donde venía un viento fuerte y helado, había aparentemente un laberinto interminable de montañas que se perdían en la distancia y todo aparecía alfombrado de verde. Al Norte, la vista todavía se encontraba con cerros y valles, como las olas de un mar agitado, pero bañado en la luz brillante del sol. Hacia Olancho se veían los conos del Guaimaca y de Teupasenti. Hasta don José cesó de quejarse de sus piernas y se divirtió haciendo vanos esfuerzos por distinguir su casa entre la masa de edificios de Tegucigalpa, que se miraba con sus iglesias blancas y con las verdes palmeras diseminadas como en un mapa a miles de pies abajo.

El estampido de un trueno nos avisó que una tormenta se estaba formando en la serranía más cercana y nos apresuramos a volver a nuestras mulas. Estaba obscuro y llovía cuando volvimos a la ciudad y con mutuas "Buenas Noches", cada quien se despidió en la calle en busca de su casa.

En otra ocasión, con el señor Lardizábal visité el mineral de Villanueva, situado como a seis millas de Tegucigalpa. El objeto de este viaje era el de ver la Mina de la Peña, llamada así por la extrema dureza de su broza, que es una combinación de sulfuros y substancias ferruginosas que le da apariencia de una piedra de arenisca roja.

El propietario ha conservado la posesión de esta mina por varios años y después de hacer los primeros gastos se encontró con que le faltaron recursos para continuar trabajándola, y, simplemente laboraba lo necesario para asegurar sus derechos de propiedad, desde entonces, como Mr. Micawber, ha estado esperando que "aparezca" alguien en la forma de un extranjero especulador, con recursos y voluntad suficientes para proseguir los trabajos.

Un pequeño río conocido con el nombre de Quebrada de Jacaleapa desemboca en otro más grande y proporciona toda el agua

necesaria para los trabajos. Una burda pieza de maquinaria, diseñada para ser movida por bueyes está cerca de la entrada de la mina. Todavía existen señales de viejos trabajos en gran escala que fueron llevados a una profundidad de cuarenta pies, por cinco o seis escaleras. La veta corre de Norte a Sur y ha sido abierta en tres direcciones: un túnel bien construido corre a treinta yardas bajo la colina y sirve el doble propósito de taladro y de camino. Cuando el señor Larizábal reabrió y denunció la Mina de la Peña, estaba parcialmente llena de desperdicios y piedras desde hacía muchísimos años y muy dentro de las excavaciones se encontraron implementos de los trabajadores, como si hubieran sido dejados allí por personas que tuvieron que escapar con gran premura. El propietario estaba ansioso por suscribir un contrato conmigo, y, finalmente lo hizo, bajo la creencia de que los americanos y también él harían fortuna al año de haber comenzado los trabajos. La broza que se ensayó en San Francisco dio una tasa de \$ 32.75 por tonelada y el valor de la mina está más bien en el gran tamaño de la veta y en la abundancia de la broza, que en su intrínseca riqueza.

Cerca de esta mina están abandonadas dos o tres más antiguas. La de La Zopilota es punto de reunión de los que necesitan de dinero para jugarlo al monte y se afanan en los viejos trabajos teniendo siempre éxito en sacar algo de los muros de piedra como remuneración a su labor. Estos rebuscos son, por lo general, en los días domingos. Un grupo de indígenas estaba trabajando aquí cuando pasamos. Era una caverna lóbrega, abierta en la ladera de una colina poblada de añosos árboles. Una vieja, con un par de chiquillos desnudos, se hallaba hirviendo agua en una marmita sobre un fuego de ocote. El padre de la familia, con una barra de hierro en las manos, permanecía a la entrada esperando a que pasásemos y cerca vi varios montones de broza.

Deseando ver en acción a este primitivo metalurgista, desmonté y permanecí por un momento a la sombra, observando el procedimiento. Unos pocos pesos de cobre y una o dos palabras de estímulo le indujeron a recomenzar su labor. Entró en el socavón arrastrándose y pronto los golpes sordos de la barra anunciaban que estaba trabajando en la masa de broza, a la luz crepuscular de la mina. En media hora o menos salió arrastrando consigo un saco como con veinte libras de broza. El hombre y la mujer seleccionaron una piedra plana y poco a poco redujeron la broza a un polvo cascajoso. El fuego, mientras tanto, era avivado por los chicos. Una vasija más pequeña conteniendo un poco de broza fue colocada en un lecho de brasas. La madera fue amontonán-

dose sobre ella, escapándose vapores sulfurados y cuando todo se había quemado y convertido en cenizas, nuestro hijo de Tu balcaín sacó la vasija, y volcó en la tierra su contenido, que era una masa de escoria gris, negra y roja, y cenizas de la cual yo aparté con la punta de su palo, un tejo de plata caliente, que pesaba tal vez una onza. Se la compré por un poco más de la mitad de su valor en el mercado de Tegucigalpa. Estos mineros ambulantes forman una parte considerable de la población campesina de los minerales, su ocupación les da una magra subsistencia. Sólo ellos, se dice, conocen la ubicación de muchas minas ricas, a las que van en ciertas épocas, trasmitiendo su secreto de generación en generación. Por cierto que sólo las mejores brozas son las que pueden tratarse con los procedimientos tan primitivos que usan, siendo, por consiguiente, considerable las pérdidas.

La riqueza de Tegucigalpa no se limita a sus metales preciosos. El plomo en forma de sulfuro es casi tan común que no atrae la atención, especialmente en el mineral de El Plomo, cuyas brozas son una combinación de plomo y plata y el primero es tan abundante en proporción que las hace incosteables por los métodos nativos de explotación.

La colina denominada "El Chimbo" a pocas leguas al Suroeste de Tegucigalpa, es una curiosa mezcla de polvo de cobre y tierra. La superficie debió haber sido antaño una sólida roca de piritas cuprosas, ahora deteriorada y convertida en tripoli. Al revolver las masas de tierra cuprosa —parecida a la arcilla de los alfareros— se revela el cobre. De una cantidad de este barro, que había sido molido y extraído siguiéndose el método de lavar oro, quedó en el fondo un buen número de chispas brillantes de puro cobre. Miles de toneladas de este material pueden ser fácilmente obtenidas y la cercanía de un riachuelo permanente facilitaría, asimismo, los trabajos.

Unas pocas semanas antes de dejar Tegucigalpa, fui presentado al Capitán Moore, quien mandó hace tiempo una fragata pero estaba ahora retirado a media paga, y por catorce años se había dedicado al trabajo de minas de plata en Centro América. Sus ojos azules y brillantes y sus facciones enérgicas, patentizaban una actividad y una salud que no podían esperarse de su edad avanzada y de sus cabellos y barba blancos. Recientemente había importado de Inglaterra una máquina a vapor bastante costosa, que compró con el producto de sus actividades mineras en la vecindad de Yuscarán, donde tenía empleados cincuenta hombres con un salario de un real por día y, al fin, estaba realizando una rápida fortuna. Los nativos, entre quienes él es muy popular, le llaman El Ca-

pitán Morey. Me dijo que había gastado dos meses en procurarse los documentos necesarios para importar su maquinaria, y por algún error, corrió el riesgo inminente de que se la confiscara el Gobierno. El Capitán Moore hablaba de Dunlop, el autor de "Travels in Central America", con quien tuvo agradables entrevistas en 1846. Dunlop se refiere a él como el único extranjero que había intentado trabajar modernamente las minas de plata en Centro América. Sobre las minas se cuentan las más maravillosas historias, algunas de las cuales forman la base de leyendas similares a las relacionadas con el famoso Lago de Parima, "El Dorado", o sea la búsqueda de la ciudad de oro. Las más célebres minas del Estado, la mayor parte de las cuales han venido a menos, son las de Guayabillas, Malacate, Mairena, Goloal, Tabanco, Gatal, El Plomo, Opoteca, Cuyal, San Martín, Caridad y El Corpus. De la última mencionada que está situada en el departamento de Tegucigalpa dice Juarros: "El Corpus era la mina más rica del reino. Producía oro en tal cantidad que excitaba la sospecha en cuanto a que fuera realmente oro, y se nombró un tesorero en aquel lugar con el solo propósito de recibir el quinto del rey" (1). Estas doce minas, son brillantes ejemplos de la riqueza minera del Estado, y cada una de ellas es tema de relatos sin cuento para cuya transcripción se requeriría un volumen de gran tamaño.

De las viejas tradiciones mineras, la que menos participa de lo fabuloso es tal vez la célebre mina de Guayabillas, todavía considerada por las viejas gentes como la mina de plata más rica que se ha conocido en todo Centro América. Mi amigo el señor Lozano, que tenía predilección por su confortable hamaca y por su buen oyente, se refirió a menudo a esta mina y de él oí relatos que corroboraban lo dicho por muchos otros.

Esta mina está situada dentro del área del mineral de Yuscarán y fue descubierta en 1771 por un "vaquero" Juan Calvo, quien, subiendo una pendiente rocosa, hizo desprenderse una gran peña que, rodando estrepitosamente montaña abajo aró la tierra revelando, para su estupor, filamentos de plata regados entre los intersticios de las rocas, como delicadas raíces fibrosas. Tuvo el suficiente discernimiento para pensar que nada le aprovecharía el hacer público tal descubrimiento aunque hubiera hecho un denuncia, e informándose del método usado entonces por los propietarios de minas de plata, en una olla de hierro derritió grandes cantidades del metal sin importarle seguir la veta dentro de la montaña. "Pero", dijo el na-

(1) "El Corpus, mineral el más famoso que ha tenido el Reyno: produjo tanto oro, que se llegó a dudar si lo era, y sólo para el cobro de los quinientos se estableció caxa Real en este lugar" Juarros, Historia de Guatemala, p 38.

rrador, "esta prosperidad súbita era demasiado para Juan Calvo". La vanidad pudo más que su prudencia y un día en una fiesta dejó ir ciertas palabras, provocando la atención de sus compañeros, que desde hacía algún tiempo estaban celosos al verle vistosamente trajeado, con aires enfatuados y con mucho dinero para jugar. Le siguieron y el secreto se descubrió. Pronto pasó la propiedad por compra o de otra manera a manos de la rica familia Argeñal, que inmediatamente comenzó a trabajarla. Que inmensas cantidades de plata se sacaron de esta mina por muchos años sucesivos, lo testifican la tradición y la rápida población de su vecindad inmediatamente después de su descubrimiento; pero que "\$ 12.000 000.00 se sacaron en cincuenta años" es difícil de creer. No obstante, la historia posterior y las vastas sumas que se sabe han sido extraídas después de que se trabajó la segunda vez, casi garantizan la veracidad del relato aunque éste sea prodigioso.

Se asegura que los Argeñal, después de la independencia regresaron con otras familias leales a España y que sus propiedades, una vez confiscadas, se dejaron perder. La revolución, no obstante, fue incruenta en Centro América y no había razón para que aquellas familias que eran leales a la corona temieran la violencia del pueblo. No fue sino hasta 1838 que el Sr. Bennett, capitalista inglés, tuvo éxito con sus socios al adquirir la posesión parcial de la mina de Guayabillas. En aquel tiempo las galerías y socavos estaban casi obstruidos con tierra y ripio, para remover los cuales fue necesario hacer grandes desembolsos. La empresa fue dirigida bajo un plan adecuado a la conocida riqueza de la mina.

De Cornwall se trajo un grupo de mineros, cuyos descendientes aún viven en Honduras; se aprovecharon los servicios de sa bios y la mina se reabrió, después de un año de trabajo no remunerativo, bajo los auspicios de nativos y extranjeros. Difícil es estimar, desde aquel período, la extraordinaria producción de la mina. Cerca de veinte personas viven ahora en Tegucigalpa que son propietarias de pequeñas participaciones en la empresa y por ellos supe de los dividendos semanales de la producción. La broza de esta mina, que se dice ser la más rica en Honduras, se halló cubierta con plata virgen cuando fue descubierta hace más de medio siglo. La fundición se hacía en inmensos hornos construidos cerca de los trabajos. El Gobierno, parcialmente interesado en la empresa, favoreció las operaciones. Los socios, tanto nativos como foráneos, se hicieron ricos. Los relatos de "los buenos tiempos de Guayabillas" todavía circulan en Honduras y su antigua reputación, calificada como fabulosa, fue nuevamente ganada. Se exporta

ron, vía Belice, grandes cantidades a Inglaterra, donde la fama de la mina fue pronto conocida. A los trabajadores se les pagaba haciendo éstos largas filas y se ocupaba del mediodía hasta la tarde todos los sábados para hacerlo. He aquí una ilustración de peso de lo que vale el capital, la labor y la técnica extranjeros en Honduras. "Pero", continuó mi informante, "la fatalidad del país no podía tolerar tal anomalía en la historia de Honduras. Ferrara, instrumento cruel del partido aristócrata, ascendió por fraude a la Presidencia; la propiedad fue confiscada; los ricos fueron asesinados o extrañados, toda la gente respetable y honesta fue proscrita; y todos los negocios trastocados y arruinados.

Al morir en Guatemala uno de los más fuertes propietarios de Guayabillas, la propiedad cayó en manos de su hermano, un abogado marrullero de la más baja índole en el partido de Ferrara. Hasta aquí la mina de Guayabillas había estado relativamente exenta de los desafueros del partido servil, gracias a la influencia de los extranjeros, especialmente de los ingleses y de algunos miembros del citado partido interesados en la propiedad. El abogado de Guatemala, Don Felipe Jáuregui, defraudó a los herederos de su hermano; y sabiendo que a la terminación de la administración de Ferrara sería compelido a devolver la propiedad, resolvió sacar mientras tanto las mayores ventajas.

Una de las secciones de las Ordenanzas de Minería prohibía la remoción de las columnas naturales de roca y broza que soportan los techos y arcos de las minas. En la de Guayabillas se encontraron y tal como las dejaron los viejos propietarios, formadas por sólida broza y de un inmenso valor. Un soborno del rico Jáuregui indujo a Ferrara y a la mayoría de las Cámaras a que se derogaran estas Ordenanzas, de tiempos inmemoriales. Otros dueños, convencidos por los argumentos aparentemente plausibles del astuto abogado, estuvieron de acuerdo; los pilares se echaron abajo y en cuatro meses, se me dijo, produjo medio millón en plata pura, pero en la siguiente época de lluvias los techos cayeron y la mina quedó arruinada. Las grandes galerías quedaron obstruidas con piedras, maderos y lodo; la maquinaria se destruyó y los propietarios extranjeros, después de disputar en vano con Ferrara, tuvieron que abandonar la empresa, desalentados. Para reabrir la mina de Guayabillas se hubieran requerido unos diez mil dólares y se juzga que la inversión hubiera sido buena ya que la mina estaba dando buena producción cuando fue destruida por el rapaz Jáuregui.

La llegada de mis documentos, largamente esperados, con lisonjeras cartas del

Presidente Cabañas y del señor Cacho, permitió ultimar mis preparativos. Después de un formal "Adiós" a mis amigos, que me encaminaron fuera de la ciudad hasta el pie de las montañas de Lepaterique, seguí el camino real que sobre las cordilleras va hacia el Pacífico y con las usuales demoras y peculiaridades aventuras de un viaje en Centro América, llegue a Choluteca. De aquí, después de detenerme por cuatro días y diciéndole adiós a mi fiel Roberto, que me rogó encarecidamente que lo llevara conmigo al Norte, arribé a Amapala donde renové una intimidad cordial con mi gentil amigo el señor Dárdano.

El rumor de que Walker (1) pensaba alistarse con unos pocos partidarios en la causa de Castellón, había creado aquí cierta ansiedad. Mr. Byron Cole, mi compañero desde San Francisco hasta León, llegó al siguiente día y nos referimos mutuamente nuestras respectivas aventuras. Ninguno había sabido del otro desde que nos separamos en León, el año anterior. Todas las cartas se extraviaron y no estando acostumbrado mi enérgico amigo a la vida ociosa de Nicaragua, unió sus simpatías a los demócratas, regresó a San Francisco con sus contratos debidamente firmados y sellados por el Gobierno a fin de que consiguiera la cooperación del segundo Miranda; había regresado a Nicaragua y se hallaba ahora tranquilamente esperando que estallara lo que tan diestramente había proyectado.

Mientras tanto Chamorro, sólidamente sitiado en Granada, todavía se sostenía frente a las fuerzas de Castellón, al mismo tiempo que el pueblo, cansado con la prolongación de la guerra, estaba listo a tomar el bando de cualquier partido que pareciera poder darle fin. Masaya, Managua y Rivas y todo el Sur de Nicaragua habían vuelto a ser tomadas por los Legitimistas o partidarios de Chamorro. Honduras, atacada por Guatemala, había retirado sus tropas de Nicaragua para proteger su frontera Oeste. El Salvador y Costa Rica actuaban temporalmente como pacificadores; y Guatemala, simpatizadora de la causa de Chamorro, ocupada con sus usuales invasiones a Honduras, se había contentado con tener espías en León, otorgándole secretamente toda ayuda a los serviles. Tal era el panorama político de Centro América en el verano de 1855.

El único medio de comunicación entre la bahía de Fonseca y la costa Sur eran unas pocas lanchas anticuadas dignificadas con el nombre de goletas y que sólo ofrecían la oportunidad de ir por mar de puerto a puer-

(1) Wells no esconde su franca simpatía y su entusiasmo por las empresas nefandas de Walker en Nicaragua, al grado que parece que pretende compararlo con el precursor de la independencia suamericana Gral. Francisco Miranda

to dos veces al mes. Se anunció al fin que un bote descubierto y con una vela en estado lamentable y muy usada, saldría hacia San Juan del Sur, pidiendo su dueño la "moderada" suma de \$ 50.00 adelantados por pasaje. Levamos ancla a la caída del sol aprovechando la nueva marea, nos deslizamos velozmente del puerto, pasamos por Meanguera y los grandes promontorios de Conchagua y Cosigüina que, como las Columnas de Hércules, guardan la entrada del mejor puerto en la costa del Pacífico Norte. Una luna brillante iluminaba los picos distantes, y plateaba la marea que se rompía en los farallones solitarios. El viento de la tierra nos empujó lejos hacia el Sur y al amanecer sólo los picos de los volcanes más altos estaban a la vista. El Tigré, por cuyas inclinadas faldas subimos hasta la propia cima-meseta de lava y mantillo cubierta de exuberantes yerbas, aparecía ahora borrosa en el horizonte, irguiéndose a tres mil pies sobre el océano, como atalaya que para el marinero es un rasgo sobresaliente desde el mar. Durante tres días luchamos contra un viento del Suroeste y el viejo barco comenzó a hacer agua en tal magnitud que el patrón (marinero de bongo que hacía su primer viaje por mar) se pegó al timón y viró hacia El Realejo, en donde durante dos días estuvo haciéndole reparaciones. En este punto mi tripulación me informó seriamente que el bote no era para navegar en el mar y que, en consecuencia, aquí terminaría mi viaje. Siguió una disputa, que fue finalmente llevada al Comandante del puerto, quien primero averiguó cuál era mi credo político aduciendo que fuertemente me inclinaba a favor de Castellón. Esta declaración mía, reforzada por un cuarto de doblón, decidió el caso a mi favor y Pedro fue obligado a que me devolviera tres cuartas partes del dinero que le había pagado por el pasaje.

Se consiguió otra lancha, y por la noche, en la buena lancha "Live Yankee", proseguimos el viaje con el Capitán "Sam". Bregamos por dos días más en la costa nicaragüense y en un viraje perdimos todo lo que habíamos ganado en otra, hasta que un viento favorable nos dio de sesgo y pudimos llegar al fondeadero de San Juan del Sur. Bordaábamos un promontorio cuando se nos presentó el espectáculo alentador de un vapor de altura el "Uncle Sam", desplegando la bandera norteamericana, surto y con sus calderas listas, recibiendo los últimos de los pasajeros de Nueva York antes de levar anclas

rumbo a San Francisco. Me pregunto si alguna vez contemplé con mayor alegría los colores rojo, azul y blanco!

Otra hora más y estaba cómodamente a bordo, con el cortés Capitán Blethen, dándome noticias. Los últimos periódicos míos de Nueva York tenían cinco meses de atraso. Los del vapor sólo catorce días. Pronto la pesada máquina empezó a moverse y con un disparo de partida, enrumbamos hacia el mar.

De nuevo, entre viejos amigos, con genuina nostalgia evoqué las imágenes de un pueblo extraño y decadente y de un país de bellezas raras pero aún desconocidas. La delicada trama de lianas y parásitas, el esplendor y variedad de los paisajes, el aire vigorizante de las altas mesetas, los cielos de un azul immaculado y los ocasos imperiales, todo vino en ensoñación mientras bogábamos pasando frente a las montañas purpúreas y las fajas oscuras de la selva. Aventuras cerriles y cómicas, delicadas fantasías, sibarítica pereza y meditaciones somnolentas a través de una serie de siestas y de cigarrillos y tazas de aromático chocolate, pronto iban esfumándose como visiones de un pasado cuando nos abríamos paso hacia el Norte vigoroso y progresista.

La actividad desplegada en cada departamento a bordo del vapor no se puede apreciar bien sino cuando súbitamente sale uno de un país hispanoamericano, en donde pensar, hablar y moverse activamente es una excepción a la regla de letargo y marasmo incurables. Hay algo inspirador en la actividad de los sirvientes y en la activa rutina de las obligaciones de cada hora. Pasar de Centro América a un barco norteamericano es como despertar de un largo sueño. Aquí todo era vida y acción. Los hombres disputaban con energía y reían fuerte. Parecía haber más inteligencia a mi alrededor que en toda la raza en medio de la cual había estado últimamente.

En menos tiempos del que había yo gastado en conseguir mulas en Nacaome para hacer un viaje de treinta leguas, había recorrido mil seiscientas millas de océano y entrábamos ahora al espléndido puerto de San Francisco, pasando por Punta Lobos, a través de la Puerta de Oro, atracando con toda seguridad en los muelles. Estaba otra vez en mi suelo patrio!

FIN